



Noa Pascual

Los Boston
en Londres

Los Boston
en Londres
Noa Pascual

Título: Los Boston en Londres
Autora: Noa Pascual
Ilustradora: Verónica GM
Correctora: Cristina M. Navarro
Copyright ©2021 Noa Pascual
Todos los derechos reservados
ISBN: : 9798769705281

Este libro es una obra de ficción y cualquier parecido con personas, vivas o muertas es pura coincidencia. Los personajes son producto de la imaginación de la autora y se utilizan de manera ficticia.

No se permite la reproducción total o parcial de esta novela, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión a cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopias, por grabación u otros medios, sin el permiso previo y por escrito de la autora. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra los derechos de la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del código penal)

Índice

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capítulo 49](#)

[Capítulo 50](#)

[Capítulo 51](#)

[Capítulo 52](#)

[Capítulo 53](#)

[Capítulo 54](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1

Miranda Boston miraba en rededor, buscando a su hermano mayor, el mismo que la había obligado a viajar a Inglaterra sin contar con sus deseos. No había tenido a bien escuchar sus quejas cuando ella, en su última carta, le había explicado con mucha educación y paciencia, que su petición, justo en ese momento, no era la más acertada, ya que el señor Lonan Hill le había pedido matrimonio... Bueno, no había sido una petición oficial exactamente, ni romántica, pero, literalmente, él había dicho: «El día que nos casemos, seré el hombre más feliz y envidiado».

Suspiró, nostálgica, recordando ese momento.

Deseaba tanto convertirse en la señora Hill... Por fin se sentiría parte de alguien, ya que desde que falleció su padre, su mundo se había desmoronado; ya no tenía una familia a su lado. No es que sus hermanos no hubiesen mirado por ella, pero la diferencia de edad entre ellos tan solo era de dos años, mientras que con ella eran quince y trece, y eso la convertía en la niña molesta que siempre los perseguía y a la que no sabían cómo tratar.

Echaba de menos aquella época en la que estaban todos juntos; eran pobres, pero estaban muy unidos. Si la fatalidad no hubiese entrado en su casa y unas fiebres no se hubiesen llevado a su madre al cielo, posiblemente habrían continuado siendo la familia feliz que fueron. Pero aquella tragedia los separó o, mejor dicho, los cambió, pues su padre se trastornó, y lo dejó todo para convertirse en un cazador de tesoros. El oro con el que soñaba desde hacía años se metió en su cabeza como si fuese lo único que importaba, ya no veía nada excepto la forma de encontrar el preciado metal, y por ello se marchó en su busca, ¡y vaya si lo encontró!

Sonrió con cariño al recordar a su padre. Ella lo había admirado incluso antes de convertirse en el hombre al que todos adulaban, los mismos que durante años lo habían perseguido para que pagase sus deudas, que no eran pocas, ya que se obstinó en convertir a sus hijos en hombres de provecho. Deseaba el mejor futuro para ellos, y se dejó la piel y todo cuanto poseía para ofrecerles una educación exquisita, pues nada menos que los hijos de un granjero se habían convertido en médico y notario.

Cerró los ojos con pesar al recordar a su hermano mayor el día que murió su madre; en esa misma fecha decidió abandonar todos sus conocimientos en medicina, pues de nada le habían servido para salvar la vida de la mujer que más quería.

Negó con la cabeza para ahuyentar aquellos tristes recuerdos.

Debía ser positiva y estar contenta por poder abrazar de nuevo a Dereck; habían pasado cinco años desde la última vez que se vieron y anhelaba aquel reencuentro.

Sin poderlo evitar, soltó una risita nerviosa. Estaba convencida de que su hermano mayor esperaba encontrarse con la niña de trece años que vio por última vez, con lágrimas en los ojos por tener que separarse de ellos, en la puerta del internado para señoritas más afamado de Nueva York, donde la élite de la alta sociedad enviaba a sus hijas para convertir las en las damas perfectas con las que cualquier hombre querría casarse.

Ella no había pensado nunca en el matrimonio; de hecho, la sola idea de tener que intimar con un hombre la hacía estremecer. ¿Quién querría casarse después de todo lo que las maestras les habían contado respecto a los salvajes anhelos de los hombres? Ella desde luego no quería. Ahora bien, cuando nueve meses atrás salió del internado y llegó a su casa, vacía y fría, cambió de opinión. A tenor del pánico de dejarse poseer por un esposo, siempre sería mejor que soportar aquella soledad.

Nunca le había gustado estar sola y, al llegar a su casa, aquella soledad fue su única compañía; eso la hizo recapacitar con respecto al matrimonio. Y Lonan parecía haber leído sus pensamientos, pues a la semana de conocerse, en el despacho de la naviera familiar, él se ofreció a llevarla a su casa y en la misma puerta comentó: «Una muchachita tan joven y hermosa no debería vivir tan sola. El día que nos casemos seré el hombre más feliz y envidiado». Habían pasado tres meses desde esas palabras y el último día que se vieron, antes de partir ella a Inglaterra, él le besó la mano enguantada y se despidió con una frase muy esperanzadora: «No tardes en regresar; planificar una boda lleva su tiempo».

Un par de ojos la estaban observando. ¿Quién era aquella muchachita menuda de rostro angelical? Una pregunta que se hizo el marqués de Frotell.

No la había visto con anterioridad, estaba seguro de ello, pues hubiese sido imposible olvidarse de aquella figura. Parecía tan moldeable, que se sintió irremediabilmente atraído por ella; necesitaba comprobar si su cuerpo se amoldaría a la perfección entre sus brazos.

Tan ensimismado estaba que sus pies se pusieron en movimiento sin ser consciente de ello. Caminó hasta

quedarse a tan solo un par de metros de esa mujer, que parecía tan absorta en sus pensamientos que apenas se había percatado de su presencia. Y casi agradeció que no lo hiciera, pues así podía comprobar con tranquilidad que la joven no era un sueño. Era real, tan real como que él empezaba a sentirse mareado.

¿Qué le ocurría? Estaba acariciando con su mirada aquel rostro, anhelando inclinarse y rozar con sus labios aquellas pálidas mejillas, embriagarse de su olor y besar aquellas tupidas pestañas negras, tan oscuras como el cabello largo y rizado que la joven mostraba con descaro bajo el sombrerito que apenas llevaba anudado, con las cintas en libertad, balanceándose en el viento por la brisa que corría al estar cerca del mar. Pensó que con ello advertiría si la joven sería capaz de bailar con tanta sensualidad entre sus brazos, escuchando los acordes de un vals.

Pestañeó para comprobar si estaba bajo los efectos del brandi que había ingerido minutos antes, pero no; esa muchachita era real, y aquellos ojos oscuros parecían guardar cientos de secretos.

La risita tímida que ella emitió lo hechizó por completo.

¿Qué hacía una damita en los muelles de Bristol? Una pregunta que estaba a punto de realizar cuando, justo delante de la joven, paró un carruaje con el emblema del conde de Stanton y Oxford.

—Frotell, no me gusta repetir las cosas —se quejó el duque de Manfford.

Benedick se giró lentamente; se había olvidado por completo de su padre.

Apenas había prestado atención a sus quejas, ya que de normal gruñía por todo. En esta ocasión, su mente había estado abstraída por la belleza de la joven morena, y, por desgracia, no había podido averiguar siquiera su nombre. Si el carruaje pertenecía al conde de Stanton, era muy posible que se tratase de alguna de las primas del conde. No era ningún secreto que los St. John habían sido una familia tan prolífera que no existía comarca alguna en la que no habitase alguien con ese apellido.

Claro que, dada la juventud de la chica, y el hecho de que él no la hubiese visto en ninguna fiesta de la temporada, significaba que la joven seguramente había acudido a Londres para ser próximamente presentada en sociedad. Además, que luciese con tal descaro su larga melena suelta mostraba a todas luces que provenía de alguna comarca interior; era sin duda una señorita de campo, y, por lo tanto, había llegado a Londres para debutar.

Con ese pensamiento sonrió interiormente, pues él, como uno de los nobles más solicitados por las madres de damas casaderas, era invitado a todos los eventos, y eso significaba que, antes o después, sus caminos volverían a cruzarse.

Miranda se sorprendió al ver ante ella a una mujer rubia muy alta.

—Debes de ser la señorita Boston —saludó lady Stanton.

Ella asintió con la cabeza.

—Ah, es un placer tenerte en Inglaterra —comunicó, amistosa—. Disculpa a tu hermano, un asunto urgente de última hora le ha impedido venir a recibirte.

Miranda se mordió el labio inferior, incrédula porque él la hubiese obligado a viajar hasta Inglaterra, posponiendo sus planes de boda, y no hubiese sido capaz de ir a recibirla.

Al fijarse en la mujer que tenía delante acabó sonriendo. Puede que Dereck no estuviese allí, pero desde luego había mantenido su promesa de permanecer en contacto, al contrario que Owen, del que no sabía nada desde hacía casi un año. Y gracias a la correspondencia mensual que recibía, estaba al tanto de la amistad entre él y ciertas mujeres que lo habían ayudado a integrarse en la sociedad inglesa.

—Tú debes de ser Abby.

La mujer se rio con tanto encanto que Miranda rectificó de inmediato. Sin duda, Dereck había sabido describir a la perfección a las gemelas Allende. La dulzura y encanto de la mujer que tenía delante la delataba.

—No, no, eres Sophie —se corrigió con rapidez—. Según tengo entendido, debo felicitarte por tu reciente unión con el conde de Stanton y tu estado de buena esperanza.

A Sophie le gustó que la joven la reconociese, decía mucho del señor Boston. Y también le agradó que la tuteara; al fin y al cabo, solo se llevaban tres años.

Un hombre moreno de ojos verdes y tan alto como su hermano Dereck se acercó hasta ellas.

—Connor, querido, permíteme presentarte a la señorita Boston.

El conde de Stanton y Oxford hizo una pequeña reverencia como saludo, pero Miranda alargó el brazo y le tendió la mano.

Connor miró a su esposa y los dos reprimieron las sonrisas; esa jovencita tenía mucho que aprender sobre protocolo inglés. Claro que, él era un caballero y jamás dejaría en evidencia a una dama, por lo que se la estrechó sin mostrar desacuerdo alguno.

Sophie se percató de que junto a Miranda había dos baúles.

—¿Has venido sola? —indagó, preocupada.

Miranda parpadeó.

—No. Además de unos cuantos marineros —explicó con tranquilidad—, también viajaba el capitán y... — comunicó como si fuese la respuesta más normal—, por supuesto, Wyatt Mendoza.

Sophie miró a Connor; los dos se quedaron atónitos con aquella aclaración.

—Wyatt Mendoza —repitió el conde, invitando a la joven a explicarse mejor.

—¿Acaso mi hermano no os ha hablado de Wyatt?

Sophie negó con la cabeza.

Miranda torció el labio; no era posible que su hermano nunca hubiese mencionado a su mejor amigo. Habían sido inseparables. Más que eso, Mendoza pertenecía a la familia; incluso a ella le costó asimilar que Wyatt era un vecino y no un hermano más.

—Es el mejor amigo de mi hermano, su contable y su hombre de confianza —informó, un tanto molesta por que nadie supiese de la existencia de Wyatt, cuando, por el contrario, Mendoza y ella conocían a las gemelas y a todas las amistades que Dereck había contraído en Inglaterra.

Como si lo hubiesen invocado, el hombre de largo cabello castaño oscuro, ojos como las avellanas y mentón cuadrado, apareció justo delante de ellos. Su porte esbelto y fornido mostraba que, bajo ese traje de buena calidad, había un hombre salvaje capaz de matar con un puñetazo a cualquier entrometido.

—Ya está todo dispuesto —comunicó a Miranda.

Al ver a dos desconocidos allí, los miró interrogativo.

—Soy el conde de Stanton y Oxford —se presentó Connor—. Hemos venido a recibir a la señorita Boston.

Wyatt miró de soslayo a Miranda; sabía que estaría algo decepcionada por no haber sido recibida por su hermano mayor, al que adoraba e idolatraba.

—Wyatt Mendoza —dijo, extendiendo la mano para saludar al conde.

Tras las presentaciones pertinentes, los cuatro montaron en el carruaje de los condes.

Wyatt permaneció callado, sin comprender todavía qué había podido ser tan importante como para que Dereck no hubiese ido a recibir a su hermana pequeña, a la que llevaba cinco años sin ver.

No era propio de Boston ser tan desapegado. Menos, cuando nada más enviarle la nota en la que le comunicaba que Lonan Hill, el afamado mujeriego y cazafortunas, había puesto sus miras en Miranda, él respondió de inmediato que no se despegara de su hermana, y que impidiera a toda costa que ese truhan se quedase a solas con ella, pues, conociendo a Hill, haría lo posible por mancillarla para obtener la dote de Miranda. Y, además, lo había dispuesto todo para zarpar de inmediato a Inglaterra, con tal de impedir que su hermana se embarcara en algún preparativo ceremonial.

Miranda observaba. Era una cualidad que poseía desde pequeña, siempre observadora y atenta a todo cuanto se producía a su alrededor.

Observó las sonrisas de los condes. Había algo especial en ellas, como si estuviesen manteniendo un lenguaje secreto... Agrandó los ojos al percatarse de que el conde, de manera disimulada, estaba acariciando con su dedo meñique el contorno de la cintura de su esposa.

Tragó con dificultad; eso era un gesto inapropiado y escandaloso. A ella le habían enseñado que cualquier tocamiento en público era una muestra de pecado. Además, era el preámbulo y el anuncio de que un hombre deseaba más.

Se le aceleró la respiración. Aunque, observó detenidamente a la condesa, y no parecía estar incómoda, sino más bien lo contrario. Eso la perturbó.

Giró la cabeza para apartar aquella imagen y pensó que, si lady Stanton se había acostumbrado a los instintos primarios de su esposo, quizá ella acabaría acostumbrándose también en el futuro.

Ese pensamiento la hizo sonreír y recordar que, en cuanto llegase a casa, se mantendría ocupada con los preparativos para su boda. No volvería a estar sola nunca más.

Sophie desvió la mirada hacia Miranda y también sonrió. Se la veía tan joven y tan bonita que Boston seguramente querría ocultarla, ya que sin duda le iban a salir muchos pretendientes.

Tuvo que reprimir una carcajada, pues también Beatrice iba a tener una ardua tarea, ya que el señor Boston la había convencido para que instruyese a su hermana en las lindes protocolarias. Y para ser sinceros, algo le decía que, con Miranda, ese camino no iba a ser de rosas, ya que la joven mostraba una naturaleza independiente. Solo verla corroboraba su pensamiento, pues había viajado sin carabina, sin doncella personal y sin temor a nada.

¡Iba a ser muy divertido ver lidiar a Boston con su hermana!

Capítulo 2

Benedick llevaba la mitad del trayecto sin prestar atención a las quejas de su padre. No podía apartarse la imagen de aquella muchacha. Y eso era lo que le tenía abstraído, más que nada porque no había sentido una atracción pasional. Ni siquiera pensó en ella en términos eróticos, como tampoco fue su belleza lo que lo cautivó y hechizó. No, no había sentido ese tipo de atracción; era una más temerosa, salvaje y preocupante. Al verla allí sola y desamparada ante la mirada y pensamiento pervertido de cualquier desalmado que pudiese vagar por los muelles, deseó protegerla.

Tragó con dificultad. ¿Quién querría proteger a una persona que no conocía? Él. Así de rotunda y contundente era la respuesta.

—Tienen el castigo que se merecen —sentenció el duque.

Esa frase tan concluyente lo sacó de su ensoñación.

—¿Perdón?

El duque lo miró, desafiante; no le gustaba repetir las cosas y su hijo estaba acabando con su paciencia ese día.

—El vizconde Armony y toda su familia han sido castigados como se merecían —anunció, triunfal—. Han perdido el título y todo cuanto poseían.

—Querrá decir que usted los ha despojado de todo ello.

El duque apretó la mandíbula; su hijo era un desagradecido.

—Si te hubieses comportado como el hombre que yo pensé que había criado, en vez de comportarte con tanta benevolencia, esa hija descarriada de Armony ahora sería tu esposa y nuestro apellido no se habría visto ridiculizado —le reprochó, recordándole que lo había avergonzado ante toda la sociedad.

—Estaba enamorada de Sunsett —replicó, aludiendo al vizconde con el que habían pillado a la joven besándose entre unos arbustos el mismo día en que él había anunciado su compromiso con ella—. El escándalo habría sido mayor de haberme casado —se justificó.

—Una aristócrata no tiene derecho a enamorarse —sentenció, con su típica arrogancia—. Su misión es aceptar al candidato que llegue a un acuerdo con su padre —expuso, como si su palabra fuese ley—. Y eso hará tu hermana, porque así es como se comporta la hija de un duque y así es como durante siglos hemos impedido que sangre de indeseables se mezcle con la nuestra.

—Jezabel es hija de un vizconde —defendió a la muchacha sin saber por qué, pues, al fin y al cabo, lo había ridiculizado—. Y Sunsett también es un noble.

—¡Y tú la vergüenza de esta familia! —escupió las palabras sin piedad—. Todos tus ancestros deben de estar revolviéndose en sus tumbas al comprobar que, en lugar de comportarte como el futuro heredero del ducado de Manfford, eres un petimetre.

Las palabras fueron hirientes, pero Benedick las recibió con elegancia, pues no respondió.

—Menos mal que sigo al mando de este ducado y he sabido castigar a los culpables de este escándalo —adujo—. Procura a partir de ahora no volver a avergonzarme —amenazó—. Mi permisividad contigo ha llegado al límite; a partir de hoy seré yo quien se encargue de encontrarte una esposa acorde a tu condición social. Has demostrado que no eres capaz de elegir a una futura duquesa.

Benedick había soportado muchas humillaciones por parte de su padre, tantas que era imposible recordarlas todas. Sin embargo, esta sería la última; no estaba dispuesto a someterse más.

—La elección de mi esposa la decidiré yo —proclamó, autoritario.

El duque se sorprendió; su hijo no se había mostrado tan firme desde... No, no se había mostrado así nunca, por lo que le concedió una última oportunidad.

—Más vale que me demuestres que eres digno hijo mío o te desheredaré.

Benedick no respondió.

—Recuerda bien mis palabras, Frotell —más que un consejo, fue una orden—. Hoy en día quedan muy pocas mujeres aptas para ostentar a ser de duquesa —menospreció a la mayoría de mujeres que quedaban solteras—. Por el contrario, existen muchas otras, que se dividen en dos grupos: las cazafortunas y las que cazan títulos. Esas son las peores de todas.

Benedick no pudo rebatir, pues Jezabel había demostrado que era una de las cazafortunas, a pesar de ser hija de un vizconde. Lo había engañado como al más estúpido de los mortales. No es que él esperase un matrimonio por amor; su padre ya se había encargado durante veintiséis años de recordarle que un marqués no podía encapricharse

de una mujer, el amor no formaba parte de sus vidas. Aun así, había albergado la esperanza de casarse con una mujer con la que fraguar cierto grado de amistad, ya que él se había criado con unos padres que apenas se dirigían la palabra. Su relación se había basado en la apariencia; delante de la sociedad se mostraban perfectos, cuando en realidad se detestaban el uno al otro. Y bien lo sabían Victoria y él, pues nunca escucharon ni vieron entre aquel matrimonio una conversación cariñosa o amigable. El poco trato que mantenían por obligación acababa siempre en discusión, falta de respeto y reproches.

—Para tu hermana también tengo planes —anunció, recordándole dónde se encontraban—. No volveré a cometer el error de esperar a que un noble se decida a pedir su mano.

—¿Qué quiere decir?

—Esperé a que el duque de Hamilton lo hiciera y al final se acabó casando con una de las gemelas Allende —recordó, indignado—. Y cuando el conde de Stanton y Oxford mostraba estar interesado en ella... Se casó con la otra hermana. ¡Las hijas del marqués de Stanford arruinaron los planes de futuro que tenía para tu hermana!

Benedick se abstuvo de comentar que su hermana nunca había tenido posibilidad alguna con aquellos dos nobles, pues se habían casado por amor con las mujeres que amaban.

Llegaron a Manfford House y el duque entró en la casa, vociferando órdenes a diestro y siniestro.

El marqués decidió tomarse su tiempo antes de entrar en la casa, por lo que fingió estar entretenido mirándose las botas. Al alzar la cabeza vio a lo lejos a su hermana Victoria, que paseaba por los jardines.

Sin pensarlo, se dirigió hasta ella; cualquier cosa con tal de no escuchar más reproches de su padre.

Se miraron a los ojos y, sin hablar, se entendieron a la perfección.

—Comprendo —dijo Victoria, consciente de que su padre habría echado en cara a su hermano que la culpa de aquel escándalo la tenía él por haberle permitido un tiempo de cortejo a Jezabel, en vez de casarse con ella de inmediato.

Benedick le ofreció su brazo y caminaron juntos durante un rato en silencio.

—¿Sabes si una de las primas del conde de Stanton ha llegado a Londres para ser presentada en sociedad? —preguntó sin saber cómo, sin pensar, habían salido aquellas palabras de su boca.

Victoria gozaba de cierta amistad con el conde, a pesar de no haber sido la dama elegida para desposarse.

La joven se paró y miró a su hermano directamente a los ojos, los cuales mostraban el mismo color ámbar con motitas amarillas que los de ella.

—No lo sé, tiene tantas que dudo incluso que Connor sea capaz de recordarlas a todas —bromeó— ¿Te interesa alguna en particular?

Él negó con la cabeza.

Victoria no se quedó muy satisfecha.

—¿Acaso en la boda del conde te fijaste en una de sus primas?

Benedick sonrió de medio lado.

—No, aquel día yo iba acompañado de... —Se quedó callado.

Victoria le dio un cariñoso apretón en el antebrazo, intentando animarlo. No había sido fácil para Benny la traición de Jezabel.

Él se lo agradeció con una triste sonrisa.

—Simple curiosidad —restó importancia.

Victoria lo animó a continuar con el paseo.

—Si la joven que ha despertado tu curiosidad ha venido a Londres para ser presentada, la semana que viene seguramente acudirá a la velada musical en Treinton House.

Benedick, sin poder evitarlo, dejó caer su cabeza hacia delante, un gesto que decía mucho; odiaba esas veladas, ya que siempre salía de allí con una terrible jaqueca.

Victoria reprimió la risa.

—Tori —pronunció él, con cariño—. Nuestro padre está buscándote un candidato —anunció, con pesar—. Dudo que tarde mucho en encontrarlo.

Victoria contuvo el aliento.

Él esperó a ver su reacción.

Una vez ella asimiló la información, soltó el aire y asintió lentamente, dando a entender que contaba con ello y que no pondría objeción. La habían criado y educado para llegar a ese día bajo cuatro premisas: ver, oír, callar y aceptar.

Quizá, si hubiese nacido en el seno de una familia más misericordiosa, habría tenido alguna posibilidad de dialogar con su padre respecto a sus anhelos a la hora de elegir un futuro esposo. Pero en su familia no se podía

dialogar; el duque tomaba las decisiones y los demás las debían acatar.

Bien sabía Victoria que cualquier palabra o gesto que desagraciara a su padre se pagaba caro. Aprendieron a la fuerza a mantenerse inmóviles ante cualquier situación, puesto que una simple sonrisa parecía molestar al duque. Y así era como vivían desde pequeños, ocultando sus sentimientos y acatando las órdenes de su padre, mientras que, en la intimidad y a escondidas, entre ellos el trato era muy distinto: afable y cariñoso.

Solo una vez se permitió soñar: el día que el duque de Hamilton obligó a su padre a disculparse ante un sirviente. Ese día su corazón se aceleró. Primero, porque la única persona que hasta la fecha había sido capaz de plantarle cara a su padre había sido su hermano Benedick, cuando cumplió los diez años de edad y la defendió ante el trato vejatorio al que su padre la estaba sometiendo por haberse interpuesto en la disputa que mantenían él y su madre, por la pasividad de su progenitora, que, como siempre, se desentendía de sus hijos. Y esa fue también la primera vez que su padre demostró que su palabra era ley; una lección que marcó a Benny para siempre, pues las marcas del cinturón de su padre en la espalda así se lo recordaban.

Segundo, porque no estaba segura de cómo actuaría su padre ante el duque, y aprendió que Hamilton no se amilanaba ante nadie, pues le dio a su padre el mayor castigo: tener que rebajarse.

Ese día una brizna de esperanza recorrió su cuerpo. Por primera vez se permitió soñar despierta: si se casaba con el duque de Hamilton, se alejaría para siempre de su padre.

Aquel recuerdo la estremeció, pues, llevada por la angustiada y asfixiante desesperación por conseguir el interés del duque, se comportó de manera cruel ante lady Abby. Por primera vez en su vida había dejado sus impecables modales a un lado, derramando una copa de clarete en el elegante vestido de la única mujer que podía arrebatarse al único hombre que podría sacarla de aquella cárcel en la que vivía enjaulada.

El recuerdo la afligió, pues estaba convencida de que el castigo a su mal proceder había sido que el duque de Hamilton se enamorara de lady Abby.

Si la duquesa de Hamilton supiera cuánto dolor la embargó aquel día su mal comportamiento, no la creería. Sin embargo, jamás se había sentido tan decaída, ni siquiera aquellos días en los que su madre la encerraba en un cuarto oscuro para que aprendiera a comportarse y a obedecer. Definitivamente, aquel día se sintió decepcionada consigo misma, pues lo único que la diferenciaba de sus padres era que ella, aunque no lo mostrase, consideraba que sí tenía corazón. Aquella noche, al llegar a su dormitorio lloró; allí era el único lugar donde podía sacar a la luz sus sentimientos sin ser juzgada. Lloró por haberse comportado tan ruin como lo era su madre con otras damas. Había roto su promesa de no parecerse a ella; una promesa que se habían hecho Benedick y ella hacía muchos años.

Aquella noche, mientras derramaba el licor aprendió que la libertad tenía un precio muy elevado, pues ella, en su desesperación, había vendido su alma al diablo.

Miró de soslayo a su hermano y rezó interiormente para que él no tuviese que someterse a los detestables caprichos de su padre, para que al menos uno de los dos pudiese ser feliz.

Su hermano era un buen hombre, uno que había mantenido su promesa de no parecerse a su padre.

—Benny —pronunció, emotiva.

Benedick ladeó la cabeza, sorprendido al escuchar aquel sonido en la voz de su hermana.

—¿Sí?

—Estoy muy orgullosa de ti —reconoció en voz alta la admiración que sentía por él, pues nunca lo había dicho—. Eres un buen hombre, no te pareces a padre.

El marqués sintió cómo su pecho se agitaba y su estómago se contraía; aquellas palabras lo habían desarmado por completo.

Victoria sospechó las elucubraciones de su hermano, pues él pensaba que no merecía aquel halago, ya que no había hallado la forma de impedir que su padre continuase sometiendo a sus órdenes.

—Créeme, Benny —imploró—. Ningún otro hermano me habría defendido como tú —aludió a su nefasta niñez—. Y cualquier otro se habría alejado hace años.

Benedick le apretó la mano con cariño, dándole las gracias.

Victoria sonrió y lo animó a continuar el paseo.

Mientras recorrían en silencio los jardines, Victoria se reafirmó interiormente de sus palabras; Benny podía vivir en Secret Garden, la casa que le pertenecía por ser el marqués de Frotell, a cientos de millas de Manfford House y a miles de millas de Manfford Abbey, la residencia habitual del duque en Escocia, ya que su título era escocés. Sin embargo, él continuaba viviendo bajo el techo del duque por ella, para no abandonarla.

Sin duda, Victoria no habría deseado ningún otro hermano; Benedick era para ella el mejor.

Capítulo 3

Miranda se maravilló en cuanto el carruaje tomó una curva, adentrándose en el barrio de Hampstead. Ante ella apareció un extenso parque, con la hierba más verde que jamás había contemplado y cientos de variedades de las flores más hermosas. Y a punto de entrar en la temporada invernal, ¡era un milagro! No podía imaginar aquel lugar en plena primavera; debía de ser el lugar más maravilloso de la Tierra.

—¡Qué preciosidad! —exclamó, sin poder reprimir su júbilo.

Wyatt no respondió en voz alta, pero asintió mentalmente, pues no había visto jamás un lugar más hermoso.

La condesa de Stanton miró a Miranda.

—¿Te gusta?

La joven, con la mirada chispeante y embriagada ante tanta belleza, asintió con la cabeza, mostrando su excitación.

—A tu hermano le encantará saberlo —pronunció, estudiando la reacción de Miranda—. Puesto que él es el propietario de este lugar.

La muchacha parpadeó repetidas veces.

Sophie aguantó la risa.

Wyatt se tensó.

El conde sonrió, encantado de ver aquellas caras de sorpresa.

Miranda miró de nuevo por la ventanilla y a lo lejos vio un palacio.

—¿Mi... mi hermano vive ahí? —Señaló con la cabeza.

Sophie asintió.

—Ese palacio data del siglo xvi —informó—. Perteneció a un barón muy afamado y acaudalado.

A la americana le costó tragar saliva. Aquel palacio era tan majestuoso que estaba convencida de que desde cualquier punto de Londres se podría contemplar. Y aquellos parques que la habían cautivado, según la condesa, también pertenecían a la propiedad.

¿Dereck había malgastado su fortuna en un palacio? No podía imaginar que hubiese cometido tal temeridad.

Tembló solo de pensarlo.

—¿Te encuentras bien? —se preocupó la condesa al ver palidecer a la joven.

Apenas tenía fuerza para gesticular, menos para emitir su voz.

¿Que si estaba bien? No, no estaba bien. Si Dereck había malgastado la fortuna familiar, significaba que ella había perdido la suya también. Justo cuando pensaba reclamar su dinero para emprender su futuro como la mujer de Lonan Hill. ¿Ya no contaría con su dote tampoco?

Cientos de pensamientos se cruzaron de golpe por su cabeza. Igual ahí estaba la respuesta a por qué Dereck había organizado su viaje a Inglaterra con tanta premura. Lo mismo que el hecho de que no hubiese regresado a Nueva York. O quizá por ese motivo Owen dejó de escribirle, para no atormentarla con la noticia de que habían perdido todo cuanto poseían.

Ser pobre de nuevo no era lo que a ella más le angustiaba; a fin de cuentas, la riqueza a ella solo le había aportado soledad, pues, en cuanto su padre llegó con aquella riqueza, su familia desapareció.

Se mudaron a Nueva York, y, una vez allí, ella se quedó sola, junto a un padre que cada dos por tres se alejaba en busca de más tesoros.

Adquirieron una naviera como negocio familiar y consiguieron que se convirtiera en una de las más importantes; fue entonces cuando Dereck se convirtió en un hombre emprendedor. Tenía la virtud de ser un visionario para los negocios: poseía el “don” de arriesgar en todo aquello que estaba destinado a prosperar. Y Owen... Owen era un temerario que seguía los pasos o la locura de su padre. No se conformó con la mina de oro que poseía el patriarca, quería más, y por ello abandonó su puesto en la notaría y emprendió un largo viaje a África, en busca de los diamantes que su padre les había narrado una y otra vez que solo encontrarían en aquellas tierras.

En definitiva, el dinero a ella solo le había aportado soledad.

Así que no era eso lo que le dolía, sino la insensatez por haber tenido tanto y haberlo gastado sin miramiento. Consciente de que pasar hambre no era agradable...

—¿Miranda? —preguntó Wyatt.

Inspiró fuerte y encontró la fuerza suficiente para girar la cabeza y mirarlo.

Mendoza conocía bien a la joven, por ello debía calmarla, pues seguramente su cabecita estaría divagando y

llegando a conclusiones erróneas. Aunque, siendo franco con él mismo, también le había parecido desproporcionada la adquisición de aquel lugar; más, cuando Dereck antes o después tendría que regresar a América.

—Los negocios de Dereck han prosperado más de lo que imaginas —la animó, en voz baja, para que no lo escuchasen los condes—. Se codea con la gente más influyente de Inglaterra.

Miranda soltó el aire, aliviada, y por fin pudo esbozar una sonrisa sincera y tierna, muy agradecida por que Wyatt la comprendiera.

Él le guiñó un ojo.

Cuando se apearon del carruaje, Sophie miró a su esposo con el ceño fruncido.

Connor apretó los labios; a él también le molestaba que los sirvientes del palacio no hubiesen salido a recibir a la hermana del señor Boston.

Sophie ya había escuchado por boca de Beatrice que el servicio no se tomaba muy en serio el trabajo; el esnobismo entre la servidumbre era tan afamado como el de la alta sociedad. Y, aunque Boston fuese el dueño del lugar, seguía siendo un americano para todos ellos.

Como Sophie no quería desanimar a la muchacha, con una sonrisa capaz de abrigar a cualquiera, se giró y pronunció:

—Bienvenida a Serenity Park.

En cuanto Miranda escuchó el nombre con el que Dereck había bautizado su propiedad, sus ojos, oscuros como las noches sin luna, se humedecieron, y, totalmente emotiva, se llevó las manos a la boca para no gritar.

Wyatt sonrió al ver su reacción.

Era el mayor regalo y la mayor muestra de gratitud con el que su hermano honraba la memoria de su madre, pues se trataba de su alias: Serenity.

—El nombre de mi madre —suspiró, con una lágrima en la mejilla.

Sophie se enterneció.

—Bonito gesto por parte de tu hermano —reconoció la condesa.

Miranda asintió con tanta vitalidad que los condes reconocieron al instante que esa debía de ser una de sus mayores virtudes.

Wyatt pensó en ayudar al cochero a bajar los baúles. Antes de que lo hiciese, la condesa, que estaba indignada por el mal comportamiento de los criados de Serenity Park, de nuevo se pronunció:

—Connor, querido —dijo, afable—. ¿Serías tan amable de mostrar los jardines más cercanos a la señorita Miranda y al señor Mendoza?

La voz de la condesa era tan melodiosa y amigable que cautivó a los americanos. Se sintieron agradecidos por la afamada hospitalidad inglesa... ¿O era escocesa? Tanto daba.

El conde comprendió de inmediato que su esposa tenía planes: poner en su sitio al personal que regentaba el palacio.

—Por supuesto —animó—. Si sois tan amables —invitó a que lo siguieran, y le ofreció a Miranda su brazo, con galantería.

La muchacha le agradeció el gesto con un mohín sincero.

Sophie sostuvo la sonrisa hasta verlos alejarse, después se giró y su semblante demudó.

Con paso firme, se adentró en el palacio y, sin esperar a que saliera nadie a recibirla, fue directa a la sala púrpura, la que solía usar el señor Boston cuando recibía visitas. Una vez allí, con fuerza agarró el tirador y avisó de su presencia.

Ella sentía mucho aprecio por el americano, estaba en deuda con él, pues nada menos que le debía la vida; por ello, no consentiría que se aprovecharan de su generosidad.

El mayordomo tardó más de lo que se podría tolerar como aceptable.

—Lady Stanton —saludó el hombre.

Sophie no tenía tiempo ni paciencia, pronto regresaría Connor con sus acompañantes.

—Señor Morris —dispuso, con voz severa—, cuando fue contratado aseguró haber trabajado con anterioridad.

—Así es, milady.

—Debo entender que sus ocupaciones en otras casas no estaban adheridas a su puesto de mayordomo.

—Traje referencias —comunicó el hombre, molesto.

—Las mismas que han quedado obsoletas desde que ocupó el puesto de mayordomo en Serenity Park —le recriminó, con acritud—. Debo entender que su proceder incorrecto se debe a su escaso aprendizaje, o a su falta de respeto para con su señor.

El señor Morris iba a interrumpir, pero la condesa no se lo permitió.

—Si no está capacitado o dispuesto a comportarse como se espera de usted —advirtió, con el semblante serio—, tengo un listado de mayordomos que atenderán a mi llamada de inmediato.

Por un momento, lo vio palidecer tanto que el sonrojo de sus mejillas se acrecentó. Un signo de vergüenza que reconoció Sophie y que corroboró que ella estaba en lo cierto; sabía que había obrado mal y se avergonzaba de ello.

—No será necesario, lady Stanton —comunicó, solícito.

—En tal caso, le daré la oportunidad de mostrarme su capacidad para gobernar Serenity Park —concedió—. Advierta a todos los sirvientes de que, a partir de hoy, tanto la señorita Hook como yo personalmente revisaremos el trabajo de cada uno de ellos, empezando por usted, señor Morris.

El hombre tragó con dificultad. Conocía la estrecha amistad de ambas mujeres con el señor de la casa; tanto era así, que fueron ellas las que se encargaron de entrevistarlos a todos.

El mayordomo asintió con la cabeza.

—Bien, una vez aclarada la situación —dijo ella, con tranquilidad—, su primer cometido será recibir a la señorita Boston con los honores que se merece, por tratarse de la hermana del señor de este lugar.

El hombre asintió con nerviosismo, hizo una genuflexión y se dio la vuelta para encargarse de ordenarles a todos que se personaran en la entrada principal, donde debían haber estado en cuanto vieron acercarse el carruaje por el camino de gravilla que llevaba al palacio, puesto que conocían la noticia de la llegada de la hermana del señor.

Al quedarse a solas en la sala, suspiró. No era agradable enfrentarse a un mayordomo, pero, si quería que respetaran al señor Boston, no había otra opción.

Inspiró con fuerza, deseando no haberse equivocado no solo con los sirvientes, sino también con el americano, pues fue ella quien, al enterarse de que tenía previsto abandonar Inglaterra para regresar a América, se había armado de valor y había ido a visitarlo, con la esperanza de poder convencerlo de que abandonase aquella idea y le diese una oportunidad al amor, pues él había profesado su interés por Beatrice sin tapujos. Era cierto que su amiga no le había dado esperanzas, pero, cuando visitó a Dereck y le puso al corriente de las inseguridades de Beatrice y del acuciante problema por el que no daba muestras de corresponderle, él la entendió y decidió quedarse allí. Además, los sorprendió a todos al adquirir aquel palacio que había sido tan codiciado por unos cuantos nobles durante muchos años. El barón se había despojado de todas sus propiedades, excepto de la que estaba ligada a su título, situación que Dereck Boston aprovechó para comprar aquella propiedad tan estimada por la clase alta.

Escuchó el barullo de los pasos acelerados de los sirvientes, que corrían de un lado a otro para avisarse los unos a los otros.

Sonrió y decidió salir al exterior; no quería perderse la expresión de Miranda al ser recibida con la notoriedad que merecía.

Capítulo 4

Un carruaje se adentraba en el camino que llevaba a Serenity Park, tirado por cuatro caballos con celeridad.

La señorita Hook y el señor Boston se miraban.

—No te preocupes —tranquilizó Beatrice a Boston—. Tu hermana comprenderá que te ha sido imposible ir a recibirla.

El americano y Beatrice se tuteaban en la intimidad desde el día en que, mientras veían recorrer a Sophie el pasillo de la iglesia que la conducía al altar en donde Connor y ella se convertirían en marido y mujer, Dereck le susurró al oído: «Esos podríamos ser nosotros, si aceptaras ser mi esposa». Una frase que marcó a Beatrice, pues ella suspiraba por él. Sin embargo, la realidad le impedía aceptar aquella propuesta de matrimonio; no podía cometer más errores, en su pasado ya había avergonzado a su madre al descubrir su secreto.

Dereck apretó los labios.

No era así como lo había planeado. Él lo había dispuesto todo para ir a recibirla al puerto, recorrer la ciudad con tranquilidad y mostrarle con orgullo Serenity Park.

Hubiese dado toda su fortuna por ver el rostro de admiración de Miranda. Siempre había sido muy expresiva y él añoraba a aquella niñita que sabía sacarle siempre una sonrisa.

Un problema burocrático lo había retenido durante horas, uno que, de no haber sido tan importante, habría pospuesto para otro día, pero el destino no estaba últimamente muy a su favor.

Miró con intensidad a Beatrice, la mujer de la que se había enamorado sin pretenderlo, sin buscarlo y sin esperararlo. No obstante, lo había hecho y ya nada podía hacer para remediarlo.

Estaba tan bonita con ese vestido azul cerúleo... Con su cabello castaño, recogido en un elegante moño, el mismo que a él le encantaría liberar de aquellas horquillas que lo retenían; y esos ojos castaños, tan amigables y brillantes...

Suspiró interiormente.

¿Cómo había llegado a enamorarse de ella? No gozaba de una belleza arrasadora, apenas coqueteaba y nunca mostraba poseer una naturaleza apasionada... Sin embargo, él la adoraba tanto como para cambiar el rumbo de su vida y quedarse en Inglaterra, con la esperanza de enamorarla y de echar raíces en aquel palacio que le había costado una pequeña fortuna, solo para estar cerca de ella.

Toda una locura, pues, tras una charla muy educativa e instructiva con lady Sophie, sabía que antes de enamorar a Beatrice debía conseguir la aceptación y encariñamiento de su madre, ya que ella era, sin duda alguna, el mayor obstáculo entre ellos dos. Esa mujer, criada con unos valores tan arraigados y tradicionales, preferiría ver a Beatrice casada con un vejstorio antes que con él, pues, al parecer, la hija de un caballero no podía elegir como esposo a ningún hombre que no fuese inglés, y no a uno cualquiera, sino a un noble.

Recordó una frase de aquella conversación: «Un hombre no se casa solo con su esposa, también lo hace con su suegra». Aquel recuerdo le hizo sonreír.

De pronto, vio paseando al conde de Stanton, a Wyatt y a una joven... ¡Miranda!

Su corazón se agitó; su hermana pequeña estaba allí.

Golpeó el techo tres veces para que el cochero parara.

Estaba tan excitado y feliz que le fue imposible esperar a que los caballos obedecieran; con el carruaje todavía en marcha saltó al césped y corrió sin mirar atrás.

Beatrice soltó un grito de pánico por la temeridad que había cometido, actuando sin pensar.

Miranda, que se había girado al escuchar el sonido característico de los cascos de los caballos, vio la silueta inconfundible de su hermano mayor, saltando de aquel carruaje en movimiento.

Se le cayó al suelo el sombrero que llevaba justo en ese momento entre las manos.

Sintió como si la tierra dejara de girar, y todo se desvaneció a su alrededor excepto Dereck, que se acercaba a ella. No pudo más que salir a su encuentro, corriendo tan rápido como sus cortas piernas le permitían.

—¡Dereck! —gritó mientras corría, con el corazón agitado y los nervios a flor de piel.

Estaba tan contenta que apenas se percató de que su capa se había desprendido de su cuerpo y se había quedado flotando como los pájaros durante unos segundos, antes de quedar tendida en el brillante césped.

En cuanto se alcanzaron, él extendió sus brazos para recibirla y ella soltó sus faldas y saltó a su cuello, dejándose abrazar por el hombre que más admiraba y respetaba, y embriagándose de la brisa refrescante que notaban sus acaloradas mejillas, mientras su hermano rodaba sin parar con ella en volandas.

Sophie se llevó las manos al corazón; incluso desde la distancia aquella escena era tan... emotiva.

Beatrice, desde el carruaje, con la cabeza ladeada por fuera de la ventanilla, también sintió aquella emoción y alegría al ver volar sin parar los pies de la joven. Una escena que no solía ser muy habitual entre familiares ingleses, pues ellos siempre se comportaban con la mayor rectitud. Un abrazo fuerte y un beso en la mejilla era más que suficiente para mostrar en público que dos hermanos llevaban mucho tiempo sin verse.

Wyatt y el conde sonrieron y decidieron acercarse hasta los hermanos Boston.

—Oh, Dereck, ¡cuánto te he echado de menos! —se expresó Miranda, dichosa y con lágrimas en las mejillas.

Aquella confesión aleteó todavía más el corazón de Boston, quien la apretó con mayor intensidad, como si con aquel gesto pudiese conseguir que ella no se alejara de él nunca más.

—Y yo a ti, pequeña, y yo a ti —reconoció, emotivo y honesto, pues no había pasado un solo día en que no se acordara de ella.

Un poco más calmados, él la bajó con cuidado, hasta que ella tocó tierra firme.

La miró anonadado; su pequeña había crecido, ya no era la mocosa de trenzas que lloraba con pena y desgarró ante la puerta del internado. Ahora era una muchacha de dieciocho años, con lágrimas en los ojos... de felicidad.

—Te has convertido en una joven muy hermosa —halagó—. Apenas te reconozco.

Ella sonrió, cándida y dichosa. No se había equivocado, su hermano esperaba a la pequeña que había visto por última vez cinco años atrás.

—Tú, por el contrario, sigues tan mayor como siempre —bromeó.

—¿Eso ha sido un halago? —indagó, con un gesto mal disimulado de estar ofendido.

Ella entrecerró los ojos antes de responder.

Él agradeció a Dios en silencio que su hermana, a pesar de haber crecido, continuara poseyendo aquella gracia natural infantil que tanto la definía cuando era niña.

—¿Acaso la sinceridad no es siempre halagadora?

—Por descontado —continuó la chanza.

—En tal caso, querido hermano, siéntete halagado.

—Gracias, por un momento pensé que, con mucha educación, me habías llamado viejo.

Ella torció los labios.

—Lo has dicho tú, no yo.

Tras la respuesta concisa, los dos se rieron.

Dereck no podía apartar la mirada de su hermana, le parecía casi un sueño que se hubiese convertido en una damita tan maravillosa. Cualquiera otra le habría recriminado nada más verlo que no la hubiese visitado durante cinco años. En cambio, Miranda lo había recibido con los brazos abiertos y una gran sonrisa.

—Te pareces mucho a madre —dijo, con melancolía.

Ella parpadeó y sonrió orgullosa, pues su madre había sido una gran mujer.

El conde y Wyatt llegaron hasta ellos, y Dereck abrazó con fuerza a su amigo.

—Gracias por cuidar de Miranda —agradeció entre susurros.

Como respuesta, su amigo le dio dos palmaditas en la espalda.

Mientras los cuatro caminaban hacia la entrada del palacio, donde todo el personal estaba preparado para recibir a la hermana del señor, Beatrice y Sophie se miraron.

—El señor Boston estaba muy nervioso —comentó Beatrice.

—Es comprensible —concedió Sophie—, lleva cinco años sin ver a su hermana.

Beatrice suspiró; también estaba nerviosa.

Sophie la observó.

—Creo que os llevaréis muy bien —vaticinó—. Es una muchacha muy vital. —Sonrió al recordar su reacción en el carruaje—. Puedo asegurarte que es más expresiva que mi hermana Abby —bromeó.

Beatrice sonrió sin pretenderlo.

—Aunque debo advertirte —continuó, sin perder la sonrisa—. Puede que haya pasado sus últimos cinco años en un centro para señoritas, pero su protocolo inglés es todavía más tosco que el de su hermano.

La señorita Hook agrandó los ojos.

Sophie se rio al ver su reacción.

—No te preocupes, Beatrice —la animó—. Si hay alguien capacitada para instruir a Miranda, esa eres tú.

No mentía, estaba convencida de que su amiga sería la mejor institutriz para la hermana del señor Boston.

No obstante, notó el nerviosismo de Beatrice.

—¿Qué sucede?

—Él no ha sido del todo sincero con su hermana —confesó, en tono muy bajo, para que nadie más la escuchara

—. Miranda cree que viene a pasar una corta temporada.

Sophie inspiró con fuerza. Comprendía que Boston no hubiese sido franco con la muchacha; de haberlo hecho, ella se habría negado a abandonar América.

En parte se sintió culpable por haber convencido al americano de quedarse en Inglaterra; más, cuando esa decisión ahora perjudicaba a Miranda.

—Haremos cuanto esté en nuestro poder para que se sienta a gusto entre nosotros —alentó Sophie—. Así no querrá marcharse.

Beatrice asintió con lentitud.

Ya estaban cerca cuando Beatrice se llevó las manos a la boca para no emitir un grito de sorpresa.

Sophie, que estaba muy atenta, no pudo retener una risita melodiosa.

—Te lo dije —recordó—. Necesita una buena institutriz —afirmó, aludiendo al hecho de que la joven no llevase el cabello recogido.

Sophie y Beatrice se hicieron con discreción a un lado para que el americano pudiese presentar a su hermana a los sirvientes.

Miranda tragó con dificultad, ¿por qué había tanta gente? Ella estaba acostumbrada a convivir con un mayordomo y cinco sirvientes, además de su *nana*, quien no la había acompañado porque ya era mayor y odiaba navegar. Por esa razón, y porque no tenía intención de pasar más de diez días en Londres, le había concedido a su nana que se quedara en Nueva York. Ni siquiera tenían ama de llaves porque su padre se fiaba de todos sus sirvientes, y no veía la necesidad de tener a una mujer como guardiana de las llaves, ya que en su casa nada se cerraba con llave.

A Dereck le agradó aquel recibimiento, pues no lo esperaba. Ciertamente que ya se había acostumbrado a las costumbres inglesas, pero tampoco le daba importancia a tanto protocolo.

Miró de soslayo, buscando a Beatrice.

La vio adentrándose en el palacio junto a la condesa, por una de las puertas que llevaban desde una de las terrazas de los jardines a la sala púrpura.

Desearía que Miranda llegase a estimar a Beatrice tanto como lo hacía él; así sería más fácil que su hermana se sintiera feliz en Londres y no quisiera regresar a casa.

No es que él fuese a impedirle que algún día tomase la decisión de regresar, pero, por el momento, esa opción era inviable.

Apretó la mandíbula al pensar en el daño que le podía ocasionar, ya que ella no entendería su proceder, que no era otro que protegerla de las garras de un indeseable.

La sola idea de pensar en Lonan Hill como esposo de su hermana pequeña le hacía hervir la sangre. Agradecía que Wyatt hubiese estado al cuidado de ella, porque, de lo contrario, estaba convencido de que Lonan ya se habría alzado con los bienes de su hermana, que no eran pocos: había sido voluntad de su padre que los beneficios de la empresa familiar de la naviera, más la producción de la mina de oro, se repartieran entre los tres hijos, más una parte a Wyatt Mendoza, además de dejar una cuantiosa dote para Miranda, más la casa familiar de Nueva York, teniendo en cuenta que tanto Owen como él solían viajar mucho.

Definitivamente, era mejor soportar el enfado de Miranda que entregar nada a Hill, y menos a su hermana. Moriría antes de entregarle la mano de su hermana pequeña.

Capítulo 5

Miranda movía la cabeza de un lado a otro, realmente anonadada ante la grandeza de aquel palacio. No estaba segura de si le sería posible recordar cada estancia, pues habían pasado por varias salas, a cada cual más bonita y lujosa.

—Derek —musitó, nerviosa por si su voz se expandía como un eco por aquellos corredores con columnas de mármol.

—¿Sí? —se interesó él, al notarla tan nerviosa.

—¿Alguna vez te has perdido recorriendo este lugar?

Derek soltó una carcajada que retumbó por todas partes. Como Miranda temía, el eco allí recorría cada estancia como una brisa ligera que quisiera vagar con total libertad.

—Créeme, pequeña —animó—, te acostumbrarás.

Ella lo miró, escéptica, pues dudaba de que en diez días fuese a memorizar aquellos largos corredores que se abrían en cualquier dirección. Aquello era un laberinto imposible de memorizar.

Llegó a lamentar no llevar en su bolsito migas de pan para ir dejándolas a su paso.

Al entrar en la sala púrpura, Boston hizo las presentaciones.

—Miranda, permíteme presentarte a la señorita Hook —presentó y añadió—: Tu nueva institutriz.

La americana extendió el brazo. Beatrice miró a Derek y observó cómo él reprimía la sonrisa ante el gesto de su hermana, confirmando así que tenía razón: Miranda necesitaba instruirse para ser aceptada en la sociedad inglesa.

—Señorita Hook —pronunció Miranda, con voz angelical—, debe disculpar a mi hermano —comentó, con una gran sonrisa—. Parece ser que no ha asimilado todavía que ya no soy la niña que vio por última vez hace cinco años. Wyatt sonrió de medio lado al escuchar la respuesta.

Beatrice realizó un pequeño asentimiento con la cabeza.

Connor y Sophie se miraron entre ellos.

Boston decidió intervenir de nuevo.

—Beatrice no es una institutriz más —dijo, mirando fijamente a su hermana a los ojos—. Será la encargada de instruirte en cuanto a los correctos modales que necesitas adquirir para ser aceptada en los círculos más influyentes de Londres.

Lo primero que le llamó la atención a Miranda fue que llamara Beatrice a la señorita Hook. Mmm... interesante.

Lo segundo fue que diera por hecho que ella no tenía los modales apropiados. Eso le dolió. Más, cuando al ingresar en el internado había tenido que esforzarse más que nadie, puesto que, en aquel lugar, todas las niñas provenían de familias que gozaban de apellidos memorables y de alta cuna. Ella había sido durante mucho tiempo repudiada y ridiculizada por sus orígenes pobres. Tardaron más de un año y medio en aceptarla, como si tuviera que pedir perdón por respirar el mismo aire, o como si les debiera sumisión por degradar de categoría aquel centro con su presencia. Y solo había superado aquel infierno gracias a su *nana* y a su esfuerzo por mejorar y por convertirse en la señorita más correcta, con el fin de que nadie pudiese reírse de ella y de que sus hermanos se sintiesen orgullosos.

El hecho de que ella diese la mano tan solo era un mero recuerdo a sus padres, quienes siempre lo hacían, y no estaba dispuesta a ceder en eso. Puede que no lo viesen bien, pero para ella era el saludo que todos recibirían por su parte, porque así era como se lo había enseñado su madre y así era como pensaba saludar a todos, gustase o no, y creyesen o no que era apropiado.

Se giró lentamente hacia Beatrice.

—No se lo tome a mal, señorita Hook —se disculpó—. Dado que mi estancia en Londres será breve, no voy a necesitar de su enseñanza.

Y ahí llegó la frase que Boston tanto temía; su hermana pensaba que estaba de paso.

Tragó con dificultad antes de pronunciarse; había llegado el momento temido: informar a su hermana de que no regresaría a casa.

Abrió la boca, pero sus palabras quedaron en su garganta cuando el mayordomo interrumpió.

—Disculpe, señor —se disculpó por la intromisión, bastante azorado—. Lamento informarle de que ha debido de perderse el equipaje de la señorita Boston y su invitado.

Derek frunció el ceño.

El conde de Stanton intervino.

—Eso es imposible —adujo—. Las pertenencias tanto de la señorita como del señor Mendoza fueron

transportadas en nuestro carruaje bajo la vigilancia de mi cochero —defendió al hombre que estaba bajo su cargo.

El mayordomo agrandó los ojos.

—¿Entonces solo han traído dos baúles? —preguntó, incrédulo, el señor Morris.

Esa pregunta alertó a Boston; ahora comprendía por qué su mayordomo pensaba que se habían extraviado. Giró la cabeza para observar a su hermana, con mirada interrogante.

Miranda sonrió con candidez.

—Sí, señor Morris —afirmó la joven—. El baúl negro pertenece a Wyatt —informó—. El marrón es el mío.

El hombre asintió y se alejó raudo.

En cuanto el mayordomo desapareció, Dereck inspiró con fuerza. Con los nervios y la emoción del momento no se había fijado en nada, pero ahora, y tras escuchar al mayordomo... ¿dónde estaba la *nana* de su hermana? ¿Y quién viajaba con tan poco equipaje?

Iba a preocuparse cuando Beatrice, un tanto aturdida por lo que había escuchado, se apresuró a preguntar, un tanto alarmada:

—¿Sólo ha traído un baúl?

La voz sonó tan alarmante que todos los presentes la miraron.

—Vi innecesario tener que viajar con más equipaje —se defendió la joven.

Si Miranda pensaba que esa respuesta era correcta o tranquilizadora, más bien surtió el efecto contrario.

—¿Ha estado usando durante casi un mes la misma ropa? —se preocupó tanto Beatrice que incluso le salió un gorgorito en la voz.

Lady Stanton contuvo el aliento.

Dereck se cruzó de brazos, esperando la respuesta.

Connor parecía divertirse.

Wyatt no entendía a qué venía tanto drama.

Miranda imitó a su hermano, cuando minutos antes había fruncido el ceño.

—¡Por supuesto que no! —se expresó, molesta—. Es cierto que decidí usar tan solo dos vestidos de diario —se justificó—. Pero los lavaba casi todos los días —apuntó, con determinación—. La suerte de viajar en un barco es que durante el día nada te protege del sol.

Dereck se mordió el labio inferior; aquella respuesta daba a entender que la ropa de su hermana había estado expuesta a los ojos de todos mientras la tendía para que se secara.

—¿Dónde está la señora Eagle? —preguntó Dereck.

—En Nueva York —respondió Miranda—. No goza de buena salud cuando navega —informó, dando a entender que su *nana* en los barcos se mareaba.

Cuánto le hubiese gustado a ella que la señora Eagle la acompañara, pues desde que se trasladaron a Nueva York se había convertido en lo más parecido a una madre.

Recordaba el día en que la mujer se presentó en la casa familiar, ofreciéndose como niñera, a pesar de que ya mostraba tener una avanzada edad. Su padre estaba a punto de rechazar aquella propuesta cuando ella intercedió por la señora Eagle, pues había reconocido aquella voz, incluso escondida tras la puerta, y aquel tono inconfundible mostraba desesperación. ¿Cuántas veces había escuchado ella ese tono lastimero por parte de su madre cuando los acreedores se presentaban en la granja y ella pedía, o, más bien, suplicaba, que les concedieran un poco más de tiempo para pagar sus deudas? Tantos como sus recuerdos la embargaban.

Aquella mujer estaba desesperada por ser empleada y ella estaba desesperada por tener a alguien a su lado. Una combinación perfecta para ambas; la señora Eagle recibiría el dinero que necesitaba y ella la compañía que anhelaba.

—Beatrice —pronunció Dereck, trayéndola al presente—. La dejo al cuidado de que mañana organice una visita a la modista —dijo, sin mirar a su hermana.

—No se preocupe —tranquilizó esta al americano—, ya lo había previsto.

No mentía; nada más escuchar que solo había viajado con un baúl había pensado en llevar a Miranda a la casa de la modista para encargarle un vestuario completo para la próxima temporada.

Miranda no era una persona que se molestara con facilidad, pero que tomasen partido en lo referente a su propio vestuario como si ella no tuviese opinión al respecto, empezó a causarle un cierto malestar.

—He viajado con ropa suficiente para... —comunicó, pero sus palabras quedaron en el aire, ya que su hermano continuó su conversación con la señorita Hook.

—Quiero que goce de un guardarropa digno de cualquier señorita de su edad, de alta cuna —puntualizó—. Que esté preparada para acudir a cualquier evento social.

—Dudo que... —empezó a hablar la joven, pero volvieron a interrumpirla.

—Estoy segura de que madame Amélie dispondrá de todas sus necesidades.

—Miranda debe lucir elegante —apuntó Dereck.

—Miranda lucirá con la elegancia que merece en cualquier acto social al que sea invitada durante la próxima temporada —matizó Beatrice.

—¡Miranda está aquí! —se expresó ella, enfadada porque la hubiesen hecho a un lado y no se tuviese en cuenta su opinión.

Dereck y Beatrice se giraron para mirarla.

La joven los miró a ambos durante unos segundos.

—Hermano —pronunció, y esa palabra alertó a Dereck, ya que si había algo que caracterizaba a Miranda desde que era pequeña, sin duda alguna era su forma de referirse tanto a Owen como a él al pronunciar la palabra «hermano», pues lo hacía cuando se sentía molesta, enfadada, aturdida o irritada—. ¿Por qué la señorita Hook da por hecho que voy a estar en Inglaterra la próxima temporada?

Beatrice tragó con dificultad; había cometido el error de anunciar con anterioridad los planes que tenía el señor Boston para Miranda.

Wyatt bajó la cabeza, pues no quería enfrentarse a la mirada acusatoria que Miranda le iba a dedicar por haberla llevado hasta Londres bajo el plan trazado entre Dereck y él para alejarla de Hill.

—Porque voy a tener el placer de gozar de tu compañía durante una larga temporada —intentó adular a su hermana—. Quiero compensar el tiempo que hemos estado separados.

Por una parte, Miranda se removió, emotiva; por otra, se alertó.

—Cuando dices una larga temporada, ¿de cuánto tiempo estamos hablando?

Ahí llegaba la pregunta temida por Dereck.

—Tres años —sentenció.

La inmovilidad de Miranda preocupó a todos los presentes. Fue tal el impacto que, de haber llevado un vestido blanco y haber tenido el pelo canoso, tras perder el sonrojo de sus mejillas la podrían haber confundido con una de las estatuas de mármol.

—Miranda... —se preocupó su hermano.

A la joven le costó reaccionar.

—Ya no soy una niña —pronunció, con voz calmada—. No puedes obligarme.

Dereck la interrumpió.

—Todavía no has alcanzado la mayoría de edad...

—Poseo la suficiente para casarme —adujo ella, molesta por lo que acababa de escuchar.

—Soy tu tutor legal hasta que alcances los veintiuno.

—Dejarás de serlo en cuanto me case.

Los condes de Stanton, Beatrice y Wyatt permanecieron en absoluto silencio ante el enfado de Miranda y la obstinación de Dereck por retenerla a su lado.

—Hasta entonces estarás bajo mis cuidados —declaró el americano, con la voz inquebrantable.

Miranda intensificó la mirada.

—Dos meses, hermano —sentenció—. El tiempo que tardará en llegarle la nota a mi prometido y venir en mi busca.

Dereck sabía que en ese momento advertir a su hermana sobre la mala fama de Lonan Hill solo empeoraría las cosas entre ellos, pues la había llevado engañada hasta Londres para alejarla de ese miserable. Por ello, prefirió fingir y, a ser posible, retomar de nuevo la relación amigable y afectuosa de la que habían gozado desde su encuentro.

—Cuando ese hombre venga a pedir tu mano como corresponde y yo la acepte, entonces será tu prometido —dijo, sin vacilar, y añadió, al ver cómo se le fruncía la frente a Miranda—: Hasta entonces permíteme que te mime y cuide durante tu estancia en Londres.

La muchacha se quedó pensativa.

Hasta que Lonan se presentara ante su hermano mayor bien podía dejarse cuidar, pues echaba de menos que alguien se preocupara por ella. Quizá, durante ese corto plazo de tiempo ella gozara de aquellos momentos de antaño que con tanta nostalgia atesoraba; instantes únicos en los que sus dos hermanos bromeaban con ella. Aquellas risas tontas con las que se alimentaban, pues por entonces poco más poseían, solo gozaban de cariño, y por ello estaba convencida de que sus hermanos lo derrochaban a raudales, porque era lo único que les pertenecía y no le debían a nadie.

—Está bien, me dejaré mimar.

Dereck sonrió, pleno.

Wyatt le guiñó un ojo a su amigo.

Connor apretó los labios. Aunque el americano había ganado la primera batalla, no le gustaría estar en su piel cuando la joven descubriera que no tenía intención de concederle la mano al hombre que pretendía casarse con ella.

Cumpliendo con su palabra de dejarse mimar, Miranda entró en la casa de la modista junto a Beatrice. Al ver a tres ancianas allí sentadas, les brindó una cálida sonrisa.

—Buenos días, señoras —saludó, afable.

Lady Philomena, lady Violet y lady Hermione respondieron con un asentimiento de cabeza.

Como madame Amélie estaba atendiendo a una dama en el reservado, Miranda se entretuvo observando las preciosas telas que la modista había dejado en el mostrador.

Rozó una de las telas y sonrió.

—Esta es preciosa —declaró en voz alta, sin ser consciente de que tanto las tres ancianas como Beatrice la habían escuchado—. A madre le hubiese gustado verme engalanada con una tela tan suave y maravillosa.

Beatrice no dijo nada, pero la embargó una emoción difícil de explicar, pues Miranda tenía un poder único para transmitir con su voz su estado de ánimo.

—Oh, pero usted no puede llevar un vestido con esta tela —dijo madame Amélie, sobresaltándola, pues no la había visto acercarse.

—¿Por qué no? —preguntó, sin comprender el motivo de aquellas palabras.

—El color azul púrpura es demasiado oscuro —aclaró la modista.

Beatrice asintió con la cabeza, confirmando que estaba de acuerdo con madame Amélie, pues las jóvenes debutantes debían vestir con tonos pasteles.

Miranda miró a una, luego a la otra, y se giró en busca de aliadas.

—Señoras —dijo, invitando a las tres octogenarias a participar de la conversación—. Estamos en la tienda de la modista, ¿verdad?

Las mujeres asintieron sincronizadas.

—Las telas están a la venta —argumentó Miranda, sin perder la sonrisa—. Por ende, estoy en mi derecho de adquirirlas, ¿cierto?

A lady Violet le fue imposible mantenerse impassible; en su rostro se intensificó una sonrisa mal disimulada.

Lady Hermione consiguió no sonreír, haciendo un gran esfuerzo.

Lady Philomena clavó su bastón en el suelo para llamar la atención de la modista.

—La joven está en lo cierto —afirmó, mostrándose favorable a la americana.

Beatrice no podía creer que aquellas damas hubiesen tomado partido; más, cuando solían siempre permanecer en silencio y pocas veces las había visto interactuar con desconocidas.

Lo cierto es que se trataba de tres damas dadas a pasar desapercibidas, pero Miranda las había visto, las había saludado con educación, y les había ofrecido la oportunidad de pronunciarse, algo poco habitual; ese gesto les había llamado la atención y había conseguido que se interesaran por la joven.

—Gracias —agradeció, triunfal.

—Miladis —pronunció la modista, con deje suplicante—, la joven no puede lucir una tonalidad tan oscura, no es apropiado.

—No creo que la tonalidad de una tela se pueda considerar inapropiada —razonó su teoría Miranda—. Lucir hermosa no dependerá del color, sino de su gran habilidad al confeccionar el corte perfecto del vestido —intentó alabar a madame Amélie.

Las ancianas sintieron admiración por la americana. Conocían a la joven sin haber sido presentadas, pues, como era habitual, ellas estaban al corriente de todo cuanto sucedía en la ciudad, y en esta ocasión más si cabía, pues Sophie, la esposa del sobrino de lady Philomena, las había informado de la llegada de la hermana del señor Boston, una joven que iba a gozar de tres benefactoras para que pudiese integrarse en la alta sociedad, pues nadie negaría la entrada a la pupila de la duquesa de Whellington y Kennt, la duquesa de Hamilton y la condesa de Stanton y Oxford.

Madame Amélie acabó rindiéndose, por lo que accedió a complacer a la americana, ya que su hermano le había abierto una cuenta y gozaba de fondos suficientes para comprar todo cuanto quisiera.

Después de pasar varias horas allí dentro, Miranda y Beatrice se dispusieron a abandonar la tienda.

—Ha sido un placer, señoras —se despidió Miranda de las ancianas, que continuaban allí.

Las mujeres hicieron un pequeño asentimiento de cabeza como respuesta.

La siguiente visita que había organizado Beatrice era la sombrerería, la cual estaba justo en la acera de enfrente.

Miranda observó con atención. A ella no le gustaban los sombreros grandes y ostentosos; por ello le era difícil decidirse por alguno, ya que en aquella tienda parecía que todos los que estaban expuestos eran lo contrario a lo que buscaba.

—Este es el más solicitado. Ha tenido tanto éxito que ninguna dama que goce de elegancia puede prescindir de él en su guardarropa.

La tendera le mostró uno que consiguió arrancarle una risita a Miranda.

Beatrice se mordió los labios; no era apropiado aquel comportamiento, pues había llamado la atención de todas las damas que estaban alrededor.

—No puede hablar en serio —comentó, incrédula, Miranda, con dificultad, ya que la risa le impedía hablar—. ¿Cómo va a querer alguien llevar esto en la cabeza?

Aquel comentario, unido a la risita imparable de la americana, molestó a la dependienta y a dos damas que la habían escuchado.

—Miranda —musitó Beatrice, en un vago intento de recriminarla.

La joven señaló el sombrero que todavía sostenía la dependienta entre las manos.

—Por favor, señorita Hook, mírelo —indicó Miranda, para que observase bien aquella prenda tan jocosa—. Lleva una perdiz... ¡Una perdiz! —Intentó reprimir la risa, pero le fue imposible—. Es peligroso pasear por el campo con él puesto, algún cazador podría dispararle, confundiéndolo con su próximo almuerzo.

Se volvió a reír, y tuvo que sostenerse la tripa.

Beatrice se ruborizó.

A la dependienta se le ensancharon las fosas nasales.

Un carraspeo, justo detrás de Miranda, llamó su atención. Tanto la joven como la señorita Hook se giraron lentamente.

Beatrice cerró los ojos.

Miranda los agrandó.

La mujer que había carraspeado lucía aquel sombrero con orgullo en su cabeza.

Miranda intentó serenarse, pero aquel sombrero todavía parecía más ridículo en la cabeza de aquella dama de rostro delgado. La perdiz llamaba tanto la atención que apenas podía fijarse nadie en la cara de la mujer que lo portaba.

—Sin duda, viéndoselo a usted puesto —intervino Beatrice—, la opinión de la señorita Boston habrá cambiado.

Miranda parpadeó repetidas veces; no solo no había cambiado su opinión, sino que se reafirmaba más todavía. No obstante, sabía que sería una grosería por su parte declarar abiertamente su pensamiento.

—Por descontento —concedió.

La señora se irguió, se dio la vuelta y abandonó la tienda con la cabeza bien alta.

Miranda apretó con fuerza sus labios, porque, de no hacerlo, volvería a reírse.

Beatrice la recriminó con la mirada.

De nuevo se giraron hacia la tendera, que ya estaba sacando otro sombrero, según ella, de gran elegancia.

Miranda clavó sus pupilas en la señorita Hook, intentando buscar en ella algún gesto, por mínimo que fuese, para no reírse. Claro que, al ver su rostro de pánico por miedo a su reacción, consiguió todo lo contrario, y sus risas fueron imposibles de controlar.

—¡Uvas! —expresó, sin poder remediarlo—. Me pregunto por qué iba alguien a querer llevar uvas en la cabeza. —Se rio—. ¿Acaso los ingleses no tienen miedo a ser atacados por una bandada de pájaros?

—¡Miranda! —la amonestó Beatrice.

La americana se encogió de hombros.

—Quizá, si me compro este sombrero y me cruzo con la mujer que acaba de marcharse, su perdiz me asalte para picotear mis uvas —bromeó, sin parar de reír.

—Disculpe, señora Bitton —se disculpó Beatrice—. Debemos marcharnos. Vendremos en otro momento.

Miranda dudaba que fuese a regresar a aquella sombrerería en donde tenían tendencia a vender pamelas con adornos tan... tan... ¡Insólitos!

Nada más salir de la tienda, la risa de Miranda se convirtió en un aullido de dolor.

—¡Auuu...!

Un hombre le había clavado su bastón en el pie, con fuerza y con alevosía, pues la podría haber esquivado. Sin embargo, no lo había hecho, ya que el duque de Manfford no se apartaba ante nadie.

Y si el golpe no había sido suficiente, la empujó con malos modales.

Las tres ancianas fueron testigo de aquella bochornosa escena por parte del duque.

—Apártese —ordenó el duque.

—Es usted un grosero —lo recriminó Miranda, llamando la atención de varias personas que paseaban cerca.

—¡Cómo se atreve! —gritó el duque—. ¿Acaso no sabe quién soy? —preguntó, molesto por que ella no lo hubiese reconocido. El egocentrismo de aquel hombre era desmesurado—. Soy el duque de Manfford.

La soberbia del hombre que tenía delante le recordó a otro hombre, uno que era igual de insolente y desagradable: el padre de Wyatt.

Lo único que los diferenciaba era que uno poseía el título de duque, creyéndose un ser superior, y el otro una pequeña herrería, cuyas pocas ganancias las malgastaba en bebida.

Miranda no era dada a idolatrar a ningún noble, incluso le parecía absurda toda aquella jerarquía social; por ello no estaba dispuesta a rendirle pleitesía.

—¿Y en Manfford no les enseñan educación?

Beatrice se apretó las manos, muy nerviosa, pues aquel comentario había sido totalmente desafortunado.

La señora con el sombrero de perdiz exclamó un «Oh...» en señal de consternación.

Las tres ancianas se acercaron más.

—Excelencia —intercedió Beatrice—, por favor, disculpad a la joven. Acaba de llegar de América y no está todavía acostumbrada...

El duque la interrumpió.

—¡He sido ofendido por una salvaje de las colonias!

—Ella no pretendía... —intentó mediar de nuevo Beatrice.

La joven se enfadó, no solo con el duque, sino también con la señorita Hook.

No solo había sido agraviada con un pisotón, también con un empujón, y, además, había sido insultada por el duque. Ella no era una salvaje; puede que su familia hubiese sido pobre, pero siempre habían recibido una buena educación. La que le faltaba en todos los sentidos al duque, pues, además de grosero, también andaba escaso de cultura, ya que habían dejado de ser colonia hacía poco más de ocho lustros.

—Me reitero —adujo Miranda, sorprendiendo a Beatrice por aquel tono de voz utilizado, sin amilanarse ante el duque—. ¿No reciben educación en Manfford?

—Insolente —insultó el duque.

—¿Además de salvaje? —ironizó.

—¿Cómo se atreve? —la increpó la mujer del sombrero con un animal disecado—. Alguien que proviene de las colonias no puede dirigirse a un par del reino con tan poca educación.

Beatrice tembló, empezó a notar que le faltaba el aire, y no estaba segura de poder mantenerse en pie durante mucho tiempo, pues seguramente acabaría desmayándose.

—Tiene gracia que se consideren un gran imperio —resopló Miranda, como si se estuviese mofando de todos los que estaban allí recriminándola—, y no les haya llegado a ninguno la noticia de que ya no pertenecemos a ninguna colonia —informó, porque estaba cansada de escuchar aquella frase que tanto les gustaba a los ingleses pronunciar con desprecio: «Salvajes de las colonias», pues la había escuchado infinidad de veces desde que tenía uso de razón.

—Su comportamiento es intolerable —apuntó el duque, con mucho desdén.

—Puede ser —le concedió—. Pero debe reconocer que lleva cuatro décadas de retraso respecto a la educación que se imparte en América —anotó, insultándolo con gran elegancia al llamarle «analfabeto», en venganza por haberla insultado a ella primero—. Además de su poca cortesía —añadió, aludiendo a su insolente comportamiento, ya que no se había disculpado por haberla pisoteado.

El desmayo de una mujer en plena vía pública desvió la atención de todos, momento que aprovechó Beatrice para llevarse a Miranda casi a rastras, pues la americana no paraba de girar la cabeza para mirar a la señora que estaba tendida en el suelo.

—No es de extrañar —dijo en voz alta, aunque fue más bien un pensamiento—. La perdiz pesaba más que su cabeza.

Capítulo 6

Lady Victoria cerró los ojos al escuchar los alaridos de su padre; una vez más llegaba a la casa con un pésimo estado de ánimo. No sabía por qué se sorprendía, ya que era habitual en el duque comportarse de esa manera, pero últimamente no lo soportaba; estaba muy cansada de los gritos, las amenazas y, sobre todo, de sus reproches, no solo respecto a ella, sino también los que vertía constantemente sobre su hermano; parecía como si fuese culpa de ellos todo cuanto le molestaba a su padre.

Se levantó del diván en donde estaba bordando, dejó su labor allí, y se escapó por la puerta que daba al jardín exterior. Necesitaba escapar de la cólera de su padre; le daría tiempo a tranquilizarse.

Caminó con paso firme, sin mirar atrás, hasta adentrarse en la arboleda que rodeaba los jardines de Manfford House, lugar al que acudía para esconderse del duque más veces de las que nadie pudiera imaginar.

El frío la hizo estremecer. No había sido previsora al dejarse su abrigo en el interior de la casa, pero tanto daba; era mejor congelarse que soportar los aullidos del duque.

Cerró los ojos y se abrazó a sí misma, al recordar que tan solo hacía un mes que podría haber escapado de aquella prisión en la que se había convertido su vida. Un mes atrás había caminado por los páramos de sus tierras de Escocia, acercándose al filo de los acantilados. Allí miró hacia abajo, absorta por el ruido que las embravecidas aguas emitían al romper las olas en las rocas. Y vio la luz a tanta oscuridad, pues tenía ante ella la oportunidad de escapar, saltando al vacío y abandonándose en esos doscientos metros que la separaban del mar. Suspiró y cerró los ojos, consciente de que un paso, tan solo un paso la liberaría de todo. Sentiría durante unos segundos plena libertad... Sin embargo, cuando su pie se adelantó, la imagen de su hermano la retuvo de dar el paso definitivo, pues Benny no merecía el dolor que su muerte le causaría.

Tembló al recordarlo y abrió los ojos. No debía tener aquellos pensamientos, tenía que encontrar la forma de alejarlos, por lo que recurrió a otro pensamiento, el único que conseguía sacarle una sonrisa, triste, pero al fin y al cabo una sonrisa: el señor Hook.

Suspiró sin tener claro si había sido una espiración de ensoñación o de frustración.

Soñar despierta debía de ser tan hermoso... Pero ella no podía permitirse ningún sueño, así la habían criado y así era como se mantenía fuerte, pues permitirse soñar tan solo le traería dolor, ya que jamás se podrían cumplir sus anhelos.

Pero había algo mágico en aquellos pensamientos a los que recurría para evadirse de su realidad. Aunque no se permitiese soñar, recordar al señor Hook le aportaba un sentimiento desconocido, una sensación placentera a la que no estaba acostumbrada. Y eso que sus encuentros con el administrador de la duquesa de Whellingtton y Kennt no habían sido precisamente buenos, pues, cada vez que habían coincidido, ella se había comportado como una auténtica arpía.

—Sabía que te encontraría aquí.

La sobresaltó la voz de su hermano.

—¡Benny! —exclamó, asustada.

El marqués de Frotell se quitó su abrigo y cubrió a su hermana con él.

—Tori, debes de estar congelada —se preocupó.

Ella negó con la cabeza para restar importancia, aunque lo cierto es que sí lo estaba; esa tarde estaba siendo muy gélida.

—Nuestro padre llegó hace un rato...

—Lo sé, he escuchado sus quejas —la interrumpió el marqués, con tono divertido, y eso consiguió llamar la atención de Victoria.

—¿Desde cuándo te parecen divertidas sus quejas?

Benedick sonrió de medio lado y alargó sus brazos para recolocar su chaqueta sobre los hombros de su hermana, ya que se le había resbalado al girarse ella para mirarlo de frente.

—Desde que una joven ha osado recriminarle a nuestro padre su falta de cortesía y educación en plena vía pública —confesó del tirón y con alegría.

Victoria agrandó los ojos.

—¿Alguien se ha atrevido a ofender al duque? —preguntó, incrédula.

—¡Y en pleno Bond Street, en hora punta nada menos! —se expresó, jovial, agradecido y satisfecho.

A la joven se le formó un óvalo en la boca.

—Increíble —dijo, con un hilo de voz, totalmente perpleja porque alguien se hubiese atrevido a semejante acto.

—Insuperable —halagó su hermano a la atrevida muchacha—. Qué lástima, Tori, que nos lo hayamos perdido.

Se miraron y los dos rieron.

—¿Y a quién le debemos el placer de nuestra dicha? —preguntó Victoria.

—No lo sé, por lo visto una joven recién llegada de América.

—Pobrecita —se apiadó de ella Victoria—. Nuestro padre se encargará de que la muchacha no sea invitada a ningún acto social.

El marqués se quedó pensativo.

—Sí —reconoció, con pesar—. Si la familia de la joven pretendía presentarla en sociedad, el duque conseguirá arruinar sus planes.

El silencio los envolvió y el marqués le ofreció su brazo a Victoria para regresar juntos a la casa.

—¿Crees que nuestro padre tuvo alma alguna vez? —preguntó la muchacha, consciente de que esa pregunta no era propia de una dama, o, más bien, no era adecuada formularla en voz alta tratándose de su hija.

—Dudo que naciese con tanto despotismo —respondió Benny, sin titubear.

Victoria inspiró con fuerza.

—Quizá estoy siendo injusta con él —se disculpó por sus palabras—. La gente lo adora.

El marqués dejó de caminar, ladeó su cuerpo y miró directamente a los ojos de su hermana.

—La gente no lo adora —refutó, y corrigió a Victoria—: Le teme.

Ella se quedó pensativa.

Él quiso aclarar su afirmación.

—A la duquesa de Whellingtton la gente la adora —informó, con voz calmada—. Al duque de Hamilton lo respetan. A nuestro padre le temen —sentenció—. Fingen ante él un respeto que no sienten, y eso que no conocen su verdadera personalidad, la que nosotros aborrecemos.

—¿Cambiaría algo de conocerla? —indagó Victoria.

—Me temo que no —reconoció Benedick—. Sigue siendo el duque de Manfford; poco importa que sea cruel o no, la sociedad no da la espalda a un duque, por muy desalmado que sea.

Victoria apoyó su cabeza en el hombro de su hermano.

—Tú serás el mejor duque de Manfford —afirmó, soñadora—. A ti no te temerán, te respetarán.

Benny inclinó la cabeza para apoyarla en la de ella, un gesto fraternal cargado de gratitud por sus sinceras palabras, pues se notaba que Victoria creía en él.

En esa postura, la joven se interesó por algo que recordó.

—Benny.

—¿Sí?

—Hemos recibido una invitación de la duquesa de Hamilton para pasar las navidades en Great Castle —informó, un tanto descuadrada—. ¿Crees que es apropiado aceptarla?

Benedick se separó y la miró; no entendía por qué notaba tan abatida a su hermana.

—Tori, si estás afligida porque nuestro padre te sigue reprochando que la decisión del duque de desposarse con otra dama fue culpa tuya —comentó, al tiempo que llevaba su mano a la barbilla de Victoria para que levantara la cabeza y lo mirase a los ojos—, debes saber que nada de lo que hubieses hecho habría cambiado la decisión del duque de Hamilton —aseguró—. Estaba... —se corrigió, con celeridad—. Está enamorado de su esposa.

Victoria tragó con dificultad. No era esa su desazón; más bien, sabía que se había comportado mal con lady Abby y no podía decírselo a su hermano.

—No... No es eso...

—Si es por mí, estate tranquila. En realidad fue un impulso poco meditado por mi parte pedir la mano de lady Abby —comentó, risueño—. ¿Te imaginas los problemas de espalda que habría tenido, si el marqués hubiese aceptado mi propuesta?

Victoria acabó sonriendo. Su hermano tenía razón, lady Hamilton medía un palmo y medio más que él.

—Oh, Benny, no imagino las burlas que te habrían perseguido por todo Londres —dijo ella, sonriente.

El marqués se rio abiertamente.

—Aceptaremos la invitación —zanjó el tema Benedick—. Y nos encomendaremos al buen Dios para que nuestro padre rehúse acudir a la fiesta.

Victoria suspiró esperanzada, aunque dudaba que el duque fuese a eludir un evento al que acudirían personas tan influyentes como se creía ser él.

Regresaron con paso firme a la casa. Por el camino, Victoria se preguntó si el señor Hook acudiría a la fiesta. No

es que ella tuviese gran interés en ese hombre... O más bien, no podía permitirse tenerlo, ya que su padre jamás consentiría que su hija se interesara por un simple administrador.

En cuanto pusieron un pie en el interior de la casa, ambos hermanos tuvieron la misma reacción: erguirse y dejar de sonreír, ya que en Manfford House ser feliz y mostrarlo estaba prohibido.

Capítulo 7

Beatrice y Miranda entraban en el salón dorado de Serenity Park, con estados de ánimo muy distintos. Beatrice parecía aturdida; en cambio, la joven Miranda se mostraba exultante.

El ama de llaves las siguió hasta allí y las observó con atención.

—Señora Wylde, necesitaremos té —se pronunció Beatrice, llevándose una mano al corazón para intentar apaciguarlo.

La mujer asintió con la cabeza y desapareció.

—¿Té? —preguntó Miranda, aunque su entonación mostró cierta preocupación—. ¿Estáis enferma?

La señorita Hook la miró sin comprender.

—No.

—¿Entonces por qué habéis pedido té?

—Para templar los nervios —aseveró Beatrice, quien todavía se encontraba alterada por el encontronazo con el duque de Manfford—. Es habitual tomar té en Inglaterra.

Miranda parpadeó. Ella aborrecía el té, y no comprendía que la gente lo tomara por voluntad propia; en su casa siempre lo habían tomado cuando alguien se encontraba indispuerto.

Levantó las manos e hizo aspavientos.

—No, no... Yo no bebo ese brebaje para enfermos —dijo, sin ocultar su reticencia sobre la bebida más estimada por los ingleses.

En el internado le habían dado clases sobre cómo servir té a sus invitados. Claro que, ella pensó que no tendría invitados ingleses a los que agasajar en su casa, motivo por el que aprendió a servirlo sin la necesidad de beberlo.

A Beatrice se le agrandaron los ojos; su pupila no podía hacer ese tipo de comentarios en voz alta.

—Os acostumbraréis —sentenció.

—Señorita Hook —pronunció Miranda, con una ligera sonrisa plasmada en su rostro—. Creedme cuando os digo que no beberé té —advirtió—. En mi casa solo entran las hojas de té cuando se está enfermo, y ahora, como puede comprobar con sus propios ojos, no lo estoy —apuntó, ensanchando su sonrisa.

Beatrice empezó a replantearse si había sido una buena decisión haber aceptado la propuesta del señor Boston respecto a instruir a Miranda en las lides protocolarias.

Y como si lo hubiese invocado con sus pensamientos, Dereck y Wyatt Mendoza entraron en el salón.

—Buenas tardes, señoritas —saludó, afable, el señor Boston—. ¿Han tenido una mañana provechosa?

Miranda se levantó de su asiento y se acercó rauda hasta su hermano para saludarlo con un beso en la mejilla, y repitió su gesto con Wyatt.

—¡Oh, ha sido muy divertido! —se expresó, jovial, llevando las manos al aire—. ¡Los ingleses son divertidísimos!

Wyatt contuvo la risa. Miranda nunca cambiaría, desde pequeña se expresaba con tanta naturalidad y espontaneidad que su alegría acababa siendo contagiosa.

A Dereck se le aceleró el corazón; era una sensación tan maravillosa ver a su hermana pequeña tan feliz... Aunque, al ver la expresión de pavor de Beatrice, se temió lo peor.

—¿Sucede algo, señorita Hook? —indagó el americano.

Beatrice iba a responder, pero Miranda se adelantó.

—Todavía se encuentra un tanto turbada —intervino, llamando la atención de los dos hombres—. Hemos sido testigos del desvanecimiento de una señora en la vía pública —anunció, con un toque misterioso que pronosticaba una buena historia—. Admito que los ingleses son muy entretenidos, pero tienen un pésimo sentido de la moda —dijo, gesticulando y poniendo los ojos en blanco—. La mujer que perdió el conocimiento fue víctima de su sombrero y de la tendera que se lo vendió.

—¿Cómo dices? —preguntó Dereck, sin comprender nada.

—En la sombrerería le vendieron una pamelita que llevaba un animal disecado —dijo del tirón—. ¡Una perdiz! —se expresó, mostrando su incredulidad y sobresaltando a los tres con su elevada voz—. Ese animal muerto pesaba más que la cabeza de la mujer —continuó su explicación, sin comprender cómo podía alguien comprar algo tan espantoso—. Quizá los taxidermistas deberían informar sobre los peligros que corren las mujeres que desean portar en sus cabezas esos animales disecados. ¿No os parece? —preguntó, tan preocupada que Wyatt y Dereck no pudieron evitar reírse mientras ella repetía, levantando las manos al cielo y dejándose caer en el sofá—. ¡Una perdiz!

Las risas de los dos hombres molestaron a Beatrice; no podían reírse de aquello, cuando ella había intentado hacerle comprender a Miranda que no se podía mofar de los sombreros de ninguna dama, por muy ridículos que le pudiesen parecer.

—Wyatt, te habría encantado —se mofó Miranda, ya que su amigo era un experto cazador—. La próxima vez que caces un conejo, pásate por la sombrerería y pregunta si les interesa como adorno; quizá te resulte más beneficioso venderlo para sombreros que comértelo.

El hombre no podía parar de reír.

Dereck, al ver la cara enfadada de Beatrice, dejó de hacerlo.

—Bueno, dejemos a los animales disecados por un momento —comentó, intentando que así Beatrice se mostrara menos ceñuda—. Aparte de tu visita a la sombrerería, ¿qué más habéis hecho?

Miranda se quedó pensativa.

Beatrice iba a exponer su malestar en voz alta, pero se contuvo al ver entrar a un lacayo con la bandeja de té.

El hombre lo dejó todo dispuesto en la mesita que estaba delante de Beatrice.

—Traiga dos servicios más —pidió la señorita Hook.

—No se moleste —intervino Wyatt—. Nosotros no bebemos té.

Miranda ensanchó la sonrisa, miró a Beatrice, y le hizo una mueca con los labios, dando a entender que ella no mentía cuando decía que en su casa nadie tomaba té.

El lacayo parpadeó. ¿Quién no bebía té?

Beatrice le hizo una seña al hombre para que se retirara.

—¿Y bien? —se interesó de nuevo el americano.

Miranda hizo un gesto con la mano, restando importancia a cuanto habían hecho esa mañana.

—Poco más, aparte de visitar a la modista.

Wyatt tomó asiento justo al lado de Miranda.

Dereck sonrió, sonrisa que se esfumó en cuanto Beatrice, sin poder contener un segundo más su estado de alteración, confesó lo que nadie esperaba escuchar.

—Se olvida comentar lo más importante —dijo, con el semblante más serio que Boston había visto nunca en ella—. Se ha mofado ante la dependienta de la sombrerería, menospreciando las pamelas que se exponen en su local —informó para que su hermano supiese que estaban en un aprieto si Miranda no cambiaba de actitud—. Ha ridiculizado a las mujeres que lucían esos sombreros. Y, por último, lo más agravante: ¡Ha insultado a un par del reino! Y no a uno cualquiera, ¡a un duque! ¡Al duque de Manfford!

Wyatt miró de soslayo a Miranda.

Dereck tragó con dificultad.

El lacayo que acababa de entrar para dejar allí los dos servicios de té se quedó petrificado al escuchar aquella conversación; la americana acababa de meterse en un buen lío.

Miranda se levantó como un resorte.

—¡No es verdad! —se expresó, ofendida.

—Puede que no lo hiciese deliberadamente, pero insultó al duque y no mostró arrepentimiento alguno ante él —intentó explicar Beatrice, sin éxito, pues Miranda no comprendía por qué había actuado mal.

El americano, antes de tomar partido, le tocó el hombro al lacayo para que lo mirase, ya que parecía una estatua de mármol.

—Retírate —ordenó.

El hombre por fin reaccionó. Con manos temblorosas, dejó la bandeja en la mesita y salió raudo de aquella sala, en donde cierta joven iba a recibir una reprimenda bien merecida.

—¿Has ofendido a un duque? —se interesó Dereck, sin apartar la mirada de Miranda.

La joven parpadeó. ¿Cómo ponía en duda su palabra? A lo mejor había olvidado su hermano mayor que su padre les había dejado como herencia lo más valioso de todo: el aprendizaje para ser siempre personas íntegras. La mentira no tenía cabida en una persona íntegra, Dereck lo sabía, y, que hubiese formulado esa pregunta, cuando ella acababa de negar la acusación, la ofendió.

—¿Cinco años de distanciamiento crees que son suficientes para que yo haya olvidado todo cuanto padre nos enseñó?

La melancolía de su voz hizo estremecer a Beatrice.

Wyatt clavó su mirada en su amigo, sin comprender que él hubiese formulado aquella pregunta, que más bien, había sonado a acusación. Más que nada porque Miranda tenía razón; el padre de los Boston había sido un hombre pobre, pero muy íntegro. Y siempre había volcado en sus hijos cada aprendizaje de su vida, con el deseo de convertir

a su familia en personas intachables. Y bien lo sabía él, pues aquel hombre lo había acogido en su casa como a un hijo más, haciéndole partícipe de todas aquellas lecciones de vida.

—Beatrice —pronunció el americano, invitando a la mujer a dar una explicación.

La señorita Hook inspiró con fuerza, se levantó y se alisó las faldas, intentando ganar un poco de tiempo, ya que no sabía muy bien cómo comentar lo que había sucedido sin parecer que acusaba a Miranda. Era muy difícil encontrar la forma de explicar aquello sin que la joven se molestara.

—En Inglaterra tenemos por costumbre bajar la cabeza ante ciertos nobles —informó, con voz suave—. Comprendo que Miranda no esté familiarizada con nuestras costumbres —intentó solidarizarse con la joven, para que no viese en ella a una enemiga, pues no era su intención serlo—. Pero menospreciar la inteligencia y educación de un duque es todo un insulto.

Dereck observó cómo el semblante de su hermana se iba demudando. Además, algo le llamó la atención: las manos de Miranda empezaron a moverse de una manera muy extraña, sus dedos se movían con rapidez...

Miranda se mordió el labio inferior para no gritar. Ella conocía de sobra la jerarquía social, así como también era experta en protocolo y en todas las ambigüedades tan estimadas por los ingleses. Y lo sabía bien porque en su internado, una vez más, tanto aquellas damitas de origen inglés como sus compatriotas herederas de apellidos ilustres, que se creían superiores al resto de la humanidad, habían volcado todas sus frustraciones y toda su maldad en ella, menospreciándola cada dos por tres, y ridiculizándola por no poseer un apellido con linaje, ni sangre con pedigrí, ni la formación requerida desde pequeña como cabía esperar de niñas de alta clase social. Por ello había trabajado el doble para estar a la altura, para poder mirarlas a la cara sin sentirse inferior. Y ahora se le ocurría a la señorita Hook dar por hecho que ella era poco menos que una boba sin conocimiento. ¡Era el colmo!

Pues bien, ya había soportado durante cinco años demasiadas vejaciones como para tener que hacerlo ahora. Ya que daban por hecho que ella no tenía suficiente educación, ni modales ni inteligencia como para saber comportarse, acababa de tomar una decisión: actuaría en Inglaterra ante todos como esperaban.

—Anotar la falta de cortesía de un hombre, bien sea duque o no —puntualizó Miranda, mirando a su hermano fijamente—, no es un insulto, sino más bien una lección que debería agradecerme porque, gracias a mí, podrá corregir su mal proceder.

Dereck comprendió que Miranda estuviese molesta, pero también debía entender que ciertas normas no se podían saltar. Bien lo sabía él, que le costó comprender por qué al principio se le cerraban todas las puertas, hasta que por fin Abby, la hija del marqués de Stanford, convirtiéndose en su institutriz protocolaria, le hizo comprender que, si quería integrarse en las altas esferas, tenía que cambiar su forma de actuar, por mucho que a él toda aquella tontería aristocrática le pareciera ridícula e inútil.

—Miranda —pronunció, con voz calmada, sin dejar de advertir que ella seguía moviendo los dedos sin parar—. A un duque no se le puede llamar la atención.

Beatrice respiró con cierta tranquilidad al comprobar que Dereck iba a ayudarla a corregir el comportamiento de Miranda.

Wyatt, por el contrario, no estaba de acuerdo porque ella había apuntado que el duque había sido descortés, por lo que se puso en pie y se situó justo al lado de la que consideraba una hermana pequeña.

Aquel gesto por parte de Mendoza, que podría haber pasado desapercibido para todos excepto para Miranda, fue el toque mágico que la joven necesitaba para no echarse a llorar, ya que no comprendía cómo su hermano había cambiado tanto, hasta el extremo de llamarle la atención por haber respondido a un hombre tan déspota sin siquiera haber escuchado su versión. Por lo que decidió aferrarse a la esperanza de que tenía todavía a alguien a su lado para sacar a la luz todas sus quejas.

—Es inconcebible que des por válida la explicación de la señorita Hook —anotó, con pena—. Más, si cabe, que me recrimines mi comportamiento, defendiendo a un hombre que me agravió deliberadamente —expuso lo que ocurrió, sin pestañear—. Puede que las mujeres inglesas bajen la cabeza cuando son pisoteadas por el bastón de un duque y este, en vez de disculparse, les grita en mitad de la calle, a la vista de todos los transeúntes —comunicó, sin titubeos—. Pero puedo asegurarte, hermano, que cuando a mí me pisan y me insultan por provenir de las colonias, llamándome “salvaje”, no bajo la cabeza. —Y aseguró con vehemencia—: Expongo abiertamente su falta de cortesía y educación.

Dereck apretó los puños. Puede que aquel hombre fuese un duque, pero su hermana pequeña para él era intocable.

Miranda, ajena a las elucubraciones de su hermano, clavó sus ojos en Beatrice.

—Reitero lo que dije ayer, señorita Hook —dijo, sorprendiendo a todos—. No necesito una institutriz; menos, una que para proteger a un par de su reino, oculta y protege a ese hombre, dejándome a mí mal delante de mi

hermano.

Beatrice se sintió desfallecer, ella no pretendía nada de aquello.

Dereck, que conocía a la mujer mejor que nadie, incluso llegó a sentir el dolor que la acusación de su hermana le había ocasionado.

—Tu acusación es injusta, además de hiriente —le recriminó Dereck a su hermana.

Miranda parpadeó; no se podía creer que él estuviese defendiendo lo indefendible.

—Lo hiriente es que tú des más valor a sus palabras que a mi versión —contratacó, ofendida.

—No he hecho tal cosa —se defendió.

—Lo has demostrado desde que ella me acusó, incluso después de que yo haya expuesto lo sucedido.

Dereck estaba en una situación poco envidiable. Defender a Beatrice provocaba ganarse el enfado de su hermana, pero, en el caso contrario, conseguiría enemistarse con la mujer que le había robado el corazón, y no quería perderla.

—Te estás comportando de forma irracional.

—¡Yo! —se expresó la joven, alterada e irónica—. Tú me has traído a Inglaterra y me has obligado a permanecer aquí, sin contar con mi deseo de regresar a casa —lo acusó, sin ambages—. Obviando que detesto este país como a todos los que habitan en él —escupió las palabras, exponiendo abiertamente lo que sentía por los ingleses, recordando a todos aquellos que en Nueva York la habían humillado, y, además, con intención de herir a Beatrice por ser la causante de su disputa con su hermano mayor—. Me ofendes al imponerme una institutriz, menospreciando mi inteligencia y sin importarte ni interesarte en darme la oportunidad de mostrar todo el aprendizaje que he adquirido durante estos años... —Se apenó—. ¡Y me acusas de ser irracional! ¡Tú! —alzó la voz, muy enfadada—. Avisa al mayordomo, al ama de llaves o a uno de tus cientos de lacayos para que preparen mi equipaje, porque no tengo intención de seguir respirando el aire de un país que ha sido capaz de cambiar a mi hermano hasta el punto de no reconocerle.

No dio opción a réplica; salió corriendo de la sala.

Beatrice sintió un nudo en el estómago, pues se sentía culpable.

Wyatt no necesitó decir una palabra, su mirada acusatoria lo decía todo.

—No se irá a ninguna parte —aseguró, con voz grave—. Permanecerá en Londres hasta que Lonan Hill no sea un peligro.

Wyatt había sido muy paciente, no se había inmiscuido en las decisiones tomadas por Dereck, pero Miranda también era su debilidad.

—Si retenerla en Londres la convierte en una mujer infeliz, deberías plantearte si Hill es tan peligroso después de todo.

No necesitó decir más, Dereck había comprendido sus palabras. Su protección para alejarla de Hill podía ser más peligrosa, si la convertía en una mujer desdichada.

Se alejó con paso firme, quería encontrar a Miranda.

Al quedarse a solas Beatrice y Dereck, se miraron.

Él notó el azoramiento de ella y se sintió terriblemente atraído, por lo que alargó su brazo y rozó con mimo la mejilla de la mujer. Al notar que ella no esquivaba su contacto le fue imposible parar; por fin la estaba tocando. Después de tanto tiempo, era la primera vez que entre ellos había contacto físico.

—No es culpa tuya —susurró el americano, mientras su mano recorría aquel rostro pálido con tanta ternura y a la vez desesperación que decidió aprovechar aquella intimidad, acunando el rostro de Beatrice con sus manos.

—Yo... yo... no pretendía —titubeó, aunque sus temblores se debían al contacto.

—Lo sé —aseguró él.

Beatrice se quedó sin palabras.

Dereck solo pudo hacer una cosa: inclinarse y besar sus labios. Un contacto que los dejó a los dos turbados.

Sin embargo, duró menos de lo que ambos hubiesen deseado, pues los pasos del mayordomo acercándose les hizo separarse.

—Señor —informó el hombre—. El duque de Hamilton desea ser recibido.

Todavía no había terminado de hablar, cuando el invitado entró por la puerta, con típico porte de todopoderoso. Su traje era impecable, y su cabello tan perfecto que ni un solo rizo se le movía al caminar. Clavó sus ojos azules primero en el señor Boston, que parecía molesto, luego en la señorita Hook, y observó cierto sonrojo en las mejillas de ella, por lo que intentó ocultar su regocijo, aunque no tenía por qué, pues ya había superado su etapa de presentarse ante los demás como el hombre más frío de Escocia. Bueno, en realidad ante sus amigos, para el resto seguiría siendo el duque de hielo.

—Señor Morris —dijo el duque—. Traiga el mejor whisky, tengo mucho que celebrar.

El hombre se alejó para dar el mandado a un lacayo.

El americano lo miró con el ceño fruncido.

El duque se acercó hasta el sofá en el que había estado sentado Wyatt, y esperó con paciencia a que Beatrice tomase asiento. Ante todo, debía ser cortés.

—¿Por qué vamos a brindar? —se interesó el americano.

—Por haber llegado en el momento más oportuno —adujo, con los ojos chispeantes, aunque sin cambiar su pose, y esforzándose por aparentar desinterés—. Así aprenderás lo molesto que eres siempre cuando te presentas sin avisar.

Dereck gruñó.

Beatrice se sonrojó todavía más y se sentó de golpe.

El duque sonrió, encantado, pues el americano solía presentarse en su hogar en alguna que otra ocasión, con la malsana costumbre de interrumpirlo cuando él estaba besando a su mujer.

La amistad entre ellos cada día era más palpable, pero a ambos les encantaba fingir lo contrario, más que nada por hacer rabiar a lady Hamilton. El duque, porque adoraba ver a su mujer cuando se enfadaba, pues así se aseguraba poder calmarla, lo que siempre conseguía con éxito y resultados muy placenteros. Y el americano, porque desde que conoció a Abby se dio cuenta de que existían pocos placeres mejores que burlarse de su institutriz, a la que adoraba. Puede que pocas personas hubiesen conseguido lo que hizo ella: hacerlo sentir como en casa.

—¿Dónde está Abby? —preguntó Dereck.

A pocos hombres le consentía el duque ese trato tan íntimo con respecto a su esposa, pero Boston gozaba de una muy buena amistad con la duquesa, y él lo respetaba.

No respondió de inmediato, primero aceptó la copa que el lacayo le servía. Luego removió el vaso con infinita paciencia; no estaba de más alterar al americano, que no se caracterizaba precisamente por ser una persona paciente.

Dio un pequeño sorbo y respondió:

—Eso me pregunto yo, ¿dónde está mi mujer? Me dieron el recado para que viniese aquí a buscarla.

Capítulo 8

Wyatt encontró a Miranda diez minutos después. La localizó en una sala llena de estatuas. Le pareció grotesco todo aquel derroche de superioridad, pues aquella colección era eso: un alarde de poderío.

La joven estaba enfrente de una iconografía, absorta, como si estuviese viendo el interior de aquella mujer, que estaba tan bien esculpida que parecía casi humana.

—Es Artemisa —informó a Wyatt, con la voz más triste que jamás había escuchado salir de su boca.

Él se acercó lentamente hasta situarse a su vera.

Ella, sin apartar la mirada y sin cambiar de posición, continuó:

—La diosa de la caza —explicó, con adoración por lo que esa diosa griega representaba para su acompañante, que era un experto y amante cazador—. Era hija de Zeus y una de sus amantes, Leto.

Se quedó callada.

Wyatt miró la estatua.

—¿Cuál fue su historia? —preguntó, con interés, pues algo le decía que aquella leyenda tenía que ver con el ánimo melancólico de Miranda.

La americana mostró una sonrisa triste que él no vio. Wyatt era la única persona que siempre estaba a su lado. El único hermano que no compartía con ella la misma sangre.

—Cuando Hera, la mujer de Zeus, descubrió su infidelidad, amenazó con descargar su ira con toda aquella población que diese cobijo a la amante de su esposo.

—Qué horror —no pudo evitar decir Wyatt.

Entonces los dos se giraron y se quedaron uno frente al otro, mirándose a los ojos.

—Leto peregrinó sin descanso, pues en ninguna comarca quisieron acogerla. —Él hizo un mohín de desaprobación, ella continuó—: Hasta que pensó que, escondiéndose en una isla errante, que estaba constantemente cambiando de posición en el mar, sería más difícil para Hera encontrarla y volcar toda su ira sobre ese lugar.

—¿Lo consiguió?

—Sí —aseguró, agradecida por que Wyatt se interesase en la historia que le estaba contando—. Dio a luz a los gemelos Apolo y Artemisa en la isla de Delos.

—Gracias a dios —pronunció, satisfecho.

—Como agradecimiento por la buena fe de las gentes de la isla, Zeus les recompensó, fijando la isla en medio del océano.

—Un buen gesto por su parte —afirmó Wyatt, reconociendo en voz alta lo que pensaba.

Miranda sonrió de medio lado.

—Artemisa, al conocer la historia de su alumbramiento, pidió a su padre, el dios Zeus, que le otorgase el poder de permanecer toda la eternidad en su estado virginal.

—¿Quería ser virgen para siempre? —preguntó, alarmado.

Ella asintió con la cabeza.

Bueno, no era un tema para tratar con Miranda. De hecho, no tenía que haber expuesto siquiera la pregunta, por lo que se quedó para él lo que pensaba al respecto.

—En su ruego también exponía que deseaba vivir como cazadora en los bosques, junto a su séquito de deidades, las ninfas.

—Seguro que respiraba mejor aire que el que nosotros respiramos —dijo él, haciendo alusión al hedor constante de ciertos barrios, tanto de Londres como de Nueva York.

—Sí, supongo que sí —dijo ella, sonriente.

—¿Y cómo termina la historia?

—Zeus concedió su petición, y su hermanastro Hefesto le confeccionó un arco y unas flechas; por ello se la representa siempre con ellas.

Wyattladeó la cabeza para mirar la estatua.

—Lo insólito e incongruente de esta maravillosa diosa es que es inconcebible que, tratándose de la diosa de la caza, sea a su vez la protectora de los animales.

—¿De veras?

Ella asintió de nuevo con la cabeza.

—Y eso me hace pensar en Dereck —confesó.

Wyatt volvió a fijar toda su atención en Miranda. No se había equivocado, aquella estatua y su historia guardaban mucho más para Miranda.

—Es mi hermano —comunicó, como si él no lo supiese—. El que nos protegía a todos cuando padre no estaba. —Suspiró al recordar aquellos tiempos—. El mismo que habría cumplido su promesa de matar a tu padre, si no te hubiera permitido regresar a nuestra casa.

Wyatt apretó los labios, pues aquel recuerdo, a pesar de ser doloroso, también era emotivo. Los Boston al completo, padre, madre, Dereck, Owen y la pequeña Miranda se presentaron en la herrería, propiedad de su padre, para exigir que le dejase regresar al hogar de los Boston. Lugar al que acudió su madre, suplicándoles que protegiesen a su hijo, para esconderse del salvaje que había conseguido ahuyentarla. Su madre tuvo que dejarlo allí, porque su padre había convertido su vida en un infierno.

—Él nos protegía y ahora poco le importa que alguien me dañe —acusó a su hermano mayor, trayendo al presente a Wyatt.

—Eso no es cierto —defendió él a Dereck.

—Un hombre me pisotea y me insulta, y mi hermano me pide que sea yo quien pida disculpas —se quejó, muy molesta—. Es igual que Artemisa, una cazadora que protege a los animales. Es una incongruencia.

Wyatt comprendía el enfado de Miranda, pero debía mediar por su amigo, pues todo cuanto estaba haciendo era para protegerla de un hombre sin escrúpulos.

—No debió de ser fácil para Dereck integrarse en este país —comunicó, llamando la atención de Miranda—. Vino solo, no conocía a nadie —explicó, con tranquilidad—. ¿Crees que a él no lo trataron con desprecio cuando llegó?

La joven se quedó pensativa.

Mendoza aprovechó aquella duda en ella para calmar su malestar.

—Nunca ha sido fácil para él —convino—. Pero su perseverancia y tozudez —bromeó, consiguiendo una tímida sonrisa por parte de ella—, dobló a los ingleses ante él.

Ella parpadeó.

—¡Fíjate! —se expresó, levantando los brazos—. Mira lo que ha conseguido, siendo el hijo de un granjero.

Miranda se enorgulleció de todo lo que su hermano había conseguido por sí mismo.

—Siempre he estado orgullosa de Dereck —se defendió ella, por si Wyatt pensaba que no era así.

—Lo sé, Miranda —aclaró él—. Pero todo esto no se consigue sin hacer concesiones.

—¿Como cuáles?

—Soportar los desplantes de ciertos nobles que se creen superiores a los demás —respondió, aludiendo al duque que la había ofendido—. En Inglaterra todo se rige por la apariencia y su jerarquía social —dijo, convencido—. Dereck posee la integridad y la fortuna que a muchos lores les falta, pero nunca obtendrá el respeto completo que se le otorga a cualquier miserable solo por nacer en un seno con título nobiliario. Así es la vida, Miranda —informó, con pesar—. Nunca nos mirarán de igual a igual, pero Dereck ha conseguido ser aceptado entre ellos, y eso es más de lo que nadie habría podido imaginar.

—No tenía necesidad de tener que integrarse —adujo Miranda, pues así lo creía.

—No la tenía —aceptó Wyatt—. Pero así lo decidí.

—¿Por qué? —se interesó, con celeridad.

—Solo Dereck conoce ese motivo —respondió, sincero, aunque él imaginaba cuál era, y una cosa tenía clara: no era por poseer más riqueza, más bien tenía nombre de mujer.

Miranda bajó la cabeza, reflexiva.

Wyatt esperó con paciencia.

—Ha cambiado tanto que apenas le reconozco —pronunció ella, al tiempo que levantaba la cabeza para mirar a los ojos a su amigo—. Incluso toma té. ¡Té!

Aquella frase hizo reír al hombre, pues la expresión de la joven resultó muy cómica.

—Cierto, eso es algo que todavía no puedo comprender.

Y los dos se rieron, cómplices y amistosos.

Wyatt le hizo una seña con la cabeza, invitándola a seguirle; debían regresar al salón en donde habían dejado a Dereck y a Beatrice.

Nada más entrar en la sala púrpura, el duque de Hamilton se puso en pie.

Miranda se quedó anonadada. Era un hombre... No podía describirlo, pero una cosa tenía clara: aquel caballero merecía estar entre las estatuas más hermosas.

Boston apenas se percató del escrutinio al que estaba sometiendo su hermana al duque.

Hamilton, por el contrario, cansado de esperar a que su hermano se la presentara, lo hizo él mismo.

—Sois la señorita Boston.

Miranda sonrió, cándida. Le encantaba aquel acento, lo había escuchado en algunos marineros; el hombre que tenía delante era escocés.

Su sonrisa se amplió, pues, sin haber sido presentados, había llegado a la conclusión de que se trataba del duque de Hamilton.

Iba a responder, su boca se abrió, pero su voz quedó suspendida tras irrumpir en la sala la esposa del duque. Bien sabía que era ella, pues era idéntica a su gemela, la condesa de Stanton y Oxford.

—Niall —pronunció, autoritaria, sin saludar siquiera a nadie, pues parecía enojada—. Vas a levantar la orden de que los escoltas me acompañen a todas partes —sentenció, al tiempo que cruzaba la estancia con paso firme y sin prestar atención a que estaban acompañados. Tanto daba, parecía que la duquesa se sentía cómoda allí, y, por ende, Miranda se alegró; significaba que su hermano tenía amigos en Inglaterra.

El duque, que en un primer momento se había puesto rígido, preocupado por el tono de voz de su mujer, se relajó. Poco importaban las quejas de ella, desde que su ejército personal había regresado del continente tras la guerra, se había prometido no dejar a su mujer sin vigilancia personal; jamás se perdonaría que en el pasado la secuestraran sin que él lo pudiese impedir. Aquel mal recuerdo lo acompañaría hasta la tumba; a punto estuvieron de perder la vida su hijo y su esposa, y, por ende, la suya.

Abigail Yvaine Allende, duquesa de Hamilton, levantó las cejas en señal de protesta al ver que su esposo no parecía tener en cuenta su queja.

—No permitiré que vuelvan a avergonzarme —protestó, muy alterada.

El señor Boston y Beatrice se miraron; no era habitual ver a Abby alterada de esa manera. Claro que, podría deberse aquella alteración a su estado de buena esperanza.

Niall, por el contrario, estaba encantado. Si alguien conocía a Abby mejor que nadie, ese era él, y estaba convencido de que esa alteración revelaría una anécdota cuanto menos digna de recordar.

Su esposa lo miró fijamente y explotó, tal y como esperaba el duque que sucediera.

—¡Me han acompañado hasta el camerino de la modista! —se ruborizó, al recordar aquel suceso—. ¡Había más damas en sus probadores!

Niall intentó no sonreír, pero ver a su mujer con las mejillas encarnadas y tan irritada le gustaba en demasía.

—¡Y tenían las cortinas descorridas! —exclamó en voz alta—. ¡Oh, Niall! —pronunció, casi sin aliento, acercándose a él y refugiándose entre los brazos que su amado esposo le ofrecía—. Ha sido realmente vergonzoso —susurró; un susurro que llegó al corazón del duque mientras la estrechaba entre sus brazos, un gesto de protección que a la duquesa le encantaba—. Por favor, debes impedir que esto vuelva a suceder —rogó.

Hamilton no respondió, no era necesario; su esposa sabía que él había escuchado su súplica y tomaría medidas. Por descontado que hablaría con sus hombres. Ahora bien, se quedarían en la entrada de ciertos comercios para damas; bien sabía ella que él no iba a quitarle la escolta ni para ir a la modista ni a ningún otro lugar.

Miranda, que había permanecido atenta a todos los movimientos de la duquesa, se conmovió sin saber el motivo. Igual se debía a la ternura que había mostrado el duque al intentar apaciguarla. O a aquella maravillosa y enternecedora complicidad entre la pareja. Quizás fue por la forma en que la duquesa se relajó sin necesidad de escuchar una respuesta, porque era muy posible que supiese que su esposo la había escuchado con atención y no necesitaba más... No obstante, le gustó aquella pareja y todo lo que podría aprender de ellos; después de todo, igual el matrimonio no era tan temible como le habían hablado en el internado.

Una vez repuesta de la vergüenza que había pasado en la casa de la modista tras escuchar los alaridos de unas cuantas damas, se soltó de los brazos del duque. Inspiró con fuerza y se dio la vuelta para saludar con su habitual cortesía.

En cuanto sus ojos se posaron en Miranda, sin esperar a ser presentadas se acercó hasta ella con los brazos extendidos.

—¡Oh, Miranda Boston! —se expresó, jovial, dándole un abrazo cargado de cariño. Un gesto que agradó al americano, pues notó alegría en el rostro de su hermana—. Bienvenida a Inglaterra.

La pequeña de la familia Boston sonrió encantada. Además, agradeció aquel cálido abrazo; hacía tanto que nadie la abrazaba que deseó haber tenido más hermanas. No es que se pudiese quejar de Dereck, Owen o Wyatt, ya que ellos siempre la habían tratado con mucho afecto. Pero desde que falleció su madre los abrazos empezaron a faltar en su recuerdo, pues sus hermanos se convirtieron en hombres muy ocupados y pocas veces pasaban por la casa familiar.

—Tenía muchas ganas de conocerte —comunicó la duquesa, con sinceridad, mientras aferraba las manos de

Miranda con las suyas—. Tu hermano me ha hablado tanto de ti que siento que ya te conozco.

Miranda ensanchó su sonrisa, contenta y feliz por aquel descubrimiento. Además, que la duquesa la tuteara la relajó.

—Yo también tenía ganas —se sinceró la joven—. Mi hermano os tiene en alta estima.

—¿De veras? —bromeó la duquesa.

La americana apreció el sentido del humor de Abby, por lo que se sintió como en casa. Por ello quiso continuar con aquel momento tan divertido.

—Lo creáis o no, llegué a compadeceros —se mofó—. Sé con exactitud lo tozudo que puede llegar a ser. —Aguantó la risa—. No debió de ser fácil instruirlo.

Niall se rio abiertamente.

Wyatt también.

Dereck se hizo el ofendido, aunque su corazón se agitó al ver la felicidad plasmada en el rostro de su hermana.

—Puedes dar fe —aseguró la duquesa, siguiendo la chanza.

—Me temo que, a pesar de sus esfuerzos, lady Hamilton —dijo Miranda mientras miraba de soslayo a Dereck—, sus modales no han prosperado —afirmó, haciendo alusión a que no las había presentado.

El americano agrandó los ojos.

El duque volvió a reírse, le gustaba esa joven.

La duquesa se encogió de hombros, un gesto muy suyo que al duque lo enamoraba cada día más.

—Miranda, tú y yo nos vamos a llevar muy bien —vaticinó Abby—, y más, cuando me pongas al día de todos los secretos de tu hermano.

Miranda tuvo que apretar los labios para no reírse.

—¿También los más vergonzosos?

La duquesa soltó una de las manos de Miranda; la otra se la llevó a su antebrazo, ofreciéndole así que la acompañara.

—Esos... —Provocó un corto silencio para dar mayor efecto a sus palabras—, sobre todo —sentenció.

Y sin más, las dos salieron por la puerta gigante que daba a los jardines.

El duque y Wyatt se rieron.

Dereck cerró los ojos, fingiendo estar muy ofendido por lo manipuladoras que eran aquellas dos.

Beatrice se entristeció. Le habría encantado tener esa empatía y complicidad con Miranda, porque, aunque la joven no lo creyese, ella deseaba convertirse en su hermana.

Capítulo 9

Llevaba una semana en Serenity Park y había esquivado con maestría a la señorita Hook durante todo ese tiempo. No es que la mujer la molestara, simplemente odiaba lo que representaba estar junto a ella: sentirse inferior.

Debía reconocer que Beatrice se esforzaba por agradarla, y que sus intenciones eran buenas. Pero su hermano no había tomado en consideración que ella había recibido una exquisita educación, y eso era lo que le molestaba. Por eso no aceptaba la compañía de la señorita Hook, pues quería demostrarle a su hermano que sabía comportarse con los modales dignos de cualquier dama de la alta sociedad, por mucho que nadie creyese en ella.

También debía reconocer, incluso con pesar, que la mujer que Beatrice había escogido para que fuese su doncella personal era muy eficiente. No es que ella tuviese intención de cambiar a la señora Eagle por nadie, pero la doncella era más joven —veinticuatro años—, contaba con experiencia en ese cargo, y así lo demostraba cada día. Jamás se había visto tan hermosa. No podía mentir, no formaba parte de su condición humana tal proeza; la doncella era muy profesional. Su peinado y vestuario nada tenía que ver con el que estaba acostumbrada. Y eso también se lo debía en parte a Beatrice, ya que ella había sido la encargada de elegir los maniqués que más le podrían favorecer, y de presionar a la modista para tener unos cuantos vestidos nuevos en su ropero en tan solo una semana.

Estaba algo nerviosa; su hermano le había informado el día anterior de que esa noche acudirían a una velada musical a la que habían sido invitados.

Movía los dedos de sus manos sin cesar.

La puerta se abrió y su doncella personal, Dorothy, entró, bajando la cabeza.

Miranda, que era muy observadora, no comprendió aquel gesto. Iba a preocuparse, cuando la señora Timons, el ama de llaves, apareció tras ella.

Por un momento pensó que iba a amonestar a Dotty delante de ella y que por eso entraba cabizbaja, así que esperó paciente a ver qué tenía que decir el ama de llaves, pues ella no tenía queja alguna de su doncella personal.

—Señorita Boston —pronunció, un tanto altanera, el ama de llaves—. Desde que llegó a Serenity Park ha ordenado un baño diario para su aseo personal.

Miranda asintió con la cabeza, pues era cierto. Se trataba de una costumbre muy arraigada que todos los Boston poseían. Su padre era un granjero, pero tan pulcro como un mismísimo rey. Según él, la limpieza en una persona era imperativa, pues uno nunca sabía cuándo la parca iría a buscarte, y por eso siempre había que estar preparado; lo que venía a decir que, si la muerte te llegaba, debías estar limpio, pues no se sabía a dónde irías a parar.

Sin ser consciente de ello, aquel recuerdo le hizo sonreír.

La señora Timons continuó:

—Al igual que el señor Mendoza y su hermano —comunicó la mujer, por si ella no lo sabía—. Debe comprender que es totalmente descabellado un baño diario.

Miranda parpadeó.

Entendía que no era habitual que la gente se bañara todos los días, lo había comprobado en el internado. También, que podía llegar a ser molesto para los lacayos tener que transportar los barreños de agua caliente por las escaleras. Pero si cuando eran pobres su padre hacía un esfuerzo para poder comprar las pastillas de jabón, que no eran baratas, y más bien se podía considerar un dislate aquel gasto cuando no les sobraba el dinero, no iba a consentir que viniese el ama de llaves a llamarle la atención, pues, a fin de cuentas y conociendo a Dereck, estaba segura de que su hermano pagaba generosamente a todos los empleados de Serenity Park como para acatar su mandato de bañarse a diario.

—Descabellado —repitió Miranda, esperando así que la señora Timons diese una aclaración mayor.

—Verá, señorita Boston. —El tono de voz utilizado alertó a Miranda. No era la primera vez que alguien se dirigía a ella con esa entonación, y no le gustó, pues normalmente lo solían utilizar para mofarse de ella—. Al ser de un país extranjero no conoce nuestras costumbres.

La americana desvió durante unos segundos la mirada para fijarse en Dorothy, que parecía avergonzada.

—¿Y cuáles son? —indagó, con voz serena, aunque empezando a temerse lo peor. Iban a burlarse de ella, de ahí la vergüenza de su doncella.

—La escasez de agua —dijo, sin vacilar—. La sequía ha castigado nuestros pozos —informó—. Si gastamos el agua en sus baños diarios, tendremos que quitárselo a los animales. Lo comprende, ¿verdad?

Miranda comprendió que aquello había llegado demasiado lejos. A ella, a la hija de un granjero le iban a hablar de sequía. Más, cuando allí pocas veces salía el sol, bien lo sabía ella, que llevaba cuatro días cansada de ver llover.

—Por supuesto —convino la joven—. Soy consciente de ello.

La señora Timons ensanchó la sonrisa.

La doncella se avergonzó más, pues le había tomado cariño a Miranda y no estaba de acuerdo con aquello.

El ama de llaves se dio la vuelta, resuelta a abandonar la alcoba, cuando Miranda la retuvo.

—Mmmm... Espere —ordenó, con voz suave—. Estoy pensando que existe otra solución para que los animales que viven en Serenity Park no mueran de sed —comunicó, pensativa—, y que yo no tenga que verme obligada a dejar de disfrutar de mi baño diario.

La señora Timons frunció el ceño.

La doncella miró expectante a Miranda.

—Si, verás, en Serenity Park hay demasiados empleados —dijo, sin pestañear. Era cierta aquella afirmación—. Todos ustedes beben un buen té a diario —los acusó, pues ella sabía que utilizaban las hojas buenas, no las usadas—. Y no solo una vez, sino que lo hacen de forma habitual.

El ama de llaves palideció; eso significaba que Miranda los había espiado.

—Con la de teteras que se usan al día, podemos sacar el agua de mis baños —adujo—. Por lo tanto, a partir de este mismo instante queda prohibida la ingesta de té en esta casa —sentenció.

Dorothy tuvo que sostener a la señora Timons, pues de la impresión de aquella orden le fallaron las piernas. ¿Cómo iban a vivir sin beber té?

Al quedarse a solas, Miranda y su doncella se miraron.

—Lamento lo ocurrido —se disculpó Dorothy, pues lo sentía de corazón. Había sido muy ruin por parte de la señora Timons haber intentado desairar a su señora.

—Más lo van a sentir ellos cuando no puedan gozar de su estimado té diario —respondió Miranda, burlona.

Dorothy sonrió. La americana acababa de demostrar que no era una persona rencorosa, pues en el fondo se estaba divirtiendo con aquel lamentable suceso.

En el despacho de Dereck Boston se mantenía otra conversación muy distinta. La señorita Hook había acudido a Serenity Park con una idea muy concisa: aclarar con el americano ciertos menesteres que él parecía obviar.

Llevaba varios días dándole vueltas en su cabeza y esa misma mañana había salido de su casa con determinación. Sin embargo, cuando se encontró justo delante de él, toda confianza en sí misma se evaporó.

Dereck, con aquellos ojos oscuros y su habitual mirada penetrante, la estaba contemplando. Él también llevaba un par de días pensativo; debía hacer algo para afianzar su acercamiento hacia Beatrice, ya que aquel corto beso de la pasada semana lo había dejado consumido por dentro. Él quería más, mucho más. Lo quería todo con ella.

—Beatrice —dijo el americano, al notar el nerviosismo de la mujer—. Me gustaría...

Ella lo interrumpió.

—Dereck, no puedo ser la institutriz de tu hermana —sentenció.

Aquello descuadró por completo al americano.

—¿Por qué? —se interesó, relegando por un momento lo que tenía que decir.

—No siente empatía por mí.

El señor Boston se acercó hasta ella y bajó la mirada al tiempo que ella levantaba la suya.

—Eso no es verdad —le refutó.

La mujer negó con la cabeza, muy nerviosa.

—No quieres darte cuenta —vaciló—, pero Miranda me rehúye.

—Ha estado muy ocupada esta semana —la defendió Dereck, pese a que, para ser sincero consigo mismo, no entendía qué había estado haciendo exactamente Miranda durante todo ese tiempo. No lo sabía porque él había estado muy ocupado encargándose de culminar los trámites burocráticos que le habían impedido acudir a recibirla al puerto el día de su llegada.

—¿Podemos ser francos? —solicitó Beatrice.

Él asintió con la cabeza.

—Puede que Miranda se haya tomado a mal que tú le impusieses una institutriz —aclaró—. Me ve como a una enemiga.

El americano se quedó pensativo, él no lo había pensado.

Ella esperó a que él asimilara la información y buscara una solución.

Lo que no esperaba Beatrice era encontrarse en el rostro de él una sonrisa traviesa. No, no lo esperaba, y menos que la pusiera tan nerviosa.

—¿Dereck? —cuestionó, un tanto aturdida, pues él parecía estar encantado con sus pensamientos y eso a ella la estaba mortificando, ya que, tras esa sonrisa, llegó una mirada intensa, de esas que atraviesan el alma.

—Quizás la solución sea sencilla: que te vea como a su futura hermana —sugirió, bajando la cabeza y buscando los labios de ella.

Beatrice no tuvo tiempo ni valor para apartarse, porque ella deseaba aquel contacto tanto como él.

Sus bocas se unieron y sus cuerpos se acercaron, impidiendo que el aire los separase.

Las manos del americano buscaron el contorno de Beatrice, y la acarició con tranquilidad, dándole el tiempo que ella necesitaba para acostumbrarse a su contacto, pues no quería que se asustara, sino todo lo contrario; deseaba con todo su ser que ella respondiera a sus caricias.

Su estrategia estuvo acertada, pues Beatrice, al no sentirse presionada, se relajó y subió sus manos, soltando los hombros a los que se había aferrado para rodearle el cuello, momento que él aprovechó para rodearla con los brazos y alzarla; así la tendría a su misma altura.

Los pies de Beatrice dejaron de tocar suelo, pero no le importó; lo único que le importaba era el hombre que estaba besándola con tanta adoración.

—Dereck —exhaló, como en una ensoñación, pues parecía un sueño hecho realidad.

Él sonrió, encantado, y profundizó su beso, llenándose de ella.

Quién sabe cuánto duró aquella pasión entre ellos, desde luego ni Dereck ni Beatrice fueron capaces de averiguarlo.

El sonido de la aldaba principal de la casa, haciendo eco en los corredores que llegaban hasta el despacho, les hizo reaccionar.

Con desgana, Dereck separó sus labios de los de ella.

Beatrice se sonrojó de inmediato y sus ojos se humedecieron.

El americano memorizó aquella imagen.

—Suéltame, Dereck —suplicó ella—. No pueden verme así.

El temor en la voz de Beatrice fue como un golpe para él.

La bajó con cuidado y le pidió que esperara allí, consciente de que los inflamados labios de ella los delatarían.

Se estiró el chaleco y salió del despacho para interceptar al lacayo, que ya iba en su busca para anunciar al molesto visitante que había interrumpido el momento más glorioso de todos los que había vivido desde que había llegado a Londres, y de eso hacía tres años.

Beatrice se llevó las manos a la boca, intentando ahogar un grito de turbación.

Sus ojos se anegaron de lágrimas. Ella no podía permitir que aquello se volviese a repetir, por más que su corazón se rompiera en mil pedazos.

No podía imaginar qué diría su madre si se enterara... No, no podía sucumbir al deseo ni al amor por un hombre al que su madre no aceptaría en caso de pedir su mano.

Abrió la puerta con sigilo. Al ver que no había nadie cerca corrió hasta uno de los aseos; necesitaba lavar su rostro y borrar cualquier huella que delatase que había estado llorando. Claro que, al ver su retrato en el espejo, su reacción fue cerrar los ojos, pues aquellos labios inflamados eran más difíciles de ocultar.

Pensó en su pasado, en cómo había sido tan tonta como para creer haber estado enamorada de un hombre que solo le provocó dolor y humillación. Cuando conoció a Dereck comprendió que jamás había estado enamorada, ahora lo sabía bien, solo que ahora no podía mostrar esos sentimientos porque amaba demasiado a Boston, y por ello no lo arrastraría junto a ella a una vida llena de sufrimiento.

Los hermanos Stewart saludaban a sus conocidos en la velada musical organizada por la baronesa Treinton. Una vez más, la familia del barón iba a amenizar aquella noche con las actuaciones de sus dos hijas, una al violín y la otra al piano. No obstante, amenizar no era el término correcto, ya que era por todos conocido que las hijas del barón eran incapaces de tocar sincronizadas... y de manera individual, tampoco.

Eso estaba pensando el marqués de Frotell cuando se preguntó: «¿Por qué has aceptado la invitación?». Su respuesta estaba a dos metros de él. Acababa de encontrar a la muchachita que había visto en los muelles.

Mantuvo el aliento un segundo, como si así pudiese recrearse más en aquella visión. Era casi imposible de creer, pero la morenita estaba todavía más hermosa que la primera vez que la vio.

Soltó el aire.

—Tori —llamó la atención de su hermana Victoria—. ¿Conoces a la señorita del vestido color marfil?

Victoria estiró el cuello, intrigada por localizar a la joven que había llamado tanto la atención a su hermano.

Se fijó atentamente en ella. Era bajita y con una belleza muy llamativa; no era muy común encontrar mujeres con el cabello y los ojos tan negros. Sus rasgos eran delicados, pero había algo en ella que despertaba curiosidad, pues

no parecía gozar del porte de una noble. Aun así, estaba convencida de que era la muchacha por la que su hermano llevaba días suspirando; no necesitaba que él se lo dijese, ya que desde que le preguntó por ella días atrás, algo en él revelaba su gran interés. Había insistido en recordarle varias veces la velada de esa noche, cuando de normal Benedick solía rechazar cualquier invitación.

Todo un acierto por parte de la muchacha aquel vestido, tanto por el corte como por el color. Realzaba una cintura de avispa y unos pequeños senos bien apretados, y así disimulaba su falta de altura. Y ese color marfil acentuaba las facciones de su rostro, mostrando más si cabía el brillo de aquel cabello tan negro. Definitivamente, un gran acierto por parte de la modista.

Al fijarse con más atención, se dio cuenta de que su hermano iba a tener que lidiar con unos cuantos pretendientes más, pues la joven estaba bendecida con la figura que para muchos era denominada «belleza salvaje».

—Lo lamento, Benny —se disculpó—, no conozco a la dama.

Tanto daba, él tenía interés en conocerla, y haría lo posible para ser presentado.

No tuvo que esperar mucho, puesto que Dereck se fijó en que los hermanos Stewart miraban con poco disimulo a Miranda.

Sujetó del brazo a su hermana y, sin vacilar, se acercó hasta ellos. Fue todo tan rápido que a Beatrice no le dio tiempo a percatarse de la intención del americano, y para cuando lo hizo ya era demasiado tarde.

—Oh, no —musitó en voz alta, sin darse cuenta.

Aquel temor por parte de Beatrice no era injustificado, pues Dereck iba a presentar a los hijos del duque al que Miranda había ridiculizado.

—Lord Frotell, lady Victoria Stewart —saludó, con gran educación—. Permítanme presentarles a mi hermana, la señorita Miranda Boston —presentó, afable—. Miranda, estos son el marqués de Frotell y su hermana lady Victoria.

«Mmm... Miranda, bonito nombre», pensó Benedick. Aunque, antes de poder decir algo, cayó en la cuenta... ¡Era americana!

Se sintió molesto, como si lo hubiesen engañado. Llevaba días esperando ese encuentro, justo ese instante, y ahora todo se desvanecía. Parecía una mala broma del destino.

Se enfureció como si la culpa fuese de Miranda. Estaba tan aturrido ante aquel descubrimiento que llegó a pensar que la mujer que tenía delante lo había hechizado con el propósito de, llegados a ese punto, poder burlarse de él. Podía escuchar una voz femenina en su interior, riéndose. «¿No te parece gracioso, Benedick? Tantos días pensando en mí y acabo de convertirme en inalcanzable para ti».

Victoria, al ver la rigidez de su hermano, comprendió lo que le estaba pasando. Se apenó por él; su padre jamás permitiría la unión de su hijo con una americana.

—Un placer, señorita Boston —pronunció Victoria, intentando salvaguardar aquella situación tan incómoda, más que nada para que nadie se diese cuenta de las elucubraciones de su hermano.

—El placer es mío —respondió, con total cordialidad, la americana.

Dereck levantó una ceja. Le pareció descortés por parte del marqués que apenas se pronunciara; más si cabía, que estuviese mirando a su hermana como si quisiera asesinarla.

Y entonces creyó comprender aquel comportamiento, al recordar que su hermana había tenido un encontronazo con el padre del marqués.

Iba a mediar, pero una mujer bastante impertinente se le adelantó.

—Imagino que la americana estará pidiendo disculpas por su intolerable actitud para con vuestro padre —recriminó, con mucho desdén, el comportamiento de Miranda tras su encontronazo con el duque de Manfford.

Miranda vaciló un instante antes de reconocer a la mujer. ¡Era la misma que llevaba una perdiz en su sombrero!

Victoria dio gracias por estar acostumbrada a mostrarse impasible; de lo contrario, habría dado un gritito de admiración tras desvelarse la identidad de la joven que les había aportado tanta dicha a su hermano y a ella durante una tarde. Claro que... Pobre Benny, ahora sí que estaba todo perdido; cualquier aspiración a cortejar a la muchacha se había esfumado por completo.

Benedick cerró los ojos. Debía empezar a replantearse aquello que algunos hombres creían respecto a la reencarnación, pues esa misma noche se convenció de que, en otra vida, él debía de haber sido un hombre demoníaco, por lo que en esta estaba pagando los pecados del pasado. De no ser así, no podía comprender por qué Dios estaba siempre castigándole.

—La señorita Boston se arrepintió mucho por aquel incidente —medió Beatrice—. Además, pidió disculpas por ello.

Miranda levantó las cejas. Ella no había pedido disculpas ni se había arrepentido. ¿Por qué tendría que hacerlo cuando había sido ella la agraviada?

Estaba a punto de pronunciarse cuando la mujer, amante de los animales disecados, se le adelantó.

—Lo imaginaba, dudaba que los barones la hubiesen invitado de no haber sido así.

Entonces Miranda prefirió callar, y no por ella, pues tanto le daba la invitación a una velada musical. Es más, tanto le daba cualquier invitación a cualquier evento social en Inglaterra. Pero recordó su conversación con Wyatt, por lo que, por respeto a su hermano y todo lo que él había conseguido, permaneció con la boca cerrada.

La baronesa Treinton llamó la atención de todos sus invitados, la actuación iba a dar comienzo.

La gente empezó a moverse por la sala para buscar asiento. Unos habían acudido más preparados que otros, pues llevaban tapones para los oídos, que se pusieron con gran disimulo.

Los menos afortunados, entre los que se encontraba Miranda, sufrieron aquellas notas discordantes que la violinista solía fallar.

Fue tal el impacto en Miranda que su reacción fue alargar los brazos y apretar las piernas de sus acompañantes de asiento. En el lado izquierdo no hubo reacción; es más, casi esperaba que ella reaccionara así, ya que Dereck no había tenido tiempo de advertirla. Prefirió permanecer inmóvil; era preferible llevarse las uñas de su hermana pequeña clavadas en su piel, que girar su cabeza para mirarla, pues de hacerlo, la carcajada habría sido tan estruendosa que habría llamado demasiado la atención.

Por el contrario, su acompañante del lado derecho sí reaccionó, girando la cabeza y quedándose atónito ante la belleza de Miranda. La tenía tan cerca... Y si eso no fuese castigo suficiente, la mano de Miranda estaba apoyada en su rodilla, y podía notarla, cálida, a través de la tela de su pantalón. Ciertamente el primer contacto había sido algo doloroso, pues ella le había clavado las uñas, pero ahora que se había relajado, incluso llegaba a parecer una caricia.

Tragó con dificultad.

Miranda estaba totalmente abstraída, todavía aturdida por aquel sonido desgarrador. Tanto era así que no se había dado cuenta de lo escandaloso que se vería su gesto en ojos ajenos.

Un acierto por parte del americano haber elegido la última fila.

Llegó un segundo fallo y un segundo apretón con uñas de por medio por parte de Miranda.

Benedick apretó los labios, pues, de no hacerlo, hubiese llegado a gritar.

Claro que, se tensó tanto que incluso Miranda, que hasta ese momento no se había dado cuenta de su proceder, se percató.

Se llevó las manos a la boca y se sonrojó.

Necesitó hacer acopio de valor para ladear su cuello con un movimiento tan lento que, de no ser por el pequeño balanceo de aquellas tres plumas de oca de color marfil que llevaba enganchadas a su moño, como aderezo al tocado que con gran esmero Doty le había peinado, nadie podría jurar que se había girado.

Totalmente avergonzada y con las mejillas encarnadas, miró directamente a los ojos del marqués. Unos ojos que no se apartaron y ella pudo comprobar lo bonitos que eran. Se sorprendió, pues parecían amarillos.

Pestañeó varias veces para comprobar si era un sueño o estaba despierta.

Al notar que aquella mirada apenas parpadeaba, se reafirmó en que eran reales. Además, parecían estar esperando una disculpa.

—Lo... lo lamento —titubeó—. No era mi intención —se disculpó, entre susurros.

Benedick hizo un pequeño gesto con la cabeza, dando a entender que la creía.

Aquel gesto le gustó a Miranda porque el hombre parecía tan conmovido como ella. Pensando que se debía a la actuación de las hijas del barón y sin poderlo remediar, soltó una risita.

El corazón del marqués se agitó. Deseaba devolverle la sonrisa, pero estaba tan enfadado con la vida en general que no pudo. Hizo lo único que podía hacer: girar la cabeza y dejar de mirarla.

La americana se sintió un tanto ridícula. Creía haber encontrado a alguien que la comprendía, pero se había equivocado.

Suspiró, se llevó las manos a su regazo, y unió los dedos para no volver a cometer ningún error.

En cuanto la música terminó, la gente aplaudió.

Miranda se quedó paralizada; era incomprensible que aquella gente estuviese elogiando aquella actuación.

—Los ingleses no tienen oído —se expresó para sí misma, solo que su acompañante la escuchó.

El recordatorio de que ella era americana encendió al marqués, que se pronunció sin pensar.

—¿Acaso una *americana* lo haría mejor? —preguntó, con cinismo.

Victoria se preocupó, su hermano jamás había hablado así a nadie. Ese desdén era más propio de su padre que de él.

Miranda se molestó.

—Dudo que exista una persona con un mínimo de aprendizaje musical que no supere lo que he escuchado,

milord. —El título fue pronunciado con tanto desdén como lo había emitido él.

—¿Y usted posee ese aprendizaje?

Miranda entrecerró los ojos. ¿Qué se pensaba el marqués? Lo tuviese o no, tanto daba, lo que se merecía era bajarle ese engreimiento.

—Marqués —alegó, y, al escucharla su hermano, se preocupó, ya que había usado el mismo tono que utilizaba cuando decía «hermano», algo que le alertaba de que Miranda estaba irritada—. Pude comprobar hace unos días, con el comportamiento despótico de su padre —dijo, sin amilanarse—, que en Manfford no reciben una esmerada educación.

Victoria se regocijó por dentro. Incluso estaba convencida de que Benedick, a pesar de sentirse frustrado, también sentía en ese momento admiración por la muchacha. Aunque su tesis era difícil, pues, a pesar de estar de acuerdo con las palabras de Miranda, la ofensa no podían tolerarla públicamente ni Benny ni ella.

A Beatrice se le escapó un grito ahogado.

—Pero dejadme que os informe —continuó Miranda, sin apartar la mirada del marqués—, de que, en América, aunque no lo creáis, recibimos una educación incluso más loable que la de algunos ingleses, incluyendo a sus lores.

Dereck se mordió el labio inferior.

Exceptuando a sus acompañantes de fila, nadie más había escuchado la conversación.

Victoria no sabía cómo reaccionaría su hermano.

A Beatrice se le revolvió el estómago; Miranda acababa de cavar su propia tumba. Después de esto, dudaba que los títulos de las duquesas de Whellington y Hamilton pudiesen tener tanto peso como para que a la hermana de Dereck la invitaran de nuevo a otro acto social.

El marqués se tomó su tiempo.

Miranda le aguantó la mirada.

Y entonces Frotell se puso en pie y sorprendió a todos los invitados al alzar la voz.

—¡Baronesa!

Se hizo tal silencio en aquella sala abarrotada de gente que llegó a erizar el vello a más de una dama.

—¿Sí? —cuestionó la anfitriona, un tanto preocupada.

—Debo informaros de que a vuestra invitada, la señorita Boston, le encantaría obsequiaros a usted a y sus invitados con una actuación —decretó, sin desviar la mirada de los ojos negros de Miranda—. Está anhelante por amenizarnos con sus dotes musicales.

Miranda parpadeó, incrédula por lo que el marqués acababa de hacer.

—Oh..., por favor, señorita Boston, será un honor para nosotros escucharla interpretar una pieza... —se maravilló la baronesa, quien siempre estaba encantada de poder alargar su velada con la actuación de sus invitadas, ya que pocas veces solían apuntarse las de mayor destreza.

El marqués esperó paciente a que Miranda se pronunciara.

—Me temo que tendrá que ser en otra ocasión —se justificó la americana, con voz temblorosa—. No toco el violín ni el piano —reveló, con toda la serenidad que pudo reunir—. Cuando traiga mi chelo les complaceré.

El marqués frunció el ceño; ella estaba mintiendo.

Miranda sonrió triunfal.

La baronesa aplaudió.

—¡Fantástico! Hace tanto tiempo que nadie nos deleita con ese instrumento que será un placer escucharla —se animó—. ¡Walter, Walter! —llamó al mayordomo—. ¡Traed el chelo que está en la sala de música!

Miranda agrandó los ojos.

Benedick sonrió de medio lado.

—Por favor, señorita Boston, tome asiento —la invitó el barón desde el escenario en donde sus hijas habían estado minutos antes.

A Miranda todo empezó a darle vueltas, pero, aun así, se levantó.

Dereck cogió su mano con fuerza.

Aquello consiguió que por primera vez desviara sus ojos de los del marqués, algo que ninguno de los dos había sido consciente de haber hecho desde que comenzó su discusión.

—Miranda —musitó su hermano para que nadie más los escuchase—. No es necesario.

Ella le regaló una triste sonrisa. Sí era necesario, ella había insultado al marqués y él quería ridiculizarla delante de todos: lo tenía merecido.

—No importa —calmó a Dereck.

Pero a él sí le importaba. Puede que hubiese hecho muchas concesiones para llegar a integrarse entre la élite de la

sociedad inglesa, pero no estaba dispuesto a ver cómo humillaban a su hermana delante de él.

—Padre decía que una persona tiene que ser consecuente con sus actos y palabras —le recordó Miranda—. Ahora debo ser consecuente con las mías.

Dereck sintió una gran admiración por su hermana pequeña. Incluso ridiculizarse públicamente para ella era menor deshonra que ser inconsecuente con sus creencias, por más que estuviese equivocada.

Inspiró con fuerza y giró su cuerpo, quedando delante del marqués, que seguía en la misma posición.

Volvieron a mirarse a los ojos.

Miranda lo hizo a un lado con maestría, pasó por delante de él y, sin bajar la cabeza, llegó hasta el pequeño escenario.

El barón le ofreció su mano para ayudarla a subir.

Miranda se lo agradeció con un gesto de cabeza.

Llegó hasta la butaca que le habían preparado, o más bien la que había utilizado una de las hijas del barón, y se sentó con dignidad, como si no estuviesen todos esperando reírse de ella.

El mayordomo le ofreció el chelo.

Miranda lo tomó con manos temblorosas. Estaba tan nerviosa que se le resbaló el arco de entre los dedos, y cayó al suelo.

El barón fue raudo a recogerlo.

Se escucharon un par de risitas maliciosas.

Aquello molestó a Benedick, quien en ese instante se arrepintió de haber llevado a la americana a esa tesitura. No podía creer que él la hubiese arrastrado hasta aquel escenario, en donde se la veía tan desangelada, delante de todas las miradas inquisitivas y expectantes en busca de sus fallos. Se apenó por Miranda y por él. Por ella, porque no se merecía la vergüenza a la que él la había sometido. Por él, por haberse comportado como un ser tan miserable como su padre.

No podía apartar la mirada de Miranda; estaba allí arriba tan seria, tan nerviosa, tan sola... Deseó apartar a todos los que tenía delante a puñetazos y bajarla de aquel escenario, rodearla con sus brazos y protegerla de la humillación y de todos.

Sin poderlo evitar, sus palabras salieron de lo más profundo de su corazón:

—Lo lamento, Victoria —musitó, sin desviar su mirada de la de Miranda, quien lo estaba observando, seguramente con rencor—. He faltado a mi promesa; me he comportado como nuestro padre.

Apenas utilizó voz, pero Victoria lo escuchó y se apenó.

Miranda colocó sus dedos entre las cuerdas, aferró el arco con fuerza y tragó saliva.

Su tardanza provocó ciertos cuchicheos de mujeres tras sus abanicos.

Ella sabía que estaban deseando su fracaso, lo sabía bien, pues así se había sentido durante cinco años en el internado. Ese recuerdo consiguió que se enfadara. Echó una última mirada al marqués, a quien no había dejado de mirar desde que había subido al escenario, cerró los ojos y... Dejó a todos atónitos.

Sus dedos se movían con tanta rapidez y agilidad que seguirlos provocaba vértigo.

Dereck se quedó sin aliento.

Beatrice se llevó las manos al corazón.

Victoria no pudo reprimir una sonrisa.

Benedick se puso en pie. No podía creer que Miranda tuviese tanto talento, más que nada porque la pieza que había elegido pocas veces se escuchaba en una velada musical por su gran dificultad. Pero ahí estaba aquella muchachita, más pequeña que el instrumento que sostenía entre sus piernas, dejándolos a todos maravillados con la interpretación de *Storm*, una obra maestra de Vivaldi.

Al americano se le aceleró el corazón; cada nota ejecutada con tanta perfección mostraba el enfado, la rabia y la desesperación de Miranda. Aquel descubrimiento le hizo entender muchas cosas; el movimiento que él había observado durante días en los dedos de su hermana ahora tenía una explicación. Ella estaba acostumbrada a tocar el chelo con frecuencia. Es más, parecía que aquel instrumento se había convertido para Miranda en un salvoconducto a... No quiso seguir preguntándose más, era muy posible que la respuesta le doliera.

Y no se equivocaba, pues la joven había encontrado en la música y el chelo a sus mejores amigos. A los que acudía cada vez que estaba triste, y donde volcaba todas sus frustraciones. Había pasado tantas horas en su dormitorio o en otras estancias, escondida, practicando con el chelo, que apenas podía recordar en qué momento había empezado a tocar con tanta destreza, pues formaba parte de ella. El chelo se había convertido en una extensión de su cuerpo. Y ahora no solo lo pensaba ella; todos los invitados de la baronesa eran testigos de ello. Esa joven movía los dedos y el arco con tanta rapidez que se podría asegurar que no se trataba de una persona y su chelo, sino

de la unión de los dos en un solo ser.

Su última nota llegó y los vítores también.

Nadie, absolutamente nadie en esa sala pudo reprimir su satisfacción, por más que alguna que otra persona hubiese deseado más su fracaso.

Dereck estaba totalmente emocionado. Su hermana, la hija de un granjero, la niña que había llegado a tener ampollas en las manos con seis años por haber tenido que trabajar con tesón estaba ahí, en un escenario, con la pose de toda una dama y recibiendo aplausos de la gente más importante de la sociedad inglesa.

Ella, con la respiración abrupta por el esfuerzo de haber tocado aquellas notas tan rápidas, abrió los ojos. Y lo vio allí, de pie, aplaudiéndola. El marqués estaba aprobando su pericia musical, y algo le llamó la atención: él parecía respirar con tanta dificultad como ella.

Cierto era, pues el joven marqués había seguido con tanta tensión aquellos movimientos de manos de Miranda, como si fuesen suyos, que con cada nota él recibía una palpitación directa del corazón. No sabía si por miedo a que ella fallara o por lo que le hacía sentir aquella muchacha en su interior.

—Señorita Boston —se pronunció la baronesa en cuanto Miranda bajó del escenario—. Ha sido todo un honor para nosotros —la alabó—. Por favor, visítenos en próximas veladas para deleitarnos con vuestro don.

—Gracias, milady —agradeció Miranda, con una sonrisa.

A Dereck le costó llegar hasta su hermana, todos la paraban para felicitarla personalmente. En cuanto la alcanzó, la hizo a un lado y la abrazó con fuerza.

No necesitaron palabras, ambos sabían lo que se estaban diciendo con aquel abrazo.

—Estoy sedienta —anunció Miranda.

—Espérame aquí —comentó Dereck—. Te traeré una limonada.

Miranda obedeció, pero no estuvo sola por mucho tiempo, pues el marqués de Frotell se acercó hasta ella.

—Enhorabuena —la felicitó—. Debo admitir que su destreza es superior a la de las hijas del barón.

Victoria, que estaba cerca, escuchó con atención, aunque prefirió quedarse rezagada.

Miranda vio en los ojos del marqués la súplica de una petición de perdón. Consciente de que él no comunicaría aquello en voz alta, ella se pronunció:

—Yo también debo admitir que la educación en Manfford no la recibieron por igual —dijo, haciendo alusión al padre del marqués—. Usted no es como su padre, tiene exquisitos modales y educación.

Victoria reprimió la sonrisa.

Benedick agradeció aquel comentario más de lo que Miranda podía imaginar, pero debía proceder como se esperaba de él.

—¿Me admitís un consejo?

Miranda asintió con la cabeza.

—Intentad no decir en voz alta todo lo que pensáis —aconsejó, con voz neutra—. Un duque, incluso con pésimos modales, es venerado en Inglaterra.

—¿Incluso vuestro padre? —inquirió, un tanto alarmada.

—El que más —sentenció, y zanjó así aquella conversación.

Miranda sintió una gran empatía por el marqués. Ella conocía de sobra aquella veneración absurda, y que él le hubiese respondido con tanta tranquilidad y sin muestra de enfado por su punzante comentario la hizo sonreír.

—Intentaré recordar vuestro consejo —dijo Miranda, sonriente—. Pero no os puedo prometer que pueda callarme siempre, porque a veces es muy difícil permanecer impasible.

La respuesta agradó a Benedick; más, cuando ella lo hacía sonriéndole, perdonándole lo que había sucedido, y aceptando también así su culpa por haber menospreciado al duque delante de él.

El silencio que los envolvió despertó el interés de Victoria, quien se asomó tras la columna en la que estaba parapetada y lo que vio la conmovió. Su hermano y la americana se miraban con ternura y se sonreían con animosidad. No, no era exactamente eso, era más bien una sonrisa plena de..., de..., de encariñamiento.

Deseaba permanecer al margen, dejar que Benedick disfrutara de aquel momento, bien sabía el buen Dios que su hermano merecía momentos así de especiales en su vida. Pero la realidad siempre era cruda con ellos dos, y por ello debía interrumpir, pues la caída de Benny sería mayor si se enamoraba de la jovencita que tenía delante, porque la unión entre ellos era imposible.

—Señorita Boston —interrumpió, situándose junto a su hermano—. Enhorabuena, habéis dejado sin palabras a todos los invitados.

Miranda parpadeó; necesitaba salir de aquella estela hipnotizadora en la que se encontraba envuelta ante la mirada del marqués.

—Gracias —consiguió decir.

Frotell, por el contrario, apenas se percató de la presencia de su hermana, como tampoco de la del señor Boston, que llegó con un vaso de limonada. Tampoco lo hizo cuando la señorita Hook le preguntó, pues para él había desaparecido todo a su alrededor, y solo tenía ojos para Miranda.

El pequeño codazo recibido por parte de su hermana, a la altura de sus costillas, fue lo único que le hizo salir de su letargo.

—¿Perdón?

—Os preguntaba si acudiréis a la fiesta navideña organizada por la duquesa de Hamilton —repitió Beatrice.

El marqués por un segundo volvió a mirar a Miranda, antes de centrar su atención en la señorita Hook.

—Sí, mi hermana y yo hemos aceptado la invitación —respondió, sin vacilar—. El duque todavía no se ha pronunciado al respecto.

Aquel comentario no fue casual, fue una advertencia a Miranda para que no se sorprendiera en caso de que el duque de Manfford apareciese por el castillo de los anfitriones y, sobre todo, para que midiese sus palabras, ya que él, le gustase o no, tendría que defender a su padre, porque era lo que todos esperaban.

La risita emitida con poco disimulo por parte de la americana llamó la atención de las cuatro personas presentes.

Benedick fue el primero en mirarla, levantando las cejas, pidiendo una explicación.

—Oh, es tan inimaginable hacerse una idea del duque divirtiéndose en una fiesta —comentó, con comicidad—, que debo admitir que incluso la idea de coincidir con él me parece esperanzadora.

Beatrice tragó saliva con dificultad, no sabía cómo se iba a tomar aquel comentario el marqués.

Victoria permaneció en su sitio sin mostrar alteración alguna.

Benedick le hizo una mueca cómplice a Miranda, un lenguaje secreto entre ellos. Como respuesta, ella se acercó lentamente, y él inclinó la cabeza para escucharla.

—No he olvidado vuestro consejo —aclaró ella entre susurros—. De haberlo hecho, mi respuesta habría provocado todo un escándalo.

A él le fue imposible comportarse como lo hacía siempre, pues sonrió, y no fue una sonrisa falsa, sino más bien de gran satisfacción.

Dereck, que llevaba rato observando a su hermana y al marqués, también sonrió. Le gustaba la manera en que Frotell miraba a su hermana; era una mirada limpia, inocente y cálida. Algunos hombres esa misma noche habían mirado a Miranda con descaro, otros con reproche por su procedencia, y otros, a los que a él le habría encantado retorcer el cuello, lo habían hecho con lujuria. Pero el marqués no, Benedick la miraba con adoración.

Victoria también fue consciente tanto de eso como de aquel acercamiento entre ellos, olvidando que estaban acompañados, por lo que decidió poner fin antes de que Benedick acabase totalmente perdido.

—Ha sido una velada magnífica —se despidió—. Debemos retirarnos por hoy.

Benedick asintió con la cabeza.

Alargó su mano y cogió la de Miranda, sin preocuparse por lo incorrecto que resultaba aquel gesto; más, cuando ni Miranda ni él llevaban los guantes puestos. Pero lo hizo, sostuvo la mano de Miranda con la suya y se la besó. Un roce, una simple caricia que dejó a Miranda aturdida y a él desesperado por seguir besando aquella piel.

—Ha sido un placer conoceros.

Ella apenas pudo responder, tan solo pudo asentir con la cabeza.

Se alejaron los dos hermanos tal y como habían llegado, en silencio y con las cabezas erguidas.

La americana lo siguió con la mirada hasta que desapareció.

Dereck esperó y, cuando vio que su hermana ya no estaba distraída, les ofreció el brazo tanto a ella como a la señorita Hook.

Las dos mujeres lo aceptaron y abandonaron la casa del barón.

En cuanto montaron en el carruaje, Beatrice se pronunció:

—Le has dado una lección a tu hermano —dijo.

El americano la miró.

—¿Cuál?

—Que no necesita una institutriz —sentenció.

Dereck miró a Miranda, que estaba justo enfrente de él.

La joven sonrió plena.

—Le ha costado darse cuenta —bromeó Miranda.

Beatrice continuó la broma.

—Es un hombre, hay que mostrarle las cosas para que pueda aprender.

Las dos rieron encantadas.

El americano fingió estar ofendido.

Mientras en un carruaje reían, en otro se podía palpar la tristeza.

—Padre no permitirá la unión de su hijo con una americana —se apenó Victoria, y su voz sonó tan triste que el marqués no tuvo valor de responder, pues era muy posible que la suya sonase igual.

Capítulo 10

El marqués de Frotell entró en la sala de mañanas de Wittman House, residencia habitual del duque de Wittman en Londres, el único amigo de Benedick. Y lo hizo sin esperar a ser anunciado, con paso ligero y mostrando gran alteración.

—¡Americana! ¡Es americana!

El matrimonio formado por Derian y Darline se sobresaltó.

—¿Cómo dices? —preguntó el duque, que estaba dando cuenta al desayuno, sentado junto a su esposa.

—¡Que es americana!

—¿Quién? —intervino la duquesa, sin comprender aquella alteración.

—La muchacha morena que vi en los muelles —informó.

El matrimonio se miró; sabían que aquella joven había despertado mucho interés en el marqués, y estaban deseosos de que se conocieran. Claro que, al ver ahora a su amigo tan alterado, ya no estaban tan seguros de si había sido un buen encuentro o no.

Antes de que pudiesen indagar más, la repetición de aquella palabra por parte del marqués, al tiempo que se desplomaba en una de las sillas que estaba frente a ellos, fue la respuesta que necesitaban.

—Americana —repitió, casi sin voz.

Lo comprendieron; siendo hijo del duque de Manfford no existía posibilidad de matrimonio entre ellos.

—¿Estás seguro? —indagó Derian, con cautela.

Benedick miró directamente a los ojos cobalto de su amigo.

—Me la presentó su hermano, el señor Boston.

Darline se llevó una uva a la boca.

Derian asimiló la situación.

—Benedick, si esa muchacha es importante para ti —dijo, con la calma que lo solía caracterizar—, no debe importarte su procedencia.

El marqués negó con la cabeza. Ojalá fuese cierto, pero su padre no era un hombre cualquiera, era el ser más intransigente; jamás permitiría que su heredero contrajese matrimonio con una americana. Si apenas le parecían bien la mitad de las mujeres inglesas, como para siquiera plantearle la posibilidad de...

El hijo de los duques entró en la sala, corriendo.

A Benedick le gustó, pues a él nunca le habían permitido en su propio hogar comportarse como un niño. Estaba prohibido correr, jugar, gritar, reír o llorar.

—¡Tío Benny! —saludó, con entusiasmo—. Sabía que vendrías a visitarnos antes de que nos marchásemos.

Benedick alargó el brazo y le deshizo el cabello.

—Campeón —saludó, con cariño—. Jamás permitiría que te marcharas sin que me dieras un abrazo.

El niño de ocho años lo abrazó con fuerza.

Darline apretó los labios; era tan triste que un hombre tan maravilloso y cariñoso como Benedick tuviese que vivir siempre ocultando sus sentimientos. Tan solo se mostraba con naturalidad cuando estaba con ellos a solas. Era una lástima, porque ellos lo apreciaban mucho y deseaban su felicidad, una que jamás encontraría por culpa de su padre.

La niñera de Simon llegó hasta ellos, con la respiración abrupta por haber corrido para alcanzar al niño.

—Lord Erian —llamó—. Vuestro tutor os espera.

El niño hizo un gesto de rendición.

—Cuánta carga sobre los hombros de un conde —pronunció, derrotado.

Los duques y Benedick se abstuvieron de reírse, aunque aquellas palabras y su entonación incitaban a ello.

—Lo lamento, tío Benny —se disculpó—. El deber me obliga a retirarme.

—Por supuesto —concedió Benedick.

—Cuando nazca mi hermano —anunció, mirando a su madre, que estaba en avanzado estado de buena esperanza—, tendré más tiempo libre para poder jugar con él.

—O con ella —intervino la duquesa.

El pequeño Simon miró a Benedick.

—¿Tú jugabas con Victoria?

«A escondidas», respondió interiormente.

—Siempre que me fue posible —concedió, sin mentir a la familia que él tanto apreciaba.

—Pero las niñas no juegan igual que nosotros, no sé si quiero una hermana —aventuró el niño.

La duquesa iba a reprenderlo, pero el marqués se adelantó.

—Puedo asegurarte que, para mí, Victoria fue el mejor regalo de mi vida —confesó, con total sinceridad—. No la hubiese cambiado por ningún hermano.

El niño se quedó pensativo.

—Ah, entonces igual no es tan aburrido tener una hermana.

La duquesa sonrió.

—No, puedo asegurarte que no.

Simon se quedó conforme con aquella respuesta y se despidió con otro fuerte abrazo.

Una vez desapareció el niño, el duque se pronunció:

—¿Qué piensas hacer respecto a...? —No conocía el nombre de la joven—. ¿Cómo se llama?

—Miranda.

—Y bien, ¿qué piensas hacer? —se interesó.

El semblante del marqués se demudó.

—Nada.

—Pero, Benny... —quiso protestar la duquesa, pero Frotell la interrumpió.

—He decidido marcharme una temporada a Secret Garden —anunció su decisión—. Si me quedo en Londres, no podré olvidarme de ella —reconoció, con honestidad—. No es la primera mujer a la que he tenido que olvidar —dijo, aludiendo a Jezabel—. La distancia es lo mejor.

Darline se entristeció.

—Dudo que en esta ocasión eso vaya a suceder —vaticinó el duque—. Miranda no es Jezabel. Tú la encontraste, no fue ella quien te buscó.

Benedick pensó en ello. Era cierto, Jezabel lo había buscado con un único propósito: ser marquesa. Claro que, solo eso le interesaba de él: su título.

—Lo haré —adujo—. La olvidaré.

Derian miró a su mujer.

No, no podría olvidarla porque él había sido incapaz de olvidar a su mujer durante los siete años que estuvieron separados. Algo le decía que Miranda era para Benedick lo mismo que Darline para él.

El tema quedó zanjado y cambiaron de conversación. Hicieron planes para las navidades; Benedick se acercaría a visitarlos, ya que había sido invitado por los duques de Hamilton a su castillo de Great Castle, y desde allí hasta Sheena Road tan solo había una hora de viaje.

Si se habían encontrado en Londres, ciudad que Derian aborrecía, no era por otro motivo que encontrar a Albert Douglas, el hombre que en el pasado había sido admirado por poseer el título de conde de Oxford, y al que en ese momento perseguían las autoridades por haberse convertido en prófugo tras el rapto del hijo del duque. Y por ese motivo Darline y Derian se encontraban allí, porque el duque se había reunido con los magistrados en Old Bailey, el tribunal de la Corona, para, en persona, comunicarles que había publicado en todos los periódicos una recompensa por el paradero de Albert. Se había prometido llevarlo hasta el cadalso; le haría pagar a ese malnacido por el dolor que les había causado a su esposa y a él tras raptar a su hijo. En un principio, su intención era matarlo con sus propias manos, pero, tras las súplicas de Darline, decidió dejarlo en manos de las autoridades. Eso sí, él no dejaría pasar la oportunidad de estar presente cuando el día llegase, porque quería comprobar con sus propios ojos el momento del ahorcamiento.

—¿Crees que alguien lo traicionará? —se interesó Frotell.

Derian lo miró a los ojos.

—No le quedan amigos —adujo—. Y la recompensa es demasiado cuantiosa —explicó, con calma—. No tardarán en reclamarla —vaticinó, esperanzado.

Frotell se quedó pensativo.

—Alguien debe de estar ayudándole —sopesó—. Raptó a Simon porque estaba desesperado por conseguir dinero —recordó, pues la mujer que lo había ayudado así lo manifestó—. Si no estuviese recibiendo ayuda, tendría que haber salido a buscar trabajo para subsistir, y de ser así, ya habrían descubierto su paradero.

El duque de Wittman se quedó pensativo, analizando la explicación de su amigo. Era cierto, llevaban un mes buscándolo y nadie había reclamado la recompensa.

—Puede que tengas razón —convino a la teoría de Frotell—. No obstante, que esa persona se apiade al buen Dios, porque no tendré piedad con ella.

Benedick asintió con la cabeza, comprendiendo lo que su amigo estaba dispuesto a hacer. No existía castigo suficiente para pagar la angustia que habían sufrido.

Durante un par de horas más, el marqués disfrutó de la compañía de los duques y se despidió.

Durante el trayecto de regreso a Manfford House pensó que tenía un mes para olvidar a Miranda, consciente de que le costaría, pero también de que haría lo posible para no pensar en ella, lo suficiente como para, cuando se volviesen a encontrar, poder mantener un trato cordial, sin ese dolor que sentía ahora por no poder reconocer ante nadie que le encantaría cortejar a esa mujer.

Entró en la casa y se topó con su padre, quien lo estaba esperando, como de costumbre, con ganas de recriminarle algo.

Pues bien, ese día no estaba de humor como para soportar más quejas; todo hombre tenía su límite.

—Padre —le refutó, tajante, interrumpiendo la retahíla de protestas que el duque estaba enumerando—. Mañana parto para Secret Garden —anunció—. Victoria me acompañará —sentenció, sin dar opción a réplica y dejando al duque con la palabra en la boca.

Giró sobre sus talones y se fue en busca de su hermana Victoria.

La encontró en la biblioteca, sentada en uno de los butacones orejeros, frente al hogar.

—Tori —llamó su atención, puesto que estaba absorta en la lectura—. Avisa a tu doncella, mañana partimos a Secret Garden.

Victoria cerró el libro, se puso en pie y preguntó:

—¿El duque también?

—No.

No sonrió, pues dentro de la casa nunca lo hacía.

—¿Por cuánto tiempo?

—Un mes —informó Benedick—. Partiremos directamente desde allí a Escocia —indicó, comunicando sus intenciones. El diez de diciembre viajarían hasta Great Castle, en donde los esperaban el día catorce.

Volvió a girar sobre sus talones y abandonó la biblioteca.

Victoria se quedó allí un rato, pensativa. Estaba convencida de que aquellas prisas por abandonar Londres tenían un nombre: Miranda.

Capítulo 11

Miranda Boston entró en la sala púrpura corriendo, con una gran sonrisa, pues había salido sola. Bueno, con su dama de compañía, Dotty, quien la había llevado a un mercadillo a las afueras de Londres. Había sido toda una aventura. Primero, por haberse escapado de la casa sin que nadie se percatase. Segundo, por la libertad que sintió en aquel mercado. Tercero, por haber comprado ciertos objetos que, de haber estado acompañada por Beatrice, le hubiese impedido comprar.

—¡Wyatt! —se expresó jovial, al verlo allí sentado en uno de los sofás y, sin pensarlo, se acercó hasta él y se sentó a su lado, sin percatarse de que había más gente en la sala—. ¡Mira lo que te he comprado!

Abrió su bolsito y mostró dos cintas de cuero, una negra y otra roja.

Wyatt sonrió encantado, pues la noche anterior había perdido la cinta que solía utilizar para recoger en una coleta su larga melena.

Un lacayo se acercó hasta ellos con el semblante serio. Con la euforia de regalarle a su amigo las cintas, la joven había olvidado entregarle su abrigo, su sombrero, sus guantes y su bolso.

Miranda lo miró, se puso en pie para despojarse de todo aquello, y se disculpó con un leve «lo siento». El lacayo como respuesta gruñó.

—¿Eso ha sido un gruñido? —preguntó, risueño, Wyatt.

—Sí, creo que sí.

—¿Puede saberse por qué te gruñe un lacayo? —se interesó él, pues, conociendo a Miranda, podía ser por cualquier motivo.

Ella se llevó las manos a la boca para no reír. Estaba a punto de contarle a su confidente qué había pasado con la señora Timons, incrédula de que hubiesen pasado tres días y no hubiese ido todavía a pedirle disculpas. Tan solo un «lo lamento» sería suficiente para que Miranda la perdonase y todos pudiesen tomar de nuevo su preciado té.

—Jumm... jum... —carraspeó una señora que estaba sentada junto a Beatrice, en las butacas, delante de una mesita baja.

Miranda giró la cabeza, las miró y les sonrió.

—Hola, buenas tardes —saludó la muchacha.

Beatrice parecía nerviosa, no era así como esperaba presentar a Miranda y su madre. No había imaginado que ella entraría corriendo en la sala y se sentaría de cualquier manera en el sofá; menos, que un lacayo tuviese que ir tras ella. Más que nada porque le había hablado a su madre de la joven y de la buena educación que había recibido.

Llegados a ese punto, ya no podía hacer nada más, excepto presentarlas.

Abrió la boca, pero se quedó callada porque entraron Dereck y la señora Timons al mismo tiempo.

La madre de Beatrice miró al ama de llaves.

—Señora Timons, ya puede ordenar que traigan el té —ordenó, justo al tiempo que sonaban las cinco en el reloj.

Miranda volvió a mirar a Wyatt. Ambos, cómplices, se sonrieron; aquella mujer daba órdenes como si fuera la dueña y señora de la casa.

—Lo lamento, señora Hook —se disculpó, con acritud, el ama de llaves—. En esta casa está prohibida la ingesta de té.

—¡Qué barbaridad! —protestó la madre de Beatrice—. En toda casa de bien inglesa jamás falta un buen té, ¿cierto?

—Sí, señora, en toda casa de bien inglesa —respondió, al tiempo que miraba a la joven americana, y sonó a reproche.

Dereck frunció el ceño.

Wyatt le dio un toquecito en el hombro a Miranda para llamar su atención.

—Jovencita, creo que te has metido en un lío, ¿me equivoco? —cuestionó entre susurros.

Miranda iba a responderle, pero la orden de la señora Hook la dejó atónita.

—Prepare el té —ordenó—. No se dirá que esta casa no es una casa de bien.

Dereck no comprendía nada.

—Me temo, señora —puntualizó Miranda—, que nadie puede decir que en esta casa no vive gente de bien, beban o no té —aseveró, dejando asombrados a todos, pues ella no solía utilizar ese tono de voz tan autoritario; menos, mostrando un enfado que nadie comprendía.

Beatrice cerró los ojos.

—Miranda —la amonestó su hermano en voz baja.

La señora Hook se sintió molesta por aquel comentario tan inapropiado.

Claro que, más molesta estaba la joven, ya que no comprendía qué hacía aquella desconocida en su casa, y menos dando órdenes.

—Señora Timons, retírese —volvió a ordenar la madre de Beatrice.

La mujer obedeció.

Miranda, que estaba muy enfadada, se pronunció:

—No sé quién es usted... —la interrumpió.

—La señora Hook —se presentó ella misma, con soberbia, sentada con la rectitud de una reina.

Si pensaba que ese tono iba a amilanar a la muchacha, más bien fue todo lo contrario.

—Pues déjeme informarle, *Señora Hook* —pronunció su nombre con la misma entonación que había utilizado ella—, que se encuentra usted en Serenity Park —puntualizó—. Una casa de bien, con propietarios americanos —matizó—. No necesitamos beber té para ser respetables, y tampoco permitimos que personas ajenas a la familia den órdenes.

—¿Cómo se atreve? —se molestó.

—Puede que sea la madre de la señorita Hook, una mujer muy respetada y querida por mi hermano —comunicó, sin tapujos—. Pero no he visto un anillo en su dedo que confirme que Beatrice lleve nuestro apellido. Por lo tanto, mientras no exista una señora Boston en esta casa, las órdenes con respecto al servicio doméstico las tomo todavía yo.

Wyatt comprendía a Miranda, pues tenía razón; mientras Dereck no estuviese casado, la persona que debía organizar la casa era Miranda, dándole el puesto que de verdad le correspondía. Eso era algo que Dereck no había hecho todavía, no sabía si por permitirle a Beatrice ese lugar para tenerla más cerca, o por cualquier otro motivo. No obstante, Miranda merecía el respeto y la aprobación de todos.

—¡Intolerable! —se expresó, rabiosa, la señora Hook, al tiempo que se ponía en pie.

Beatrice la imitó.

—Miranda, discúlpate —le ordenó su hermano.

Wyatt agrandó los ojos.

La joven miró a su hermano como si le hubiesen salido tres cabezas.

—No son necesarias sus disculpas, señor Boston —afirmó la madre de Beatrice—. Mi hija y yo no necesitamos las disculpas de una persona que vive en una casa que no tenemos intención de volver a visitar.

A Beatrice le pareció que todo a su alrededor se desvanecía, se sentía mareada.

—Señora Hook, mi hermana se disculpará —vaticinó—. Su hija y usted siempre han sido bien recibidas en Serenity Park —dijo del tirón—. Sus órdenes serán tan bien atendidas como las de mi propia hermana.

Si Miranda pensaba que vivir en Inglaterra no le iba a gustar, su hermano acababa de confirmar cualquier atisbo de duda.

—Por favor —rogó—. Tomen de nuevo asiento, la señora Timons preparará el té de inmediato.

La joven no podía creer que su hermano la hubiese relegado del puesto que le correspondía, parecía que para él cualquiera estaba más capacitada que ella.

Wyatt, que no tenía intención de entrometerse en aquella disputa, optó por apoyar a la pequeña de los Boston. Le dio un toque en el hombro, llamando su atención para que lo acompañase, y le ofreció una salida digna, evitando que tuviese que disculparse ante aquella mujer que ya se había otorgado el puesto de «dueña de la casa».

El ama de llaves entró triunfal en la cocina, dando la orden de preparar té.

Beatrice fue la primera en sentarse para que su madre la imitara, o quizás porque le temblaban las piernas.

La señora Hook, muy digna, aceptó la invitación del americano. No obstante, tenía algo que decir.

—Señor Boston, le hemos acogido en nuestro círculo social —declaró, con el talante serio—. Debe imponer rectitud a su hermana —sentenció, como si no hubiese más opción, y zanjó—: Los desaires de ella le afectan a usted; igual que lo acogimos, podemos darle la espalda.

A Beatrice se le revolvió el estómago.

Las palabras de su madre la habían golpeado. ¿Cómo podía decir aquello? Aludía a su círculo social como si ellas todavía perteneciesen a la alta sociedad. ¿Acaso se había olvidado su madre de que a ellas las habían repudiado en un pasado no muy lejano? No podía entender su comportamiento. No lo entendía. De hecho, si estaban últimamente codeándose de nuevo con la gente influyente y aristócrata, era gracias a su amistad con el americano, pues, a pesar de que su hermano estaba muy bien considerado por ser el administrador de los duques de Whellingtton y Kennt, poder acudir a todos los eventos a los que eran invitadas tanto su madre como ella no se debía al puesto de Leighton,

sino más bien a que el señor Boston se codeara con las más altas esferas y ellas solían ser sus acompañantes.

Sintió opresión en el pecho; le había parecido cruel el comentario.

Dereck apretó los dientes. Le habría encantado responder como se merecía a la madre de Beatrice, pero por ella, por la mujer que amaba, prefirió callar.

Beatrice lo miró con cariño, agradecida por que él hubiese tenido más educación que su madre.

Al ver que él la miraba, ella pronunció un «gracias» sin voz.

Él asintió lentamente, respondiendo un «de nada».

Una hora más tarde, Beatrice y su madre abandonaban el palacio.

Dereck se quedó apoyado en el marco de la puerta que daba a la terraza, viendo cómo se alejaba el carruaje.

—¿A cuántas humillaciones más se va a tener que someter Miranda? —lo increpó Wyatt, mientras cerraba la puerta, para que nadie pudiese escucharlos.

Dereck se giró, tenso.

—Nadie la ha humillado —se defendió.

—Disiento —le reprochó—. Lo peor de todo es que tú no solo lo permites, sino que además lo apoyas.

Con un movimiento rápido, Dereck se plantó delante de Wyatt y lo sujetó por las solapas de la chaqueta de lana.

—¡Cómo te atreves! —tronó.

Mendoza lo empujó, apartándolo más de dos palmos.

—¿A qué?! —expresó, colérico—. ¿A exponer lo obvio?

—No te atrevas a insinuar... —la amenaza quedó en el aire, porque Wyatt lo interrumpió.

—No insinúo, afirmo que tu comportamiento es detestable —lo acusó—. Apenas te reconozco, Dereck —se apenó—. El hombre que yo conocía, al que consideraba un hermano, no habría permitido que trataran a Miranda con tan poco respeto —le recordó—. ¡Y tú también se lo has faltado!

De haber sido otra persona, Dereck Boston le hubiese dado un puñetazo. Pero era Wyatt, y el puñetazo lo había recibido él con aquellas palabras.

—No podía permitir que se marchasen —confesó, abatido—. Lo único que impide que Beatrice acepte ser mi esposa es la aprobación de su madre.

A Wyatt le importaba poco aquella mujer soberbia, lo único que le importaba era Miranda. Se sentía culpable por haberla llevado hasta Londres.

—¿Quieres saber lo que me ofende?

Dereck asintió con la cabeza.

—Que por buscar una aprobación seas capaz de olvidar el pasado.

—Eso no es cierto —se defendió.

—Por supuesto que lo es —recriminó—. Me ofende que no recuerdes que una niña de siete años se levantaba antes del alba para ordeñar vacas —le recordó, aludiendo a Miranda—. Lo hacía en verano e invierno para que a su padre y hermanos no les faltase algo caliente que llevarse al estómago antes de emprender la ardua tarea de llevar una granja. —Se entristeció al recordar aquellos días—. Me ofende que aquella niña cargara en sus pequeños hombros la pesada obligación de gobernar su hogar, ella sola, mientras atendía sin descanso a su madre enferma —argumentó, con pesar en su voz—. Con las manos llagadas y las rodillas peladas por arrodillarse para limpiar aquel suelo duro, jamás escuché una sola queja que saliera de sus labios. ¡Ni una! —espetó, levantando la mano con el puño cerrado y el dedo índice estirado.

Dereck sintió que su corazón se partía en dos. Aquellos recuerdos eran tristes... pero ciertos.

—Y hoy, once años después, con una casa plagada de sirvientes, su hermano delega en cualquier otra mujer el privilegio de gobernar su hogar. —Se ofendió—. Tú y solo tú relegas a tu hermana del cargo que, por su esfuerzo, su tesón y su fuerza, se ganó por derecho propio —le reprochó, por si Dereck no se daba cuenta—. He visto a una condesa, una mujer soberbia, y a la propia Beatrice, dar órdenes a tus sirvientes, mientras que la única con derecho ha sido relegada en esta casa —argumentó, enfadado—. Enhorabuena, Dereck —alegó, con desprecio—, por permitir que otras mujeres que no llevan tu apellido gobiernen tu hogar, mientras que la única que lo posee, gracias a tu comportamiento de hoy, averigua que aquí, en Londres, tan solo es una invitada que está de paso, y lo estará durante tres años.

A Dereck se le desplomaron los hombros.

—Ella no puede pensar eso —discutió Boston.

—Cierto —concedió—. Más bien, Miranda debe pensar que está secuestrada —opinó, aludiendo a que no la dejaba regresar a Nueva York—. Y si te soy sincero, incluso yo empiezo a pensarlo.

Dereck se llevó las manos a la cara y se la frotó, angustiada.

—No era mi intención que las cosas se torcieran de esta manera —se defendió.

—Las cosas no se tuercen —dijo, con un tono de voz más calmado—. Tú eres el que debe dar prioridad —indicó—. O permites que Miranda asuma el cargo que le corresponde, o lo dejas en manos de mujeres que se creen con derecho a asumir lo que no les compete.

—La condesa y Beatrice me ayudaron... —quiso explicarse, pero Wyatt lo interrumpió.

—Miranda está en Londres —apuntó—. Está aquí porque tú así lo decidiste. Poco importa lo que hiciesen las otras en el pasado, lo único que debe tener prioridad para ti es tu hermana.

—¡Y lo es! —se quejó porque su amigo no le comprendiera.

—Demuéstralo, Dereck —aconsejó—. Demuéstralo o perderás a la mujer que más te quiere —vaticinó—. Miranda te admira, no conviertas su devoción por ti en resentimiento.

Dicho esto, se dio la vuelta y salió de la sala.

El americano resopló, se acercó al mueble en donde guardaba los licores y se sirvió una copa de brandi. Necesitaba pensar en cómo solucionar las cosas con su hermana.

Se sentó en uno de los sofás y pensó en todo lo ocurrido esa tarde.

Se levantó como un resorte y fue directo al tirador; iba a averiguar por qué su hermana pequeña había prohibido tomar el té. Conocía a Miranda, ella no tomaba decisiones drásticas sin más.

Entró el mayordomo.

—¿Desea algo el señor?

—Quiero respuestas —exigió, taxativo—. ¿Por qué mi hermana prohibió la ingesta de té en la casa?

El hombre palideció y eso alertó al americano.

—No... no sabría decirle —titubeó.

—Es el mayordomo, nada de lo que ocurre en Serenity Park puede escaparse de su conocimiento —alegó, molesto porque aquel hombre le ocultase la verdad—. Si no está capacitado para controlar al personal y todo cuanto acontece aquí, me veré obligado a buscar otro candidato que ocupe su puesto.

Aquellas palabras hicieron reaccionar al señor Morris.

—No... no será necesario —habló, tembloroso—. Me temo, señor, que todo fue una terrible confusión —confesó, con el corazón agitado por los nervios. Debía comentar al americano que habían intentado burlarse de su hermana, y eso era cuánto menos vergonzoso. Y viendo lo serio que estaba Boston en ese momento, miedo le daba dar aquella explicación.

Armándose de valor, narró con mucha cautela lo que había ocurrido.

Dereck apretó los dientes con tanta fuerza que incluso le dolieron.

En cualquier otra ocasión le habría dicho al mayordomo que se retirara. Conociendo a Miranda, habría ido a buscarla y los dos se habrían reído de aquella anécdota, porque había que reconocer que su hermana pequeña había sido astuta para devolverles la chanza con su propia medicina. Pero ese día no estaba para bromas, pues aquello había sido el causante de la disputa de esa tarde. Por ello, no estaba dispuesto a volver a pasar por alto lo que debía decir; ya se había consumido por dentro al no poder responder a la madre de Beatrice, esta vez no pensaba callar.

—Avisé a la señora Timons de que mañana a primera hora deberá abandonar Serenity Park —sentenció—. Le pagaré lo que le corresponde y ni un penique más.

El señor Morris se quedó sin aliento.

El americano salió de la sala púrpura, necesitaba encontrar a Miranda.

Se dirigió a su dormitorio, pero no estaba allí.

Giró sobre sus talones y bajó las escaleras con decisión; la buscaría por todo el palacio.

—Señor —llamó su atención la doncella de Miranda.

Él la miró.

—La señorita Miranda está en la sala familiar —le informó.

De normal él le habría dado las gracias, pero estaba enfadado con todo el servicio. Podían dar gracias que había tomado la decisión de despedir solo a la señora Timons.

Se dirigió con paso firme, recorriendo los cuatro corredores hasta llegar a la sala familiar. Mientras se dirigía hacia el ala oeste, rezó interiormente para poder encontrar las palabras adecuadas; necesitaba que su hermana pequeña lo comprendiera, porque él no se podía permitir verla enfadada o triste. No podía, Miranda era la niña de sus ojos y él no había estado a la altura. Eso dolía porque las palabras de Wyatt retumbaban en su cabeza sin cesar: «Miranda te admira, no conviertas su devoción por ti en resentimiento». Definitivamente, él no podía soportar la idea de que eso pudiese suceder.

Abrió la puerta con sigilo y la vio allí, sentada en un butacón forrado de seda dorada, con la mirada fija en el

retrato de una mujer morena muy hermosa y elegante, que había colgado en la pared principal de la sala.

Miranda no se movió, aunque notó su presencia.

Él se acercó lentamente y llevó sus manos al respaldo de la butaca, pero no dijo nada; respetó el silencio de su hermana.

Durante unos minutos ninguno de los dos se pronunció. La primera en hacerlo fue Miranda; eso sí, sin apartar los ojos de su madre, que era la mujer retratada.

—Te avergüenzas de nuestro pasado —lamentó.

—Jamás —negó él, con voz rotunda.

La pequeña de los Boston exhaló aire antes de levantarse de su asiento.

Dereck rodeó el butacón para situarse al lado de su hermana.

—El retrato de madre confirma mis palabras —aseguró ella—. Madre jamás lució vestida de seda —se entristeció—. Como tampoco portó en su cuello joya alguna.

Dereck miró el óleo. Allí se veía reflejada una mujer sonriente, engalanada con un collar de esmeraldas en su cuello del mismo color verde que el vestido de seda que lucía.

Que su hermana pensara de él aquello lo mató por dentro.

—Mandé retratar a madre tan elegante, no por ocultar nuestro pasado —reconoció, honesto—, sino por regalarle a madre lo que no pudo disfrutar en vida.

Aquella voz emotiva consiguió que Miranda se girase para mirar a su hermano a los ojos.

Él hizo lo propio.

Uno frente al otro, con el corazón en la mano, se hablaron.

—No pudo disfrutar de la riqueza de padre —prosiguió su explicación—. Cuando miro este retrato, pienso que de alguna forma ella está arrojada en el cielo con las mejores sedas, las que debería haber usado en vida, pero que por abandonarnos antes de hora no pudo disfrutarlas en la tierra. —Se emocionó hasta tal punto que le brillaron los ojos—. Pedí que la retrataran como se merecía; no pude regalarle nada en vida, pero sí he podido engalanarla... muerta.

A Miranda le rodó una lágrima por la mejilla.

Dereck la abrazó, la apretó junto a su pecho.

—Perdóname —rogó Miranda, por haber pensado mal de él.

Él la estrechó con más fuerza.

—No hay nada que perdonar, pequeña —reconoció—. En todo caso, soy yo quien te debe una disculpa.

La joven levantó la cabeza y él aflojó el abrazo, pero sin soltarla.

—Lamento lo sucedido esta tarde —se disculpó el americano, sin apartar la mirada para que ella viese la verdad en sus ojos.

La respuesta de Miranda fue volver a apoyar su mejilla en el torso de él.

Así permanecieron unos minutos en silencio.

—Desde que salí del internado me siento perdida —confesó, con tanta honestidad que Dereck le besó la cabeza.

Con desgana, se separó de ella; no obstante, necesitaba escucharla y observarla con mucha atención. Por ello, con un gesto de mano la invitó a sentarse en el sillón que había usado con anterioridad. Él, con un movimiento rápido, arrastró otro de los butacones para ponerlo delante de ella.

Le hizo un gesto con la cabeza, invitándola a continuar.

—Cuando vivíamos en la granja, sabía cuáles eran mis obligaciones —explicó, con nostalgia—. Sentía que me necesitabais... —Su voz se quebró—. Al morir madre sabía que no podría reemplazar su lugar. Aun así, intenté imitarla en todo. —Lloriqueó—. Cuando padre se marchó en busca del oro, a pesar de su lejanía no me sentí triste porque os tenía a Owen, a Wyatt y a ti cerca —rememoró—. Me sentía importante por poderos ayudar.

A Dereck el corazón le latía con fuerza.

—Cuando regresó con el oro, os perdí a todos.

Él iba a interrumpir, pero ella levantó la mano pidiendo silencio.

—Sí, Dereck, os perdí incluso antes de que padre falleciera —aseguró, aunque no sonaba a reproche—. Cuando ingresé en el internado soñaba con regresar a casa —confesó, emotiva—. Lo que no esperaba al salir de allí era encontrarme tan sola y tan perdida. Ya nadie me necesita y no sé cuál es mi sitio ahora.

Dereck se odió. Él debía haberle dado a Miranda el puesto que merecía. Wyatt tenía razón, había colaborado sin pretenderlo en llevar a su hermana a esa tesitura.

—Miranda, Owen, Wyatt y yo siempre te vamos a necesitar —afirmó—. Aunque no lo creas, una sola de tus sonrisas nos ayuda.

Miranda lo miró, escéptica.

—La riqueza de padre nos ayudó —comunicó, pues necesitaba que ella lo entendiera—. La fortuna que yo he amasado por mi cuenta estos años no ha sido tan sencilla de conseguir —reveló, despertando interés en Miranda—. Durante mucho tiempo he tenido que soportar muchos desprecios.

Ella apretó los labios; comprendía lo que quería decir, a ella le había ocurrido lo mismo en el internado.

—A veces me sentía tan solo y tan perdido como te sentiste tú al regresar a casa —expuso, con tranquilidad—. Me acostaba pensando que no merecía la pena esforzarse tanto cuando la gente me iba a seguir mirando por encima del hombro, como si no tuviese derecho a triunfar por mí mismo tan solo por no haber nacido en el seno de una familia acaudalada. Y, por otra parte, todos los que odian, difaman y envidian a uno por haber conseguido prosperar, esperan que algún día caiga de nuevo en la mayor pobreza.

Miranda sintió admiración por Dereck; ella no había pensado que a él lo hubiesen tratado igual que a ella. Conocía ese sentimiento de frustración.

—Cuando pensaba que nada tenía sentido, el recuerdo de tu sonrisa me daba la fuerza suficiente para levantarme cada mañana y seguir intentándolo —reveló, con una ligera sonrisa—. Créeme, pequeña, tu sonrisa es más poderosa que el odio y desdén de los demás.

Como regalo a aquella confesión, ella le brindó una sonrisa plena.

—¿Dejaste de sentirte perdido? —indagó, esperanzada.

—Sí.

—¿Cómo lo conseguiste?

—Igual que lo harás tú: encontrando tu sitio.

La respuesta la dejó pensativa.

—¿Londres es tu sitio?

Él negó con la cabeza.

—Mi sitio siempre estará donde esté la gente que me rodea.

Miranda meditó la respuesta.

Él la observó atento, muy atento.

—Entonces, mientras la señorita Hook esté cerca de ti, no te sentirás perdido, ¿es eso?

Nadie podía negar que Miranda era una muchacha inteligente y muy avispada.

Ante él estaba la oportunidad de disculparse y de que le perdonara por lo que había sucedido.

—Serenity Park no es solo mi hogar, también es el tuyo —aclaró, para que Miranda no se sintiera una invitada—. Espero que algún día también lo sea para Beatrice —confesó—. No pretendí quitarte autoridad, Miranda; lamento haberte exigido que te disculparas, cuando tú eres por derecho la única que puede gobernar esta casa —informó, para que supiese que él sí le concedía ese privilegio, porque lo merecía, y, además, para que fuera consciente de que, mientras viviese allí, la necesitaba—. Me vi obligado por la situación...

—Por la madre de Beatrice —lo interrumpió ella.

Él asintió con la cabeza.

Ella hizo una mueca, ahora lo comprendía todo.

No conocía a esa mujer, pero le bastó su forma de ordenar y comportarse con tanta soberbia para comprender qué clase de mujer era. Sí, desde luego que sí; había conocido a unas cuantas damas con esos aires de grandeza. Lo había hecho en el internado, cuando las madres de algunas de sus compañeras las visitaban. Eso le hizo recordar cómo la miraban a ella.

—Oh, Dereck —se expresó, angustiada—. ¿Esperas su aceptación?

Él hizo un mohín.

Ella sintió que por primera vez no podría ser sincera con su hermano, pues, de serlo, le quitaría cualquier esperanza. Esa mujer jamás aceptaría a un americano en su familia.

—Espero que lo consigas —deseó, con todo su corazón.

—Yo también.

Miranda le brindó una sonrisa para animarlo.

Él agradeció aquel mohín; le había entendido y lo había perdonado.

—Pequeña, mañana tendrás que entrevistar a varias candidatas para el puesto de ama de llaves —informó.

Miranda parpadeó.

—¿Por qué?

—He despedido a la señora Timons.

La muchacha agrandó los ojos.

—¿Ha hecho algo mal? —se preocupó.

Dereck notó que su corazón volvía a latir con fuerza, agradeciendo a Dios que su hermana no hubiese perdido aquella ingenuidad que la caracterizaba de niña. Como que, a pesar de los golpes de la vida, no se hubiese convertido en una mujer rencorosa, por más motivos que tuviese, pues, conociendo a la clase de personas que habrían convivido con ella en aquel internado, daba por hecho que no debieron de ser pocos los desaires que habría sufrido.

—Me han confesado lo que sucedió para que prohibieses la ingesta de té.

Ella se llevó las manos a la boca.

Él esperó paciente. Lo que no esperaba era la respuesta de Miranda, pues se rio.

—¡Ay, Dereck! Si hubieses visto la palidez de la señora Timons, no habrías podido aguantar la risa —bromeó, contagiando su alegría a su hermano, que empezó a reír—. ¡Por la sequía! —expresó, jovial—. ¿Te lo puedes creer? En Londres, que no deja de llover ningún día.

Y los dos rieron.

Cuando se calmaron, Miranda se secó las lágrimas producidas por aquella risa.

—No puedes despedirla —estableció—. De hacerlo, tendrás a todos los sirvientes en tu contra.

Él la adoró. Miranda utilizaba al resto de la servidumbre como pretexto; ella no deseaba que aquella mujer perdiera su puesto. Sin duda su hermana tenía un gran corazón.

—Entonces lo dejo en tus manos —dijo, al tiempo que se levantaba de su asiento—. Tú eres la que gobierna la casa.

Se inclinó y besó en la mejilla a su hermana antes de salir de la sala familiar.

Miranda miró el retrato de su madre y sonrió.

—Intentaré hacerlo bien —pronunció en voz alta, como si su madre fuese a darle su aprobación.

Capítulo 12

Durante toda una semana la señorita Hook no había visitado Serenity Park. Aunque Dereck había conseguido salvar la situación aquella tarde, Miranda era consciente de que la madre de Beatrice era demasiado orgullosa, pues esperaba una disculpa por su parte.

Si por la joven americana hubiese sido, la señora Hook podría haber esperado sentada durante más de una década, pero, como era conocedora de los sentimientos de su hermano, decidió actuar como se esperaba de ella, o más bien como la madre de Beatrice deseaba.

—¿Le entregaste la misiva a Harry? —se interesó Miranda, aludiendo a la invitación que había ordenado mandar a la casa de la señora Hook, invitándola a tomar el té en Serenity Park.

La doncella de Miranda asintió con la cabeza.

Miró a través de la ventana de su alcoba y vio cómo un carruaje se acercaba al palacio.

Se giró y sonrió a su doncella.

Se miró en el espejo; quería cerciorarse de que estaba perfecta, porque la madre de Beatrice era una mujer que buscaría cualquier fallo en ella.

—Está perfecta, señorita Boston —aduló Dorothy.

Entre la doncella y Miranda existía una bonita complicidad. Miranda encontraba en ella lo más parecido a una amiga. Y podría tratarla como tal si Dorothy no se opusiera, ya que, a pesar de sentirse tan a gusto con su nueva señora, era consciente del puesto que ocupaba en Serenity Park; la gente del servicio no se codeaba ni fraguaba amistad con los señores de la casa ni con sus invitados.

Claro que, Miranda había observado que su doncella parecía suspirar por su amigo Wyatt, e incluso había notado en él cierto interés por la muchacha. Y conociendo a su amigo, poco le iba a importar que Dorothy fuese una doncella de la casa; si al final admitía estar interesado en la joven, pronto esa muchacha acabaría siendo parte de su familia, pues la mujer que se casara con Wyatt para Miranda sería prácticamente una hermana.

Había elegido para la ocasión un vestido dorado, sencillo pero elegante, con una toquilla de seda cubriéndole el escote. Puede que la moda en Inglaterra esa temporada fuese llevar los senos ensalzados por el apriete del corsé, pero estaba en su casa y prefería recibir a la señora Hook con mayor recato, pues ella no era tonta, y conocía a muchas señoras Hook; las había conocido en el internado.

Bajó a la sala púrpura para esperarlas como haría una buena anfitriona.

Lo que Miranda no esperaba era que en vez de ir acompañada por la señorita Hook, fuese con otra dama de mayor edad.

—Buenas tardes, señoras —saludó, afable.

La madre de Beatrice respondió al saludo con un ligero movimiento de cabeza.

La mujer que la acompañaba miraba a Miranda sin reparo, de arriba abajo, como si tuviese que darle su aprobación.

—Señorita Boston, permítame presentarle a la señora Almir —presentó—, madre del baronet Almir.

—Es un placer tenerla en nuestra casa —le dio la bienvenida la joven, con una educación exquisita.

—Por descontado que lo es —aseguró, con gran altivez, la mujer—. Mi presencia ennoblece este lugar.

Aquel comentario molestó a Miranda. No obstante, prefirió pasar por alto aquel engreimiento e invitarlas a tomar asiento.

Miró al lacayo que estaba apostado en la puerta y le hizo una seña con las cejas.

El hombre asintió con la cabeza y dio aviso a otra doncella que esperaba en el pasillo con el carrito que portaba el té.

Entró y se situó junto al sillón de Miranda. Iba a encargarse de servir, cuando Miranda, con educación, se ofreció a servirlo ella misma.

La doncella se retiró justo cuando un lacayo entraba con una torre de pasteles, que dejó sobre la mesa para que las mujeres disfrutasen de aquellos dulces que con tanto esmero el cocinero de la casa había preparado.

La relación de Miranda con el servicio había mejorado mucho; les gustó que la americana tuviese a bien mediar por la señora Timons ante su hermano. Ese gesto la congració con los sirvientes de Serenity Park.

Sirvió el té y, como no podía expresar en voz alta que ella repudiaba aquella bebida, decidió servirse también en su taza, pero lo acompañó con cinco terrones de azúcar. Solo tenía intención de dar un ligero sorbo, de rozar sus labios, y que al menos el sabor que se le fuese a quedar fuese muy dulce.

Las dos mujeres parecían observar cada uno de sus movimientos. Incluso notó el gesto de desaprobación por parte de la señora Almir cuando ella dejó caer el último terrón.

No parecía que fuesen a ponerle las cosas fáciles, ninguna tenía intención de ofrecerle conversación, así que Miranda se tragó su orgullo, porque ella también lo tenía, y decidió romper aquel silencio.

—Espero que la señorita Hook se encuentre bien —se preocupó por Beatrice—. He echado en falta su inestimable compañía.

La madre de la aludida dejó la taza en su platito.

—Mi hija tenía unos cuantos compromisos ineludibles —argumentó, con aquel tono de voz que tanto molestaba a Miranda—. Es una joven muy solicitada.

Por el aprecio que sentía por Beatrice y lo mucho que iba a enfadar a su hermano que ella respondiera lo que se merecía, prefirió fingir, ya que ni Beatrice era tan joven, ni de lejos estaría tan solicitada, pues gracias a Dotty había averiguado todo el pasado de la familia Hook.

—Por supuesto —concedió Miranda—. La presencia de su hija ennoblece cualquier lugar —atinó a decir, mordiéndose los labios para no reír, ya que, al utilizar las mismas palabras de la madre del baronet, la mujer la miró con desafío.

La madre de Beatrice aprovechó el momento para expresar en voz alta lo que pensaba con respecto a la invitación.

—Debo confesar que me sorprendió su invitación —confesó, despertando interés en la americana—. Al parecer, una semana entre nosotros ha obrado el milagro de mejorar sus pésimos modales.

«¿Entre nosotros?», se preguntó Miranda interiormente. ¿A quiénes se refería? La respuesta la obtuvo al escuchar el comentario de la señora Almir.

—Si de algo podemos vanagloriarnos los ingleses, es de nuestra exquisita educación.

Miranda se mordió la lengua con fuerza, pues educación estaban mostrando muy poca ante ella.

Las sonrisas que mostraron aquellas dos mujeres ofendieron a Miranda, más si cabe cuando la obviaron por completo al dialogar entre ellas, dejándola a un lado como si no estuviese en la misma habitación, comentando anécdotas en las que sabían que ella no podría intervenir, pues hablaban de personas que ella no conocía.

En cualquier otra ocasión o lugar, ella habría expuesto, además, con gran entusiasmo, su parecer con respecto al mal proceder de las dos mujeres, pero pensó en su hermano Dereck, y lo único que hizo fue lo que tan bien se le daba: observar.

Y vaya si observó; miró a la señora Almir con gran detenimiento. Cuando se marchara, hablaría con Dotty, porque seguro que esa mujer que creía que realizaba cualquier lugar con su presencia tenía algo que ocultar, y, por lo que había observado, seguramente se trataría de la próxima ruina familiar. Y eso le hizo preguntarse: ¿Qué hacía la señora Almir en Serenity Park?

Estaba tan ensimismada en sus elucubraciones que apenas se percató de que las dos mujeres habían dejado de hablar.

Fueron los movimientos de las dos al levantarse de sus asientos los que consiguieron que ella saliera de su letargo.

Las imitó y fue al tirador para dar aviso al mayordomo de que sus invitadas iban a marcharse.

Un lacayo llegó hasta ellas con los abrigos y sus ridículos, o el retículo, ya que la señora Hook llevaba el suyo colgado de su muñeca.

Al entregarles las prendas la señora Almir hizo un gesto teatral que llamó la atención de Miranda y de la señora Hook.

—¡Ohh! —se expresó, con gran indignación, tocando su ridículo—. ¡Está vacío!

Miranda no comprendía qué quería decir aquella mujer.

La señora Hook miró a su amiga.

—Augusta, ¿qué insinúas? —indagó la señora Hook.

—No insinúo, querida —se pronunció, con altivez—. Estoy denunciando el robo de mis pertenencias.

El lacayo parpadeó y se quedó inmóvil.

El mayordomo le hizo retirarse.

Miranda levantó una ceja; aquella mujer estaba acusando a la servidumbre de su casa.

La madre del baronet empezó a dar gritos de desesperación. Era tal el barullo que estaba armando que todos los sirvientes de la casa se asustaron, acercándose a escondidas para saber qué estaba pasando.

Estaban todos tan preocupados que no vieron entrar al señor Boston.

Dereck también se sobresaltó, por lo que soltó su sombrero sobre uno de los muebles que decoraban el pasillo

principal y se acercó raudo.

—Señora —dijo Miranda, pero la madre del baronet la interrumpió.

—¡Me han desaparecido cincuenta libras y un reloj de oro de incalculable valor sentimental! —gritó—. Exijo la devolución de inmediato, o tendré que dar parte a las autoridades. ¡Tienen que resarcirme!

El americano iba a entrar; no sabía qué estaba pasando, pero le pagaría las cincuenta libras y le regalaría un reloj de oro del mejor joyero de Londres, con tal de parar un escándalo. Sin embargo, se quedó parado al ver cómo su hermana extendía su brazo para impedir que el mayordomo saliese en busca de los lacayos.

¿Esa mujer qué se pensaba? Ella no era la típica niñita rica que se asustaría por la mínima acusación. Ella era Miranda Boston, hija de un granjero; se había criado en una granja, pero a sus ocho años ella ya había lidiado con todo tipo de rateros. Que su padre hubiese sido un hombre decente no significaba que hubiesen vivido aislados de personas de baja calaña y sin escrúpulos. Algunos habían sido llevados a esos extremos por la necesidad. Cuando se pasaba hambre la gente hacía lo que hiciese falta por llevarse comida al estómago. Puede que no lo esperase de gente de alta clase social, pero ella sabía perfectamente quién era capaz de robar.

—Señora Almir —se pronunció Miranda, con un tono de voz que alertó a la señora Hook, al mayordomo, al ama de llaves que acababa de entrar y a los dos lacayos de librea que estaban en la puerta—. Voy a pasarle por alto la acusación —amenazó—. Lo haré por deferencia a la señora Hook, que en esta casa es muy estimada —dijo, aludiendo a la madre de Beatrice.

—Señorita Boston —nombró la señora Almir, pero Miranda no había terminado. No iba a consentirle una palabra más a aquella mujer. Por ello, levantó la mano exigiendo silencio.

—Acusar al personal de Serenity Park es insultar a la familia Boston —indicó, pues así era como los ingleses procedían siempre—. Nadie tildará a un solo sirviente de este hogar de ladrón —decretó—. Así que mida sus palabras antes de acusar —advirtió, con el semblante serio—. Puede que se sienta conmocionada por haber perdido sus pertenencias —concedió—. Pero le sugiero que revise su carruaje, donde debió de perder tan cuantiosa cantidad de dinero y objeto de tanpreciado valor —argumentó, enumerando lo que ella exigía que le devolviesen—. Estoy segura de que es allí donde por un despiste se le extravió —vaticinó, sin un ápice de burla en su voz—. No me tome por mal pensada —se disculpó por la acusación que iba a verter sobre ella—. Soy americana, es posible que mis costumbres no sean las mismas que las de usted, pero en Nueva York ninguna dama porta cantidades tan elevadas de dinero —dispuso, para que viese que a ella no la iba a engañar—. Menos, cuando es inconcebible que alguien que se pasea con tal riqueza, camine con unos botines rotos y no lleve un vestuario acorde a la temporada y a su estatus social.

Dereck frunció el ceño; su hermana estaba acusando a la señora Almir. La miró desde su posición y advirtió que Miranda tenía razón; aquella mujer llevaba un vestuario anticuado y además bastante desgastado; no era propio de una mujer de gran posición engalanarse con esa ropa.

Se cruzó de brazos y sonrió. Su hermana había calado a la madre del baronet, pues pretendía que él le pagara aquella suma desorbitada para acallar el escándalo que recorrería las calles de Londres si se rumoreaba que en Serenity Park sus sirvientes robaban.

La señora Hook miró también a su amiga Augusta y agrandó los ojos; ella no se había fijado.

Al ver la indignación en la señora Almir al sentirse descubierta, prefirió zanjar aquella conversación.

—No se preocupe, ordenaré a algún lacayo que la ayude a buscar en el carruaje.

—No será necesario —decretó Augusta—. Acabo de recordar que se me resbaló de las manos un momento antes de entrar —mintió, porque ya no tenía otra opción—. Mis pertenencias quedaron ocultas bajo el asiento.

—Por supuesto —le concedió Miranda.

Fue en ese momento cuando Dereck decidió hacer notar su presencia.

—Buenas tardes, señoras —saludó, afable.

Miranda no lo miró, seguía con la mirada clavada en la señora Almir.

—Buenas tardes, señor Boston —devolvió el saludo la madre de Beatrice.

—Hermano, lamento comunicarte que has llegado tarde —se pronunció, con voz calmada—. No vas a gozar de la ennoblecedora compañía de las damas —se mofó, aunque usó una voz dulce para que no se notase su burla—. Tendremos que invitarlas más a menudo, así Serenity Park estará en boga.

—Por descontado —declaró Dereck.

Las dos mujeres abandonaron Serenity Park en silencio.

El americano y su hermana tuvieron el detalle de acompañarlas hasta la puerta.

Al ver alejarse el carruaje, Dereck rodeó a su hermana por los hombros con su brazo derecho.

—Estoy muy orgulloso de ti —reconoció.

Miranda sonrió.

—Padre tenía razón —memoró Miranda—: Nunca dejarás de sorprenderte y la gente te dará lecciones de vida.

Dereck miró al cielo, sonriente por aquel recuerdo.

—¿Y qué lección has aprendido hoy? —se interesó, aunque estaba convencido de la respuesta que daría su hermana.

Ella se giró con lentitud y lo miró a los ojos.

—Que no solo hay rateros entre los pobres.

Dereck asintió y se rio.

—Eres demasiado inteligente, Miranda —halagó—. Será difícil encontrarte marido.

La joven levantó las cejas.

Él lamentó haber dicho aquella frase.

—No necesito que me encuentres esposo, Dereck —le recriminó—. El señor Lonan Hill pronto me entregará un anillo.

Él prefirió callar.

—Por descontado.

Ella acabó sonriendo, satisfecha y feliz.

Dereck, por el contrario, inspiró con fuerza; debía ser más cuidadoso o al final Miranda descubriría antes de tiempo que él no había mandado la carta que ella había escrito y que si estaba allí, era para alejarla de aquel miserable.

Mientras los hermanos permanecían en la entrada, los sirvientes se sintieron miserables por cómo se habían comportado con los señores de la casa, sobre todo con la muchacha. Pocos habrían defendido su inocencia con tanta vehemencia. En cambio, Miranda no había siquiera albergado la posibilidad de que uno de ellos hubiese sustraído del retículo un solo chelín.

Definitivamente, se sentían en deuda con la familia Boston, ya que una acusación de esa índole podría haberles costado un gran sufrimiento, pues nadie ponía en duda la palabra de una dama contra la de un sirviente.

—Acompáñame —pidió Dereck, con una sonrisa.

Miranda lo observó y al instante vaticinó que él escondía algún secreto.

Ella lo siguió y caminó junto a él hasta llegar a la sala de música.

Al entrar, a Miranda se le agrandaron los ojos y su boca formó un óvalo.

Dereck se sintió satisfecho.

—¿Es para mí? —preguntó, excitada.

—Teniendo en cuenta tu gran talento, no he podido resistirme a que amenices este hogar con música —afirmó, alabando su presteza musical.

Allí había un chelo decorado con un gran lazo rojo.

En un impulso, Miranda abrazó a su hermano. Cuánto añoraba poder tocar aquel instrumento.

Él cerró los ojos y dio gracias a Dios interiormente por haber conseguido un poco de felicidad para su hermana.

Capítulo 13

Leighton Hook odiaba los viajes largos, sobre todo cuando las inclemencias del tiempo anegaban los caminos, tal y como le estaba sucediendo en ese momento. Había salido de Golden House preparado para viajar hasta Escocia; cinco días de viaje y llegaría a su destino. Debía cumplir con sus obligaciones como administrador de la duquesa de Whellington y Kennt antes de acudir como invitado a las fiestas navideñas, organizadas por la duquesa de Hamilton.

El señor Boston se había ofrecido a acompañar a su madre y a su hermana. Él no ponía objeción a su ofrecimiento; más, cuando Beatrice parecía interesada en el americano, aunque a él no le hubiera comentado nada al respecto.

Suspiró, agobiado. Faltaban más de dos horas para llegar a la posada en donde pasarían la noche tanto él como sus dos cocheros. Una lluvia torrencial los había retrasado, y apenas se podía ver el camino.

Debía sacar un par de mantas para resguardarse del frío, pero quería solidarizarse con los hombres que guiaban su camino, sentados en el alto pescante, empapados.

Notó que el carruaje disminuía la velocidad, parecía que iban a detenerse.

Se abrió la puerta del carruaje.

—Señor, hay una dama en mitad del camino —le informó el cochero.

—Ofrécele nuestro carruaje —brindó su ayuda él.

Apenas había terminado la frase, cuando una mujer totalmente empapada y aterida de frío subió con la ayuda del cochero.

Llevaba las ropas tan pegadas a su cuerpo que le costó poder montar en el carruaje. Su larga cabellera castaña, totalmente enmarañada, le cubría el rostro.

Leighton Hook ofreció su mano enguantada para ayudar a la mujer.

Ella se aferró a aquella mano, y él notó cómo le temblaba todo el cuerpo.

En cuanto ella tomó asiento, con gran esfuerzo consiguió apartarse el cabello que le cubría la cara.

Leighton agrandó los ojos. Podría haber esperado a cualquier mujer de los alrededores, campesinas, ganaderas, lavanderas a quienes la tormenta las hubiese alcanzado sin esperarlo, ya que nadie intuía aquella tromba de agua...

—Lady Victoria —pronunció, entre sorprendido y preocupado. La dama tenía los labios amoratados, y su semblante estaba demasiado pálido, ¿cuánto tiempo había estado expuesta en el camino con aquella tormenta infernal?

—Se... seño... señor Hook —tartamudeó. Apenas podía hablar porque estaba aterida de frío.

Había salido a cabalgar y se sentía tan libre recorriendo los caminos en su caballo que se había alejado demasiado de la casa. Cuando el primer granizo la alcanzó, no había ningún lugar cercano para refugiarse, y, al intentar regresar, su montura se lastimó en una pata, por lo que se vio obligada a bajarse del caballo y a esperar a que algún carruaje pasara por delante.

Leighton miró a su cochero.

—A Secret Garden —ordenó.

El hombre cerró la puerta y avisó a su compañero.

Debían llevar a la hermana del marqués de Frotell a su casa cuanto antes. Para ellos fue milagroso el hallazgo de la joven, ya que así se refugiarían antes de lo previsto.

Leighton tragó con dificultad. La muchachita que tantas noches le había robado el sueño estaba sentada junto a él, muerta de frío. Si no hacía algo cuanto antes, esa joven enfermaría.

Sacó un par de mantas del secreter que había bajo los asientos de la parte contraria.

—Debe desprenderse de toda la ropa —ordenó—. Si continúa con ella puesta, enfermará.

En cualquier otra ocasión Victoria se habría quedado paralizada por haber escuchado tan escandalosa sugerencia, pero su cuerpo no respondía a su voluntad; temblaba por la congelación.

Al ver que la joven no parecía tener intención de acatar su orden, la miró directamente a los ojos, con su mirada más desafiante.

—Está en mi carruaje —informó—, y, por ende, bajo mi responsabilidad. Si no se desprende de su ropa, le aseguro que lo haré yo mismo.

A ella se le agrandaron los ojos. Él no parecía estar bromeando. ¡Sería capaz de desnudarla!

Leighton le tendió una de las mantas para que la usase de biombo.

—Os prometo que no miraré —prometió, para que ella se sintiera más tranquila.

Se irguió en su asiento y giró la cabeza para que ella viese que cumplía su palabra.

Durante unos segundos Victoria no reaccionó, lo que el señor Hook le demandaba era demasiado escandaloso.

Él debió de intuir lo que ella pensaba, y, sin girarse, habló:

—Victoria —prescindió del título—. Tiene dos opciones: o se desviste usted, o la desnudo yo.

Aquello era una amenaza, por lo que Victoria prefirió no poner a prueba la palabra del señor Hook.

Con manos temblorosas, se desprendió de todas las prendas una a una.

Leighton cerró los ojos; era perturbadora aquella situación. La única mujer que le robaba el sueño, la única capaz de hacerlo suspirar estaba a su lado desnudándose.

Negó con la cabeza, pues era un mal sueño. ¿Cómo podía tener tan mala suerte?

Victoria estaba desnuda a su lado... ¡Desnuda!

Escuchó la voz débil de la joven.

—Si... si... alguien... nos ve... —titubeó, aunque en esta ocasión no fue tan solo por el frío, sino también por el temor a que la descubrieran en aquella tesitura.

Él se giró y vio que la muchacha se aferraba a las mantas con las manos temblorosas.

Se quitó los guantes y se los ofreció.

Ella los habría aceptado de buena gana, pero tenía miedo de soltar la manta que la cubría.

Leighton lo comprendió y decidió ponérselos él mismo.

Tomó con cuidado una de las manos y se afanó en colocarle el guante con sumo cuidado.

No estaba siendo fácil, ya que las manos de Victoria no dejaban de temblar.

Ella se recreó en el perfil de él. Lo tenía tan cerca... tan... tan... cerca.

Le gustó la forma en que se le fruncía la frente al concentrarse. Se recreó en los pómulos marcados, en sus arruguitas junto a los ojos, en aquella nariz recta y en sus labios carnosos.

Inspiró con profundidad, quería embriagarse del aroma que él desprendía; era una mezcla de jabón y un toque de menta.

Le agradó. Leighton no era fumador, detestaba aquel olor a tabaco que muchos hombres desprendían; eso le hizo recordar a su padre, quien adoraba fumar aquellos puros que ella tanto odiaba.

Él la miró.

Ella no apartó la mirada.

Si fuese otra mujer, si no fuera la hija del duque de Manfford, haría más de un año que habría pedido la mano de la joven que estaba ahora a su lado. Pero él solo era un administrador. Para cualquier otro padre sería más que suficiente, pero no para el duque.

Victoria se sentía exhausta. Nunca había sentido la necesidad de tocar a alguien, pero ahora deseaba alargar su mano y retirar aquel mechón de pelo que se le había quedado pegado en la frente. Un contacto inapropiado, pero que en ese momento a ella le parecía casi vital.

Se recordó a sí misma dónde se encontraba y lo que ocurriría si alguien los descubriese, y por ello prefirió permanecer inmóvil. Aunque tampoco es que pudiese, pues, a pesar de haberse quitado la ropa mojada, su cuerpo continuaba convulsionándose.

Aquellos temblores mataron a Leighton. Él no podía tenerla a su lado, bajo su cargo, y no aportarle el calor que necesitaba.

Tan solo era un hombre, no tenía tanta fuerza de voluntad como para no tocar a la mujer que amaba, aunque solo fuese por una vez. Tenía ante él la oportunidad de recordarla toda la vida entre sus brazos, pues eso sería lo único que existiría entre ellos.

Levantó su mano y con su dedo pulgar recorrió la mejilla de la joven con una delicada caricia.

—Victoria, debe entrar en calor —susurró—. Solo hay una forma de hacerlo y por ello voy a besarla.

No es que Victoria supiese muy bien cómo entraba en calor una mujer cuando estaba aterida de frío por haber estado expuesta a una lluvia torrencial durante una hora, pero tampoco le dio tiempo a pensar si las palabras de Hook eran ciertas, porque tal cual vaticinó que la iba a besar, sus labios se unieron a los de ella.

Ohh... Aquel contacto fue la experiencia más placentera que jamás había vivido Victoria. No sabía si era por el contraste de unir los labios cálidos de él a los congelados suyos, pero sintió calor.

A ella jamás la había besado antes nadie. No sabía qué hacer, pero Leighton, con gran maestría y delicadeza, le concedió el tiempo suficiente para que ella se adaptara a él.

Cuando consiguió que Victoria abriese su boca, permitiendo que él entrara en ella, sus lenguas se fundieron en una.

Fue tan estimulante para él que, con un movimiento rápido, la tomó y la sentó sobre su regazo.

Victoria no protestó.

El señor Hook tenía razón, ella estaba dejando de temblar, empezaba a entrar en calor, e incluso notaba ciertas partes de su cuerpo algo más calientes de lo habitual.

Ella se olvidó de la manta, soltó aquella prenda y rodeó el cuello de él.

Leighton no quería mirar, estaba convencido de que en ese momento los senos de Victoria estarían expuestos. Pero era humano y, si tenía ante él la posibilidad de ver a Victoria desnuda, no podía negarse a ese placer.

Se apartó lo justo para mirarla primero a los ojos, ella empezaba a tener color en las mejillas. Sus ojos bajaron lentamente, recorriendo aquel rostro angelical, su cuello estilizado, y por fin ante él aparecieron expuestos los senos de la mujer que le robaba el aliento.

Ella tragó con dificultad. Nadie la había mirado de esa manera y se sorprendió al sentir que no solo le gustaba, sino que anhelaba sentirse admirada y deseada por Hook.

Las manos de él se comportaron como si tuvieran vida propia, y se posaron en aquellos turgentes pechos, redondos, pálidos y perfectos.

El contacto de aquellas manos hizo reaccionar a Victoria, quien se tensó para él, para que pudiese tocarla con mayor facilidad.

Aquella entrega volvió loco a Hook, quien la besó con ardor mientras sus manos estrechaban lo que tanto adoraba. Su boca decidió venerar el cuerpo de aquella mujer, depositando cálidas caricias por todo su rostro, su cuello... y sus pechos.

Al lamer el primer pezón, Victoria echó su cuello hacia atrás y cerró sus puños enguantados, sujetándose del cabello de él.

Surgió un gemido lánguido de su garganta. Gemido que se transformó en una continuación de suspiros incontrolables en cuanto él bajó una de sus manos, abriendo aquella manta para dejarla totalmente expuesta ante él. Su cuerpo entero ahora estaba a su merced.

Se quedó tan maravillado ante la perfección del cuerpo de Victoria que ella pensó que él la iba a dejar de tocar.

La respiración acelerada de ella, levantando aquellos turgentes senos, lo desarmó por completo, así que se fue directo a por uno de ellos mientras con una mano recorría la parte interna de aquel suave muslo.

Victoria notó aquella mano cálida, acercándose a la parte más íntima de una mujer, la misma que en ese momento estaba húmeda y deseosa de ser tocada.

No es que Hook leyese los pensamientos de Victoria, pero le fue imposible resistirse a acariciar la cueva sagrada de la mujer que en ese momento estaba gimiendo entre sus brazos.

Aquellos rizos salvajes que pretendían proteger la cueva no fueron obstáculo para él; los rozó, los acarició y los traspasó hasta alcanzar lo que Victoria y cualquier otra dama tanto se afanaban en esconder y proteger.

Al notar la humedad que ella desprendía en ese momento, él le mordió con delicadeza un pezón, en gratitud por permitir que él llegara tan lejos y que ella se sintiera tan fogosa ante su contacto.

Movió su cabeza y lamio el cuello de Victoria, quedándose pegado a su piel.

—Cómo voy a vivir a partir de ahora —reflexionó, como si fuese un pensamiento, solo que Victoria lo escuchó.

Ella acunó la cabeza de él; quería mirarlo a los ojos.

Sus miradas se encontraron y Victoria devoró los labios del administrador con la misma pasión que él le había entregado. Como una mujer experta, y como si no fuese la primera vez que besaba a un hombre, pues él la hacía sentir salvaje, deseada y, sobre todo, viva.

El carruaje perdía velocidad, advirtiendo así a Hook que faltaba poco para apearse.

Cubrió a Victoria con la manta y la dejó de nuevo en su asiento.

Al tiempo que el cochero abría la puerta del carruaje, otro paraba a su lado.

—¡Frotell! —gritó Hook.

El marqués se giró y se sorprendió. No esperaba a nadie, pero intuyó que la tormenta los había desviado de su camino, buscando alojamiento en su casa.

Estaba amainando, y se acercó junto al cochero que portaba el paraguas para que él no se mojara.

Señaló a su hermana.

—Deben prepararle un baño caliente de inmediato —sugirió Hook—. Lady Victoria ha permanecido bajo la lluvia mucho tiempo.

La aludida había tenido la precaución de cubrirse de nuevo el rostro con su cabello mojado.

Benedick miró el suelo del carruaje y vio allí las ropas de su hermana.

Miró al administrador.

Este se anticipó al marqués.

—No podía permanecer con las ropas mojadas, Frotell —se excusó—. Y a pesar de ello, la posibilidad de enfermar no está descartada —aventuró, para que el marqués actuara como un hombre civilizado.

—¡Preparad un baño para lady Victoria! —gritó, para que el mayordomo que estaba apostado en la puerta lo escuchara.

De inmediato, el hombre fue a dar el aviso.

Benedick le ofreció su mano a Victoria. Al ver que esta no se soltaba de la manta, la tomó en brazos y la llevó él mismo hasta su alcoba.

Al dejarla allí, se miraron.

—¿Puedo ofrecer alojamiento al señor Hook —indagó—, o por el contrario debo exigirle...

Victoria lo interrumpió.

—Sé un buen anfitrión, Benny —pronunció, con voz apagada—. Estoy en deuda con él por salvarme la vida.

Benedick besó la frente de su hermana y salió de la habitación. La respuesta de Victoria fue un alivio, no le habría gustado tener que demandar satisfacción por el honor de su hermana. Detestaba los duelos. Además, con Hook ni siquiera se hubiese tenido que enfrentar al alba, porque el administrador, aunque estaba bien situado, socialmente no pertenecía a la nobleza, motivo por el que el castigo a Hook habría sido impuesto por su padre.

El ama de llaves de Secret Garden ya estaba atendiendo al señor Hook como invitado de sus señores.

Victoria no esperó a su doncella personal, soltó la manta y se abrigó con su bata. Mientras se la anudaba se miró en el espejo, dejando sus manos inmóviles, sin terminar de lazarse.

Contempló su reflejo. Llevaba el cabello enmarañado, parecía cualquier cosa excepto una dama respetable, pero a través de los ojos de Leighton se había sentido más hermosa que nunca. Su mirada la había hecho sentir bella, adorada, seductora... y deseada. Jamás había pensado en la palabra “deseo”, pero, tras el contacto con el administrador, se acababa de convertir en toda una curiosidad.

Se acercó lentamente hasta situarse a dos palmos de su propio reflejo.

Soltó los brazos, dejando caer la lazada. La bata se quedó abierta y ella miró su cuerpo desnudo. Nunca antes lo había hecho. Llevó sus manos a sus senos, los acarició y cerró los ojos. Sabía que no podía permitirse soñar, pero no iba a negarse a sí misma la satisfacción de recordar el momento más maravilloso de su vida.

Abrió los ojos y contempló su sonrisa, la que tenía prohibida desde que era una niña. Pero ahí estaba, sonriendo, porque ni siquiera su padre le podía robar aquel momento tan especial.

Escuchó los pasos de los criados y se cerró la bata con celeridad.

No iban a entrar en su alcoba, más bien en la contigua, pero era muy posible que su doncella sí lo hiciera.

Deseaba preguntarle a Darline muchas cosas. Posiblemente, su única amiga, que además era una dama casada, tendría la generosidad de resolver sus dudas. Ninguna otra dama respondería a todo cuanto quería averiguar; más, cuando las mujeres a las que podía recurrir eran señoras que se asustarían y la tacharían de libertina.

Tampoco estaba muy convencida de cómo una muchacha de bien podía exponer en voz alta sus inquietudes con respecto a ciertas intimidades entre un hombre y una mujer; eso era algo que jamás se comentaba en los salones de té.

La doncella entró y se ocupó de Victoria como era de esperar. Sin embargo, la joven no parecía muy colaborativa, ya que estaba totalmente abstraída.

—Lady Victoria —llamó por tercera vez la mujer.

Ella reaccionó, asintió con la cabeza y la siguió hasta la sala contigua, donde su bañera ya estaba preparada con agua humeante.

El baño ciertamente sería reparador. A pesar de que el administrador la había ayudado a entrar en calor, todavía sentía su cuerpo agarrotado. Al entrar en contacto con el agua caliente notó cómo se desentumecía. Incluso llegó a gemir de placer.

Volvió a cerrar los ojos.

Pocos minutos después las lágrimas recorrían su rostro, no sabía si de felicidad o de rabia, pues aquel contacto con Leighton había sido glorioso. No obstante, había despertado en ella toda una vida interior que hasta ese momento había permanecido escondida; siempre se había sentido vacía y sin emoción. Ahora no solo sabía que tenía emociones, sino que además deseaba seguir sintiéndolas y, lo peor, ansiaba continuar explorando su interior, porque la mujer que se ocultaba bajo aquella máscara rígida y glacial era una joven hambrienta de sensaciones.

Recordó la frase que Hook había susurrado pegado a su cuello: «Cómo voy a vivir a partir de ahora». ¿Y ella? ¿Cómo podría vivir como siempre después de eso?

Mientras una joven elucubraba, en el salón añil dos hombres tomaban brandi, cerca de una de las cuatro

chimeneas que caldeaban la estancia.

—Ahora que ha amainado la tormenta, irán a recoger a Cecil —dijo el marqués, aludiendo al caballo de Victoria—. Solo espero que la herida no sea grave, mi hermana siente adoración por ese animal.

Leighton tragó saliva, pues se sintió ridículo por sentir celos de un corcel.

Habría deseado que Victoria sintiese adoración por él. Solo por él.

Tras aquel contacto con ella todavía se sentía más desesperado por la joven. Durante unos minutos, los mismos que tardó Frotell en llevar a su hermana al piso superior y regresar a la sala en donde se encontraban, había incluso llegado a albergar la posibilidad de actuar como se esperaba de él; debía confesar que había comprometido a la joven. Por mucho menos se había obligado a más de un caballero a contraer matrimonio para satisfacer a la familia de la joven y mantener intacta la reputación. Y él estaría dispuesto a asumir esa satisfacción, ya que poder casarse con la mujer que jamás podría sacarse de sus pensamientos sería más que milagroso. No obstante, en el último segundo prefirió callar, a la espera de la información que pudiese haberle aportado Victoria a su hermano. Cuando el marqués le mostró gratitud decidió que el silencio ganara aquella batalla, convirtiéndose en cómplice de Victoria, unidos por un secreto. Eso sería todo cuanto le quedaría de ella: el recuerdo más hermoso y a la vez más doloroso de su vida.

—Parecéis preocupado —se interesó el marqués.

Leighton negó con la cabeza y fingió una sonrisa.

—Pensativo —expuso.

—Si puedo ayudaros con vuestra inquietud —se ofreció Frotell a escuchar.

Leighton no tenía el grado de confianza suficiente con el marqués como para exponer sus inquietudes, por lo que prefirió comentar otro asunto que, a pesar de no ser el que más le preocupaba, podría ayudarle a que el marqués pensara que estaba dispuesto a compartir sus pensamientos.

—Comentó uno de sus lacayos que no podríamos salir de la comarca al menos en un par de días —dijo, recordando lo que un sirviente había comentado mientras esperaba a Frotell—, porque los caminos hacia el norte están anegados.

—Es muy común por estas tierras cuando hay fuertes tormentas —lo tranquilizó—. Pero en tres o cuatro días podrá emprender su viaje hacia Escocia.

Él lo sabía, no era la primera vez que viajaba por esos caminos.

Negó con la cabeza.

—No es eso lo que me preocupa —aclaró—. Es la incertidumbre de no saber si los carruajes del señor Boston se verán atrapados antes de llegar a un lugar seguro donde cobijarse.

Aquel apellido despertó la curiosidad del marqués. Llevaba casi un mes en Secret Garden, alejado de Londres para olvidar a la americana que tanta curiosidad había despertado en él. No había sido fácil, ya que, siendo sincero consigo mismo, aquella morenita había conseguido que él se sintiese relajado y a gusto en su compañía, algo a lo que no estaba acostumbrado. Pero, tras meditar con tranquilidad, había llegado a convencerse de que volver a coincidir con ella no le afectaría de nuevo. No era una mujer capacitada para convertirse en marquesa, por tanto, no merecía la pena perder el tiempo pensando en ella. Necesitaba encontrar una dama inglesa acorde a su estatus.

Debía preguntar y se temía la respuesta.

—Quiere decir que el americano también está invitado a Great Castle.

Hook asintió con la cabeza.

Frotell miró las brasas del fuego, ¿cómo no había pensado en ello? Boston gozaba de una buena amistad con los duques de Hamilton, incluso la misma Miranda había hecho un comentario al respecto. Claro que, él había olvidado por completo aquella conversación.

Bueno, aquello no era del todo cierto, recordaba más de lo que estaba dispuesto a admitir, pero había obviado la parte en la que se nombraba a su padre porque en su interior intentaba olvidar todo cuanto tuviese que implicar al duque; ya era suficiente condena tenerlo de padre como para tenerlo en sus pensamientos.

—Junto a él viajan tres damas: su hermana, la mía y mi madre —informó—. De ahí mi inquietud.

—No se preocupe —lo tranquilizó—. Los caminos hasta Secret Garden están embarrados, pero no anegados —comunicó—. Podrán cobijarse bajo nuestro techo —invitó—. Saldremos en comitiva hacia Great Castle sin el menor problema.

Hook sonrió, agradecido por la hospitalidad. Además, el marqués tenía razón: debido a esos días de retraso a los que se iban a ver sometidos, tendrían que partir todos juntos hacia el castillo del duque de Hamilton. De nada había servido que él saliese un día antes

Bueno, eso no era del todo cierto porque, de no haberlo hecho, no habría tenido la oportunidad de socorrer a lady

Victoria y de poder recordar de por vida aquel encuentro.

Capítulo 14

El marqués y el señor Hook se retiraron para cambiarse de ropa; en una hora se serviría la cena.

Victoria estaba acostumbrada a engalanarse todos los días, ya que el duque no le permitía sentarse a la mesa con ropa cómoda o antigua; la hija de un duque debía estar perfecta en cualquier ocasión.

A pesar de estar acostumbrada, esa noche quería lucir más bonita que nunca.

Cuando su doncella sacó su vestido rosa pálido, ella negó con la cabeza.

—Hoy vestiré el *chartreuse* —decidió, porque aquel color amarillo grisáceo favorecería sus ojos.

La doncella personal de Victoria era una mujer de mediana edad que llevaba años en el puesto. El trato con la joven era distante, a pesar de estar pegada a ella a todas horas, ya que el duque no permitía que su hija saliese de la casa sin su dama de compañía. La mujer estaba obligada a rendir cuentas al duque de todo cuanto hacía su hija durante el día: dónde había ido, con quién se había reunido, qué conversaciones había mantenido con las damas que había tomado el té... Todo cuanto hiciese o dijese debía comunicarse al duque.

Y ese era uno de los motivos por los que Victoria solía rechazar invitaciones a tomar el té, pues, a pesar de que ella no solía ser muy participativa en las conversaciones, no podía impedir que sus acompañantes dijese algo que pudiese parecerle inapropiado al duque. Por ello, prefería evitar las pertinentes quejas por parte de su padre, como si hubiesen sido culpa suya las palabras pronunciadas por otra mujer, ya que para el duque la culpa siempre la tenían Benny y ella. Poco importaba no haber siquiera abierto la boca porque, si al duque le molestaba, era más que suficiente para ser castigada.

Inspiró con fuerza. No quería pensar en su padre y en sus castigos y humillaciones; estaba cansada de vivir atemorizada y escondida, como se sentía normalmente, excepto cuando su hermano la acompañaba.

Una vez ataviada, la doncella abandonó la alcoba. Victoria se recreó en su imagen frente al espejo. Sus ojos estaban vivos, tan iluminados que incluso podría apagar las velas y mantener la estancia alumbrada. Se sentía especial; Leighton le había hecho descubrir que existía mucha vida en su interior.

Con ese pensamiento salió de su dormitorio y se encontró con el señor Hook, que pasaba justo en ese momento por delante de su puerta.

Se miraron a los ojos.

Él no pudo evitar mirarla de arriba abajo, con tranquilidad, con deleite y con admiración.

No existía dama más bella que lady Victoria. Y no solo porque él lo pensara; era una realidad que en todas las reuniones sociales se admitía públicamente.

De normal, Victoria se habría mantenido estoica, habría fingido poco interés por la persona que tenía delante y se habría mostrado fría y distante. Pero ese día no quería comportarse como la habían obligado a actuar siempre. Deseaba fervientemente mostrarse como se sentía, plena y dichosa, por lo que le regaló una sincera sonrisa; la clase de mohín que habría desarmado a cualquier hombre, y desde luego el administrador no iba a ser menos.

Hook jamás había imaginado que ella fuese capaz de regalarle tal guiño. Se sintió tan desarmado y tan atraído por ella que decidió aprovechar aquel momento para tratar un tema que había postergado durante mucho tiempo.

—Quisiera disculparme —pronunció, con voz serena.

A la joven se le demudó el semblante. No quería escuchar una disculpa; que él se arrepintiera de lo que había sucedido en el carruaje era como admitir que ella no había significado nada para él.

Su sonrisa se evaporó y adoptó su pose habitual, fingiendo indiferencia.

Aquella reacción no pasó desapercibida por el administrador, que continuó con su disculpa.

—No debí hablaros en la fiesta de San Valentín con tan poca educación.

Victoria parpadeó. Él se estaba refiriendo al incidente que ella había provocado por desesperación, cuando vertió su copa de clarete en el vestido de lady Abby, y de eso hacía casi dos años.

Se avergonzó al recordar aquel momento, y sus mejillas se sonrojaron. No obstante, sintió alivio al ver que él no estaba disculpándose por sus besos y caricias; eso no habría podido soportarlo.

Él la miró con cariño.

—Debo agradeceros que no me... —Sus palabras quedaron silenciadas cuando Victoria le puso la mano en la boca.

Y aquello removió a Leighton, ya que ella no llevaba los guantes puestos.

—No os disculpéis —rogó—. Mi comportamiento fue inadmisiblemente —alegó, honesta—. Aunque no lo creáis, nunca había hecho algo así antes y me sentí miserable.

Él tomó su mano; le era imposible privarse de aquel contacto. Besó sus nudillos sin apartar sus ojos de los de ella. —Os creo.

La inspiración de Victoria no pasó desapercibida por Hook, quien desvió sus ojos hacia aquellos senos que se habían hinchado.

Cuando ella notó aquella mirada en sus pechos, se agitó y, sin ser consciente, abrió la boca, deseosa de acercar sus labios a los de él. Se sentía irremediabilmente atraída y deseada.

Él subió su mirada lánguidamente, observando la excitación de Victoria, la mujer que adoraba, la que tenía a tan solo un palmo, y la única que había conseguido que él se sintiera completamente pleno desde hacía mucho tiempo.

Al ver sus labios entornados deseó apresarlos, reclamarlos para él. Pero, al llegar a sus ojos y reconocer en ellos el mismo anhelo que él, se sintió desfallecer. Una cosa era que él la deseara en silencio, pensar en ella cada noche, dejando volar su imaginación, pues era la única mujer que le hacía albergar el matrimonio, suponiendo que Victoria no se fijaría en un administrador. Pero ahora, tenerla ahí, mirándolo a los ojos y mostrando su interés por él, lo mataba por dentro. Porque ya no era un sueño, un anhelo... Era una realidad, una en la que además Victoria también lo deseaba. Más que eso, se mostraba solícita ante él.

La realidad lo golpeó tan fuerte que deseó matar a todo el mundo, ya que esa sería la única forma de poder estar los dos juntos para siempre.

—No soy suficiente para la hija de un duque —pronunció las palabras, con el dolor que sentía, y soltó la mano de Victoria.

Aquella afirmación debía ser suficiente para que la joven entendiera que él no podía pedir su mano.

Victoria la entendió a la perfección. No obstante, esa noche no estaba dispuesta a comportarse como su padre la habría obligado a hacer. El hombre que tenía delante acababa de exponer sus sentimientos hacia ella; él merecía conocer la verdad.

—Puede que no lo sea para el duque de Manfford —aludió a su padre con desprecio—. No así para su hija —reconoció, al tiempo que su voz se dulcificaba—. Dudo que exista un hombre más notable y perfecto para mí que usted.

La sinceridad de Victoria fue como un bálsamo para el administrador. Sin embargo, aquella confesión lo destrozó por dentro, pues acababa de descubrir que ella sentía lo mismo que él y no podía hacer nada para convertirla en su esposa.

Se quedaron en silencio, asimilando aquella devastadora confesión por parte de ambos.

El sonido de los pasos de un lacayo les hizo reaccionar; él le ofreció el brazo y ella posó su mano.

Llegaron hasta el comedor, donde Benedick los estaba esperando. Entraron y tomaron asiento.

Los ojos de Benedick iban de hito en hito; su hermana se mostraba muy conversadora junto al invitado. Le agradó que por una vez la conversación en la mesa fuese amena. Por un lado, le gustó; por otro, se temió lo peor, pues reconoció en los ojos de Victoria algo más que gratitud por haberla salvado de la tempestad.

Ojalá sus vidas fuesen diferentes, ojalá su padre no fuese el duque de Manfford, ojalá él pudiese ofrecerle a su hermana un futuro plagado de dicha... Pero la realidad era distinta; debía advertirla de lo complejo que sería un encaprichamiento con el administrador, ya que la unión entre ellos nunca sería posible. No en esa vida. No mientras su padre siguiese vivo.

El mayordomo entró y fue directo hasta el marqués, a quien le susurró algo al oído.

Benedick asintió, se disculpó ante su invitado y su hermana, y se levantó de su asiento para seguir los pasos del mayordomo.

Victoria miró a Leighton.

—Me temo que vamos a tener más invitados —vaticinó, con cierta frustración, pues al llegar más comensales ella tendría que convertirse de nuevo en la mujer fría y altiva que todos esperaban ver.

A Hook no le pasó desapercibido aquel tono, por ello quiso aportar algo de alegría a la mujer que lo estaba mirando con los ojos apesadumbrados.

—No importa cuántos invitados lleguen —aseguró—, ninguno podrá relegar vuestra belleza. Es imposible no vislumbrarla ante los demás.

Victoria no pudo más que regalarle la sonrisa más tierna, sincera y de gratitud que una mujer podría entregar.

Él se sintió satisfecho, sabía que Victoria no regalaba sonrisas y eso lo emocionó.

El ama de llaves entró para informar a lady Victoria de que, debido a la tormenta, habían recibido a tres invitados más.

La hermana del marqués dio las órdenes pertinentes para que fuesen bien atendidos, y al final se sintió dichosa, pues los invitados eran los duques de Wittman y su hijo Simon.

Frotell regresó de nuevo al salón.

—Los duques se unirán a nosotros —comunicó.

Victoria, que era una gran anfitriona, pues la habían educado para ello, ya había ordenado que pusiesen tres cubiertos más, aunque se había negado a intercambiar los asientos que estaban ocupando. Puede que fuese una grosería, pero esa noche no estaba dispuesta a acatar el protocolo; quería que Leighton entendiese que para ella él era lo suficientemente perfecto como para sentarse al lado del anfitrión y el duque.

Los tres habían permanecido en pie hasta que los duques entraron en el salón. Fue entonces cuando el administrador hizo el ademán de apartarse para que el duque tomase el asiento que él había estado usando. Sin embargo, Victoria sorprendió a todos.

—Señor Hook, por favor, no es necesario —dijo, invitando con la mano a que se sentara de nuevo—, estamos entre amigos.

Darline la miró y sonrió; Victoria pocas veces utilizaba aquella palabra. Y, consciente de que el administrador podría sentirse incómodo, ella se soltó del brazo de su esposo, fue directa hasta Victoria, y se colocó a su lado, lugar que tampoco era el que le correspondía, pues, tanto su marido como ella, debían sentarse lo más próximo al marqués.

—Señor Hook —saludó Darline—, no sabe cuánto me alegro de volver a verle.

Las dos mujeres tomaron asiento, conscientes de que hasta que no lo hiciesen ellos debían permanecer en pie.

Derian miró a Leighton y le hizo una seña con la cabeza para que no contradijera a la joven.

Los tres hombres se sentaron y permanecieron en silencio hasta que el lacayo sirvió los platos.

Leighton Hook y el duque de Wittman habían tenido un desafortunado encuentro unos meses atrás; el administrador había bromeado con la duquesa y aquella broma a Derian no pareció gustarle en demasía. Gracias a un segundo encuentro todo quedó relegado al olvido. Algo que agradecía Leighton, porque sentía afecto por Darline, la única mujer que en sus peores momentos le había ofrecido ayuda para congraciarse de nuevo con la sociedad, nada menos que con una propuesta de matrimonio, algo que él jamás olvidaría.

—¿Simon no se une a nosotros? —preguntó Benedick.

—Estaba agotado —reconoció Darline—. Su niñera ya se ha encargado de acostarlo.

El marqués asintió.

Los niños menores de doce años no solían tener permiso para cenar con los adultos, pero Simon no era un niño cualquiera, era el poseedor del título más ancestro de Gran Bretaña, y por ello se le concedía el privilegio de poder compartir mesa.

La cena transcurrió con normalidad.

Benedick se sentía satisfecho; estaba rodeado de las únicas personas por las que sentía afecto.

Como solía ser habitual, tras la cena los hombres se retiraron a una sala para caballeros en donde poder tomar una copa y hablar.

Darline y Victoria se retiraron a una sala contigua destinada a las damas.

La duquesa notó cierta inquietud en Victoria.

—¿Sucede algo, Tori? —indagó, usando aquel diminutivo para que la joven se relajara y expusiera abiertamente lo que la perturbaba.

Victoria no sabía cómo afrontar lo que le estaba sucediendo, incluso por primera vez no sabía siquiera cómo comportarse ante una invitada, pero vio ante ella la oportunidad de obtener cierta información que nadie más le aportaría.

—Sois una mujer casada —habló, con cierto nerviosismo—, y la única amiga que tengo —le recordó—. Puede que os parezca atrevido lo que os voy a decir, pero me gustaría que pudieseis alentarme con respecto a lo que un hombre espera de su esposa.

Darline la miró durante unos segundos; nunca había visto a Victoria tan nerviosa y ruborizada.

Se apenó por la muchacha. Comprendía bien aquellas inquietudes, ella también las había tenido, y, aunque gozaba de la compañía de su tía Renee, nunca había surgido aquella conversación tan importante entre ellas. Y no podía quejarse, pues Derian había sido tan magnánimo en su primer encuentro íntimo que no necesitó conversación alguna.

No obstante, Darline iba a ser franca con Victoria, ya que no todos los hombres eran iguales.

—Depende de vuestro esposo —respondió, ganándose la gratitud de Victoria por no haberse ofendido con su atrevimiento—. Comprendo vuestra inquietud —reconoció—. No obstante, todo dependerá del hombre elegido.

La hermana del marqués la miró y Darline reconoció la súplica en sus ojos.

—Tori, si vuestro esposo es un hombre enamorado, no temáis; él se encargará de colmaros de placer.

«¡Placer!», gritó en su interior Victoria. Cuánto iba a agradecer a Darline que fuese franca con ella, pocas damas habrían sido tan directas y sinceras. Nadie utilizaría la palabra placer ante una dama soltera.

La duquesa la observaba en silencio. Notó ensoñación en su rostro y recordó quién era el padre de la joven. Aquello le provocó un escalofrío, por lo que, a pesar de poder arruinar la felicidad que pocas veces mostraba su amiga, decidió continuar porque, si ella fuese Victoria, no desearía llegar a su noche de bodas sin tener cierto grado de información. Ella había sido muy afortunada, pero otras mujeres no, y, conociendo al duque, seguramente elegiría para su hija a un hombre que le agradecería bien poco.

—Victoria —pronunció el nombre con tanto pesar que la joven la miró con temor—. Desearía que vuestro matrimonio fuese por amor —afirmó—. Sin embargo, si será vuestro padre quien tome la decisión, no os puedo asegurar que vuestra noche de bodas sea placentera, pues hay hombres que no gozan de sensibilidad.

Tori tragó con dificultad.

—En tal caso, mi querida amiga, os recomiendo que no pongáis obstáculo alguno a la apetencia de vuestro esposo —aconsejó, con la mejor intención—. Solo así impediréis que os haga más daño.

Aquello no era lo que Victoria esperaba escuchar, pero agradeció la sinceridad de Darline. La estaba previniendo de...

—¿Queréis decir que es doloroso? —se preocupó, e incluso le tembló la voz.

Darline, que estaba sentada en una butaca enfrente de ella, se levantó y tomó asiento justo al lado de Victoria en el sofá. Cogió las manos de la joven.

—No temáis —la tranquilizó—. En vuestra primera relación íntima es inevitable un momento de malestar, que será seguidamente reemplazado por placer.

Victoria parecía estar asimilando aquellas palabras.

—¿Y si mi esposo no es un hombre paciente?

Aquello era lo más temido por cualquier mujer.

—Entonces recordad mi consejo —advirtió—. No pongáis obstáculo y él terminará rápido.

La muchacha asintió con la cabeza.

Permanecieron en silencio unos segundos, hasta que Victoria decidió ser más atrevida y preguntar más. Unas cuestiones que a la duquesa no le incomodaron, pues a ella le hubiese encantado tener a alguien con quien poder hablar de ello. La conversación, que en un principio podría haber parecido atrevida, absurda y descarada, se convirtió en un educativo aprendizaje para Victoria, que exponía sin ambages lo que le estaba sucediendo, aunque en ningún momento relató que aquellos sentimientos y experiencias nuevas que sentía las provocaba un administrador.

La duquesa no necesitaba preguntar, era consciente de que Victoria se había enamorado; lo supo en el mismo instante en que la vio escondida, mirando a Leighton Hook en la fiesta que ella había organizado meses atrás, para presentar a su hijo Simon ante la sociedad.

Y esa noche corroboró sus sospechas; Victoria había mostrado abiertamente que Leighton para ella era más que un administrador, dejándolo en el puesto más importante de un invitado a la mesa. Además, que la joven no hubiese escondido su sonrisa era con diferencia lo más revelador.

—Oh, Victoria, no —negó, con celeridad, la duquesa, tras el último comentario de su amiga—. No debes sentirte sucia ni pecadora —la animó—. Lo que estás experimentando no es malo, y debo confesarte que llega un momento en que toda mujer pasa por lo mismo que tú estás pasando —alegó—. Aunque no se pueda comentar públicamente.

Victoria sintió tanto alivio que abrazó a Darline.

Y en esa tesitura las encontraron los hombres al entrar en la sala.

Benedick se sorprendió, pues nunca había visto a su hermana abrazar a alguien.

El carraspeo del duque llamó la atención de las dos mujeres. Victoria soltó a Darline y se sonrojó.

La duquesa sentía mucho aprecio por Victoria, tanto como por su hermano, y odió al duque de Manfford por no permitir a esas dos buenas personas mostrarse ante los demás como realmente eran.

—Disculpadnos —pronunció la duquesa—, pero Victoria no ha podido esconder su regocijo al ser informada de que será la madrina de nuestro próximo hijo.

Victoria agrandó los ojos.

El duque sonrió.

Benedick se alegró.

Leighton deseó abrazar a Victoria y confesarles a todos que él deseaba ser el padre de sus hijos.

Capítulo 15

Como bien había vaticinado Leighton Hook, tres carruajes se dirigían a Secret Garden, tras verse obligados a hacer un alto en el camino por estar los caminos anegados.

En el primer carruaje viajaban los hermanos Boston y Beatrice. En el segundo, la señora Hook, el baronet Almir y su madre. Y en el tercer carruaje, las doncellas de Miranda y de la señora Hook, quien también era la de su hija, además del ayuda de cámara del señor Boston y Wyatt Mendoza. Este último se había negado a viajar con sus amigos porque le era atractivo viajar junto a Dotty, la muchacha más cándida que él había conocido nunca. No es que la joven le prestase mucha atención, pero pretendía lograr que durante esos cinco días de viaje ella se sintiera cómoda a su lado.

—Beatrice, ¿qué te preocupa? —se interesó Dereck Boston.

Miranda sonrió; su hermano había tuteado a la señorita Hook sin percatarse de que ella estaba presente.

La aludida se retorció las manos. No podía confesar la verdad; si se hiciese público su temor, toda su familia volvería a caer en desgracia. Y ya habían sufrido durante ocho años suficientes desaires y humillaciones. Le partió el corazón tener que mentir al hombre que amaba y por el que daría su vida; sin embargo, estaba protegiéndolo sin él saberlo.

Debía responder con normalidad para no despertar sospecha alguna de su verdadera preocupación o estaría perdida.

—No es preocupación lo que me tiene abstraída —reveló, con un tono de voz tranquilo—. En todo caso, es curiosidad.

Miranda, que estaba sentada a su lado, ladeó la cabeza para mirarla.

Dereck, que estaba justo en el asiento de enfrente, levantó las cejas.

—¿Puedes compartir esa curiosidad con nosotros? —invitó a la mujer.

Beatrice asintió con la cabeza.

Miró a Miranda y de nuevo a Dereck.

—El baronet Almir y su madre —dijo sin más.

—¿Qué ocurre con ellos? —se interesó Miranda, con celeridad. A ella esa mujer no le caía bien, pues había intentado acusar al personal de su casa de ladrones.

Beatrice inspiró antes de responder.

—No sabía que estuviesen invitados a Great Castle —expuso—. Los duques de Hamilton —y se corrigió con celeridad—. El duque es un hombre bastante selecto con respecto a invitar a sus amistades —afirmó, aludiendo a Niall—. Y el baronet, que yo recuerde, no forma parte de su círculo.

Dereck sí gozaba ahora de una buena amistad con el duque, pero, escuchando a Beatrice, también se quedó pensativo. Tenía razón, en las ocasiones en las que él había sido invitado a Great Castle no había coincidido ni con el baronet ni con su madre.

Miranda los sorprendió con una risita que no pudo evitar.

Su hermano la miró.

—Debemos advertir a los sirvientes de que guarden la plata a buen recaudo.

—¡Miranda! —se expresó Beatrice, para sermonearla.

—Eso es una grosería y lo sabes —la recriminó su hermano.

Ella se tapó la boca con la mano para ocultar su risa.

—¿No te parece más grosero acudir a una celebración sin haber sido invitados? —se defendió la joven.

Dereck no quería reírse, ya que Beatrice no gozaba últimamente de mucho sentido del humor, y, además, sabía que, aunque su hermana tuviese razón, la acusación velada de Miranda era una grosería.

El carruaje se detuvo; habían llegado a su destino.

Los hermanos Stewart permanecían apostados ante la entrada principal, pues eran los anfitriones que iban a dar cobijo a los recién llegados.

El primero en bajar del carruaje fue Dereck Boston.

Victoria, sin girar la cabeza, habló. Debía prevenir a su hermano.

—Benny, es posible que padre llegue de un momento a otro.

En ese mismo instante, el marqués vio aparecer a Miranda.

—La americana será tan bien recibida en esta casa como cualquier otro invitado —zanjó.

Victoria se alegró por aquella determinación. No obstante, sabía que, si su padre acudía a Secret Garden y se encontraba con Miranda Boston, montaría en cólera, y, por consiguiente, su hermano sería castigado y lo humillaría delante de todos. Eso sí, sería una humillación que solo podría realizar el duque, ya que jamás permitiría que nadie ridiculizase al futuro heredero; ese poder tan solo lo tenía él.

Cuando Miranda vio a Benedick sonrió. No sabía por qué, pero el marqués era de las pocas personas que había conocido en Inglaterra que le caía bien.

—Bienvenidos a Secret Garden —saludó el marqués.

Hora y media más tarde, ya estaban todos los invitados instalados en sus aposentos.

El ama de llaves había enviado a dos sirvientes a prestar la ayuda que el baronet y su madre demandaban. Sin embargo, les pareció insólito que viajasen los dos sin ayuda de cámara o doncella.

También había avisado a lady Victoria de ese hecho.

La hermana del marqués también se quedó pensativa; dudaba de que el baronet gozase de amistad con el duque de Hamilton.

—No frunzas el ceño o se te marcarán arruguitas —bromeó Darline, que estaba semitumbada justo enfrente de ella, en uno de los divanes más cómodos de la sala, demostrando así la confianza entre las mujeres que allí se encontraban.

Victoria la miró y asintió.

Beatrice, Darline y Victoria se habían reunido en aquella estancia, preparada para gozar de cualquier comodidad que necesitase una dama, a la espera de que el resto de mujeres se uniese a ellas.

La duquesa de Wittman estaba encantada. Por circunstancias, en el pasado había tenido que vivir alejada de la sociedad durante siete años, por lo que no gozaba de muchas amistades, excepto las dos mujeres que estaban en ese momento junto a ella y otra que estaría en Londres.

Pero con Beatrice compartía un vínculo especial, pues ella le había guardado el secreto de su localización durante todos esos años; era la única persona, excepto su tía Renee, que conocía su paradero. Y Beatrice nunca la delató.

—Me preocupa la presencia del baronet —expuso Victoria—. No han traído sirvientes a su cargo.

Con esa información las tres mujeres entendieron sin mayor explicación que el baronet no gozaba de fondos, y eso siempre se tenía que tener en cuenta.

Beatrice asintió con la cabeza.

—Se escapa de mi lógica que acudan a Great Castle —dijo, corroborando la inquietud de Victoria.

Darline se frotó su abultado vientre.

—En ese caso, debemos prevenir a Miranda Boston —anunció, atrayendo la atención de sus dos amigas.

—¿Por qué? —preguntó Victoria.

Darline hizo una mueca con los labios.

—Un hombre desesperado por encontrar fondos puede cometer la temeridad de creer que tiene a su alcance lo que necesita, consiguiendo una dote —argumentó, con tranquilidad—. No se atrevería a comprometer a la hija del duque de Manfford —opinó, señalando una gran obviedad—. Tampoco se atrevería a comprometer a la hermana de un administrador, tu dote no sería suficiente para él —expuso, con lógica—. Tan solo queda Miranda, y no es necesario averiguar a cuánto ascenderá la dote de la joven, conociendo quién es su hermano.

Victoria y Beatrice se miraron. La explicación de Darline era cuanto menos perturbadora, pero la única con lógica.

Darline sí sabía bien que había hombres capaces de conseguir una dote a costa de la reputación de una joven, ella había estado a punto de ser una víctima en manos del que un día fue el conde de Oxford, el mismo que ahora estaba en busca y captura por secuestrar a su hijo. Se estremeció al pensarlo.

—La prevendremos de que no se quede a solas en ningún momento con él —se preocupó Beatrice.

Victoria asintió con la cabeza, le gustaba la hermana de Leighton.

El ama de llaves entró rauda y un tanto nerviosa.

—Lady Victoria, vuestro padre ha llegado.

La sonrisa de la joven desapareció al igual que su ánimo.

—Disculpadme —pidió a sus invitadas.

Se dio la vuelta, cerró los ojos e inspiró con fuerza.

Con el semblante neutro, pues al duque no le gustaban ni las sonrisas ni los gestos de enfado, salió a recibir al duque, y, a ser posible, prevenirle de que tenían invitados.

Caminó con decisión y llegó justo en el mismo instante en que Miranda Boston alcanzaba el último escalón, quedando a menos de un metro de su padre.

El duque abrió la boca; una vez más iba a vociferar, pero ella se adelantó.

—Padre, bienvenido —saludó, pese a que el hombre ya estaba ensanchando las cavidades nasales, mostrando su repentina y habitual cólera—. Hemos acogido a los invitados de honor de los duques de Hamilton —se apresuró a decir para que se abstuviera de gritar a la joven. Al ver que él no parecía tener intención de cambiar de idea, añadió —: La señorita Boston es la pupila de las duquesas de Whellingtton y Hamilton, además de la condesa de Stanton.

Al duque de Manfford se le agrandaron los ojos; para él era tan impropia la presencia de la americana en la casa de su hijo como que las duquesas fuesen sus benefactoras.

Benedick pagaría por la osadía, ya se encargaría él de que pagara por tal desfachatez.

Miranda Boston notó la repulsa del duque, y también observó la rigidez de lady Victoria, por lo que decidió saludar con la educación requerida, haciendo una genuflexión perfecta.

—Excelencia —pronunció, afable.

Victoria no cambió de pose. No obstante, agradeció interiormente que la joven hubiese tenido tanta deferencia para con su padre.

El mayordomo se acercó para anunciar la llegada de unos nuevos invitados: los condes de Stanton y Oxford.

Miranda sonrió; le gustaba lady Sophie.

Y, como si la hubiese invocado, la condesa entró y se hizo cargo de inmediato de aquella incómoda situación. La tía de su esposo y sus amigas la habían puesto al tanto de lo sucedido entre el duque y Miranda.

—Excelencia. Lady Victoria —saludó—. Oh, Miranda, es un placer encontrarte aquí. —Tendió su mano para que la joven se acercara a ella.

Miranda no lo dudó. Tomó su mano y se aferró como si fuese una niña pequeña, pues así la hacía sentirse el duque con aquella mirada penetrante y déspota.

El conde de Stanton se unió a ellos, saludando al duque.

La tensión se palpaba en el ambiente, por lo que Connor decidió alejar al duque con la mayor celeridad.

—Excelencia, espero que nos ofrezcan un buen brandi —lo invitó a que lo acompañara—. Dejemos que las damas se acomoden mientras nos tomamos una copa —añadió, haciendo alusión a su tía Philomena, lady Violet y lady Hermione, que estaban justo detrás de él y el duque no las había visto.

Como era de esperar, el duque le hizo una seña para que lo siguiese; quería alejarse cuanto antes de todas aquellas mujeres, más en concreto de la americana.

Connor lo siguió, no sin antes, al pasar por el lado de su mujer, guiñarle un ojo para que estuviese tranquila.

Victoria dio la bienvenida a todas e hizo una seña al ama de llaves para que se hiciesen cargo de inmediato de las pertenencias de sus invitados.

Una hora más tarde, aprovechando los pocos rayos de sol que querían despuntar aquella gélida mañana, Miranda Boston paseaba absorta tanto por el paraje como por sus propios pensamientos.

No entendía bien qué habían intentado decirle al prevenirla de que se mantuviese alejada del baronet Almir, y al exigirle que bajo ningún concepto se quedase a solas con él.

Ella no tenía intención de estar ni a solas ni acompañada por ese hombre, no le caía bien, había algo en su mirada que la hacía estremecer.

Estaba tan ensimismada en sus pensamientos que se topó con un hombre.

Él se giró y ella se mordió los labios.

—Lo lamento, estaba distraída —se disculpó.

El marqués de Frotell hizo un gesto con la cabeza, disculpándola.

Escucharon las voces de dos personas y se miraron.

—Excelencia, ¿sabe dónde se encuentra la señorita Boston? —preguntó la madre del baronet Almir.

—¿Cree que el paradero de esa deslenguada me importa? —insultó el duque, con hastío.

La mujer giró el cuello en varias direcciones, intentando localizar a la joven.

Miranda y Benedick se escondieron, pegando sus espaldas a los setos que los parapetaban del duque, de la madre del baronet y del propio Almir.

—No se preocupe, madre —intervino el baronet—. Yo mismo me encargaré de encontrarla.

Miranda mantuvo la respiración. No le apetecía estar ni con aquel hombre, ni con su madre, ni con el duque... Solo quería escapar de allí.

Notó que el marquésladeaba la cabeza para mirarla y ella lo imitó.

Él advirtió en la mirada de ella la súplica para que no delatara su paradero.

Ella reconoció en los ojos amigables de él que tenía junto a ella a un aliado.

Sin saber cómo ni por qué, el marqués tomó la mano de Miranda, entrelazaron sus dedos, y Benedick con la otra

mano llevó su dedo índice a su boca, pidiéndole así que guardase silencio.

En cualquier otra ocasión Miranda se habría puesto nerviosa y se habría echado a temblar por estar tan cerca de un hombre, a solas y tocándose sin guantes. Pero no quería soltar la mano del marqués, él le aportaba tranquilidad y seguridad.

Lo único que pudo hacer fue un pequeño asentimiento de cabeza, momento que él aprovechó para indicarle que se moviera hacia su derecha.

Ella lo hizo sin soltar su mano y, con pasos lentos, sin despegar sus espaldas de los setos, se movieron en silencio.

En cuanto el marqués se aseguró de que nadie podría verlos, echó a correr, llevándose a Miranda junto a él, cogida de la mano. Corrieron sin parar, adentrándose en el estratégico laberinto de cipreses.

Cuanto más se adentraban, menos podían reprimir sus risas. Ella se dejaba guiar; él parecía estar tan seguro entre aquellos corredores que nada importaba. Fue tan rápido todo que a Miranda no le dio tiempo a darse cuenta de un detalle; el marqués había accionado una pequeña palanca que estaba escondida, y se había abierto un camino nuevo, el que siguieron sin descanso y con gran júbilo.

Sin más, se detuvieron; habían llegado al centro del laberinto, un lugar casi sagrado al que muy pocas personas habían podido acceder, porque ese era el gran secreto de Secret Garden.

En cuanto Miranda fue consciente del lugar en donde se encontraban, su risa cesó por algo más glorioso, más inesperado, más excitante... Admiración.

El marqués soltó su mano, pero ella estaba tan maravillada que apenas se percató.

Las respiraciones de ambos poco a poco fueron relajándose.

Benedick no podía apartar la mirada de Miranda. El rostro de ella era tan maravilloso y tan exultante que sintió la necesidad de acariciarlo. Sin embargo, sabía que no podía, a pesar de lo mucho que le dolía en ese momento no poder siquiera rozarla. Aun así, no tuvo fuerza para apartar sus ojos de ella, pues era lo más hermoso que había visto en su vida.

Miranda tenía el corazón acelerado, y no solo por la carrera; jamás había visto algo tan hermoso. ¿Quién iba a pensar que tras un laberinto de cipreses se pudiese esconder algo tan majestuoso?

Ante ella había un manantial de aguas tan puras y cristalinas que parecían irreales, bañadas por una catarata constante que nacía de una montaña alta, robusta y verde. En medio de aquel estanque había una gran roca, en donde la estatua de una sirena esculpida en bronce reflectaba los rayos del sol, atrapándose hasta el punto de creer estar viviendo en un lugar mágico, que solo se encontraba en los cuentos de hadas.

Se llevó las manos al corazón, como si así pudiese calmar aquellos latidos.

Dio un paso adelante, totalmente hechizada. Bordeando el estanque, dos docenas de pavos reales parecían estar flanqueando aquella escultura.

Ella nunca había visto aquel animal. Había escuchado que existían, incluso lo había visto dibujado en un cuadro, pero jamás la belleza de aquella ave se podría haber retratado con tanta exactitud.

Benedick habló sin pensar, tan solo surgieron de su boca las palabras, pues sentía la necesidad imperiosa de que Miranda lo supiese:

—No soy como mi padre.

A pesar de sonar como un susurro, aquellas palabras quedaron flotando en el aire, envolviéndolos a los dos como un manto que los abrigaba.

Miranda se giró lentamente, atraída por aquel murmullo.

Lo miró a los ojos.

—Por supuesto que no —concedió ella, también casi susurrante—. Algo que os honra, si me permitís mi opinión.

Él asintió, agradecido por que ella lo viese así.

Durante unos segundos se mantuvieron en silencio, tan solo mirándose a los ojos.

Hasta que Miranda sonrió.

—Este lugar es maravilloso.

Frotell miró a su alrededor.

—Sí —corroboró—. Durante más de un siglo y medio, tan solo unos privilegiados hemos podido disfrutar de él.

Ella parpadeó.

—¿Quiere decir que sus invitados no conocen este lugar? —indagó, emocionada por ser una de las privilegiadas.

Él negó con la cabeza, confirmando que ella era la única que lo conocía.

—Es el secreto mejor guardado de Secret Garden.

Miranda miró en rededor.

Sonrió plena.

—¿Es que existen más? —preguntó, soñadora, como si fuese a descubrirlos todos.

Él se encogió de hombros.

Ella se sintió feliz.

¿Cuánto tiempo hacía que no se sentía tan dichosa? Apenas podía recordarlo, seguramente no lo había sido desde que su madre enfermó. Pero ahí estaba. Por imposible que pudiese parecer, se encontraba en Inglaterra, en un lugar mágico, junto a un hombre afable y... se sentía feliz.

Benedick reconoció aquellos ojos que se humedecieron; ella parecía estar emocionada. Y le gustó, se sintió satisfecho, pletórico; aquella emoción en los ojos de Miranda era como un bálsamo para su alma. ¿Cuándo había sido la última vez que él se había sentido pletórico? Para hacer acopio a la verdad, nunca. Poco importaba cuánto se hubiese esforzado en algo, porque su padre se encargaba de dilapidar cualquier esfuerzo o recompensa.

—¿Por qué una sirena? —indagó Miranda, pues necesitaba saber cosas de aquel lugar. No sabía por qué, pero deseaba que Benedick compartiera con ella todos los secretos.

El marqués miró la estatua antes de responder.

—En honor a la primera marquesa.

—¿Era una sirena? —inquirió, sonriente.

—Para el marqués lo fue —adujo, posando su mirada en los ojos oscuros de ella.

La joven torció el labio.

—¿Os estáis burlando de mí?

Él no pudo retener una carcajada, ¿cómo podía Miranda derribar su coraza? ¿Cuántas veces se había reído abiertamente ante alguien? Poco importaba, ella conseguía que él se mostrara natural, sin coraza, sin poses fingidas, sin miedo a parecer un hombre normal, con sus virtudes y seguramente múltiples defectos. Porque ante ella él no quería ocultar nada, quería mostrarse tal cual.

Negó con la cabeza.

—Créame, el rostro tallado de la sirena es idéntico a la primera marquesa de Frotell.

Miranda miró de nuevo la escultura; el rostro de ella emanaba felicidad.

—Por favor —rogó Miranda, esperanzada—, compartid la historia conmigo.

Él asintió con la cabeza, y le señaló un banco de mármol que había justo a unos metros, invitándola a tomar asiento.

Miranda accedió con agrado, pues él iba a compartir aquella historia. Puede que para otras personas significara poco, pero para ella era algo especial.

Agradeció el ala del sombrero que llevaba puesto, ya que cubría sus ojos de los rayos del sol, impidiendo que se cegara y, además, así tendría la oportunidad de mirar con detenimiento el rostro del marqués. No quería perderse ningún detalle. Él no se daba cuenta, pero su rostro a ella se le antojaba familiar.

—Estaban terminando de construir la casa...

—Después de dos siglos —lo interrumpió Miranda, aludiendo con mofa a que aquel lugar era para ella gigantesco.

Él volvió a reírse, Miranda era muy graciosa. Le respondió con un alzamiento de hombros, dando a entender que era muy posible que ella tuviese razón.

La joven le agradeció aquella respuesta con una sonrisa cómplice, amigable y sincera.

—Quería comprobar con sus propios ojos todos los avances y se presentó una noche —continuó Frotell narrando aquella vieja historia familiar—, totalmente exhausto por haber cabalgado durante horas sin parar.

A Miranda le encantaban las historias, pero aquella intuía que la iba a marcar para siempre.

—Era una noche calurosa en la temporada estival, por lo que decidió darse un baño en estas frías aguas.

Miranda giró la cabeza un segundo para mirar la catarata y el manantial.

—Pero cuál fue su sorpresa, al descubrir a una joven emergiendo del agua a la luz de la luna.

Miranda agrandó los ojos.

—¿Se bañaba des... des... desnuda? —titubeó, por la vergüenza.

Benedick volvió a gesticular con los hombros y levantó las cejas, confirmando su respuesta, pues la tatarabuela de su tatarabuela se había bañado desnuda en el manantial una noche estrellada.

—Se quedó tan prendado de ella que apenas pudo reaccionar —rememoró lo que durante casi dos siglos habían ido narrando respecto a aquel momento tan especial para el primer marqués de Frotell—. Ella desapareció entre los arbustos y, como él no había podido obtener su nombre, decidió llamarla Su Sirena.

La joven se tapó la boca para no dar un gritito; estaba tan concentrada en aquella historia que deseó gritar de

frustración por que “la Sirena del marqués” hubiera desaparecido sin llegar a conocerse.

Benedick adoró aquellos gestos de Miranda; parecía tan concentrada y sobre todo contenta que no pudo más que continuar.

—Durante semanas, el marqués acudía todas las noches al estanque con el anhelo de volver a encontrarla —explicó, con cierto deje de orgullo—. Hasta que un mes después, otra noche de luna llena, ella regresó y de nuevo se metió en el agua.

Miranda no pudo evitar sonrojarse, pensando que de nuevo la mujer se habría desnudado.

Él deseó besar aquellas mejillas encarnadas.

—El marqués decidió que no permitiría que su sirena se le escapara de nuevo, así que se metió en el agua también.

Las manos de Miranda fueron directas a su corazón, el cual estaba agitado, deseosa de conocer aquel desenlace.

—Esta parte siempre la han omitido —se disculpó él, por no poder ser más conciso, aunque ambos sabían que, incluso conociéndola, él no la habría contado, ya que a una joven no se le permitía escuchar ciertas cosas—. No obstante, debieron de enamorarse porque, una semana más tarde, contrajeron nupcias.

—Se casaron por amor —soñó Miranda, casi en un suspiro.

Él asintió con la cabeza.

—Por favor, continuad —pidió, solicita.

—El marqués ordenó crear un laberinto que fuese casi inexpugnable alrededor del manantial —confesó—. Impidiendo así que pocos pudiesen acceder al lugar que para su esposa y para él era tan importante.

Miranda suspiró, eran tan hermosa aquella historia.

—Buscó al mejor orfebre de Inglaterra para que tallase la escultura de una sirena, con el rostro de su esposa.

Ella buscó con la mirada la estatua.

—Era una mujer muy hermosa —reconoció Miranda.

«No tanto como usted», pensó Frotell.

—Entonces la marquesa decidió llamar a este lugar Secret Garden.

Miranda miró a los ojos a Benedick.

—¿Cree que se molestarían con usted por haberme mostrado este lugar? —indagó, preocupada, pues no sabía si ella merecía formar parte de los privilegiados que conocían el lugar, o de conocer aquella historia tan hermosa.

Él notó la preocupación en su voz, y no pudo evitar tomar las manos de ella con las suyas.

—En absoluto —la tranquilizó—. Dudo que existan personas más merecedoras de descubrir este lugar que usted —alabó—. Créame, Miranda Boston, poca gente habría sabido admirar con tanto entusiasmo el paraje —apuntó, porque así lo creía—. Ni tampoco habrían escuchado la historia de mis ancestros con tanta comodidad como usted. Permítame agradecerle que guarde el secreto familiar, porque ahora mis familiares vivirán en su recuerdo.

Ella se emocionó.

—Os garantizo que jamás revelaré tan estimada historia —decretó. Nunca saldría de sus labios una sola palabra al respecto, por la confianza puesta en ella por parte del marqués, y, sobre todo, por los primeros marqueses de Frotell, a los que había tomado tanto cariño como si perteneciesen a su propia familia—. Y os prometo que atesoraré este recuerdo hasta el fin de mis días.

Él deseó abrazarla.

Miranda parecía un tanto desconcertada; el marqués sostenía sus manos y ella no se sentía abrumada ni incómoda, sino que, en realidad, deseaba que él no la soltara nunca más.

Los pensamientos de Benedick parecían estar en sintonía con los de ella, pues no quería separarse de la joven. Se imaginó lo fácil y gratificante que sería cortejarla, pues poca diferencia debía de haber entre un cortejo y lo que estaban ellos haciendo en ese momento, excepto en la reciprocidad de anhelar la compañía y el intento de robar algún beso. Él desde luego lo deseaba, pero dudaba que Miranda sintiese lo mismo.

Se levantaron y soltaron sus manos.

La joven tuvo una reacción inexplicable, pues la ausencia del contacto con él se convirtió en hiel.

Él también añoró la suavidad de la piel de la joven, y apretó los puños como si así pudiese retener su calor.

Miranda miró a los pavos reales, quería memorizar aquello antes de abandonar el lugar.

—¿Puedo? —preguntó, con tal deje de nostalgia y ternura que él asintió con la cabeza. No iba a negarle que guardase unas plumas que había en el suelo.

Miranda tomó cuatro, las admiró y sonrió con candidez.

Él respiró con profundidad. Necesitaba luchar con todas sus fuerzas contra sus impulsos, porque le estaba costando retener su imperiosa necesidad de abrazar a la mujer que tenía delante.

Sabía que no podía, pero su mano, un tanto desobediente, volvió a buscar la de ella. Al notar que de nuevo Miranda entrelazaba sus dedos con los suyos y no ponía objeción a ser guiada, caminó con ella en busca de la salida. Caminaron despacio, como si ambos desearan detener el tiempo.

Al llegar a un punto concreto, Benedick se detuvo.

Ella lo miró.

—Continuad por este corredor sin desviaros —la guio—. Saldréis directamente a la parte más cercana a la terraza principal.

Ella asintió. Era el único lugar que había memorizado, ya que daba a la sala en donde había estado reunida con las otras damas. Desde allí sabría regresar a su alcoba sin miedo a perderse.

Se soltaron de nuevo las manos.

Ella dio un par de pasos y de pronto se giró rauda.

—¡Frotell! —exclamó, un tanto más alto de lo que pretendía, pensando que él se había alejado.

Él sonrió al ver la reacción de ella, pues se llevó las manos a la boca, pidiendo disculpas.

—Gracias —agradeció, con la mayor honestidad que nadie habría podido pronunciar jamás—. No existen suficientes palabras de gratitud para premiar vuestra generosidad —habló, emocionada—. Nunca lo dudéis, no sois ni seréis como vuestro padre.

Dicho aquello, giró sobre sus talones y se alejó rauda, porque, sin saber el motivo, en cuanto confesó en voz alta lo que pensaba, sintió muchas ganas de llorar.

Sin que ella fuese consciente, acababa de lanzarle una flecha directa al corazón al marqués, quien se quedó allí, mirando cómo la única mujer que deseaba se alejaba de él, y no solo en sentido figurado, sino literal.

Suspiró, resignado y frustrado, porque nunca podría pedir la mano de aquella mujer.

Capítulo 16

Parecía que el duque de Manfford no encontraba nada de su agrado, y apenas se molestaba en disimular ante los invitados de su hijo.

Tan solo una noticia le había alegrado el día: los caminos ya estaban despejados y podrían retomar el viaje a la mañana siguiente.

Mientras los huéspedes permanecían en sus habitaciones, preparándose para la cena, una invitada, que había permanecido inquieta durante el resto del día, tras el mágico hallazgo de esa mañana, había estado caminando por la casa hasta encontrar otra sala hermosa: la de música.

Todo en aquel lugar estaba cubierto por sábanas, impidiendo que el polvo se apoderara tanto de las sillas como de los instrumentos. No necesitó más que una ojeada rápida para descubrir dónde se encontraba el piano, que estaba ubicado en mitad de la sala, y el violonchelo, que estaba justo en el extremo derecho.

Caminó atraída hacia él, pues sus manos se sentían tan inquietas como su interior.

Retiró la sábana que protegía su instrumento favorito, y también la que cubría la silla más cercana.

Tomó asiento y cerró los ojos.

Durante unos minutos tan solo movió los dedos sin usar el arco. No quería molestar al duque; seguramente la música perturbaría su paz —si es que ese hombre conocía esa palabra y sensación—, pero, como era habitual en ella, solo aquel instrumento conseguía relajarla y hacerla sentir viva. Y, sin ser consciente, sus acompañadas manos volcaron toda su pasión en la pieza que había elegido mentalmente: *El Adagio*, de Albinoni.

El sonido llegó hasta la sala más contigua, en la que se encontraba el duque de Manfford, sentado en un butacón, fumando un puro.

Las primeras notas que llegaron a sus oídos consiguieron que él cerrara los ojos.

Podía ser un soberbio, un déspota, un hombre rudo, pero sabía admirar tanto la buena música como a las personas que poseían el don de ejecutar a la perfección las notas musicales, motivo por el que asistía con asiduidad a la ópera cuando se encontraba en Londres.

Sin saber cómo, sus recuerdos de juventud lo abordaron; recordó cuando él tan solo tenía doce años y su gran pasión era la música. Recordó cómo su padre le quitó de un manotazo el arco que sostenía entre sus dedos, recordándole quién era él y qué futuro le esperaba. Un duque debía tener conocimiento de música, pero jamás se convertiría en un concertista.

Aquel día perdió su infancia por completo; ya no volvió a tener sueños estando despierto.

Hizo un aspaviento con la cabeza como si quisiera borrar aquel recuerdo.

Abrió los ojos, dejó el puro en el cenicero y se levantó, atraído por aquellos acordes tan bien ejecutados y tan melódicos.

El lacayo de librea le abrió la puerta.

El duque salió al corredor principal, desde donde se escuchaba con mayor perfección la música.

La pieza terminó y el duque de Manfford se quedó parado, enfadado por que aquellas notas hubiesen cesado.

De pronto, otra bella melodía empezó a sonar y no lo dudó; se acercó raudo, como las moscas a la miel, pues le era imposible negarse el privilegio de disfrutar y admirar a la persona que estaba tocando.

Cuál fue su sorpresa al encontrarse con la americana, la cual permanecía con los ojos cerrados, tan abstraída con lo que estaba haciendo que incluso parecía no ser mortal, sino un ángel tocado por las manos divinas para colaborar con el disfrute de los humanos.

Parecía como si ella hubiese leído su mente, pues daba la sensación de que la joven fuese una hechicera capaz de leer a través del alma. Porque, si la primera pieza era una de las que más le gustaba al duque, la elección de la segunda, la que estaba tocando con tanto sentimiento y perfección, era su favorita: el *Aria*, de Bach.

De no ser por quien era la muchacha, él incluso habría aplaudido, pero no podía; jamás se rebajaría ante alguien que no estaba a su misma altura social, esa fue la primera lección que recibió de su padre. Pero, por una vez, a pesar de no hacer público lo que pensaba con respecto a la elegancia, la maestría y la perfecta ejecución de Miranda como concertista, decidió salir de allí sin hacer ruido, sin perturbar la tranquilidad de la joven, y regresó a la sala de caballeros, donde exigió que no cerrasen la puerta. Tomó asiento, agarró el puro que había dejado, dio una calada y cerró los ojos, con la intención de disfrutar.

En esa tesitura lo encontró su hijo Benedick.

Se quedó tan sorprendido que permaneció en silencio, observando cómo su padre, totalmente absorto, movía la

cabeza en perfecta sincronización con la música.

Se le agrandaron los ojos y, por un momento, mantuvo la respiración al contemplar una ligera sonrisa en el rostro del hombre que tenía prohibido sonreír, a no ser que él lo permitiera.

Era extraño, parecía otro; la sonrisa lo convertía en un hombre humano, uno al que no temer.

Sabía que si lo encontraba allí se enfadaría, por eso se retiró caminando hacia atrás, casi de puntillas.

La música cesó y el duque abrió los ojos.

Volvió a apretar los labios, borrando cualquier rastro de felicidad que lo pudiese delatar, porque así era como lo habían criado, así era como creció y así era como había aprendido a vivir y a volcar sus enseñanzas en sus propios hijos. La vida de un duque no era sencilla, y él tenía que educar a su heredero con la misma rectitud que él había recibido para que se convirtiese en un hombre duro, exigente, al que todos temiesen, para poder hacer frente a cualquier eventualidad que se presentase. Los tiempos cambiaban, aunque prefiriesen desviar la mirada hacia otro lado, y la nobleza no estaba tan en alza. Quizá la guerra había perjudicado más de lo que querían admitir, pero pocos nobles quedaban con posesiones como antaño. La obligación de un duque era mantener su ducado a toda costa, motivo por el que su hijo debía endurecer su carácter, pues se mostraba poco beligerante ante los demás, y eso tenía que acabar cuanto antes o el futuro del ducado de Manfford estaría en peligro.

Miranda cubrió de nuevo la silla y el chelo, salió de la sala y cerró la puerta con sumo cuidado, ajena a que alguien la hubiese visto o escuchado.

Pasó por delante de la sala para caballeros y no miró; su intención era llegar a la sala destinada a las damas, a donde acudirían el resto de invitadas antes de ir a cenar.

La voz del baronet a su espalda la sobresaltó.

—Señorita Boston.

Miranda se giró, con las manos pegadas al corazón por el susto.

—Me habéis asustado.

—Me complacería que me acompañara a dar un corto paseo por el invernadero —la invitó el baronet, con una sonrisa.

Miranda lo miró con resquemor.

—Lo lamento, sir Almir, pero debo declinar su invitación —se justificó—. Sería una grosería llegar tarde a la cena —y añadió—: Además, no suelo aceptar invitaciones para pasear con caballeros, por respeto al hombre con el que voy a casarme en breve.

Aquella noticia pilló por sorpresa al baronet, su madre no le había puesto al tanto de su compromiso. No era lo mismo comprometer a una debutante, que a una debutante prometida, pues la familia de la joven exigiría una compensación en su honor. Eso era lo que él tenía planeado, de ahí que quisiera comprometerla, pero un prometido podía exigir un duelo, y él no estaba dispuesto a correr riesgo alguno.

—¿Dónde está vuestro prometido? —indagó, molesto.

—En Nueva York, a punto de preparar su viaje a Londres, donde tenemos planeado casarnos en cuanto llegue —mintió Miranda, aunque tampoco era del todo falso, ya que eso era lo que ella pensaba que sucedería en cuanto el señor Hill recibiera su carta.

Almir sonrió con picardía. Para cuando el prometido llegase a Londres, él ya estaría casado con Miranda, por lo que no podría exigir deuda alguna.

—No faltáis a su respeto por acompañarme a pasear —dijo, intentando aparentar ser un hombre honesto—. Tan solo quiero enseñaros los invernaderos.

Miranda sintió un escalofrío; no le gustó ni su tono de voz ni su oscura mirada.

—No me lo toméis a mal, baronet, pero incluso las señoritas americanas, para pasear con un caballero deben tener el beneplácito de sus tutores —dijo, aludiendo a que tendría que pedirle permiso a su hermano Dereck—. Y, tras su aprobación, pedir a mi doncella que nos acompañe.

El duque de Manfford, que estaba escuchando, asintió con la cabeza. La respuesta le gustó; no sería una dama inglesa de alta cuna, pero valoraba la respetabilidad que ella mostraba ante el baronet.

—Como verá, sir Almir, mientras busca a mi hermano y yo llamo a mi doncella, la cena ya estará servida.

Se dio la vuelta y se marchó, dejando al baronet más enfadado de lo que ella pudiese imaginar.

Frotell salió de detrás de una columna; él también lo había escuchado.

Miranda pasó por su lado y le regaló una sonrisa.

Benedick la saludó con un ligero asentimiento de cabeza.

El baronet entró en la sala para caballeros.

Benedick había conseguido esquivar a su padre durante todo el día, pero había llegado la hora de la cena y no

podía esconderse más. Intuía lo que iba a suceder, pero no sabía si la humillación a la que lo sometería la tendría ya planeada o si, por el contrario, todavía esperaría más. Era muy posible que quisiera hacerlo en Great Castle, ya que allí habría más testigos.

No iba a negar que le molestaba que su padre fuese tan retorcido y vengativo, pero ya estaba acostumbrado. Solo que en esta ocasión le dolía porque no quería que Miranda fuese testigo; no soportaba la idea de que ella lo viese a través de los ojos de su padre.

Estaba tan ensimismado en sus propios pensamientos que apenas escuchó los pasos y voces de cinco hombres que se acercaban por detrás.

La mano del duque de Wittman en su hombro lo sacó de su letargo.

—¿Todo bien? —se interesó Derian.

Benedick asintió.

Wittman no necesitaba la respuesta, sabía que su amigo se encontraba a disgusto en su propia casa desde la llegada de su padre. Lo comprendía, pues él tampoco había tenido un padre al que admirar o por el que sentir aprecio.

Benedick hizo un gesto con la mano, invitando así a Derian, Connor, Leighton, Dereck y Wyatt a pasar a la sala.

El duque miró a su hijo con reproche.

—Duque —saludó Benedick.

La entrada apresurada del hijo de Derian interrumpió lo que tuviese que decir el duque de Manfford.

El niño sorprendió a todos con un suspiro demasiado teatral, al tiempo que se desplomaba en uno de los butacones.

A Benedick le hubiese encantado sonreír y bromear con el pequeño Simon, pero se encontraba su padre allí y eso estaba fuera de lugar.

El resto de hombres, por el contrario, no fingieron.

—Lord Erian, ¿os encontráis bien? —se interesó Dereck Boston, intentando ocultar su sonrisa.

Simon Campbell, conde de Erian, se puso en pie y se acercó al americano.

—Señor Boston, me gustaría proponerle algo —dijo el muchacho, intentando mantener una pose digna y segura—. Mas tendré que mantener una conversación primero con mi padre.

Derian miró primero a su hijo, luego al americano, y, convencido del motivo por el que su primogénito se estaba comportando así, se mordió los labios para no reír.

El americano también imaginaba lo que el pequeño quería proponerle y fingió ante él, pues reírse podría herir el orgullo del muchachito.

—En tal caso, os escucharé cuando lo creáis conveniente.

El niño asintió, dando las gracias por su comprensión.

Se giró y miró a su padre.

—Papá —susurró, y le hizo una seña con la cabeza para que lo siguiese hasta un lado de la sala.

El duque de Wittman, solícito, accedió a la petición de su hijo.

—¿Crees que sería oportuno establecer un acuerdo con el señor Boston para que me conceda la mano de su hermana Miranda? —indagó, esperanzado—. Sin duda, la señorita Boston será la mejor condesa de Erian —comunicó, soñador.

Aunque la conversación parecía ser íntima, todos los caballeros presentes estaban escuchando muy atentos.

El duque de Manfford negó con la cabeza; aquello era impropio incluso para un niño de ocho años. Su padre debería reprenderlo de inmediato. Un conde con una plebeya... Una plebeya americana. No solo era inapropiado, sino además impensable.

Wyatt y Dereck se miraron y sonrieron.

Benedick sintió lástima por el pequeño, iba a llevarse tanta desilusión como él.

Leighton observó la reacción del duque de Manfford, era impensable que él pudiese pedir la mano de Victoria.

Connor St. John disfrutaba con aquella escena; él pronto sería padre y desearía poder tener aquella complicidad que existía entre el duque de Wittman y su hijo.

—¿Estás seguro de que será la mejor condesa? —preguntó Derian, mostrando interés ante su hijo.

El niño asintió, vigoroso.

—Oh, sí, sabe lanzar piedras al río, jugar al escondite y, además... —Se acercó y bajó la voz—. Es casi tan hermosa como lady Victoria.

Leighton no pudo reprimir la sonrisa; ese niño era listo, pues ninguna muchacha era más hermosa que Victoria.

—En tal caso, deberías proponerle al señor Boston tu petición —animó Derian—. No obstante, Simon, debes

aceptar cualquier respuesta, bien sea favorable o no.

El niño asintió.

Se giraron y todos disimularon estar entretenidos con sus copas.

—Señor Boston, ya puedo proponerle mi petición.

El americano miró primero al duque y vio cómo se encogía de hombros.

—Usted dirá, lord Erian.

—Tras conocer la opinión de mi padre —reconoció, honesto, el muchachito—, me complacería poder pedirle la mano de su hermana, la señorita Boston —solicitó, como un gran caballero—. Sé que soy joven, pero en unos años tendré edad para contraer matrimonio.

Benedick se tuvo que girar porque le costaba no reírse, y eso que estaba acostumbrado. Se acercó a la mesa de las bebidas y se sirvió una copa.

—Oh, sería un honor para nuestra familia —ensalzó Dereck al niño por su petición—. No obstante, lord Erian, me veo en la obligación de declinar vuestra propuesta, pues mi hermana ya está prometida.

A Benedick se le desbordó el líquido de la copa; se había quedado paralizado.

No era la intención de Dereck hacer aquel comentario, pero Beatrice le había puesto en sobre aviso respecto al baronet Almir, y, al ver que estaba presente, decidió que no estaría de más que supiese que Miranda no solo contaba con la protección de su hermano, sino con la de un hombre que pronto sería su esposo.

El niño suspiró con melancolía.

Todos aguantaron la risa.

Benedick tomó una servilleta y se limpió la mano. Podría haber esperado cualquier cosa, excepto que Miranda estuviese prometida.

Suspiró y apretó los labios, ¿acaso importaba? Él no habría tenido ninguna oportunidad, poco importaba si ella iba a casarse con otro hombre. Y a pesar de ello, le dolía.

—Será un hombre afortunado —vaticinó Simon.

—Usted lo será también cuando encuentre a su condesa —animó Dereck.

El niño hizo una mueca con los labios.

Connor sonrió y decidió intervenir.

—Caballeros, les pediría que esta conversación no saliera de aquí —bromeó—. Tengo en estima a mi tía lady Philomena y se le rompería el corazón si se enterara de que nuestro conde ha pensado en otra mujer para convertirla en su esposa.

El pequeño agrandó los ojos, pues había olvidado a lady Philomena.

—Le aseguro que su tía habría sido una gran condesa —dijo, alabando a la anciana para que su sobrino no se molestase.

Derian se llevó las manos a los ojos para borrar la imagen que le vino a la cabeza.

—Por descontado —aseguró Connor.

—Discúlpenme —se disculpó el pequeño—. Debo ir a buscar a mi madre, es mi obligación escoltarla hasta el comedor.

El muchachito se marchó y los hombres por fin rieron a gusto. Todos no, dos no lo hicieron: el duque de Manfford porque él era así de estricto; y el marqués de Frotell, no porque lo tuviese prohibido, sino porque su estado de ánimo se había esfumado como el humo de un puro.

Capítulo 17

Tres ancianas estaban disfrutando mucho en aquella cena, nada se les escapaba a sus ojos avizores. Quién les iba a decir que averiguarían tanto durante aquella pequeña reunión; sin embargo, los ojos no mentían y allí, sentados en la larga mesa del salón principal de Secret Garden, seis personas parecían estar enamoradas, aunque algunos se mintiesen a sí mismos.

Lady Violet sonrió encantada; no es que ella fuese una casamentera, pero nunca estaba de más colaborar para que ciertos jóvenes acabasen ante el altar, y la pareja que ella tenía en mente iba a ser cuanto menos el mayor reto de su vida. No obstante, la joven le caía bien, y, aunque el duque pondría incontables objeciones, Miranda Boston sería una gran marquesa, o por lo menos era la mujer más adecuada para Benedick, un muchacho por el que ella siempre había sentido cierta debilidad. Quizá fuera la admiración que él había conseguido que ella sintiera, por no sucumbir a los desaires constantes a los que le sometía el duque, negándose a parecerse a él. Eso era lo que más conmovía a lady Violet: que el marqués de Frotell fuese todo lo opuesto a su padre era cuanto menos esperanzador. Criarse bajo el yugo de aquel ser tan manipulador y salvaje no debía de ser agradable, pero el joven siempre mostraba caridad, y, solo por ello, siempre tendría su respeto.

Otra pareja cuyas miradas no habían pasado desapercibidas para lady Hermione iba a convertirse también en un reto para la anciana. Lady Victoria le recordaba a ella cuando era joven. Había sido bendecida con belleza, algo que le garantizaba a su padre el tener unas cuantas propuestas de matrimonio. Y lady Victoria también gozaba de ese poder. Quizá fuese ese el motivo por el que la anciana estaba dispuesta a ayudar a la muchacha. No podía quejarse de la vida que había vivido, pero no negaría que, de haber podido casarse con el hombre al que amó en su día, hubiese sido más feliz. Si su padre no se hubiese negado en rotundo a aquella relación, uno de sus grandes anhelos se hubiese visto realizado: ser madre. Pero su padre había sido tan déspota como el duque de Manfford, y no permitió la unión de su hija con un simple ganadero; el único hombre al que ella había amado y al que le había guardado luto desde que falleció. Un fallecimiento que marcó su vida para siempre, pues, tras rechazar su padre su propuesta de matrimonio, acordaron escaparse, conscientes de que, al hacerlo, ella sería la protagonista de un gran escándalo, que podría incluso hacer caer en desgracia a su familia. Pero poco le importaba, porque sin ese hombre ella jamás podría ser feliz. Quizás por su juventud o por su exceso de confianza, no fueron demasiado precavidos y sus planes fueron descubiertos, motivo por el que tuvieron que huir mientras los perseguían el padre de ella y su hermano, con la intención de atraparlos y castigar a Oliver, acusándolo de secuestro. Pero el destino de su gran amor no fue la horca, fue el descarrilamiento del carruaje en el que huían. Ella consiguió salvar la vida, pero él no. Oliver Strong, el ganadero, el hombre más apuesto, más gentil, más tierno y más enamorado que ella había conocido perdió la vida partiéndose el cuello. Y mientras ella lo abrazaba, gritando desconsolada, le hizo una promesa a él y un juramento a su padre y hermano: a él, que no dejaría de amarlo; a su familia, que jamás se casaría. Había cumplido tanto la promesa como el juramento, y no se arrepentía, porque nunca habría amado a ningún otro como lo amó a él.

Esa noche se vio reflejada en lady Victoria, la muchacha más hermosa de las islas británicas, una joven que podía elegir a cualquier hombre, pero cuyo elegido no obtendría el beneplácito de su padre, ya que Leighton Hook estaba bien situado en la sociedad, pero no lo suficiente para el duque de Manfford. Ese hombre era para Victoria su ganadero y, por la forma en que se miraban, Leighton la amaba tanto como su Oliver la amó a ella.

Haría cuanto estuviese en su mano para ayudar a esa pareja; puede que ella hubiese tenido un final trágico, pero cabía la esperanza de ver a Victoria y a Leighton con un futuro prometedor y próspero.

Otra pareja a la que debían ayudar, o eso pensaba lady Philomena, era la formada por el señor Boston y Beatrice. No llegaba a comprender por qué esos dos jóvenes no habían pasado ya por el altar. El americano no había fingido en ningún momento, mostraba públicamente su interés por la señorita Hook. Conocía de sobra a la madre de la muchacha, y algo le decía que aquella reticencia para con el señor Boston no se debía solo a su falta de título. Escondía algo tan importante como para poner en riesgo la felicidad de su propia hija. Y ese iba a ser su reto: averiguarlo.

Tras la cena, los hombres se retiraron como de costumbre a la sala para caballeros a tomar un buen licor.

Las damas se dirigieron a la sala turquesa, donde se unirían ellos más tarde.

Aquella sala era tan grande que Miranda imaginó que habría cabido allí toda su granja. A su madre la habría hechizado aquel lugar.

Vio cómo la buscaba la madre del baronet y se escondió tras unas columnas gigantes de mármol. Estaba cansada de esa mujer, se había pasado toda la cena hablándole de su hijo, como si a ella le importara el baronet.

Entraron los caballeros y se unieron a la reunión.

—¿Ha visto a la americana? —preguntó la madre del baronet a la madre de Beatrice, a pocos metros de donde Miranda se mantenía oculta.

—No.

Unos dedos dándole un par de golpecitos en el hombro a Miranda la sobresaltó.

Al ver que se trataba de Benedick, le pidió silencio con el dedo.

Él levantó las cejas e intentó mirar de quién se escondía ella.

Hizo ademán de alargar el cuello, pero Miranda lo agarró de las solapas de la levita, impidiendo que él pusiese en riesgo su escondite.

Se miraron a los ojos y, sin poderlo evitar, se sonrieron.

—Comprendo que el señor Boston acuda a la fiesta organizada por los duques de Hamilton, ya que mantienen cierto grado de amistad —dijo la señora Hook—. Pero su hermana no posee la educación suficiente para acudir a eventos tan importantes.

La aludida soltó al marqués, un tanto avergonzada, no solo por lo que había escuchado, sino porque al haber sujetado a Benedick por las solapas confirmaba las palabras de la mujer, pues aquello no era propio de una dama.

Benedick no se movió; se quedó allí, mirando el rostro sonrosado de ella y escuchando a aquellas dos cotillas.

—Oh, querida, las jovencitas como ella son imprescindibles en todos los eventos —se pronunció la señora Almir, con cierto retintín.

—¿Qué quieres decir?

—Las madres de nuestras jóvenes se sienten más tranquilas cuando esa clase de muchachas acuden a los eventos —comunicó, aludiendo a las debutantes inglesas y despreciando a las jóvenes como Miranda Boston, bien por ser americanas, o bien por carecer de títulos.

—No te comprendo —apuntó la madre de Beatrice, ya que no entendía a su amiga.

—Todos hemos sido jóvenes —retomó su explicación—. Mientras los hombres se mantienen distraídos con jovencitas como la americana, nuestras debutantes están a salvo de correr peligros innecesarios —expuso, con cinismo—. Con ellas se entretienen y con las nuestras se casan.

A Miranda se le abrió la boca, formando un óvalo, al tiempo que se le agrandaban los ojos. Había sido un comentario tan grosero como insultante.

Sus ojos se humedecieron; era tan indignante que Benedick hubiese escuchado aquel insulto. Hacía tiempo que habían dejado de molestarle los insultos, las burlas y las críticas por parte de todas aquellas personas que se pensaban mejor que ella solo por pertenecer a familias de renombre. Incluso se había mentalizado de que poco importaba lo que hiciese o cuanto se esforzase, porque siempre la seguirían viendo como a la hija de un simple granjero. Pero lo cierto es que esa noche la acusación le había dolido, y lo había hecho porque ella no quería que Benedick la mirase con desprecio.

Por descontado, el marqués de Frotell no miraba a Miranda con desprecio. Si ella hubiese sabido la amargura que había sentido él al escuchar aquella crítica, habría comprendido que él la tenía en alta estima.

Odió ver los ojos húmedos de Miranda, porque existía una gran diferencia con la humedad que ella había mostrado esa mañana, y él no estaba dispuesto a consentir que nadie, ¡nadie!, insultara a Miranda en su casa. Por ello, con decisión, dio un paso adelante.

Cuando la americana intuyó lo que él iba a hacer, lo retuvo y se movió con celeridad, impidiéndole el paso.

Él la miró y ella empezó a negar con la cabeza, suplicante, confirmando así que, si ya era humillante haber escuchado aquello, más lo sería que él confirmara que las habían escuchado.

Benedick estaba indignado, enfadado y colérico.

—No es verdad —musitó, casi sin voz para que no lo escucharan.

Miranda bajó la cabeza, no quería que él la viese a punto de llorar.

Él posó sus dedos bajo la barbilla de ella, un simple roce que la obligó a mirarle.

Ella lo hizo.

Benedick tragó con dificultad, no podía verla tan desangelada.

—No... es... verdad —repitió con énfasis para que ella le creyera.

Miranda se lo agradeció con una triste sonrisa.

Él se mordió el labio inferior con rabia y frustración, por complacer a Miranda y no salir al encuentro de aquella mujer miserable.

Durante unos segundos se quedaron en silencio.

—¿Confiáis en mí? —preguntó Benedick.

Ella asintió con la cabeza.

Entonces él tomó la mano de Miranda, una vez más sin guantes, y una vez más, ella entrelazó sus dedos con los de él, porque Benedick había conseguido, una vez más, aportarle tranquilidad.

La guio por detrás de las columnas, accionó un candil que parecía estar solo de adorno, y se abrió una compuerta. Ambos cruzaron aquel escondite juntos, cogidos de la mano, y sin mirar atrás.

El corredor estaba oscuro, pero Benedick no necesitaba luz para guiarse. A pocos metros encontró la abertura que buscaba para refugiarse en otra sala.

Nada más cerrar, él la miró de nuevo a los ojos.

—Acabáis de descubrir otro secreto de Secret Garden —comentó, con voz afable.

Miranda parpadeó y sonrió.

Benedick se sintió dichoso por el logro de haberla hecho sonreír.

Ella miró alrededor. Conocía ese lugar, habían estado cenando allí; se encontraban en el salón grande.

—Salid por esa puerta. —Señaló con la cabeza—. Da al corredor principal.

Ella asintió con la cabeza.

Se sintió tentada a darle un beso en la mejilla en señal de gratitud, pero eso era inaceptable. Además, no quería que él pensara que las palabras de la señora Almir eran ciertas; ella no era una muchacha que quisiera divertir a ningún hombre.

—Gracias —atinó a decir.

Él se percató de que no se habían soltado de la mano. Con pesar, lo hizo.

Ella caminó con decisión, y tomó el pomo de la puerta.

—Miranda —la llamó él.

La joven se giró.

—Lo que ha dicho esa mujer no es cierto —aseveró—. Y os aseguro que pagaré por ello.

A Miranda no le dio tiempo a decir nada, pues Benedick desapareció de nuevo por el pasadizo secreto.

Llegó a la sala y una anciana la miró con curiosidad. La misma que se había dado cuenta de que había desaparecido tras las columnas junto al marqués. La misma que había escuchado a la madre del baronet, y la misma que estaba convencida de que no tendría que esforzarse mucho para unir a Miranda y a Frotell. Esa era lady Violet.

Se quedó pendiente de la joven, porque una cosa era que ella no hubiese intervenido cuando la vio alejarse con el marqués, y otra que fuese a permitir que el baronet se quedase a solas con ella. Ya podía poner la mano en el fuego, que eso no sucedería mientras ella estuviese presente.

Miranda estaba pensativa; seguía sin comprender por qué se sentía tan protegida y feliz en compañía de Frotell. Se imaginó tomando la mano del señor Hill, corriendo juntos y riéndose... y no le gustó. Que Lonan Hill la tocase o acariciase le produjo un escalofrío. Incluso le faltó el aire durante unos segundos.

Buscó con la mirada las puertas más cercanas, se dirigió rauda, las abrió y salió al exterior, a la terraza principal.

La gélida noche la golpeó; incluso dejó un manto de humo blanco al soltar el aliento.

—Miranda Boston, veo que me andas buscando —dijo el baronet, quien estaba allí fumando un cigarro—. Siento que tú y yo podemos tener un buen futuro juntos.

El hombre iba algo ebrio. No solo las palabras molestaron a la joven, sino también su cercanía, pues él se había acercado mientras hablaba.

—No creo haberle dado permiso para tutearme —convino Miranda, muy molesta.

—Por descontado que no lo hizo, querida niña —aseguró la voz de lady Violet, quien salió de entre las sombras. Había seguido a Miranda porque no se fiaba de Almir, y no se había equivocado en su intuición—. Motivo por el que el baronet tendrá que pedirle disculpas.

—¡No voy a disculparme ante “esta”! —se expresó, con tanto desprecio que, de haber estado Dereck o Wyatt, el baronet habría recibido un puñetazo.

—Por supuesto que lo harás, por descontado que te disculparás, y delante de mí —amenazó el marqués de Frotell, con tanta seguridad en sus palabras que apenas tuvo que alzar la voz.

Miranda tragó con dificultad.

La anciana tomó de la mano a la joven, enfundándole valor.

Benedick se acercó sin desviar la mirada de los ojos del baronet.

—No me gusta repetir, Almir —expuso su enfado—. Pide disculpas a la dama.

—Claro, claro —tembló el baronet—. Os pido disculpas, Miranda.

—Señorita Boston —puntualizó el marqués.

—Por supuesto —concedió el baronet—. Señorita Boston.

—Está disculpado —respondió la americana, para que el marqués se relajara.

No entendía por qué, pero deseaba que Benedick estuviese tranquilo, en ese momento era su única prioridad. Y no lo comprendía, pues tendría que haber sido ella la que se sintiese satisfecha por haber obtenido aquella disculpa. Sin embargo, necesitaba, era imperativo para ella que Benedick se sintiese satisfecho, porque una vez más, en cuanto lo había visto aparecer, ella se había sentido tranquila y protegida; sabía que junto a Frotell nada tenía que temer.

Fue en ese instante cuando por fin Benedick miró a Miranda a los ojos.

Ella lo miró con gratitud y algo más... Algo más que al marqués le agradó hasta el punto de sonreírle con sinceridad y cariño.

Miranda no pudo evitar responder a aquella tímida sonrisa con el mismo gesto.

Lady Violet sonrió interiormente.

—Señoras, si nos disculpan, el baronet y yo debemos conversar —comunicó Benedick, invitándolas a alejarse de allí.

Las dos mujeres asintieron con la cabeza y se giraron.

Antes de cruzar el umbral de la puerta, Miranda ladeó la cabeza; quería mirar a Benedick y comprobar si de verdad estaba tranquilo.

Cuando el joven le ofreció una sonrisa cómplice, ella supo que podía estar tranquila dejándolo allí con el baronet.

En cuanto Miranda desapareció tras las cortinas, él se giró.

—Tienes un carruaje esperándoos a tu madre y a ti en la entrada —comunicó, sin inmutarse—. Te concedo media hora para salir de mi propiedad.

El baronet agrandó los ojos; era muy posible que los efectos del alcohol que había ingerido se hubiesen esfumado por completo.

El marqués no estaba bromeando, él le había prometido a Miranda que la señora Almir pagaría por sus palabras y era un hombre de palabra.

—He pedido disculpas... —intentó justificarse.

—Cuando acojo a gente en mi casa me responsabilizo de su protección —aseguró Frotell—. En el mismo instante en que uno de mis invitados es agraviado bajo mi techo, me tomo la ofensa como algo personal —explicó, conciso—. Esta noche una de mis invitadas ha sido agraviada doblemente, primero por tu madre y luego por ti —apuntó, para que supiese sus motivos, y, por descontado, que había perdido el derecho a ser tratado con respeto; por eso lo había tuteado desde que había aparecido en la terraza y lo había escuchado con claridad—. Por ende, a mí.

—Frotell...

—Estoy siendo demasiado benevolente con vosotros, Almir —se expresó, con una seguridad aplastante—. He puesto un carruaje a vuestra disposición que os llevará directos a Londres, pero mi ofrecimiento tan solo durará media hora. Si en ese tiempo no estáis dentro del carruaje, tendréis que buscaros vuestro propio medio para regresar a vuestra casa.

Se dio la vuelta y entró a la sala en donde todos se encontraban.

El baronet tembló. No podía rechazar aquel carruaje, ya que no poseía bienes suficientes para pagar uno por su cuenta. Estaban pasando grandes apuros, a su madre apenas le quedaban joyas que empeñar. Ni siquiera tenían intención de presentarse en Great Castle, habría sido descabellado acudir a un evento al que no habían sido invitados, menos cuando el anfitrión se caracterizaba por ser un hombre frío a quien poco le habría importado echarlos a la calle por haberse presentado en su casa sin invitación.

El plan era comprometer a la americana en cuanto le fuese posible, llegar a un acuerdo con el hermano, y recibir la cuantiosa dote que la joven poseía.

Ahora no solo no iban a conseguir esa dote, sino que no tenían medios para mantenerse durante más de un mes. ¿Qué iba a ser de ellos? ¿Cómo podía conseguir dinero? Desde luego, él no podía trabajar, eso estaba descartado. Un baronet no se podía rebajar a algo tan bajo.

Gruñó y apretó los puños como si quisiera golpear a alguien.

Debía avisar a su madre porque, si en media hora no estaban montados en el carruaje, tendrían que regresar andando. Ya pensarían durante el trayecto de regreso a Londres en otras jóvenes que pudiesen gozar de dotes; claro que, ninguna sería tan cuantiosa como la de la americana.

Veinte minutos más tarde el carruaje se alejaba por el camino de gravilla de Secret Garden.

Dereck Boston, que estaba junto a una de las ventanas, se sorprendió.

Lady Violet se situó a su lado.

—Es un hombre afortunado —señaló la mujer.

—¿Lo soy? —bromeó él.

Le gustaban las tías del conde de Stanton.

—Por supuesto —aseguró la anciana—. A diferencia del duque, su hijo parece tener en alta estima a su hermana Miranda.

Aquello despertó la curiosidad del americano.

—¿Usted cree?

La mujer asintió y señaló con la cabeza el carruaje que se alejaba.

—Ahí tiene la confirmación de mis palabras —indicó, con la tranquilidad que la caracterizaba—. Ha protegido a su hermana de su mayor peligro.

Dereck giró la cabeza para mirar de nuevo el carruaje. Al volver a su posición, la mujer ya no estaba.

Buscó con rapidez a Miranda. Al verla sonriente junto a Sophie se tranquilizó.

Desvió la mirada para ver al marqués, y se quedó observándolo... Acabó sonriendo. Puede que lady Violet no estuviese equivocada, pues Frotell estaba mirando a su hermana, y una vez más su mirada le gustó, ya que se trataba de una mirada limpia, tierna y honesta.

Localizó a lady Violet junto a sus dos amigas y le hizo una seña, dándole las gracias y confirmando que ella tenía razón; el marqués tenía en alta estima a Miranda.

Capítulo 18

El duque de Manfford era un hombre rencoroso, él no olvidaba un agravio, y su hijo iba a recibir su castigo por haber acogido a la americana que lo había insultado públicamente.

Benedick sabía que ese momento llegaría tarde o temprano; en cuanto vio cómo su padre lo miraba con desprecio y adoptaba aquella pose tan erguida en medio de la sala, intuyó que ese momento había llegado.

Apretó las manos con tanta fuerza que llegó a clavarse las uñas. Miranda estaba allí, e iba a ser humillado delante de ella.

Victoria, al escuchar el carraspeo fuerte de su padre, cerró los ojos, apenada por lo que iba a suceder, pues, una vez más, iba a ver a su hermano ridiculizado por su padre. Una muestra de que él tenía ese poder.

—Dudo que mañana continúe el viaje con ustedes —anunció, con voz firme, para que todos le prestasen atención.

Y así fue, pues las conversaciones cesaron.

Victoria miró a su hermano y supo que, por primera vez, le iba a costar mucho retener las lágrimas y permanecer impassible, porque conocía a Benny mejor que nadie, y sabía que él estaba avergonzado como nunca. Puede que los demás no lo notasen, pero ella sí.

—Dudo que los duques de Hamilton hayan invitado a jovencitas casaderas —vaticinó—. Motivo por el que regresaré a Londres para encargarme de buscarle una esposa a mi hijo, ya que parece ser que él es incapaz de encontrar una por sí mismo.

Ahí llegó la humillación.

A todos los presentes les molestó el comentario, pues sentían aprecio por el marqués.

Benedick tragó con dificultad. No quería mirar a Miranda, no lo soportaría.

A Derian se le ensanchó la cavidad nasal; Darline le apretó la mano para que mantuviese la calma.

Las tres ancianas se miraron entre ellas.

Lo que nadie esperaba era escuchar el sonido gutural producido por Miranda Boston, un sonido que llamó la atención a todos. Eso sí, no gustó a nadie, pues no era el momento para reírse, que era lo que ella parecía estar haciendo.

Benedick se sintió desfallecer al escucharla.

Pero Miranda había provocado aquel sonido a conciencia. Puede que el duque de Manfford se creyese con derecho a humillar a todos, incluyendo a su propio hijo, pero ella no iba a permitir aquella humillación en su presencia sin devolverle el golpe. Poco le importaba el título que ostentaba, tan solo le importaba defender al hombre que a ella le había aportado felicidad esa misma mañana. El único que le confiaba secretos y el mismo que la había defendido ante el baronet.

—Perdón —fingió una disculpa ante el duque y los demás, aunque ni por asomo lo sentía. Pretendía decirle al duque lo que se merecía escuchar; eso sí, intentando buscar las palabras apropiadas para que no sonase a ofensa—. Excelencia, no me atrevería a corregir a un duque —dijo, utilizando un tono de voz muy angelical—. Pero creo que debo anotar para su conocimiento, que, si el marqués de Frotell no ha encontrado esposa, no se debe a él —añadió—. Cualquier dama se sentiría honrada por ser la elegida —ensalzó a Benedick—. La reticencia de cualquier joven más bien se debe a saber que tendrá que convertirse en su nuera.

Los ojos de Victoria se agrandaron; lo que acababa de decir Miranda era lo más sincero y lo más insultante que el duque merecía escuchar.

Antes de que el duque mostrase su cólera, ella continuó; el insulto velado ya había quedado expuesto, así que...

—Compréndalo, Excelencia, poder estar a la altura de sus expectativas y convertirse en parte de su familia es una responsabilidad y un honor al que pocas jóvenes están preparadas, por temor a no estar a su altura.

Derian sintió admiración y aprecio por la americana; más, cuando sabía que su amigo se había quedado prendado de ella el mismo día que la vio por primera vez. Y ahora, teniéndola delante, comprendía que para Frotell iba a ser muy difícil poder olvidarla.

Benedick se agitó tanto que pensó que todos escucharían los latidos de su corazón. Miranda lo había defendido sin importarle que su padre la increpara o se enemistara con su hermano. Ella lo había antepuesto a él.

Dereck Boston se sintió orgulloso, muy orgulloso.

Lady Hermione decidió intervenir. Ella tenía un trato más cercano con el duque, lo había visto crecer y era a la

única persona a quien el duque de Manfford le toleraba cosas que a ningún otro permitiría.

—Manfford, la joven tiene razón —apuntó—. Convertirse en la marquesa de Frotell ya es mucha responsabilidad, pero saber, además, que en un futuro será la duquesa de Manfford y tendrá que estar bajo tu escrutinio es una carga demasiado pesada para cualquier joven —aseguró—. Si no te hubieses convertido en el duque más loable del reino —ensalzó el ego del duque—, las jóvenes harían cola en la puerta de esta casa.

Miranda miró a la anciana. Esa mujer era muy lista, había vanagloriado al duque para que él se creyese el mejor.

Desde luego, aquellas acertadas palabras funcionaron, ya que el duque se irguió, totalmente henchido de orgullo.

Sophie miró a Miranda y le guiñó un ojo.

—Aun así, confeccionaré un listado de jóvenes que puedan ostentar el título —zanjó el duque, sin querer dar su brazo a torcer. Pero poco importaba, porque, gracias a Miranda, el insulto del duque para con su hijo había quedado relegado.

Lady Hermione se acercó al duque y se agarró a su brazo en una clara invitación a que la acompañara.

—Oh, querido, puedo darte unos cuantos nombres —comentó mientras alejaba al duque del resto de invitados.

«Qué gran maestría», pensó Miranda mientras los veía alejarse por el pasillo principal.

A pesar de que la única persona que incomodaba se había marchado, decidieron retirarse, pues tenían previsto partir hacia Escocia a primera hora. Por lo que se fueron marchando uno a uno.

Las últimas en hacerlo fueron lady Violet, lady Philomena y Miranda, esta última porque las dos mujeres se habían encargado de retenerla con excusas, supuestamente con una única finalidad: que su hermano la dejase bajo su cargo y se retirara sin preocupación. Sin embargo, el verdadero motivo era dejarla a solas con el marqués. Ese muchacho merecía poder agradecer a Miranda lo que había hecho por él.

Y con excusas la dejaron allí, a la espera de que ellas regresaran, solo que no tenían intención de volver.

Benedick había esperado con paciencia a que Miranda saliera de la sala, pero, al ver a las dos ancianas, vio la oportunidad de hablar con ella.

—Lord Frotell —llamó la atención del joven, lady Violet—. Os dejamos al cargo de escoltar a la señorita Boston hasta sus aposentos.

Faltaría que él no accediera a tal petición.

—Por descontado.

Ellas continuaron caminando, con sonrisas plasmadas en sus arrugados rostros.

Pocas veces habrían animado a un joven a dejarlo a solas con una muchacha, pero más sabe el diablo por viejo que por diablo, y ellas tenían la suficiente experiencia como para reconocer a los hombres peligrosos. Frotell no lo era, pues ese muchacho no miraba a Miranda con lujuria; en la mirada de él solo se veía ternura y amor, mucho amor.

Benedick se acercó a Miranda, ella estaba dándole la espalda.

—Mis consejos no calaron en usted —pronunció, con voz amigable, aludiendo al día que se conocieron en la velada musical y las palabras de él fueron: «Intentad no decir en voz alta todo lo que pensáis. Un duque, incluso con pésimos modales, es venerado en Inglaterra».

Miranda se dio la vuelta.

—Vuestra acusación es errónea —fingió estar ofendida—. Deberíais felicitarme por haber seguido vuestro consejo.

—¿Os incité en algún momento a increpar a un duque? —intentó parecer conmovido.

Miranda continuó con aquella farsa entre los dos, pues estaba divirtiéndose mucho.

Se quedó pensativa y él torció los labios para no reírse.

—Mmm... No, no lo hicisteis —aseguró ella—. No obstante, sigo pensando que me debéis una felicitación, ya que no he dicho en voz alta lo que pensaba.

—¿No? —se mofó él.

Ella negó con la cabeza.

—Creedme, he sido muy juiciosa —se defendió—. De no haber seguido vuestro consejo, ahora estaría en un carruaje camino de Londres.

Él no pudo evitar reírse, ella era maravillosa.

A Miranda le agradó la reacción de él; había quedado relegado aquel comentario tan miserable por parte del duque y eso era todo cuanto ella necesitaba, porque, le gustase o no admitir ciertas cosas a las que buscaría una lógica, ella quería y necesitaba ver al marqués contento.

—En tal caso, aceptad mi felicitación y mi gratitud también.

Ella sonrió, aceptando ambas cosas.

Durante unos segundos se quedaron mirándose a los ojos.

—¿Puedo preguntaros en confianza? —se atrevió la muchacha a indagar sobre algo que llevaba horas pensando.

—Por favor —la invitó él a que preguntara todo cuanto deseara saber.

—Es sobre la historia que me confiasteis esta mañana —indicó, aludiendo al secreto familiar—. Tengo curiosidad con respecto a quién os contó tan maravillosa historia.

Él sonrió. Le encantaba que ella se sintiera tan fascinada por su historia familiar, pues era parte de él, de su vida, de su pasado, de su intimidad.

—No os ofendáis, Frotell, pero soy incapaz de imaginar a vuestro padre realizando tal proeza.

Benedick volvió a reírse. Miranda era muy expresiva, incluso sin mover las manos su rostro transmitía cualquier emoción. Y en esa frase ella había mostrado mucha incredulidad al pensar en el duque contándole la anécdota.

Por un momento se quedó mirándola, sin moverse; parecía pensativo.

Miranda pensaba que él no le respondería; tampoco podía enojarse por ello, ya que, al fin y al cabo, era algo muy personal. Pero le habría encantado que él compartiera ese secreto, porque le gustaba compartirlo todo con Frotell.

—Seguís confiando en mí, ¿cierto? —preguntó, aludiendo al momento en que la guio por el pasadizo secreto.

No titubeó la joven al asentir con la cabeza.

Frotell tendió su mano, y Miranda no dudó en enlazar la suya con la de él.

Una vez más, como si fuese lo más normal, y como si no estuviese fuera de lugar que ellos se cogieran de las manos, sin guantes, sin estar prometidos y sin estar acompañados, caminaron el uno sujeto al otro con decisión.

Volvió a llevar a Miranda al que había sido su escondite.

Ella sonrió solo de imaginar que iban a volver a pasar por un pasadizo secreto. Aquello era muy emocionante.

Él giró la cabeza para mirarla antes de adentrarse en aquel lugar oscuro. Al verla sonreír se sintió satisfecho.

En esta ocasión, Benedick prendió la antorcha que colgaba en el lateral izquierdo, la tomó con una mano y no necesitó buscar con la otra la de Miranda, ya que fue ella quien se aferró a él de nuevo.

Caminaron unos metros, pero en esta ocasión no continuaron en recto. A mitad camino se abrían dos pasadizos más; tomó el segundo de la derecha, subieron unas escaleras y continuaron hasta su destino: la sala privada de la marquesa.

Antes de entrar colgó la antorcha en el pasillo secreto. Abrió la puerta y le pidió a Miranda que esperara, pues estaba demasiado oscuro. Prendió una cerilla y fue directo al candil que había más próximo.

A medida que iba encendiendo las velas de distintos candelabros, Miranda se fue maravillando.

Aquella sala era muy acogedora.

Las gruesas cortinas de terciopelo, con un grabado muy especial, de pavos reales estampados con hilos de seda, ocupaban prácticamente toda la pared, cubriendo cuatro ventanales. El mobiliario era antiguo, pero estaba en perfecto estado: tres divanes forrados de seda negra con estampado en plata Damasco; dos sillones y cuatro sillas de estilo Luis xv, forrados de seda plateada y estampado negro, al contrario que los divanes.

En las paredes, el papel, con estampado gris claro, y las alfombras, del mismo color, ofrecían calidez.

Un par de mesitas para tomar el té y en un lateral un gran secreter.

Doce retratos de mujeres sonrientes parecían estar observándolos y dándoles la bienvenida.

Miranda no pudo evitar sonreír al pensarlo.

Benedick permanecía con los brazos cruzados, observando la reacción de ella.

—Estas bellas damas fueron en su día las señoras de este lugar —confesó él, sin dejar de mirarla.

—¿Las marquesas? —se apresuró a preguntar, emocionada.

Él asintió con la cabeza.

La joven, que se sentía muy a gusto allí, se acercó a mirar más de cerca, buscando a una en concreto.

—¡La sirena! —se expresó, jovial, señalando con el dedo.

Benedick sonrió, hechizado por la efusividad de la americana.

—Pero aquí no están todas las marquesas —se preocupó la joven.

—No, aquí solo están las que decidieron colgar sus retratos —informó—. O más bien, las que se casaron por amor.

Aquello consiguió atraer toda la atención de Miranda.

—¿En casi dos siglos solo doce? —preguntó, sorprendida.

Benedick se encogió de hombros.

Miranda se apenó.

—Oh —atinó a decir.

Ella, que se había emocionado con la historia de la primera marquesa, daba por hecho que todos sus

descendientes habrían seguido sus pasos.

Benedick le pidió con la cabeza que se acercara. Ella lo hizo y él abrió el secreter con la llave que había en la pequeña cerradura.

Ante sus ojos apareció un enorme libro, con las portadas de cuero y tallado con gran delicadeza.

Frotell lo sacó con sumo cuidado.

Miranda lo miró a los ojos al ver que él lo dejaba delante de ella.

—Ante ti está el segundo secreto mejor guardado de Secret Garden —confesó, casi susurrante, y no por miedo a que los escuchase alguien, sino porque él estaba emocionado. Jamás pensó que compartiría aquello con nadie.

Aquella emoción la percibió Miranda, y se sintió tan impactada que no pudo evitar emocionarse también.

—La historia de las doce marquesas que se casaron por amor.

Ella miró el libro. Sin poderlo evitar, llevó una de sus manos y lo acarició, como si con aquel gesto estuviese dándole las gracias a aquellas doce mujeres por compartir tan bellos recuerdos. No lo había leído, pero tras escuchar el que le había contado Frotell, no necesitaba saber más; esas mujeres habían sido muy generosas compartiendo su felicidad.

Se sentía tan dichosa, tan agradecida, tan especial en ese momento... Y todo porque Benedick había confiado en ella posiblemente el secreto más importante de aquel lugar.

Levantó la cabeza y miró al marqués con los ojos anegados en lágrimas.

Una rodó por su mejilla.

Benedick la paró con su dedo pulgar.

—Mi madre nunca tuvo la oportunidad de aprender a leer o escribir —confesó Miranda, sin saber por qué contaba aquello, pero con la necesidad de compartirlo con él—. Motivo por el que apoyó a mi padre en su empeño de que sus hijos recibiesen la mejor educación.

Benedick limpió una segunda lágrima con la otra mano.

—De haber sabido, creo que habría escrito su propia historia como lo hicieron ellas. —Señaló los retratos con la cabeza—. Se casaron enamorados y, a pesar de todas las dificultades por las que pasaron —expresó, aludiendo a la pobreza en la que vivieron—, fueron felices, porque su amor era todo cuanto necesitaban.

Él inspiró. Comprendía que Miranda había sido bendecida criándose con unos padres que no solo se querían entre ellos, sino también a sus hijos.

—Sois muy afortunada —indicó—. Mi madre sabía escribir, pero su historia no la encontraréis en este libro, como tampoco veréis en esta sala su retrato.

Ella volvió a apenarse, y deseó borrar la tristeza que a él parecía embargarle al pensar en su madre.

—Me cuesta imaginar a vuestro padre cortejando a una dama —bromeó ella.

Benedick sonrió.

—Más os hubiese costado imaginar a mi madre —expuso—. Hacían una buena pareja, ambos eran iguales.

No necesitaba preguntar más, la confesión de Benedick era suficiente para entender que la duquesa no había criado a sus hijos con cariño y afecto.

Ella nunca había pensado que la gente como el marqués hubiese podido tener una mala infancia; quizá, que ella se hubiese criado con unos padres afectuosos le había hecho creer que la mayoría de los padres eran iguales; excepto el de Wyatt, que había sido un salvaje.

Volvió a mirar el libro.

Lo acarició de nuevo como despedida.

Miró a Benedick.

—Entonces vuestra madre no era merecedora de escribir en estas páginas —aseguró.

Él sintió un aprecio especial por Miranda, porque había entendido que para él esas doce marquesas habían sido muy importantes. Sin siquiera tener que decírselo, ella lo había comprendido.

Desde luego que aquel libro era el mayor tesoro que él poseía, pues aquellas páginas, escritas con tanto cariño, les habían aportado a Victoria y a él durante muchos años esperanza. Una que fue desapareciendo con el tiempo, pues, con el paso de los años, sus padres se habían encargado de hacerles comprender que ellos no escribirían su historia de amor. Aun así, entre aquellas amarillentas páginas, la emoción y ternura con las que narraban esas doce mujeres sus propias historias les había aportado a ambos la calidez de un hogar.

Cerró el secreter con llave.

Apagó las velas y le dejó un candil a Miranda, el que utilizaría para acompañarla hasta su alcoba.

Al ver que él iba a abrir la puerta, ella lo detuvo.

—¿No vamos a regresar por el pasadizo?

Él negó con la cabeza.

En esta ocasión no la tomó de la mano, simplemente le ofreció el brazo.

Al salir de allí, ella entendió el motivo; estaban en el corredor que conducía a las habitaciones.

La acompañó como gran caballero que era, y la dejó en la misma puerta.

Ella lo miró a los ojos.

Otros ojos estaban observándolos desde una habitación del pasillo de enfrente. La oscuridad lo protegía de ser descubierto. No podía escuchar lo que decían, pero sí podía observarlos con atención. Y es que Dereck Boston no se había acostado; estaba convencido de que las ancianas se habían encargado de dejar a su hermana y al marqués a solas, y no se había equivocado.

Benedick tomó la mano de ella.

—Miranda... —Se quedó callado, no pudo formular la pregunta. Su primer instinto había sido averiguar si ella de verdad estaba prometida, pero se arrepintió porque no quería conocer la respuesta. Por una vez, quería ser egoísta y disfrutar de su compañía sin tener que compartir a Miranda con nadie, ni siquiera en pensamientos. Que todo lo que habían compartido quedase entre ellos. Solo entre ella y él. No era tanto pedir, ¿verdad?

—¿Sí?

Él se llevó la mano de ella a la boca, y, con un cálido roce de sus labios, besó sus nudillos.

—Buenas noches.

—Buenas noches —se despidió ella también.

Miranda entró en la habitación, donde la esperaba su doncella.

Frotell se alejó sin mirar atrás, y se dirigió hasta su alcoba.

Dereck Boston cerró la puerta y se tumbó con una gran sonrisa en los labios.

Capítulo 19

Miranda se había metido ella sola en un buen lío, de eso estaba segura. Las opciones para salir de aquel entuerto no eran alentadoras. La primera y seguramente la más sensata sería avisar a Wyatt, porque solo él le guardaría el secreto. Pero hacerle partícipe del desaguado que ella había orquestado por un arrebato del que en ese instante se arrepentía, no era una opción viable, pues su amigo no se merecía que, si los descubrían, lo acusaran por su culpa.

Suspiró, entre derrotada y asustada, pues debía buscar una solución de inmediato, o de lo contrario las consecuencias serían nefastas.

Ni que decir tiene, que ya estaba tronando la voz de su hermano Dereck en su cabeza, y no iba a negar que cada palabra que dijera se la tenía más que merecida por haberse dejado llevar con tanta impulsividad, sin pensar en las consecuencias.

Con una calma que no sentía, de puntillas, dando pasitos lentos, llegó hasta la puerta, momento que aprovechó para abrirla con la mayor celeridad y salir corriendo de su alcoba.

Una vez fuera su corazón se agitó: «¿Y ahora qué?», se preguntó, temerosa.

Negó con la cabeza. No tenía más opción, debía asumir la responsabilidad de sus actos y pedir ayuda.

Bajó las escaleras con decisión; debía avisar al mayordomo de Secret Garden.

Al llegar al último escalón, vio al marqués de Frotell a lo lejos, a punto de entrar en la sala de mañanas, donde seguramente ya estaría el desayuno preparado para los invitados, que pronto harían acto de presencia, pues tenían previsto partir a primera hora.

—¡Frotell! —llamó, más fuerte de lo que esperaba.

Benedick se sorprendió, ya que no esperaba que sus invitados se hubiesen levantado tan temprano. Él lo había hecho para reparar ciertos asuntos antes de partir a Escocia y dejarlo todo zanjado.

Ella le hizo señas con las manos para que se acercara.

Aquello despertó la curiosidad del marqués, quien se acercó hasta ella, observándola con atención. Parecía agitada y... ¿avergonzada?

La joven no le dio tiempo a preguntar; tomó de la mano a Benedick y tiró de él como si le fuera la vida en ello.

Él por su parte no opuso resistencia. Quizás, el arrebato de Miranda fuese la causa de que él por un momento se quedase aturdido. O, más bien, la frase con la que ella se expresó sin darle tiempo a réplica.

—¡Tenéis que acompañarme a mi alcoba!

Subieron las escaleras tan rápido que nadie llegó a verlos. No obstante, antes de que llegasen a su destino, Benedick empezó a tomar conciencia de lo que ella había dicho: ¡A su alcoba!

De todas las cosas que Miranda Boston podía haber pronunciado, justo esa era la que menos esperaba, pues ninguna dama invitaba a un hombre a su recámara.

De haber reaccionado antes, habría puesto resistencia a tal temeridad, pero ya estaban allí y, cuando él iba a sermonearla por tal imprudencia, se quedó paralizado, al tiempo que agrandaba los ojos.

Miranda lo miró con vergüenza.

Él abrió la boca y la cerró, la volvió a abrir y de nuevo se quedó sin palabras.

Ella tragó con dificultad. Al ver la expresión del marqués se convenció de que estaba en un buen lío.

—¿Qué... qué...? —Apenas podía formular la pregunta porque lo que había descubierto lo había dejado anonadado.

Bien, él siempre se había mostrado con entereza ante cualquier situación, y en ese instante era de vital importancia que actuase con la mayor tranquilidad, por el bien de los dos, tanto de Miranda como de él.

Se aclaró la garganta con un ligero carraspeo.

Miró a la americana y preguntó, con voz susurrante:

—¿Podéis aclararme cómo ha llegado este animal hasta aquí?

El animal en cuestión era un pavo real verde de los que vivían junto a la cascada escondida.

Miranda se ruborizó. No sabía cómo explicarle el motivo por el que aquel animal se encontraba en su alcoba, y no era porque no lo supiera, sino más bien, porque decirlo en voz alta podría acarrearle un problema mayor, ya que expresar ciertos sentimientos en voz alta no era ni aconsejable ni tolerable.

Él levantó las cejas, incitándola a responder.

Ella se mordió el labio inferior, intentando ganar tiempo o, más bien, fraguando en su cabeza una respuesta que no dejara al descubierto el verdadero motivo por el que había intentado raptar a ese animal. Y para ese impulso tan

solo había una respuesta sincera: quería tener un recuerdo de aquel lugar que tanto la había colmado de felicidad, o, más bien, de lo que escondía en verdad aquel recuerdo, algo más temeroso que lo que pudiese hacer ese pavo en aquella habitación: que ella deseaba recordar al marqués.

—Yo... yo...

—Usted... —la incitó él, esperando una respuesta.

Miranda miró al pavo real, luego al marqués.

—Pensé que nadie echaría en falta uno —respondió, aludiendo al animal que en ese momento parecía empezar a sentirse molesto.

Benedick parpadeó, ¿en serio la muchacha que tenía delante creía que él se iba a conformar con una aclaración tan endeble? ¿Que podía burlarse de él?

—Señorita Boston... —pronunció, tan enfadado que Miranda se entristeció. Él no se merecía que ella lo tratase como si fuese poco menos que un lerdo.

Sus ojos se humedecieron, tanto por la vergüenza como por la pena de que él se hubiese ofendido por su culpa. Motivo por el que, sin pensar, habló con el corazón:

—Me dejé llevar por un impulso —confesó, con voz rota—. Quería un recuerdo para atesorarlo con la misma estima que atesoraré la historia que tan a bien tuvisteis en compartir conmigo.

A Benedick se le desplomaron los hombros; esa muchachita era capaz de desarmarlo con tanta facilidad.

Podría haber esperado cualquier respuesta, pero esa, la confesión tan honesta con la que se había mostrado ante él, no. Y por un momento se olvidó de todo; de que estaban en la alcoba de ella; de que delante de ellos había un animal silvestre enfureciéndose; de que en menos de hora y media sus invitados estarían desayunando; de que tenía un padre que echaría a patadas a todos en cuanto descubriera al pavo real en aquella habitación... Él se olvidó de todo porque aquella confesión implicaba que Miranda Boston había deseado recordar la mañana que pasaron juntos. Y eso lo llenó de gozo. Puede que él estuviese equivocado y que solo deseara recordar los secretos mejor guardados de Secret Garden, pero cabía la posibilidad, por pequeña que fuera, de que lo que en verdad deseara Miranda fuera recordar aquel momento por él.

Estaba a punto de interesarse, deseaba fervientemente conocer la respuesta, pero el animal se movió y los dos se quedaron paralizados, pues la bestia abrió su preciosa cola, mostrando ante ellos su gran tamaño.

—No os mováis —siseó Benedick, sin dejar de mirar al animal.

—¿Qué vamos a hacer? —se preocupó Miranda, acelerada—. ¿No hay un pasadizo secreto en esta habitación?

«Ojalá», pensó el marqués.

—No, tenemos que sacarlo de aquí y llegar hasta la sala de la marquesa —susurró, ya que esa era la sala más próxima con pasadizo que los podría llevar más rápido al exterior.

El pavo real se abalanzó sobre ellos, y estos saltaron como resortes, cada uno a un lado. El animal los persiguió, llevándose a su paso todo lo que había alrededor. Por suerte, no quedaba mucho excepto el mobiliario, ya que la doncella de Miranda había puesto a buen recaudo todas sus pertenencias para que los lacayos bajaran sus baúles a primera hora. Aun así, los bártulos para el arreglo personal de Miranda que estaban en el tocador volaron como aves migratorias; el cepillo de plata, el espejo a juego, las horquillas, el perfume...

—Oh... oh... —se expresó Miranda al ver aquel desaguisado.

El marqués no se podía creer lo que estaba viviendo. ¡Por todos los dioses griegos, él era un marqués, no un hipnotizador de serpientes o, en su caso, de pavos reales! Y estaba en la alcoba de una de sus invitadas, corriendo de un lado a otro, saltando obstáculos e intentando averiguar cómo sacar a ese animal de allí.

Llevado por los nervios, agachándose en un acto reflejo para evitar el golpe de un taburete que la bestia había lanzado un par de metros, se expresó:

—¡Cómo diantres ha traído a este animal hasta aquí!

Miranda abrió los ojos como platos, no precisamente por el lenguaje utilizado por el marqués, ya que ella había escuchado cosas peores, sino más bien porque no había pensado en ello. Con los nervios de sacar a aquel animal, se había olvidado por completo de cómo había sido capaz de arrastrar a aquel bello ejemplar... Bueno, bello cuando estaba en su hábitat, en ese momento de bello no tenía nada.

—¡La cesta! —gritó, como si aquello significara algo para Benedick.

El marqués con gusto la habría atravesado con la mirada para que entendiese que no estaba para acertijos precisamente, pero su espíritu de supervivencia lo único que le permitió fue correr y volver a saltar otro obstáculo en el camino: el diván. Mientras, el pavo real adelantó el cuello con celeridad para picotearlo.

Durante unos minutos, allí no hubo tregua, tanto Benedick como Miranda corrían y saltaban sin descanso.

—No me lo puedo creer... —repetía sin cesar el marqués, convencido de que aquello no terminaría bien para

ninguno de los dos.

—Pues creedlo, Frotell, porque está pasando —respondía Miranda, con la voz entrecortada por el esfuerzo.

La bestia decidió cambiar de víctima, por lo que se apresuró en perseguir a Miranda. La joven se quedó tan ensimismada que no reaccionó; lo único que sintió en el último momento fue que sus pies dejaron de tocar suelo firme, ya que Benedick fue más rápido que el animal, saltó a la cama y, desde esa posición, tomó a Miranda por la cintura y la atrajo hasta él.

Aquello les dio unos segundos para tomar aire, ya que el ave también se había desorientado al golpearse contra la pared.

Miranda levantó la cabeza y se topó con la mirada del marqués, que la sostenía con fuerza, como si... Seguramente como si quisiera matarla por todo lo que estaba causando.

—Os prometo que me haré cargo de los gastos ocasionados —susurró ella, pensando que él estaba enfadado por el destrozo de la habitación.

Él entrecerró los ojos, ¿estaba ofreciéndole dinero para el arreglo de los muebles? Esa muchachita iba a acabar con él, pues la sola idea de que ella creyera que consentiría tal despropósito lo enervaba. Por otra parte, su corazón estaba agitado; a él le importaba bien poco todo cuanto había en aquella estancia, todo excepto ella. Él se sentía frustrado por no poder parar a aquella bestia y ponerla a salvo de cualquier ataque.

Iba a reprenderla por la simple insinuación, pero vio de reojo cómo el animal se abalanzaba sobre ellos.

Así que soltó a Miranda y gritó:

—¡Saltad!

Los reflejos de ambos les sirvieron para volver a escaparse de las garras del animal.

Y entonces ocurrió la mayor de las catástrofes: el animal arañó con sus garras las almohadas, y miles de plumas de oca volaron por toda la habitación, como si bailasen sobre Benedick y Miranda, que se quedaron ensimismados.

Al girarse el animal, la cola se llevó la tela de seda que cubría la cama con dosel.

Al quedarse atrapada el ave bajo aquel manto, Benedick se abalanzó sobre ella y forcejearon, momento que aprovechó Miranda para acercarse a la cesta que había dejado en un lateral de la habitación.

Escuchó un quejido del marqués, ya que incluso con el animal cubierto por la seda, se había llevado un picotazo en la frente.

Se acercó rauda hasta él y le pidió que se apartara.

Benedick la miró como si le hubiesen salido tres cabezas, ¿cómo iba a soltar al pavo dejándola a ella expuesta a un ataque?

Miranda extendió la mano y le mostró al marqués unos terrones de azúcar.

Él levantó las cejas mientras forcejeaba con todas sus fuerzas para que no se le escapara.

—Así es como lo traje hasta aquí —confesó ella, muy avergonzada—. Ofreciéndole terrones —expuso, arrepentida—. Al parecer es muy goloso, ya que durante el trayecto no me atacó.

Él parpadeó, incrédulo ante lo que había escuchado.

Ella lo miró con súplica.

—Dejadme que lo intente —rogó—. ¿Qué podemos perder?

«Los ojos si este animal no se calma», respondió él en su interior. No obstante, para no asustarla, ya que odiaba aquella situación de no poder mantenerla a salvo, cedió.

—Descubridle la cabeza —pidió a Miranda para ver cómo reaccionaba el animal, antes de soltarlo.

Ella se acercó y lo hizo.

En un primer momento, el pavo intentó picotearla; ella acercó un terrón y se lo ofreció en señal de buena voluntad.

Al parecer, y por milagroso que pudiese parecer, el animal captó aquella voluntad y se relajó.

Benedick miró a Miranda a los ojos.

Ella le sonrió, y esa sonrisa consiguió relajarlo a él más de lo que ninguno de los dos esperaba.

Soltó al animal y se posicionó al lado de la americana.

—Creo que es el momento de sacarlo de aquí —vaticinó Miranda.

—Sí, será lo mejor —concedió él.

Poco a poco Miranda fue sacando terrones, y el animal no puso objeción alguna en seguirla.

Benedick fue el encargado de abrirles paso, la condujo hasta la sala de la marquesa, y encendió la antorcha para que el animal no se sintiera confuso o temeroso ante la oscuridad del corredor secreto.

Miranda rezaba interiormente, ya que no soportaría que el animal destrozara aquella sala, la misma que para Benedick era tan importante y la que ella no olvidaría jamás.

Bajaron las escaleras y recorrieron un buen tramo de pasadizos hasta llegar al jardín.

Una vez allí, se adentraron entre los laberintos hasta llegar al lugar más secreto.

En cuanto el animal reconoció dónde se encontraba, dejó de interesarse por los terrones, se giró y corrió hasta situarse junto a su manada.

Miranda miró a Benedick.

—Menos mal, solo me quedaba un terrón —pronunció en un suspiro.

Él no sabía si reprenderla o besarla, pues verla con su melena suelta, totalmente despeinada y con rastro de plumas de oca de la almohada todavía enganchadas a sus rizos no sabía si le provocaba enfado o satisfacción. Enfado, por haberse puesto en peligro. Satisfacción, porque había recurrido a él para ayudarla a ocultar aquel incidente y por saber que al final ella estaba a salvo.

La americana desvió la mirada, necesitaba mirar por última vez aquel lugar.

—Son lo más hermoso que he visto nunca —pronunció, con ensoñación, porque sabía que no los volvería a ver más—. Aunque son hermosos en este lugar, no han nacido para vivir en alcobas.

«Lo más hermoso que he visto yo es su rostro», pensó él.

Al escuchar la palabra alcoba, Benedick reaccionó.

—Debemos volver, estará a punto de levantarse el resto de invitados —dijo del tirón, y, sin pensarlo, tomó de la mano a Miranda y se la llevó junto a él.

Cuando Miranda estaba a punto de salir de aquel mágico lugar miró hacia atrás, y, con la mano libre, lanzó un beso al aire en señal de despedida, y pronunció susurrante:

—Hasta siempre, lady Sirena.

Benedick llegó a escuchar aquella despedida, pero no se pronunció; continuó corriendo porque nadie podía enterarse... Claro que, en cuanto su ama de llaves entrase en la alcoba de Miranda, dudaba de que en la casa hubiese suficientes sales para sacarla de su desmayo.

Llegaron de nuevo a la sala de la marquesa por el pasadizo secreto, y allí pararon para tomar aliento.

—Debemos asear la habitación... —pronunció Miranda, con voz entrecortada.

Benedick, que estaba inclinado, con las manos apoyadas en sus piernas, intentando recuperar el aliento, levantó la cabeza y la miró a los ojos.

Levantó uno de los brazos, con el dedo índice extendido, pidiéndole un segundo para responder.

—Poseéis el don de olvidar con mucha facilidad —atinó a decir, antes de hacer un pequeño alto para tomar aire—. Por si lo habéis olvidado, soy marqués —sentenció.

Miranda se cruzó de brazos, ¿y eso qué quería decir?

—Lord Frotell, sé perfectamente quién sois —respondió, molesta.

Él consiguió ponerse erguido, ya repuesto.

—¿De veras? —indagó él, divertido y aturdido a partes iguales—. Pues permitidme que os ilustre: un marqués no persigue pavos reales, como tampoco adecenta las alcobas de sus invitados. Para ello tengo bajo mi cargo unos cuantos sirvientes.

Ella abrió la boca, y, al ver cómo él levantaba las cejas, la cerró. Tenía razón Frotell. Además, ella sola no podría adecentar aquel lugar a tiempo.

Él pensaba que por fin ella había entrado en razón y no volvería a insinuar algo semejante.

Cuando puso la mano en el picaporte para abrir la puerta, Miranda posó su mano sobre la de él, impidiendo que saliera.

Se miraron a los ojos.

—¿Qué vamos a decir cuando lo vean todo destrozado?

Él entrecerró los ojos. «¿Vamos?», ¿por qué lo había incluido a él? Era ella quien había metido al animal allí.

Suspiró, derrotado, pues lo había desarmado de nuevo. En vez de molestarse, incluso le llegó a parecer gracioso que aquella locura se hubiese convertido en una aventura entre ellos dos.

—Señorita Miranda Boston —habló, con voz amigable—. Con lo locuaz que soléis ser, estoy convencido de que inventaréis una explicación acorde a los destrozos.

Ella parpadeó.

¿Se estaba burlando?

No pudo preguntarle porque él abrió la puerta.

Ella, un tanto molesta por que se tomara aquello a broma, se pronunció justo detrás de él.

—Ya no podréis asegurar con tanta vehemencia que un marqués no persigue pavos reales —dijo, con altanería, para molestarlo—. Porque lo habéis hecho —se bufoneó—. No obstante, sentíos orgulloso de vuestra hazaña,

porque lo habéis hecho con la elegancia que se espera de un marqués.

Él se giró y la miró con intensidad.

Miranda no pudo reprimir una sonrisita, la misma que se esfumó al escuchar el grito de su doncella al entrar en la habitación.

En esta ocasión fue Benedick quien sonrió, ya que el rostro de Miranda lo recordaría eternamente.

—Oh, señorita Miranda —la imitó, usando el deje altanero que ella había utilizado—, voy a ser testigo de vuestra actuación —dijo, aludiendo al hecho de mentir ante los sirvientes—. Estoy convencido de que actuaréis con la elegancia que se espera de usted.

Ella apretó los labios, lo hizo a un lado, y caminó con decisión hasta la alcoba en donde su doncella se había quedado paralizada.

Tres ancianas que salían de sus alcobas se acercaron, al igual que lo hicieron el ama de llaves, Dereck Boston y Wyatt Mendoza.

Este último fue el encargado de sostener a la mujer que, como bien había vaticinado Benedick que se desmayaría, tal cual entró y contempló aquella escena tan dantesca sufrió un vahído.

Benedick cerró los ojos y suspiró.

Gracias al desvanecimiento del ama de llaves, Miranda tuvo unos segundos para fraguar en su cabeza una historia que fuese creíble, o eso pensaba ella.

—¿Qué ha pasado aquí? —se interesó, muy preocupado, el señor Boston.

—Eso mismo quiero saber yo —increpó el ama de llaves, una vez repuesta.

Miranda empezó a mover los dedos de sus manos, síntoma de que estaba nerviosa, y dos personas se percataron de ello: su hermano y el marqués.

—Es tan inverosímil lo que ha sucedido que apenas puedo creer que haya ocurrido de verdad —comenzó a justificarse la joven.

—Pues le aseguro que suceder ha sucedido —la reprendió de nuevo el ama de llaves.

Miranda inspiró con fuerza.

—Me levanté y abrí la ventana para comprobar si hoy sería un día gélido.

Cuatro personas tuvieron la misma reacción: abrir los ojos como platos. Esas personas fueron el ama de llaves, los dos lacayos que se habían acercado con la intención de bajar los baúles y la doncella de Miranda.

Benedick sonrió interiormente; era alentador averiguar que Miranda Boston no era una mujer dada a mentir, lo estaba comprobando en ese mismo instante. De ser así, sabría que en Inglaterra no era necesario comprobar el clima; en diciembre siempre hacía frío.

—Es una costumbre americana —comentó Benedick, atrayendo la atención de sus sirvientes para que no pusiesen en duda la explicación de la muchacha—. Extraña costumbre, pero... ¿quiénes somos nosotros para cuestionarla?

Miranda lo miró desafiante, ¿se estaba burlando de ella?

Él se encogió de hombros y se cruzó de brazos.

Dereck y Wyatt se miraron; no existía esa costumbre, ellos lo sabían, al igual que eran conscientes de que Miranda estaba mintiendo. Claro que, al ver la sonrisa mal disimulada del marqués prefirieron no intervenir, ya que el joven no parecía molesto, y motivos tenía para estarlo, viendo el estado en el que se encontraba aquella habitación, donde, para empezar, habían desaparecido las alfombras, las cuales habían sido sustituidas por plumas de oca.

—Le parecerá una costumbre extraña, milord —debatió Miranda, sin apartar la mirada del marqués—, pero, en América, cuando lo hacemos no somos invadidos por lechuzas.

El ama de llaves abrió la boca.

Benedick levantó una ceja, ¿iba Miranda a acusar a una lechuza de aquel desaguisado?

—¿Está diciendo que se coló una lechuza por la ventana? —indagó el ama de llaves.

La americana hizo aspavientos con las manos, de una manera muy teatral, mostrando los destrozos.

—¿Cómo si no iba a despedazarse todo con tal magnitud?

Benedick apretó los labios para no reírse, ya que ella parecía ofendida porque no creyeran su magistral interpretación.

Ese gesto molestó a Miranda y así se lo hizo saber a él.

—Doy gracias de que el marqués escuchó los golpes y se acercó para interesarse por lo que aquí sucedía.

Vaya, ya lo había involucrado a él.

Como era de esperar, recibió la atención de todas las miradas, momento que aprovechó Miranda para cruzarse de

brazos e imitarlo.

Él la miró con reproche.

Ella se encogió de hombros y sonrió.

—Tan solo puedo pedir disculpas por el salvaje comportamiento de nuestra fauna, señorita Boston —bromeó, aunque la sorna tan solo la conocía ella; los demás creyeron las palabras del marqués. Bueno, lo creyeron los sirvientes, ni las ancianas ni los americanos creyeron una sola palabra—. No obstante, en defensa de nuestros animales debo decir que la lechuza tan solo buscaba el calor del hogar, ya que en Inglaterra todos los días son gélidos por estas fechas.

Lady Violet sonrió. Le encantaba el marqués, o, más bien, le gustaba su humor cuando Miranda estaba cerca. Tan solo junto a ella ese muchacho era incapaz de mostrarse sereno, taciturno e inalcanzable como solía mostrarse siempre, pues Miranda sacaba lo mejor de él, y, lo más importante, conseguía que él no pudiese esconderse ante los demás; se mostraba tal cual era, con sus defectos y sus virtudes, aunque de eso él no fuese consciente.

—Señora Mutton, la dejo al cuidado de que esta alcoba vuelva a resplandecer como siempre —mandó al ama de llaves que se ocupase sin más dilación.

Miranda ya había dado su versión, falsa, pero la única que él apoyaría y no permitiría que pusiesen en duda; no había más que decir al respecto.

Poco a poco todos fueron alejándose en dirección a la sala de mañanas para dar cuenta del desayuno.

Lady Violet, con una gran sonrisa, habló a sus dos acompañantes mientras bajaban las escaleras.

—No sabía que las lechuzas tuviesen la fuerza suficiente de volcar incluso divanes.

—Oh, querida, al parecer el marqués posee aves dignas de estudio por estos lares —bromeó lady Hermione—. Deberíamos informar al joven, ya que es todo un hallazgo que las lechuzas que merodean estas tierras posean plumas de pavos reales.

Lady Philomena asintió con la cabeza, ella también había visto esas plumas.

Carraspeó para que sus dos amigas la escucharan con atención.

—Me temo que nuestra joven amiga americana ha descubierto el secreto de Secret Garden —argumentó, y las tres se alegraron, pues estaban convencidas de que había sido el marqués quien le había mostrado ese lugar tan especial—. Me temo que el joven marqués ha encontrado a su sirena.

Capítulo 20

Los carruajes estaban dispuestos para partir de inmediato. Viajarían a tierras escocesas en comitiva. Todos excepto el duque de Manfford, que había decidido postergar su partida un día más para enfatizar sus palabras de la noche anterior, aunque no tenía intención de regresar a Londres, pues las sesiones parlamentarias habían finalizado hasta la entrada del año nuevo, y, por lo tanto, no habría festejos importantes donde acudir para conocer a las jóvenes casaderas de la temporada. No obstante, jamás permitiría que los invitados de su hijo creyesen lo contrario, por ello partiría a la mañana siguiente hasta sus tierras. No tenía intención de presentarse ante los duques de Hamilton, entre otras cosas porque la duquesa había echado a perder todos sus planes con respecto a la unión entre su hija Victoria y el duque. Y, además, no comprendía esa amistad de la que gozaban con el americano; una cosa era que mantuviesen algún trato de negocios, no es que él fuera partidario de negociar con cierta clase de gente, pero incluso podría llegar a tolerarlo. Sin embargo, de ahí a que tratasen a Boston como si formara parte de la familia, era totalmente inconcebible.

Mientras el duque observaba en la ventana de su alcoba cómo se preparaban todos para partir, la voz del joven conde llamó la atención de los hermanos Boston.

—¡Miranda! —se expresó Simon.

El padre del muchacho lo miró con reproche.

El niño se percató y rectificó de inmediato.

—¡Señorita Boston! ¡Señorita Boston! —repetió, para que la americana lo escuchase—. ¡Podéis viajar con nosotros! —invitó a la muchacha a que montara en el carruaje junto a él.

Miranda miró a su hermano; este le sonrió y asintió con la cabeza.

La muchacha no lo dudó, y se acercó con premura al carruaje en donde el niño estaba esperándola. Le caía bien el conde, era un muchachito muy jovial.

Simon se hizo a un lado para que ella subiera, con la ayuda del duque de Wittman, quien, con gentileza, la ayudó a montar en el carruaje.

Cuál fue su sorpresa cuando, al tomar asiento, se percató de que sus acompañantes no eran los duques de Wittman, sino el marqués de Frotell y su hermana Victoria.

Ella quedó justo enfrente de Benedick.

Simon subió tras ella y tomó asiento a su lado.

El duque, antes de que el cochero cerrase la puerta del carruaje, advirtió a su hijo.

—Compórtate como un caballero, recuerda que eres el acompañante de dos damas —aludió a Victoria y a Miranda—. Y obedece a Benedick.

El muchacho asintió con la cabeza.

Miranda no pudo evitar mirar al marqués, era la primera vez que escuchaba a alguien llamarlo por su nombre de pila y eso le gustó. Lo hacía más humano, más amigable y menos inalcanzable.

Ante ese pensamiento no pudo evitar sonreír, una sonrisa que llamó la atención del marqués, quien levantó las cejas, en una clara invitación a que Miranda comentase a qué venía aquel escrutinio y sonrisa por su parte.

Ella se mordió el labio inferior y negó con la cabeza, pues no pensaba comentar sus pensamientos en voz alta, y de esa forma restó importancia.

Benedick la observó con detenimiento. Le hubiese gustado conocer la razón de aquel mohín, pero tanto le daba la respuesta, porque a él le encantaba verla sonreír, sobre todo por aquel hoyuelo de su barbilla que se acentuaba más cada vez que ella sonreía.

En un segundo carruaje, otro hoyuelo se intensificaba también; Dereck Boston se había levantado con un estado de ánimo alegre, dicharachero e incluso soñador.

—Pareces muy animado —comentó Beatrice, sin poder contener la curiosidad.

Dereck la miró con los ojos centellantes.

—Lo estoy —aseguró.

—¿Vas a compartir el motivo conmigo? —indagó ella.

—Aparte de que el día va a ser soleado —bromeó—, existen unas cuantas razones por las que sonreír —argumentó, muy cantarín—. Entre otras, que es la primera vez que estamos a solas desde hace casi un mes.

Beatrice se sonrojó.

Dereck rozó con sus labios la frente de ella.

La joven tragó con dificultad, le costaba contenerse ante cualquier roce de él. Era tan inhumano desear algo y no poder conseguirlo... Beatrice deseaba amar libremente al americano, pero no podía, y bien sabía ella que dejarse llevar tan solo traería desgracia a su familia.

—¿Y cuáles son las otras razones? —se apresuró a preguntar, para que él no continuara con aquella caricia.

La sonrisa del hombre se intensificó.

—Es muy posible que Miranda acabe sintiéndose parte de Inglaterra —comunicó, animado—. He observado que el marqués tiene en alta estima a mi hermana.

Levantó las cejas y las movió dando más énfasis a sus palabras.

Beatrice frunció los labios, un gesto que no gustó a Dereck.

—¿Qué ocurre?

La mujer no deseaba borrar de un plumazo la alegría que él mostraba, pero debía ser franca con él o Dereck acabaría albergando una esperanza efímera.

—Es cierto que Miranda goza de la estima del marqués —pronunció, con cautela—. No obstante, ese interés no pasará de una amistad, pues el marqués no cortejará a Miranda.

A Dereck se le esfumó la sonrisa.

Beatrice observó aquel cambio de humor y quiso aclarar sus palabras, pues no era su intención que se sintiera ofendido; solo quería que comprendiera que lo único que ella pretendía era que él no se ilusionara en vano.

—Su título es ancestral —expuso, con voz amigable—. Su legado el más elevado —aludió al título de duque que heredaría con el tiempo—. La sociedad no aprobaría la unión de un par del reino con una mujer que no pertenezca a la nobleza —y añadió, con celeridad—: o más bien, a las Islas Británicas.

Dereck Boston había soportado infinidad de comentarios a su parecer estúpidos por parte de los considerados nobles. Puede que él hubiese aguantado las estúpidas normas protocolarias para conseguir su fin, que era hacer negocios con esos hombres. Ahora bien, que en esas mentes retorcidas, elitistas y anticuadas se pusiese en duda si su hermana estaba o no a la altura de cualquier otra muchacha que perteneciese a una familia de alta cuna, eso no lo iba a tolerar.

—Beatrice.

Ella se estremeció, no le había escuchado aquel tono de voz tan grave desde que lo conocía.

—Estoy cansado de tanta hipocresía —adujo, dejando a la joven sin aliento—. Llevo demasiado tiempo intentando conseguir el beneplácito de tu madre sin necesidad —expresó, ofuscado, pues estaba realmente cansado de todo aquello—. En cualquier otro lugar cualquier madre estaría encantada de recibirme en su familia.

Ella se apretó las manos. Él tenía razón, era un buen hombre, decente, caballero, apuesto y, lo que más importaba a las familias de las jóvenes casaderas, con fortuna.

—En vuestra querida Inglaterra valoráis a la gente por sus títulos, no a las personas —criticó—. Os obcecáis en negar el progreso, incluso cuando delante de vuestras narices estáis viendo que vuestros gloriosos nobles poco a poco van desapareciendo —expuso ante ella una realidad que nadie quería aceptar, pues la guerra había acabado con más nobles arruinados que muertos—. Puede que yo no posea el título que tu familia desea para ti, pero tengo el dinero que podría garantizar tu estabilidad y la de tu familia de por vida —aseguró, ya que para él era inconcebible que a la madre y al hermano de su esposa les faltase algo mientras él respirase—. Por no mencionar, que tú serías tratada como una reina a mi lado.

Ella sonrió con tristeza.

—He aceptado vivir esta pantomima por ti —declaró, sin apartar los ojos de ella—. Estoy siendo demasiado considerado con los desaires de tu madre —expresó, aludiendo a cada comentario halagador por parte de la señora Hook hacia cualquier noble que mostrase interés en su hija, incluso delante de él, conociendo sus sentimientos, pues él no los ocultaba, y había mostrado abiertamente su interés por Beatrice—. Pero mi consideración se termina ante cualquiera en el mismo instante en que se hace de menos a mi hermana, bien sea por parte de un aristócrata, por parte de un sirviente, o por parte del mismísimo rey —decretó—. La mera insinuación de que Miranda no está a la altura de cualquier noble, no solo me ofende, sino que me lo tomo como una afrenta personal —añadió, amenazante—. Y créeme, Beatrice, que no haré distinción con nadie. Todo el que menosprecie a mi hermana me tendrá como enemigo.

Aquello no dejaba lugar a réplica, ella lo había entendido a la perfección; había soportado desaires por parte de su madre por ella, pero, si se ofendía a Miranda, no tendría piedad con nadie, y ese “nadie” incluía a su madre, e incluso a ella.

Beatrice inspiró con fuerza, necesitaba que él la entendiera.

—Jamás me atrevería a cuestionar tal afirmación —se defendió, ya que sus palabras no habían sido con intención

de menospreciar a Miranda—. Sería la primera en alegrarme si el marqués decidiera cortejar a Miranda —confesó, honesta—. No obstante, porque os apreció, no quisiera que ninguno de los dos albergaseis esperanzas con respecto a esa posible unión, porque el marqués no goza de plena libertad para elegir a una mujer con la que desposarse por amor. —Se entristeció, pues la verdad era tan triste como que ella misma tampoco gozaba de esa libertad—. Tus palabras han sido tan ciertas como acertadas. En Inglaterra medimos a la gente por sus títulos, y si los veneramos es porque deben cumplir unas normas. Por desgracia, todavía nadie ha roto la más sagrada: la unión entre compatriotas.

Dereck odió sus normas, sus estatus, sus tradiciones...

—Vuestros reyes se casan con extranjeros —criticó el americano la gran hipocresía a la que había aludido al comenzar su explicación.

Ella lo miró con ternura.

—¡Oh, Dereck! —se expresó, con cariño, para que él se relajara, pues no le gustaba verlo enfadado—. ¿Acaso crees que se les acoge con alegría?

Él la miró y ella negó con la cabeza para que entendiera que incluso los cónyuges de los reyes eran criticados y menospreciados por no ser ingleses.

Dereck Boston negó con la cabeza; los ingleses eran seres extraños que jamás cambiarían.

Mientras el americano se iba relajando, en el tercer carruaje estaba a punto de iniciarse una conversación que tampoco parecía que iba a gustar a uno de los interlocutores, pues el señor Hook tampoco estaba de humor para soportar ciertos comentarios.

—No deberíamos permitir que Beatrice viaje en compañía del americano, sin su carabina —opinó la madre de Beatrice, criticando el comportamiento de su propia hija.

—El americano tiene nombre —indicó Leighton, reprochándole a su madre que hablase de él como si no fuese alguien importante para su hermana—. El señor Boston.

La mujer lo miró con acritud, no le había gustado su forma de responderle.

—Un hombre a solas con tu hermana podría ser motivo de habladorías —zanjó.

Leighton ladeó la cabeza, quería mirar a su madre a los ojos.

—Un hombre que está interesado en Beatrice y que no tardará en pedir su mano —advirtió a su madre, pues no comprendía cómo no había solicitado el señor Boston una entrevista con él para llegar al acuerdo más esperado. No lo entendía porque se le veía interesado en su hermana, y, es más, estaba convencido de que, si ese hombre continuaba en Inglaterra, era por Beatrice.

La madre agrandó los ojos; no compartía que su hijo estuviese dando su beneplácito a esa unión.

—Debí ser más estricta con Beatrice —dijo, con reproche—. Zanzaré esa amistad por el bien de ambos —vaticinó—. El señor Boston no es de los nuestros.

«No es de los nuestros», se repitió Leighton para sí mismo. Unas palabras que él odiaba, pues esa frase tan corta podía ser más mortífera que un puñal. Cuántas veces había escuchado «ya no eres de los nuestros», «me gustaría ayudarte, pero ya no eres de los nuestros», «no puedo fiarte, ya no eres de los nuestros». Esas palabras lo habían marcado a fuego. Él, que siempre había sido un hombre honrado, trabajador, de palabra.... De poco sirvió cuando su padre lo perdió todo, porque nadie ayudaba a quien no consideraban “uno de los suyos”.

Miró a su madre con intensidad.

—Cuando os referís a uno de los nuestros ¿aludís a su estatus de americano? —indagó, con cierta turbación, porque no quería imaginar que su madre fuese capaz de insinuar otra cosa.

—Entre otras —replicó.

Leighton se tenía por un hombre tranquilo, considerado y bastante transigente, pero llevaba un par de días rabioso con el mundo, o, más bien, con todos aquellos que anteponían el estatus social a la felicidad. Las palabras de Victoria le habían calado hasta lo más hondo cuando él expuso que no era suficiente para ella: «Puede que no lo sea para el duque de Manfford. No así para su hija. Dudo que exista un hombre más notable y perfecto para mí que usted». Con ese último pensamiento y la zozobra que le provocaba pensar en ello, se tensó.

—Espero que no se refiera con “uno de los nuestros” a todos aquellos que cuando nuestra familia cayó en desgracia nos dieron la espalda, nos vejaron, nos despreciaron y nos trataron con la mayor de las insolencias.

La madre agrandó los ojos.

—Usted dejó de ser uno de los suyos... —Hizo una corta pausa para medir sus palabras, ya que su enfado podía hacerle decir cosas de las que después se arrepentiría—. Es más, dudo que sigan considerándola como tal.

—¿Cómo osas hablarme así? —se ofendió.

—Alguien tiene que hacerle saber que usted no puede medir a los demás con la altivez que está mostrando —la

sermoneó—. No tiene la potestad para hacerlo, ya que los que usted menciona como “suyos” la repudiaron. Lamento tener que ser tan rudo, pero es mejor que sea su propio hijo quien la prevenga de su actitud altanera, porque si lo hace otro, créame, madre, no será tan benévolo.

La madre parpadeó, agitada ante aquellas palabras hirientes por parte de su hijo.

Leighton sabía que no debía hablar así, pero si su madre continuaba haciendo esos comentarios en público, alguien con poco tacto le recordaría a toda la familia Hook su pasado, y los castillos de naipes que su madre había fraguado en su cabeza caerían de golpe, llevándose sus ilusiones y su orgullo.

No quería herirla, pero había escuchado a su madre dos frases muy desacertadas la noche anterior y lo había dejado pasar. Sin embargo, debía prevenirla, pues esa altivez que mostraba podía poner en peligro la felicidad de su hermana Beatrice, y eso no lo iba a permitir.

—Aquello pertenece al pasado —argumentó la madre, bastante ofuscada—. Tú has elevado de nuevo a la familia al puesto que le corresponde.

—No, madre, no se confunda —la previno—. Estamos bien situados gracias a la duquesa de Whellington, por considerarme su hombre de confianza, pero para “los suyos” sigo siendo el hijo del hombre que lo perdió todo en una partida de cartas.

La mujer negó con la cabeza.

—Estamos invitados a todos los eventos sociales de mayor relevancia —apuntó la madre—. Pocos son los afortunados de acudir a esos eventos —argumentó, triunfal—. Solo los elegidos pueden gozar de ciertas invitaciones, y nuestra familia, durante esta última temporada, las ha recibido todas.

Leighton inspiró con fuerza. Su madre estaba ciega y, peor aún, obcecada en creer aquello. Él estaba convencido, muy a su pesar, pues la conclusión a la que había llegado no le gustaba, más que nada porque decía muy poco de su propia madre, ya que algo le advertía de que la mujer que tenía delante, la misma que le había dado la vida, estaba utilizando a su propia hija en su beneplácito. Ese resquemor lo intuía desde hacía meses y miedo le daba averiguar la verdad.

Llegados a ese punto, era mejor sentir dolor por descubrir que su madre era tan egoísta como para poner en peligro la felicidad de su hija, que ver a su hermana infeliz el resto de su vida. Por ello, iba a poner las cartas sobre la mesa, pues solo así descubriría las intenciones de su madre con respecto al futuro de Beatrice.

—Madre, usted siempre ha gozado de inteligencia —la ensalzó, provocando una sonrisa en la mujer—. Motivo por el que ambos sabemos que esas invitaciones no las hemos recibido nosotros —dijo, aludiendo a los eventos de los que su madre se vanagloriaba por haber acudido—. Mi hermana y usted han sido invitadas como acompañantes del señor Boston.

La vena del cuello de la señora Hook empezó a palpar, no le gustaba que su hijo le recordara algo que ella intentaba negar ante todos.

Le parecía una insolencia tener que acudir a aquellos eventos por la amistad de la que gozaba su hija con el americano, en vez de ser invitados como se merecían, pues ellos pertenecían a la alta clase social.

—¡No! —se expresó, alterada—. Tu hermana es una muchacha casadera —discutió—. Estuvo a punto de ser condesa, motivo por el que unos cuantos nobles tienen puestas las miras en ella.

El corazón de Leighton comenzó a agitarse, pues sus peores temores se estaban confirmando.

—¿Quiénes? —provocó, para que su madre revelara la verdad ante él.

—Nobles.

—¿Quiénes? —repitió, con acritud, porque sabía que la respuesta no le iba a gustar.

—Un barón y un baronet.

—No le he pedido su jerarquía social —la reprendió—. Quiero sus nombres.

La mujer se irguió como si al hacerlo fuese a darle mayor relevancia a los hombres que iba a nombrar.

—El barón Danbole y el baronet Busty.

Leighton no sabía si le molestaba más el tono triunfal con el que su madre había pronunciado aquellos nombres, como si fuese un triunfo que Beatrice pudiese ser cortejada por esos nobles, o que hubiese sido capaz siquiera de considerarlos para su hija.

Se movió con celeridad, tomando el asiento de enfrente; quería encararse a su madre, que pudiese verlo y escucharlo con la mayor claridad.

La mujer se sobresaltó, no esperaba esa reacción por parte de su hijo.

—Atienda bien a mis palabras, madre —dispuso, para que ella notase su solemnidad y su autoridad—. No concederé la mano de mi hermana a un hombre que ha enterrado a dos esposas —aludió al barón—. Como tampoco lo haré a un sexagenario —se refirió al baronet—. Entregaré a mi hermana al hombre que sea capaz de hacerla feliz

y por el que Beatrice esté enamorada, y, por ende, al señor Boston.

La madre agrandó tanto los ojos que incluso llegaron a dolerle.

Poco más podía decir ella, pues su hijo estaba siendo muy conciso. Otra cosa era que ella buscara la forma de acabar con la relación del americano y su hija.

Leighton sintió lástima; para su madre Beatrice no era más que un bien con el que conseguir volver a pertenecer a la nobleza.

Él había adorado a su madre, la había respetado y admirado; llegar a aquella conclusión lo había roto por dentro. En el fondo su madre era igual que el padre de Victoria.

Capítulo 21

Tras seis días de viaje, uno más de lo previsto, debido a las contadas ocasiones que tuvieron que parar, dado el estado avanzado de gestación de la duquesa de Wittman, tan solo faltaba media hora para llegar a Great Castle.

En el carruaje del marqués de Frotell, como venía siendo habitual, viajaban Victoria, Miranda, Simon y él.

El pequeño conde y la hermana de Benedick se habían quedado traspuestos.

Miranda llevaba rato mirando por la ventanilla, aunque apenas veía el paisaje, ya que sus pensamientos la mantenían abstraída.

No sabía qué pensar con respecto a ciertas cosas, pues, desde que había llegado a Inglaterra, no se había sentido plenamente cómoda, excepto cuando llegó a Secret Garden. En aquel lugar no solo se había sentido a gusto, sino que, de alguna forma extraordinaria, parecía sentirse como en casa. Y eso era tan perturbador... ¿Cómo había podido alcanzar aquella sensación? Era ilógico. Tanto como que durante los seis días que llevaban viajando no hubiese echado de menos su hogar. Incluso le costaba recordar el rostro del señor Hill. No es que ella se hubiese fijado mucho en él, si era sincera consigo misma, pero era el único que había mostrado tanto interés en ella como para albergar la idea de contraer nupcias. Al pensarlo se estremeció. ¿Qué sabía ella en verdad del señor Hill? Nada. Que era un hombre que mostraba interés en ella, nada más. Y esa conclusión la llevó a otra pregunta: ¿La tomaría de la mano como había hecho el marqués en alguna que otra ocasión? Volvió a temblar al imaginarlo, pues en ese instante fue consciente de que no le gustaba la idea de que un hombre la tocara... O que la tocara otro hombre que no fuese Frotell.

El marqués, que estaba muy atento a Miranda, observó sus estremecimientos, y, lo más preocupante, que había perdido la sonrisa. Por ello, consciente de que estaba ensimismada, decidió sacarla de su letargo e intentar que ella se relajara. No sabía cómo, ya que él nunca había tenido la necesidad de tener que alegrar a alguien, y tampoco es que él fuese un hombre alegre. Sin embargo, con Miranda parecía que todo fluía, pues no le costaba esfuerzo alguno con tal de verla sonreír.

Se inclinó hacia delante, llamando así la atención de la americana, quien, al notar el movimiento de él, lo miró a los ojos.

Él le hizo un gesto con la cabeza para que se acercase, con la excusa de tener que hablar casi en susurros para no despertar a sus acompañantes.

La joven también se inclinó y sus caras quedaron a menos de un palmo. Al hablar podían sentir sus alientos.

—Creo que sé el motivo de vuestra preocupación —susurró el marqués.

Miranda parpadeó y se sonrojó; la sola idea de que él hubiese intuido lo que pensaba la avergonzó.

Él adoró aquel sonrojo. Poco le importaba lo que estuviese pensando, solo por verla tan de cerca, con las mejillas encarnadas, todo merecía la pena.

—¿Sí? —murmuró Miranda.

Él asintió con la cabeza.

—Estáis intrigada por conocer los recovecos secretos de Serenity Park.

Miranda agrandó los ojos.

—En... en... —titubeó, por la emoción—. ¿En Serenity Park hay pasadizos secretos?

A Benedick le costó aguantar la risa; ella era tan inocente, tan expresiva, tan bonita...

—Dudo que un palacio que perteneció a uno de los barones más legendarios no posea cámaras secretas —vaticinó—. Y sé que es eso en lo que estabais pensando.

Miranda poco a poco fue ensanchando su sonrisa, la misma que llegó al corazón del marqués, quien se sintió pleno al ver aquel mohín tan perfecto en los labios de ella.

—¿Y mi hermano es conocedor de esos pasadizos? —indagó, un tanto decepcionada por que Dereck no hubiese compartido con ella tan alto y estimado secreto.

Benedick notó aquella desilusión, consciente de la decepción que embargaría a la muchacha que él afirmara sus dudas. Lo cierto es que dudaba de que el señor Boston estuviese al corriente. Conociendo al barón, le habría costado sudor y lágrimas desprenderse de su estimado palacio. Un lugar que había despertado siempre la envidia de todos los que le rodeaban. Las penurias por las que debía de estar pasando le obligaron a desprenderse de su posesión más valiosa, la única que no estaba ligada al título, pero que había sido durante siglos el mayor triunfo de la familia del barón: un palacio que nada tenía que envidiar al del rey. Por ello, era muy posible que no le hubiese hablado a Dereck de aquellos corredores que toda gran casa señorial poseía, ya que una cosa era tener que venderlo, y otra

tener que compartir sus mayores secretos con un americano.

No podía ser del todo sincero con Miranda, ya que no deseaba que ella conociera el motivo por el que su hermano había adquirido un palacio tan importante, que no había sido otro que su desorbitado precio, y no el afecto que el barón pudiese sentir por el comprador, pues para él, como para la mayoría de los aristócratas, “el americano no era uno de los suyos”.

—No creo que vuestro hermano conozca la existencia de los pasadizos —reveló, para que ella no se sintiera decepcionada—. El barón se guardaría el secreto —añadió. En el fondo era lamentable que supiese que a su hermano todavía había mucha gente que lo despreciaba por sus orígenes—. De normal, estos suelen pasar de padres a hijos.

Miranda se quedó pensativa, ¿podía alguien guardarse para sí mismo algo tan importante tras vender sus propiedades?

Benedick necesitaba distraerla; si continuaba pensando, llegaría a la verdad.

—Si me permitís visitaros cuando esté en Londres —comentó, susurrante y con el corazón agitado, pues la respuesta de ella iba a significar mucho para él—, me complacería poder ayudaros a encontrar los pasadizos.

Miranda parpadeó; su estómago revoloteaba por la emoción.

¿Frotell la visitaría? Casi estuvo a punto de dar palmaditas de felicidad, pues no había pensado que al regresar dejaría de verlo. Y la sola idea de poder compartir una nueva aventura con él le parecía tan emocionante...

Su sonrisa fue tan plena que incluso el marqués obtuvo su respuesta sin necesidad de palabras.

—No veo el momento de regresar a Serenity Park y recibir vuestras visitas —alegó, casi cantarina.

Benedick le devolvió la sonrisa. La respuesta de ella decía más de lo que él esperaba; había dicho “vuestras visitas”, ella quería verlo en contadas ocasiones, no había hablado en singular.

Victoria, que se había despertado, los había estado observando desde el principio de la conversación. Incluso había llegado a emocionarse al contemplar cómo su hermano conseguía hacer sonreír a Miranda con facilidad. Y lo relajado y feliz que se veía a Benny cada vez que conseguía aquel logro.

Cerró los ojos para que no la descubrieran, pues, a su parecer, aquella intimidad entre Miranda y Benny tan solo les debía pertenecer a ellos. No obstante, le gustó haber podido ser partícipe muda. Sin embargo, lamentó que aquella unión tan especial de la que parecían gozar los dos pronto se viera truncada. Y no podía asegurar los sentimientos por parte de Miranda con respecto a su hermano. Aunque, por lo que veía, la joven iba a sufrir tanto como Benny en cuanto su padre le exigiera poner fin a aquella amistad.

Se apenó por su hermano, ya que ella sí sabía lo que era amar a una persona por la que no podría ser correspondida. Y no porque los sentimientos de aquel hombre no le correspondiesen, sino porque su padre no admitiría su unión.

El carruaje tomó un bache que despertó al pequeño Simon. Aquello fue la excusa perfecta para que Victoria fingiera haberse despertado abruptamente.

—Tío Benny, ¿vendrás a visitarme? —pronunció, con voz somnolienta.

—Por descontado —aseguró el marqués.

Sheena Road estaba a una hora de Great Castle y a dos de Manfford Abbey, podría cabalgar en alguna que otra ocasión para visitar a su amigo Derian, y estar al tanto del inminente alumbramiento de Darline.

El pequeño sonrió triunfal y ladeó la cabeza para mirar a su acompañante.

—Señorita Boston, ¿usted acompañará al tío Be...? —rectificó de inmediato—: ¿Al marqués?

Miranda se mordió los labios para no reír.

—¿Cree que lord Frotell deseará mi compañía?

El crío miró al que consideraba su tío.

Vio la sonrisa de este y asintió con la cabeza.

—Por descontado —imitó a Benedick—. Goza de su compañía tanto como lady Victoria y yo.

La americana se sintió dichosa. En ese carruaje estaban las tres únicas personas con las que se había podido comportar siendo ella misma, sin sentirse observada o buscando un mínimo fallo para criticarla y sermonearla; saber que ellos gozaban de su compañía era halagador.

—Debe venir a Sheena Road —insistió el niño—. Mis amigos deben conocerla, o jamás creerán cuando les diga que los americanos hablan un inglés muy extraño.

Benedick no pudo retener la risa al ver cómo Miranda fingía sorpresa y el niño acabó riéndose también.

Victoria pidió disculpas con la mirada para que la americana no se sintiera ofendida.

Miranda entrecerró los ojos.

—No deberían reírse tanto —aludió a los dos—. Ustedes también pronuncian un inglés extraño.

Benedick agrandó los ojos.

Miranda torció el labio.

Simon la imitó, frunciendo el ceño y entrecerrando los ojos.

—Debe saber que nuestro inglés es perfecto —se defendió—, pero tiene que ser consciente de que el marqués y yo somos escoceses.

Miranda no quería reírse, era tan divertido ver a un niño de ocho años sintiéndose ofendido.

Si ellos supieran que lo que más le gustaba de ellos era aquel deje, porque le encantaba la entonación con la que pronunciaban... Definitivamente, a Miranda Boston le encantaba escuchar a un escocés hablar inglés. Por extraño que pudiese parecer, le hacía sentir en casa.

—Entonces tendréis que reconocer que mi inglés es perfecto —imitó al niño—, pero debéis comprender que soy americana.

Victoria le hizo un pequeño asentimiento de cabeza a Miranda, dándole la enhorabuena por su respuesta.

El crío miró a Benedick.

El marqués se encogió de hombros, dándole a entender que Miranda tenía razón.

—De acuerdo —concedió Simon—, pero debe acompañar a Benedick para que mis amigos la conozcan.

Miranda lo miró con cariño.

—Será un honor poder conocerlos.

Así concluyó la conversación; el carruaje acababa de apearse ante la puerta de Great Castle.

Los duques de Hamilton salieron a recibir a sus invitados. Era el primer evento que organizaba la duquesa y estaba deseosa de poder ejercer de anfitriona.

Los marqueses de Stanford llevaban un mes alojados en Great Castle; la madre de Abby había acudido a la llamada de su hija cuando esta le pidió consejo, ya que no quería defraudar a nadie, menos a su propia madre, que era considerada una de las mejores anfitrionas de Inglaterra.

—Fíjate, Phillip, nuestra hija recibiendo a sus invitados —pronunció, orgullosa, mirando a través de un ventanal.

El marqués se acercó a su esposa por detrás, la rodeó por completo y la besó en la cabeza.

—Estas navidades van a ser más especiales para nosotros que para ella —argumentó el marqués, quien siempre había estado enamorado de sus gemelas.

Olivia se giró; quedó encarada a su esposo y entre sus brazos.

—Tenemos tanto que agradecer, Olivia —rezó—. Nuestro hijo está sano, nuestro nieto vivo y nuestras hijas felices.

La marquesa se emocionó, su marido siempre tan pendiente de toda la familia.

Levantó la mano y acarició el rostro del hombre que amaba.

—Gracias a ti.

Él negó con la cabeza y ella le sujetó la barbilla.

—Por supuesto que sí, milord —reconoció, con la emoción de una mujer orgullosa del hombre que tenía por esposo—. Fuiste el partícipe de que nuestras hijas alcanzasen la felicidad. Sin ti ellas no serían quienes son ni habrían gozado de la libertad que tú les otorgaste.

Como gratitud a aquellas palabras, Phillip Allende, marqués de Stanford, besó a su mujer con el sentimiento que un hombre honrado y enamorado podía entregar.

Olivia sabía que pocas mujeres habían podido vivir con tanta libertad como sus hijas, pues su esposo, el hombre más adorable de Inglaterra, las había criado con una única premisa: que alcanzaran la felicidad. Siempre las había protegido y apoyado en sus decisiones. Motivo por el que sus hijas sentían plena admiración y debilidad por él.

Capítulo 22

Del primer carruaje descendieron lady Philomena, lady Hermione y lady Violet. Nada más apearse buscaron con la mirada a Abby. La duquesa, antes de acercarse a ellas, les hizo un gesto con la cabeza para que supiesen que había recibido la nota que ellas habían enviado a través de un recadero con urgencia.

No había necesidad de hablar de ello. En cuanto Abby leyó aquella nota, en la que pedían que se encargase de retener a la duquesa de Wittman, Abby no necesitó saber más. Porque, conociendo a las ancianas y todo cuanto les estaban enseñando a Penelope, a Sophie y a ella para continuar con *Los Ecos de Sociedad*, cualquier petición por parte de ellas estaría justificada por una buena causa.

El motivo no lo iban a compartir en esta ocasión con ella, porque la petición escondía un secreto que podría destrozar vidas. Pero, en cuanto se enteraron de que el duque de Wittman estaba en Londres persiguiendo al hombre que raptó a su hijo, no tardaron en ponerse en contacto con una mujer que les debía un gran favor, la clase de favor que mantendría a esa persona en silencio de por vida en caso de descubrir la verdad.

Y esa mujer las había acompañado durante todo el viaje como dama de compañía, aunque lo cierto es que Delphina era comadrona.

Había sido muy arriesgado viajar en tan avanzado estado de gestación, pero Darline quería regresar a casa. Y ahí el temor de las ancianas, porque para la sociedad, la duquesa alumbraría a su segundo hijo, pero ellas eran conscientes de que era una parturienta primeriza. Por eso no dudaron en orquestarlo todo de inmediato, y mandaron la misiva a Abby para que retuviera a la duquesa; no podían arriesgarse a que la muchacha fuese descubierta por un médico que diese parte y pusiera en peligro la vida de los duques y de su hijo. Menos, cuando ese niño llevaba sangre de un St. John.

Al llegar los duques de Wittman, quienes tan solo pretendían presentar sus respetos a los duques de Hamilton, Abby los sorprendió:

—Querida duquesa, cuánto me complace que os llegara mi invitación —pronunció, alegre.

Darline parpadeó. No comprendía a qué se estaba refiriendo, pues ella no había recibido invitación alguna.

Derian miró a su mujer.

—Lady Hamilton... —Darline iba a sacar de su error a la duquesa, pero esta se adelantó.

—Oh, por favor, llámeme Abby —saludó, invitándola a que la tratase de forma amistosa—. Somos vecinas y para mí sería un honor tenerles entre mis amistades.

Darline agradeció aquella oferta, pues, por su pasado, gozaba de pocas amistades. Y lo cierto es que el ofrecimiento de la duquesa de Hamilton sonaba sincero, algo que agradecería, pues, a pesar de volver a estar en la sociedad, siempre quedaría gente dispuesta a recriminarle el haber abandonado su hogar durante siete años.

Si de algo se caracterizaba lady Hamilton, era de su naturalidad y honestidad, y como tal se mostraba ante todos. Y en esta ocasión, su gesto conmovió a los duques de Wittman, que estaban en ese momento delante de ella.

—Por favor, es mi primer acto social como anfitriona —reveló ante ellos—. Vuestra presencia elevará el evento. —Y se inclinó para bajar la voz, como si quisiera confesar algo—. Desearía que mi esposo se enorgulleciera por haber conseguido que todos sus vecinos gocen de nuestra hospitalidad.

Niall la miró de soslayo, ¿qué estaba tramando su mujercita?

Tras aquella confesión, negarse sería airar a la duquesa. Abby lo sabía, Darline lo sabía. Derian miró a su mujer.

—Será un honor para nosotros ser vuestros invitados —declaró Darline.

—Fantástico —celebró Abby, con una palmadita.

El ama de llaves se hizo cargo de la situación, invitando a los duques a que la siguieran, consciente de que la duquesa necesitaba descansar.

Niall miró a su mujer de frente.

—Eres consciente de que no necesito a ningún invitado para sentirme orgulloso de ti —se interesó, por si ella dudaba de aquella afirmación.

Abby sonrió, tímida y enamorada.

Levantó la mano y acarició la mejilla del hombre al que amaba.

—Tanto como que seré incapaz de dejar de amarte —respondió, tan honesta que él no pudo más que inclinarse y besarla.

No le importó que los vieran, porque él había aprendido que su vida solo tenía sentido junto a su mujer. Y se había prometido a sí mismo que nunca se negaría a mostrar sus sentimientos ante ella, por mucha gente que pudiese

haber a su alrededor, pues en su casa nadie iba a decirle lo que podía o no hacer con su mujer.

Dos escoltas de la duquesa, que estaban apostados a unos metros de la entrada, se miraron y se sonrieron cómplices. Se habían acostumbrado a ver al duque mostrándose afectuoso junto a su esposa. Les gustaba ver la felicidad del señor del castillo, sentían aprecio y admiración por él. Durante dos años habían estado alejados de aquellas tierras para luchar contra Napoleón. A su regreso todo había cambiado; el joven duque había tomado esposa y había asegurado su legado a través de su primogénito. Habían dejado en aquellas tierras a un joven triste, frío y distante, y al regresar encontraron a un hombre feliz y cercano.

Nadie negaría que se sorprendieron, pues ninguno pensó que el duque de Hamilton contrajese nupcias con una joven tan opuesta a él, dicharachera, bondadosa, alegre y cercana. Sin lugar a dudas, fue toda una sorpresa para ellos, pero una bendición para las tierras de Hamilton, pues la duquesa se había ganado el afecto de todos gracias a su bondad. Era una mujer que siempre estaba dispuesta a escuchar y ayudar. Y eso para las personas que estaban bajo la protección del ducado era de agradecer, admirar y elogiar.

Mientras pensaban en aquello, un último carruaje llegó, justo cuando el duque y su esposa estaban a punto de entrar en el castillo.

Los guardias se irguieron, pues, si pensaban en su señora como una persona digna de admiración, la mujer que acababa de llegar se merecía más si cabía sus respetos: la duquesa de Whellingtton y Kennt.

Abby bajó rauda las escaleras para abrazar a su amiga.

—¡Penny! —se expresó, jovial, al tiempo que se fundían en un abrazo cargado de afecto.

—No pensarías que me iba a perder un acontecimiento tan importante —bromeó Penelope.

Abby la estrechó con más fuerza, agradeciéndole así su presencia.

Duncan St. John, más conocido como el duque consorte de Whellingtton y Kennt, miró al duque de Hamilton.

—Hamilton —saludó, afable.

—St. John —respondió Niall, sin usar el título, pues a Duncan le gustaba que sus amistades se refiriesen a él por su apellido, no por el título.

La niñera se acercó con el bebé en brazos.

Abby no pudo reprimirse, lo tomó en los suyos y le besó la frente con sumo cuidado.

Penelope sonrió, se sentía tan feliz. Durante años se había sentido desvalida y sola, las únicas personas que estuvieron siempre a su lado, sobre todo en los momentos más difíciles, habían sido la familia Allende, en particular sus amigas Abby y Sophie, dos muchachas que la habían tratado como a una hermana. Y por ello era consciente de que Abby quería a su hijo como a un sobrino de sangre, motivo por el que no dudó en darle la sorpresa de pasar las navidades junto a ellos, las personas que ella consideraba su familia.

Abby levantó la cabeza y miró a su amiga.

Le entregó el bebé de nuevo a la niñera.

Enlazó su brazo al de Penelope, incitándola a caminar junto a ella.

—¿Te das cuenta de que, si alumbro una niña, cabría la posibilidad de que acabásemos emparentadas de verdad? —preguntó, aludiendo a su próximo alumbramiento, que, si no se adelantaba, sería para la entrada de la primavera.

—Nada me haría más feliz que nuestro Sebastian se casara con vuestra Yvaine.

El comentario lo escucharon los dos hombres y sonrieron al escuchar la risa de Penelope. Aquel comentario, que podría haber pasado desapercibido, no lo era; allí quedaba de manifiesto que la relación de aquellas dos mujeres era totalmente familiar, pues tan solo los miembros de su familia estaban al tanto del nombre que el duque deseaba otorgarle a su primera hija.

El duque de Hamilton cedió el paso a su invitado y, antes de entrar, se quedó parado en la puerta, observando aquella estampa. Era la primera fiesta que se iba a celebrar en su hogar sin que él se sintiese desmotivado, ya que en esa ocasión no la iba a celebrar por obligación. Su vida había cambiado y todo gracias a su mujer.

Miró al cielo y rezó interiormente: «Gracias, buen Dios».

Lady Victoria miraba la lluvia a través de la ventana del dormitorio que le habían asignado, con una leve sonrisa. Ella, que había odiado los días lluviosos porque le recordaban a su padre, puesto que los días de tormenta el duque nunca salía de casa, y eso significaba que tenía que soportar sus críticas, sus desaires, sus castigos, sus vejaciones... Pero todo había cambiado gracias a Leighton Hook. Ya no volvería a pensar en los días de lluvia con angustia y tristeza, ahora los recordaría con alegría y ensoñación; cálidos besos, ojos anhelantes y sensaciones difíciles de describir, pero gratificantes.

Se acercó al espejo que había en un lateral de la habitación y se miró. Encontró a una mujer desconocida, sonriente y de mirada brillante.

Nunca había pensado que su aspecto fuese tan hermoso, pero ahora sabía que era una mujer preciosa; lo sabía porque supo reconocerse de esa forma al verse a través de la mirada de Leighton.

Cerró los ojos y se permitió soñar despierta, ya que él había conseguido incluso cambiar eso en su vida, el poder soñar.

Era consciente de que nunca conseguiría alcanzar sus sueños, pero se había negado a concederle a su padre que le quitase también aquel privilegio.

Abrió los ojos. Se sentía una mujer diferente. Ya no era la desdichada temerosa que tanto se había afanado su padre en convertir. Más bien, ante el espejo se reflejaba una joven enamorada, dispuesta a todo por conseguir lo que se le tenía prohibido: la felicidad.

Su meta era una y tenía un nombre: Leighton Hook.

Inspiró con fuerza y decidió salir de su alcoba, ya que allí era el único lugar en donde jamás encontraría al hombre que amaba.

Al llegar a la planta principal, se topó con la anfitriona, que estaba acercándose a las escaleras.

—Lady Hamilton —llamó, con voz serena.

Abby se giró y la miró.

Victoria se acercó lentamente.

—Sé que ha pasado mucho tiempo —sorprendió a Abby—. No obstante, espero que aceptéis mis sinceras disculpas—se disculpó, con honestidad—. Lo creáis o no, mi inexcusable comportamiento fue llevado por la desesperación, no por querer causaros mal alguno —confesó ante la duquesa, dejando al descubierto su vulnerabilidad, algo que era impensable en ella.

Abby se quedó tan sorprendida que apenas supo qué responder. Era cierto que habían pasado cerca de dos años desde el incidente en el que Victoria le arruinó el vestido y la velada. También era cierto que Abby solo había sentido celos de la hermosa mujer que tenía delante, algo que quedó relegado en cuanto su esposo le habló con el corazón. Desde aquel mismo instante, todo quedó relegado al olvido para Abby. No obstante, ella sentía curiosidad, y en ese mismo instante decidió poner fin a la única pregunta que durante mucho tiempo se había hecho.

—¿Os ilusionasteis con mi esposo? —preguntó sin más.

Victoria no apartó la mirada, aquella pregunta dejaba expuesta la intranquilidad y curiosidad de la duquesa. Tenía dos opciones ante ella. Una, comportarse como su madre le había enseñado, respondiendo de modo que Abby se atormentara con su respuesta solo por el hecho de vengarse de la mujer que le había robado la posibilidad de salir de la jaula en la que su padre la tenía encerrada. Dos, responder la verdad.

—No del hombre —confesó, sincera—. Tan solo de la oportunidad de contraer nupcias como se esperaba de mí.

Si a la duquesa de Hamilton le hubiesen dicho que llegaría a sentir admiración por Lady Victoria, se habría reído. Pero en ese mismo instante la admiró por la honestidad que mostró ante ella. Podría haber mentido, podría haber respondido con evasivas; sin embargo, se había sincerado, dejando al descubierto que había albergado la esperanza de casarse con Niall porque así lo esperaba su padre, no ella.

—Os agradezco vuestra sinceridad —reconoció Abby—. Estáis en Great Castle —le recordó—. Lugar al que solo tienen acceso nuestros amigos y familia.

Victoria sintió alivio; la duquesa no solo la había perdonado por su lamentable comportamiento, sino que le estaba brindando su amistad.

—Gracias —susurró, un tanto emocionada, pues no estaba acostumbrada ni a pedir disculpas ni a contraer amistades.

Abby le sonrió.

—Excelencia —llamó un lacayo a la duquesa.

Victoria se despidió con una ligera genuflexión.

Capítulo 23

En la sala privada de la duquesa se encontraban seis mujeres reunidas a punto de tomar una taza de té: Penelope, Sophie, Beatrice, Darline, Miranda y Abby.

Miranda Boston negó con la cabeza, tras el ofrecimiento de la duquesa de pasarle una taza. Ella no tomaba té, pero no lo diría abiertamente, pues no quería que nadie se ofendiera.

También estaba pensativa. Aquella sala era acogedora, pero no poseía la calidez que ella había sentido en Secret Garden. Aquel lugar para ella se había convertido en algo más que una sala, en un lugar mágico.

—No comprendo cómo has invitado a Lady Victoria —se molestó Sophie, quien no perdonaba lo que le hizo a su hermana.

Miranda parpadeó. No entendía a qué venía aquel comentario, ya que a ella Victoria le parecía una muchacha atenta. No es que fuese muy habladora, o que mostrase alegría a raudales, pero durante el trayecto que habían compartido la joven no se había mostrado beligerante con ella, y eso ya era mucho más de lo que podía decir de otras personas.

Darline miró a Abby, ella tampoco entendía aquel comentario. Además, sentía aprecio por la joven; era de las pocas personas que consideraba amiga. En realidad, tan solo había gozado hasta el momento de tres amistades: Beatrice, lady Vista y Victoria.

—Se ha disculpado por aquel incidente —reconoció Abby ante su hermana e invitadas—. Además, yo la perdoné esa misma noche —confesó, y su semblante se dulcificó—. Gracias a ella recibí mi primer beso de amor.

Todas sonrieron al notar la ensoñación con la que rememoró aquel momento.

Miranda se mordió los labios.

Penelope carraspeó para advertir a su amiga de que debía recordar que tenía una invitada soltera.

Abby miró a Miranda.

—Por mi esposo —certificó rauda, para que la joven no pensara otra cosa—. Jamás he consentido que otro hombre se tomase libertad alguna con respecto a mi persona.

Miranda notó el azoramiento de Abby.

Se levantó del sofá en donde estaba sentada.

—Sobraba la explicación —comentó, risueña—. No pondría en duda que otro hombre la hubiera besado.

Y se marchó sonriente.

Las demás mujeres se rieron al ver cómo Abby se tapaba la cara con las manos.

Penelope miró a Darline.

—Fue muy valiente por viajar hasta Londres en su estado.

Darline, que estaba plácidamente recostada en un diván, miró a Penelope y, antes de responder, se acarició el vientre.

—No podía permitir que mi esposo viajase sin nosotros —aludió a su hijo y a ella—. Nuestra presencia era lo único que podía mantenerlo sereno, en caso de encontrar a Albert.

Aquel nombre le provocó a Beatrice un estremecimiento.

Todas entendieron aquel comentario. Posiblemente, Darline tuviese razón; si el duque hubiese viajado sin su familia, de encontrar al hombre que raptó a su hijo, lo habría matado con sus propias manos. Sin embargo, encontrándose su esposa y su hijo cerca, tan solo lo habría retenido para entregarlo a las autoridades.

Abby asintió con la cabeza. Ella sabía perfectamente por lo que habían pasado. Más, cuando su propio esposo había actuado por cuenta propia. Un secreto que se llevaría a la tumba, primero, porque Niall no se lo había confesado, tampoco es que hiciese falta. Segundo, porque aquel hombre se merecía la muerte; poco importaba quién hubiese impartido justicia. Y tercero, porque sabía que Niall lo había hecho para proteger a su hijo, motivo más que suficiente para que ella lo admirase más si cabía.

—Alguien lo está ayudando —declaró Penelope, otra de las mujeres que fue víctima de aquel hombre miserable.

Beatrice cerró los ojos.

—No creáis que sois la única que desea ver a ese hombre colgado —adujo Sophie—. Mi esposo le arrebató el título, pero mi cuñado también tiene a gente buscándolo.

Darline se incorporó.

—¿Vuestro esposo? —indagó, mirando a Penelope.

La duquesa asintió con la cabeza.

—Mi esposo y yo sufrimos un accidente por el que casi pierdo la vida —argumentó, para que Darline supiese lo que había sucedido—. Connor averiguó que, tras aquel accidente, las manos de Albert estaban manchadas.

Darline abrió los ojos como platos.

—No pudimos probarlo, pero hay secretos a voces —indicó, con amargura—. Creedme, lady Wittman, antes o después pagaré por todos sus pecados, que no son pocos.

La rabia que reflejaba aquella frase dejaba al descubierto que la duquesa guardaba para sí más secretos de ese ser miserable, entre otros, que a ella había intentado chantajearla, inventándose una historia que habría destrozado su reputación y el buen nombre de sus ducados. Además, había prendido fuego a sus establos y por poco pierde a uno de los hombres que estaban bajo su protección. Y otra joven a la que ella tenía en alta estima, una de sus doncellas, había sido una víctima más del que un día fue conde. Aquello era suficiente para Penelope como para desearle la peor de las condenas; la horca, porque ese era el castigo que le esperaba y que merecía.

Darline se puso en pie.

—Compadezco a la persona que esté ayudándolo —vaticinó, con pena—. Porque Derian castigará sin miramiento tanta osadía.

Beatrice se apretó las manos.

Darline pasó por su lado y le apretó el hombro, una muestra de amistad, pues sabía que para Beatrice todo lo relacionado con Albert le afectaba por su pasado.

Salió de la sala y el silencio las envolvió.

Solo que aquel silencio fue provocado por la reacción involuntaria de Beatrice. Al notar la mano de su amiga Darline, su cuerpo reaccionó sin poderlo evitar, y lloró.

Penelope, Abby y Sophie se quedaron tan sorprendidas que no sabían cómo reaccionar.

Fue Sophie la primera en hacerlo.

Se acercó a Beatrice.

—¿Qué ocurre? —indagó, al tiempo que la rodeaba con un brazo para que se sintiera protegida.

Beatrice no podía hablar, tan solo lloraba.

Penelope y Abby se miraron; aquello no era normal, a Beatrice le sucedía algo.

—Ven —invitó Sophie a que la acompañase hasta uno de los sofás. Se sentó junto a ella y la arropó con los dos brazos, ya que el llanto de su amiga iba in crescendo.

Con aquella reacción tan desgarradora y extraña por parte de Beatrice, Penelope tuvo una mala sensación, una intuición dolorosa, y se mordió los labios para no gritar.

Se acercó hasta ella, se arrodilló y le levantó la barbilla.

Sacó un pañuelo de su manga, bordado con las iniciales de sus ducados, y le limpió el rostro.

Abby y Sophie se miraron, no comprendían nada.

—Beatrice —pronunció Penelope, con voz cordial—, nada de lo que digas cambiará nuestro afecto por ti.

Sophie se quedó sin respiración, no podía ser...

Abby era una mujer intuitiva, pero también era de las cuatro mujeres que estaban en aquella sala la que gozaba de mayor inocencia; nunca pensaba mal porque eso estaba en contra de su propia naturaleza. Por ese mismo motivo, en ese momento era la que se sentía más inquieta; las otras dos ya empezaban a entender, o, al menos, a intuir lo que podía estar sucediéndole a su amiga.

Como Beatrice se sentía sin fuerzas para hablar, Penelope decidió poner fin al sufrimiento que tanto parecía estar quemándola por dentro.

—Eres tú quien está ayudando a Albert.

No fue una pregunta, más bien una afirmación certera que provocó que Beatrice se derrumbara por completo.

—Sí —atinó a decir, antes de llorar sin consuelo.

La palidez de Abby asustó a su gemela, quien se acercó rauda para sujetarla, pues no estaba muy segura de que su hermana no fuese a sufrir un vahído.

No podía comprender qué había llevado a Beatrice a ayudar a un hombre que había sido capaz de raptar a un niño, de poner en riesgo la vida de otros tantos en el incendio y de haber intentado acabar con su mejor amiga.

Tragó con dificultad y miró a su hermana.

Sophie le pidió calma con la mirada, y le apretó una mano, rogándole que se mantuviese tranquila y no reprochase nada.

Abby asintió con la cabeza, aunque le costaba mucho entender que Beatrice se arriesgase tanto, pues no encontraba lógica a su proceder. Decidió sentarse, porque al pensar en lo que sucedería si el duque de Wittman averiguase... Prefirió no seguir pensando, y optó por dar un sorbo al té, con la esperanza de que aquella humeante

bebida le templara los nervios.

Durante unos minutos ninguna se pronunció, le concedieron a Beatrice tiempo para desahogarse.

Una vez más calmada, la muchacha miró a sus amigas, una a una. Con vergüenza y dolor, se dirigió a Penelope, que en ese momento estaba sentada a su lado, sosteniéndole la mano.

—Perdóname, Penelope —se disculpó, con tanto pesar que ninguna puso en duda que sus disculpas eran sinceras—. No tuve más opción.

La duquesa de Whellington se caracterizaba por afrontar los problemas sin amilanarse, y, conociendo lo que ese hombre era capaz de hacer, sabía que Beatrice estaba ocultando un gran secreto.

—No temas —la tranquilizó Penelope—, mis labios estarán sellados con respecto a tu implicación.

Beatrice se sintió desfallecer, pues no era justo que la mujer que había ayudado a su hermano a recuperar el buen nombre de la familia llegase a creer que ella la había traicionado, escondiendo al hombre que tanto mal le había causado.

Llevaba meses guardando aquel secreto y sintiéndose una traidora. Una mala persona.

—¿Por qué, Beatrice? —indagó Sophie—. ¿Por qué estás corriendo ese riesgo?

Ella negaba con la cabeza, no podía contarle, era demasiado humillante y vergonzoso.

Abby prefirió permanecer en silencio, porque si hablaba, seguramente sonaría a reproche, e intuía que Beatrice estaba sufriendo demasiado.

Sophie se sentó al otro lado del sofá, dejando a Beatrice en medio.

—Sea lo que sea lo comprenderemos —la tranquilizó—. Pero debes confesarnos la verdad, nos lo merecemos.

Era cierto, se merecían la verdad, pues podían haber dado el aviso de inmediato tanto a Duncan como a Derian y no lo habían hecho, se habían quedado junto a ella.

—No sé dónde se esconde —confesó—. Yo... Yo... —titubeó, por los nervios—. Yo recibo avisos para que... para... dejarle cantidades de dinero en los lugares que me indica.

La voz de Beatrice conmovió a Abby. Era tal la magnitud de tristeza y dolor que emanaba que Abby llegó a conmoverse hasta el extremo de brotarle una lágrima.

—Te chantajea —zanjó Penelope.

Beatrice se retorció las manos y bajó la cabeza, asintiendo; le daba vergüenza mirar a los ojos a sus amigas.

—¿Con qué? —se interesó Sophie.

Ella negó una y otra vez, era muy doloroso tener que confesar el motivo.

Penelope sintió una arcada al recordar cómo su doncella, antes de confesarle quién la había arruinado, lloró con el mismo desgarramiento que Beatrice momentos antes. Y se temió lo peor, ya que, si había sido capaz de abusar de una niña que estaba bajo su cargo, qué no habría sido capaz de hacerle a la que él estuvo a punto de tomar por esposa.

Cerró los ojos. No era agradable tener que escuchar algo así, pero alguien tenía que zanjar aquello y sabía que en esa sala la única capaz de llegar a la verdad era ella.

Inspiró y abrió los ojos.

Volvió a tomar la mano de Beatrice y se pronunció:

—Beatrice, Albert ha abusado de unas cuantas doncellas —comunicó, con voz serena—. Si fue capaz de arruinarte por completo, no fue culpa tuya —alentó—. Tú fuiste una víctima al igual que ellas.

Beatrice la miró y se volvió a derrumbar.

Abby se llevó las manos a la boca mientras de sus ojos brotaban lágrimas cargadas de rabia, frustración, dolor, tristeza y pena.

—Volverá a hundir a mi familia —gimoteó—. Ya no sé qué hacer —reconoció, entre llanto y llanto—. No tengo más dinero para entregarle... y no puedo pedírselo a mi hermano. No puedo... no puedo...

Abby inspiró con fuerza; aquello era más de lo que nadie esperaba escuchar.

—Fui tan ingenua —reconoció, casi para sí misma—. No debí... no debí...

Las tres amigas se miraron. Apenas se entendía lo que decía, pero todas pensaron que se refería al hecho de haber sucumbido a los encantos de Albert. Sin embargo, había algo en aquella voz desgarrada que alertó a las tres de que Beatrice escondía algo más.

—Beatrice, ninguna en esta sala va a juzgarte por tu pasado —animó Abby, para que la mujer, que estaba desolada, sacase a la luz todo lo que ocultaba. Solo así ellas podrían ayudarla, conociendo la magnitud de los daños.

Ella negó una y otra vez.

—Si no conocemos el motivo del chantaje, no podremos buscar una solución —confirmó Penelope.

—No existe solución alguna —lloró—. Nadie puede borrar el pasado y nadie puede devolverme... —Se quedó callada, como si su mente se hubiese abstraído a un momento en concreto de su pasado.

Así fue. Lo que nadie esperaba era que el dolor que estaba rememorando fuese tan palpable que incluso las tres mujeres que la acompañaban sintieron un estremecimiento al unísono.

Beatrice parecía ida. Estaban asustadas; aquella cándida mujer, que siempre había ofrecido una sonrisa, una palabra de aliento y apoyo a cada una de ellas en los peores momentos, estaba sufriendo hasta el punto de parecer estar perdiendo su alma. Solo emanaba dolor, tristeza y desgarró. Su mirada estaba vacía, parecía estar muerta; lo único que confirmaba que todavía respiraba era la cascada de lágrimas que brotaba de sus ojos inertes.

Penelope no podía seguir mirándola, era como volver a vivir aquel momento junto a su doncella, la misma que por culpa del salvajismo de Albert casi perdió la vida al sufrir un aborto espontáneo.

Se levantó, se acercó a la ventana, y miró al exterior con la esperanza de poder olvidar aquel recuerdo. Pero fue inútil, porque aquel acto cambió la vida de Penelope para siempre. Se juró que jamás volvería a permitir que nadie se aprovechara de una mujer que estuviese bajo su cargo. Aquella noche Penelope dejó de ser una muchacha inocente, perdió por completo su niñez y su inocencia ante el mundo cruel que la rodeaba. Tomó los mandos de sus ducados y se comportó como la duquesa que su padre había educado para tal fin.

Pensar en ello la removió; Albert había intentado arrebatárselo todo, incluso su nombre, y ella no estaba dispuesta a perder ante tal individuo. Jamás volvería a referirse a él como “hombre”, porque, a su parecer, había perdido ese privilegio con su despreciable comportamiento.

Se giró y se pronunció:

—No volverás a tener ningún contacto con él —sentenció—. La próxima vez que te mande aviso, me encargaré personalmente de que sea arrestado.

Beatrice y Sophie ladearon sus cuerpos en el sofá para mirarla.

Abby lo hizo de frente desde su butaca.

—En cuanto lo detengan todo saldrá a la luz —vaticinó Beatrice, presa del pánico—. Arruinaré a mi familia de nuevo, y yo seré la causante de su desgracia.

Abby se apretó las manos, Beatrice tenía razón.

Penelope, con su pose más ducal, negó con la cabeza.

—¿Crees que alguien creará a un condenado a la horca? —convino, con total serenidad—. El rapto del hijo de un duque es más que suficiente, dudo que quiera airear que abusó de algunas mujeres, incluida la que un día estuvo a punto de convertirse en su esposa.

Beatrice tembló. Ella no había contado nada al respecto y, sin embargo, Penelope parecía leerle la mente.

Abby se tapó de nuevo la boca, solo que en esta ocasión por miedo a no poder retener una arcada.

—Nadie me creará —lloró—. Aunque sea un condenado, su palabra destrozará mi reputación y la de mi familia —lamentó, con mucho pesar—. A nadie le importará si él me obligó o no, tan solo me despreciarán por haber perdido mi virtud.

Se derrumbó de nuevo, refugiándose en los brazos abiertos que su amiga Sophie le estaba ofreciendo.

Y en ese instante, ante aquella confesión tan desgarradora, Abby entendió que ellas eran damas poderosas. Tenían el poder que tres ancianas poco a poco les estaban cediendo, y era el momento de demostrar que poco importaba que Albert fuese un hombre, pues la palabra de él no acabaría con la reputación de Beatrice, como tampoco le permitirían que volviese a chantajear a nadie.

—Así que eran ciertos los rumores —pronunció, dispuesta a convertirse en la mejor actriz de la historia, ya que solo así conseguiría engañar a Beatrice. Y esperaba que Penelope y su gemela entendiesen lo que ella trataba de hacer.

Todas miraron a Abby.

—¿Qué rumores? —se interesó Penelope, acercándose a ella.

Abby fingió estar pensando.

—No recuerdo muy bien dónde lo escuché —mintió, pero parecía que nadie se estuviese dando cuenta—. Creo que fue en Londres.

Beatrice y Sophie se soltaron, prestando atención a Abby, quien gesticulaba con las manos y ponía caras, como si quisiese recordar algo.

—Sí. —Señaló con el dedo, como si hubiese recordado el momento—. Fue en casa de la modista.

Penelope se sentó justo en la butaca de enfrente para mirarla bien.

Hizo un espaviento con las manos.

—De verdad, no creí que fuese cierto —se disculpó, por no haber prestado atención al rumor—. No sé quiénes estaban al otro lado de la cortina —argumentó, con tanta naturalidad que todas creyeron que lo que contaba era cierto—. Pero una mujer estaba alterada. Al parecer había recibido una amenaza de que si no pagaba a... —No

pronunció el nombre, pidiendo perdón a Beatrice con un gesto de cabeza por no haberlo recordado antes—. En fin, que él se encargaría de destrozarse su reputación.

—¿De quién? —indagó, rauda, Sophie.

Abby negó con la cabeza.

—No lo sé, lo lamento —volvió a disculparse—. Pero sí escuché que esa mujer le decía a la otra dos cosas muy importantes.

Tenía la atención de las tres mujeres.

—¿Cuáles? —invitó Sophie a que continuara.

Entonces Abby las miró de hito en hito; era el momento oportuno para que Penelope y Sophie comprendieran que lo que estaba contando no era cierto, pero que era lo único que podría ayudar a Beatrice.

—Confesó, muy atormentada, que todo era una injuria, ya que ella jamás había estado con Albert y conocía a otra mujer que estaba sufriendo el mismo chantaje.

Beatrice cerró los ojos, ¿a cuántas mujeres más estaba extorsionando?

—¿Y la otra? —se interesó Penelope.

Entonces Abby se irguió y se preparó para bajar la voz, pues así daría más efecto a su confidencia.

—Que pronto saldría a la luz lo que Albert estaba haciendo —dijo, sin apartar los ojos de Penelope—. Al parecer esa mujer tiene contacto con la persona encargada de *Los Ecos de Sociedad* y pronto se revelará el escándalo del que un día fue conde.

Los ojos violáceos de Penelope brillaron.

Sophie se agarró al sofá para no saltar como un resorte y abrazar a su hermana por tan magnánima actuación y, sobre todo, por su gran elocuencia para solucionar aquello sin que Beatrice saliese perjudicada.

—¿Y... y... y qué dirán exactamente? —se preocupó, por si en aquel folleto tan afamado salía su nombre.

—No lo sé, pero seguramente pondrán al tanto a la sociedad de que Albert chantajea a mujeres sin el menor escrúpulo de arruinar sus reputaciones con injurias.

—¿Lo creerán? —Beatriz estaba asustada.

Penelope sonrió.

—Por supuesto que lo creerán, nadie pone en duda los cotilleos de *Los Ecos de Sociedad*.

Beatrice se sintió más aliviada. Si aquello era cierto, no tendría que verse obligada a seguir sometida al chantaje.

—Disculpadme. —Se levantó Penelope—. Debo atender unos asuntos muy importantes antes del almuerzo.

Abby la imitó.

—Te acompaño —se ofreció a llevarla hasta el despacho del duque. Ambas sabían que tenían que escribir cuanto antes la noticia que recorrería Londres en pocos días.

Al quedarse a solas, Sophie y Beatrice permanecieron en silencio durante un par de minutos.

—Beatrice, debo ser franca contigo —comentó, llamando la atención de su amiga, que parecía repuesta—. No sé lo que ocurrió con Albert —expuso, con voz amigable—. No obstante, es mi obligación advertirte de que la pérdida de nuestra virtud no supone un problema para todos los hombres —argumentó, con la intención de quitar una losa muy pesada que su amiga cargaba desde hacía años—. Créeme, Beatrice, no todos los hombres son tan miserables; el señor Boston te aceptará de igual manera.

A Beatrice le brilló la mirada y bajó la cabeza.

Sophie sintió lástima por su amiga, nadie mejor que ella podía comprender los temores que embargaban a Beatrice. Decidió ser franca con ella, pues la muchacha se lo merecía.

—Sé lo que piensas y lo que sientes —aseguró—. Yo estuve en tu misma tesitura y mi desesperación me hizo cometer una locura; intenté acabar con mi vida.

Beatrice levantó la cabeza y la miró con los ojos agrandados.

—No me siento orgullosa de ello —reconoció, con pesar—, pero creí que era la única solución de salvaguardar la respetabilidad de mi familia.

Las dos se miraron con cariño, pues Beatrice sintió que por fin había encontrado a una persona capaz de entender realmente cómo se sentía.

La condesa tomó las manos de Beatrice.

—Crecemos con la creencia de que todos nuestros actos estarán supervisados por la sociedad, la misma que está al acecho constantemente para castigarnos como si nosotras fuésemos siempre las culpables de los actos impúdicos de los hombres.

Beatrice permanecía en silencio, muy atenta a cada palabra.

—Pues permíteme que comparta contigo una lección de vida que una persona maravillosa me enseñó: no existe

nada de impúdico en la intimidad entre un hombre y una mujer —reveló, con cierta nostalgia—. El gozo no es pecado, es la unión de dos cuerpos necesitados de afecto y pasión.

Beatrice se sonrojó.

—No puedes vivir atemorizada por culpa de un hombre que te robó la virginidad —aseguró—. A mí no me la robaron, yo la entregué y me sentí tan atemorizada como tú, injustamente, por culpa de una sociedad hipócrita que castiga a las mujeres cuando ellos cometen los mismos pecados.

Al brotarle una lágrima a Beatrice, Sophie, que se había negado a soltar las manos de su amiga, se inclinó y se la paró con un cálido beso.

—El Capitán Bradley me enseñó que una mujer carente de su virtud no es una pecadora, es una mujer que ha decidido despojarse del yugo con el que la sociedad pretende tenerla sometida —habló con orgullo, al recordar a su primer esposo—. Mi Seymour era un hombre valiente, caballeroso, soldado y buen amante —ensalzó al fallecido capitán—. Él me hizo comprender que las mujeres vivimos temerosas porque los que rigen las normas nos temen. El día que todas las mujeres perdamos el miedo, ellos dejarán de ser poderosos. Y eso, querida amiga, es lo que los hombres más temen.

Beatrice inspiró con fuerza; su amiga no era consciente del bálsamo que estaba siendo para ella escuchar aquello. Poco a poco fue alejando cierto temor. Seguramente no se desprendería del todo, pero era gratificante que Sophie viese la vida de una manera tan distinta a la suya; era como poder ver el mundo a través de los ojos de una mujer empoderada, y no por su título, sino por su fuerza interior, mostrando que existían mujeres sin miedo. Y no era una mujer cualquiera, se trataba de una que había pasado por lo mismo que ella.

—El señor Boston te mostrará que existe una vida paralela a la que nos han enseñado —aseguró—. Un mundo en el que tú no serás una mujer atormentada por tu carencia de virtud, sino una mujer deseada y deseosa de intimar con tu esposo sin miedo, sin pudor, sin límite... Porque así es como se comporta un hombre de verdad, así es como se comportó mi Seymour, así es como se comporta mi Connor, y estoy segura de que así es como se comportará tu Dereck.

—Oh, Sophie —se expresó, y se abrazó a su amiga con fuerza, mostrando su gratitud, porque pensar en ello le aportaba esperanza.

En el despacho del duque de Hamilton, Penelope le entregó a Abby, esperando el beneplácito de su amiga, el papel en donde había plasmado con su propio puño y letra la noticia que en breves minutos saldría con urgencia a Londres.

«¡Conmoción!

Así nos sentimos al enterarnos del depravado comportamiento de Albert Douglas, al que un día conocimos como conde de Oxford.

Las puertas del infierno se han abierto para él, lugar al que acudirá en cuanto le den caza las autoridades, porque el discípulo de Belcebú fue capaz de raptar a uno de nuestros niños: el conde de Erian. Motivo por el que existe una cuantiosa recompensa para quien dé con el diablo que campa a sus anchas por nuestra querida Inglaterra.

Ándense con ojo avizor, queridos lectores, porque el prófugo necesita medios para mantenerse escondido, y aquí es donde todos nos convertimos en su posible víctima. No es fácil conseguir dinero si no puedes salir a la luz del sol. Por ello, su mente retorcida, digna del propio Mefistófeles, se ha atrevido a chantajear a nuestras damas, vertiendo injurias depravadas sobre ellas. Está dispuesto a arruinar la reputación de nuestras mujeres, madres, hijas, sobrinas y nietas, si no desembolsan cantidades desorbitadas para que él pueda continuar escondido.

Agradecemos a nuestro Regente que le privara de su título, ya que ningún noble que se precie de serlo caería tan bajo como para creer que puede someter a nuestras damas y salir indemne de tal ofensa y osadía.

Caballeros, no permitan que Albert se mofe de ustedes, degradándolos a simples hombres sin moral por dar crédito a sus infamias, mostrando que no son capaces de proteger a las damas de nuestra sociedad.

Nos despedimos de ustedes con la creencia de que hemos aprendido algo hoy: un caballero sigue siéndolo si es capaz de proteger a las mujeres de miserables que tratan de arruinarlas a través de injurias».

Abby sonrió.

—Perfecto —dio su beneplácito al texto—. Beatrice podrá dormir tranquila.

El resto de la jornada transcurrió como se esperaba, con tranquilidad.

Tras la cena, las mujeres se encontraban en la sala turquesa, donde la condesa de Stanton y Oxford amenizaba al resto de damas tocando al piano *forte*.

Tras unos aplausos de cortesía, la duquesa de Wittman llamó la atención de las presentes con un comentario que en un principio molestó a todas, pues no entendían su proceder tan descortés, ya que no era típico de Darline, o eso pensaban las que más la conocían, Beatrice y Victoria.

—Discúlpeme, lady Abby, pero me he sentido un tanto decepcionada con la velada de esta noche.

La madre de la aludida se tensó en su asiento. Su hija no se merecía un comentario de esa índole; más, cuando había reinado el buen humor entre todos sus invitados.

—Lo lamento —se apenó Abby.

No había podido organizar evento alguno para ese día, ya que todavía faltaban seis invitados por llegar: los condes de Bristol y los condes de Tumpton, junto a sus hijos, las únicas personas a las que su esposo había invitado por la relación que mantenía desde que era pequeño, por tratarse de un viejo amigo de su padre.

Darline no pudo reprimir la sonrisa y eso llamó más la atención a todas.

—No se ofenda, pero albergaba la esperanza de poder asistir a la representación de la obra *El joven gallardo pirata contra los dragones*.

Abby abrió los ojos.

Penelope sonrió.

Sophie se tapó la boca por la sorpresa y para reprimir la risa.

La marquesa de Stanford negó con la cabeza; aquella obra había supuesto un antes y un después en cuanto a su permisividad con respecto a dejar ensayar a sus hijas sin contar con su presencia.

El resto de las mujeres no comprendía nada, pero les gustaba el ambiente divertido que se estaba fraguando tras aquel comentario, postergando lo que ellas habían creído en un principio que había sido una grosería.

—¡Recordáis la obra! —se expresó Abby, tal niña dicharachera como lo fue un día.

—Dudo que alguien olvide aquel momento —se mofó la madre de las gemelas.

Miranda se acercó a Darline y tomó asiento a su lado, al ver cómo la duquesa se reía tras la respuesta de la madre de Abby. Quería escuchar la anécdota que estaba segura de que iban a narrar para que las demás pudiesen estar al tanto de sus cómplices risas.

No se equivocaba, la marquesa de Stanford explicó que en el duodécimo cumpleaños de Penelope, las tres niñas representaron aquella obra, escrita por la propia Abby; una representación digna de dos niñas ataviadas con las caras mancilladas de pintura.

Beatrice formó un óvalo con la boca cuando explicó que por poco se desmayan la madre de Penelope y ella misma al ver aparecer a Sophie y a Pen con los rostros mancillados de rojo y negro.

—Éramos el dragón rojo y el dragón negro —se defendió Sophie ante la crítica de su madre, para que todas supiesen el motivo.

—Tres días tardamos en retirar todo el tinte oscuro del rostro de Sophie —se quejó la madre, pues había sido un suplicio tanto para la niñera como para ella tener que retirar aquel color negro de la cara de su hija pequeña—. Y debo agradecerle, lady Wittman, que consiguiera la retirada de aquellas colas gigantes que, no solo habría acabado destrozando sus vestidos, sino también sus espaldas.

Las risas inundaron la sala, y así es como las encontraron los hombres al entrar.

Se interesaron por la diversión de las mujeres y, tras narrar por segunda vez lo sucedido en aquella fiesta de cumpleaños, todos rieron.

Niall miró a su mujer; podía estar orgullosa, pues no era fácil conseguir que todos sus invitados se sintiesen pletóricos, como estaba sucediendo en ese momento.

Capítulo 24

La llegada inminente de los invitados estaba prevista para la cena. Por ello, no se habían organizado para esa mañana actividades grupales. Claro que, tres ancianas sí habían previsto aprovechar aquello para encauzar sus planes casamenteros.

Lady Violet se había mostrado interesada en acompañar al duque de Wittman a sus tierras, con la intención de ser la acompañante de la joven Miranda, pues así no tendría que acompañarla su doncella personal.

Lady Hermione también había orquestado sus propios planes con respecto a lady Victoria, al enterarse de que el señor Hook iba a viajar hasta Green Land, haciendo un alto en su propiedad, que estaba a mitad camino entre Great Castle y la casa de la duquesa de Kennt.

No le había costado apenas esfuerzo convencer a lady Victoria, la joven se había mostrado solícita a su invitación de acompañarla.

Por otra parte, lady Philomena sí se había tenido que esforzar para retener a la señora Hook a su lado, impidiendo así que fuese un obstáculo respecto a su plan de permitir que Beatrice y el señor Boston gozasen de cierta intimidad.

Mientras los cocheros preparaban los carruajes, Benedick paseaba por los jardines. De pronto, algo le llamó la atención. Al ver que se trataba de Miranda, sonrió.

La joven parecía estar escondida tras un matorral carente de flores, por lo que él decidió acercarse con sigilo.

—¿Existe la posibilidad de que alguna vez no la encuentre escondiéndose? —susurró.

Miranda se sobresaltó.

—No me escondo —se defendió.

Él levantó las cejas.

Ella intentó permanecer serena, como si diese validez a sus palabras.

Benedick sabía que estaba mintiéndole, así que decidió asomarse para ver qué era lo que tanto le llamaba la atención a Miranda y el motivo por el que se escondía.

Apenas le dio tiempo a mirar, ya que ella lo retuvo con celeridad.

—¡Nos van a ver! —se expresó, avergonzada.

Benedick la miró intrigado.

—¿Os escondéis del duque de Wittman? —indagó, preso de curiosidad.

Ella se sonrojó, no sabía cómo se tomaría Benedick su explicación.

—No me escondo. —Al ver la reacción del marqués, añadió, rauda—: Observo.

Benedick se quedó prendado ante la imagen que ella ofrecía: sonrojada, avergonzada y risueña. No existía visión más maravillosa.

—Observáis —convino, invitándola a que ella le confesara qué la llevaba a esconderse.

Miranda suspiró, derrotada, consiguiendo así que él sonriera pleno.

—Os va a parecer una simpleza —reconoció Miranda, pues así lo pensaba.

—Contádmelo y sacaré mis conclusiones por mí mismo.

Ella se movió con rapidez para mirar de nuevo, asegurándose de que el duque estaba lo suficientemente alejado como para no escucharla.

Benedick cruzó los brazos a la espera de la aclaración.

—Me gusta observar al duque cuando está a solas con su hijo y su esposa —confesó—. Os parecerá extraño, pero me recuerda a mi infancia.

Benedick llegó a sentir la nostalgia en sus palabras.

—Cuando están a solas, el duque de Wittman se comporta como un padre atento, cercano, risueño y cariñoso —enumeró, sin apartar los ojos de él—. Mi padre también lo era con nosotros... Echo de menos aquellos días.

Benedick dejó caer sus brazos y la imitó; adelantó su cuerpo, sacando la cabeza para mirar a su amigo.

Miranda se posicionó a su lado y ambos se quedaron callados, observando a Derian, que estaba jugando con su hijo mientras Darline se reía junto a ellos.

Al unísono, volvieron a su posición inicial.

—Sé que no debería entrometerme en la intimidad de los duques —se disculpó—. No obstante, en mi defensa tan solo puedo decir que no lo he hecho por la mera diversión de inmiscuirme, sino por el gozo que me aporta descubrir que Simon tiene la fortuna de disfrutar de unos padres que anteponen la felicidad de su familia a la apariencia social —dijo, apresurada, casi perdiendo el aliento—. Es posible que no me comprendáis, pero para mí es un aliciente.

Benedick asintió con la cabeza, dándole a entender que la entendía, porque así era, puesto que él también había gozado viendo aquella escena tan cotidiana de su amigo con su esposa e hijo. Cómo no comprenderla, si para él también era un aliciente saber que existían personas capaces de alcanzar la felicidad, una que él no había saboreado y dudaba que pudiese llegar a alcanzar.

Escucharon las risas de Simon y sonrieron.

De nuevo se asomaron y contemplaron cómo el pequeño salía corriendo en dirección al castillo, momento que aprovechó el duque para rodear a su mujer con los brazos a la altura de la cintura y bajar la cabeza para besarla con posesión.

Tanto Benedick como Miranda se echaron hacia atrás como un resorte.

Se miraron y ambos rieron, avergonzados y cómplices.

Benedick se frotó la cara con las dos manos, intentando borrar aquella imagen, pues había sentido por primera vez en su vida que él también deseaba besar con la misma pasión a la mujer que tenía delante.

Al bajar las manos, vio a Miranda sonrojada, mirando el suelo.

Inspiró con fuerza y le ofreció su brazo como gran caballero, intentando ahuyentar aquellos pensamientos.

Miranda tomó su brazo y se dejó guiar por él.

Sabía que sus mejillas ardían y deseaba que Benedick no se percatara, o al menos que no hiciese comentario alguno al respecto, porque no sabría cómo explicarle que su sonrojo no se debía a la escena que había contemplado, sino que más bien, su rubor se había intensificado al sentirse totalmente atraída por el hombre que la acompañaba, preguntándose qué se sentiría al ser besada por él.

Un lacayo les dio aviso de que los carruajes estaban dispuestos.

Benedick miró a Miranda, se interesó por saber si necesitaba entrar en el castillo antes de partir, y, al negar ella con la cabeza, continuaron caminando hasta la entrada, donde tres carruajes guardaban a sus ocupantes.

Lady Violet y lady Hermione se miraron; no necesitaron decir palabra alguna para saber que todo estaba dispuesto, o más bien para entender que las dos tenían un mismo fin.

En el carruaje del señor Hook viajaban lady Hermione, Victoria y el administrador. Este último mostraba cierto gozo, pues la anciana había mostrado interés en conocer su propiedad, una que le había costado mucho conseguir, y que por ello era su gran tesoro: una casa palaciega ubicada estratégicamente, colindante a las tierras del conde de Aberdeen, las pertenecientes a los duques de Hamilton, limítrofe a las que poseía el padre de Victoria y próxima a las de la mujer que le había ayudado a conseguir todo cuanto poseía, las de Penelope, duquesa de Kennt.

No era un hogar al que Victoria estuviese acostumbrada, pues, a pesar de ser su gran tesoro, no tenía las incalculables salas que poseían las propiedades de su padre o su hermano. Pero tampoco era desdeñable, motivo por el que se había convertido en su orgullo, y Victoria iba a ser su invitada, no como a él le hubiese gustado, pues no gozarían de tiempo suficiente para mostrarle su propiedad, pero al menos sería la primera mujer no perteneciente a su familia que visitaba North Face.

Podía parecer tan absurdo que estuviese ilusionado... Pero la sola idea de que la mujer que amaba fuese a inundar su hogar con su aroma... sería el recuerdo que lo acompañaría el resto de sus días.

Apenas habían salido de los límites de la entrada principal del castillo cuando el carruaje se detuvo.

Hook dio un golpe con su batón en el techo para interesarse por la detención. El cochero abrió la trampilla.

—Lo lamento, señor Hook —se disculpó el hombre—, un aviso para lady Hermione.

Y tendió una nota.

Leighton la tomó y se la pasó a la anciana.

La mujer la leyó con interés.

—Oh, qué despiste el mío —pronunció en voz baja.

—¿Algún problema? —se interesó Hook.

La mujer hizo un aspaviento con la mano.

—En absoluto —respondió, con voz cándida—. No obstante, tendrán que disculparme, olvidé que tenía un compromiso previo.

Victoria la miró y se sintió un tanto decepcionada. Se había ilusionado mucho por poder conocer la propiedad del administrador, pues, ahora que se había negado a soñar despierta, deseaba soñar con aquel lugar, imaginándose como la señora de la casa.

—Pediré al cochero... —comenzó a decir el señor Hook, pero lady Hermione lo interrumpió.

—Oh, no, no permitiría que retrasara su viaje por mi falta de memoria —argumentó, fingiendo ser una dama olvidadiza—. Un carruaje me espera.

Leighton miró por la ventanilla, la mujer tenía razón.

Como gran caballero, la ayudó a descender.

Victoria iba a apearse junto a ella; era lo que se esperaba de una joven que no llevaba dama de compañía, ya que lady Hermione se había ofrecido como tal.

—Lady Victoria, por favor, continuad el paseo —se mostró complaciente lady Hermione—. Disfrutad de la compañía de tan gallardo caballero —ensalzó al administrador—. La dejo a vuestro cargo, señor Hook.

El hombre asintió con la cabeza, dándole las gracias por su plena confianza.

El carruaje emprendió de nuevo la marcha.

Victoria lamentó que los sirvientes de la duquesa de Hamilton fuesen tan atentos, pues habían provisto los carruajes de dos calefactores para que las damas no pasaran frío. Habría sido una excusa perfecta carecer de aquel calorcito para pedirle al señor Hook que la arrojara.

Abrió los ojos como platos. ¿Desde cuándo ella había tenido pensamientos tan libertinos?

Miró de reojo al administrador y su corazón se agitó, pues acababa de averiguar que, por ese hombre, ella habría perdido todo ápice de vergüenza, ya que, sin duda alguna, no habría dudado en pedirle que la ayudara a entrar en calor.

Cerró los ojos. Quería soñar para poder sentirse liberada... ¿Y por qué tendría que soñar cuando tenía al hombre que amaba a su lado?

Los abrió y ladeó la cabeza.

Al notar aquel movimiento, el administrador hizo lo propio para interesarse por ella.

Se quedaron mirándose a los ojos.

Victoria estaba cansada de la amargura constante en la que vivía, por ello decidió, por una vez, ser egoísta y buscar un momento de felicidad. ¿Acaso no se merecía ser feliz?

—Espero que no toméis a mal mis palabras —se disculpó de ante mano—. Como hija de duque y una dama de bien, la única aventura en la vida que se me tiene permitida es la del matrimonio.

Él no la interrumpió.

—Permitidme que no sea la hija del duque en este carruaje —rogó—. Ofrecedme la libertad de comportarme como Victoria —pidió, emocionada—. Una joven enamorada que lo único a lo que aspira es a poder disfrutar de su compañía, por escueta que pueda ser.

Leighton se emocionó ante aquella confesión.

—Carezco de libertad para escogerlo a usted como esposo —confesó, con tanta honestidad que Leighton tembló—. Mas le imploro que, si sus sentimientos son acordes a los míos, nos permitamos disfrutar de la mutua compañía, sin pudor, sin miedo; solo bajo la promesa entre un hombre y una mujer de respetarse mutuamente por sus sentimientos, a sabiendas de que será un secreto entre ambos, porque ni a usted ni a mí nos tienen permitido actuar con plena libertad. Tan solo le pido que, en la intimidad, aunque solo sea por unos minutos o unas horas, por una vez intentemos averiguar cuán dichosa puede llegar a ser la felicidad de sentirse libres para corresponder a la persona amada.

Cuánta verdad había en aquellas palabras. A él no le permitían pedir la mano de la única mujer que amaba.

Pero Victoria lo amaba a él, a Leighton Hook.

Sabía que era peligroso aceptar y sucumbir a la petición de Victoria. Sin embargo, él no tenía fuerzas para rechazar aquella proposición, pues, conocer la felicidad junto a Victoria, aunque solo fuese durante un instante, merecería la pena, ya que él jamás podría llegar a amar a otra mujer que no fuese ella.

Sin dudarle, acunó el rostro de la joven y la besó con posesión.

Victoria no esperaba aquella reacción, pero suspiró aliviada, pues, si él se hubiese negado, no sabía cómo habría reaccionado; seguramente se habría derrumbado, porque ella solo necesitaba a ese hombre para alcanzar la felicidad.

El administrador separó sus labios un momento; necesitaba tomar aire tanto como confesarle a Victoria algo que en ese momento para él era primordial.

La joven lo miró con los ojos anhelantes.

—Sé que no poseo la libertad para convertirme en vuestro enamorado y pedir vuestra mano —reveló, con mucho pesar y sentimiento—. Mas no dudéis nunca de que no existirá para mí una mujer a la que pueda llegar a amar como a usted.

—Leighton —pronunció su nombre casi en un susurro, agradecida, emocionada, dichosa y, ante todo, enamorada.

Escuchar de los labios de Victoria su nombre lo removió por dentro. Él deseaba escucharla cada día del resto de su vida, pero debía conformarse con escuetos momentos robados, como el que estaban compartiendo en ese carruaje. Motivo por el que no iba a desperdiciar ni un solo segundo más. Por ello, volvió a besarla, sin intención de dejar de hacerlo hasta llegar a su destino.

Victoria se mostraba ante él como una mujer llena de vida. Poseía tanta energía que necesitaría una eternidad para ir robándose la poco a poco a través de sus besos. Porque la necesitaba, la adoraba, la amaba y ya no había vuelta atrás. Desde el día del carruaje era consciente de que nunca más volvería a ser el mismo, porque ya no sería un hombre libre, pues se sentía atado a ella, incluso en silencio, pues así era como él comprendía el amor; una entrega total del alma incluso sin poder ser correspondido.

Debía aprovechar cada caricia, alimentarse de cada suspiro, memorizar cada segundo junto a ella, ya que era todo cuanto podría obtener de Victoria. Mal que le pesara, tendría que abstenerse de comprometerla por completo, o más bien proteger su virtud hasta el final, porque él ya la había echado a perder sentimentalmente para cualquier otro hombre, igual que ella había conseguido que él ya no pudiese amar a ninguna otra mujer. No obstante, la diferencia entre ambos era que él podría mantenerse firme en su soltería, pues, como no poseía título, no estaba obligado a buscar descendencia. Sin embargo, Victoria no gozaba de esa pequeña libertad; su padre la obligaría a tomar por esposo al hombre que él eligiera, el mismo que Leighton odiaría y envidiaría sin remedio, pues ese hombre ocuparía ante la sociedad el puesto que él tanto anhelaba y que se le había prohibido ocupar. Si de por sí ya era doloroso pensar en ello, saber que Victoria le correspondía en afecto lo hacía mucho más punzante. Ese dolor se intensificaba hasta unos límites que nadie podría sospechar. Pero, si existía ese dolor interno, era porque ella lo amaba a él y también se le había prohibido amar con libertad.

Un bache consiguió que se separasen.

Se miraron a los ojos.

Ella reconoció en los de él que no se había equivocado, Leighton la quería, su amor se reflejaba en ellos.

Él evidenció en los de ella que, a pesar de tener que entregarse a otro hombre, siempre le pertenecería a él.

¿Por qué costaba tanto alcanzar la felicidad, cuando ambos tan solo necesitaban proclamar libremente su amor ante los demás?

Victoria pensó que su padre nunca había conocido el amor en ninguna de sus vertientes. De haberlo hecho, sabría que, cuando una persona conoce el amor, no tiene espacio en su interior para la amargura, el rencor, la insolencia o el desprecio. Un hombre bendecido por la gracia del amor no permitiría que sus hijos sufrieran por la falta de este. Y Benedick y ella podrían ser bendecidos si su padre no se negara a que recibieran esa gracia.

Se le empañaron los ojos.

—Bésame, Leighton —suplicó, por primera vez tuteándolo—. Bésame hasta hacerme desfallecer.

Se lo pidió con tanto sentimiento que él no se resistió a concederle aquel deseo. Ella necesitaba perderse en aquel beso para borrar, aunque fuese durante unos minutos, su nefasta realidad.

Llegaron a su destino sin apenas darse cuenta.

El administrador la ayudó a descender, observando su reacción.

Ella miró la casa y sonrió.

—En primavera los jardines florecientes no tienen nada que envidiar a ningún jardín afamado de cualquier casa de Londres —comentó, con orgullo, Hook—. Posiblemente, la casa no posea la magnitud a la que estás acostumbrada...

—Es perfecta —lo interrumpió Victoria, con honestidad, porque así lo pensaba. Lo miró a los ojos—. Es tal cual la imaginaba —dijo, sonriente—. Elegante y luminosa —la admiró—. No podía ser de otra manera sabiendo quién es su propietario.

Él le besó la mano en gratitud.

El mayordomo salió a recibirlos.

Leighton se ocupó de presentar a lady Victoria Stewart como su invitada de honor.

No es que hiciesen falta las presentaciones, teniendo en cuenta que en North Face no habían recibido visitas femeninas, exceptuando las de la madre y la hermana del señor de la casa.

El ama de llaves había provisto la sala malva para que el señor y sus invitadas disfrutasen del calor del hogar, y estaba todo dispuesto para agasajarlas con un té caliente y unos pastelitos.

La mujer se sorprendió al ver solo a lady Victoria, ya que el aviso que ella había recibido acerca de la llegada del señor nombraba a dos damas.

Miró con disimulo al mayordomo, y el hombre hizo un gesto con los hombros, dando a entender que no había nadie más.

La mujer no pudo evitar sonreír. Adoraba al señor Hook, se había ganado el respeto de todos sus sirvientes, que no eran tantos como en otras casas. Sin embargo, teniendo en cuenta que sus visitas eran esporádicas, debían agradecer su generosidad por mantener a todo el personal en las temporadas que él no vivía allí. Además, todos sabían que lo hacía porque era consciente de que toda la gente que tenía bajo su cargo había pasado muchas

penalidades hasta que él les ofreció trabajo. Motivo más que suficiente para que en North Face los chismes no pasaran de las cocinas. Tampoco es que Leighton Hook hubiese dado de qué hablar hasta ese mismo día, pero antes los colgarían que correr la voz de que la hija del duque de Manfford había acudido a la casa sin carabina. Posiblemente era un cotilleo jugoso, pero se lo guardarían para sí mismos, y no por miedo a las represalias del duque, sino por agradecimiento a su señor.

Victoria agradeció la voluntariedad del ama de llaves, algo que de normal no hacía, pues en su casa esas muestras de gratitud no se permitían.

La mujer se retiró con una gran sonrisa en los labios y con ganas de compartir con el resto del personal el halago recibido por lady Victoria.

Leighton se sintió plétórico; conocía bien a la gente que gobernaba su casa y era consciente de que las palabras alentadoras de Victoria hacia la servidumbre significaban mucho más de lo que Tori se pudiese imaginar.

Transcurrieron un par de horas. Leighton tuvo que ausentarse durante un corto plazo de tiempo para atender sus propios asuntos, momento que aprovechó Victoria para recorrer la casa junto al ama de llaves, que se mostraba muy solícita ante ella.

Fue descubriendo salas acogedoras que nada tenían que ver con las de su hogar, ya que su madre, una mujer tan fría y distante como su propio padre, había decorado sus residencias con colores oscuros, alfombras desprovistas de color, y cortinas tan neutras que pocas veces podía conseguir sentirse a gusto en ninguna de las salas.

Se quedó pensativa, intentando recordar en qué momento de su vida había conseguido sentir calidez en su propio hogar. Nunca.

No podía mentirse a sí misma, tan solo lograba encontrar calidez cuando acompañaba a su hermano Benny a Secret Garden, donde ambos se escondían de todos en la sala de la marquesa, leyendo aquel libro tan especial.

Sonrió al rememorar el día en que su hermano, al cumplir la mayoría de edad y tomar las riendas de su título, fue a buscarla a su propia alcoba. No esperó a que amaneciera; en cuanto el reloj marcó la medianoche se presentó ante ella con una sonrisa en los labios, y pronunció las siguientes palabras:

—Al alba me acompañarás a Secret Garden. Voy a ofrecerte la oportunidad de estar alejada de padre una larga temporada.

Por un momento, no supo reaccionar, estaba demasiado somnolienta como para entender lo que su hermano solicitaba.

Benedick la besó en la frente con ternura.

—Confío en tu buen hacer y en tu buen gusto —ensalzó a Victoria—. Dejo a tu cargo la decoración de Secret Garden, no existe persona más capacitada para convertir mi casa en un hogar.

Salió de la habitación, dejándola con los ojos llenos de lágrimas, pues su hermano era el único capaz de mostrar abiertamente su confianza plena en ella, ofreciéndole la oportunidad de sentirse útil y valorada, algo que hasta la fecha le habían negado sus propios padres. Sin embargo, Benny no; él se arriesgó confiando en ella, a pesar de que todavía era demasiado joven para ejecutar menesteres de tanta envergadura.

Aquel recuerdo consiguió hacerla sonreír, pues, a pesar de ser una niña, su hermano le había otorgado aquel poder ante los demás; nadie puso objeción a sus mandados porque el marqués de Frotell así lo había ordenado, y, para ser francos, el propio Benedick se sorprendió por los resultados obtenidos, ya que, gracias a la elección de la nueva decoración, Secret Garden se había convertido en una de las casas más distinguidas y admiradas. Era una lástima que su hermano no organizara fiestas concurridas con mayor frecuencia, pero lo comprendía, pues su padre siempre aprovechaba aquellas reuniones para ejercer su tiranía, mostrando ante todos que él tenía el poder, incluso el de humillar a su propio hijo.

Movió la cabeza para alejar aquel pensamiento.

Continuó su visita guiada hasta llegar a la sala más hermosa de la casa, donde los rayos del sol campaban a sus anchas, como si no existiese barreras para ellos, como si aquel lugar hubiera sido creado para que todo el que lo visitara se quedara prendado. Muebles de ébano, cortinas de seda, alfombras aterciopeladas, divanes con estampados color pastel, y dos chimeneas prendidas, que ofrecían el calor de un hogar, un auténtico hogar.

El ama de llaves observó la reacción de Victoria.

—La señorita Hook se esmeró mucho en la decoración de esta estancia —informó, aludiendo a la hermana del señor, pues fue la encargada de decorarla—. Según sus propias palabras: «Espera que la sala sea el lugar favorito de la que un día se convierta en la señora de la casa».

Tras pronunciar aquella frase, la mujer la dejó allí y se alejó.

Victoria miró con atención y llegó a una conclusión: Beatrice no se había equivocado; dudaba que la futura señora de North Face quisiese cambiar aquella estancia, ya que se enamoraría al instante de aquel lugar tal y como

acababa de hacerlo ella.

Notó que su corazón se agitaba, que sus manos comenzaban a temblar, y que empezaba a faltarle el aire.

Se llevó las manos al pecho en un vago intento de apaciguar los latidos de su enervado corazón.

Sus ojos se encharcaron de lágrimas y su cuerpo reaccionó al salir corriendo de allí, sin mirar atrás; tan solo deseaba alejarse cuanto le fuera posible.

Se cruzó con el mayordomo en el pasillo, dejando al hombre un tanto perturbado, pues no esperaba aquella reacción por parte de la hija de un duque.

Leighton la vio desde su despacho, ya que no había cerrado la puerta; dejó caer los papeles que sostenía en las manos y se levantó de su asiento como un resorte.

—¡Victoria! —gritó, sin importarle que sus sirvientes lo escuchasen.

Ella no aminoró, continuó corriendo hasta abandonar la casa. Salió al exterior y se adentró en la gran arbolada que rodeaba las tierras de Leighton.

Él administrador la persiguió hasta darle alcance.

—Victoria —suspiró, jadeante, sujetándola con su mano por el hombro y obligándola a detenerse.

Ella levantó una mano para que él no la obligara a girarse; no quería que viese su rostro mancillado de amargas lágrimas.

Él no entendía qué podía haber sucedido para que Victoria reaccionara de esa forma, cuando una hora antes ambos parecían disfrutar de aquella secreta aventura.

—Incluso muerta, mi madre va a alzarse con la victoria —pronunció, con desprecio—. ¿Sabes por qué me otorgó este nombre? Para recordarse a sí misma que ella siempre salía victoriosa —recordó, con amargura—. Cada vez que me castigaba, no existía mayor triunfo para ella que proclamar mi nombre; un recordatorio constante de que ella se alzaba con la victoria.

Hook guardó silencio.

—Un recuerdo que me acompañará siempre, pues ya se encargó ella de recordármelo cada vez que podía —se entristeció.

No estaba mintiendo a Leighton, la madre de la joven la martirizaba con aquel comentario, gritando su nombre cual posesa cada vez que la pequeña Victoria no acataba una orden, y la castigaba sin compasión.

El administrador apretó los puños, frustrado porque Victoria hubiese vivido una infancia tan lastimera.

Tori bajó la cabeza antes de continuar.

—He luchado con todas mis fuerzas para no parecerme a ella —confesó su lucha diaria por cumplir la promesa que le hizo a su hermano Benedick—. Mas debo reconocer mi fracaso y otorgarle a ella, con pesar, su triunfo, pues auguro en mi futuro amargura, rencor y odio hacia la mujer que acabe convirtiéndose en tu esposa.

Leighton apretó tanto los dientes que incluso llegó a dolerle. Con un movimiento rápido, consiguió girar a Victoria para tenerla de frente.

Aquel rostro empañado de lágrimas lo conmovió.

Ella alzó la mirada.

—No podré evitarlo, Leighton —lloró—. Envidiaré a la mujer que acabe siendo la señora de esta casa, por convertirse en tu esposa.

Se derrumbó en su pecho.

Él la acogió entre sus brazos y besó su cabeza.

Aquella declaración tan emotiva y desgarradora lo conmovió hasta el punto de tomar una decisión en ese mismo instante, una promesa eterna por parte de ambos, pues Victoria había dejado totalmente expuestos sus verdaderos sentimientos; lo amaba y eso nada lo podría cambiar.

Puede que él no pudiese desposarse con ella pública y legalmente, pero tenía intención de hacerlo bajo un juramento superior a cualquier ley humana; él lo iba a hacer ante la ley divina, jurando su amor eterno ante Dios.

Separó a Victoria un palmo para que lo mirase a los ojos.

Ella no necesitó escuchar la petición, alzó su mirada brillante para observar los ojos del hombre que le había robado el corazón, el aliento, el alma, e incluso la razón.

—No existirá señora de North Face —adujo, sin pestañear—. Ese puesto te lo habría otorgado con agrado. No obstante, será tuyo, aunque tan solo seamos concedores de ello nosotros dos.

Victoria parpadeó, no comprendía qué quería decir.

Él le besó la frente.

—Mi corazón te pertenece —confesó Leighton, provocando una sonrisa en los labios a ella—. El tuyo me pertenece a mí —argumentó, mostrando así que él no ponía en duda los sentimientos de ella.

Victoria le acarició la mejilla.

Él se inclinó e hincó una rodilla en el suelo.

Tomó la mano de Victoria entre las suyas.

—Victoria Stewart, no puedo tomar tu mano ante la sociedad, mas concédeme el honor de tomarte por esposa ante los ojos de Dios.

La muchacha lo miró enternecida.

Él vio la duda en sus ojos, la cual no era por no desearlo a él, sino porque ella no podía ser tan egoísta como para prohibirle que tomase a otra mujer ante la ley.

—No poseo título, no estoy obligado a tener descendencia —expuso la realidad ante ella—. Odiaré al hombre al que tu padre le entregue tu mano —aventuró—. El dolor y la rabia me acompañará, pero, aun así, puedo darte mi palabra de que te respetaré como el esposo fiel que te esperará eternamente, porque tú eres la poseedora de mi alma. Solo tú, Victoria, solo tú ocuparás el puesto de esposa en mi vida; nadie más conseguirá arrebatarte lo que voy a jurarte ante Dios.

Victoria se tapó la boca con las manos para no gritar.

Él esperó impaciente a que ella diese una respuesta.

Ambos sabían que aquella decisión cambiaría sus vidas para siempre. Una determinación que se habían visto obligados a tomar por culpa de la intransigente sociedad.

A Victoria le latía el corazón con tanta fuerza que su respiración era abrupta. Si aceptaba aquella propuesta, acabaría convirtiéndose en una mujer libertina ante los ojos de la sociedad. Sin embargo, sería una esposa ante los ojos de Leighton, pues ambos sabían que él no pensaba comprometerla de manera literal, pero que, en cuanto ella cumpliera como se esperaba de una mujer casada, correría al encuentro de Leighton para entregarse con plenitud... Si ese era el precio que tenía que pagar para alcanzar un mínimo de felicidad, no tenía más que dudar.

—Sí, sí —pronunció, entusiasmada—. Acepto ser tu esposa ante Dios.

Él se alzó, la abrazó y la levantó un palmo del suelo. Y unieron sus bocas para pactar con sus besos aquel juramento entre los dos, teniendo como testigo a Dios.

Capítulo 25

Tres ancianas se miraban orgullosas. Todo había salido tal y como esperaban, nadie sospechaba y, lo más importante, tres jóvenes iban a disfrutar de aquel día sin necesidad de carabinas.

Vieron pasar a la doncella de lady Wittman y se sorprendieron, pues la muchacha parecía estar nerviosa. No necesitaron preguntar; la duquesa iba a alumbrar a su hijo en Great Castle.

Las tres se movieron con celeridad. Lady Violet levantó su bastón, impidiéndole el paso.

Lady Hermione le hizo un gesto a Delphina, la comadrona que había viajado con ellas. La mujer se acercó a la doncella.

—Ordena que preparen varios calderos de agua caliente —ordenó, y se apresuró a subir al dormitorio en donde se encontraba la duquesa.

Lady Philomena fue directa al tirador, y se sacó de su retículo una carta.

El mayordomo entró para interesarse por la llamada de las damas.

—Entregad esto a Warren Beat —mandó—. Mi cochero está al tanto del paradero del médico —anunció—. La duquesa de Wittman va a alumbrar a su hijo en Great Castle.

William tomó la nota de la mujer y fue directo a dar la orden.

Lady Hermione se había alejado en busca de Abby, pues tenía que ponerla al corriente.

Sabía que la encontraría en el invernadero, donde se había dirigido junto a su esposo.

—Excelencia —llamó la atención de la pareja, que estaba ocupada mostrando a los duques de Whellington las reformas que habían realizado para agrandar el lugar favorito del duque—. Debéis mandar recado al duque de Wittman de inmediato —informó—. Su esposa está de parto.

Penelope y Abby se miraron.

Hamilton no lo dudó, salió apresurado en busca de un par de soldados que llevasen aviso de inmediato a Sheena Road, sin apenas perder tiempo en escribir una misiva, ya que a él no le habría gustado que perdieran el tiempo en nimiedades.

Antes de que él hiciese otro mandado, lady Hermione se adelantó.

—Al doctor ya se le ha mandado aviso.

No es que la noticia fuese a llegarle al médico, ya que, una vez más, esas tres mujeres lo habían dispuesto todo para que el galeno no llegase a tiempo.

Penelope y Abby miraron a lady Hermione.

—Queridas, no temáis —las tranquilizó—. Delphina antes de dama de compañía, fue una afamada comadrona.

Sin más, giró sobre sus talones y se alejó.

Las dos duquesas se miraron. Sabían que algo ocultaban las tías de St. John, pero no iban a cuestionar sus decisiones; sus motivos tendrían para actuar con tanto secretismo.

Al enterarse, Sophie no lo dudó; fue en busca del señor Boston, ya que, a fin de cuentas, él era médico. Lo encontró caminando junto a Beatrice; el hombre se mostró solícito.

Mientras corría hacia el castillo, su imaginación voló; fantaseó con Beatrice alumbrando a su primer hijo, y no pudo evitar sonreír.

Mientras él sonreía, la señorita Hook se entristecía; debía encontrar la manera de alejarse del americano, porque jamás podría ofrecerle lo que él tanto ansiaba.

—¿Qué ocurre, Beatrice? —se interesó Sophie, al percibir la tristeza de su amiga.

La joven negó con la cabeza y fingió una sonrisa.

—Preocupación por Darline —mintió.

Sophie enlazó su brazo al de su amiga.

—No temas, la duquesa está acostumbrada a alumbrar antes de tiempo —dijo, aludiendo al primer parto, que llegó dos meses antes de lo esperado.

—Sí, supongo que esta vez será más sencillo.

Sophie no quiso indagar, pero había algo en la voz de Beatrice que la había inquietado; de nuevo sus ojos habían perdido viveza, y parecía estar perdida en algún lugar muy lejos de allí. No sabía en qué pensaba, pero sí estaba segura de que, fuera lo que fuere, conseguía entristecer a Beatrice hasta el punto de parecer estar muerta en vida.

La noticia llegó a Sheena Road a través de los mensajeros enviados por el duque de Hamilton.

Como era de esperar, Derian no esperó ni un segundo en montar a su mejor caballo y partir de inmediato a Great

Castle. Sus nervios se apoderaron de él; su agitado corazón le recordó lo mucho que amaba a Darline y los recuerdos del pasado lo embargaron. Intentó ahuyentarlos, pero le resultaba imposible; la sensación de abandono y la desolación de su alma eran tan desgarradores que, mientras cabalgaba sin descanso, lo único que pudo hacer fue rezar, suplicándole al buen Dios que ayudase a Darline para que todo saliese bien, porque él no sabría vivir sin ella, y la felicidad de un niño de ocho años dependía de su madre. Sin la duquesa, esa familia estaba apocada al declive y a la infelicidad.

No deberían haber aceptado la invitación de la duquesa de Hamilton, él debió haber sido previsor y haber llevado a Darline a su hogar. Ciertamente era que habían acordado regresar a principios de año, pasar la última noche del año en Great Castle y partir a Sheena Road al día siguiente, para que ella alumbrase con tranquilidad una vez pasado el duodécimo día, fecha que barajaban como posible alumbramiento.

Espoleó al caballo de nuevo, impaciente por llegar cuanto antes.

Su esposa iba a ser madre, literalmente, por primera vez. Su estómago se encogió al pensarlo. Todos daban por hecho que Darline ya había alumbrado con anterioridad, pero solo él y su mujer conocían la verdad. Una verdad que se llevarían a la tumba, pero que en ese momento podía jugarles una mala pasada, si el doctor que la atendiera no estuviera dispuesto a aceptar una buena suma de dinero. Él ya se había encargado de encontrar a un galeno propenso a guardar secretos en caso de ser descubiertos, pero ese hombre todavía no había llegado a sus tierras porque convino hacerlo a principios de año, fecha estimada por el propio doctor para el alumbramiento.

Llegados a ese punto, todo le daba igual excepto su mujer, que era lo único que de verdad le importaba.

Con ese pensamiento llegó a Great Castle.

Apresurado, entró en el castillo y subió las escaleras sin preguntar; solo quería llegar hasta su mujer.

Tres damas de avanzada edad franqueaban la puerta de la alcoba en donde la duquesa se encontraba, sentadas en tres butacas que habían mandado colocar allí para que a nadie se le ocurriese perturbar a la parturienta. Y así impidieron al mismísimo señor Boston cuando el hombre llegó hasta ellas con su maletín en la mano.

«—Señor Boston, la duquesa ya está siendo debidamente atendida por su comadrona —informó lady Philomena, con su típica voz calmada y señorial—. Agradecemos su predisposición. No obstante, tan solo será necesaria su presencia en caso de que lady Wittman sufra algún contratiempo».

Poco importaba lo que tuviese que objetar el americano, porque ellas habían decidido que nadie atravesaría esa puerta excepto Delphina y las doncellas que tuviesen que cumplir los mandados de la comadrona.

El duque las miró y, cuando su boca se abrió para demandar que se apartaran, lady Hermione se le adelantó.

—Nos complace saber que el recado llegó a su Excelencia con la celeridad requerida.

—Lady Wittman está siendo muy bien atendida, podéis aguardar en la sala malva la buena nueva —informó lady Violet, invitándole a que se reuniese con el resto de las personas que esperaban con impaciencia.

Lady Philomena se levantó de su butaca, dio un par de pasos y se quedó a un palmo del duque.

—Ya habéis pasado por esto con anterioridad —argumentó, para que él no cometiese el error de comportarse como un padre primerizo—. Esperad en la sala malva, ocupad el puesto que os corresponde como esposo, y esperad la llegada de vuestro *segundo* hijo —recalcó segundo para que él tomase conciencia de la magnitud del peligro que corrían si él no era capaz de contener su temor y nerviosismo.

Por un momento, Derian se quedó desconcertado; aquellas mujeres parecían leerle la mente, como si estuviesen dentro de su cabeza y hubiesen visto su gran temor y, lo más importante, su secreto.

Se escuchó un grito desgarrador de Darline y él se tensó.

Lady Philomena apretó su hombro con cariño.

—Siempre hemos sido sus aliadas —indicó, aludiendo al pasado—. Creednos, Excelencia; nosotras no permitiremos que nadie haga daño a su esposa.

Definitivamente, Derian se estremeció. Aquella frase parecía esconder más de lo que quedaba expuesto; ellas parecían estar al tanto de su secreto.

Las miró de hito en hito.

Poco importaba si eran conocedoras de la verdad, solo le atañía que esas tres ancianas no iban a hablar.

Asintió con la cabeza y pronunció un ahogado «gracias».

Se dio media vuelta y bajó a reunirse con el resto de invitados, que lo esperaban desde hacía rato.

Mientras en una sala de Great Castle se mantenían a la espera, en un carruaje tres personas regresaban al castillo, cada uno sumido en sus propios pensamientos.

Parecía milagroso que el joven conde permaneciese en silencio. Ese muchachito tan vivaz, que pocas veces sabía

contener su verborrea, apenas había pronunciado una sola palabra desde que había sido informado de que tenían que regresar a las tierras de Hamilton porque su madre estaba a punto de alumbrar a su hermano.

Sus pensamientos vagaban como los de cualquier niño, ¿sus padres volcarían todo su afecto en el nuevo miembro de la familia y se olvidarían de él?, ¿lo mandarían a estudiar lejos ahora porque el bebé acapararía la atención de sus padres? Esas preguntas lo estaban martirizando.

Miranda, por su parte, no podía obviar lo que había sucedido tras hallar otro mágico lugar: un cenador con cientos de mariposas. Tras el impacto de descubrir algo tan extraordinario, su reacción fue tomar la mano del marqués y arrastrarlo junto a ella hasta el centro de la pérgola. Una vez en su interior, con las mariposas revoloteando a su alrededor, levantó las manos y empezó a girar sin parar. Mientras, Frotell reía y la miraba asombrado.

«¿Alguna vez habéis bailado entre mariposas?», le había preguntado el marqués. Ella negó con la cabeza, y él hizo algo inesperado. Con un movimiento rápido, la tomó con un brazo por la cintura y con la otra le sostuvo una mano. Ella se quedó paralizada y un tanto avergonzada, pues él iba a descubrir que no era una gran bailarina. Y no lo era porque se había centrado en la música, el chelo era su pasión. Se había dedicado a amenizar las veladas musicales en el internado mientras otras compañeras aprendían a danzar. No pensó que tuviese necesidad de aprender. Si su hermano hubiese tenido a bien compartir con ella sus planes de retenerla en Inglaterra, posiblemente habría mostrado mayor interés en el baile. Pero ahora se sentía avergonzada, ya que cualquier muchacha de buena familia mostraba presteza en la danza, y exponer que ella no sabía bailar dejaba al descubierto la realidad: ella no pertenecía a la alta clase social.

No le habría importado reconocerlo, no se avergonzaba de sus orígenes. Lo que le molestaba era no poder compartir con Frotell aquel momento, pues habría deseado poder danzar con él, rodeada de mariposas.

Frotell se había acercado tanto a ella que sus narices se rozaron. En un momento de locura transitoria había estado a punto de besarla, y si aquel beso no se entregó, no fue porque él no estuviese dispuesto; el causante de postergar aquel momento fueron las voces de un lacayo, quien lo buscaba para informarle de la partida del duque hacia el encuentro de su esposa, que estaba de parto.

Frotell también parecía abstraído con aquel pensamiento, así que decidió poner fin a su tortura, porque, le gustase o no admitirlo, pensar en los labios de Miranda lo atormentaba porque no podía besarlos.

Miró al pequeño y decidió que debía animar al joven conde.

—Nuestro querido amigo Simon va a convertirse en un muchacho muy afortunado —pronunció, llamando la atención de Miranda, quien, como era de esperar, o así había vaticinado el marqués, iba a ayudarlo a animar al pequeño.

A Miranda le enterneció que Frotell tuviese aquel gesto tan amigable con Simon.

El niño los miró sin pronunciarse.

—Oh, por descontado —corroboró ella, como si el muchachito no estuviese presente—. En cuanto su hermano nazca, a él se le otorgará el título más importante.

Simon entrecerró los ojos.

Frotell lo miró de soslayo y reprimió la sonrisa; también le hizo un gesto con la cabeza a Miranda agradeciéndole que intuyera cuál era su intención con respecto a Simon.

Ella se mantuvo serena, como si no supiese que Simon la estaba estudiando a conciencia.

—Señorita Boston —intervino el pequeño, llamando la atención de la americana—, debo informarle de que poseo el título más loable de Inglaterra —apuntó, por si ella no era conocedora de ese dato tan importante—. Créame si le digo que, cuando herede el de duque de Wittman, la gente se referirá a mí por mi título de conde de Erian, por ser el más ancestro de las islas británicas.

Miranda tuvo que morderse los labios para no reírse; ella lo sabía, Beatrice ya la había informado. Incluso recordó que al enterarse no pudo reprimir la risa al pensar que un niño de ocho años tuviese tanto poder. Era tan ilógico y tan descabellado que los ingleses continuasen con aquellas normas jerárquicas; más, cuando el pequeño, con una simple orden, podría poner en jaque incluso al duque de Manfford, que se creía más poderoso que el rey.

—Por supuesto —concedió Miranda—. No obstante, hoy se os entregará un título todavía más venerado y envidiado.

El niño miró a Frotell, no se fiaba de la americana.

El marqués asintió y le sonrió con cariño.

—Cierto, querido amigo —pronunció, amigable, para que Simon se relajara—. El título que vas a poseer no todos pueden conseguirlo, es el de hermano mayor.

El crío levantó las cejas.

—¿Sabéis por qué es el más importante? —le preguntó Miranda.

Simon negó con la cabeza.

Frotell se inclinó para estar más cerca de él, como si fuese a confesar algo que debía permanecer en secreto.

—Porque vas a convertirte en la persona más importante para tu hermano —susurró—. El hermano mayor es la figura más venerada por sus hermanos pequeños; es incluso superior a sus padres.

Simon parpadeó y miró a Miranda.

Ella imitó al marqués, y ladeó la cabeza para tener a Simon más cerca.

—Mi hermano Owen y yo adoramos a Dereck —confesó, con una gran sonrisa—. Siempre nos ha protegido y cuidado.

—Victoria para mí es mi mayor tesoro —habló Frotell—. Para mí es más valiosa que mi título, porque sé que soy la persona más importante para ella.

—¿Voy a ser más importante para mi hermano que mis padres? —indagó, curioso, el joven conde.

Miranda y Frotell asintieron al unísono con la cabeza.

Simon pensó en ello y acabó sonriendo.

Se cruzó de brazos y se relajó.

—Tendré que esforzarme en ser más cariñoso con ellos para que no se sientan desplazados o celosos.

Sus acompañantes regresaron a sus posiciones, se miraron a los ojos y se sintieron dichosos de haber podido alejar cualquier duda de Simon que pudiese enturbiar su felicidad.

Al llegar a Great Castle el pequeño fue directo en busca de su padre.

Derian nada más verlo extendió sus brazos en una clara invitación a que el pequeño se acercara y se dejase abrazar. Poco le importaba que en aquella sala estuviesen los duques de Hamilton, los marqueses de Stanford, los marqueses de Bristol, que ya habían llegado... Lo único que deseaba era arropar a su hijo como solía hacer cuando gozaban de total intimidad.

El pequeño le susurró al oído:

—Aunque me convierta en la persona más especial para mi hermano, te doy mi palabra de caballero de que nunca os faltará mi afecto —prometió, como un gran conde—. Enseñaré a mi hermano a apreciaros tanto como os aprecio yo.

Derian apretó con fuerza a su hijo y lo miró a los ojos.

—Gracias, tus palabras me alientan —agradeció, con una sonrisa—. Tu madre se va a sentir muy feliz al oírlo.

Seguidamente, miró a su amigo Benedick y le dio las gracias con un gesto de cabeza; el marqués respondió con un simple asentimiento.

El mayordomo interrumpió en la sala para anunciar la llegada de los condes de Trumpton.

Abby y Niall fueron a recibirlos.

Una hora más tarde, mientras Abby daba instrucciones para que se preparase en el comedor una cena a base de tentempiés, ya que no se serviría la que en un principio estaba organizada, escuchó el sonido inconfundible de los bastones de las tías de su cuñado.

Se giró y las miró interrogante. No obstante, era consciente de que no le dirían nada, pues nadie recibiría noticia alguna antes que el padre. Aun así, cuando vio las sonrisas de las mujeres ella también sonrió.

Como había vaticinado, se dirigieron sin detenerse a la sala malva. Al entrar, el duque de Wittman, que llevaba un buen rato paseando de un lado a otro, se acercó raudo.

—Enhorabuena, Excelencia —habló lady Philomena—, vuestra esposa ha alumbrado a una niña.

Como respuesta, él hizo algo que de normal no se esperaba de un duque: abrazó a la portadora de tan buena nueva. Seguidamente, repitió el mismo gesto con las otras dos. Se giró, buscó a su hijo con la mirada, y el niño no necesitó más; corrió hasta su padre, se lanzó a sus brazos y dejó que lo levantara y lo besara sin cesar mientras él reía.

—Tienes una hermana, Simon —le informó.

El niño, con la alegría de sentir la felicidad de su padre, se encogió de hombros.

—La protegeré tanto como a madre —pronunció, intentando tranquilizar a su padre.

El duque no pudo evitar reírse y, sin soltar a su hijo, salió de la sala sin esperar las felicitaciones oportunas, pues su prioridad era encontrarse con su esposa.

Como era de esperar, todos los presentes se interesaron de inmediato en conocer el estado de la duquesa. Cuando las ancianas tranquilizaron a todos, compartiendo que lady Wittman gozaba de buen estado de salud, al igual que la recién nacida, la alegría inundó la estancia.

Derian entró en la alcoba de su mujer con su hijo en brazos. No pensaba dejar al pequeño a la espera, pues quería

compartir con su hijo aquel momento tan especial; que fuese todo lo opuesto a lo que él vivió cuando se le anunció que tenía una hermana, pero que debía prepararse para enterrar a su madre.

Darline miró a los dos hombres de su vida, les sonrió y señaló con la cabeza a la pequeña que sostenía en su regazo.

—Os presento a vuestra hija y vuestra hermana —comunicó, con voz cansada.

El duque se acercó y se inclinó para que su hijo besase a Darline.

Simon besó a su madre en la frente y se quedó mirando al bebé.

—Es muy pequeña —se preocupó, ya que solo tenía al hijo de la duquesa de Whellington para compararlo, y Sebastian ya tenía seis meses.

—No te preocupes, los bebés crecen muy rápido —lo tranquilizó el duque.

—Simon, tu padre y yo hemos esperado este momento para que seas tú quien le otorgue el nombre a tu hermana —anunció Darline, pues así lo habían dispuesto para que Simon se sintiera más especial.

El niño se emocionó.

Derian miró con adoración a su esposa. Ella sabía que él deseaba quedarse a solas, pero le pidió calma con la mirada.

—Entonces mi hermana se llamará Stella.

Darline sonrió. Había apostado con su esposo que Simon elegiría ese nombre, por su pasión por la astronomía, ya que, para el pequeño, las estrellas eran especiales. Que eligiera ese nombre para su hermana decía mucho de él; quería a su hermana recién nacida.

—Stella Renee Campbell, te presento a tu hermano mayor, Simon Brice Campbell —pronunció, con entusiasmo, la duquesa. El segundo nombre de la pequeña lo habían decidido sin titubear; era su muestra de reconocimiento a la tía de Darline, ya que la familia Artin se merecía su gratitud eterna.

El conde sonrió, besó con sumo cuidado la frente de su hermana, y le susurró:

—Voy a protegerte tanto como a nuestra madre.

Darline apenas pudo retener una lágrima por la emoción.

Derian se giró y salió de la alcoba. Una vez fuera dejó a su hijo en el suelo.

—Tienes mi permiso para anunciar el nombre de tu hermana a todos los invitados de lady Hamilton.

El niño asintió con brío y salió corriendo para dar la noticia.

Derian entró de nuevo y fue raudo hasta su esposa, bajó la cabeza y la besó con adoración.

—Enhorabuena, mi amor —felicitó, pues, a pesar de que amaban a Simon y nada haría que ellos dejaran de considerarlo su hijo, Stella era la primera hija que compartía la sangre de ambos—. Gracias por tan estimado regalo.

Darline apoyó la cabeza en el hombro de él, ofreciéndole a su hija.

Derian la tomó en brazos y la besó en la frente como había hecho su hijo.

—Bienvenida a la familia Campbell.

Darline observó con atención y agradeció a Dios en silencio que la hubiese bendecido con una niña, porque, a pesar de no lamentar la decisión que tomaron en el pasado con respecto a Simon, podrían haberse sentido un tanto culpables por arrebatarle a un hijo varón lo que por derecho le correspondía.

Aquel alumbramiento era la mayor bendición que ambos podían recibir del buen Dios, pues, aunque alumbrara en un futuro a un hijo varón, Stella era su primogénita. Por desgracia, la ley no le habría permitido heredar el título que Simon representaba con tanto orgullo, motivo por el que ellos no volverían a sentirse culpables.

Capítulo 26

Tres días habían pasado desde el alumbramiento de la duquesa cuando la llegada de un invitado perturbó la paz en Great Castle, o, más bien, la tranquilidad de dos personas, Benedick y Victoria.

El duque de Manfford se presentó sin previo aviso, una decisión que tomó en cuanto recibió una nota un tanto preocupante con respecto al comportamiento inapropiado de una americana, que parecía estar interesada en su hijo.

La remitente de aquella carta tenía nombre y apellido: la señora Hook. No es que lo hubiese premeditado desde el principio; surgió en el mismo instante en que ante ella vio la oportunidad de emparejar a su hija Beatrice con el hijo del conde de Trumpton, el barón Lemin, un aristócrata treintañero que había mostrado cierto interés en la americana sin prestarle atención a su hija. Teniendo en cuenta que, de normal, en los eventos a los que acudían las jóvenes debían competir con unas cuantas rivales, y en esta ocasión la única rival para Beatrice era Miranda, no lo dudó; mandó la nota con la intención de que el duque se encargara de incomodar a la americana y consiguiera que abandonara Great Castle sin demora, pues los días pasaban rápidos y no tendría otra oportunidad tan buena para su hija.

Victoria se desmoralizó al ser informada.

Desde que se casó en secreto con Leighton no había pensado en su padre ni una sola vez. Estaba disfrutando de su particular luna de miel: citas clandestinas con su esposo para robarse besos.

Con su padre allí iba a tener que medir mucho sus pasos porque, en el momento en que ella cometiese el error de mostrar un mínimo de encariñamiento, su padre pondría fin a cualquier acercamiento entre ellos. Sin contar con que volcaría toda su ira sobre Leighton, y ella no podía consentir que su esposo, el hombre que amaba por encima de todo, perdiera cuanto había conseguido con tanto esfuerzo.

Ya de por sí era desgarrador tener que vivir su amor a escondidas; privarse de gozar de la intimidad a la que cualquier matrimonio tenía derecho; mantener la calma, a la espera de que su padre anunciase que había entregado su mano a un hombre al que ella despreciaría sin remedio. Igual que el sufrimiento por parte de Leighton por esperar tan angustiada noticia. Si todo eso unido no era suficiente castigo, el duque sería capaz de arruinar la vida de Hook sin miramiento alguno.

Se llevó la mano a la boca para no gritar por la frustración y dolor que sentía en ese momento.

Otra persona se sentía frustrada, solo que no pertenecía a la familia del duque. Más bien, era un hombre que había conseguido todo cuanto se había propuesto en la vida, todo excepto la aceptación de la madre de la mujer que amaba.

—Asúmelo, Dereck —aconsejó Wyatt a su amigo—, esa mujer no tiene intención de aceptarte en su familia.

Dereck se había desahogado con su amigo; necesitaba un confidente con quien explayarse abiertamente, el único que le entendía.

Su paciencia estaba llegando a su límite. Había soportado muchos desplantes, pero, la noche anterior, esa mujer había llegado demasiado lejos al dirigirse a él, sin el menor reparo, comunicándole que se sentía dichosa porque el conde de Trumpton le había anunciado la intención del barón de pedir la mano de Beatrice.

—No es la madre quien me preocupa —confesó Dereck—. Beatrice parece melancólica, apenas sonrío, y lo que más me perturba es que parece evitarme.

Wyatt se abstuvo de comentar al respecto. Él también se había dado cuenta, imaginaba que la muchacha estaba siendo sometida al escrutinio constante de su madre para agradecer al barón, sin tener la menor consideración por el afecto que ella mostraba por su amigo Dereck.

—Los ingleses siempre han sido extraños —bromeó Wyatt, para que su amigo se relajara.

Boston sonrió. Le gustase o no aceptarlo, él pensaba lo mismo.

—Eso lo dice el mismo que anda tras las faldas de una inglesa como lobo en celo —aludió a Dotty, la doncella de su hermana.

Wyatt se llevó las manos a su larga melena, se la recogió, sacó la cinta de cuero que le había regalado Miranda y ciñó la coleta con fuerza.

—Motivo por el que puedo asegurar mis palabras —alegó, sin perder el buen humor—. Cualquier otra joven ya habría caído rendida ante mis encantos.

Lo que venía a decir, que la doncella no había sucumbido ni yacido en su cama, algo a lo que él no estaba acostumbrado, ya que ninguna mujer se le había resistido hasta la fecha.

Dereck le apretó el hombro.

—Me consuela saber que no soy el único que ha caído en desgracia —bufoneó, aludiendo al hecho de que Wyatt también se había enamorado, pues, de no ser así, no andaría desesperado por Dotty, y ya habría buscado consuelo en otra parte. No es que necesitara acudir a lugares regentados por meretrices, pero, a falta de encontrar satisfacción... Sin embargo, que su amigo no hubiese buscado lugar o dama significaba que la doncella había conseguido que él se planteara abandonar su soltería. Dereck lo sabía y su amigo se negaba todavía a admitirlo en voz alta.

—De momento eres tú el único que ha caído en desgracia —intentó centrar la conversación en Dereck—. Admíteme un consejo: pide la mano de Beatrice cuanto antes a su hermano, porque, si esperas la aceptación de la madre, pintarás canas.

Dereck Boston asintió con la cabeza. Wyatt estaba en lo cierto, él ya no era un joven aventurero que corría tras las faldas de cualquier mujer, esa etapa de su vida ya había pasado. Ahora quería estabilidad, compartir todo cuanto poseía con Beatrice, y formar una familia. Y tampoco entendía la reticencia de la madre, pues la hija ya hacía ocho años que había dejado de ser una debutante.

En el despacho del señor del castillo dos duques estaban reunidos: Hamilton y Wittman. El segundo había pedido audiencia con Niall para tratar un tema de relevancia.

Darline ya había anunciado a lady Hamilton que agradecía la hospitalidad que habían recibido, incluso que estaría siempre en deuda por haber sido atendida con tanta atención, pero, debido al adelanto de su alumbramiento, no podría pasar las navidades en Great Castle como tenían previsto, por lo que el día veintitrés partiría hacia Sheena Road; su hija debía ser presentada ante las gentes de sus tierras y recibir la visita de sus familiares.

Abby fue franca, Darline no tenía necesidad de pedir disculpas por faltar a su festejo, y, además, lo comprendía. Incluso llegó a pensar que las ancianas la habían obligado a retenerla allí por si se adelantaba el alumbramiento, como así fue.

Niall estaba al corriente de los planes de sus invitados, motivo por el que sentía curiosidad por aquella audiencia que había solicitado Derian.

—Es de conocimiento público que hace unos meses mi esposa y yo vivimos el peor día de nuestras vidas, uno para el que ningún padre está preparado —explicó, aludiendo al secuestro de Simon.

Niall asintió con la cabeza. Aunque, en su caso, todo se había llevado en secreto, daba fe de lo que el duque había expuesto porque él había padecido la misma angustia. Si alguien podía empatizar con los duques de Wittman, era él.

—Mi familia ha aumentado y con ella mi preocupación.

—Comprensible —admitió Niall.

—Motivo por el que quiero llegar a un acuerdo con usted —aseguró, despertando más si cabía la curiosidad de Hamilton.

Extendió la mano, invitando a Derian a que tomase asiento. Él, por su parte, rodeó la mesa y se sentó frente a su invitado.

—¿En qué puedo serle de ayuda? —indagó, sin más preámbulos.

—Mi padre prescindió de nuestra guardia privada hace años —argumentó, rememorando el pasado, uno que guardaba secretos tan desgarradores que prefirió pasarlos por alto o volvería a convertirse en un hombre con rencor.

Ya nada se podía hacer al respecto, la disolución de su ejército personal la tomó su padre en el mismo instante en que su hermana anunció su estado de buena esperanza, ya que el duque no podía correr el riesgo de que los guardias al cargo de la protección de Tabita descubrieran su embarazo.

Niall guardó silencio.

—Una decisión, a mi parecer, desacertada por parte de mi padre, que me gustaría enmendar —anunció sus planes—. Varios de vuestros soldados pertenecieron en su día al ejército de mi familia —comunicó—. Me gustaría ofrecerles la oportunidad de regresar a mis tierras, lugar al que pertenecen y en el que sus familias los esperan con los brazos abiertos.

—¿Quiere despojarme de mis hombres? —preguntó, un tanto molesto.

—No, jamás me atrevería a ofenderle o a actuar en su contra, mi gratitud con usted será eterna —dijo, con celeridad, para que viese en él a un aliado, y no a un enemigo o traidor que actuaría a sus espaldas—. Mi petición más bien es solicitarle que me ofrezca la oportunidad de poder reclutar a los doce hombres que un día formaron parte de mi ejército personal.

Niall se relajó, ahora lo comprendía; Derian no quería despojarlo de su guardia privada, incluso admiró que hubiese tenido a bien notificarle a él sus intenciones en vez de intentar convencer a los soldados a sus espaldas, de abandonar las tierras de Hamilton.

Durante unos minutos, Niall meditó la propuesta de Derian. Cierto es que, en los tiempos que corrían, pocos ducados seguían manteniendo sus ejércitos privados; si él todavía lo mantenía en activo, era por la seguridad de custodiar a su esposa, razón por la que no se desprendería de ellos. No obstante, debía admitir que el elevado número de soldados era innecesario.

—Agradezco vuestra buena voluntad mostrada —reconoció Niall ante el duque de Wittman—. Me veo obligado a informarle de que vuestra petición no se basará en mi decisión, sino en la de los propios soldados.

Derian asintió con la cabeza y admiró al duque de Hamilton por concederle a esos hombres la decisión.

—Os lo agradezco —agradeció, con honestidad.

—Reuniré a los soldados —informó—. En una hora en las caballerizas.

Derian se levantó de su asiento y se marchó.

Niall se quedó en su despacho, meditando cómo iba a exponer ante sus hombres la petición del duque sin que nadie pensara que prescindía de ellos por no valorarlos.

Con la puntualidad que caracterizaba al duque de Wittman, se presentó en las caballerizas, donde los soldados aguardaban tal y como había solicitado el duque de Hamilton.

Tras exponer la voluntad del duque de Wittman con respecto a recuperar a su ejército o parte de él, Niall mostró ante sus soldados que se sentía honrado por ellos; incluso expuso abiertamente que él no tomaría el abandono de ninguno como una deslealtad, y que siempre serían bien recibidos en Great Castle en caso de querer regresar.

Veintidós soldados rechazaron al instante la propuesta. Por el contrario, otros doce meditaron su respuesta, porque, como bien había vaticinado el duque de Wittman, a pesar de estar bien atendidos y mostrar lealtad al duque de Hamilton, pertenecían a las tierras de Inverness, por lo que ya no tendrían necesidad de cabalgar de un lado a otro para visitar a sus seres queridos.

Hamilton agradeció a sus hombres la lealtad mostrada y les invitó a marcharse.

Al quedar a solas con los indecisos, quiso mostrarse más cercano de lo habitual; esos hombres se habían ganado su respeto por la lealtad que estaban mostrando.

—Me siento honrado y orgulloso de todos y cada uno de ustedes —comunicó, con su pose más ducal—. Si resuelven regresar a Inverness para proteger las tierras del duque de Wittman, no lo tomaré como una traición. Al contrario, apoyaré su decisión de acompañar al duque, porque, además de soldados, son hombres con familias a quienes cuidar, y comprendo que la cercanía a sus hogares les aportará mayor tranquilidad.

Lo cierto es que aquellos doce hombres agradecieron las palabras del duque, porque ellos habían sido fieles a su señor. Que Hamilton les brindase la oportunidad de regresar a sus hogares sin tacharlos de desleales fue para ellos todo un honor. Motivo más que suficiente para que siguiesen sintiendo respeto por el duque al que habían protegido durante tantos años. Hamilton se había ganado el respeto y la gratitud de todos ellos.

Mientras en las caballerizas los hombres se despedían de Hamilton con los honores que merecía el duque, en la sala malva la señora Hook hacía una genuflexión para saludar al duque de Manfford, saludo que él ignoró, dejándola como una estatua, pues pensaba que el duque, tras recibir su nota, mostraría ante ella cierta cordialidad, o al menos un gesto de gratitud.

Por el contrario, la había ignorado como a una mera estatua de decoración, aproximándose a la condesa de Trumpton, a quien saludó con un modesto buenos días.

Para el duque, la señora Hook había cometido un error imperdonable. Una cosa era que él decidiese quién tenía la categoría para poder pertenecer a su familia y para castigar a su hijo si le placía, porque él tenía el derecho y el poder para hacerlo; y otra, que gente de tan baja casta social como la señora Hook, quien, a su parecer, desde hacía años había perdido el derecho a ser tratada como señora, se atreviese a escribirle una nota, argumentando y exponiendo que su hijo Benedick no parecía estar mostrando una conducta apropiada, al obviar a lady Maria Fullen, hija del conde de Trumpton, que parecía mostrar interés en él; una unión que podría beneficiar a ambas familias y que el marqués de Frotell ponía en peligro por culpa de una americana que parecía acaparar su atención, mostrando una conducta impropia, a su parecer, ya que la joven parecía carecer de moralidad y, seguramente, estaría tramando la forma de integrarse en la sociedad inglesa a través de un matrimonio y, por consiguiente, habría puesto sus miras en Frotell.

Por ello, no dudó en presentarse en Great Castle, dispuesto a poner a todos en el lugar que les correspondía; el primero a su hijo, seguido de la americana, y por último a la entrometida por tomarse unas libertades que no le correspondían.

Dio aviso de que buscasen a su hijo y le ordenasen que se reuniera con él en la biblioteca, como si aquel lugar le perteneciera, pues, una vez más, el duque de Manfford se comportaba como dueño y señor incluso sin estar en su casa.

William, el mayordomo de Great Castle, que ya había tenido un encontronazo con el duque en el pasado, prefirió acatar la orden y le hizo un gesto al lacayo para que cumpliera el mandado.

Lady Violet, que estaba reunida con sus dos amigas en la sala malva, se pronunció:

—La llegada del duque no presagia nada bueno —dijo, en confidencia—. Sabía que la carta enviada por la señora Hook traería problemas.

Como era de esperar, nada ocurría a su alrededor sin que ellas estuviesen al tanto. En cuanto vio aquella nota que la madre del administrador había dejado en la entrada para que saliera en el primer correo de la mañana, tuvo un mal pálpito.

Lady Philomena y lady Hermione se miraron; pocas veces se equivocaba Violet en sus predicciones agoreras.

Benedick acudió a la cita sin demora. Lo que no esperaba el duque era que se presentara Leighton Hook un segundo antes que su hijo.

El señor Hook, tras enterarse de la llegada del duque, tomó la decisión de hacer lo que se esperaba de él, pues la mujer que consideraba su esposa se merecía que al menos él lo intentara. Por Victoria pasaría una y mil humillaciones, que era lo que le esperaba en cuanto mostrara su interés por ella al duque.

—Excelencia, marqués —saludó a los dos hombres, con afabilidad—, os solicito una entrevista en privado.

Benedick no esperó a que su padre diese su aprobación, le invitó a pasar delante de él con un gesto de mano.

El duque pensó que cabía la posibilidad de que Hook estuviese al tanto del inapropiado comportamiento de su madre y que había ido a disculparse por ella.

El lacayo de librea que estaba apostado en la puerta la cerró para que gozasen de intimidad.

Ninguno tomó asiento. Benedick se posicionó justo a la derecha de su padre.

El administrador, un tanto nervioso, decidió no posponer más aquella incómoda situación.

—Tengo en muy grata estima a lady Victoria Stewart —informó, sorprendiendo tanto al padre como al hermano de la joven—. Motivo por el que me presento ante ustedes con la intención de mostrarme solícito para pedir su mano.

Benedick sintió afecto por Hook; mostraba valor a sabiendas de que su padre lo descartaría de inmediato.

—Siendo hijo de quien sois, ¿cómo osáis siquiera albergar la posibilidad de que entregue la mano de mi hija a una familia caída en desgracia? —se ofendió el duque.

—Mi padre murió y con él quedaron enterrados todos sus pecados —se defendió Hook, cansado de que siempre le recordasen el mal proceder de su padre.

—Y enterrada quedó su baja jerarquía social —despreció el duque, para recordarle que él no era nadie.

Benedick apretó los puños.

—¿Acaso mi hija os ha mostrado su interés? —indagó.

Benedick miró a Leighton y le hizo una seña para que dejase a Victoria al margen, o las represalias para su hermana serían nefastas.

—Su hija no está al tanto de mis intenciones —mintió por ella—. Excelencia, estoy bien situado y soy valorado por la sociedad... —comenzó a explicar el administrador, pero el duque no estaba dispuesto a escucharlo.

—No lo suficiente como para tomar por esposa a la hija de un duque —zanjó sin más—. Alejaos de Victoria o me encargaré personalmente de que regreséis a los suburbios a los que os llevó vuestro padre.

De ser otro hombre, el duque habría recibido el puñetazo que se merecía. Si no le propinaba la paliza que a gritos reclamaba el ser déspota que tenía delante, no era por el respeto por tratarse de un duque, sino más bien por mantener a Victoria al margen, no fuera cosa que volcara su ira en ella.

Se dio la vuelta y salió de la biblioteca.

—No merecía tanta humillación por vuestra parte —le recriminó Benedick.

—Lo humillante es que haya intentado degradar a la hija de un duque —respondió, con su altanería habitual.

—Se ha convertido en terrateniente —informó el marqués, por si su padre no estaba enterado de la nueva situación del señor Hook—. Incluso alguien como usted debe apreciar los logros de ese hombre, que se ha ganado el respeto y la admiración de la gente por mérito propio.

—Siempre será el hijo de un hombre sin moral —sentenció.

—¿Conoce acaso los orígenes del primer marqués de Frotell? —preguntó, insinuando que, antes de pertenecer a la aristocracia, algún antepasado podría haber carecido de título, como si así defendiera al señor Hook por el pasado de su familia.

—Tu condescendencia es la confirmación de que últimamente te codeas con personas indeseables —criticó, con despotismo—. Al igual que no permitiré que tu hermana se degrade con la compañía del señor Hook, tú no volverás a tener contacto con la salvaje —aludió a Miranda Boston.

Benedick no necesitó que su padre pronunciara su nombre.

Aquella orden molestó al marqués. Llevaba toda su vida acatando órdenes, pero había una que no estaba dispuesto a acatar; Miranda Boston era la única persona que había conseguido con su compañía acercarlo lo más próximo a lo que debía de ser la felicidad. Eso pensaba él porque, hasta que la conoció, no había experimentado tan grata sensación.

—Escuchad con atención, padre —advirtió, con un deje amenazador que sorprendió al duque—. La elección de mis amistades las tomaré yo —adujo, sin apartar la mirada de su padre—. Le pasaré por alto la advertencia de hoy porque me apena que usted no sepa valorar una amistad, ya que carece de ellas.

Al duque se le ensancharon las fosas nasales por la indignación del comentario.

—No volverá a entrometerse con respecto a la elección de mis amistades, ni con la de mi futura esposa —presagió, con voz serena—. Si cree que no estoy capacitado para asumir mis obligaciones, le recomiendo que mande de inmediato una misiva a la División de Privilegios para que se me retire el marquesado y así podrá entregarle su legado a un heredero más adecuado.

Sin más, giró sobre sus talones y salió de la biblioteca con paso firme.

El duque se quedó paralizado.

Un minuto le costó reaccionar ante la insolencia que había mostrado su hijo. Pues bien, sabía quién era la causante de aquella insolencia e iba siendo hora de hacerle pagar por ello.

Capítulo 27

No tardó mucho en localizar a Miranda Boston, quien paseaba admirando los jardines de nenúfares tan afamados.

Mientras se maravillaba ante tanta belleza, recordó la noche anterior, cuando tuvo que disculparse hasta en tres ocasiones para evitar la invitación a bailar tanto por el marqués de Frotell como por el barón Lemín; se le estaban acabando las excusas.

Lamentó no gozar de presteza; más, cuando lady Maria Fullen disfrutó del baile que ella había rechazado.

Negó con la cabeza. No quería pensar en ello porque, al ser testigo de aquella danza entre lady Maria y Frotell, ella había llegado a enojarse. ¿Cómo podía enfadarse por eso? No tenía lógica, pero no le gustó ver al marqués junto a una debutante. Todo era ilógico para ella, hasta la fecha no había sentido... ¿celos?

Parpadeó al llegar a esa conclusión.

Suspiró con frustración.

—Si crees que alguien como tú puede irrumpir en la vida de mi hijo, arrastrándolo a la vergüenza —la sobresaltó la voz del duque de Manfford—, sin sufrir las consecuencias, estás muy equivocada.

Le costó reaccionar por el susto; no esperaba a nadie, y menos que le gritasen a casi un palmo.

Tampoco entendía el motivo de aquella acusación. Lo único que sacó en claro fue que el duque la tuteaba para mostrar así que no sentía ningún aprecio por ella, o más bien para recalcar que él tenía el poder de hacer o decir lo que le viniese en gana.

Se iba a interesar, pero alguien apareció justo a su espalda, entrometiéndose en la conversación.

—Me complace comprobar que Su Excelencia va a zanjar la relación inapropiada entre el marqués y la americana —apuntilló la señora Hook.

«¿Inapropiada?», pensó Miranda, un tanto turbada. El marqués y ella no habían hecho nada inapropiado, él había sido en todo momento un caballero y ella no le habría permitido libertades con respecto a su persona, ¿qué clase de mujer insinuaban que era?

—Comprendo vuestra desaprobación ante las pretensiones de una familia carente de apellido de codearse con gente de la nobleza —continuó la señora Hook, dejando al descubierto la animadversión que sentía por la familia Boston—. No son de los nuestros —añadió, con maldad—. Créame, Excelencia, sé lo humillante que es, puesto que el hermano de la joven, otro salvaje de las colonias, con sus aires de grandeza tiene la pretensión de vanagloriarse desposando a mi hija, como si no fuese suficiente insulto que crea que ella no puede aspirar a más.

Miranda empezó a mover los dedos sin control; lo que acababa de escuchar era tan ofensivo que se merecían un escarmiento tanto el duque como la señora Hook.

Pensó en su hermano Dereck y prefirió buscar una alternativa, dar media vuelta y marcharse antes de responder a tanta ofensa.

Pero la señora Hook no estaba dispuesta a perder la oportunidad de zanjar de una vez por todas la amistad con la familia Boston; era muy posible que no volviese a repetirse.

Y el duque tampoco estaba dispuesto a que se alejara sin haber dicho él la última palabra.

—No vuelvas a mantener contacto con mi hijo, o me encargaré personalmente de que ninguna puerta vuelva a abrirse a tu hermano en Inglaterra.

Miranda no se detuvo, continuó caminando.

—Pensaban que por encontrar oro un sucio, menesteroso y vulgar granjero podrían tapar con dinero la vergüenza de su procedencia —expuso, con cinismo, la señora Hook—. Se creen que el dinero lo compra todo, pero la clase social no está en venta.

La americana se paró en seco, se tensó y se giró lentamente.

Nadie insultaba a su familia, menos a su difunto padre.

Dio ocho pasos, con una calma aplastante. Puede que ella no midiese lo suficiente como para tener al duque o a la señora Hook a la altura de su cara, pero iban a escucharla como que se llamaba Miranda Felicity Boston.

Estaba tan enervada que apenas prestó atención a que varias personas se estaban acercando a donde se encontraban. Los condes de Trumpton, lady Violet, lady Philomena, lady Hermione y Beatrice.

—¿Tiene usted la osadía de cuestionar la vergüenza de la procedencia de otra persona? —increduló, con los ojos inyectados en sangre.

Beatrice se llevó las manos a la boca para no gritar.

Los testigos enmudecieron.

La señora Hook había infravalorado a su víctima; pensó que se ofendería y pondría fin a cualquier futuro contacto con su familia. Lo que no esperaba era que la muchacha arremetiera contra ella; menos, cuando, por la forma en que había comenzado a increparla, la iba a dejar en evidencia ante todos, pues ella tampoco deseaba que se airearan sus miserias.

Un último testigo llegó justo en ese momento: Wyatt Mendoza.

La madre del administrador iba a interrumpirla, pero Miranda no estaba dispuesta a dejarse interrumpir hasta que escuchara de su boca lo que se merecía.

—¿Va a hablar usted de la relevancia de un apellido? —repitió, enumerando las críticas que se había permitido escupir por su boca.

Lady Violet se apenó. Su intuición una vez más no le había fallado; Miranda iba a ofender tanto a la familia Hook como al duque, y eso acabaría con la relación entre Benedick y ella.

—¡Cómo se atreve a mancillar la memoria de mi difunto padre!

Wyatt apretó los dientes.

—No he hecho tal cosa —intentó justificarse, mintiendo ante los testigos que no habían escuchado lo que había dicho.

—Además de prepotente, injuriosa y desdichada, también es mentirosa —arremetió, sin piedad—. Es cierto que mi padre era un humilde granjero —concedió a lo único que era verdad—. Pero jamás fue sucio, ni menesteroso, ni vulgar —refutó, defendiendo al hombre que le dio la vida—. Fue un gran hombre que no necesitó poseer un apellido de renombre, porque un apellido no ensalza al portador —alzó la voz, sin ser consciente—. Usted misma es la prueba de que el apellido de su esposo carecía de valor en él; de haber sido un hombre decente como mi padre, no se habría visto avergonzada ante los que usted considera “los suyos”. Mi padre era pobre pero decente; usted no puede decir lo mismo del hombre que le dio su apellido.

Beatrice tuvo que aferrarse a un árbol porque las piernas le empezaron a temblar.

—Debería dar gracias porque el “salvaje” de mi hermano haya mostrado interés en su hija —le recordó cómo había insultado a Dereck, rebajándolo como hombre ante la posición social de su hija—. En vez de menospreciarlo, debería estarle agradecida; dudo que los inestimables nobles a los que tanto ensalza estén interesados en una solterona que fue repudiada por su maravilloso conde prácticamente en el altar —arremetió contra Beatrice, porque las palabras de la señora Hook la habían ofendido demasiado; tanto, que fue incapaz de contener su verborrea e ira—. Así de tolerante es mi hermano. No es él quien se vanagloriaría con el enlace con su hija, más bien sería la familia Hook quien se beneficiaría de ello, pues nuestro apellido, a diferencia del suyo, no se ha visto arrastrado en el lodo ni hemos sido repudiados por sus estimables nobles. —¡Insolente! —bramó el duque de Manfford, y no por defender a la señora Hook, pues él pensaba lo mismo, sino por atreverse a inmiscuir a la nobleza.

Si el duque pensaba que ella se achantaría ante él, iba a llevarse una sorpresa, pues ya no tenía contención; le habían atacado con lo que más le dolía: la memoria de su padre.

—¿Va a hablar usted de insolencia?

La condesa de Trumpton se aferró con fuerza a su esposo, temerosa de lo que el duque pudiese hacerle a la joven, pues conocía los rumores de que era un hombre temperamental y agresivo. Estaba convencida de que el hermano de la americana no pasaría por alto una agresión.

—Permítame que le ilustre, “Excelencia” —pronunció, con desprecio—. No necesita acudir a su biblioteca en busca de la definición de la palabra, usted solo necesita mirarse en un espejo para obtener la respuesta.

El hombre dio un paso adelante, y un cuerpo fornido se interpuso entre él y Miranda.

—Se ha acabado el espectáculo por hoy —pronunció Wyatt, con los ojos amenazantes.

El duque no pensaba tolerar la osadía, él nunca amenazaba sin más. Al americano le quedaban los días contados en Inglaterra, se iba a encargar de que las puertas se le cerrasen, e iba a empezar por la que él consideraba la causante: la duquesa de Hamilton. Él había sido ofendido en su casa, así que debía tomar partido; si se decantaba por el americano, se enemistaría con el ducado de Manfford.

Lo sucedido llegó a oídos del duque de Hamilton. En cuanto su mayordomo abandonó el despacho, él cerró los ojos.

Inspiró con fuerza.

Comprendía que Miranda se hubiese enojado por haber faltado a la memoria de su padre. No obstante, debería haber acudido a su hermano Dereck o a él mismo para solucionar el problema.

La juventud y desconocimiento de los protocolos ingleses la habían hecho cometer el mayor error de todos.

Habría dado cualquier cosa por evitarle a su esposa el disgusto que iba a sufrir, pero no había posibilidad de impedirlo; Manfford ya había pedido audiencia ante ellos.

Abby entró y miró a su esposo. No necesitó hablar, él abrió sus brazos para acogerla. Ella ya se había enterado. En realidad, ya era de conocimiento público; no quedaba un solo sirviente o invitado que no estuviese al tanto.

Dereck se encontraba en la alcoba de Miranda. Había acudido de inmediato nada más enterarse porque quería conocer la versión por boca de su hermana.

—No debiste responder, Miranda —la sermoneó.

La joven lo miró incrédula, ¿quién era el hombre que tenía delante? Su hermano, desde luego, no.

—Faltó a la memoria de nuestro padre —le recordó, por si no lo había entendido la primera vez.

—Y yo le habría hecho pagar por ello —la informó, para que no pensara que él estaba dispuesto a dejar pasar por alto aquel insulto.

Ella negó con la cabeza y continuó su labor: preparar sus baúles para regresar a Londres de inmediato.

Dereck la tomó del brazo y le impidió que continuara; él tenía muchas cosas que decir y su hermana iba a tener que escucharlo.

—Has puesto a nuestra anfitriona en una tesitura muy complicada.

Ella juntó las cejas.

—Sí, Miranda, la vida no es sencilla —expuso una realidad que ella debía aprender para el futuro—. Cada cosa que hacemos tiene unas consecuencias, y, en esta ocasión, tu impulsividad ha arrastrado a Abby a tomar una decisión que puede acarrearle problemas.

—¿Cuáles? —se interesó, muy preocupada.

—Tendrá que enemistarse con el duque de Manfford o darnos a nosotros la espalda.

La reacción de ella fue taparse la cara con las manos.

Dereck se las apartó.

—No... No era mi intención —se apenó.

—Lo sé, pequeña, pero ahora habrá que asumir las consecuencias.

Ella asintió con la cabeza. No le importaba asumir cualquier castigo o reproche, lo único que le preocupaba era que su hermano saliese perjudicado por su culpa.

—Dereck —nombró, con voz trémula—. No me perdonaré que te veas afectado —reconoció, con gran honestidad—. No me lo perdonaré.

Boston negó con la cabeza.

—No debes asumir esa carga —la tranquilizó—. Obraste mal, pero no caerá bajo tu conciencia lo que el duque de Manfford decida.

Bien sabía el americano que el duque intentaría enemistarlo con ciertas personas ilustres con las que él mantenía una estrecha relación de negocios. Pero también sabía que el duque seguía anclado en el pasado. Por supuesto que poseía poder por ser quien era, pero los tiempos estaban cambiando; a un ritmo más lento de lo que para él deberían, pero poco a poco las jerarquías estaban perdiendo poder. Les gustase o no a los ingleses, sin dinero ya no se encontraban aliados. Los nobles estaban perdiendo su nivel adquisitivo, y los caballeros de menor rango social, dentro de su estimada jerarquía, habían conseguido estar poco a poco mejor situados, ya que parecían ser los únicos que veían el futuro que se les presentaba, y aprovechaban la oportunidad de hacer negocios, algo que era inconcebible para alguien como Manfford.

Las palabras tranquilizadoras de Dereck no surtieron efecto en su hermana, la joven era incapaz de obviar las amenazas del duque, y esa culpa la cargaría, aunque su hermano dijese lo contrario.

—Voy a asumir mi responsabilidad —sentenció Miranda—. No permitiré que Abby se vea obligada a tomar una decisión que pueda perjudicarla.

Dereck le besó la frente; su hermana siempre asumía sus actos. No necesitó preguntarle cuál iba a ser su postura; él mismo, nada más salir de la alcoba de su hermana, mandó aviso para que preparasen su equipaje, pues iban a regresar a Londres.

Miranda se miró en el espejo.

—Nunca serás una dama distinguida —se dijo a sí misma.

Escuchó cómo entraba su doncella y la miró.

—Prepáralo todo, Dotty; volvemos a casa.

La muchacha le hizo una mueca para que supiese que contaba con ello desde que se había enterado del altercado.

Salió del dormitorio y fue directa al despacho del duque, en donde se encontraban el matrimonio, el duque de Manfford y la señora Hook, quienes se consideraban la parte agraviada.

Vio la sonrisita triunfal de la señora Hook y eso molestó a Miranda porque le recordó el insulto hacia su padre.

El duque pronunció en voz baja para que solo Miranda lo escuchara: «La duquesa te va a echar a patadas, como

se echa a los animales salvajes».

Miranda volvió a ofenderse. Definitivamente, ella no había nacido para ser una damita capaz de comportarse con elegancia bajo cualquier circunstancia.

—Lady Hamilton —comenzó a decir, tratándola con el respeto que toda duquesa merecía. Atrás quedó el tuteo, ya que no creía merecer ese trato amigable tras lo ocurrido—. Os pido perdón por mi comportamiento —se disculpó ante ella, pero no ante los dos agraviados, como esperaban—. Lamento lo ocurrido, no os merecíaís que vuestro festejo se viese empañado por culpa de sus invitados —incluyó a los que estaban presentes, porque, a fin de cuentas, ellos eran quienes habían empezado, aunque ahora quisieran salir indemnes—. Agradezco vuestra hospitalidad, mas debo reconocer que no soy digna de continuar bajo su techo, y por ello me presento ante usted para anunciar mi partida. Os ahorraré el disgusto de tener que echarme para aliviar las conciencias de los otros dos culpables. A diferencia de ellos, yo sí sé asumir mi culpa.

A Abby se le encogió el corazón al escuchar aquella triste voz. Miranda no se merecía marcharse de su casa cuando, a su parecer, tanto el duque como la señora Hook habían sido los causantes de aquella incómoda situación.

Si alguien sabía bien que a ciertas personas les costaba mantener la calma en momentos difíciles, era ella.

Sintió agradecimiento, pues la disculpa de Miranda y su marcha del castillo la dejaba al margen de tener que tomar la decisión de expulsarla de su casa o enemistarse con el duque.

No le dio opción a responder, porque la joven se alejó rauda.

La señora Hook abrió la boca. Abby intuyó que haría algún comentario mordaz y no estaba dispuesta a consentirlo.

—La señorita Boston ha mostrado grandeza con sus disculpas —indicó, alabando el comportamiento de la joven—. No se volverá a hablar de ella en esta casa, a menos que yo lo decida.

Hamilton observó al duque de Manfford con su gélida mirada, la que hacía temblar a cualquiera.

La señora Hook cerró la boca.

Manfford era un hombre déspota, pero lo suficientemente inteligente como para entender la orden que había dado la duquesa. No sería él quien contradijera a la esposa de Hamilton, porque el duque había mostrado en contadas ocasiones que respetaba las decisiones de su esposa; algo ilógico para él. No obstante, no se atrevería a cuestionarlo en su casa y ante su esposa.

Capítulo 28

Derian estaba sentado en una butaca junto a la cama de su esposa. Había esperado pacientemente a que saliera la niñera, tras haber amamantado Darline a su hija Stella, para entrar él a contarle lo ocurrido. No había conseguido encontrar una nodriza, o, más bien, fue la propia Darline quien pidió a su esposo que dejase de buscarla porque había tomado la decisión de amamantarla ella misma. Aquello era algo poco habitual en las mujeres de la aristocracia, pero, como siempre, Darline y Derian no se regían por las normas establecidas.

—Pobre Benedick —se apenó Darline—. Se le veía últimamente tan feliz.

Derian hizo una mueca, él también lo sentía por su amigo.

—El duque es peor que mi padre —expuso Derian—. Al menos el mío tomaba las decisiones para salvaguardar el ducado; el de Benny vive para destrozar la vida de todos los que se cruzan en su camino, incluyendo a sus propios hijos.

—Existen personas peores que el duque.

—¿Tú crees? —indagó, asombrado, pues dudaba que existiesen personas peores.

Darline asintió con la cabeza.

—Lobos con piel de cordero —argumentó, para que Derian no se dejase engañar por las apariencias—. La señora Hook es peor que el duque —informó, sorprendiendo a Derian—. Al menos el duque va de frente, y muestra su animadversión sin esconderse.

Derian se quedó pensativo.

—Ella, por el contrario, abusa de la generosidad y simpatía de los que la rodean, cuando en el fondo los trata con displicencia sin que ellos lo esperen —criticó—. Antepone su codicia social al bienestar de sus propios hijos.

—Miranda no se merecía ser agraviada por la señora Hook —manifestó Derian—. Como tampoco por parte del duque. Pero, si medimos el agravio, tienes razón; la madre de Beatrice fue más cruel que el propio duque. El dolor de la joven aumentó porque fue atacada por una mujer a la que su familia ha abierto las puertas.

—Lobos con piel de cordero —repitió Darline, pues esas personas eran peores que el duque de Manfford.

Si existía una persona afectada por lo sucedido, era Leighton Hook; para él era inexcusable el comportamiento de su madre. En ese momento entraba en la sala en donde se encontraba Penelope junto a su esposo e hijo.

—Duquesa —pronuncio, tan serio que Duncan miró a su mujer y le hizo un gesto con la cabeza para que atendiera a su amigo, pues eso era el administrador para Penelope, un buen amigo y confidente.

La duquesa de Whellingtton ofreció su hijo a Duncan, quien lo tomó en brazos con orgullo.

Se acercó al administrador, enlazó su brazo y le invitó a acompañarla.

—Paseemos —sugirió.

Leighton caminó junto a ella, y salieron al exterior, agradeciendo que esa mañana, a pesar de ser gélida, los rayos del sol les ofrecieran cierta calidez.

—Partiré a North Face en breve —anunció sus planes de abandonar Great Castle.

—Te despedirás de Victoria, imagino —se interesó Penelope, conocedora del interés de su amigo por la hija del duque de Manfford.

—Pedí su mano al duque —confesó.

Penelope dejó de caminar para mirarlo a los ojos.

—Tu falta de emoción responde por sí sola —vaticinó la duquesa la respuesta del duque—. ¿Victoria te corresponde?

Él no pudo evitar una triste sonrisa.

—Sí.

Los ojos violáceos de Penelope estudiaron la reacción por parte de su hombre de confianza y se apenó.

—¿Alberga el temor de ser entregada a otro hombre con brevedad? —quiso averiguar, porque ella guardaba un secreto, una decisión que había tomado el mismo día que Leighton, en confidencia, confesó que su corazón estaba ocupado por una dama inalcanzable. Tras aquella confesión, Penelope había orquestado ciertas diligencias, con la intención de mejorar la situación social de su amigo, ya que lo merecía.

—Con el duque nunca se sabe —reconoció, con amargura.

—Leighton, habría deseado poder guardar un secreto hasta obtener la respuesta por parte de nuestro regente —comunicó, sorprendiendo a Hook—. Lo sucedido me apremia a tener que informarte. Mandé una propuesta a la División de Privilegios para que nuestro regente te tenga presente entre sus próximos candidatos a ser nombrado caballero.

Leighton se quedó sin respiración.

Penelope sonrió y le acarició la mejilla.

—No es un regalo —apuntó—. Tu buen hacer ha mantenido mis ducados entre los más respetados y los más boyantes, y, por ende, las arcas reales se han engrosado.

—No... no... no sé qué decir —titubeó, porque no creía ser merecedor de tan alto privilegio.

—Te has convertido en el terrateniente de la pequeña comarca que durante tantos años se han disputado los duques de Manfford, los duques de Hamilton, e incluso mis antepasados —aludió a su propiedad de North Face, unas tierras muy ansiadas por los duques colindantes—. Las gentes de la zona ahora dependen de tu buen hacer, algo meritorio por tu parte y que merece obligada recompensa por parte de nuestro regente, a mi parecer.

Así pensaba la duquesa que debía actuar la corona, por menos se habían otorgado títulos; incluso por llenar las arcas se habían vendido títulos que no merecían otorgarse.

—Si el duque, tras comunicarle que estás a expensas de ser nombrado caballero, tiene a bien postergar cualquier petición de mano por parte de otro hombre, podrás pedirselo tú de nuevo.

Él la miró.

—El duque no me aceptará, Penelope —afirmó—. Un título de caballero no es suficiente para él, cuando mi pasado, a su parecer, enturbia cualquier logro por mi parte.

Puede que Manfford se creyese superior, pero una cosa había aprendido Penelope de lady Philomena, lady Hermione y lady Violet: obtener información para ir siempre un paso por delante. Ella había conseguido esa información y, llegados a ese punto, la utilizaría sin remordimientos con tal de obtener su fin: la felicidad de su amigo, el hombre que la había ayudado a ocupar el puesto que le correspondía ante la sociedad.

—Si eres lo suficientemente importante para nuestro monarca, no será un duque quien crea lo contrario —aventuró y zanjó Penelope.

Otro invitado se sentía nervioso y ofuscado: el marqués de Frotell. ¿Que su padre se merecía aquel insulto por parte de Miranda? Por descontado. Pero aquel agravio impedía que él volviese a tener relación con ella.

Se frotó la frente.

Entró su ayuda de cámara.

—Los americanos están a punto de abandonar Great Castle —informó.

A Benedick se le agitó el corazón.

Sin pensar en nada, salió corriendo de su alcoba, dejando al hombre allí, aturdido por su reacción.

—¡Miranda! —gritó desde lo alto de la escalera, sin importarle nada; ni lo que pudiesen pensar los sirvientes ni lo poco apropiado que pudiera ser ver a un marqués comportándose con tan poca sofisticación... Lo único que necesitaba era despedirse de Miranda.

Ella se giró y sintió una punzada en el estómago; Benedick iba a despedirse de ella. No lo esperaba. Lo había ansiado, pero se había convencido de que él no se despediría por temor a las consecuencias o por lo criticado que sería por hablar con la persona que había agraviado a su padre.

—Frotell —pronunció ella, con voz débil.

Él llegó hasta ella y se miraron a los ojos.

—Pensabais marchar sin despediros. —No fue una pregunta por parte del marqués, sino más bien una acusación.

—No quería ofender más a vuestro padre —se disculpó.

—¿Desde cuándo os ha importado su opinión? —quiso bromear, pero Miranda lo entendió como un reproche.

—En el instante en que valoré más a su hijo que sus desplantes —respondió, avergonzada.

Ella lo valoraba, aquella confesión decía mucho para él.

Habría alargado la mano para acariciar aquellas mejillas encarnadas, de no ser porque la voz de lady Maria los interrumpió.

—Lord Frotell, me prometisteis un paseo antes del almuerzo.

Miranda la miró y comprendió en ese instante que la hija del conde era una muchacha adecuada para Frotell; una joven educada desde su nacimiento para convertirse en la esposa de un aristócrata. La clase de muchacha que sabía comportarse en todo momento, sin agraviar a los demás, aunque fuese insultada. No solo poseía la educación requerida, sino también el apellido adecuado.

¿Y quién era ella? Miranda Boston, hija de un humilde y honrado granjero. Una joven incapaz de someterse a las estrictas normas inglesas porque no las comprendía ni le daba valor a la jerarquía. Definitivamente, ella no pertenecía a ese círculo, y acababa de comprender que tampoco le interesaba.

Benedick, al ver lo pensativa que se había quedado Miranda, le hizo una seña a lady Maria, dándole a entender que la había escuchado, pero que en ese instante sobraba.

La joven se despidió.

—Señorita Boston, os deseo un buen viaje.

Miranda asintió con la cabeza.

—Gracias.

De nuevo a solas, Miranda suspiró; había llegado el momento de despedirse de Benedick.

Él no podía dejar de mirarla, quería recordar aquel momento porque ambos eran conscientes de que no se volverían a ver; sus caminos se separaban para siempre.

—Me congratula dejaros en tan grata compañía —pronunció Miranda, un tanto nerviosa, pues tenía que marcharse y le daba miedo decir algo inapropiado, ya que deseaba que él la recordara con animosidad—. Lady Maria posee la cordura suficiente para mantenerse alejada de problemas como raptar a un pavo real.

Y ese era motivo más que suficiente para que él obviara cualquier petición de mano, porque necesitaba una mujer intrépida, que actuase con ímpetu, obviando las consecuencias, y esa mujer era la que tenía delante, la única que le había enseñado que, junto a ella, cada día se convertía en una nueva aventura.

Él no pudo responder, se le hizo un nudo en la garganta.

Ella esperó. Al no recibir respuesta, entendió que su amistad con el marqués había llegado a su fin.

—Creo que no hay más que decir.

Se dio la vuelta para continuar su camino.

Pero aquello no era cierto, no para Frotell; había tanto que decir todavía... Para empezar, que él quería quedarse con ella, que la añoraría como nunca antes había añorado a nadie. Que deseaba encontrar las palabras adecuadas para pronunciar la frase perfecta, con tal de que ella pudiese recordarle siempre, porque él sería incapaz de olvidarla. Que desearía pertenecer a otra familia para poder estar con ella, porque Miranda era el sueño de cualquier hombre hecho realidad. Que envidiaba al hombre que se casara con ella porque sería para ese afortunado como la luz del sol que nunca se apaga. Que pensar en su partida le desgarraba el alma. Que cuando ella estuviese lejos, él no aseguraba que la gente no lo viese llorar, pues la pena que lo embargaba en ese instante lo estaba quemando por dentro y, si aguantaba las lágrimas, era porque la tenía delante...

Alargó el brazo, la atrajo hacia él y la pegó a su pecho.

Miranda levantó la cabeza lentamente.

El carraspeo del mayordomo le advirtió de que no cometiese el error de comprometer a la muchacha, lo que habría hecho de no haber sido por William.

—Sí hay algo más que decir —pronunció Benedick, con el corazón agitado y frustrado por no haberla besado.

—¿Sí? —susurró ella, incapaz de hablar en voz alta por los nervios.

Él asintió con la cabeza.

—No olvidéis que me debéis un baile.

Miranda tuvo la generosidad de regalarle una última sonrisa. Un mohín que nació tímido, y que poco a poco empezó a florecer para acabar resplandeciendo en aquel rostro brillante y angelical, consiguiendo que Benedick lo atesorara como su mayor tesoro, un regalo único que no podría olvidar.

Ella no se pudo resistir, le dio un beso rápido en la mejilla y se alejó corriendo para que él no viese sus ardientes mejillas.

—Nunca os olvidaré, Miranda Boston —suspiró, a sabiendas de que ella no podía escucharlo.

—Siempre os recordaré, lord Frotell —murmuró ella mientras corría.

Capítulo 29

El duque de Manfford estaba reunido con los condes de Trumpton, siendo testigo desde la terraza del jardín principal de cómo se alejaban los carruajes del americano, cuando se unió a ellos la señora Hook.

El duque ya había conseguido escarmentar a la americana, ahora iba a tener que pagar la entrometida.

—El difunto duque debe de estar revolviéndose en su tumba —despotricó—, al ver cómo su castillo se ha visto degradado ante la presencia de gente de tan baja casta.

Los condes de Trumpton se ofendieron por el comentario; a diferencia del duque y de la señora Hook, ellos eran respetuosos y les ofendía que se utilizara tan a la ligera la memoria de los muertos. La madre del administrador había faltado a la del padre de la americana, ahora Manfford a la del duque de Hamilton.

—No temáis, Excelencia —irrumpió la señora Hook—. Tras la marcha de los americanos, este lugar vuelve a gozar de su respetabilidad.

El duque la miró con desprecio.

—Mientras su familia siga aquí, continuará degradado el castillo —sentenció.

Tras el insulto y la humillación, la señora Hook se tambaleó ante los condes.

—La culpa la tiene la duquesa por socializar con indeseables.

—Cuestionar las amistades de “mi duquesa” es algo que no le compete —tronó la voz de Niall, sin apenas alzar la voz—. Criticarla en mi propia casa es intolerable.

Los condes se avergonzaron por haber sido testigos de aquel vergonzoso comportamiento por parte del duque de Manfford.

El aludido se giró para mirar al anfitrión, alzó la cabeza y se encontró con la mirada fría y retadora de Hamilton.

—Abandonaréis Great Castle de inmediato —ordenó Niall—. No volveréis a pisar mis tierras hasta que pidáis disculpas a mi esposa —vaticinó—. Pero no lo haréis hoy; voy a concederos tiempo para que recapacitéis y para asegurarme de que vuestras disculpas sean sinceras, porque habréis tenido tiempo para meditarlas.

Los condes de Trumpton alabaron la decisión de Hamilton, pues mostraba el poder que poseía sin necesidad de vanagloriarse ante el resto de invitados, como podría haber hecho para humillar al duque de Manfford.

La condesa sonrió. Como mujer, había entendido que el duque había mirado más por su esposa que por él mismo, ya que obligar al duque a marcharse de su casa sin disculparse suponía evitarle a su esposa otro disgusto; con uno ya había sido más que suficiente para él. Decía mucho de Hamilton aquella decisión; era un buen esposo. Lady Hamilton era una mujer afortunada.

—¡William! —llamó a su mayordomo.

El hombre acudió raudo.

—¿Excelencia?

—Acompañad a Manfford hasta la puerta —mandó, sin apartar la mirada del duque—. Y avisad a su ayuda de cámara de que se encargue de las pertenencias del duque cuanto antes.

Aquella orden enfatizaba que el duque de Hamilton no hablaba por hablar, y que cuando él disponía algo, se cumplía tal cual lo había dispuesto; él le había asegurado al duque que saldría de su casa de inmediato, y así lo estaba haciendo constar, ya que no le ofrecía tiempo siquiera para esperar a que su sirviente embalara su equipaje, se lo llevarían en cuanto estuviese todo preparado.

Manfford caminó con decisión delante del mayordomo.

El conde apretó el hombro de Niall.

—Vuestro padre estaría muy orgulloso —señaló—. Cada día os parecéis más a él.

Hamilton agradeció aquel comentario con un pequeño asentimiento. Escuchar aquella afirmación en boca del mejor amigo de su padre era halagador y se sentía honrado. Él había admirado a su padre más que a nadie en el mundo, y habría sido un niño plenamente feliz si su padre no hubiese enloquecido tras el abandono y la traición de su madre.

—Señora Hook —dijo, y la mujer tembló al pensar que también la iba a echar de allí—. Su hijo la espera en su alcoba.

La mujer, muy solícita, se apresuró en salir al encuentro de su hijo.

—Conociendo al señor Hook —comentó el conde, que sentía aprecio por el administrador—, ya se habrá despedido de “vuestra” duquesa.

Hamilton no pudo evitar sonreír; la forma de enfatizar el conde el posesivo era su manera de asegurar que todos sabían que Abby era lo más importante para él. Y lo cierto es que no se equivocaban y tampoco se avergonzaba de

que lo supieran.

—Lo conocéis bien —aseguró Niall, pues el administrador había ido a pedir disculpas por el comportamiento intolerable de su madre. Había tomado la decisión de abandonar Great Castle, porque él, a diferencia de su madre, sí sabía respetar a sus anfitriones y reconocía que la mujer que le había dado la vida no era digna de gozar de la hospitalidad de la duquesa.

Cuando la mujer entró en su recámara encontró a su hijo sentado en el diván y a su doncella afanándose en guardar sus vestidos en el baúl.

—Déjanos a solas —pidió Leighton a la doncella.

—¿Qué ocurre? —preguntó, asombrada, al comprobar que los armarios estaban vacíos.

Leighton se levantó.

—A partir de hoy vivirá en North Face —informó—. No regresará a Londres y no saldrá de mis tierras —expuso sus planes para con ella—. No recibirá visitas y no se le permitirá correspondencia de no ser la mía.

La mujer se tambaleó hasta caer sentada sobre la cama.

—Leighton...

Él levantó la mano, tajante.

—No solo ha puesto en peligro todo cuanto he conseguido —indicó, aludiendo a sus amistades, su trabajo y su posición—, sino que ha boicoteado la felicidad de mi hermana, su propia hija.

—Al contrario, todo cuanto he hecho ha sido para ofrecerle la vida que se merece —se defendió—. Todavía puede conseguirla si tú no te entrometes; el barón Lemin está buscando esposa.

Aquello fue más de lo que Leighton podía soportar; se había preguntado durante dos horas por qué su madre había sido capaz de degradar al señor Boston e incluso de insultar a toda su familia.

—¡Un título! —increpó, sobresaltando a su madre—. ¿Un título, madre? ¿Ese es el alto precio que ha puesto a la infelicidad de su hija?

—Ninguna condesa es infeliz —objetó, convencida.

Jamás pensó que pudiese llegar a odiar a su madre, pero se equivocaba; acababa de ganarse su rencor.

—Siento vergüenza de ser su hijo.

—¿Cómo puedes hablarme así? —se molestó.

—Puedo, porque acaba de perder mi respeto.

—Si tu padre te escuchara...

Leighton la interrumpió.

—¡Ojalá! —exclamó—. Ojalá pudiera escuchar todo cuanto se merece oír —espetó, pues sacar a su padre a colación había sido ruin por parte de su madre—. Para empezar, le diría que lo único decente que hizo fue morir.

Los ojos de la madre se agrandaron.

Estaba tan asqueado tras descubrir el mal comportamiento de su madre que no podía perdonar.

—No sé quién de los dos ha sido más miserable, si él por carecer de moral por su vicio al juego, o usted por querer vender a su hija con tal de codearse con la nobleza.

—¡Tu hermana no merece menos! —gritó, al tiempo que se ponía en pie.

Y aquel fue el punto de inflexión para Leighton; ante él estaba el duque de Manfford convertido en mujer. ¿Cómo no lo había visto antes? ¿Cómo se había criado junto a una mujer sin escrúpulos?

Su madre le había robado a Beatrice la oportunidad de ser feliz y él mejor que nadie sabía lo amargo y cruel que era sentirse desdichado por no poder compartir su vida con la persona amada. Él no podía alcanzar la felicidad por culpa del duque de Manfford, y su hermana no la alcanzaría por culpa de su madre. Pues bien, al duque no podía hacerle pagar por ello, pero a su madre sí, porque para él la felicidad no tenía precio.

—Mi hermana no merece una madre como usted —aseguró, sin reparo—. Motivo por el que no volverá a verla.

—Es mi hija.

—Y mi hermana, y, por ende, está bajo mi tutela hasta que se case —informó, para que no se le olvidara—. Le ofrecí vivir bajo mi techo en North Face —le recordó—. Pero usted no se merece tanta generosidad; su nuevo hogar será el que un día fue su destierro —aludió al único lugar que pudieron permitirse tras la caída en desgracia de la familia—. Lugar del que nunca debió salir, para recordarle que no posee nada y que no pertenece al círculo de los que usted considera “de los suyos”.

—No puedes desterrarme, eres mi hijo, estás obligado a cuidarme.

—Y la cuidaré, madre —afirmó, con cinismo—. Comida no le faltará, pero eso será lo único que obtendrá de mí.

—Leighton...

—¿Sabe?, existe la justicia divina —filosofó—. Las personas buenas y honradas, incluso siendo hijos de

“vulgares granjeros” —utilizó las palabras con las que había ofendido la memoria del padre de los Boston—, acaban viviendo en palacios. Por el contrario, las personas malas y codiciosas, incluso siendo hijas de hombres con “apellidos dotados”, acaban viviendo en suburbios.

La señora Hook se quedó paralizada; acababa de comprender que su hijo no estaba hablando llevado por el enfado, sino que iba a cumplir su amenaza de desterrarla.

El administrador giró sobre sus talones y se dirigió a la puerta.

—Prepárese, le espera un largo viaje —anunció su inminente partida.

Por su parte, él tenía que ir a despedirse de su esposa, a quien había citado en su rincón secreto, lugar al que acudían con asiduidad desde que lo descubrieron.

Allí estaba Victoria, nerviosa porque sabía que tenía que despedirse de Leighton, y que estarían separados durante una temporada, al menos hasta que ella pudiese viajar a Londres. Con lo maravilloso que podría haber sido disfrutar hasta el duodécimo día en Great Castle. Incluso teniendo que regresar a su casa, si su padre le hubiese dado la oportunidad de ser cortejada por Leighton, él habría podido visitarla a diario. Pero, una vez más, el duque vetaba todo aquello que pudiese alentar a sus hijos a ser felices; la felicidad en Manfford estaba prohibida.

Al ver al que consideraba su esposo, lo abrazó de inmediato.

Él le besó la cabeza mientras ella se aferraba al torso cálido de Leighton, negándose a abandonar aquella emoción por sentirse arropada, protegida y querida.

—Amor, esperaré con impaciencia tu aviso —susurró el administrador, indicando que él la esperaría en Londres.

Victoria no tuvo fuerzas para responder, lo único que hizo fue llorar.

Mientras una pareja se despedía con tristeza, la alegría de un niño de ocho años irrumpía con su risa, persiguiendo al perro de la duquesa, en la sala en donde se encontraban todos los invitados junto a los anfitriones.

—Lady Hamilton, debo llegar a un acuerdo con usted —anunció el conde de Erian—. Le aseguro que mi trato será altamente beneficioso para ambos.

Derian miró a su hijo; conociendo al pequeño, podría tratarse de cualquier cosa.

Abby, que estaba junto a Niall, primero miró a su esposo y, al ver la diversión en sus ojos, ella reprimió su sonrisa.

—Habéis despertado mi curiosidad —aceptó escuchar la propuesta de Simon.

El niño sonrió satisfecho, y el resto de invitados permaneció en silencio, embaucados por la maestría de aquel pequeño a la hora de crear expectación.

—Quiero compraros a lord Virgilio —anunció su interés por la mascota de la duquesa—. Como sé que lo tenéis en alta estima, mi propuesta será acorde a su valor sentimental.

Niall carraspeó para que su mujer supiese que estaba disfrutando, ya que aquel animal era para ellos muy especial, sobre todo cuando el duque bromeaba fingiendo tener celos del perro.

Abby lo miró de soslayo y no pudo evitar sonreír.

—Si conocéis la estima que poseo por mi mascota, ¿qué valor creéis que se merece?

El niño miró al perro, luego a la duquesa.

—El precio que usted demande y el acuerdo de unir a mi hermana Stella con su hijo Kylian cuando alcance la mayoría de edad.

Penelope se tapó la boca para no reír.

Los marqueses de Stanford se miraron risueños.

Lady Violet y lady Hermione centraron su atención en lady Philomena, conscientes del orgullo que estaba sintiendo en ese momento por reconocer el valor de un St. John.

Claro que, si en esa sala había alguien realmente orgulloso, ese era Derian, ya que el niño acababa de dejar al descubierto que a él no le interesaba tanto la mascota como su verdadero objetivo: asegurar el futuro de su hermana para que nunca le faltase de nada.

Sin duda, el conde de Erian se había tomado muy en serio la promesa de proteger a su hermana pequeña.

—Sois muy generoso por vuestra parte —concedió Abby—. Con pesar, debo declinar vuestra oferta porque lord Virgilio fue un regalo del que no me puedo desprender; de hacerlo me entristecería mucho.

—Ah —suspiró el niño—. En ese caso, lady Hamilton, no insistiré. No podéis perder la sonrisa; vuestro hijo y vuestro esposo necesitan verla reír.

No hubo nadie en esa sala que no se enterneciera con la respuesta del conde.

—¿Eso creéis? —indagó Abby, conmovida.

Simon asintió, vigoroso.

—Sí, usted al igual que mi madre es una duquesa —argumentó su parecer—. Como tal, es una mujer poderosa.

Mi madre tiene el poder de hacernos felices al duque y a mí, y siempre lo hace cuando está contenta.

Derian negó con la cabeza. Su hijo era único y especial; jamás pensó que una conversación que mantuvieron hacía un año le hubiese calado tanto, pero, tras la confesión de ese momento, entendió que su hijo encontraba en la sonrisa de su madre el poder de ofrecerles a ellos la felicidad.

Se quedó reflexivo durante unos segundos, los mismos que los demás invitados se mantuvieron a la espera, ya que ese muchachito poseía el poder de acaparar la atención de todos, gracias a su alegría contagiosa.

—En ese caso, tendré que centrarme en otro candidato que pueda ofrecerle a mi hermana una buena posición — reflexionó en voz baja.

Abby asintió con la cabeza y aguantó la risa.

Lo que nadie esperaba era que Simon se girara y fuese directo a una persona en particular.

—Lady Whellington, me gustaría llegar a un acuerdo con usted para comprar uno de sus caballos.

La sala se inundó de risas y la alegría reinó en Great Castle.

Definitivamente, el conde de Erian se había propuesto ofrecerle a su hermana una buena posición y, desde luego, él tenía muy claro quiénes eran las personas mejor situadas.

La diversión se vio interrumpida tras el anuncio de que todo estaba dispuesto para el almuerzo.

Los invitados pasaron al comedor principal.

Mientras servían el primer plato, la madre de Abby miraba a su hija desde la distancia, un tanto preocupada por que se sintiese desmotivada; no era agradable para ninguna anfitriona perder a la mitad de sus invitados.

Ese mismo pensamiento lo compartían Penelope y Sophie hasta que Abby se pronunció.

—Sophie, Pen, lamento tener que preveniros —dijo, y todos la miraron—, pero poder superar mi festejo os será hartamente complicado.

El padre de Abby miró a su hija con gran orgullo; no parecía molesta, no se mostraba derrotada, y asumía con dignidad todo lo acontecido en su casa.

Nadie se pronunció al respecto. Por ello, Abby se encogió de hombros y sentenció:

—Ni siquiera sé cómo podré superar en fiestas venideras tanto escándalo.

La risa de nuevo reinó entre los invitados.

Niall miró con cariño a su esposa desde el otro extremo de la mesa, enamorado, recordándose por qué se enamoró de ella; por ser tan ingenua, dicharachera, poco rencorosa y risueña.

Capítulo 30

Un carruaje se dirigía a Manfford con dos ocupantes sumidos en sus propios pensamientos: Victoria y Benedick.

Al pasar por delante de las tierras del señor Hook, Victoria se entristeció; aquel camino llevaba a North Face, lugar que a su manera le pertenecía, por ser la esposa de Leighton.

—Madre me educó a su imagen y semejanza —habló, con pesar—, volcando en mí todas sus frustraciones —recriminó el mal proceder de su madre—. Me aseguró que la hija del duque de Manfford no podría albergar un matrimonio por amor —reveló, dejando a su hermano atónito por el descubrimiento—. Que el amor no formaría parte de mi vida, porque el amor era una fábula inventada por doce marquesas aburridas —afirmó, aludiendo a las historias de amor plasmadas en el libro familiar.

Giró la cabeza, con los ojos anegados de lágrimas.

—Ella, que se vanagloriaba de haberme educado, dándome todas las lecciones de vida que una madre puede volcar en su hija —lloriqueó—, se olvidó de darme la más importante: el corazón habla.

Benedick sacó su pañuelo y limpió las lágrimas del rostro de su hermana.

—No lo hizo por olvido; no me impartió esa lección porque ella carecía de corazón.

El marqués no pudo más que besar la frente de Victoria, intentando alentarla.

—Pues espero que donde esté pueda escucharme, para decirle que yo sí he conocido el amor, que sí puedo amar y que sé lo hermoso que es ser amada.

No hacía falta que ella tuviese que dar un nombre para que su hermano supiera que se refería al señor Hook.

—Pidió tu mano —le confesó, pues ella merecía saberlo.

Victoria se tensó.

—¿Lo humilló? —se interesó, preocupada.

La respuesta era sencilla, pero Benny, como bien había advertido lady Violet, se caracterizaba por su bondad, motivo por el que no respondería con sinceridad, por evitarle a Victoria mayor dolor.

—Rechazó su petición —respondió, cauto—. No vio mayor necesidad de exponer los motivos de su rechazo.

Victoria lo miró a los ojos; su hermano no le mentiría, nunca lo había hecho.

Él advirtió su resquemor, por ello quiso tranquilizarla.

—Conoces bien a padre, no pierde el tiempo con personas que no le merecen respeto.

Ella asintió; era cierto.

Benny se mantuvo impertérrito para que no dudase de su palabra.

—Madre carecía de corazón y padre de alma —sentenció Victoria—. No nos permitirá ser felices, Benny. El hombre que se cree más poderoso es el más pobre, pues nunca conocerá la felicidad.

El marqués no iba a rebatirla, ya que aquello era una obviedad.

Dos días de trayecto fueron suficientes para que Miranda Boston se reafirmara en que odiaba Inglaterra y todo lo que representaba: jerarquías, protocolos y personas insufribles que jamás los aceptarían.

Miró a su hermano Dereck y se apenó por él; había albergado tantas esperanzas con respecto a Beatrice...

Ella se sentía culpable por las consecuencias que pudiesen afectar a su hermano. Ahora bien, no iba a responsabilizarse de los malos actos de otras personas, y pensaba dejar constancia de eso a su hermano; por mucho que le doliera y por mucho que los ingleses pensaran que Miranda Boston no tenía derecho a tener orgullo, ella lo tenía, y, por desgracia para su hermano, además de considerarse una persona orgullosa, también era una muchacha incapaz de olvidar.

—Espero que el señor Hill nos sorprenda y esté en Serenity Park esperándonos —pronunció en voz alta—. Así podré regresar a Nueva York cuanto antes. No soporto Inglaterra y menos a su gente.

Wyatt miró a su amigo. La noche anterior Dereck le había confesado que creía que era el momento oportuno de sincerarse con Miranda. Explicarle con tranquilidad que el señor Hill, una semana después de su llegada a Londres, había contraído nupcias con la hija de un afamado empresario de perfumes. Que el hombre que ella esperaba no había dudado en comprometer a la muchacha en cuanto llegó a sus oídos la cuantiosa dote que el padre ofrecía a quien se casara con su hija. No es que la dote de aquella joven fuese tan boyante como la que poseía Miranda, pero lo suficientemente importante para un tipo como Hill, que solo buscaba dinero para saldar sus múltiples deudas.

—Los ingleses no nos respetan, Dereck —expuso ante su hermano lo que pensaba y lo que él parecía obviar—. Tus negocios han prosperado, tus contactos son influyentes, y, sin embargo, para ellos seguimos siendo “colonos”.

—No para todos —refutó Dereck, defendiendo a todos aquellos que consideraba amigos.

La pequeña de los Boston se molestó con aquella respuesta, ya que ella seguía enfadada y ofendida, motivo por el que, llevada por el rencor, habló:

—Que te codees con ellos no te convierte en uno de los suyos —adujo, mostrando en su tono de voz el resentimiento que guardaba dentro—. No son ellos los que han tenido que abandonar Great Castle, sino nosotros.

Wyatt apretó los labios, pues, en ese comentario, Miranda tenía razón; ellos habían salido de allí como si fuesen los culpables de lo que había sucedido.

—Te advertí que todos nuestros actos tienen consecuencias —le recordó Dereck.

—Lo entendí y pedí perdón por ello —se defendió—. No obstante, solo los actos de los americanos son censurados por los que consideras tus amigos —aludió a los duques de Hamilton—. No así son purgados los actos de sus nobles y compatriotas —aludió al duque de Manfford y la señora Hook—, incluso sabiendo que fueron ellos los que agraviaron primero.

—Existen unas normas, Miranda...

Ella le interrumpió.

—Impuestas por ellos, por los mismos que se creen superiores al resto —apuntó, muy enfadada—. Motivo por el que no pienso permanecer en Inglaterra bajo sus normas y actos ofensivos más tiempo —vaticinó—. Regresaré a Nueva York, lugar al que pertenezco y del que no debí salir.

Dereck Boston no iba a permitir que su hermana se marchara. Consciente del enfado que todavía la embargaba, decidió buscar una solución. No obstante, no la que él habría deseado, ya que ser franco con ella en ese instante sería para Miranda una traición por su parte, y no se merecía que ella lo odiara cuando lo único que siempre había intentado era protegerla.

—Esperarás al señor Hill —zanjó—. Sin pasar por el altar no regresarás a Nueva York, donde no podré protegerte de indeseables que busquen tu dote.

Ella lo atravesó con la mirada.

Wyatt echó la cabeza atrás. Su amigo acababa de meterse en un buen lío, ya que, antes o después, Miranda lo descubriría todo.

—Ojalá estuviese Owen aquí —apuntó Miranda, porque creía que su otro hermano la apoyaría.

—Ojalá estuviera —deseó Dereck, preocupado, pues llevaba más de ocho meses sin noticias de él.

La muchacha desvió la mirada y centró la vista en el paisaje. De pronto, a lo lejos vio Secret Garden.

Sin poderlo evitar, sus manos fueron directas a su corazón.

Llevaba dos días negándose a recordar al marqués.

Intentaba mentalizarse de que ella deseaba olvidar todo lo vivido en Inglaterra, pero su corazón se negaba a escucharla, ya que, cada vez que se relajaba, acababa evocando recuerdos divertidos junto a Frotell: risas, secretos, manos unidas, susurros, carreras por los jardines, pavos reales, sirenas... Y cada uno de esos recuerdos le hacía aletear el corazón.

No podía permitirse aquellos recuerdos.

Cerró la cortinilla con fuerza, impidiendo así que el lugar en donde ella se había sentido como en casa fuese el causante de que sus ojos se empañaran.

Beatrice releía la carta que su madre le había escrito antes de abandonar Great Castle, y de eso hacía una semana.

No sabía cómo proceder. Debía admirar la templanza de su hermano por protegerla, por intentar que ella fuese feliz, una felicidad que, a pesar de todos sus esfuerzos, siempre se vería truncada por su pasado, uno que la perseguiría por más que desearse dejarlo atrás, porque existían personas que se empeñaban en recordarle lo sucedido, con la intención de que no olvidara, como si eso fuese posible, pues nada ni nadie podría hacerla olvidar.

No solo existía el chantaje de Albert, ahora también se le sumaba el de su propia madre.

Dejó caer el brazo, aferrando aquella carta entre sus dedos.

Se acercó a la ventana; ni siquiera la blanca nieve que cubría los jardines de North Face la ayudaban a limpiar su conciencia, ya que no la tenía pulcra...

Miró al cielo como si allí fuese a encontrar sus respuestas, o, más bien, a alguien que la escuchara.

—¿No fue suficiente castigo el que me impusiste? —habló, como si el buen Dios fuese a escuchar su súplica.

Escuchó pasos y, con celeridad, dobló la nota y se la guardó bajo la manga.

Leighton entró y la saludó, afable.

No necesitó preguntar, el rostro de su hermana mostraba una tristeza que él habría deseado evitarle a toda costa.

Era muy posible que Beatrice diese por perdido cualquier acercamiento hacia el señor Boston después de lo

ocurrido.

—Beatrice, a nuestro regreso a Londres, me reuniré con el señor Boston —anunció sus planes—. Le pediré disculpas en nombre de nuestra madre, e intentaré mediar con su hermana para que tu relación con ellos no se vea afectada.

Si su hermano supiera...

Ella no podía retomar su relación afectiva con Dereck; su madre le había recordado en su carta que, de hacerlo, pagaría un alto precio por su osadía.

En aquellas letras la acusaba a ella de ser la causante de su destierro, de haber roto cualquier aspiración a formar parte de la nobleza, por comportarse como una mala hija.

Tras las palabras de su hermano, Beatrice optó por intentar congraciarse con su madre; sabía que eso significaría perder para siempre a Dereck Boston, pero era la única oportunidad que tenía de apaciguar el rencor de la mujer que le dio la vida, evitando así que continuase chantajeándola, que era lo que se proponía hacer si no conseguía que Leighton le permitiera regresar a Londres junto a ella.

—Debes perdonar a madre —pidió, solícita.

Él negó con la cabeza.

—Leighton, tus logros se pueden ver empañados —explicó, con calma, para que él la entendiera—. A un noble se le perdona, o se pasa por alto cualquier cosa que haga —expuso una realidad—. Un hombre triunfador tiene más retractores que aliados, buscan tus fallos para impedir que llegues alto.

El administrador se cruzó de brazos, atento a lo que su hermana le intentaba decir.

Beatrice agradeció que él le prestase atención.

—Si un noble destierra a su madre, nadie cuestiona su decisión —habló, sin apartar la mirada de su hermano—. El destierro de la nuestra se convertirá en el escándalo que tus retractores airearán por todas partes para que todos tus logros se vean empañados.

Leighton se quedó pensativo. La felicidad de su hermana no era cuestionable, poco le importaba lo que pudiera salpicarle si se corría la voz por todas partes.

Beatrice amó a su hermano, sabía que estaba anteponiendo su felicidad a su propia prosperidad.

Totalmente emocionada, se acercó a él y le tomó las manos.

—No permitas que nada empañe aquello por lo que tanto has luchado y conseguido —lo animó a perdonar—. Madre no merece convertirse en víctima, cuando tú y yo sabemos que ha actuado como verdugo —advirtió, aludiendo a la manera tan deshonesto con la que había boicoteado la relación entre ella y el señor Boston, como también a la forma en que salió vanagloriada tras ofender la memoria del padre de Miranda y conseguir que la joven saliese perjudicada.

—No se merece mi perdón, Beatrice —adujo, tal cual lo sentía.

—No te pido que la perdones, solo te imploro que le levantes el castigo —suplicó—. No por ella, Leighton, por ti y por mí, que somos los que acabaremos siendo censurados, porque a nadie le van a importar los motivos del destierro, solo nos criticarán por haberla desterrado.

Ahí estaba una vez más la hipocresía de la sociedad, fingían querer castigar a los que se comportaban mal, pero luego no les importaban los motivos; solo tenía relevancia tener un pretexto para poder criticar.

Durante unos segundos Leighton Hook meditó lo que su hermana le solicitaba.

Mal que le pesara, ella tenía razón; todos los que envidiaban lo que había conseguido obtendrían el placer de censurarlo por haber desterrado a su madre. Le habría importado poco, de no estar al tanto de la petición que había hecho Penelope respecto a que lo tuviesen en cuenta para el próximo nombramiento de caballero. De serle concedido, a pesar de conocer la respuesta del duque de Manfford, podría pedirle a Victoria que se casara con él. Pese a la negativa del padre, podrían hacerlo en secreto, ofreciéndole a la mujer que amaba que no perdiese su estatus social. Le gustase o no al duque, su hija se casaría con un hombre que había entrado en la jerarquía nobiliaria; en bajo rango, pero el suficiente para que su esposa no se viese rechazada por la sociedad.

—Regresará a Londres —cedió—. No obstante, no acudirá a evento alguno.

Había conseguido cierta concesión, pero no le permitiría a su madre que se sintiese vencedora; prohibirle socializar era el mayor castigo que le podía imponer, él lo sabía, su hermana lo sabía, y su madre iba a ser conoedora de su decisión muy pronto.

Capítulo 31

Dos meses habían pasado desde que Victoria besó al hombre que amaba para convertirse ante Dios en la señora Hook.

Estaba nerviosa; había conseguido hacerle llegar una nota para avisarle de que acudiría esa noche a la velada musical de Treinton House.

Suspiró, emocionada, al recordar la última vez que habían tenido una cita clandestina, no la de la despedida, sino la que atesoraba en su corazón, porque, en aquella ocasión, a pesar de que el hombre que consideraba su esposo se negaba a comprometerla por completo, había experimentado el placer pleno.

Leighton la había desnudado por completo, la había adorado con tanto ardor que ella llegó a sentir que se quemaba por dentro. Y fue entonces cuando él, con las manos temblorosas por la contención de no hacerla suya allí mismo, la tumbó sobre la manta que él había llevado, y la acarició y besó por los lugares más secretos del cuerpo femenino. Y entonces la miró a los ojos y le dijo: «Permíteme entregarte todo el placer que mereces, amor; una pequeña muestra de lo que te esperará a mi lado el día que por fin podamos entregarnos el uno al otro». Y vaya que si le entregó, más de lo que ella esperaba, más de lo que jamás había imaginado que una mujer pudiese experimentar. Él la llevó al cielo, con su boca le hizo alcanzar el clímax, una palabra que no había oído pronunciar a nadie hasta que Leighton le explicó con calma, entre besos pausados, mientras ella se recomponía, lo que había notado.

Esa noche dudaba que pudiese repetir aquel encuentro, pero, con tal de ver a Leighton, sería suficiente.

Mientras Victoria se preparaba para salir al encuentro de su amado, en la sala principal de Manfford House un padre y un hijo mantenían una conversación.

—Nuestro reino está en peligro —despotricó el duque—. Jamás pensé que mis ojos verían a nobles cediendo su poder a desarrapados que nos invaden para quitarnos lo que es nuestro.

Benedick se abstuvo de rebatir, las palabras de su padre hacían alusión al señor Boston. Era de conocimiento público que el duque había intentado que ciertos miembros de la cámara de los lores le cerrasen sus puertas. Lo que el duque no esperaba era que algunos de ellos le debiesen demasiado al señor Boston, porque, le gustase o no a su padre, el americano era un hombre de negocios con éxito, uno que había hecho ganar dinero a algunos nobles que, de no ser por las inversiones sugeridas por Dereck, estarían arruinados.

Aun así, un duque seguía teniendo poder, el suficiente como para obligar al señor Boston a organizar una velada en la que su hermana tendría que disculparse ante todos aquellos a los que según él había agraviado.

Ese era el trato al que había llegado con el duque de Hamilton cuando fue a pedir disculpas ante la duquesa; él se había rebajado y, cuando Niall medió por el señor Boston, al enterarse de lo que estaba haciendo el duque, le sugirió que cesase en su empeño de enemistar al americano con varios miembros de la nobleza. El duque vio ante él la oportunidad de resarcirse, conviniendo que, si el americano deseaba continuar con sus negocios sin que él interviniera, su hermana tendría que disculparse públicamente ante todos en su propia casa.

Cierto era que, a pesar de que muchos necesitaban o estaban en deuda con el señor Boston, las puertas de otros tantos se le habían cerrado.

Abby mandó una carta al que consideraba su amigo, explicándole las condiciones que había impuesto el duque de Manfford para que él pudiese de nuevo relacionarse como antes. También explicó que, a su pesar, Miranda tendría que hacer esa concesión, ya que Manfford quería dejar constancia de su poder, algo que no era personal contra ella, sino tan solo movido por su ego.

Dereck Boston recibió aquella noticia como un puñal en el pecho. Primero, porque su relación con Miranda no estaba pasando por su mejor momento. Desde su regreso a Londres ella parecía estar melancólica. Y ya no podía asegurar si su melancolía se debía a su anhelo por regresar a Nueva York, o porque no había recibido noticias del señor Hill. Y ese era otro asunto que a él lo estaba carcomiendo, ya que cada vez que veía la oportunidad de sincerarse con su hermana, siempre sucedía algo que le obligaba a postergar aquella conversación. Aunque lo más acuciante para el americano era hallar la forma de que Miranda perdonara a Beatrice, pues estaba desesperado por verla, por abrazarla, por besarla, por convertirla sin más demora en su esposa.

Todo parecía estar en su contra; Miranda no pensaba perdonar la ofensa. La madre de Beatrice no tenía intención de permitir contacto alguno entre ellos. Y él estaba en medio de todo, consciente de que no podía obligar a su hermana a pedir perdón.

Por más que había intentado mediar por Beatrice, argumentando que ella no era culpable de las palabras de su madre, su hermana se había negado a ceder, pues, a su parecer, ella no había mostrado queja ante aquellas palabras

cuando fue testigo. Además, tampoco había recibido una carta en la que se disculpara en nombre de su madre, y, por ende, era igual de responsable.

El marqués de Frotell, por su parte, no creía que llegase la invitación por parte del señor Boston para acudir a la tan ansiada velada en Serenity Park, pues dudaba de que Miranda fuese a disculparse. Y en parte la admiró por ello, por negarse a ceder al chantaje de su padre.

—Esa condenada cavará la tumba de su propio hermano —sentenció el duque.

Pocos comentarios ofendían últimamente a Frotell, pero ese en concreto sí lo hizo, porque aludía a Miranda y no le gustaba que su padre se tomase aquellas libertades.

—De no ser americana, usted la tendría en alta consideración —expuso su parecer—. Muestra orgullo, el que tanto demanda usted a los que le rodean, el mismo que critica cuando carecen de él.

El duque lo miró con reproche.

Benedick no le apartó la mirada.

—¿Permitiría que mi hermana se disculpara ante aquellos que hubiesen difamado su memoria? —cuestionó, esperando que su padre respondiera, pues dudaba de que él permitiera a Victoria rebajarse ante nadie; menos, si el agravio hubiese sido faltarle a él una vez muerto.

—La hija de un duque no se disculpa —dictaminó—. Y la memoria de un duque es sagrada.

—Al parecer, la hija de un granjero piensa igual que usted —zanjó Benedick, dejando a su padre con la palabra en la boca, ya que, sin pedir permiso, se marchó.

El duque se quedó mirando la puerta cerrada; cada día tenía menos poder sobre su hijo.

Se reclinó en un sofá y se quedó pensativo.

Jamás admitiría en voz alta lo que estaba pensando, pero admiraba a la americana por su muestra de orgullo.

Victoria estaba preparada. Al ver a su hermano suspiró interiormente; él pensaba acompañarla.

Benedick le ofreció su brazo y salieron de la casa sin mirar atrás.

—¿Crees que el señor Boston estará invitado? —indagó Benedick, negándose a preguntar lo que de verdad le importaba.

Victoria intuía lo que su hermano esperaba. Si él supiera que emanaba su nostalgia a diario sin darse cuenta... Sin embargo, no era consciente, pues, sin poderlo remediar, tarareaba cada dos por tres aquella canción tradicional tan escocesa, *Auld lang syne*, que pertenecía al poema del célebre Robert Burns. Una letra que delataba a Benedick cada vez que de sus labios se escuchaba aquella melodía: *¿Deberían olvidarse las viejas amistades y nunca recordarse? ¿Deberían olvidarse las viejas amistades y los viejos tiempos?*

Sin duda alguna, aquella canción era su despedida constante de Miranda Boston.

—Dudo que acuda a la velada musical —advirtió Victoria, para que Benedick no albergara esperanzas—. El barón no desea enemistarse con padre.

El marqués no había pensado en aquella posibilidad. Pero su hermana tenía razón, no habrían mandado invitación a los americanos.

Y así había sucedido. Por ello, Miranda estaba encerrada en la sala familiar de Serenity Park, interpretando las piezas más melancólicas con su chelo, ante el retrato de su madre.

Se había convertido en una rutina, una a la que solía estar acostumbrada, ya que la única diferencia entre el internado y esa sala era que allí estaba el retrato de la mujer que le dio la vida.

Cuando regresó a Serenity Park, al no obtener noticias del señor Hill, en un principio se temió que su nota se hubiese extraviado; por ello mandó una segunda carta. Con el paso de las semanas y los meses entendió que había sido una tonta al creer que aquel hombre la estaría esperando; incluso se sintió avergonzada por enviarle unas notas a un hombre que seguramente ya la habría olvidado.

Wyatt Mendoza entró en la casa con malas nuevas; el duque de Manfford había conseguido paralizar las descargas provenientes de la flota perteneciente a Dereck Boston.

Aquello fue un golpe bajo por parte del duque, pues de la naviera dependían unas cuantas familias. Puede que Dereck tuviese unos cuantos negocios más, pero la naviera era la empresa familiar.

—¡Maldito déspota! —bramó Dereck Boston tan alto que incluso Miranda lo escuchó.

Dejó su chelo y salió al pasillo principal.

Vio cómo un par de sirvientes salían despavoridos, por miedo a que el americano pagase con ellos su enfado.

Se acercó con sigilo y escuchó la conversación.

Se llevó las manos a la boca al comprender que aquel mal proceder por parte del duque tan solo era por venganza, para demostrar que él tenía el poder de destrozarse todo lo que había conseguido su hermano.

Se sentía culpable.

Abrió del todo la puerta, que estaba entreabierta, y los dos hombres se callaron.

—Lo haré —cedió ante el chantaje del duque—. Pediré disculpas.

Dereck negó con la cabeza.

Wyatt se llevó las manos a la cara para frotársela.

Ella levantó la mano, impidiendo que hablasen.

—Me rebajaré, con la condición de poder regresar a Nueva York —negoció ante su hermano.

Si la única forma de marcharse de aquel país que tanto detestaba y alejarse para siempre de las personas que no soportaba era tener que humillarse pidiendo perdón, lo haría. Si su hermano había decidido quedarse en Inglaterra porque creía haber encontrado su sitio, ella merecía poder encontrar el suyo, y desde luego no estaba en Londres.

—Miranda, encontraré la forma de solucionar lo de la aduana —la tranquilizó. Él ya había batallado antes, no era la primera vez que se le ponían obstáculos.

—Sé que lo harás —reconoció, pues estaba convencida—. Mas preciso regresar a casa —imploró—. Necesito encontrar mi sitio, Dereck. Aquí no lo encontraré, y creo que me he ganado el derecho a encontrar mi propia felicidad.

¿Qué podía responder a algo así?

—En Nueva York estarás sola —apuntó su hermano, para que al menos lo meditara.

—He estado sola desde que murió madre —afirmó, exponiendo una verdad dolorosa ante su hermano mayor—. Owen y tú os marchasteis en busca de vuestro sitio en el mundo hace muchos años.

Aquello no podía rebatirlo, ellos habían abandonado su hogar mucho antes de morir su padre. Nadie había pensado en que la pequeña crecía sintiéndose sola.

—Decide tú la fecha —le concedió a su hermano—. A la mañana siguiente, partiré a Nueva York.

Giró sobre sus talones y se alejó.

Los dos hombres esperaron pacientes a que Miranda estuviese lejos para que no los escuchase.

Dereck fue quien cerró la puerta para asegurarse del todo.

—Encontraré la solución para que no se marche.

Wyatt negó con la cabeza.

—Dereck, no puedes seguir reteniéndola —aconsejó—. Si se ve obligada a disculparse, no podrás retenerla aquí —aventuró—. No será feliz en un lugar donde la han humillado.

—No puede regresar sola a casa —sentenció.

—No lo hará sola, yo regresaré con ella —anunció—. Lo lamento, amigo, pero yo tampoco encuentro aquí mi sitio.

Nada más llegar a su alcoba, Miranda miró a su doncella, que la estaba esperando.

—Doty, pronto abandonaré Serenity Park —anunció, observando la reacción de la muchacha.

La joven la miró y bajó la cabeza; dejaría de ser la doncella personal de la señorita Boston y, posiblemente, ocuparía un puesto de sirvienta... Claro que, ella lo que más temía era no volver a ver a Wyatt.

Él había flirteado con ella en contadas ocasiones, las mismas que se había negado a caer rendida ante él. Tras la noticia, agradecía no haber sucumbido a los encantos de aquel seductor, ya que seguramente Mendoza regresaría a América, dejándola allí, con el corazón roto y con el temor de tener que pasar la vergüenza de abandonar la casa por la puerta de atrás, por posibles consecuencias, unas que la llevarían a la ruina, pues eso era lo que les pasaba a las muchachas que sucumbían al pecado.

—Te estoy muy agradecida —pronunció Miranda—. Tu trabajo ha sido impecable.

—Gracias, señorita —agradeció Dorothy, aunque su voz sonó lastimera.

—Doty, Nueva York está lejos —comunicó, como si la joven no lo supiera—. No puedo asegurarte que te vaya a gustar vivir allí —se sinceró, para que fuese ella quien tomase la decisión—, pero me gustaría tentarte a que me acompañaras. Te has convertido en lo más parecido a una amiga para mí.

La doncella se emocionó.

No es que Miranda gozase de amistades, así que no mentía; Doty se había convertido en su confidente. La única que la escuchaba sin juzgarla. Además, pronto se convertiría en una hermana para ella, ya que conocía bien a Wyatt y no permitiría que Doty se quedara en Inglaterra, cuando él bebía los vientos por ella.

Sonrió, sin darse cuenta, al llegar a esa conclusión.

—Si tuvieses familia, no te propondría que viajases conmigo —indicó, pues su doncella era huérfana—. No te reprocharé nada si decides quedarte en Inglaterra. No obstante, si decides acompañarme, te doy mi palabra de que, si una vez allí no eres feliz, me ocuparé de que mi hermano te devuelva el puesto que ocupabas antes de mi llegada.

Dorothy no tenía nada que pensar, Miranda lo había dicho; no tenía familia. Le gustaba el puesto que ocupaba, o

más bien le gustaba estar bajo el cargo de Miranda, quien la trataba siempre como una amiga, no como una sirvienta.

—La acompañaré —manifestó, con alegría—. Viajaré a Nueva York.

A pesar de que Miranda había insistido infinidad de veces en que la tuteara, Doty se negaba a hacerlo. Aun así, la dos se fundieron en un abrazo.

Alguien golpeó la puerta, pidiendo paso.

Miranda sonrió; nadie tenía aquel detalle excepto Wyatt y su hermano, y no necesitaba preguntar para saber quién era el hombre que estaba esperando, porque ella era observadora y no se había equivocado; Wyatt bebía los vientos por su doncella.

—Adelante —invitó a pasar.

Wyatt Mendoza entró y no pudo evitar dedicarle una sonrisa seductora a Doty.

—La esperaré... —comenzó a decir la doncella, pero Miranda la interrumpió.

—Puedes retirarte a descansar, no necesitaré tu ayuda por hoy —señaló, ya que llevaba un vestido de diario, y no necesitaba ayuda para quitárselo.

La joven asintió y se retiró.

Miranda esperó con los brazos cruzados a que su amigo expusiera lo que había ido a tratar con ella.

—¿Estás realmente decidida a regresar a Nueva York? —cuestionó.

Hacía días que la pequeña de los Boston no se divertía, incluso les preocupaba la ausencia de aquella sonrisa que siempre la acompañaba, pues, como solía decir Owen Boston, Miranda era la muchachita de la sonrisa perenne.

Pero se acaba de obrar el milagro, o eso pensó Wyatt cuando vio resurgir aquel mohín que tanto echaban de menos en su rostro.

—Vaya, vaya, vaya, Wyatt Mendoza —bromeó, y eso gustó a su amigo—, te tenía por un hombre franco y directo —guaseó, consiguiendo que él entrecerrara los ojos—. Por lo visto, Inglaterra te ha cambiado más de lo que creía.

Se sintió pillado, Miranda lo había calado.

Se cruzó de brazos, imitándola.

Miranda ya había descubierto las auténticas intenciones que lo habían llevado hasta su dormitorio, así que, de perdidos al río, prefirió fingir ante ella y de paso disfrutar de la alegría que la joven empezaba a mostrar ante él.

—¿Eso crees?

Ella asintió con la cabeza.

—Por favor, ilústreme —pidió, invitándola a que ella se mofara abiertamente de él.

—Es curioso, pero es la primera vez que te andas con rodeos —indicó ella, fingiendo estar pensativa—. Lo que nos lleva a una conclusión: Dorothy.

Él levantó las cejas mostrando sorpresa.

—Antes de llegar aquí tu pregunta habría sido otra —reflexionó.

—¿Cuál? —quiso averiguar él.

Ella hizo un gesto con los labios, dando a entender que estaba aguantando la risa.

—¿De verdad quieres que la pronuncie? —ironizó.

—Por descontado.

Ella puso los ojos en blanco.

—Ambos sabemos que al entrar en este dormitorio habrías preguntado: ¿Dorothy va a acompañarte a Nueva York?

Él no pudo evitar una sonrisa, Miranda lo conocía bien.

—¿Y bien? —indagó, curioso.

Miranda prefirió guardar silencio para darle más emoción a su respuesta. Más que nada quería ver nervioso a Wyatt, quien, dicho sea de paso, no era un hombre que se pusiera nervioso ante ninguna mujer.

—La cuestión, Wyatt, no es si Doty viajará conmigo —indicó, con una gran sonrisa—. Lo que de verdad importa es saber si tú deseas que ella lo haga.

Él agrandó los ojos.

—¿Quieres una respuesta?

Miranda se encogió de hombros.

—Conozco la respuesta —afirmó—. Lo que me pregunto es si Dorothy es conoedora de tu interés por ella.

Él sonrió pleno.

Miranda estaba indicándole que la muchacha mostraba interés por él, aunque, a su parecer, era él quien tenía que dejárselo claro.

—Pequeñaja, voy a encargarme de que lo sepa.
Se inclinó y besó la mejilla de la mujer que consideraba su hermana.

Capítulo 32

Beatrice estaba cansada de los reproches de su madre, de sus amenazas, de sentirse enjaulada en su pasado.

Tan solo tendría que avisar a su hermano para que mediara, pero aquello estaba descartado, ya que, con que su pecado lo conocieran dos personas era más que suficiente.

Ella, que pensaba que se había deshecho de Albert tras el panfleto de *Los Ecos de Sociedad* de Londres...

Suspiró y cerró los ojos con la intención de dormir, pues era el único momento en el que encontraba algo de paz; entre sus sueños. Los mismos que últimamente se repetían, porque solo en ellos poseía plena libertad para amar a Dereck; en sus fantasías no existía un pasado amargo, ni un hombre atroz, ni una madre egoísta, ni una sociedad intransigente... No, en sus sueños solo existía un hombre comprensivo que la amaba por encima de todo.

Sabía que al día siguiente lo vería, ya que habían sido invitados a la velada más lastimera que ella podría imaginar, una que se había pregonado por todas partes, pues así lo había decidido el duque de Manfford, con la intención de humillar a Miranda, como si él mereciese una disculpa.

Su estómago se revolvió al recordar cómo su madre había recibido aquella invitación, con gran júbilo, ya que a esa velada su hermano no podría negarle acudir, como si ella también mereciese aquellas disculpas, cuando los culpables eran ellos dos.

No quería imaginar lo que estaría pensando Dereck; seguramente, la forma de vengarse de todos los que acudiesen a la velada.

Lo conocía bien; puede que Miranda se hubiese visto obligada a aceptar aquella exigencia por ayudar a su hermano, pero Dereck estaría tramando la venganza, de eso estaba segura, y, para ser sincera consigo misma, lo admiraba por ello.

Se sentía miserable por no haber respondido a ninguna de sus cartas, unas que llegaban a escondidas a través de un lacayo bien pagado por parte de Dereck. Las mismas que ella mantenía a buen recaudo para que su madre no las encontrara.

Se retorció en la cama.

Cómo iba a superar la velada del día siguiente. Él albergaba la esperanza de que, tras las disculpas de Miranda, todo volvería a ser igual entre ellos. Más que eso, en su última carta le había compartido su intención de pedir su mano a Leighton.

Sus ojos se empañaron.

Iba a tener que rechazar al hombre que amaba por dos motivos: uno, por su madre; dos, por su pasado.

Se mordió el puño para no gritar.

Beatrice Hook conocía a la perfección a Dereck Boston, llevaba dos semanas investigando a todos los que iban a acudir a la velada, que ya se conocía como "la velada de la humillación".

Lo que el duque de Manfford no sabía era que él ya había reducido ese listado a menos de la mitad, porque, si alguien pensaba que consentiría que su hermana pasara por aquello ante los ojos de todos los que él deseaba, solo por simple satisfacción, sin que él hiciese algo al respecto, estaba muy equivocado.

La sorpresa se la llevaría el duque de Manfford cuando viese que, de sus cincuenta invitados, tan solo acudían los que estuvieron en Great Castle ese día, exceptuando a los duques de Hamilton y los duques de Wittman. Y sería así porque él, tras recibir la nota del miserable duque, había acudido directo a sus fuentes; no había llegado tan lejos sin codearse con gente con pocos escrúpulos, y, gracias a eso, averiguó las miserias de todos los que pensaban que podrían reírse de Miranda.

Nada como conocer los trapos sucios para retirar de su camino con facilidad a aquellos que el duque de Manfford estimaba apropiados para ser testigos de su gran poder. Más de uno ya había lamentado haber sido cómplice del duque propagando la velada de la humillación.

—Otro que se retira —comentó Wyatt Mendoza, extendiendo una nota a Dereck, que estaba sentado frente a la mesa de su despacho, en la que un invitado se disculpaba por su ausencia.

—Habría llorado —vaticinó el americano, pues había enviado a Wyatt para recordarle cierto asunto denigrante que estaban dispuestos a airear si continuaba extendiendo rumores acerca del comportamiento de Miranda en Great Castle.

—Como el cobarde que es —afirmó.

Dereck tomó la nota y la echó al fuego.

Mendoza se acomodó en un sofá, abrió sus brazos y los dejó apoyados en la parte alta, flexionó una de sus piernas y la dobló sobre la otra rodilla, mostrando así su comodidad.

—Miranda lo tiene todo dispuesto para partir —informó, ya que Dereck no parecía entender que su hermana no tenía intención de quedarse un día más.

—Está todo planeado —indicó.

—¿De veras?, ilústreme —pidió, invitándole a que le explicara sus planes con respecto a mantener a Miranda en Londres.

—Tras las disculpas de mi hermana —se le atragantó la frase, porque le dolía incluso pensarlo—, para relegar el momento más amargo, voy a pedir la mano de Beatrice.

Wyatt cambió de posición. Descruzó las piernas y se inclinó, apoyando sus brazos en las rodillas.

—¿Delante de todos? —indagó, con los ojos agrandados.

Dereck asintió con la cabeza.

—Tengo mis motivos —expuso ante su amigo—. Hacerlo ante mis invitados borrará al instante el mal trago de Miranda —vaticinó—. La señora Hook no podrá intervenir, porque la decisión dependerá de su hijo —cuestionó, pues así eran las normas, el hermano era quien debía tomar la decisión—. Miranda tendrá que retrasar su partida hasta el día de la boda —indicó, con tono triunfal.

Se sentía orgulloso de haber encontrado la solución perfecta para que su hermana no se marchara, sin tener que retenerla a la fuerza, además de poder convertirse por fin en un hombre feliz por tomar como esposa a la única mujer que deseaba tener a su lado.

—Siempre guardas un as bajo la manga —felicitó Wyatt, porque aquella jugada era magistral.

Durante unos segundos permanecieron en silencio.

—Dereck —pronunció, un tanto preocupado—. Estás dando por hecho que el señor Hook aceptará tu propuesta.

El americano sonrió.

—Leighton, a diferencia de su madre, está dispuesto a aceptarnos en su familia —reveló—. En cuanto llegó a Londres me visitó para disculparse en nombre de su madre.

—De ahí a que te conceda la mano de Beatrice...

—Wyatt, no soy un crío; no dejé pasar la oportunidad de mostrar mi interés por Beatrice —memoró la conversación que mantuvieron—. Tengo su beneplácito para cortejarla.

—En ese caso —se levantó y le tendió la mano—. Mi más sincera felicitación.

—Gracias —agradeció, estrechando la mano de su amigo.

—Pronto seré yo quien te felicite, ¿cierto? —indagó Dereck, aludiendo a Dotty, ya que estaba al tanto de los sentimientos de su amigo hacia la doncella de su hermana.

—Estoy en ello —convino, con voz burlona—. Las mujeres inglesas son crueles.

Los dos rieron, pues había dado a entender que la doncella no se lo estaba poniendo fácil, y no cedía a sus encantos por más que lo intentaba.

—Quizá necesite un anillo para caer a tus pies —bromeó Dereck.

Mendoza puso los ojos en blanco; con lo fácil que sería mantener un romance... Pero esa muchacha estaba empeñada en ser la más puritana de todas las mujeres que había conocido.

—Tiempo al tiempo —zanjó Wyatt antes de marcharse.

Dereck sonrió mientras lo veía alejarse. Ese tiempo sería más corto de lo que Wyatt esperaba, porque, aunque se negase a aceptar que se había enamorado, no permitiría que otro hombre se le adelantara.

Ese pensamiento le hizo pensar en Beatrice, y en lo mucho que había cambiado su vida desde que entendió que esa muchacha robaba sus pensamientos incluso cuando gozaba en la cama con otra mujer.

El mismo día que descubrió que prefería la compañía de Beatrice a disfrutar de los placeres de otra, su corazón se agitó con tanta virulencia que temió por un momento estar padeciendo una dolencia cardíaca.

No era fácil asumir que un hombre disoluto como él estuviese dispuesto a abandonar su vida libertina por una mujer. Pero Beatrice había conseguido que esa vida no le satisficiera, y, por ende, ella lo era todo para él.

Con ese pensamiento positivo se levantó de su asiento. Tenía una cita importante con el joyero, al que había encargado un anillo de compromiso que iba a dejar sin habla a la madre de Beatrice; siempre tenía que tener un as bajo la manga, no fuera cosa que se le ocurriese entrometerse ante la respuesta de Leighton, ya que la de Beatrice ya la conocía; ella había respondido a esa pregunta en cada beso que le había entregado.

Caminaba con decisión por el corredor principal, cuando algo le llamó la atención al pasar por delante de la puerta abierta de una sala púrpura; parecía haber una persona escondida detrás de una columna.

Se acercó con cautela al descubrir que la persona en cuestión era su hermana Miranda, que parecía estar muy

concentrada en algo en particular. Ahora bien, ¿qué buscaba exactamente? Era extraño que estuviese palpando las paredes.

—¿Qué haces?

La joven saltó como un resorte por el susto que él le dio.

—¡Dereck! —se expresó, asustada, llevándose las manos al corazón.

Él cruzó los brazos, a la espera de su respuesta.

Ella lo miró con los ojos entrecerrados, fastidiada porque la hubiese descubierto.

—¿Y bien? —insistió él.

Miranda suspiró derrotada.

—Estoy buscando las aperturas a los pasadizos secretos de esta casa.

Tras la confesión, el americano levantó una ceja.

—¿Quién dice que los haya?

Ella torció los labios, no le gustaba el tono burlón que había usado.

—Toda casa señorial los tiene —adujo ella, dando a entender a su hermano que ella sabía más que él—. Esto es un palacio, y, por ende, tiene cámaras secretas.

—Comprendo.

La pequeña de los Boston puso morritos, molesta por que él no se tomase en serio lo que para ella era tan importante.

Se cruzó de brazos como él.

—Si lo comprendes, ¿cómo es posible que no conozcas el paradero de las entradas?

Él hizo un aspaviento con la mano, restando importancia.

—Si son secretos, ¿qué importa?, nadie los va a descubrir.

Ella agrandó los ojos, no podía ser que su hermano no tuviese curiosidad por encontrarlos.

Abrió la boca y la cerró.

Dereck aguantó la risa. Por descontado que conocía aquellos recovecos, estaban en los planos que tenía a buen recaudo en su caja fuerte.

—Tengo una cita ineludible —anunció Dereck.

Se inclinó y besó en la mejilla a su hermana.

Cuando él estaba a punto de salir por la puerta, ella se expresó justo a su espalda.

—¡Los encontraré!

Él ladeó la cabeza con una sonrisa torcida.

—Si es que existen.

Ella negó con la cabeza; su hermano era muy testarudo y ella estaba dispuesta a borrarle esa sonrisa, encontrándolos.

—Los encontraré —repitió, triunfal.

Dereck la escuchó y, cuando llevaba metro y medio alejado de ella, se rio abiertamente.

«Vas a tener mucho tiempo para hacerlo», pensó interiormente.

Miranda se desplomó en el sofá más cercano, al tiempo que suspiraba.

Si Frotell la hubiese visitado, ya habría encontrado aquellos pasadizos. Hubiese sido tan divertido poder compartir aquella aventura con él... Cerró los ojos; por más que intentaba no pensar en el marqués, siempre acababa recordándolo.

Se negó a hacerlo. Benedick era el marqués de Frotell, pertenecía a la aristocracia y, además, era el hijo del hombre que había orquestado todo para que ella tuviese que humillarse.

No quería pensar en él; cuanto menos lo recordara o más lo relacionara con la aristocracia, más fácil sería alejarse de Inglaterra sin sentirse apenada.

No obstante, mintiéndose a sí misma, recurrió a sus recuerdos junto a Frotell para convencerse de que tan solo pensaba en él para conseguir su propósito de encontrar las cámaras secretas.

Con los ojos cerrados y una gran sonrisa al memorar aquel hallazgo en Secret Garden, suspiró.

Él había accionado un candelabro...

Abrió los ojos y miró todos los que estaban colgados; observó con atención desde el sofá.

Se levantó y se dirigió a uno que estaba al final de la sala, en un lateral, demasiado pegado a las cortinas. Era ilógico colgar uno allí, por el riesgo de prender las telas, provocando un incendio.

Lo miró más de cerca. Al ver que las velas nunca habían sido prendidas, sonrió.

Giró sobre sus talones y fue a por una banqueta. La llevó justo a donde se encontraba el candelero, se subió para

poder llegar y, con fuerza, tiró de él.

El sonido inconfundible de una puerta abriéndose la llenó de gozo.

Ante ella, una falsa pared quedó entreabierta.

—Gracias, Frotell —agradeció en voz alta, pues sin su recuerdo no habría logrado aquel hallazgo.

Su corazón estaba agitado, iba a adentrarse en la oscuridad del pasadizo.

—Piensa, Miranda, piensa —se dijo a sí misma en voz alta.

No podía ser tan incauta como para recorrer aquello sin asegurarse de que la puerta no se cerrara, por si no encontraba la forma de salir de allí.

Entonces se movió con rapidez; tomó los dos candelabros que decoraban encima de la repisa de la chimenea, tomó un cajetín de cerillas, prendió la vela de uno, y se guardó la cajetilla en el puño de la manga izquierda. Se acercó de nuevo al pasadizo. Allí dejó tumbado el otro candelero para impedir que la puerta se cerrara y, sin más, se adentró sola, pensando que aquello era el preludio de su próxima vida, pues no tendría a nadie a su lado con quien compartir aventuras.

Olía a humedad, hacía frío y, aun así, a Miranda le pareció maravilloso.

Caminó varios metros, hasta que llegó a una bifurcación; entonces sonrió, tenía varios lugares que descubrir.

Se decidió por el del centro, anduvo varios metros más, y se topó con unas escaleras de piedra. Subió con paso decidido y llegó a su destino.

Tomó aire y bajó la palanca que daba pie a abrir la puerta.

Tras un chirrido que anunciaba que hacía muchos años que nadie usaba aquel pasadizo, Miranda empujó la puerta para descubrir que se encontraba en la sala privada de la que algún día sería la señora de Serenity Park.

La conocía, pero no había entrado allí desde que el ama de llaves le hiciese el recorrido del palacio.

No era una sala tan acogedora como la de Secret Garden.

Aquel recuerdo la hizo sonreír; ninguna sala sería tan especial para ella como la sala de las marquesas.

La sonrisa fue desapareciendo de su rostro al llegar a la conclusión de que algún día una nueva marquesa podría disfrutar de aquel lugar, y estaba segura de que no llegaría a admirar aquella habitación con el verdadero aprecio que se merecía.

No fue solo aquel sentimiento por la sala lo que la llevó a entristecerse, también la idea de que algún día Frotell encontraría a su “sirena”.

Negó con la cabeza. No podía pensar en ello, debía estar contenta por su hallazgo, y disfrutarlo como se merecía.

Salió por el mismo lugar que había entrado y regresó a la bifurcación, para tomar el camino de la derecha.

No sabía por qué, pero en el último segundo decidió regresar a la sala púrpura; había perdido el aliciente de descubrir el resto de cámaras secretas.

Capítulo 33

Todo estaba dispuesto en Serenity Park para recibir a sus invitados, o más bien a los elegidos por el duque de Manfford para ser testigos de su poder.

La condesa de Stanton se había encargado de todos los detalles para el evento, asegurándose así de que nadie criticaría a Miranda. Y fue justo ella la primera en acudir junto a su esposo.

Los condes miraron a Miranda y se sorprendieron. Ante ellos no estaba la muchachita que bajó de un barco con el pelo al viento y con ropa de diario; ante ellos, una joven, realmente elegante, lucía un vestido verde y malva claro, con encaje dorado. Eso sí, había decidido prescindir de llevar el cabello recogido; lucía su larga melena morena, bien peinada, con un hermoso tocado: una pluma de pavo real.

«¿Dónde la habría conseguido?», se preguntó Sophie, ya que no había visto ninguna expuesta ni en las sombrererías ni en casas de modistas.

Connor, como gran admirador de la joven, besó la mano de Miranda.

—Estáis muy elegante —halagó.

La americana lo primero que hizo fue sonreír. Seguidamente, miró a Sophie.

—Vuestro esposo es muy halagador.

Lo primero que le llamó la atención a Sophie fue que no la tuteara.

—Por eso me casé con él —bromeó.

—Sabia elección —reconoció Miranda.

Las acompañantes de los condes, como solía ser habitual, eran las tías de Connor.

Se saludaron con cordialidad.

La última en hacerlo fue lady Violet, quien tomó la mano de Miranda entre las suyas, sorprendiéndola.

—Querida, no toméis vuestras disculpas como una humillación —susurró en su oído, mientras le daba palmaditas de ánimo en la mano—. En realidad, será una lección para el duque; la gente sin título posee más elegancia y educación que algunos nobles.

La muchacha parpadeó; no esperaba aquellas palabras de ánimo por parte de nadie, y menos de mujeres que pertenecían a la nobleza.

Asintió con la cabeza y le agradeció el gesto con una sonrisa sincera.

Lady Violet se reunió con sus amigas. Mientras caminaban hacia la sala principal, hablaron entre ellas.

—Espero que las intenciones de su hermano esta noche no caigan en saco roto —indicó, ya que ellas estaban al tanto de lo que pretendía hacer el señor Boston para retener a su hermana en Londres, pues, una vez más, ellas se enteraban de todo, y no es que esta vez les hubiese costado mucho averiguarlo; les llegó la información en cuanto él encargó el anillo en la joyería, y no tuvieron que elucubrar mucho para averiguar las intenciones del americano.

Lady Philomena seguía sin entender la reticencia de Beatrice, pues también habían averiguado que ella no respondía a sus cartas.

—Espero que la señorita Hook no nos dé una sorpresa —sopesó Philomena.

Las tres se miraron. Era cierto que se les pasaba algo por alto, y por primera vez tenían que admitir que todo cuanto habían planeado podía irse al traste. No les agradaba pensar en ello, principalmente porque las tres parejas que estaban dispuestas a ayudar se habían ganado su cariño de una forma u otra.

—No nos adelantemos a los acontecimientos —sugirió lady Hermione, que era de las tres la más juiciosa.

Cuando Miranda vio entrar al baronet Almir y a su madre, sintió que se le revolvía el estómago. No pudo evitar mirar a su hermano, que estaba a su lado recibiendo a sus comensales.

Dereck giró la cabeza y bajó la mirada.

Ella tuvo que apretarse los puños para no gritar, ¿en serio iba a tener que humillarse ante esos dos?

—¿Qué ocurre? —se interesó Dereck.

A punto estuvo Miranda de echar a correr, porque aquello sí era humillante de verdad.

Pero no lo hizo, pues entendió que su hermano no estaba al tanto de lo que había sucedido con la madre del baronet, ni con él en Secret Garden, ya que el único testigo fue Frotell.

Optó por negar con la cabeza.

Los saludó como se esperaba de ella, recordándose que sería la última vez, ya que a la mañana siguiente partiría a Nueva York y dejaría atrás Inglaterra.

Con ese pensamiento recibió a los condes de Trumpton y a sus hijos, el barón Lemin y lady Maria.

—Pensé que vivían en Escocia —susurró a su hermano.

—La temporada está a punto de comenzar —la informó en voz baja—. Es habitual que las debutantes lo hagan en Londres; siempre tienen más posibilidades de encontrar pretendientes.

Miranda no pudo evitar girarse para ver cómo caminaba lady Maria. Sin duda alguna, la habían educado para ser una debutante de éxito.

Era elegante, refinada, hermosa... y formaba parte de la aristocracia.

Dereck la observaba con atención.

Ella volvió a su posición.

—Dudo que fracase en su debut —vaticinó.

—Tú podrías tener el mismo si quisieras ser presentada en sociedad —aseguró Dereck, esperanzado.

Miranda lo miró como si le hubiesen salido tres cabezas.

—Estamos recibiendo a personas que esperan que me disculpe —le recordó—. Todos ellos esperan de una debutante que no decepcione, y a mí ya me han relegado y acusado de no saber comportarme.

—Solo el duque de Manfford —aclaró, para que no pensara que los demás pensaban como él.

Miranda negó con la cabeza.

—Suficiente para los demás.

A Dereck le hubiese gustado mantener una conversación con ella; no se merecía creer que todos la habían juzgado por las acusaciones del duque, porque no era así.

Tuvo que posponerlo porque llegaron los hermanos Hook y su madre.

A Dereck se le iluminó la mirada. Sin embargo, se sintió decepcionado al ver la reacción tan poco emotiva por parte de Beatrice. No es que él esperase que lo besara, eso estaba de más habiendo testigos, pero una sonrisa, una mirada cómplice, un guiño..., algo. En vez de eso, tan solo recibió un escueto «buenas noches».

No es que Miranda sintiese aprecio en ese instante hacia Beatrice, pero tampoco le pasó desapercibido el decaimiento que mostraba, sin sonrisa, sin mirada ávida, sin alegría... En realidad, lo que creía percibir era tristeza, mucha tristeza.

Al quedarse a solas con su hermano, permaneció callada; por más que estuvo tentada de preguntarle si había notado a Beatrice tan triste como le había parecido a ella, no lo hizo, ya que era posible que la causa de su desánimo fuera el distanciamiento entre su hermano y ella.

La curiosidad pudo con ella, abrió la boca para preguntarle, pero justo en ese instante escuchó que anunciaban al duque de Manfford e hijos.

Tragó con dificultad.

Empezó a mover los dedos sin darse cuenta.

—Miranda —susurró su hermano, sin mirarla—, estás a tiempo de cancelar la cena.

Él le estaba ofreciendo la oportunidad de echarse atrás, a pesar de que aquello le podría perjudicar.

Admiró a su hermano; seguía siendo el hombre que ella había subido a un pedestal por proteger a toda la familia.

—Soy hija de Dexter Jarvis Boston —le recordó—. Una Boston siempre se responsabiliza de sus actos y palabras.

Dereck sonrió, Miranda nunca dejaría de sorprenderlo. Ahí estaba, a punto de recibir al ser más poco misericorde de Inglaterra, sin amilanarse, para disculparse por unas palabras que debió reprimir, aunque tuviese motivos para actuar como lo hizo. Y estaba ahí, con la cabeza alta porque ella era digna hija de un hombre que así le había enseñado a actuar en la vida, porque así era como se comportaba un Boston.

Jamás averiguaría Miranda Boston lo orgulloso que se sintió su hermano mayor a su lado.

Dereck hizo un asentimiento de cabeza. Por el contrario, su hermana se comportó como una auténtica dama; realizó la genuflexión más perfecta que nadie habría imaginado que se pudiese realizar.

—Excelencia, bienvenido a Serenity Park.

El duque no respondió al saludo; continuó su camino, siguiendo al mayordomo que lo acompañaba a la sala principal.

Miranda, que había seguido con la mirada al duque sin girar la cabeza, al volver a mirar al frente se encontró con los ojos amigables del marqués de Frotell.

Su corazón se agitó, su estómago se encogió, y su sonrisa surgió sin previo aviso.

Si ella hubiera sabido lo impactante que fue aquel mohín para Benedick, habría saltado a sus brazos, se habría aferrado a él, y se habría sentido la mujer más dichosa, pues eso era lo que el joven pensó mientras la miraba.

Victoria, que iba cogida del brazo de su hermano, saludó a Dereck, intentando así que nadie se percatara de lo ensimismado que estaba Benedick.

—Buenas noches, señor Boston.

—Buenas noches, lady Victoria —respondió al saludo, con una sonrisa mal disimulada, ya que, por más que Victoria hubiese intentado distraerlo, él estaba disfrutando de aquel encuentro.

Lo único que le hizo reaccionar al marqués fue el levantamiento de cejas por parte de Miranda, instándolo a saludar.

Y vaya si lo hizo, tomó la mano enguantada de ella y besó sus nudillos.

—Lucís muy hermosa esta noche —la halagó, sin importarle, o, más bien, sin ser consciente de que había dos personas más escuchándolo.

La miró de arriba abajo, y aquel escrutinio sonrojó a Miranda.

Repasó de nuevo a la joven, solo que, al revés, y cuando llegó a la cabeza y vio aquella pluma, sonrió pleno.

—Un hermoso tocado —comentó, sin poder apartar sus ojos ámbar de los negros de ella—. Acorde a vuestra belleza.

Si pensaba Miranda que no se podía sonrojar más de lo que ya estaba, se equivocaba, porque aquel cumplido le provocó una quemazón en las mejillas.

El carraspeo de Victoria zanjó aquel encuentro tan maravilloso.

Benedick por fin desvió su mirada de la mujer que lo tenía hechizado.

—Señor Boston, buenas noches.

El anuncio de la llegada de los marqueses de Stanford salvó aquel momento.

Los hermanos Stewart continuaron su camino, no sin evitar mirar de soslayo a Miranda, igual que hizo ella.

Dereck prefirió no hacer ningún comentario para no borrarle a su hermana la sonrisa que lucía en ese instante.

Ella no pudo evitar girarse. Lo que no esperaba era encontrar a Benedick girado también, mirándola.

Se sonrieron.

Él hizo un movimiento con su mano, señalando su pluma, antes de poner los ojos en blanco y negar con la cabeza.

Miranda se llevó las manos a la boca para no reír; él estaba indicándole que no se olvidaba de aquel pavo real en la alcoba de Secret Garden.

Volvió a girarse e intentó mantener la compostura.

Dereck tuvo un pálpito, podría ser que Miranda al final no quisiera regresar a Nueva York.

En cuanto Victoria entró en la sala, sus ojos buscaron de inmediato a Leighton.

Él le guiñó un ojo.

Ella estuvo a punto de sonreír, pero se recordó que su padre estaba allí, por lo que se comportó como se esperaba de ella: inalcanzable.

Lo que no impidió que, pasada una hora, Leighton se acercara a ella con sigilo, aprovechando que todos estaban distraídos en conversaciones diversas, para rozar con su mano la de ella.

Victoria apretó aquellos dedos cálidos; incluso con los guantes ella sentía la calidez de él.

Tuvieron que soltarse de inmediato, tras anunciar el mayordomo que podían pasar al comedor.

De haber sido por Miranda, la distribución de los comensales habría sido de otro modo, pero Sophie se había encargado de que se cumpliera el protocolo a la perfección.

Junto al anfitrión, tomaron asiento el duque de Manfford y la duquesa de Whellington. Junto a Miranda, el duque consorte de Whellington y el marqués de Bristol.

Sus ojos buscaron a Benedick.

Los de él estaban esperándola.

Capítulo 34

No es que los asistentes estuviesen cómodos, y no por la velada, la cual estaba siendo más animada de lo que nadie esperaba, sino más bien por lo que sucedería al terminar.

Exceptuando al duque de Manfford, a la señora Hook, y la señora Almir y su hijo, el resto de invitados se sentían incómodos. No les parecía justo que Miranda tuviese que disculparse, pero así eran las normas; si alguien agraviaba a un duque, este pedía ser resarcido.

Miranda estaba animada, el esposo de Penelope era un hombre divertido.

Le había aconsejado un par de libros que ella intentaba memorizar.

Llegaron los postres y Miranda se disculpó. Sabía que no era apropiado levantarse de la mesa, porque, entre otras cosas, los hombres tuvieron que levantarse en señal de cortesía.

Penelope miró a Beatrice. Pensaban que la americana estaba nerviosa. Sin embargo, la joven tenía otro motivo; quería anotar los títulos de las novelas antes de que se le olvidaran, ya que a la mañana siguiente partiría a Nueva York, y no tendría otra oportunidad de preguntarle a Duncan.

Como no quería demorarse, decidió dirigirse al despacho de Dereck, que era el más cercano en donde encontrar papel y pluma.

Entró acelerada, tomó el papel, pero, al mojar la pluma en el tintero, este estaba vacío.

Resopló.

Abrió un par de cajones y no encontró ningún tintero.

Sin pensar, abrió el cajón con una llave que había en la cerradura.

Allí encontró el bote y sonrió satisfecha.

Cerró el cajón y, de pronto, su sonrisa se esfumó.

Volvió a abrir aquel cajón, pues acababa de reconocer una carta: la suya.

Se sentó en el gran butacón, sintiéndose muy pequeña.

Con manos temblorosas, tomó la carta y la miró por ambos lados.

La soltó en la mesa como si quemara.

Tragó con dificultad.

Su corazón se estaba agrietando, o eso pensaba, ya que el dolor era devastador.

Tiró del cajón para abrirlo por completo.

Una segunda carta apareció ante ella. Una segunda, que en realidad era la primera para ella. Una que debió haberse entregado al señor Hill hacía cinco meses.

No podía comprender...

Inspiró con fuerza, le faltaba el aire.

Sacó otras notas que había allí, al ver su nombre escrito en una.

Leyó con atención, y su corazón se quebró por completo; no solo la había traicionado su hermano, sino también Wyatt.

Todo había sido un engaño desde el principio.

Ante ella estaba la correspondencia que habían mantenido los dos traidores, acordando llevarla a Inglaterra para alejarla de Hill.

Las estrujó entre sus manos.

Las hizo un ovillo.

De una cosa estaba segura: jamás olvidaría el momento exacto en que se le rompió el corazón, pues así lo tenía, roto.

La ira la abordó, y, con esa turbación, regresó al comedor.

La entrada de Miranda llamó la atención de varias personas: las ancianas y Frotell.

—Oh, oh, algo va mal —musitó lady Violet.

Benedick se sorprendió, Miranda parecía otra mujer. No adivinaba el motivo de su estado, pero estaba turbada, había perdido su sonrisa y su cálida mirada. No era la muchacha que se había disculpado al levantarse de la mesa, era otra, una que él no reconocía.

Mientras elucubraba qué había podido pasarle, Miranda les hizo un gesto a los caballeros para que tomaran asiento.

Ellos lo hicieron y ella permaneció en pie.

—Han acudido esta noche para que yo me disculpe —sorprendió a todos, primero porque nadie esperaba que ella fuese a pronunciarse durante la cena; segundo, porque parecía abstraída, como si sus ojos no tuviesen vida; y tercero, porque todos habían llegado a la misma conclusión: fuera lo que fuese lo que pretendía Miranda, su tono de voz no presagiaba nada bueno—. Pues lo haré.

Wyatt miró a Dereck, pero este no se dio cuenta porque no podía apartar la vista de su hermana pequeña.

—Duque, os pido perdón —indicó, con voz severa—. Por agredirme, por vejarme y por acusarme de querer cazar a un noble.

Expuso ante todos.

Penelope cerró los ojos.

—Señora Almir, os pido perdón —continuó, pues tenía quejas para todos—: Por intentar acusar a mis sirvientes de ladrones, y por considerarme una buena invitada en las fiestas con la finalidad de poder entretener a sus caballeros.

Dereck apretó los puños.

—Baronet Almir, os pido perdón —nombró al que pensaba que se iba a divertir esa noche a su costa—. Por intentar comprometerme en la terraza, menospreciándome por no pertenecer a su círculo social.

Benedick se sintió asqueado por todo lo que escuchaba.

—Señora Hook, os pido perdón —prosiguió, sin apenas tomar aire—. Por faltar a la memoria de mi difunto padre, por considerarnos indignos de codearnos con nobles y por acusarme de agraviarla a usted y al duque.

Wyatt pensó que Miranda ya había terminado, pero, cuál fue su sorpresa cuando se dirigió a él.

—Wyatt, te pido perdón —pronunció, con voz grave—. Por considerarte un hermano y por traicionarme.

—Hermano —su voz se quebró. Aun así, no estaba dispuesta a romperse delante de nadie—. Te pido perdón por considerarte la persona más importante, por adorarte como a nadie, por faltar a la enseñanza de padre y madre —aludió a las mentiras—. Por arrastrarme hasta aquí y enjaularme.

Apretó la bola que llevaba en la mano y la lanzó con todas sus fuerzas.

Cayó justo delante de Dereck.

—Querían sus disculpas, pues ya las han tenido —zanjó, y, sin más, se dio la vuelta y salió corriendo.

Su hermano reconoció aquellas cartas, se levantó y dejó a todos sus invitados allí, eso sí, sin habla.

No era necesario preguntar por el paradero de Miranda, fue directo al único lugar en donde sabía que su hermana se sentiría resguardada: frente al retrato de su madre.

Abrió la puerta y la encontró allí, de pie, mirando a su madre y dándole a él la espalda.

—Es prácticamente un insulto que entres aquí después de lo que has hecho.

Una frase hiriente que Boston recibió como tal, pues en parte ella tenía razón.

—Miranda...

—No te atrevas a mentirme más —amenazó, sin desviar la mirada de los ojos de su madre—. Y menos en este lugar. Madre se avergonzaría.

Dereck miró también el retrato como si quisiera pedir perdón. No obstante, todo cuanto había hecho tenía una única finalidad: proteger a Miranda.

—Madre me entendería —se defendió—. Tu protección era lo más importante para ella, y, por ende, comprendería mi situación.

Aquella frase enervó a la joven, quien se giró con los ojos enrojecidos.

—¡Tú situación! —gritó—. Me mentiste y me obligaste a permanecer en Inglaterra solo por tu capricho de convertirte en uno de los suyos.

La acusación ofendió a Dereck.

—Estás siendo muy injusta —la reprendió—. Mi única intención ha sido siempre mantenerte a salvo de personas interesadas que quisieran aprovecharse de tu dote, como el señor Hill.

—¡Qué hipócrita! —insultó, con desprecio—. ¿Acaso no es lo que ha hecho Beatrice contigo? —cuestionó, aunque fue más una acusación.

—No te atrevas a inmiscuir o comparar a Beatrice...

—¿Por qué, hermano? —discutió, interrumpiéndolo—. ¿Por qué te crees con derecho a menospreciar al señor Hill cuando la mujer a la que pretendes actúa como él? —insistió, recalcando que Beatrice era igual de interesada—. No existe tanta diferencia entre los ingleses y los americanos. Tanto en Nueva York como en Londres la sociedad te discrimina según la fastidiosa jerarquía familiar —replicó, con desprecio—. La respetabilidad para todos ellos se basa en lo afamado que sea tu apellido. Poco importan los esfuerzos de padre por convertir a sus hijos en elegantes e intelectuales, porque, sin un apellido ilustre, seguiremos siendo indignos —aseguró, pues así eran las normas

sociales—. En Nueva York nos desprecian por haber conseguido dinero. Aquí todavía es peor, porque lo que tú representas para ellos, un hombre ambicioso, trabajador, con fortuna y hecho a sí mismo, es una total afrenta para la sociedad entera; más, cuando desprecian tu apellido, pues lo único que les interesa de ti es aprovecharse de tus contactos e intentar ganar dinero, con la hipocresía de beneficiarse del mismo capital por el que se ofenden de que tú hayas conseguido.

Las mentiras ofendían, las verdades mataban, y, en ese momento, Dereck prefería no ahondar en aquellas verdades como puños que estaba exponiendo su hermana. Él sabía mejor que nadie lo que le había costado integrarse en la sociedad inglesa, que la mayoría lo despreciaba por poseer dinero, lo que le costaba mantenerse entre la gente de pedigrí, ya que él lo había aprendido con el paso de los años a base de llevarse golpes.

Delante de su hermana no iba a admitir aquella realidad, porque una parte de él todavía quería protegerla de la sociedad intransigente que los rodeaba, como si alejando aquellas verdades su hermana pudiese continuar con su inocencia, la de una niña que no debería preocuparse por los agravios de quienes los rodeaban. Sabía que ya era tarde para protegerla de todo eso; las palabras de ella mostraban que había crecido antes de lo que merecía; que, a pesar de haber intentado protegerla del mundo cruel en el que vivían, la decisión de internarla había sido un fracaso, pues allí ella había perdido su inocencia y su infancia, al tener que lidiar con familias de apellidos ilustres, que, como bien había expuesto Miranda, eran los únicos que parecían tener derecho a ser dignos.

—Créeme, Miranda, no todos nos desprecian por nuestros orígenes —aseguró—. Como tampoco la mayoría nos ofrece su amistad por beneficio propio —intentó ahuyentar aquellos pensamientos de su hermana—. Existen personas generosas y de buen corazón tanto en América como en Inglaterra, tan solo debemos fiarnos de nuestro instinto y no cerrar las puertas a quienes nos estiman, porque de lo contrario perderemos la esencia de la vida.

Miranda lo miró incrédula.

Él aprovechó aquel momento para aclarar las cosas. Miranda no podía abandonar Serenity Park pensando que él la había traicionado. Si lo hacía, jamás se lo perdonaría.

—Guardé las cartas con una única intención —confesó—: mostrártelas en el mismo instante en que te confesase lo que había sucedido con el señor Hill.

—Has tenido cinco meses para hacerlo y has permitido que yo viviese todo ese tiempo engañada.

—Debía encontrar el momento apropiado para que tú entendieras...

—Entender, ¿qué? —lo interrumpió—. ¿Que tú decidiste mi destino? —lo increpó—. ¿Que no me permitiste decidir por mí misma? —se enfadó—. ¿Y qué si al señor Hill solo le interesaba mi dote? ¿Acaso no tenía yo derecho a decidir, aunque fuese para equivocarme?

—Quería protegerte.

—¿De qué? —insistió ella, encolerizada—. ¿De hombres como el señor Hill? ¿Acaso yo he intentado protegerte de mujeres como Beatrice?

—Cuidado —le advirtió él.

Aquella amenaza fue la gotita que colmó el vaso para Miranda.

Negó con la cabeza, asqueada, enfadada, hastiada y dolida, pues había subido a un pedestal a su hermano, y ahora se había caído, rompiendo en ella lo único que le quedaba: la confianza en su familia.

—¿Sabes cuál es la diferencia entre tú y yo? —No fue una pregunta que esperase respuesta por parte de él—. Veo el menosprecio que la familia Hook siente por ti —argumentó, con dolor y rabia—. Para ellos nunca serás digno de pertenecer a su familia —vaticinó—. Se han aprovechado de tu logro al posicionarte en la alta esfera social —acusó a Beatrice y a su madre—. Aun así, yo he permanecido callada e incluso te he apoyado en tu decisión de casarte con Beatrice; te he concedido el derecho a poder equivocarte, porque así es como se muestra el respeto a un hermano —argumentó, con los ojos brillantes, aguantando las lágrimas—. Por el contrario, tú me robaste la libertad de decisión, mostrando el poco valor y respeto que te merece mi opinión o mi elección —adujo, con la voz rota—. En el fondo te mereces una mujer como Beatrice; a fin de cuentas, ya te comportas como un aristócrata con derecho a entregar a su hermana sin importarle que ella esté o no de acuerdo.

Dereck Boston, que hasta ese momento lo único que había intentado era apaciguar la ira de su hermana, explotó; ahora se sentía él ofendido.

—Y como tal me voy a comportar a partir de ahora contigo —la amenazó, por haberlo acusado con tanto desprecio—. No regresarás a Nueva York.

Ella abrió los ojos como platos.

—No puedes impedírmelo.

—Sí, sí puedo, Miranda —señaló, con voz autoritaria—. Sigo siendo tu tutor.

—Hasta que me case —añadió ella—. Y ya lo estaría si tú no te hubieras entrometido.

—Pero no lo estás, y, por tanto, te quedarás en Londres hasta que yo así lo decida o tú encuentres marido.

Miranda Boston perdió por completo la razón. Le resultaba imposible razonar con lógica o con calma, pues la amenaza de su hermano la había recibido como un puñal en el pecho; ya nada volvería a ser lo mismo entre ellos. Ante ella había una figura desconocida, ya no era el hermano que adoraba, sino un ser que había olvidado su pasado, sus orígenes, creyéndose con derecho a decidir por ella en todo momento. Pero ella no pertenecía a la nobleza, y no tenía por qué someterse a los caprichos de su hermano. Era Miranda Felicity Boston, hija de un granjero que había prosperado al encontrar oro. Por mucho que su hermano se codeara con aristócratas, no pertenecía a su clase social. Además, Miranda tenía sus posesiones, ya que así lo había estipulado su padre en el testamento; no necesitaba ni a Dereck ni a Owen para subsistir. Si el único problema que se presentaba ante ella era alcanzar la mayoría de edad o casarse para tomar sus propias decisiones y estar al mando de todo cuanto había heredado, tan solo había una solución: casarse de inmediato.

Sonrió con maldad.

Ese gesto asustó a Dereck, ¿qué estaría elucubrando su hermana? Desde luego, nada bueno.

Se giró y se dirigió a la puerta.

—¿A dónde vas? —inquirió Dereck.

Ella ni se molestó en girarse, aunque respondió:

—A lograr mi libertad —sentenció, antes de salir.

Dereck se frotó la cara con las manos, nada había salido como él pretendía.

No había sido su intención amenazarla. No debió dejarse llevar por la rabia. Miranda estaba enfadada con razón, y él debería haber sabido mantener la compostura y aceptar que ella se desahogara. Conociéndola, en un par de días podrían haber hablado con calma y, seguramente, ella habría acabado entendiendo su proceder, pues lo único que había pretendido era protegerla.

¿Qué había intentado decir con aquello de lograr su libertad?

Tuvo un mal palpito. Con la desilusión y el enfado que la embargaba en ese instante, cualquier cosa que hiciese Miranda estaría llevada por la rabia y el dolor, dos sentimientos tan perjudiciales como poderosos, que tan solo podrían acarrearle problemas, y no de los que uno pudiese salir indemne.

Debía encontrarla cuanto antes.

Dio dos pasos y se detuvo, pues acababa de entrar Beatrice, la cual estaba preocupada desde que Miranda había salido del comedor.

Había esperado con paciencia a que uno de los dos saliera de allí. Cuando vio a Miranda con el rostro demudado y una pose a la defensiva, se temió lo peor; Dereck no había conseguido apaciguarla y, además, ella no había perdonado al hombre que más quería.

Intentó acercarse a Miranda, pero el gesto amenazante de ella la detuvo, pues aquel levantamiento de mano, impidiendo que diese un solo paso más, junto a su mirada retadora, solo significaba que la consideraba una enemiga.

Se apenó. No obstante, se abstuvo de intentar enmendar el daño causado por su madre, porque Miranda tenía derecho a sentirse ofendida, enfadada, desilusionada y rencorosa.

No había podido calmar a Miranda, pero necesitaba apoyar a Dereck; por eso entró sin vacilar.

—Lo lamento —se disculpó Beatrice por todo; por el comportamiento de su madre; por que Miranda hubiese descubierto de una manera tan penosa lo que su hermano le había ocultado; más, cuando ella había sido conocedora de todo desde el principio. Le dolía que Miranda no hubiese escuchado a su hermano; de haberlo hecho, entendería que él solo deseaba protegerla, pues para él era la persona más importante de su vida, aunque en ese momento la joven pensara lo contrario.

—Temo que cometa una locura —temió Dereck—. Está demasiado enfadada y desilusionada como para razonar.

—No sé qué decir —se entristeció por la situación—. Me siento tan inútil por no poder ayudar —se sinceró; ambos sabían que Miranda en ese instante odiaba a todos, sin excepción.

Él suspiró, frustrado.

Beatrice deseó acercarse y abrazarlo.

El silencio los envolvió, algo que no había sucedido entre ellos desde que se conocieron, y eso no gustó al americano, pues recordó las palabras de su hermana: «¿Por qué te crees con derecho a menospreciar al señor Hill, cuando la mujer a la que pretendes actúa como él?... No existe tanta diferencia entre los ingleses y los americanos. Tanto en Nueva York como en Londres la sociedad te discrimina según la fastidiosa jerarquía familiar».

Miranda se equivocaba y se lo iba a demostrar.

—Puedes ayudar más de lo que crees —aseguró él.

—¿Cómo? —se interesó; todo cuanto estuviese en su mano lo haría con tal de ayudar a Dereck.

—Casémonos.

No era exactamente lo que esperaba escuchar, aquella palabra la dejó paralizada.

Él se acercó y acarició su mejilla.

—No era así como pretendía declararme —se justificó—. Te mereces otra pedida de mano y te la ofreceré en cuanto localice a tu hermano, pero, llegados a este punto, Beatrice, ya no puedo esperar más —adujo, mirándola a los ojos—. Se acabó la pantomima ante tu madre. Se terminó la farsa de fingir que no me importa estar de espectador.

A ella se le anegaron los ojos.

—Dereck...

Él le tapó la boca con un dedo.

—Beatrice, me pediste tiempo y te lo ofrecí —le recordó—. Lo he intentado todo para conseguir la aceptación de tu madre; incluso te he comprado un palacio.

Si Dereck supiera el dolor que la embargaba, no continuaría. Él tenía razón en todo, lo desgarrador era que no podía aceptar su proposición.

—Casémonos —repitió él, antes de bajar su cabeza para besarla.

Un beso que quedó en el aire al retirarse Beatrice.

—No puedo —gimió, con las mejillas mojadas por las lágrimas—. No puedo casarme contigo.

Se quedó pasmado al ver cómo la mujer que amaba se giraba y se alejaba de él, seguramente para siempre.

Se sentía estúpido. No solo se había equivocado con Beatrice; además, tenía que admitir que le debía una disculpa a su hermana por negarse a creer que ella tenía razón, y no solo con respecto a Beatrice, sino en cuanto a su visión del mundo. No había diferencia entre los americanos y los ingleses a la hora de menospreciar a los que no poseían un buen apellido, al final valoraban más su escala social que poder alcanzar la felicidad.

Se giró y miró a su madre.

—Mírame, madre —le habló, con frustración—. No importa cuánto logre, siempre me tratarán como al hijo de un granjero.

Bajó la cabeza, avergonzado al comprender que Miranda, una vez más, tenía razón. Por intentar ser aceptado por la madre de Beatrice, se había comportado como aquellos que durante mucho tiempo lo habían despreciado.

Lamentó no haber sido fiel a sus principios: enorgullecerse de sus orígenes.

¡Por todos los santos!, ¡él no necesitaba la aceptación de nadie! Se había hecho a sí mismo, nadie le había regalado nada, y, por ende, no le debía nada a nadie.

Bueno, eso no era del todo cierto, le debía a su hermana una disculpa por intentar que encajara en la sociedad inglesa, prácticamente obligándola a convertirse en una dama sofisticada, que pudiese ser aceptada como cualquier debutante de su edad, sin interesarse en si ella deseaba o no pertenecer a ese círculo social.

Apretó los puños al comprender que, de haberlo conseguido, era muy posible que Miranda hubiese acabado siendo una mujer amargada, ya que ella poseía una naturaleza salvaje, y cortar sus alas habría significado apagar su interior, su alma libre y su más que merecida libertad. La que su padre le había ofrecido desde el mismo día en que nació.

Debía encontrarla cuanto antes, pues continuaba retumbando en su cabeza su última frase: «A lograr mi libertad».

Con ese pensamiento salió de la sala familiar, preguntándose qué había querido decir con aquello.

La respuesta la tenía muy clara la protagonista de la velada, porque, como bien había imaginado Dereck, estaba demasiado enfadada y desilusionada como para pensar con lógica.

Y esa falta de raciocinio la estaba llevando en ese instante a los establos, con una única meta: ser comprometida por un mozo de establo para conseguir su ansiada libertad.

Era la noche apropiada, el palacio de su hermano estaba concurrido, y antes o después tendrían que acudir a por sus carruajes. Ese sería el momento oportuno para tener unos testigos tan influyentes que nadie cuestionaría sus versiones. Por una vez, agradecería los afamados y estimados cotilleos que se propagaban tan rápido como el viento.

Mientras buscaba a su víctima sin pensar en nada más, el marqués de Frotell se sorprendió al verla dirigirse a los establos.

Imaginó lo que iba a suceder y, con premura, se dirigió hasta allí.

Miranda miraba a un lado y a otro, no se podía creer que no hubiese nadie allí.

¡Por supuesto! Ya habían sacado los carruajes, estaban preparados en la entrada para recoger a los invitados.

Mejor, así tendría más testigos; entre los que saliesen para marcharse y los que pudiesen mirar por los ventanales...

Se apresuró, debía encontrar a Harry, el muchacho divertido que le ofrecía una sonrisa afectuosa cada vez que la

veía.

A mitad camino, una mano fuerte la agarró del brazo y la giró, pegándola a su pecho.

Al levantar la cabeza se encontró con los hermosos ojos de Benedick.

—Si pensáis huir, debo advertiros de que vuestro hermano os dará alcance y empeoraréis las cosas —la advirtió, creyendo que ella planeaba escaparse de Serenity Park.

—Soltadme —exigió.

Él se negó a hacerlo hasta averiguar cuáles eran sus intenciones.

—Estáis demasiado turbada —expuso, pues no había más que verla—. Os soltaré cuando me digáis qué hacéis merodeando por los establos.

Ella no tenía intención de responder, lo único que necesitaba era encontrar a Harry, ya que los invitados estaban a punto de salir, y perdería la única oportunidad que tenía.

Miró de soslayo y vio cómo las luces titilantes de los candiles se aproximaban a la entrada; no iba a localizar a Harry a tiempo por culpa de Frotell.

Si en un principio estaba enfadada, ahora, además, se sentía frustrada.

«¡Ya salen!», gritó interiormente al ver a las tías del conde de Stanton.

No podía perder aquella oportunidad, no podía, así que, a medidas desesperadas...

Miró a los ojos al marqués.

—Os buscaba —mintió.

—¿A mí?

Ella asintió con la cabeza, y volvió a mirar de soslayo; de un momento a otro los descubrirían juntos, casi abrazados...

—No lo he olvidado, os debo un baile.

Benedick sonrió.

A ella se le aceleró el corazón, era el momento oportuno, y, llevada por la desesperación de alcanzar su plena libertad, se puso de puntillas y lo besó.

Lo que Miranda no esperaba era que Frotell la apretara con todas sus fuerzas, la levantara un palmo y respondiera a aquel beso con una pasión desmedida.

—¡Ohhh! —gritó la señora Almir.

Frotell soltó a Miranda y ella se quedó tan turbada que incluso se olvidó del motivo por el que lo había besado.

Tres ancianas sonrieron.

Dereck Boston se acercó raudo al escuchar el griterío de la madre del baronet.

Primero miró a su hermana con reproche; ahora entendía el significado de aquella frase. ¿Cómo había perdido tanto la razón como para llegar a ese extremo? Acababa de cavar su tumba, porque ahora, le gustase o no, tendría que formar parte de ese círculo social que ella tanto reprobaba, pues tendría que casarse nada menos que con un marqués, con todo lo que eso implicaba.

Seguido, miró al marqués.

—Frotell, espero que cumpla como se espera de usted —deseó, con voz grave—. De no hacerlo, tendré que pedir satisfacción.

Miranda agrandó los ojos.

No, no, no; no podía estar solicitando su hermano lo que ella creía que estaba pidiendo.

Benedick miró a Miranda.

—Señor Boston, cumpliré como se espera de mí —admitió, en voz alta, que se comportaría como un caballero—. Solicitaré una licencia especial.

Miranda se tapó la cara con las manos.

Victoria se llevó las manos al corazón; su hermano iba a vivir un infierno en cuanto se supiese y, en cuanto llegase a casa, tendría que enfrentarse a su padre, ya que era el único que había abandonado la velada nada más levantarse de la mesa.

Buscó con la mirada a Leighton, y ambos se entendieron sin hablar; ella pagaría las consecuencias, pues un escándalo se tapaba siempre con una boda. La de Benedick y Miranda sería el escándalo, y, por ende, su padre buscaría un marido para ella.

—Acompañadme —pidió Boston a Frotell.

El marqués asintió con la cabeza, debían hablar en privado.

Miranda se quedó allí, paralizada.

Lady Violet se acercó a ella.

—Querida, acompáñame —solicitó, alejándola del resto de invitados.

—No... no... —titubeó—. No era mi intención implicar a Frotell —habló para sí misma, pero la anciana la escuchó, aunque no hizo comentario alguno.

Al pasar por delante de sus dos amigas, se miraron; todo había salido al revés de lo esperado.

Ellas creían que sería Dereck Boston quien acabaría prometido esa noche con Beatrice. Que esa unión mantendría a Miranda en Londres el tiempo suficiente para que ellas la ayudasen a conquistar al marqués. Y que la última pareja a la que socorrerían sería la formada por Victoria y el señor Hook.

Lo acontecido esa noche lo desbarataba todo. Además, habían descubierto que Beatrice había abandonado la fiesta con lágrimas en los ojos. Y lo que más se temía lady Hermione, Victoria tendría que casarse antes de lo que esperaban.

Con aquel pensamiento buscó a la hija del duque y se reconoció en ella, con sesenta años menos.

—Pondré un guardia en la casa de Hook —informó a Philomena—. Que el buen Dios nos ampare para poder evitar otra desgracia.

Lady Philomena asintió, ella pensaba lo mismo.

Capítulo 35

El silencio reinaba en Serenity Park una hora y media más tarde del escándalo de la temporada. Wyatt miraba a Miranda, que esperaba, nerviosa, a su hermano, en la sala púrpura.

—Ni siquiera Dereck va a poder salvarte de este lío —la recriminó.

Ella lo miró.

Si pensaba Wyatt que él iba a salir indemne de su traición, es que no la conocía. El recuerdo de aquella correspondencia con su hermano la enfureció de nuevo.

—Lo que me sorprende es que Dereck y tú no estéis festejándolo —ironizó—. Tantas molestias que os tomasteis para evitar mi matrimonio con el señor Hill, y, cuando conseguís vuestro mayor logro, no alzáis las copas para celebrarlo.

Wyatt no necesitó indagar, ella estaba a la defensiva.

—Nadie pretendía que...

—¿...me casara con un inglés? —lo interrumpió, ofendida por que la tomase por tonta—. Esa fue vuestra intención desde el principio, motivo por el que me secuestrasteis.

—¡Nadie te secuestró! —espetó él.

Ella se levantó del sofá y empezó a caminar de un lado a otro, gesticulando como si estuviese meditando.

—A ver... déjame pensar... —Fingió estar razonando—. Cuando te prohíben abandonar un lugar... —Torció los labios—. Mmm... —Se paró en medio de la sala y miró a Wyatt—. ¿Cómo se llama a eso? —Y lo sorprendió al gritar, sin esperar a que él respondiera—: ¡Secuestro!

—No estás siendo razonable —la reprendió.

—Tampoco habéis colaborado para que lo sea —le recriminó tanto a él como a su hermano, el mismo que apareció justo detrás de ella.

—Enhorabuena, Miranda —la sorprendió Dereck—. ¿No querías abandonar Inglaterra? Pues vas a convertirte nada menos que en marquesa.

A ella se le aceleró el pulso, y empezó a marearse.

—Te lo advertí, todos nuestros actos tienen consecuencias —la riñó, pues él era el único que sabía que había sido ella la causante de aquel escándalo—. Querías lograr tu libertad.

La verdad mataba.

Ella se sintió desdichada por haber incriminado a Frotell.

Se dio la vuelta, y se alejó sin mirar atrás. Al llegar al umbral de la puerta se paró, giró la cabeza y miró a su hermano.

—Tienes razón, hermano —aseguró, con un nudo en la garganta, aludiendo a que sus actos habían causado consecuencias nefastas. Ahora bien, esa culpa tendría que ser compartida, porque ella, antes de haber sido verdugo, había sido víctima de los dos hombres que estaban en esa sala—. Ese es el precio que tendré que pagar por haber anhelado recuperar lo que vosotros me arrebatasteis sin piedad.

Wyatt recibió aquella acusación con vergüenza, pues, a pesar de haber intentado protegerla, ella tenía razón; la habían privado de la libertad de decidir.

—¿Qué ocurrirá a partir de ahora? —se interesó Wyatt.

Dereck negó con la cabeza sin parar, dando a entender que nada bueno.

—Tendremos que acostumbrarnos a llamar a Miranda, lady.

Mendoza se frotó la cara.

—En parte somos culpables.

—Me complace la unión entre ellos —confesó, sorprendiendo a Wyatt—. Lo que me apena es el motivo por el que van a casarse.

—No te entiendo.

—El marqués siente verdadero aprecio por mi hermana —reconoció, porque estaba seguro de ello—. Al igual que Miranda siente aprecio por él. ¿Por qué crees que estaba estos días tan melancólica?

Wyatt se levantó.

—¿Por Frotell? —cuestionó, un tanto aturdido, ya que no se había dado cuenta.

Dereck sonrió con tristeza.

—Todo fueron quejas desde que llegó —le recordó los reproches constantes de Miranda—. Se obró un milagro al

llegar a Secret Garden —aludió a la parada forzosa que hicieron en la casa del marqués—. No solo no volvimos a escuchar una sola queja, sino que parecía contenta, dicharachera, tan jovial que reconocimos en ella a la niña que dejamos en América; se sentía como en casa. Junto a Frotell encontró su sitio.

—No está preparada para convertirse en aristócrata —expuso su preocupación Wyatt.

—Cierto —corroboró. Miranda no había nacido para enjaularse, como tampoco se había criado para ser marquesa —. No obstante, tendrá que acostumbrarse, porque en menos de una semana se convertirá en marquesa.

Esa misma preocupación torturaba a Miranda, que no podía conciliar el sueño.

No había sido su intención arrastrar a Frotell a aquella comprometida situación. Lo había hecho mal, por su culpa el marqués sería criticado y...

No quiso pensar más, bastante tenía con el problema que ella había ocasionado.

¡Iba a casarse con un marqués!

La sola idea le revolvió el estómago.

Aunque pensar en Benedick la hizo sonreír.

Negó con la cabeza para ahuyentar aquellos pensamientos. Ni ella estaba preparada para convertirse en la esposa de un marqués, ni Frotell se merecía ir arrastrado al altar.

Porque eso era lo que había provocado, que él se viese obligado a casarse con ella.

Se apenó porque Benedick era un buen hombre que merecía poder elegir libremente a su esposa. Una que estuviese a su altura, que respetara lo que él representaba. Y ella no era esa mujer, porque no sentía aprecio por la nobleza.

Cualquier mujer sería afortunada por convertirse en la esposa de Benedick; sin embargo, ella no lo sería, pues siempre la perseguiría la culpabilidad de haberle obligado a tomarla por esposa.

Tiró de las mantas y se levantó.

Se puso la bata y bajó a la sala familiar; necesitaba consejos.

Se sentó delante del retrato de su madre y lo miró durante un par de horas, como si mantuviese una conversación silenciosa.

Al levantarse asintió con la cabeza, como si hubiese entendido lo que su madre le había aconsejado.

Se dirigió a su alcoba, abrió su armario y sacó el vestuario para montar a caballo.

Bajó las escaleras en plena madrugada, faltaba una hora para el alba.

Salió con sigilo y se dirigió a los establos.

Buscó a su yegua favorita y comenzó a prepararla, una tarea nada fácil para ella, no por no saber colocar la silla de montar, sino más bien porque con su altura no llegaba.

Apretó bien las cinchas hasta comprobar que estaba bien atada, y sonrió satisfecha; se subió a la escalera de madera que siempre usaba para tal fin y montó como una auténtica amazona.

Sin esperar un segundo más, espoleó a la yegua, pues tenía una cita ineludible. No es que le gustara lo que iba a hacer, pero, como bien le había enseñado su padre, una Boston tenía que ser consecuente con sus actos y palabras.

La noche anterior ella había obrado mal, ahora tenía que asumir las consecuencias.

Otra persona tampoco había dormido. Tras salir de Serenity Park, no se vio con fuerzas para enfrentarse a su padre, por lo que ordenó a su cochero que los llevase a su hermana y a él a su casa en Piccadilly, donde se encontraba en ese momento, sentado en un butacón de piel, frente a la chimenea, pensando.

Tampoco es que le hubiera ayudado permanecer despierto toda la noche, ya que en breve tendría que dirigirse a Manfford House para afrontar ante su padre que iba a solicitar una licencia especial, por haber comprometido a Miranda Boston.

Al pensar en ella sonrió.

Bien, opciones de evitar la boda no había, y, para ser sincero, tampoco le importaba; más bien todo lo contrario. Lo único que lamentaba era que su hermana se viese arrastrada por su culpa.

Ese era su temor.

Durante la noche había hecho mentalmente un balance de lo bueno y malo de aquella situación. No podía negar que personalmente a él le beneficiaba su unión con Miranda, pues con ella se sentía dichoso. Para él no existía mayor satisfacción, no había dinero suficiente para comprar la felicidad y por una vez estaba a punto de conseguirla.

El escándalo sería inevitable, los reproches por parte de otros lores también, los cotilleos y comentarios hirientes los daba por hecho. Durante un tiempo sabía que sería así, que incluso se cuestionaría el buen nombre del que hasta la fecha había gozado su marquesado. Incluso quizás su padre quisiera desheredarlo... Y, aun así, a él le compensaba con tal de poder compartir su vida con Miranda.

Lo único que le impedía sentirse satisfecho era pensar en el futuro de su hermana.

Como si la hubiese invocado con su pensamiento, Victoria entró a buscarlo.

—Benny, no podemos postergar por más tiempo la noticia a padre —informó, porque, si el duque se enteraba por otra persona antes que por él, no sabía cómo podría reaccionar.

Benedick se levantó de su asiento.

—Lo sé —aseguró—. Voy a salir de esta casa siendo el marqués de Frotell, puede que regrese siendo Benedick Stewart.

—No lo creo —sopesó Victoria—. Padre jamás te permitiría ser feliz. Si te arrebatara el título, no tendría autoridad sobre ti.

Él se sorprendió; su hermana había dado con una posibilidad que él no se había planteado.

Había barajado tantas...

—Entonces apresurémonos —instó Benedick a su hermana—. Quiero alegrarle el día a nuestro padre anunciándole que una americana formará parte de su familia.

De no haber estado tan preocupada por lo que su padre pudiese hacerle a su hermano, o incluso a Miranda, se habría reído de aquella mofa.

Durante el corto trayecto ninguno dijo nada, cada uno permaneció sumido en sus pensamientos.

El primero en entrar en la casa fue Benedick, y también fue el primero en sorprenderse cuando el mayordomo le anunció que el duque se había marchado sin dejar constancia de a dónde se dirigía.

—¿Tampoco ha dicho cuándo regresará? —intentó averiguar Victoria, ya que su hermano se había quedado paralizado.

—Lo lamento, lady Victoria —se escusó el hombre por no poder ofrecerle más información.

Ahora sí tenían un problema. Una cosa era anunciar su boda, y otra que el duque se enterara por los cotillas o por la prensa.

Victoria tocó el hombro de su hermano en un gesto cariñoso.

—Benny... —susurró.

El marqués la miró.

—Tengo que ocuparme de algo muy importante —anunció—. Con o sin padre, debo solicitar la licencia.

Dio un beso en la mejilla a Victoria y salió de la casa. Para sorpresa de ella, escuchó cómo él se alejaba tarareando el sonido inconfundible de un vals.

Los ojos de Victoria se empañaron, emocionada, pues su hermano estaba dispuesto a todo con tal de convertirse en un hombre feliz. Mostraba que le importaba poco el título, la sociedad, e incluso lo que planeara su padre al enterarse; su felicidad era Miranda.

Y justo Miranda era la causante de que en Serenity Park se encontrasen Wyatt y Dereck preocupados, tras ser informados de la ausencia de la joven.

Dotty, al no encontrarla en su dormitorio, había recorrido toda la casa buscándola. Al no localizarla, avisó a Wyatt.

Este, por su parte, dio aviso al jefe de las cuadras para que le informara sobre si faltaba algún carruaje o caballo, y, como respuesta, el hombre le indicó que faltaba la yegua de la señorita Miranda.

Ordenó que preparasen dos monturas mientras él iba a avisar a Dereck.

Salieron de inmediato, pues sabían que Miranda no era una experta; siempre que montaba a caballo lo hacía acompañada, nunca se arriesgaba a cabalgar a solas.

Cada uno tomó un sendero distinto. No podía estar muy lejos, dudaban que hubiese salido de los confines del palacio.

El silbido de Wyatt avisó a Dereck de que la había encontrado.

Hizo girar a su caballo y salió espoleando para llegar hasta ellos.

—¿Se puede saber dónde estabas? —preguntó, con un tono de voz más fuerte del que pretendía utilizar.

—¿Tampoco se me permite cabalgar? —cuestionó ella, aunque fue más bien un reproche.

Dereck suspiró.

—Estábamos preocupados —concretó.

—Lo lamento —se disculpó, al percibir la sinceridad en sus palabras—. No podía dormir y necesitaba tomar el aire.

La respuesta no era del todo mentira y los dos hombres la aceptaron.

—La próxima vez avísame y te acompañaré —pidió Dereck.

Ella asintió.

—Regresemos —sugirió—. La condesa de Stanton no tardará.

—¿La condesa? —preguntó Miranda.

Él la miró e intentó sonreír, pero se quedó en eso, en un intento, porque le dolía que su hermana tuviese que pasar por el altar, sintiéndose culpable de haber obligado a Frotell.

—Se ofreció anoche antes de marcharse —informó Dereck, estudiando el rostro de Miranda—, para ser tu acompañante en tu visita a la casa de la modista.

—No necesito más vestuario —reconoció, pues con el que habían encargado antes de las navidades le parecía suficiente.

—Miranda, necesitas tu traje de novia —le recordó.

Ella hizo un gesto confirmando que no había pensado en eso.

—Desayunemos antes de que llegue —sugirió Wyatt.

De camino a los establos para dejar sus monturas, Dereck seguía observando a su hermana; estaba convencido de que les ocultaba algo.

Poco importaba indagar, ella continuaba molesta con él, así que no respondería a sus preguntas.

No se había equivocado, su hermana se sentía culpable, no desprendía la alegría de una novia dichosa que pronto se iba a unir al hombre con el que compartiría el resto de su vida.

«¡Qué lástima!», lamentó, ya que Miranda y Frotell podrían ser felices si llegasen al altar sin esa carga de culpabilidad.

La puntualidad de Sophie no le permitió a Miranda quedarse a solas con Wyatt, y necesitaba hablar con él.

Suspiró, derrotada. Esperaría a otra ocasión, pese a que era imperativo para ella.

En casa de la modista Miranda no mostró interés por las prendas, por ello fue Sophie quien se encargó de elegir por ella tanto la tela para el vestido de novia como todo su ajuar.

Sonrió al pensar en la sorpresa que se llevaría Frotell al ver aquellos camisones tan delicados, bordados con finas sedas y encajes.

En el carruaje la condesa tomó la palabra. Sabía que Miranda estaba nerviosa y seguramente asustada. Lo comprendía porque no había tenido una madre, una hermana o una amiga a quien preguntar ciertas cosas.

Tomó su mano, atrayendo la atención de la chica.

—Es posible que hayas escuchado cientos de historias con respecto a lo que un hombre espera en su noche de bodas —comentó, con voz afable—. Puedo asegurarte que no tienes nada que temer.

Miranda parpadeó. No era eso lo que había escuchado; al contrario, el temor la embargaba desde que en el internado las profesoras las prevenían de lo poco delicados que eran la mayoría de los hombres a la hora de satisfacer sus necesidades primarias.

—¿No? —cuestionó, temerosa.

Sophie sonrió y negó con la cabeza.

—Otras mujeres no correrán tu suerte —aventuró—. Por el contrario, tu esposo te complacerá y mimará.

—No podéis asegurarlo —objetó.

Sophie le dio varias palmaditas en la mano.

—Sí puedo, Miranda —aseguró—. Frotell es un auténtico caballero, además de ser un hombre enamorado —añadió.

Vaya, justo cuando empezaba a pensar que no tenía que temer nada, de nuevo se encontraba en la disyuntiva: por un lado, sí podía asegurar que Benedick era un caballero; pero, por otra parte, él no estaba enamorado.

No quiso o no tuvo valor para sacar a la condesa de su error, por ello fingió una sonrisa.

—Cierto, no tengo que temer nada.

El resto del camino lo hicieron en silencio.

Se despidieron con un afectuoso abrazo que propició Sophie.

Miranda entró en la casa y lo primero que hizo fue interesarse por el paradero de Wyatt.

Tras informarse de que lo encontraría en el despacho de su hermano, se dirigió rauda.

—¿Ha recibido mi hermano la fecha de la boda? —cuestionó, sin apenas saludar.

Wyatt asintió con la cabeza.

—Dentro de tres días.

Ella cerró los ojos, concentrándose en si lo tendría todo preparado... ¡Por supuesto que lo tendría! Su equipaje estaba ya a buen resguardo, ya que se había negado la noche anterior a que Doty lo deshiciera.

Si todo hubiese salido bien, ella llevaría cinco horas en alta mar, de camino a casa.

—Entonces me veo obligada a informarte de que ese será el día que parta para América —sentenció.

Wyatt se cruzó de brazos.

—No sé si me has entendido —cuestionó él, ya que parecía que Miranda no le había comprendido—. Dentro de tres días se celebrará tu boda.

Ella también se cruzó de brazos y agradeció que él no se levantara del asiento, pues así estaban a la misma altura, separados por la mesa de escritorio de su hermano.

—Mi audición es magnífica —comentó, con deje irritante—. Y como sé que la tuya también lo es, no creo que haya necesidad de repetir lo que he dicho.

—Teniendo en cuenta que ese día serás una mujer casada, dudo que puedas navegar —ironizó él.

—¿Las esposas no pueden ir en barco?

De no ser porque él no entendía a dónde quería llegar ella al exponer que pensaba regresar a Nueva York, se reiría, pues estaba siendo muy graciosa.

—Con el permiso de sus esposos, sí.

Ahhh, así que ella tendría que pedir permiso siempre a partir de ese día.

De acuerdo, no tenía tiempo para frivolidades, cuanto antes zanjara aquel asunto, antes podría regresar a su alcoba para revisar que todo estuviera dispuesto para el largo viaje.

—Como seré una mujer casada y solo tendré que rendir cuentas ante mi esposo, agradéceme que te notifique que, tras mi boda, partiré para América —vaticinó—. No pienses que mi interés por hacerte partícipe de mis intenciones es con la intención de que te conviertas en mi acompañante —expuso a las claras que seguía enfadada con él—. Si estoy compartiendo contigo esta información, es por Dotty, ya que ella dentro de tres días navegará con o sin tu compañía.

La revelación provocó que él se levantara como un resorte.

Miranda aguantó la risa.

—¿Dereck sabe tus planes?

Miranda bajó los brazos y los puso en jarras.

—Aparte de mi esposo, no tengo obligación de compartir nada con nadie.

—Todavía no estás casada —le recordó.

—Lo estaré en tres días.

Aquello era un tira y afloja que no los llevaría a ninguna parte, él lo sabía, por lo que decidió zanjar el asunto cuanto antes, porque Miranda estaba jugando con fuego, ya que dudaba de que Frotell quisiera viajar a Nueva York en su luna de miel.

—Miranda, ¿qué pretendes?

Ella lo miró con resquemor.

—Regresar a casa —sentenció—. Tú me trajiste con mentiras, yo te ofrezco la oportunidad de regresar con nosotras —aludió a su doncella—, a cambio de tu silencio.

—¿Y si no comparto tu secreto?

Miranda gesticuló, mostrando su desilusión.

—No lo sé, Wyatt, como te he dicho, contigo o sin ti, Dotty viajará conmigo —contestó, sabiendo que eso a él le dolería—. Es una lástima que la impresión que se lleve de los hombres americanos sea que son traicioneros —argumentó, sintiéndose triunfadora—. Porque eso es lo que sucede cuando un hombre es incapaz de guardar un secreto.

—Lo que me estás pidiendo...

—Nada que no hicieras conmigo —lo interrumpió ella—, con la excepción de que en esta ocasión no vas a traicionar a nadie, solo tienes que mantener la boca cerrada.

Aquella acusación se la merecía y como tal la recibió.

Sopesó lo que le pedía, que no le contara a su hermano sus planes. Eso no era traicionarlo, puesto que no lo engañaría con mentiras.

—De acuerdo, guardaré tu secreto.

—Bien, no tengo nada más que decir excepto que tengas listo tu equipaje dentro de tres días y te asegures de conseguir nuestros pasajes para embarcar en el Flower Town.

Miranda era lista, había averiguado que ese día saldría uno de los barcos de su propia naviera con destino a Nueva York.

Capítulo 36

Durante dos días y sus correspondientes noches Miranda Boston había evitado la compañía tanto de Wyatt como de su hermano. Jamás pensó que ella pudiese llegar a sentirse tan decepcionada con ambos. Pero ese dolor la embargaba y nada podía hacer para cambiarlo.

Sentada frente a su madre, la deleitaba con su chelo.

Al terminar la pieza abrió los ojos.

Se sorprendió al ver a su hermano allí, sentado a su lado.

—No te escuché entrar —dijo Miranda, mientras dejaba el arco en la mesita que tenía delante.

Dereck había decidido que, si esa era la última noche de Miranda en su casa, tenía que zanjar de una vez por todas el enfado de su hermana. No quería que ella se alejara de él, tratándolo como a un mero desconocido, que era lo que estaba haciendo desde que había descubierto aquellas cartas.

—Te echaré de menos —se sinceró—. Aunque siempre voy a estar aquí para ti.

Ella lo miró, pero no dijo nada.

—Los hermanos mayores también cometemos errores, ¿sabes? —expuso ante ella lo que le preocupaba: su perdón—. Comprendo tu enfado, tu dolor, tu decepción... Mas te aseguro que nada de todo eso se puede comparar a la frustración que siento yo por no haber sabido hacerte comprender cuáles eran mis verdaderos motivos.

—Que no me casara con el señor Hill —apuntó Miranda.

Él negó con la cabeza.

—No con él en particular —confesó, sin ambages—. Creí que era mi obligación mantenerte a salvo de hombres como él. Padre se habría avergonzado de mí si yo hubiese permitido que te casaras con alguien que te hiciese daño.

Nombrar a su padre consiguió que Miranda le prestase toda su atención.

Dejó el chelo en su funda y se volvió hacia él para escucharlo.

—¿Porque quería mi dinero? —cuestionó ella, por primera vez sin estar a la defensiva.

—El dinero era lo de menos —reveló. Ella merecía saber lo que se debía esperar de un matrimonio—. Mi intención era ahorrarte el dolor de sentirte utilizada y menospreciada, que es lo que hubiese ocurrido con alguien como Hill: tu humillación pública.

Ella escuchaba muy atenta.

—Eres muy joven para comprender ciertas cosas —indicó.

Miranda sopesó las palabras de su hermano.

—Quizá haya llegado el momento de entenderlas si tú me las explicas —invitó a su hermano a que la ayudase a comprender lo que él trataba de decirle. Ella necesitaba esa explicación para volver a mirar al hombre que tenía delante con el respeto y la admiración de siempre.

Él se quedó reflexivo; lo cierto es que sí había llegado el momento.

—Existen distintas clases de hombres, al igual que de mujeres —explicó, con tranquilidad, buscando las palabras adecuadas—. Buenos, malos, y aprovechados.

Miranda adoptó una postura desenfadada, y, subiendo las piernas a su butaca, rodeó sus rodillas con los brazos y apoyó la barbilla en ellas.

—Los malos son los que hacen daño a los demás sin compasión, solo por el gusto de dañar —la informó, para que supiese que en la vida se podría encontrar con ese tipo de personas—. Nunca te enfrentes a esas personas, porque de ellos no puedes esperar rivales dignos, ya que atacan por detrás.

Miranda apretó los labios.

—¿Entiendes lo que trato de decir?

Ella asintió. Sí que lo entendía, jugaban sucio, y eso implicaba que no existían normas para ellos.

—El padre de Wyatt —nombró Miranda, para que su hermano supiera que sí lo había comprendido.

—Correcto.

—Los aprovechados son malos, pero siguen ciertas normas —aclaró—. Se comportarán siempre ante ti como buenas personas, hasta que consigan de ti lo que desean —adujo, mirando a los ojos a Miranda—. Esas personas pueden causar mucho dolor, porque abusan de tu confianza y de tu buena fe.

Observó la reacción de ella, y notó su inquietud.

—El señor Hill —criticó Miranda, entendiéndolo que su hermano la prevenía de hombres como él.

—Miranda, ese hombre pensaba que, como estabas sola en Nueva York, no tenías a nadie que se preocupara por

ti —indicó él, sin levantar la voz—. Quería aprovecharse de tu inocencia, y poco le importaban tus sentimientos; lo único que pretendía era obtener tu dinero —argumentó, cauto, para que ella no se molestara—. Te habría causado mucho dolor, porque tú habrías pasado por el altar pensando que ese hombre quería compartir su vida contigo, y, sin embargo, en cuanto lo hubiese conseguido te habría tratado sin miramiento alguno, porque él ya tendría lo que necesitaba.

Ella tragó saliva.

—¿Qué habría pasado luego? —se interesó, esperando que su hermano fuese sincero.

—Que tú habrías pasado a ser una mera figura más de la casa para él —vaticinó—. Habría malgastado tu fortuna, pues para él ya no sería tuya sino suya —aseguró—. Y entonces llegaría tu mayor dolor, porque ese tipo de personas no miran más que por ellos, por sus amantes, por sus vicios... Y sus derroches se harían públicos, sin importarles que ya tuvieseis hijos, algo de lo que él se habría asegurado, porque así siempre te tendría sometida.

Ella agrandó los ojos.

Él estiró el brazo y acarició su mejilla.

—Lamento tener que exponer tanta vergüenza ante ti, pero debes saber que en la vida existe ese tipo de personas.

Miranda aceptó aquella caricia con agrado.

Ella entendió sin más el motivo por el que su hermano había actuado así con ella, ya que, de haberla prevenido, no le habría creído. Y también creyó que debía decir algo, pues, al entender aquello, su hermano se merecía escuchar una disculpa por su parte.

—Dereck, lamento no haberte entendido.

Él negó con la cabeza, la culpa era de él por no haber tenido esa conversación antes.

—Sí, porque yo acusé a Beatrice de ser como el señor Hill y ella no es así —reconoció, con humildad, su error al juzgarla.

Él bajó la mano y se removió inquieto en su asiento.

—No, no es como él —afirmó—. Pero tú también tenías razón, no me considera digno de pertenecer a su familia.

Miranda pestañeó.

—Ella no —la defendió Miranda—. La señora Hook es quien no te quiere para su hija, pero no Beatrice.

Él se encogió de hombros.

—No importa, ella ha decidido que no quiere ser mi esposa.

Miranda se apenó, se notaba dolor en la voz de su hermano.

Volvió a estar ante ella el hombre que idolatraba.

—Para el padre de Frotell, yo soy un señor Hill —opinó Miranda.

—Con el tiempo se dará cuenta de que no lo eres.

Pero ella sí se sentía en ese momento una mala persona por lo que le había hecho a Frotell.

—Debo confesarte algo —anunció.

Dereck la miró; sabía que ella tramaba algo desde que la vio aparecer con la yegua. Y la voz que había utilizado le produjo un escalofrío.

—¿Qué has hecho, Miranda?

Y entonces ocurrió algo que él no esperaba: su hermana se lanzó a sus brazos y lloró sin consuelo.

Tras esperar con paciencia a que ella se repusiera, atendió a la confesión de su hermana pequeña, la cual, como él se temía, no le gustó, ya que ella había actuado una vez más sin pensar en las consecuencias.

Los hermanos Stewart se miraban en el carruaje que los llevaba directos a St. James, donde se iba a celebrar la boda entre Miranda Boston y el marqués de Frotell.

—Padre, que se entera de todo, ¿cómo es posible que no esté al tanto de esta unión? —se preocupó Victoria.

Benedick tampoco entendía que el duque no hubiese regresado a Londres, pues él no había escondido su enlace; lo había anunciado en los periódicos como correspondía a cualquier persona de su estatus social.

Incluso se sorprendió cuando, el día anterior, su boda se convirtió en el tema principal de *Los Ecos de Sociedad* de Londres, donde se criticaba que otro miembro de la aristocracia se casaba por amor.

A él, en vez de molestarle, le pareció divertido; era la primera vez que lo nombraban en un panfleto tan importante.

Cuando Victoria se presentó delante de él con el folleto en la mano y se lo leyó, los dos rieron. Lejos quedó el miedo que había sentido él en un pasado no muy lejano, cuando encontraron a la que iba a ser su prometida, junto a otro hombre en los jardines. Nunca supo si fue por su padre por lo que se tapó aquel escándalo, o porque la persona encargada del afamado panfleto de cotilleos no estuvo presente en la fiesta de compromiso que había organizado.

Tanto le daba, ya que él salió indemne de la vergüenza y humillación, pues tan solo se rumoreó en ciertos círculos que a Jezabel la habían pillado besándose con el baronet Summer. De por sí era lamentable que hubiese ocurrido en la misma fiesta de compromiso, pero más lastimero habría sido comentar lo que verdaderamente sucedió en aquel jardín.

—De padre podemos esperar lo peor —aventuró Benedick—. Hasta que esté casado, no descarto nada.

Victoria también se temía que su padre actuara sorprendiéndolos a todos, era muy capaz de presentarse en el último momento y cancelar la boda.

Le apretó la mano a su hermano, animándolo.

—El señor Boston no permitirá que le arruine un día tan especial a su hermana —animó a Benedick.

Él se imaginó a Dereck tan alto, tan elegante y tan fuerte, delante de su padre, atemorizándolo, y le pareció divertido.

Victoria observó aquella sonrisa y le gustó, pues su hermano era incapaz de dejar de sonreír desde que comprometió a Miranda. Él no se había dado cuenta siquiera, pero no podía evitarlo, era un hombre feliz.

—¿Sabes? —soñó—. Hoy será la primera vez que baile con Miranda.

Victoria sonrió.

—Me debe un baile, y no podrá negarme el de nuestra celebración.

Definitivamente, su hermano estaba enamorado.

Llegaron a su destino. Mientras ayudaba a bajar a su hermana vio a la que se iba a convertir en su esposa y se quedó sin aliento.

Estaba tan hermosa con aquel vestido color champán... Aquel pensamiento le incitó a evocar imágenes con las que él no había fantaseado nunca, imágenes en las que bañaba a su mujer con aquel licor burbujeante y la lamía sin cesar.

Suspiró.

Miranda lo miró justo antes de entrar en la catedral y, al ver cómo él la observaba, se sonrojó.

—Debí comprometerla el mismo día en que la vi —se dijo a sí mismo, pero su hermana lo escuchó.

—Gracias a Dios que no lo hiciste —bromeó Victoria—, o el señor Boston te habría matado.

Cierto, comprometer a una muchacha a la que apenas conocía habría sido más que un escándalo.

Él la miró y los dos rieron, desinhibidos.

Para asombro de todos los presentes, que no eran muchos, ya que habían decidido tener una ceremonia íntima para evitar también los desaires y cancelaciones de la mayoría de invitados —así era como actuarían ante el enlace de un noble con una extranjera—, los hermanos Stewart cruzaron el umbral de las puertas de St. James sonrientes, mostrando la felicidad que en ese momento sentían, sin importarles que los viesen, pues los dos se habían negado a permitirle a su padre que les robara ese momento tan especial.

La ausencia del duque a Benedick no le molestó; al contrario, lo agradeció interiormente. No así la ausencia de su único amigo, Derian.

Le había escrito una carta compartiendo con él todo lo sucedido. Le manifestó que lamentaba que Darline y él no pudiesen acudir al evento por la premura con la que se veía obligado a casarse. Y lo excusó también de no poder acudir a celebrarlo a Secret Garden, donde tenía planeado viajar a la mañana siguiente, pues comprendía que la duquesa no estuviese en condiciones de hacer tan largo viaje con un bebé.

Los que sí acudieron a la celebración a Serenity Park fueron los duques de Whellington y Kennt, los marqueses de Stanford, los marqueses de Bristol y las tías de Connor y Duncan, porque querían mostrar su apoyo a la pareja.

—Nos faltan dos —susurró lady Philomena a sus amigas, pues ya habían conseguido un matrimonio.

Lady Violet miró a Hermione, quien no parecía satisfecha.

—Lo conseguiremos, querida —le aseguró, aludiendo a Victoria y a Leighton.

Tanto Philomena como Violet estaban al tanto de la preocupación de Hermione, quien se había tomado la unión de esa pareja como un reto personal. Para Hermione se había convertido en un recuerdo del pasado, motivo por el que su implicación estaba siendo más incesante. No estaba dispuesta a ver sufrir a Victoria, no le deseaba a la muchacha lo mismo que vivió ella.

—No conocéis a Edward —advirtió—. Su ausencia y su mutismo vaticina problemas —aventuró—. Cuando ese hombre permanece oculto, alguien está a punto de recibir una estocada directa al corazón, que es donde más daño puede hacer.

Philomena buscó con la mirada a la pareja recién casada. Si Hermione tenía razón, y siempre la tenía, o Miranda o Benedick sufriría el ataque del duque, impidiendo así que esa pareja fuese feliz, pues esa sería la estocada.

No es que ellas lo hubiesen invocado, ya que el duque no se presentó en el palacio, pero sí llegó una nota dirigida

a su hijo, una en la que dejaba constancia de que debía acudir a su llamada de inmediato.

Miranda observó desde la distancia la reacción de Benedick; se había mordido el labio inferior, había dejado caer el brazo en el que sostenía la nota, y se había tensado.

Se guardó la misiva en el bolsillo de su chaleco dorado, buscó a su esposa con la mirada, y se acercó a ella.

La tomó de la mano y, sin mediar palabra, se la llevó hasta el exterior de la sala, en donde nadie pudiese escucharlos.

—Miranda, debo acudir ante mi padre —anunció su partida inminente.

Ella asintió, comprensiva.

Ya se tuteaban; en cuanto subieron al carruaje como marido y mujer para dirigirse a Serenity Park fue el propio Frotell quien sugirió que así fuese.

—Lo entiendo —reconoció ella.

Él la miró a los ojos.

Ella se puso nerviosa.

—Solo tardaré un día —aseguró—. Regresaré a por ti para llevarte a Secret Garden.

Al escuchar aquel lugar Miranda no pudo evitar sonreír.

Él adoró aquella sonrisa tanto como adoraba a su esposa. Se acercó más a ella y le acunó el rostro, por la mera necesidad de tocarla, reafirmando en que tenía derecho a hacerlo por estar casados.

Aquella caricia la vio Dereck Boston desde la distancia, y se apenó por aquella pareja. Su hermana estaba tan equivocada... Si ella pudiese perdonarse a sí misma por lo que había hecho, se daría cuenta de lo mucho que Frotell la adoraba.

Dudaba que existiese un hombre más perfecto para su hermana; era bondadoso, inteligente, tranquilo, honorable, y junto a Miranda también era risueño, justo lo que su hermana necesitaba.

La recién casada se estremeció al notar la cálida piel de Benedick; estuvo tentada a abrazarlo y suplicarle perdón.

Él pegó su frente a la de ella.

—Tenemos una conversación pendiente —suspiró, pegado a los labios de su mujer—. Hasta entonces, intenta no provocar altercados en tu alcoba con animales salvajes.

Miranda emitió una risita que a él lo hechizó hasta el punto de besarla, sin importarle que los pudiesen ver.

Odió a su padre por impedirle disfrutar de su noche de bodas. Una noche que él estaba dispuesto a postergar el tiempo necesario hasta que mantuviesen la conversación que, a su parecer, Miranda merecía, pues, de esa sincera e íntima charla, quedaría relegado para ella que él había aceptado su matrimonio por haberla comprometido. Su mujer merecía saber que él estaba prendado de ella desde el mismo día en que la vio en los muelles de Bristol. Quería empezar aquella nueva etapa de su vida con total sinceridad y, ante todo, con el convencimiento pleno de su esposa de que él se había casado por amor. Ansiaba que ella lo perdonara por haberla llevado al altar sin conocer si sus sentimientos eran mutuos. Porque él tenía clara su postura respecto a su unión con Miranda, pero no había escuchado de ella su opinión, la que necesitaba más que nada en el mundo; la confirmación de su amor por él.

Al separar sus labios se miraron a los ojos.

—Un día, Miranda —le recordó—. Después, seré todo tuyo.

No mentía, tenía intención de serlo todo para ella el resto de su vida.

De nuevo capturó su boca con un beso profundo, embriagador, y más afectivo.

Se separaron y él se alejó.

Miranda se quedó allí, inmóvil, viendo cómo se alejaba el único hombre al que ella recordaría el resto de su vida.

Cerró los ojos como si así pudiese retener aquella imagen.

Al abrirlos, sus pies se movieron, sin esperarlo, sin pretenderlo; tan solo caminaron hasta la entrada de la casa para decir adiós.

Al verlo a punto de montar en el carruaje, gritó:

—¡Benedick!

Sonó tan desgarrador que él se quedó paralizado. No obstante, le encantó escuchar su nombre en la voz de ella.

Se giró y, al verla allí parada e inquieta, salió a su encuentro, soltando su sombrero, que cayó al suelo.

Miranda bajó las escaleras para darle alcance.

Se fundieron en un abrazo cargado de cariño, anhelo, sentimiento puro... Al igual que el beso que Benedick se negó a desperdiciar, pues la deseaba, la necesitaba y la amaba.

En esta ocasión, no eran ellos los testigos de un beso apasionado, sino los protagonistas.

Al separar sus bocas, él la tomó de la mano y la llevó junto a él hasta el carruaje.

Volvió a besarla antes de montarse y cerrar la puerta del cochero.

Se asomó a la ventana para despedirse.

Ella le sonrió.

—Adiós —se despidió de él, con un tono muy sentido.

El carruaje se puso en movimiento.

—Esposa mía —gritó él, asomado a la ventanilla, mientras se alejaba—, no olvides que me debes un baile.

Y ella levantó la mano, diciendo adiós, mientras por sus mejillas corrían lágrimas amargas, pues siempre le debería ese baile.

Se las limpió antes de entrar en el palacio.

Al girarse encontró a su hermano en una postura desenfadada, una pierna ligeramente doblada y el hombro apoyado en el marco de la puerta principal.

Al acercarse a él, Dereck cambió su postura, abriendo sus brazos para arroparla en su pecho; sabía que necesitaba un abrazo protector.

Ella agradeció aquel mimo, lo necesitaba.

—Todavía estás a tiempo, Miranda —intentó convencerla—. Frotell y tú podéis ser felices —aseguró.

Ella negó con la cabeza.

—Le obligué, Dereck —se apenó—. Asumiré la culpa, la que pesaría sobre nosotros, convirtiéndose algún día en reproche.

Dereck estaba convencido de lo contrario, lo único que les faltaba a Frotell y a su hermana era una conversación, pues ese muchacho se había marchado pensando que él era el culpable de aquella situación, y, sin embargo, se notaba que estaba encantado de haberse casado con Miranda.

Tres horas más tarde, Miranda se despedía con lágrimas en los ojos, por segunda vez ese día, de su hermano Dereck, a bordo del Flower Town.

Junto a ella se encontraba Wyatt, rodeándola con un brazo por los hombros.

Regresaba a casa sola, con el corazón roto.

Benedick, por el contrario, viajaba con una sonrisa perpetua. No sabía qué se encontraría al llegar a Secret Garden, donde su padre estaba esperándolo, pero no le importaba, se sentía dichoso como nunca antes.

No es que fuese un experto en mujeres, ya que tan solo había mantenido una amante, y ni siquiera la había elegido él; fue su padre quien decidió que era el momento oportuno para que satisficiera sus necesidades más primarias, con un único propósito: que no tuviese la tentación de comprometer a ninguna debutante.

«—A partir de hoy, tendrás quien se ocupe de calentar tu cama —había dicho el duque—. Un hombre saciado no comete el error de comprometer a ninguna dama».

Negó con la cabeza al recordar aquel momento.

Después de tres años manteniendo una relación, a su parecer, denigrante, ya que él no era un hombre que disfrutase del sexo con meretrices escogidas por su padre, optó por encontrar placer con sus propias manos. Ciertamente que no se disfrutaba tanto, pero al menos sabía que no le debía nada a su padre.

En ocasiones se sentía perturbado, escuchaba charlas en los clubs para caballeros y pensaba que él era un hombre extraño. Gracias a su amigo Derian comprendió que no era el único: no es que se hablase abiertamente de ciertos temas, pero su amigo un día le confesó que, desde que su esposa desapareció, él había sido incapaz de mantener relación con mujer alguna, porque sentía la obligación de serle fiel a Darline.

Él no tenía obligación de serle fiel a nadie, pero fue una liberación escuchar que no era el único que podía satisfacerse sin necesidad de recurrir a nadie.

La cuestión era que, a pesar de no ser un experto, estaba convencido de que Miranda no lo había besado de aquella manera tan especial si no sintiera por él algo más que una amistad. Ella le había respondido a los besos con el mismo sentimiento, y por ende, ella debía de estar enamorada, ¿no?

Suspiró, deseando que sus pensamientos fuesen ciertos.

A media noche, llegó a Secret Garden, su hogar, donde lo esperaba su padre.

Entró y le avisaron de que el duque se encontraba en su despacho.

Entregó el sombrero y los guantes al lacayo.

—Señor Harris —pronunció Benedick, llamando al mayordomo que estaba justo al lado del lacayo—. En breve me acompañará lady Frotell —avisó—. Espero que todo esté dispuesto para darle la bienvenida a mi esposa.

El hombre asintió.

—Enhorabuena, milord —lo felicitaron, tanto el mayordomo como el lacayo.

Frotell sonrió y se dirigió al despacho.

Su padre se encontraba sentado ante la mesa, con los brazos cruzados, dando a entender que llevaba tiempo

esperándolo.

Benedick lo miró.

El duque mostró su hastío frunciendo las cejas y los labios.

—Es la última vez que te voy a permitir arrastrar por el fango nuestro apellido —amenazó y criticó el duque—. Puedes dar gracias a que el matrimonio de tu hermana con el conde de Sonford acallará este escándalo —confirmó, anunciando que ya había llegado a un acuerdo con el conde.

Su peor temor se había confirmado, Victoria sufriría por su culpa. El conde en cuestión era tan despreciable, viudo y mayor como su padre.

Benedick, en cualquier otra ocasión se habría callado, pero no estaba dispuesto a someterse más.

—No ha barajado la posibilidad de que haya comprometido a mi esposa por estar enamorado —señaló—. El amor es una palabra que para usted no existe, motivo por el que no entenderá que yo haya actuado como se esperaba de mí.

La sonrisa socarrona del duque no la esperaba Benedick. Nada más verla estampada en su rostro se tensó, él solo sonreía cuando estaba a punto de destrozar a alguien.

—No podía impedir que cumplieras como caballero —aseguró—. Has cumplido y ahora te comportarás como se espera del marqués de Frotell —vaticinó—, firmando la anulación de tu matrimonio.

Benedick frunció el ceño.

El duque tomó una hoja que había encima de la mesa y la levantó.

—No has consumado tu matrimonio —le recordó—. Firmarás la renuncia y quedará anulado.

Benedick se ofendió.

—No renunciaré a mi esposa —decretó—. No la humillaré por mucho que usted lo pretenda.

—¿Tu esposa? —se rio—. Eres la mayor decepción de mi vida —espetó—. Mientras tú perseguías las faldas de esa... —insinuó, sin llegar a insultarla—, ella se burlaba de ti, presentándose ante mí para proponer este acuerdo.

Benedick negó con la cabeza, su padre tenía que estar mintiendo.

Entonces el duque dejó caer el papel sobre la mesa y lo señaló con el dedo.

—Aquí está estampada su firma.

Fue tan contundente que Benedick tembló, su padre no parecía estar mintiendo.

Se acercó lentamente, con un nudo en la garganta.

No mentía, allí estaba la firma de Miranda.

El duque volvió a cruzarse de brazos, recostándose en el butacón.

—Admitiré que, de no ser por quién es, podría sentir admiración por ella —aludió a Miranda—. Ha mostrado más cordura que el petimetre de mi hijo.

El duque mentía en algo; no es que pudiese sentir admiración, sino que la admiró cuando ella se presentó en su casa ante él, sacándolo de la cama justo al alba, para llegar a un acuerdo.

«—Usted no quiere que yo sea la esposa de su hijo, y yo no quiero ser marquesa —había expuesto ante él, con honestidad—. Le guste o no, estamos destinados a entendernos.

La admiró.

—Le ofreceré a su hijo la libertad de volver a ser un hombre soltero, si usted no interviene en el impedimento de nuestro enlace —propuso—. De hacerlo, mi hermano pedirá satisfacción, y le aseguro que es un buen tirador.

En ese momento, con el enfado, incluso le pareció justo que su hijo se retara a un duelo con el americano, pero debía mantener el buen nombre de la familia por encima de todo. Cedió ante la americana; él se marcharía y entregaría la nota el día de la boda, impidiendo que ellos pudiesen consumar, pues solo así tendría valía la anulación del matrimonio».

Aquel acuerdo de anulación ante los ojos de Benedick fue la revelación; ella lo había traicionado. Y no solo eso. No había sido él quien la había comprometido, fue ella la que había orquestado que los encontraran en una situación comprometida.

Cerró los ojos. Tan solo había sido una víctima de Miranda, ya que, al recordar aquel momento, ella buscaba a otra persona... ¿A quién tenía intención de comprometer en realidad? A él no, de eso estaba seguro, pues ella había intentado que él se alejara...

Poco importaba, la cuestión era que se había burlado de él, y no le había importado nada.

Abrió los ojos, inyectados en sangre por la rabia.

Habría renunciado a todo por ella, y ¿para qué? Para ser humillado por la única persona que él había amado.

—Firma —ordenó el duque—. Acabemos con esto.

Benedick tomó la pluma, la mojó en el tintero, la acercó al papel y... Soltó la pluma en la mesa, tomó el acuerdo,

lo dobló y se lo metió en el bolsillo de su chaqueta. Era irónico guardar un acuerdo de anulación de matrimonio en su mismo traje de novio.

—¡Qué haces! —espetó el duque.

Benedick lo miró a los ojos con rabia, asco y desilusión.

—Puede admirar *a la americana* —pronunció, con mucho desprecio—. Ha conseguido lo que usted ha intentado durante veintiséis años: convertirme en mi padre —sentenció—. Un hombre infeliz, amargado y despreciable.

El duque se quedó sin habla.

Benedick giró sobre sus talones.

En el mismo instante en que iba a abandonar el despacho, giró la cabeza.

—Enhorabuena, padre —felicitó—. Ha ganado.

Salió con paso decidido, convencido de que su padre había salido vencedor, pues, gracias a Miranda, él se iba a convertir en un ser tan inmisericorde como él. Por más que había intentado no parecerse a su padre, por más que había batallado durante toda su vida, no había servido de nada, porque ella había destruido lo único que lo había mantenido firme: la esperanza de poder conocer algún día la felicidad. Ella se la había arrebatado, ya no le quedaba nada por lo que seguir luchando.

Todos esperaban que el señor de la casa se quedara a pasar la noche, pero Benedick dio aviso de que preparasen el carruaje con caballos nuevos para que los otros descansasen.

Mientras esperaba en la entrada, vio la correspondencia que el duque había dejado en la bandeja de entrada, para que el correo saliese a la mañana siguiente.

La tomó y se la metió en el bolsillo.

—Yo la entregaré personalmente —avisó al mayordomo, cuando el hombre lo miró.

Asintió con la cabeza; era el señor, no cuestionaría sus decisiones.

Al ver el carruaje salió. No tenía intención de permanecer un segundo más, deseaba llegar a Londres y pedir explicaciones a su *espos...* a Miranda.

Nada más montar, sacó la carta que iba dirigida al conde de Sonford, y leyó atentamente.

Estrujó la nota con rabia.

Como se temía, allí acordaba con el conde la fecha para la boda de su hermana, en quince días.

Se mordió los labios, asqueado por la utilización de su hermana para tapar su escándalo, como si Victoria no se mereciese un cortejo. Como si la gente tuviese que creer que el duque y el conde ya habían llegado a un acuerdo con anterioridad. Como si Tori no tuviese un corazón latiendo por otro hombre.

No lo permitiría. No sabía qué tendría que hacer para impedir aquello, pero estaba seguro de que encontraría la respuesta, porque antes moriría que permitiría que su hermana sufriera lo que él estaba sufriendo. Era la única que nunca lo había decepcionado o traicionado, solo por eso la ayudaría a alcanzar su felicidad.

Con ese pensamiento viajó hasta Londres.

Capítulo 37

Victoria se encontraba en la biblioteca cuando su hermano entró en la casa.

Suspiró; tenía que darle una noticia a su hermano que le iba a doler.

Estaba a punto de salir a su encuentro, cuando escuchó los gritos de él y tembló, ya que nunca antes se había comportado así, eso era más típico de su padre.

—¡Miranda! —repitió.

El mayordomo tembló.

Victoria salió rauda.

—Benny —pronunció, cauta.

—¡Dónde está! —bramó.

Ella tragó don dificultad.

Pidió al mayordomo que se retirara con un gesto de cabeza.

El hombre accedió de inmediato, quería alejarse cuanto antes.

Victoria se acercó a él.

—¿Dónde está? —repitió él, con un tono más bajo, no así su entonación, molesta y dictatorial.

Victoria inspiró fuerte.

—Camino de Nueva York.

—Traicionera y cobarde —expuso—. Toda una joya la mujer que he elegido.

—Qué... qué ha sucedido —titubeó, nerviosa.

Benedick la miró.

No tenía intención de exponer su mayor humillación ante su hermana.

—Avisa a tu doncella, nos vamos a Nueva York —anunció, sorprendiendo a Victoria.

Ella parpadeó. No podía alejarse de Londres, eso significaba alejarse de Leighton.

—Benny... —intentó razonar con él, pero Benedick la interrumpió.

—Padre quiere casarte con el conde de Sonford en una quincena —confesó, sin más—. Viajarás conmigo y te alejaré de ese hombre durante un tiempo mientras encuentro una solución mejor.

Victoria se tambaleó hacia atrás.

Con rápidos reflejos, su hermano la sostuvo.

—Nunca nos permitirá ser felices —vaticinó Victoria.

Él le besó la frente.

—Encontraré la solución, Tori —aseguró—. Confía en mí —rogó, con la esperanza de que su hermana, la única que siempre estaba a su lado, tuviese fe en él, ya que nadie más lo hacía, ni siquiera la mujer que él había tomado como esposa.

Victoria asintió con la cabeza. No quería desmoralizar más a su hermano, sabía que la marcha de Miranda lo había roto por dentro.

—Necesito un baño caliente —estableció, aunque era evidente para todos, pues sus polvorientas ropas de dos días sin cambiarse eran muestra más que suficiente de su agotamiento—. Avisa para que preparen tu equipaje.

Victoria se alejó.

Él ordenó que le preparasen el baño; era tarde, pero después de todo un día y toda una noche sin descansar, lo necesitaba.

Esperó con paciencia en su dormitorio. Cuando entró su ayuda de cámara para avisarlo le pidió que lo dejase a solas, no quería a nadie a su alrededor.

Antes de desnudarse tomó el acuerdo que había guardado en su chaqueta y lo leyó de nuevo, como si necesitase corroborar que no se trataba de un mal sueño.

Lo dejó en un cajón de su tocador.

Se quitó la ropa. Al quedarse desnudo la cogió toda, incluso los calzones, y se acercó a la chimenea, donde la arrojó sin miramiento alguno; quería borrar todo aquello que le recordara que se había casado.

Paseó con decisión de su alcoba a la contigua, en donde se encontraba su bañera con el agua humeante.

Se metió y cerró los ojos.

Ni siquiera aquel calor le proporcionaba paz, porque dos personas se habían esforzado mucho para robarle su templanza y su orgullo: Miranda y su padre.

Tomó la pequeña toalla que le habían dejado en el borde de la bañera, la empapó, la escurrió y se la puso sobre la cara. Emitió un grito ahogado por la frustración y se quedó en aquella posición con los ojos cerrados, intentando no seguir pensando en nada, porque, de hacerlo, acabaría perdiendo la razón por completo, y la necesitaba; solo estando sereno encontraría la manera de ayudar a su hermana Victoria, que era en ese momento lo único que de verdad le importaba.

Mientras el marqués intentaba calmarse, Victoria se escapaba por la parte trasera de la casa. Tras la angustiada noticia de los planes de su padre con respecto a su futuro, la había embargado una desazón insoportable.

Al dar aviso a su doncella de que preparase su equipaje, pensó en Leighton.

Tuvo que salir de su alcoba para que no la viese llorar, pero antes se percató de un detalle con el que no había contado su hermano: su doncella daría aviso al duque, pues esa mujer era un esbirro de su padre.

Poco importaba que Benedick le ordenara permanecer en silencio, antes daría su vida que faltar a su compromiso para con el duque.

Tenía que hablar con su hermano cuanto antes.

Subió las escaleras con premura y se cruzó con el ayuda de cámara de Benedick.

—El marqués está gozando de un baño reparador —la avisó, al ver sus intenciones de llegar a la alcoba de su hermano.

Ella se quedó inmóvil, no podía entrar mientras él estuviese bañándose.

Entonces regresó a su dormitorio.

—Terminará mañana —indicó a la doncella—. He decidido acostarme, necesito descansar.

La mujer la ayudó a cambiarse y ella se metió en la cama.

Esperó con cautela durante cinco minutos, se levantó como un resorte y se puso sobre el camisón una capa con capucha que pudiera cubrirle el rostro lo suficiente como para que nadie la reconociera. Eligió unos botines bajos para no hacer ruido, y salió de su dormitorio con un único propósito: buscar al que consideraba su marido.

Tomó un carruaje de alquiler al final de la calle, indicó al cochero la dirección y se cobijó en la oscuridad del carruaje para que nadie pudiese verla.

El mayordomo del señor Hook se sorprendió tras anunciarse la dama, que parecía querer ocultar su identidad bajo una capucha negra.

No obstante, como se esperaba de él, subió a dar aviso al dueño de la casa.

—Señor, una dama reclama su presencia.

Leighton, que estaba preparándose para acostarse, lo miró.

—¿A estas horas? —se preocupó.

—Lo lamento señor, pero la mujer se ha anunciado como su esposa.

Él agrandó los ojos.

—Retírense todos —ordenó. No quería testigos; si Victoria se había arriesgado tanto, sería por algo de suma importancia—. Yo me ocuparé de recibirla.

El hombre asintió. Al salir del dormitorio, el ayuda de cámara y él se miraron sonrientes; habían llegado a una conclusión errónea: la dama era una amante de Hook.

Conocían la discreción del administrador; si esa mujer se había presentado en la casa, era muy posible que fuese una dama casada.

Leighton bajó las escaleras, mirando a un lado y a otro, comprobando que no quedara ningún sirviente como él había ordenado.

Llegó al último escalón y vio la figura encapuchada de Victoria, con la cabeza baja, escondida bajo aquella enorme capucha.

Se acercó a ella, la tomó de la mano y la guio, repitiendo sus mismos pasos, en esta ocasión en dirección contraria.

Llegaron al dormitorio de Leighton y, nada más cerrar la puerta, le retiró la capucha.

—Te has expuesto demasiado —la recriminó—. Si alguien te hubiese reconocido...

—El conde de Sonford se convertirá en mi esposo dentro de quince días —expuso, dejando a Leighton sin habla.

Se miraron a los ojos.

Ambos sabían que antes o después ese día tenía que llegar, se habían mentalizado para ello, pero, llegado el momento, ambos fueron conscientes de que no estaban preparados para soportarlo.

Él dio dos pasos hacia atrás.

Ella aguantó, estoica, sin moverse.

Si ya de por sí era perturbador y doloroso saber que Victoria tendría que entregarse a otro hombre antes de poder

entregarse a él, que su padre hubiese elegido a un ser tan... tan... Se asqueó solo de pensarlo.

Se le revolvió el estómago, la sangre se le encendió, y notó un calor sofocante producido por la rabia; ese hombre no tendría miramiento alguno con la mujer que él amaba. Era conocido por sus depravaciones. Si era capaz de someter a todo tipo de perversiones a mujeres por las que pagaba, qué no sería capaz de hacerle a su esposa.

Ella desanudó el lazo de su capa, dejándola caer al suelo, y quedándose en camisón ante Leighton.

—Tómame, amor —rogó, con la voz temblorosa.

Estaba desesperada, la sola idea de tener que entregarse al conde le provocaba arcadas. Leighton era el hombre que ella amaba, al único que se entregaría por voluntad propia.

—¿Qué me estás pidiendo, Victoria? —intentó razonar; ella no podía pedirle aquello.

—Soy tu esposa, y como tal me quiero entregar a ti —habló, con lágrimas en los ojos—. No podré oponerme a ese casamiento, pero sí puedo elegir al hombre que amo, porque eres el único con derecho a robarme la virtud.

Si ella entendiera el dolor que le causaron esas palabras... Creía que podría soportarlo todo, pero no podía alentar aquella petición, por más que fuese lo que él más deseaba. Sus actos podrían acarrearle a Victoria un sufrimiento que él no estaba dispuesto a soportar, pues no podría vivir con la culpa.

Nunca se sabía cómo podría actuar un hombre casado al descubrir la falta de virtud de su esposa. Conociendo al conde, era muy posible que quisiera castigarla. Por desgracia, no actuaría con lógica, lo que le llevaba a unas cuantas situaciones en las que Victoria saldría malparada.

—No me lo pidas, amor —suplicó, desesperado—. No dejes sobre mis hombros tu desgracia.

Eso era lo que sucedería si él tomaba a Victoria en ese instante, le destrozaría la vida. El conde podría humillarla públicamente si así lo decidiese. Tampoco quedaba descartado que le propinara una paliza. O su mayor temor, que hiciese ambas cosas, con el agravante de ingresarla en Bedlam, el centro al que recurrían muchos nobles para castigar a las esposas adúlteras.

Ella entendió su temor, incluso llegó a la misma conclusión que él, pero nada le importaba.

—¿Qué importancia tendría? —cuestionó, llorosa—. Entregarme a ti compensaría cualquier encierro, porque siempre me quedaría el recuerdo de haber amado libremente al hombre que adoro.

Él la estrechó entre sus brazos.

Ella lloró, sacando su temor, su rabia, su angustia.

Era tan inhumano tenerla ante él, dispuesta a entregarse, y no poder sucumbir a lo que más deseaba. Pero no podía, él no podría vivir con esa carga en su conciencia.

Acunó su rostro.

Limpio sus lágrimas.

—Victoria —susurró. Apenas le salía la voz, por la congoja que sentía—. Te colmaré de caricias, de besos, de ternura y de pasión para demostrarte que el amor es mucho más que el sexo.

Ella entendió a la perfección lo que él le estaba diciendo, que cuando se casara con el conde no recibiría una atención delicada, que él se encargaría de colmarla de lo que de verdad necesitaba una mujer enamorada.

Negó con la cabeza; no quería recibir aquello después de casada, lo necesitaba en ese momento con él, porque para ella Leighton lo era todo.

Se apartó de sus brazos.

Recogió su capa y se la puso sin mirarlo a los ojos.

—Amor...

Ella levantó la mano, impidiendo que dijese nada más.

Se subió la capucha, ocultándose de él.

—Los Stewart no estamos destinados a ser felices —reconoció ante él lo que pensaban Benedick y ella—. Fuimos ilusos al creer que podríamos escapar al destino que nuestro padre planeó para nosotros el mismo día que nacimos —argumentó, con total convencimiento de que su padre había salido victorioso por arruinar sus vidas, porque así era como lo tenía planeado desde que ellos llegaron al mundo.

Se alejó, sin detenerse a decir adiós. Ya no le quedaba nada que decir, porque Leighton se había negado a convertirla en lo que ella consideraba realmente ser una auténtica esposa.

No era un acuerdo entre un padre y un hombre que ella despreciase. No era hacer un juramento ante Dios sin más. Para ella convertirse en la mujer de alguien era entregarse por completo, y Leighton la había rechazado.

Su madre tenía razón, ella no había nacido para ser amada.

Con ese pensamiento salió de la casa de Hook, adentrándose en las oscuras calles con el corazón roto.

Caminó durante media hora, sin miedo a nada, porque ya nada tenía que temer. Cuando se perdían las ganas de vivir, cualquier miedo desaparecía y cualquier sentimiento también.

Entró en Manfford House y se topó con su hermano Benedick, que había estado en su despacho, ultimando todos los detalles antes de embarcarse en aquella aventura de viajar a América.

—¿Victoria? —preguntó, un tanto sorprendido.

Ella se bajó la capucha, no le importaba haber sido descubierta por Benedick.

Cuando vio aquellos ojos ensangrentados por haber llorado y la mirada apagada, el corazón del marqués se aceleró.

Se acercó raudo a ella.

La abrazó con fuerza.

—¿Qué ha pasado? —se interesó.

A ella ya no le quedaban lágrimas que derramar.

—He tenido una revelación —habló, con voz rota, mientras se sentía protegida entre los brazos de su hermano—. Madre ha ganado —sentenció—. Podré casarme con el conde, porque ya no tengo corazón. Me he convertido en madre.

Benedick la estrechó con más fuerza, aquello era una gran revelación. No necesitaba preguntar más a Victoria, lo había comprendido a la perfección.

—Tú nunca serás como ella —aseguró—. No mientras yo viva —aquello fue una promesa que él tenía intención de cumplir.

Acompañó a su hermana hasta su alcoba, la ayudó a meterse en la cama, y la besó en la frente.

Bajó a su despacho. Estaba agotado, necesita dormir, pero en ese momento su prioridad era Victoria; nada le impediría encontrar una solución para ella, ni siquiera el descanso que tanto necesitaba.

Leighton Hook esperó paciente, escondido detrás de un árbol. Había salido tras Victoria y la había escoltado sin que ella lo supiera.

Se le partió el alma cuando ella se sentó en un banco y lloró por él. Estuvo a punto de acercarse a ella, tomarla entre sus brazos y llevarla de nuevo a su casa, para meterla en su cama y colmarla de caricias, porque eso era lo que ella merecía, lo que él anhelaba... Pero la poca cordura que le quedaba consiguió mantenerlo a unos metros de distancia.

Seguramente ya estaría a salvo en su cama, o así lo creía él, ya que hacía un cuarto de hora que había entrado en la casa.

Giró sobre sus talones y caminó sin rumbo, pues se sentía perdido.

No podía llegar a su casa, el recuerdo de Victoria en su dormitorio era demasiado reciente.

Se detuvo.

Si al menos estuviese Beatrice... Pero su hermana se encontraba en Escocia, en North Face. Una decisión que en un principio a él le había parecido precipitada, pero que, tras varias súplicas por su parte para que la dejase viajar hasta allí, optó por concederle.

Le habría encantado tratar con calma el precipitado motivo por el que quería huir de Londres, y, no solo eso, también de su madre; claro que, esa petición llegó la misma noche que cenaron en Serenity Park. Comprendía que, tras escuchar las acusaciones de Miranda Boston, su hermana se sintiera herida y avergonzada. Seguramente, tras su encuentro con el señor Boston, él, ofendido, habría mostrado su malestar delante de su hermana y por eso ella había decidido alejarse una temporada.

Accedió a que viajase con su doncella.

En cuanto a su madre, él no la había perdonado todavía, motivo por el que la mujer permanecía en Londres; eso sí, sin poder salir de la casa, ya que no se lo merecía. Además, sin Beatrice allí la madre no tenía excusa para acudir a ningún evento. Ese era su castigo, ya que la temporada estaba a punto de comenzar y su madre se moría por socializar.

Decidió entrar en el club para caballeros; posiblemente unas copas no le vendrían mal para olvidar lo que esa noche había pasado.

Se encontró con el señor Boston.

—¿Puedo?

Dereck señaló con la mano, invitándolo a tomar asiento junto a él.

Leighton hizo una seña al camarero y le sirvió lo mismo que estaba tomando el americano.

—Le pido que los actos de mi madre no castiguen a mi hermana —pidió, esperanzado—, con respecto a su interés por ella.

Cualquier otro día Dereck Boston se habría reído de aquel comentario, porque él nunca había tenido en cuenta nada de lo que la madre de Beatrice dijese. Sin embargo, no estaba de humor.

Se sentía culpable de lo sucedido entre Miranda y Frotell. Le sumaba a esa culpa, el enfado por sentirse engañado por Beatrice, más la pena de no haber podido retener a su pequeña. Todo eso estaba pasando meya en él, ni estaba de humor ni tenía ganas de compañía. Si estaba en el club, era porque el silencio en Serenity Park lo carcomía, era un recuerdo de que había hecho mal las cosas desde el principio, pues le faltaba la música que últimamente embriagaba el palacio, lo que venía a decir, que echaba de menos a Miranda.

Removió la copa de brandy antes de responder.

—La comunicación entre usted y su hermana es inexistente —dijo, sin apartar la mirada de su copa.

—¿Perdón? —indagó Leighton.

Dereck se bebió de un trago el brandy y dejó la copa en la mesita que tenía delante.

—Si se comunicara con ella, estaría al tanto de que yo no la castigué por los actos de su madre —confesó—. En todo caso, fue ella quien me rechazó cuando me declaré —anunció, para que Leighton supiera que había estado dispuesto a casarse con Beatrice incluso tras escuchar lo que la madre pensaba de su familia.

Se levantó.

Miró a los ojos a Leighton, quien parecía confuso.

—Es posible que Beatrice no me considere digno —dijo, aludiendo a las palabras que había utilizado su madre—. Una suerte que otras damas no piensen lo mismo —vaticinó—, porque he decidido abandonar mi soltería —sentenció, con la intención de que esa noticia llegase a la mujer que le había robado el corazón. No sabía si lo había dicho con la intención de que ella se molestara, o por la necesidad de averiguar si Beatrice sería capaz de reaccionar e ir a buscarlo.

Leighton imitó al americano, se tomó de un solo trago el brandy y, seguidamente, levantó la mano, pidiendo otra copa.

No podía comprender qué había pasado para que su hermana rechazara al señor Boston. Era inconcebible que Beatrice hubiese dejado escapar la oportunidad de ser feliz, dado que Boston era el hombre que la hacía feliz.

Se frotó la cara.

Se levantó y se marchó a su casa.

La cabeza le iba a reventar de tanto pensar.

Sentado en el borde de su cama, se quedó mirando el punto exacto en donde se había quedado Victoria.

No podía soportarlo, el dolor era demasiado fuerte.

En quince días Victoria se convertiría en la mujer de otro, cuando él era su esposo, porque así lo habían decidido los dos. Una decisión que tomaron porque ambos sabían que se pertenecían el uno al otro.

No podía permitirlo. Como hombre enamorado, no podía permitirlo.

Debía haber una solución.

Se levantó y empezó a caminar de un lado a otro.

Victoria no viviría ese infierno, que era lo que le esperaba junto al conde.

Golpeó la pared.

Se hizo sangre en los nudillos.

¿A qué estaba dispuesto él para lograr la felicidad? A todo, porque Victoria lo era todo.

Su vida, su sueño, su amor, su alegría, su pena, su futuro...

Y entonces lo vio todo claro: él estaba dispuesto a todo por Victoria, no había nada más que pensar.

Renunciaría a su vida acomodada.

Tenía varias propiedades, llegaría a un acuerdo con Penelope, North Face era su salvación. Con la suma que consiguiera por aquellas tierras y la venta de dos casas más, tendría suficiente para viajar hasta la península, establecerse en otro lugar y empezar una nueva vida, una en la que Victoria estuviese junto a él.

Su corazón se agitó con fuerza.

Debía hacérselo saber a ella de inmediato.

Salió de su dormitorio sin pensar en que era de madrugada, ni en que posiblemente despertaría a todo el servicio en Manfford House, como tampoco pensó en que el marqués lo echaría de allí a patadas... Tanto le daba, Victoria era su prioridad, y ella no podía creer que él no la amaba lo suficiente como para renunciar a todo. Se lo debía por cada lágrima derramada.

Bajó las escaleras, abrió la puerta, y se dio de bruces con el hermano de Victoria.

—¡Frotell! —se expresó, aturdido por el golpe.

Benedick se frotó la cabeza.

—Debemos hablar —sentenció el marqués.

Leighton se preocupó.

—¿Victoria está bien? —preguntó, preocupado.

—Aquí no —advirtió Benedick, pues en la calle no pensaba tratar un tema tan delicado.

Leighton se hizo a un lado y le cedió el paso.

Benedick entró sin vacilar.

El administrador tomó un candil y lo guio hasta su despacho.

Entraron y se acomodaron.

La preocupación del señor Hook aumentó tras comprobar el rostro del marqués; parecía agotado y terriblemente apenado.

No se equivocaba, Benedick llevaba dos días sin dormir, y, además, se sentía agotado mentalmente, no solo por su propia situación, sino también por la de su hermana. Pero después de haber encontrado la solución, había decidido actuar de inmediato.

—¿A qué estáis dispuesto a renunciar por mi hermana? —No se anduvo por las ramas.

—A todo —aseguró, sin vacilar—. Me dirigía a su casa para hacérselo saber —informó—. Su hermana lo es todo para mí. Todo.

Una respuesta que agradó a Benedick, porque eso decía mucho del administrador.

—Victoria se merece ser feliz —indicó el marqués—. Usted parece ser la persona capaz de conseguir que ella lo sea, y, por ende, los ayudaré.

—Usted dirá —invitó Leighton a que Benedick expusiera lo que tenía pensado.

—Se fugarán y viajarán a Gretna Green —vaticinó—. Se casarán y... —Hizo una pausa—. Consumarán su matrimonio para que no pueda ser anulado.

A esa conclusión había llegado Benedick, a su hermana no le pasaría como a él. Le gustase a su padre o no, un matrimonio consumado era legítimo, impidiendo la nulidad; ni siquiera su padre tenía ese poder. Una vez casada, su hermana ya no estaría bajo la tutela del duque, pues sería su esposo quien decidiera.

—¿Victoria está al tanto? —indagó Leighton.

Benedick negó con la cabeza.

—Le voy a conceder el honor de informarla —añadió—. Podrá borrar sus lágrimas y su dolor.

Leighton estaría eternamente agradecido con el marqués.

Benedick solo deseaba la felicidad de Victoria. Sabía que, a pesar de haber asegurado que ya nada le dolía, estaría todavía llorando en la cama, porque incluso sin verla percibía su dolor.

Se levantaron.

Era hora de informar a la mujer implicada en aquella aventura, que les traería a todos problemas, que el hombre que iba a casarse con ella la amaba tanto como para poner en riesgo todo cuanto poseía.

Durante el trayecto, Benedick le expuso los planes: a mediodía él acompañaría a su hermana hasta la casa del administrador; desde allí montarían en un carruaje de alquiler, ya que el del administrador era conocido por los caminos, y los del marqués llevaban el emblema. Debían pasar desapercibidos.

Las paradas se estipularían del siguiente modo: dejando a Victoria a la espera en el carruaje, cambiarían de caballos; los cocheros se encargarían de provisionarlos de alimentos, que tendrían que comer durante el trayecto, pues no podían ser vistos por nadie.

—Hook —nombró, con voz serena—. Es vital que las paradas sean precisas, solo tendréis un día de anticipación al duque.

Leighton asintió. Lo comprendía.

Benedick había hecho los cálculos. A pesar de que él intentaría distraer al duque con la doncella de Victoria, la respuesta del conde de Sonfford tendría que llegarle justo al día siguiente. Un acuerdo tan importante no se retrasaba, por lo que el duque averiguaría que él había saboteado aquella entrega y saldría a buscarlo. En cuanto llegase a Londres y no encontrara a Victoria en la casa, no tendría necesidad siquiera de informarle, ya que lo descubriría al instante.

Capítulo 38

La gente del servicio descansaba en Manfford House. Benedick le hizo una seña a Leighton para que entrara en el dormitorio de Victoria.

Dudaba de que alguien los hubiese visto llegar, aunque, para cerciorarse de que nadie descubriera a Leighton en la alcoba de su hermana, él se quedó sentado en una butaca del pasillo.

Como había intuido Benedick, Victoria estaba despierta, con lágrimas en el rostro, un dolor en el pecho casi inhumano, y sintiéndose la persona más desgraciada del mundo.

Estaba tan ida que apenas observó que la puerta se había abierto y cerrado.

Leighton se quedó parado, intentando acostumbrarse a la oscuridad.

Al escuchar un gemido cargado de pena, habló:

—Amor —cuchicheó, con la entonación exacta para que solo ella lo escuchara—. No llores, tus lágrimas son puñales en mi alma.

Ella se sobresaltó. Se incorporó, intentando localizar en la oscuridad al hombre que amaba.

Él caminó lentamente para no tropezarse con nada.

Ella se levantó y descorrió las cortinas.

La luz de la luna inundó la habitación.

Ninguno pudo reprimirse; ella se lanzó a su cuello, él la rodeó por la cadera.

—Estás... estás aquí —hipó, por haber estado llorando.

Él rozó sus labios.

—A partir de mañana, estaré junto a ti siempre —reveló—. Solo se me permite informarte de que mañana emprenderemos un viaje hasta Gretna Green —expuso, con una sonrisa en los labios—. Estamos casados ante Dios, en tres días lo haremos ante el mundo entero.

Ella parpadeó.

Le dolían los ojos.

Le dolía la piel.

Pero sintió tanta felicidad que todo su pesar se evaporó.

Se miraron.

Ella entendió que fugarse implicaba que su padre destrozaría a Leighton, no tendría piedad con él, y destrozaría todo cuanto había conseguido.

Su corazón se agitó. Si Leighton sabía que eso ocurriría, significaba...

—Me amas. —No fue una pregunta, más bien una afirmación.

—Desde el mismo día en que te vi —sentenció.

Ella lo besó.

Él hubiese deseado consumir allí mismo.

—Debo marcharme o Benedick entrará a sacarme a rastras.

—¿Benny?

La sonrisa de Leighton confirmó lo que ella intuía.

—Te informaré de los planes —la avisó—. No te preocupes, mi amor; nada impedirá que te conviertas en mi esposa.

Ella acunó su rostro.

—Ya soy tu esposa —le recordó.

Se entregaron un beso de despedida, solo que no era un adiós, sino el preludio de los muchos que se entregarían sin tener que ocultarse.

Salió con el mismo tiento con el que había entrado.

Victoria esperó apostada en la ventana, asegurándose de que él salía de la casa sin problemas.

Cuando lo vio en la calle, sonrió y se metió en la cama, donde las lágrimas se transformaron en suspiros anhelantes.

Siempre había pensado que no existía un hermano mejor que el suyo. Ahora no solo lo pensaba, podía afirmarlo, y con ese pensamiento tan hermoso se durmió.

Mientras una joven enamorada se dormía, una anciana se despertaba.

La doncella de lady Hermione, con cara somnolienta, una trenza mal peinada, en camisón y con una bata,

despertó a la mujer, pues el guardia apostado en las inmediaciones de Manfford House traía noticias urgentes.

Lady Hermione tomó la nota que le entregó la doncella, acercó el candil y la leyó.

—Mi bata —ordenó.

La mujer notó la premura en su voz.

La ayudó a ponérsela.

Tomó su bastón, salió de su dormitorio, y entró sin llamar en la alcoba de lady Philomena.

La despertó sin miramiento.

—¡Avisa a Violet! —se expresó, preocupada—. Ha llegado el día.

Philomena la miró, consciente de la preocupación de su amiga.

Hermione giró sobre sus talones; el tiempo era oro en ese momento.

—Hermione —llamó, con voz tranquilizadora.

La mujer se paró y giró el cuello.

—Leighton no se convertirá en mi Oliver —afirmó, aludiendo al hombre que perdió la vida mientras huían de su padre—. Victoria no enviudará antes de ser esposa.

Salió del dormitorio, dejando a Philomena pensativa; Hermione llevaba sesenta años sintiéndose viuda.

Sin mayor dilación, se levantó de la cama y fue en busca de Violet. Durante un tiempo las dos pensaron que Hermione estaba demasiado afectada como para pensar con lógica, pero al parecer, no se había equivocado: Leighton y Victoria estaban planeando fugarse.

La edad es un grado de sabiduría. Por ello, a pesar de no estar seguras de aquella decisión, que pondría en peligro sus vidas, ellas estaban preparadas para la ocasión. El único problema era ir contrarreloj; llegar a tiempo era vital para esa pareja.

Por eso no se encontraban en Philo's Garden, que era su residencia habitual desde que su sobrino Connor le ofreció la casa, sino en St. John House, la casa del marqués de Bristol en Londres, pues se encontraba más próxima a la del señor Hook.

Lo tenían todo dispuesto. Cuando Philomena le entregó una nota a uno de sus hombres de confianza, el cual la tomó y salió con premura para encargarse de hacerla llegar, el marqués la sorprendió justo detrás.

—Tía, ¿puede explicarme qué hacía con ese hombre? —se interesó. Se había despertado por un ruido y había salido al corredor para ver de qué se trataba, cuando vio a un hombre salir del dormitorio de su tía Philomena.

La anciana se giró y lo miró a los ojos.

—Oh, querido —nombró, con su típica voz burlesca—, a mi edad una se olvida de que debe ser más discreta.

El marqués levantó las cejas, ¿su tía estaba insinuando que aquel hombre era un amante?

Ella sonrió con candidez.

—Espero que guardes la misma discreción que yo he guardado durante tantos años —pidió, como si ella llevase toda la vida manteniendo encuentros furtivos—. No me gustaría que mi reputación de solterona se ensuciara.

Se giró con una sonrisa plena.

El hombre se rascó la cabeza.

—Tía, a mí no me engaña —le advirtió, pues él sabía que aquel no podía ser su amante, y que se traía algo entre manos.

—¿Tú crees, querido? —ironizó, mientras se alejaba—. Recuerda quién fue la persona que te enseñó a ser discreto antes de convertir a tu esposa en marquesa.

Entonces el marqués agrandó los ojos.

Philomena, sonriente, salió de la casa. No había nada mejor que dejar a su sobrino perplejo. Siempre le había encantado molestarlo, ya que en el fondo era, de sus sobrinos, al que más adoraba, motivo por el que sus sobrinos nietos, Connor y Duncan, eran tan especiales para ella, por ser hijos de él.

Miró al cielo antes de montarse en el carruaje en donde la esperaban Violet y Hermione.

—Gracias, Robert —agradeció en voz alta a su hermano, por haber tenido un hijo tan digno como él, pues desde que heredó el marquesado se había ocupado de ella no como un sobrino, sino como un hijo de buen corazón, tratándola y cuidándola como a una madre. Para una solterona como ella no existía mayor regalo.

—¿Por qué has tardado tanto? —se interesó Violet.

—Mi sobrino ha estado a punto de descubrirnos.

Las dos amigas la miraron.

Philomena hizo un aspaviento con la mano restando importancia.

—No os preocupéis —las tranquilizó—. Debe de estar pensando cuánto tiempo llevo manteniendo a hombres para satisfacer mis necesidades.

Las risitas de las tres mujeres inundaron aquel habitáculo.

Lady Violet auguró que, a pesar de haberse levantado con una preocupación, aquel buen humor era el preludio de un día satisfactorio; conseguirían llegar a tiempo y así hacer justicia, la que tanto necesitaba su amiga Hermione, ya que para ella significaría cerrar una herida del pasado, al poder cumplir los anhelos de una pareja enamorada, los mismos que le arrebataron a ella por prohibirle casarse con su amado.

Tras llegar las primeras luces del alba, Victoria recibió en su alcoba la visita de su doncella.

—No tenéis buen aspecto —aseguró la mujer.

La joven apenas gesticuló, imaginaba que después de haber pasado media noche llorando sus ojos estarían hinchados.

Se levantó y se vistió; tenía que encontrarse con su hermano.

Al llegar a la sala de mañanas, Benedick la recibió como si fuese un día normal, cuando en realidad iba a ser el comienzo de una nueva vida.

El marqués pidió que los dejaran a solas.

Nada más cerrar la puerta el lacayo, Victoria lo abrazó.

—Benny, eres el mejor hermano —lo halagó, con total honestidad.

Benedick sonrió.

Tomó las manos de Victoria.

—Escúchame, tenemos que ser cautelosos —aventuró—. Fingirás ante Pippet una indisposición —expuso lo que tendría que hacer ante su doncella—. Yo me encargaré de que salga de esta casa creyendo que nuestro viaje será a Secret Garden.

Ella asintió.

Él la miró.

—¿Estás segura, Tori? —indagó—. Padre intentará por todos los medios que el señor Hook caiga en desgracia.

Eso era algo que ambos sabían. En cuanto el duque descubriera que su hija se había casado con el administrador, tardaría poco en divulgar cualquier cosa contra él, ponerlo a los pies de los caballos ante la sociedad con tal de arruinarle la vida, pues solo un hombre arruinado accedería a firmar un divorcio a cambio de regresar a su estatus, bien por dinero o bien por cualquier acuerdo que el duque estuviese dispuesto a pactar.

—Padre se equivoca, Benny —adujo—. Un hombre enamorado no necesita una buena posición —señaló, convencida de sus palabras—. Al igual que las buenas personas no caen en desgracia solo porque un duque soberbio lo pretenda —aludió a Hook y a su padre—. Dudo que la duquesa de Whellington dé la espalda a Leighton —auguró—. Esa es una baza con la que padre no cuenta; existe una dama poderosa a la que él no puede someter a su antojo, porque Penelope posee el poder y la libertad de comportarse como le plazca —admiró a la duquesa de Whellington y Kennt—. La duquesa le dará una lección a nuestro padre; una amistad es más valiosa que un desaire a un duque.

Benedick pensó en Penelope; cierto era que esa mujer se había ganado el respeto y la admiración de todos. También se sabía que ella valoraba mucho al señor Hook, nadie cuestionaría a Leighton ante ella. Aunque su padre intentase arruinar al que se iba a convertir en su hermano, la duquesa no soltaría la mano del administrador; nunca le iba a faltar trabajo.

¿Cómo no lo había pensado él antes? Quizás porque estaba acostumbrado a seguir las reglas que dictaba la sociedad, por seguir siempre las normas establecidas, olvidándose de que existían personas dispuestas a batallar contra las injusticias, como era el caso de la duquesa, quien ya había mostrado con anterioridad que ella no se sometía ante nadie, e incluso había dado una lección a todos, tanto a los que dependían de ella como a los que pertenecían a la nobleza. Sin duda, su hermana Victoria tenía razón; su padre no podría acabar con la reputación de Leighton, porque había una mujer poderosa que no se lo permitiría.

—Desayuna —invitó Benedick a su hermana—. El día para ti va a ser muy largo.

Ella sonrió.

—Merecerá la pena; no existe cansancio cuando el premio es alcanzar la felicidad plena.

Desayunaron en silencio, conscientes de que en pocas horas Victoria emprendería un viaje sin retorno.

Por un lado, Benedick se sentía satisfecho; por otro, nostálgico, pues ya no estaría en su mano la protección de Victoria, sino que pasaría a estar al cargo de otro hombre. Claro que, viendo la sonrisa de su hermana, no debía preocuparse; ella estaba enamorada e iba a casarse con un hombre que la correspondía con el mismo afecto, motivo suficiente para que Benedick se sintiese satisfecho por poder colaborar en la felicidad de su hermana, pues sin duda ella se lo merecía.

Tras dar cuenta al desayuno, se miraron.

—¿Lista? —preguntó él.

Victoria asintió.

El marqués se dirigió al tirador y, al momento, entró un lacayo para interesarse por la petición del marqués.

—Avisa a Pippet —ordenó.

El hombre fue en busca de la doncella personal de Victoria.

La mujer entró.

—Que preparen sales para mi hermana —mandó—. Se encuentra indispuesta.

La mujer asintió. Iba a darse la vuelta cuando él la retuvo.

—Se adelantará a nuestro viaje —informó—. Así podrá informar al duque de que mi hermana permanecerá junto a él una temporada.

La mujer sonrió satisfecha. La noche anterior, al ordenarle que preparase el equipaje de Victoria, por más que intentó averiguar cuál sería su destino, no obtuvo respuesta. Aquella negativa de la joven la había perturbado; ella debía informar al duque de inmediato, y, por un momento, se preocupó al pensar que el marqués hubiese decidido ir en busca de su esposa, llevándose a su hermana con él. Eso desagradaría al duque de Manfford, y, además, ella no quería viajar a América.

Victoria, sin mediar palabra, salió de la sala; debía tumbarse para que nadie sospechara.

Benedick, que ya había dado la orden de tener preparado un carruaje para la doncella, llamó al mayordomo.

—Pippet saldrá sin el equipaje de Victoria —dijo, con voz serena—. Nadie perturbará el descanso de mi hermana hasta que ella se encuentre repuesta.

El hombre asintió.

Nadie podría poner en tela de juicio que Benedick no había planeado la escapada de Victoria sin cuidar el más mínimo detalle; haber elucubrado que ella subiese a su dormitorio nada más desayunar, por una indisposición, no levantaba sospechas sobre por qué la doncella se adelantaba en el viaje sin el equipaje.

A los diez minutos vio partir el carruaje.

Se frotó los ojos, estaba agotado.

Por su parte, la futura novia se entretenía buscando en sus baúles la ropa necesaria para viajar ligera de equipaje. Se guardó en una pequeña maleta un vestido que usaría para su boda, más la ropa suficiente para tres días de viaje, como su hermano le había aconsejado. Liberar el carruaje de equipaje ayudaría a los caballos a que pudiesen viajar más rápidos y ligeros, postergando así paradas innecesarias.

Leighton Hook también estaba cumpliendo con su parte, como le había prometido al hermano de Victoria.

Lo había dispuesto todo para salir en cuanto la mujer que amaba llegase a su casa.

Había dado el día libre a todo el personal para no tener testigos, ya que no podían arriesgarse a que alguien viese a Victoria montar en el carruaje que había alquilado.

Incluso había permitido a su madre aceptar la invitación para pasar el fin de semana en casa de la señora Almir. No es que a él le gustase aquella amistad entre su madre y esa mujer, porque nada bueno podían tramar cuando se juntaban; no obstante, era mejor eso que poner en riesgo su única oportunidad de ser un hombre completamente feliz.

Se encontraba apostado en la puerta, cuando vio aparecer el carruaje de alquiler en el que viajaban el marqués y Victoria.

Salió al encuentro.

Benedick fue el primero en bajar, dejando a su hermana a la espera.

Ambos se miraron.

—Tomad. —Extendió una carta cerrada, lacrada con el sello del marquesado—. Es un consentimiento por mi parte para que nadie dude de que mi hermana os toma por esposo por voluntad propia.

Si el administrador pensaba que jamás podría admirar más al marqués, se equivocaba, pues aquel gesto se ganó su admiración y gratitud eterna.

Se lo guardó en el bolsillo y le dio las gracias, emocionado.

Benedick miró el carruaje que estaba justo delante del suyo.

—¿Es ese? —indagó.

—Sí.

Entonces Benedick abrió la puerta, tomó la maleta de su hermana y se la entregó.

—Subid y esperad.

Hook no titubeó, tomó la maleta y se dirigió al coche.

Benedick esperó unos segundos. Cuando vio que no se acercaba nadie por la calle, abrió la puerta, extendió la

mano y pidió así a su hermana que bajara.

Ella, solícita y con el corazón acelerado, cumplió la orden.

Nada más bajar se llevó las manos a la capucha para que no se le moviera por el viento.

Benedick la acompañó hasta el otro carruaje.

Una vez montada, se miraron a los ojos.

—Buena suerte —les deseó.

Lo que no esperaba ninguno de los tres era la llegada de otro carruaje que les cortó el paso. De él descendieron tres ancianas, a las que conocían y por las que se sorprendieron.

Lady Hermione fue la primera en llegar hasta ellos.

Hizo a un lado al marqués, sin miramiento, y abrió la puerta.

—Señor Hook, baje del carruaje antes de cometer una insensatez que los perseguirá el resto de sus vidas —advirtió.

Victoria tragó con dificultad, los habían pillado.

—Lady Hermione... —intentó mediar Benedick, sin comprender cómo los habían descubierto, ya que él había sido muy precavido.

La mujer lo ignoró, y volvió a dirigirse al administrador.

—No puede mancillar la reputación de lady Victoria —insistió—. El escándalo de una fuga la perseguirá siempre —vaticinó—. Invalidará ante los demás que su unión fuese voluntaria.

Así era la sociedad; aunque esa pareja se casase enamorada, les perseguirían el resto de sus vidas los chismes y críticas malignas por parte de aquellos que disfrutaban con el mal ajeno. Poco importaría que ellos lo desmintiesen, las habladurías confirmarían que la joven se vio obligada, o bien por haber sido secuestrada, o bien por haber sido comprometida.

—Lleva un consentimiento por mi parte —sentenció Benedick—. Nadie cuestionará la voluntariedad de mi hermana.

Lady Hermione, lady Violet y lady Philomena lo miraron asombradas.

La primera sintió un afecto especial por el muchacho; si su hermano la hubiese ayudado, ella habría vivido una vida plena.

—Por favor —suplicó Victoria, con los ojos brillantes—. Es nuestra única oportunidad.

Aquella voz removió a las mujeres, pues se notaba su desesperación.

Lady Hermione la miró directamente a los ojos.

—Querida, estoy convencida de ello —aseguró, pues, llegados a ese punto, esa afirmación era cierta—. Motivo por el que no huirán; solo así demostrarán que su matrimonio es por amor —explicó, con serenidad—. Tiene el consentimiento de su hermano, tiene las testigos necesarias y al hombre enamorado que desea convertirla en su esposa —enumeró—. Tan solo le hace falta el ministro de Dios que oficie sus votos, como se espera de la hija de un duque.

Benedick abrió la boca y la cerró, al ver aparecer al obispo.

—¿Están los novios preparados? —preguntó el hombre, con deje molesto.

Claro que, aquello pasó por alto para Benedick, pues se había quedado aturdido.

—Lo están —aseguró lady Violet—. Por favor. —Indicó con la mano a Benedick que se apartara para que Victoria pudiera bajar del carruaje.

Lady Hermione miró a Victoria y le sonrió con cariño, como lo haría una madre a su hija.

—Aquí está su oportunidad —anunció—. Cásese con la cabeza alta, no permita que las habladurías la persigan y ensucien su matrimonio.

Victoria, que estaba con los nervios a flor de piel, no pudo retener una lágrima. Aquellas mujeres le estaban ofreciendo la oportunidad de casarse sin tener que esconderse.

Bajó del carruaje y abrazó a lady Hermione.

—Gracias —susurró en su oído.

La anciana se sintió dichosa.

Hook bajó y miró al obispo.

—Estamos preparados —aseguró.

Se dirigió a la casa y entró el primero.

Lo siguieron Benedick y su hermana.

Después Lady Hermione y lady Violet.

Por último, el obispo, el cual se quedó junto a lady Philomena.

—Chantajear a un ministro de Dios es pecado —le sermoneó, ya que la misiva que había enviado a primera hora del alba, junto a su hombre de confianza, iba dirigida al obispo.

No existía mayor poder que conocer los secretos de la gente.

—Qué palabra tan infame —aludió al chantaje—. Debe de estar equivocado, pues no ha sido un chantaje, sino más bien un recordatorio.

¿Acaso era culpa de ellas que el obispo tuviese ciertos vicios indignos para un ministro de Dios?

El obispo prefirió no ahondar más, no fuese cosa que lady Philomena aireara públicamente lo que le había “recordado”.

Tampoco era un hombre tonto. A él no le gustaba que nadie le dijese lo que tenía que hacer, y lo cierto es que al ver aquel carruaje sin emblema y sin equipaje, confirmó que la pareja a la que debía casar estaba a punto de fugarse. Por ello sonrió con malicia, pues, cuando uno se fugaba, era porque se dirigía a Gretna Green, el único lugar en donde se casaba a la gente sin un papel que en cualquier otro lugar sería imprescindible para unir a un matrimonio.

Miró a la pareja.

—Antes de comenzar, debe entregarme la licencia especial —se dirigió a Hook.

A Leighton se le desplomaron los hombros.

Benedick cerró los ojos.

Victoria se quedó sin aliento.

La sonrisa del obispo se ensanchó, no iba a casar a nadie.

—Oh, ¡cuánta nimiedad! —se expresó, irónica, lady Hermione.

El obispo la miró.

—Este matrimonio no puede oficializarse.

Lady Violet se acercó, sacó de su retículo la licencia, y se la extendió mientras lady Philomena protestaba:

—Si mostrara tanta minuciosidad en otras cosas, estoy segura de que llegaría a ser arzobispo.

Lo último que se escuchó por parte del obispo, antes de officiar la boda, fue un gruñido.

Capítulo 39

No era la boda que se esperaba de la hija de un duque, pero tanto daba, ya que era la única que Victoria había deseado. Con ese pensamiento Benedick abandonaba la casa de su nuevo hermano.

Dejó a los recién casados, consciente de que el administrador no pospondría su noche bodas ni un minuto más.

Sonrió al subirse a su carruaje, porque no tenía nada que temer con respecto a su hermana; Leighton la adoraba, no le haría ningún daño.

Se dirigió a Manfford House.

El mayordomo se sorprendió cuando uno de los lacayos le avisó de que el señor había regresado sin su hermana y había ordenado que fuese a verlo de inmediato al despacho.

Solícito, acudió sin demora.

—Milord —se pronunció, avisando al marqués de su presencia.

Mientras lacraba una carta, Benedick le hizo un gesto con la cabeza para que entrara.

—El equipaje de mi hermana lo entregarán mañana en esta dirección —le entregó una nota—. Su nuevo hogar.

El hombre parpadeó.

—¿Perdón? —se interesó, pues no comprendía qué trataba de decir.

Benedick lo miró con una sonrisa ladeada.

—Lady Victoria ahora es la señora Hook —anunció, con orgullo—. Su esposo está al tanto de la entrega de su equipaje, los estarán esperando.

Al mayordomo se le abrió la boca.

—Esta carta se la entregará a mi padre en cuanto llegue a esta casa. —Le entregó la carta que acababa de lacrar—. Intente estar alejado de él cuando la abra —le aconsejó—, va a proferir denuestos con mucha ira.

El mayordomo tragó con dificultad. No era necesaria la advertencia; tras la confesión de que lady Victoria acababa de convertirse en la esposa del señor Hook, ya se había imaginado que cuando llegase la información al duque no solo temblarían los cimientos de Manfford House, sino que sus voces harían tambalear el mismísimo parlamento.

—Mis pertenencias que salgan de inmediato —ordenó—. Deben embarcarlas en el My Duchess.

Esa misma mañana había recibido la respuesta que le había enviado el duque de Whellingtton, donde Duncan le exponía que contaba con los pasajes para viajar hasta Nueva York; la salida estaba prevista para esa misma tarde.

Benedick suspiró tranquilo. Él había planeado el viaje para cuatro personas: su hermana y él, más sus ayudas de cámara. Pensaba que el barco zarparía el miércoles, pero, tras la nota recibida, debido a un asunto personal del propio duque, el barco zarparía esa misma tarde.

Teniendo en cuenta que él ya había cumplido con su obligación de ayudar a su hermana, nada lo retenía en Londres. En todo caso, incluso debía agradecer aquella anticipación, pues no tendría que enfrentarse a su padre cuando regresara a por Victoria.

Terminó de revisar unos documentos; debía dejarlo todo organizado, ya que estaría una larga temporada fuera de Inglaterra.

Se quedó pensativo, ¿cómo reaccionaría Miranda cuando le expusiera lo que había planeado?

Negó con la cabeza. No debía pensar en ella, no en cómo se tomaría la noticia, ya que no se merecía que él sintiera ningún tipo de emoción por ella, ni buena ni mala. Ella y su padre habían conspirado a sus espaldas, eso era todo cuanto tenía que recordar, porque así no se alejaría de su objetivo: darles un escarmiento a los dos.

Sonrió, pues su padre no se esperaba lo que él tenía planeado.

Mientras Benedick se negaba a recordar a la que todavía era su esposa, Miranda se encontraba en su camarote, con un bastidor en la mano, algo insólito en ella. No era aficionada a las labores, pocas veces se la veía bordar, y, si alguna vez lo había hecho, era por imposición de las maestras. En esa ocasión lo estaba haciendo por voluntad propia, porque le quedaban días interminables hasta llegar a Nueva York, y, de alguna manera, quería recordar para siempre Secret Garden, tanto el lugar como la persona que lo representaba. ¿Cómo recordarlos para siempre? La respuesta la encontró la noche anterior, antes de meterse en la cama, al abrir uno de sus baúles y sacar una pluma de pavo real. La tomó entre sus dedos y decidió que bordaría todos sus pañuelos con ese motivo, así nunca olvidaría a Benedick.

Con cada puntada que daba más se afanaba en que quedase perfecta, porque iba a convertirse en su emblema personal. Toallas, sábanas, pañuelos... Tenía intención de bordar aquella pluma en todas sus pertenencias.

Dotty la miraba, parecía tan concentrada... Qué estaría pensando, pues, cada dos por tres, Miranda soltaba una risita sin darse cuenta.

Llamaron a la puerta del camarote.

La doncella personal se levantó para abrir.

Wyatt apareció ante ellas.

—Hace un día soleado y la brisa es perfecta para dar un pequeño paseo por cubierta —invitó a Miranda a salir.

Ella negó con la cabeza.

—Estoy ocupada —se disculpó por no acompañarlo—. Te agradecería que acompañaras a Dotty, necesita estirar las piernas.

La muchacha la miró y le sonrió agradecida; era cierto, detestaba encontrarse encerrada.

La sonrisa de Wyatt se intensificó, pues nada le complacería más.

—Por descontado —se ofreció, sonriente y caballeroso, al ofrecerle su brazo.

Al quedarse a solas, puso los ojos en blanco. Quién le iba a decir que Wyatt se iba a mostrar tan cauto ante una doncella. Él, que siempre se había comportado tan seguro y tan indiscreto con sus conquistas.

Dejó caer los brazos al recordar a su hermano Dereck.

Con lo seguro que se había mostrado siempre ante todo, no podía comprender que Beatrice lo hubiese rechazado. Lo peor era pensar en el momento en el que él se lo confesó. Aquel porte de frustración y derrota que mostró ante ella le había llamado la atención; su hermano parecía derrotado.

¿Qué motivos le habían llevado a Beatrice a rechazar la propuesta de matrimonio de Dereck? Esa pregunta todavía rondaba por su cabeza; no tenía sentido para ella, ya que la mujer parecía interesada en su hermano. La había observado a escondidas, y siempre la veía buscándolo con la mirada. Además, cada vez que Dereck le sonreía, a ella se le iluminaba la mirada; parecía tan...

Negó con la cabeza. No debía seguir preguntándose nada con respecto a Beatrice, ya que su hermano, tras el rechazo, no volvería a interesarse por ella.

Ese mismo pensamiento tenía Beatrice, motivo por el que se encontraba nostálgica y desamparada.

Llevaba días en North Face y su estado de ánimo no mejoraba, al contrario.

Estaba cansada de pensar en el señor Boston, porque ella había arruinado aquella relación. Si hubiera podido decirle el motivo de su negativa...

Se sentó frente a la chimenea, en la sala que a Victoria le había parecido tan maravillosa. Solo que a Beatrice nada le parecía maravilloso; al contrario, nada le agradaba y, además, estaba tan desmotivada que no le apetecía hacer nada. Llevaba dos días con la misma rutina: se levantaba, desayunaba, o más bien lo intentaba, porque ni apetito tenía, se retiraba a la sala destinada a la futura señora de la casa, y se quedaba sentada frente al hogar durante horas, sin hacer nada; solo pensaba en su pasado y en lo desgraciada que se sentía por tener que mantenerlo en secreto. Uno que su madre se obstinaba en recordarle cada vez que la chantajeaba.

Estaba agotada de los chantajes, asqueada de su pasado, dolida por su presente y desmotivada por su futuro; ya nada le importaba, y, para ser sincera consigo misma, dudaba que fuese a tener un futuro, porque lo único que la había mantenido viva era la esperanza de formar una familia con Dereck, y ahora ya ni eso le quedaba.

No podía apartar los ojos de su esposa, porque por fin era ante todos su mujer. Estaba desnuda, con los ojos cerrados, una gran sonrisa en el rostro y jadeante tras haber alcanzado el clímax.

¿Quién le iba a decir que, tras aquella fachada de mujer fría e inalcanzable, se escondía una joven ardiente y cercana?

Era un hombre afortunado.

La noche anterior él había tratado a Victoria con toda la delicadeza que ella merecía. La había colmado de caricias como le prometió. Se contuvo de dejar salir su lado más salvaje, por más que desease poseerla con desesperación. Pero esa mañana, tras ser despertado con dulces besos y manos curiosas, era imposible adivinar lo que ocurriría en aquella cama.

La curiosidad de su esposa por el cuerpo masculino comenzó con suaves tocamientos. Como era de esperar, su cuerpo reaccionó de inmediato ante el contacto cálido de aquellos dedos por su miembro viril.

Abrió los ojos y vio a Victoria observándolo, sin poder apartar la mirada de su pene.

Él no hizo ruido alguno, pero ella intuyó que se había despertado porque ladeó el cuello lentamente, como lento fue el descenso de su cabeza para robarle el primer beso de la mañana.

Lo que no hizo fue soltar su erecto miembro.

—Ayer me pareció que estaba tenso y duro —comunicó ella, sin mostrar pudor, algo que a él lo hechizó—. Al

verlo flácido me he preocupado.

Él sonrió y la estrechó entre sus brazos.

—De normal esa es su condición —aclaró—. La dureza es una muestra de que mi cuerpo reacciona ante la belleza de la mujer que tengo por esposa —alabó—. Mostrando mi interés y mi deseo por ella.

Victoria lo miró, enamorada por ser tan franco, por no reñirla, criticarla o censurarla ante su curiosidad.

—Creo que lo entiendo —concedió ella, pensativa—. Tu cuerpo reacciona endureciéndose cuando me desea —expuso lo que estaba descubriendo sobre el cuerpo humano, tanto masculino como femenino—. Al igual que el mío reacciona cuando desea el tuyo.

—¿El tuyo me desea? —preguntó, seductor.

Ella asintió.

—Pero no sufre endurecimiento como el tuyo —aclaró—. El mío sufre cierto cambio febril.

Leighton le lamió el cuello.

—¿Ahora has notado esa calentura? —indagó, mientras recorría con su cálido aliento toda la longitud de su nuca.

Ella volvió a asentir.

Él besó lentamente su escote hasta llegar a uno de sus senos; allí se recreó lamiéndolo, pasó al otro y atrapó su pezón con los dientes.

Ella jadeó.

—¿Así va subiendo tu temperatura?

—Sí —suspiró ella.

—¿Estás segura? —provocó, con descaro, a su mujer.

Victoria le tomó una mano, la llevó directa a su bajo vientre, y lo invitó a tocarla tal y como lo había hecho la noche anterior.

Él no rechazó la oferta.

—Esta humedad es parte de mi cambio febril, ¿verdad? —preguntó ella, pues la noche anterior había notado aquella humedad entre sus muslos y no lo comprendió.

—Sí, amor, este es tu endurecimiento —aseguró Leighton, para que ella entendiera que era consecuencia de lo mucho que lo deseaba.

Victoria no quiso ser egoísta; si él la tocaba para satisfacerla, ella quería complacerlo a él, así que tomó su miembro y comenzó a acariciarlo. Lo que empezó con simples tocamientos lentos y pausados, se convirtió en una masturbación mutua, hasta que ella necesitó más; deseaba sentir de nuevo a Leighton en su interior, por lo que, con un movimiento rápido, se sentó a horcajadas sobre él, dejándolos a los dos por un momento exhaustos.

Leighton se enamoró por completo de su mujer. Había deseado con tanto fervor que Victoria no fuese una de esas mujeres que aceptaban el sexo como una obligatoriedad marital... Aquella reacción decía mucho de lo que se podía esperar de su matrimonio en la intimidad.

Victoria, por su parte, al verlo un tanto ensimismado se preocupó por si había actuado de una forma poco apropiada. Qué sabía ella de lo que podía hacer o no una mujer en la intimidad.

—No sé si mi comportamiento es aceptable para una esposa —se preocupó, por si lo que acababa de hacer era indecoroso.

Leighton se incorporó, abrazándola por completo, e impidiendo que saliera de él.

—Espero que en nuestro matrimonio nada de lo que ocurra en el dormitorio sea censurable —indicó, con la poca serenidad que podía mantener, ya que necesitaba culminar—. Mi esposa tiene plena libertad de utilizar mi cuerpo a su placer.

Ella sonrió, satisfecha, enamorada, emocionada y sintiéndose poderosa. Leighton no era consciente de lo feliz que la había hecho con aquel comentario, pues era la primera vez que alguien le ofrecía libertad de actuar como le placiera, y eso en una mujer era prácticamente impensable.

Él, al notar aquella ilusión en sus ojos, la empezó a mecer, para que descubriera por sí sola que, solo con moverse, ambos alcanzarían mayor placer.

No le costó mucho a Victoria sentir aquella estimulación, ya que, sin que él la guiase, ella empezó a moverse con mayor precisión, hasta que los dos culminaron al mismo tiempo.

Él se dejó caer, llevándose la consigo.

El rostro perlado en sudor de Victoria descansaba sobre el hombro de él.

Sin duda, era un hombre afortunado.

Una vez repuesta, Victoria se movió y se quedó tumbada a su lado, con los ojos cerrados y una gran sonrisa en los labios.

Y como hombre enamorado, incrédulo ante la suerte que había tenido por conseguir que su esposa se enamorara de él, era incapaz de dejar de mirarla.

Victoria abrió los ojos.

—Ahora sí soy la señora de North Face —dijo, con ensoñación—. ¿Crees que Beatrice tendrá a bien tomarme como hermana? —indagó, ya que no lo había pensado hasta ese momento.

Él sonrió.

—Te dije que no existiría ninguna otra mujer que pudiese ocupar ese puesto —le recordó, y se ganó un beso por parte de ella—. Mi hermana estará encantada, tiene mucho en común con Benedick.

Aquello sorprendió a Victoria.

—¿Con mi hermano?

Leighton soltó una carcajada, pues le pareció muy graciosa la reacción de ella y su cara de incredulidad.

—Sí —aseguró, convencido—. Los dos se caracterizan por su generosidad y bondad —ensalzó sus mayores virtudes—. Por ello, dudo que Beatrice no te reciba con los brazos abiertos.

Victoria suspiró, satisfecha, porque deseaba con todo su corazón que su relación con ella fuese cercana.

Cerró de nuevo los ojos y Leighton notó un cambio en ella.

Le acarició la mejilla con sus labios.

—¿Qué estás pensando, amor? —cuestionó—. ¿Qué te preocupa?

Victoria abrió los ojos, agradecida por que él se hubiese dado cuenta de su preocupación; era tan hermoso que alguien se preocupara por ella y, sobre todo, que fuese capaz de intuir sus preocupaciones sin ni siquiera haber hablado.

Se movió, ladeó su cuerpo, flexionó el codo y apoyó su cabeza en la mano.

—Me preocupa que Benedick, por la rabia de sentirse humillado, vaya en busca de Miranda, motivado por buscar venganza —expuso su preocupación—. Odiaría que él actuara como mi padre, ha luchado mucho para no parecerse a él.

Comprendía lo que ella trataba de decir, era difícil no acabar sucumbiendo a la malignidad cuando su referente se comportaba siempre incesante y sin remordimiento.

Quiso quitar aquel pesar de su mujer.

Se rio, consiguiendo que ella pestañeara, incrédula por su reacción.

—¿Benedick, vengativo? —Volvió a reír—. Oh, amor, eso es imposible —aseguró—. La venganza no forma parte de su condición humana —indicó, con seguridad—. Comprendo que él esté ofuscado por lo sucedido —dijo, aludiendo a que Miranda se hubiese marchado a América a escondidas de Benedick. No tenían mucho conocimiento al respecto de lo sucedido, pues el marqués tan solo les había dicho que su esposa lo había traicionado—. Se ha marchado enfadado, pero te garantizo que, llegado el momento, no actuará como tu padre.

—Te aseguro que ha sufrido infinidad de humillaciones por parte del duque —confesó. Y puedo asegurar que la traición de Miranda se la ha tomado como su mayor humillación; lo vi en sus ojos.

Él negó con la cabeza.

—Lo que reconociste en su mirada fue el enfado de un hombre enamorado, que se ha sentido abandonado por la mujer que le ha robado el corazón —convino—. Está dolido, Tori, porque cree que ella lo utilizó. Cuando comprenda que no fue así, Miranda y él terminarán siendo tan felices como lo somos nosotros ahora.

Victoria se quedó pensativa.

Él la observaba.

—Pero... pero... —No sabía cómo encajar la afirmación de Leighton—. Si ella sentía aprecio por Benedick, ¿por qué se marchó?

No podía comprender aquel proceder, si de verdad no quería burlarse de Benedick.

El administrador le acarició la mejilla con adoración; su mujer era tan joven, tan ingenua, tan adorable...

—Recuerdas la cena, ¿verdad? —aludió a la noche en que Miranda descubrió la traición de su hermano—. Ella se cegó por la rabia, y esa noche actuó sin medir las consecuencias —explicó, con tranquilidad—. Benedick estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado. —El propio marqués se lo había comentado a ellos dos al explicarles el motivo por el que se marchaba a Nueva York—. Todo sucedió muy rápido, pero estoy convencido de que aquel descubrimiento por parte de los invitados fue un milagro.

—¿Por qué?

—Benedick y Miranda están enamorados.

Victoria agrandó los ojos.

—Si eso fuese cierto, ella habría permanecido junto a mi hermano.

Él negó con la cabeza.

—Al contrario —expuso, sonriente—. Se casó pensando que había obligado a tu hermano a tomarla como esposa —convino, porque así lo creía—. Se sentía culpable de haberle robado a Benedick la oportunidad de elegir a una mujer por amor.

Victoria se incorporó rauda, quedándose sentada en la cama y llevándose las manos a la boca; acababa de comprenderlo.

Leighton la imitó, quedándose a su lado para mirarla a los ojos.

Ella bajó las manos.

—Miranda no es conocedora de los sentimientos que le profesa mi hermano. —No fue una pregunta, sino una afirmación.

Él asintió.

—Y Benedick tampoco es consciente de los sentimientos que ella le profesa a él.

—Oh, Leighton, podrían haber sido tan felices juntos —se apenó.

Él la besó en la frente.

—Lo serán, amor, lo serán en cuanto reconozcan que están enamorados.

Capítulo 40

Como bien había vaticinado Benedick, el duque de Manfford viajó hasta Londres con la intención de averiguar por qué no había recibido respuesta por parte del conde de Sonford; aunque intuía que su hijo era el causante de aquel retraso. No es que lo intuyera, estaba convencido, tras haber sido informado, por parte del mayordomo, de que el propio marqués había anunciado que se encargaría personalmente de entregar aquella carta.

Con ese pensamiento entró en Manfford House.

—¡Frotell! —rugió—. ¡Frotell!

El mayordomo tembló. Se había preparado para escuchar los gritos del duque, solo que los esperaba cuando le entregara la carta que le dejó el marqués, no antes.

—Excelencia... —titubeó el mayordomo—. El marqués no se encuentra en la casa.

Lo miró con desprecio.

—Que salgan a buscarlo de inmediato —ordenó.

—Lo... lo... lo lamento, Excelencia —se disculpó el hombre, tembloroso—. El marqués no se encuentra en Inglaterra.

Aquello fue la gota que colmó el vaso del duque, pues se imaginó al instante dónde se dirigía el insensato de su hijo.

—¡Victoria! —vociferó. Frotell podía haberse salvado de su ira, pero su hija no iba a tener tanta suerte.

El mayordomo tragó con dificultad.

Buscó en su bolsillo la carta; era mejor entregársela de inmediato y ahorrarse tener que ser él quien tuviese que informar al duque de que lady Victoria había contraído nupcias.

—El marqués dejó esta carta para su Excelencia.

El duque se la arrebató de malos modos y caminó con decisión hasta el despacho.

Entró, tomó asiento, cogió el abrecartas y rasgó el lacrado de cera roja.

«Estimado duque:

Permítame que sea el primero en felicitarlo por las nupcias de su hija con el señor Hook.

Me complace anunciarle que su matrimonio es legal ante los ojos humanos y los divinos, tras haber sido oficiada la ceremonia por el obispo ante testigos.

Quédese satisfecho por haber permitido ante la sociedad que su hija se desposara por amor y, como tal, celebre que su hija Victoria haya consumado su matrimonio y pronto alumbré a su primer vástago, ofreciéndole un candidato perfecto para convertirse en su heredero si así lo desea.

Me despido con la satisfacción de saber que le he relegado de la tediosa responsabilidad de continuar siendo el tutor de Victoria, una carga que constantemente ha manifestado abiertamente.

Sin más:

Marqués de Frotell.

La servidumbre de Manfford House tembló al igual que lo hicieron los cimientos de la casa por la desmedida ira del duque, pues, como había vaticinado el marqués, sus denuestos fueron incesantes.

Tras quince minutos soportando impropiedades poco apropiados para alguien de su posición, llegó el silencio, uno que era más temeroso aún si cabe. Nadie se atrevía a hablar, casi preferían que el duque continuase vociferando, porque el mutismo solo podía significar que estaría tramando algo, y desde luego no sería nada bueno.

Llegó un sonido temido, el tintineo de una campanita en la antesala, que anunciaba que el duque requería la presencia de un sirviente en el despacho.

Fue el propio mayordomo quien se arriesgó a entrar.

—Excelencia.

—Necesito un baño —anunció—. Avisa al cochero de que cambie los caballos, partimos hacia Somerset.

El hombre asintió y salió raudo.

Tenía que estar todo perfecto ese día. Además, debían celebrar que el duque hubiese decidido abandonar la casa sin apenas descansar.

Llevaba muchos años trabajando en esa casa, conocía al duque, y que él hubiese decidido partir hacia el condado de Somerset, después de haber pasado todo un día viajando en carruaje, solo se debía a que estaba dispuesto a hacerle pagar al señor Hook que se hubiese casado con lady Victoria. No había otra explicación, en Somerset se encontraba Golden House, que pertenecía a la duquesa de Whellington y Kennt, tierras que administraba el señor

Hook. Claro que, después de la visita del duque de Manfford dudaba que ese hombre continuase administrando aquel lugar... o ningún otro.

Su presencia habría sido una sorpresa, de no ser porque Leighton había visitado a la mujer que consideraba su amiga, acompañado por su esposa, justo un día antes.

Penelope y su esposo Duncan celebraron con alegría aquella unión.

Fueron los propios duques quienes insistieron en que la pareja disfrutara de una luna de miel, y, como regalo de bodas, les ofrecieron unos pasajes en el My Freckled, uno de los barcos que pertenecía al duque, con destino a Francia, donde pasarían quince días en una de las propiedades del matrimonio.

Al principio Leighton se mostró reticente; quería permanecer en Londres, pues no quería que nadie pensara que se escondía del duque de Manfford.

Duncan mantuvo una conversación con él en privado, en la que consiguió convencer al administrador.

Cuando la pareja se despidió, con alegría y gratitud, Penelope y Duncan se miraron.

—Este será el primer lugar a donde acudirá el duque —advirtió Duncan a su esposa.

Ella desvió la mirada y vio cómo se alejaba el carruaje en el que viajaba la enamorada pareja, la cual ya había sufrido demasiado por la obstinación de un padre déspota.

—Aquí me encontrará —aseveró—. Dispuesta a batallar una vez más contra una injusticia.

Duncan sonrió. Su mujer siempre conseguía que él se enorgulleciera de ella, era imposible dejar de admirarla.

Le acunó el rostro y la besó.

Cuando el mayordomo anunció la llegada del duque de Manfford, Duncan y Penelope se miraron.

—No ha tardado —comentó él, con ironía.

—Menos tardará en salir de esta casa —auguró Penelope, pues sabía que, en cuanto ella le rebatiera lo que fuera a solicitar contra Leighton, el duque abandonaría Golden House muy ofendido.

—Manfford —saludó Duncan, afable.

—¡Tienen a su cargo a un secuestrador! —acusó sin más, sin apenas saludar o tener la referencia apropiada ante la duquesa, tal y como se merecía en su propia casa—. ¡Exijo que cese cualquier trato con su administrador!

Duncan movió la cabeza, ordenando que los dos lacayos y el mayordomo abandonaran la sala.

Con premura, los hombres desaparecieron y cerraron la puerta.

Penelope, como respuesta, sorprendió al duque, ya que, en vez de preguntar, o acceder a su exigencia, con una tranquilidad aplastante, se giró, caminó despacio hasta el sofá más alejado, el que estaba justo delante del gran ventanal, se sentó, y tomó el bastidor que había colocado allí, como si no hubiese dejado a un duque en medio de la sala con ganas de recibir una respuesta.

Dio una puntada, y, sin levantar la cabeza de sus quehaceres, habló:

—Esposo —nombró a Duncan—, infórmale a nuestro visitante de que en esta casa no se alza la voz.

Duncan aguantó la risa. Desde luego, su mujer estaba dispuesta a conseguir que el duque saliese de allí realmente ofendido. El solo hecho de haberlo nombrado “visitante” en vez de “invitado” era una advertencia al duque de que su presencia no le agradaba.

—¿Acaso te has convertido en un sirviente de tu propia mujer? —ofendió a Duncan, o lo intentó, porque el esposo de Penelope poseía un gran sentido del humor, uno que había aprendido a utilizar con cinismo, gracias a una gran maestra, su tía abuela Philomena.

—Solo soy el consorte —rebatió, levantando los hombros en señal de rendición.

Penelope apretó los labios para no reír, ya que la mofa de Duncan era digna de encomio.

A Manfford se le ensancharon las fosas nasales, su enfado iba en aumento.

—La acusación por secuestro es tan delito como el acto en sí —advirtió Penelope, sin dejar de bordar—. Tengo entendido que el matrimonio del señor Hook con lady Victoria se contrajo por voluntad de ambos cónyuges —expuso, clavó la aguja en el bastidor, y levantó la cabeza—. Por cierto, mi más sincera felicitación por tan grata unión.

—¡Cómo osáis dudar de mi palabra! —inquirió el duque, con voz elevada.

Penelope se levantó.

—Hay tres cosas que no tolero —aseveró—. Que se alce la voz en mi casa; más, cuando mi hijo está dormido —señaló, aunque fue más una advertencia—. Que se acuse con falacias a una buena persona a la que en esta casa se le tiene en alta estima —aludió al señor Hook—. Y que se presenten en mi casa sin haber sido invitados, con exigencias.

La acusación por parte de Penelope, llamándolo mentiroso, había quedado clara, al igual que el hecho de que no era bien recibido y que, si volvía a alzar la voz, lo echarían de allí sin miramiento.

—Si continuáis con esa actitud, caeréis en desgracia por haber hecho una mala elección de vuestras amistades —amenazó.

Penelope pidió calma a Duncan con la mirada.

Dio un paso al frente para tener al duque más cerca, con la intención de que escuchara bien, ya que no pensaba alzar la voz.

—Si poseyeráis una sola, entenderíais el valor de una amistad —sentenció—. Cuando la consigáis, volved —lo despidió, con educación—. Mientras tanto, permaneced alejado de Golden House, pues en esta casa nuestra lealtad está ligada al señor Hook, un hombre que se ha ganado nuestra amistad.

No había más que decir, el propio Duncan se acercó a la puerta y la abrió, confirmando así las palabras de su esposa.

Con rabia, giró sobre sus talones y salió sin mirar atrás.

—Intentará mancillar la reputación de Leighton sin cesar —señaló Duncan.

Penelope contaba con ello. No obstante, ella tenía previsto actuar antes de que eso sucediera, y ya había tomado medidas al respecto. De hecho, había enviado una carta a lady Hermione, ya que era la única que podría ayudarla, debido al trato cercano que mantenía con el duque de Manfford. Ella había sido su institutriz durante nueve años, la única persona a la que parecía que el duque apreciaba, y eso ya era más de lo que se podía esperar de alguien como él, que no sentía aprecio por nada ni nadie, ni siquiera por sus hijos.

Le habría encantado poder regocijarse ante Duncan, pero, lamentablemente, tan solo pudo permanecer en silencio. Eso era lo que había aprendido de sus tías: los secretos que pudiesen utilizarse para ayudar a otra persona debían mantenerse guardados hasta que se pudiesen usar, solo así se mantenía el equilibrio perfecto. Todavía le quedaba mucho por aprender de esas tres mujeres, y siempre estaría dispuesta a escuchar sus sabios consejos, pues eran un referente sin parangón, las damas más poderosas que había conocido, con el gran orgullo de que ellas no habían necesitado elogios o reconocimiento, y eso las convertía en tres mujeres dignas de respeto y admiración; el suyo lo tendrían de por vida.

Miró el reloj que había colgado sobre la chimenea.

—Debo acercarme a la escuela —anunció.

Una vez al mes, la duquesa de Whellingtton había tomado por costumbre acercase al antiguo granero, el que ella se había afanado en reconstruir para que allí se impartiesen clases a todas las personas que estaban bajo el amparo del ducado. En realidad, ella lo había creado para beneficiar a las mujeres y niños; esa era su gran prioridad, como había quedado expuesto dos años atrás, cuando se enfrentó a unos cuantos hombres que no parecían estar dispuestos a cambiar sus horas de taberna por recibir una mínima educación.

—Te acompañaré —se ofreció Duncan—. Mientras tú te ocupas de tus asuntos, me reuniré con Edgar.

Ella asintió con la cabeza. Le encantaba que Duncan se hubiese involucrado con tanto entusiasmo en las obras del nuevo regadío; su esposo poseía una cualidad extraordinaria para sacar rendimiento a las tierras, ya lo había demostrado en su plantación de Jamaica, una que él había estado a punto de vender por ella. Al final, Penelope recuperó aquellas tierras porque eran parte de Duncan, parte de su alma estaba allí, motivo más que suficiente para que ella no permitiera que, por vivir allí el peor momento de su vida, él perdiera lo que tanto esfuerzo le había costado lograr.

Caminaron hasta la entrada, en donde les esperaba un lacayo y una doncella para entregarles los abrigos.

Como la tarde no era gélida, Penelope prefirió su chal de lana, uno que le habían regalado con gran afecto las viudas a las que ella había defendido en el pasado. Uno que, sin Penelope saberlo, aportaba a los lugareños un afecto inaudito por la señora de las tierras. Verla pasear con él puesto, conscientes de que la duquesa de Whellingtton y Kennt podía permitirse engalanarse con prendas más caras, elegantes y finas, para todos ellos significaba que la duquesa apreciaba a su gente más de lo que se podía decir de otros duques o terratenientes.

Prefirieron caminar en vez de usar un carruaje o monturas.

Les gustaba compartir aquellas caminatas casi diarias por las tierras, era el único momento del día en el que se sentían libres, pues podían disfrutar de la intimidad que pocas veces conseguían dentro de la casa.

Al llegar a la puerta de la escuela, Duncan la besó.

Ella entró y él continuó su camino.

Todos se pusieron en pie, pero ella les hizo un gesto con la mano para que tomaran asiento de nuevo y continuaran.

Como solía hacer, permaneció en silencio, de pie, al final del aula, muy atenta.

El maestro dio por finalizada la clase y los niños salieron corriendo. Los pocos adultos, antes de abandonar el lugar, saludaron con una genuflexión a la duquesa.

Al quedarse a solas con el maestro, se interesó por el avance de los alumnos, en concreto por tres de ellos: uno de diez años, uno de quince, y la hija pequeña de su capataz, Edgar.

—Blake ha alcanzado el grado superior —informó, muy orgulloso, el maestro—. Mi cometido con el joven ha terminado.

Penelope se quedó pensativa.

—¿Ha mostrado interés por continuar sus conocimientos? —cuestionó, ya que era importante saber si el muchacho deseaba más o si se conformaba.

El señor Rith hizo un gesto que llamó la atención a la duquesa.

—Es consciente de que su educación termina en esta escuela.

Penelope se sujetó el chal.

—Señor Rith, no le he preguntado eso.

El hombre la miró avergonzado.

—Lo lamento, Excelencia —se disculpó—. El joven ha mostrado interés, pero tuve que ser franco con él —añadió—. Mi enseñanza no alcanza un magister.

Lo que significaba que Blake era consciente de que, de continuar, tendría que ser en la universidad, y, siendo hijo de un humilde aladrero, no podría seguir estudiando.

Penelope asintió con la cabeza; ambos sabían que un hombre que construía carretas no podía costear a su hijo más estudios.

—Necesito conocer su opinión con respecto al estudio que Blake debería cursar.

El hombre levantó las cejas.

—¿Y bien? —insistió Penelope.

—Por lo que he observado y lo que él ha demostrado —expuso aquello por lo que el joven había mostrado interés—: la medicina.

—Diez años —se dijo a sí misma Penelope, como si estuviese sola.

El maestro asintió y se quedó observándola, pues parecía estar elucubrando.

—Señor Rith, prepare una carta de recomendación para el joven Blake —pidió—. Si tenemos ante nosotros a un futuro médico para la comarca, no podemos privar a nuestras gentes de poder ser atendidas.

El hombre parpadeó repetidas veces, incrédulo.

—Quiere decir que...

Ella terminó la frase.

—Me convertiré en su benefactora —sentenció—. No podemos privar a ese muchacho de la educación que merece.

El hombre sonrió.

Una sonrisa que se intensificó al ver entrar a Mildred, una joven doncella de Golden House por la que sentía aprecio.

Claro que, la sonrisa se le esfumó al ver su rostro demudado.

Penelope, que no había visto entrar a Mildred, se sorprendió por el cambio repentino del maestro.

Se giró.

—Excelencia —saludó, haciendo una genuflexión—. Lamento la interrupción, pero debo hablar con usted.

Pocas cosas alteraban a Penelope, pero la premura que mostraba Mildred y su voz angustiada la preocuparon, pues ella la había enviado a Londres para que se reuniera con la señora Bordon, una mujer que ayudaba a jóvenes sirvientas que iban a ocupar el puesto de doncella personal. Debían estar al tanto de las últimas tendencias para engalanar a sus señoras.

Que Mildred hubiese regresado antes de lo acordado la preocupó, ya que no era una joven que se desentendiese de sus labores o no cumpliera órdenes.

—Señor Riht, si nos disculpa —despidió al maestro.

El hombre no mostró queja, al contrario, abandonó el antiguo granero con celeridad.

Con una mano invitó a la muchacha a tomar asiento en uno de los pupitres.

La joven negó, estaba demasiado nerviosa y prefería estar de pie.

—¿Ha ocurrido algo? —se preocupó, sin más dilación.

A la joven se le anegaron los ojos.

Penelope se acercó.

—¿Qué ocurre? —la invitó a que confesara su pesar.

—He descubierto dónde se esconde Albert Douglas.

No hizo falta decir más, Penelope la abrazó de inmediato y permitió que la muchachita se desahogara entre sus brazos.

Aguantó, estoica, sin mostrar su temor, porque Mildred parecía muy angustiada; comprensible, teniendo en cuenta que ese salvaje había abusado de ella en el pasado, y la había dejado preñada.

Inspiró con fuerza, intentando olvidar aquel amargo recuerdo.

Parecía más calmada.

—¿Te ha hecho algo? —indagó, temerosa.

La joven negó con la cabeza.

Penelope respiró aliviada.

—Lo vi por casualidad —explicó, hiposa—. En un principio me asusté mucho por si me reconocía —rememoró—. Apenas se acordaba de mí.

Penelope apretó los puños.

—Decidí seguirlo —narró, mientras se limpiaba las lágrimas con un pañuelo—. Fue más fuerte mi anhelo de que se impartiera justicia que mi temor.

Penelope le tomó la mano.

—Fuiste muy valiente —la animó.

—Se esconde en los suburbios. —Sacó un papel del bolsillo de su abrigo y se lo tendió—. Esta es la dirección.

Penelope tomó el papel y la leyó.

—Mildred, me encargaré de que te entreguen la recompensa.

La muchacha negó con la cabeza.

—Es una cuantía muy elevada —informó Penelope, para que supiese que podría vivir holgadamente el resto de su vida, porque, además de la recompensa del duque de Wittman, también había que sumar la que su propio marido había ofrecido.

—No, Excelencia, no podría aceptar ese dinero —aseguró—. Sería el recuerdo constante de lo que ocurrió.

Mildred era una persona a la que Penelope tenía en estima; tras esa confesión, la admiró.

—De acuerdo —cedió—. Me encargaré personalmente de que lo arresten y lo cuelguen como se merece.

La joven besó la mano de Penelope.

—Gracias.

En ese mismo instante entró Duncan, quien no pudo evitar observar los ojos rojizos de la doncella.

Mildred hizo una genuflexión y salió.

Penelope no se movió, fue su esposo quien se acercó a ella.

Con solo mirarse a los ojos se entendieron; su mujer iba a volver a batallar contra una injusticia.

—Mañana debo partir hacia Londres —anunció Penelope—. Te ruego que no indagues en el motivo de mi viaje.

Él la escrutó con la mirada.

—Te acompañaré.

Ella negó con la cabeza y acunó su rostro.

—Perdóname, amor —rogó—. En esta ocasión es primordial que lo haga sola.

Él iba a protestar cuando ella le tapó la boca con un dedo.

—Baste decir que me veo obligada a impartir una justicia que los de tu género se negaron a hacer en su momento —argumentó, con el corazón en la mano, aludiendo a los hombres que se habían negado a escuchar a las víctimas del que un día fue conde, porque, como una vez expuso el médico que atendió a Mildred, poco importaba lo que hubiese sucedido, pues, para ellos, su doncella y todas las demás eran igual de pecadoras—. Permíteme que lo haga sola, para enmendar lo que algunos hombres les arrebataron a unas buenas mujeres —aludió a la justicia que les negaron—. Solo así recibirá la persona que se lo merece su castigo, a través de mí, en nombre de todas ellas.

Duncan le bajó la mano.

—Te acompañaré... —Ella iba a protestar—. Una vez allí, tu hijo y yo te esperaremos en casa para que tú puedas doblegar a quien se lo merezca.

Ella lo abrazó.

Él cerró los ojos; la sola idea de que a ella le pasara algo lo mataba. No obstante, era consciente de que a su esposa no se la podía retener; coartarla cuando creía que debía luchar por una injusticia era matarla a ella.

Se besaron.

—Regresemos —la invitó Duncan a volver a la casa.

—Todavía no podemos —señaló ella, con una sonrisa—. Debemos premiar a un joven, ofreciéndonos como sus benefactores.

Él se contagió de la alegría que mostraba su mujer.

—Ah, ¿sí?

Ella asintió con la cabeza, muy efusiva.

—El joven Blake será en un futuro el galeno de la comarca.

Duncan levantó las cejas, muy contento, pues conocía a la familia Blake.

—¿Henry lo sabe? —preguntó, sonriente.

Ella negó.

Él la rodeó por los hombros.

—Entonces vayamos —sentenció—. Nunca hay que postergar un sueño.

Penelope no pudo evitar besar la mejilla del hombre que amaba por conocerla, y por su forma de ser: un buen hombre que disfrutaba de la felicidad de los demás.

Capítulo 41

Dereck Boston estaba tumbado en un diván de la sala púrpura, con las piernas cruzadas, un brazo utilizándolo de almohada bajo su nuca, y el otro colgando, sosteniendo un vaso de whisky, cuando se sobresaltó al escuchar los gritos provenientes de la entrada de Serenity Park, de un hombre al que añoraba y por el que estaba preocupado desde hacía diez meses.

—¡Dereck Boston! —gritó—. ¡Me importa poco que te hayas comprado un palacio! —bromeó—. ¡Tienes la obligación de salir a recibir a tu hermano!

Soltó el vaso sin importarle que se derramara el licor en la alfombra, tenía demasiada premura por llegar hasta su hermano como para detenerse en naderías.

Salió al corredor principal. A lo lejos vio a Owen, quien parecía estar divirtiéndose con las miradas reprobatorias de los sirvientes, por su osadía de gritar en casa ajena.

Cuando sus miradas se encontraron, Owen Boston salió al encuentro de su hermano mayor para fundirse en un abrazo.

El mayordomo hizo una seña a los lacayos cercanos para que dejaran a los dos hombres a solas.

El abrazo fue tan largo como sentido.

—No se te ocurra volver a tenerme sin noticias tuyas durante tanto tiempo —susurró Dereck—. O te juro que iré a buscarte y te mataré con mis propias manos.

Owen le dio dos palmadas afectuosas en la espalda, pidiéndole disculpas, y se soltaron.

—Lo lamento, el lugar en donde me encontraba no tenía acceso a ningún tipo de correo —se sinceró—. No volveré a suceder.

Dereck lo miró con detenimiento. Parecía gozar de buena salud, eso era todo cuanto necesitaba.

Era como mirarse en un espejo y ver su reflejo con tres años menos.

—Bueno, y dónde está la mocosa —indagó, aludiendo a Miranda, pues la última vez que había recibido noticias de su hermano parecía que estaba todo dispuesto para que ella viajara a Londres.

El mayor de los Boston sonrió.

—Me temo que sigues pensando en ella como la muchachita de trenzas que dejamos en un internado —recordó—. Debo advertirte de que esa mocosa se ha convertido en toda una bella damita.

Owen levantó las cejas.

—¿Cómo de bella? —se preocupó, porque eso significaba que tendrían que vigilar a todos los hombres que pusieran sus ojos en ella.

—Idéntica a madre.

Owen abrió los ojos como platos.

Se llevó las manos a la cara y se la frotó.

—Uff... —suspiró, derrotado. Sin duda alguna, iban a tener que vigilarla más de lo que esperaban—. Tendremos que escoltarla para que esa fierecilla no se meta en problemas.

Dereck hizo una mueca que llamó la atención a su hermano.

—Oh, no —se pronunció, temiéndose lo peor—. Dónde está, que no ha salido a recibirme.

—En Nueva York —respondió, conciso y franco—. No sé si quiso huir de Inglaterra o de mí.

Owen Boston se carcajeó, incrédulo, por la voz penosa que había utilizado su hermano.

—Dudo que Miranda se alejara del hombre que siempre ha tenido en un pedestal —convino, pues el afecto de su hermana pequeña por Dereck era evidente desde pequeña.

—Me bajó sin miramiento alguno.

Owen volvió a reírse.

Pasó su brazo por el hombro de Dereck y, risueño, se pronunció, mientras invitaba a su hermano a caminar para ir a alguna sala en donde hablar con tranquilidad.

—Espero que tengas una buena bodega en este inmenso palacio —ironizó—. Nunca me ha gustado recibir malas noticias sin un buen licor.

Dereck negó con la cabeza; su hermano siempre gozaba de un buen sentido del humor, fingiendo estar despreocupado, pero, una vez más, estaba demostrándole que los conocía bien tanto a Miranda como a él, pues se mostraba interesado por lo que había pasado entre ellos para que la pequeña de la familia hubiese regresado a casa.

En vez de dirigirse a la sala púrpura, Dereck caminó hasta la sala destinada para caballeros; allí podrían sentirse

más cómodos, prescindiendo de sirvientes, al tener los licores al alcance de la mano.

Tras varias horas de conversación, Owen Boston lamentó no haber estado al lado de Miranda, ya que seguramente nada habría sucedido; dudaba que Hill hubiese puesto sus miras en su hermana, sabiendo que él estaba allí para protegerla.

—Marquesa —pronunció en voz alta, por décima vez, incrédulo, pues era impensable que la mocosa que él recordaba se hubiera convertido en una aristócrata.

Dereck le dio su tiempo para que asimilara aquel descubrimiento.

—¿Estás seguro? —se interesó—. Quiero decir, ¿de verdad crees que ese marqués está interesado realmente en ella?

—Frotell —apuntó, ya que Owen no recordaba el nombre del esposo de su hermana—. Sí, lo estoy —aseguró, categórico—. Lo que no sé es cómo habrá reaccionado tras descubrir que Miranda llegó a un acuerdo con el duque de Manfford para poder anular su matrimonio —se apenó—. Lo único que averigüé fue que se embarcó dos días después de su regreso a Londres, y que su destino era Nueva York.

—Ha ido a por Miranda —zanjó Owen—. ¿Pero con qué intención?

Esa respuesta era la que preocupaba a los dos hermanos, aunque el mayor dudaba que fuese a hacerle daño alguno.

—Es un buen muchacho —reconoció Dereck, tratándolo como si fuese un hermano, sin darle importancia a su estatus social, pues al pensar en Frotell no veía al marqués, sino al joven que miraba a su hermana de forma limpia y afectuosa—. No sé con qué intenciones ha viajado hasta allí, pero en cuanto llegue y vea a Miranda, cualquier rencor desaparecerá —auguró—. Esos dos están predestinados a estar juntos.

Owen escuchó atento.

—Predestinados —repitió, invitándolo a que fuese más explícito, ya que necesitaba saberlo todo.

Dereck tomó la botella de whisky que tenía delante, rellenó los dos vasos, cogió el suyo, dio un trago, y lo volvió a dejar sobre la mesa.

—No me produce arrepentimiento decir que obligar a Miranda a venir a Inglaterra fue su salvación —confesó—. Gracias a ello, nuestra pequeña se cruzó en el camino del único hombre que la necesitaba a ella tanto como ella a él —explicó, con calma, para que lo entendiera—. Frotell, para la gente es el marqués, el hijo de un duque; lo que nadie ve en él lo ha visto Miranda, sus virtudes y sus defectos.

Owen dio un trago, dejó el vaso y se acomodó en la butaca orejera, pidiendo a su hermano con la mirada que continuara.

—Ella se sentía perdida hasta que lo conoció a él —memoró la conversación que mantuvieron—. Frotell vio en Miranda lo que los demás no han sabido reconocer: su inseguridad ante personas loables —reconoció ante Owen lo que los dos sabían desde hacía años.

A la pequeña de la familia le había costado mucho asimilar su cambio de situación, pasar de vivir en una granja a una de las mejores casas de la Quinta Avenida no había sido fácil; más, cuando los vecinos no estaban predispuestos a tender amistad a una niña que carecía de pedigrí o apellido ancestro. Puede que ellos no lo hubiesen sufrido de la misma manera, porque ya no vivían en la casa familiar, pero Miranda sí había sufrido aquellos rechazos, los cuales la convirtieron en una niña insegura.

Dereck se inclinó, dejando sus brazos apoyados en sus rodillas.

—Te doy mi palabra, Owen, de que Frotell fue capaz de ver el interior de Miranda como nunca nadie antes lo ha hecho —reflexionó—. Consiguió que nuestra pequeña se sintiera segura de sí misma junto a él —indicó, convencido—. Y viceversa, porque ese muchacho junto a Miranda no teme a nada.

Owen inspiró con fuerza y sonrió.

—Me cae bien nuestro nuevo hermano —comentó, risueño—. Tal como lo has expuesto, poco importa lo que haya firmado Miranda, porque esos dos están predestinados.

Levantó su copa, incitando a Dereck a que hiciese lo mismo.

—Por los marqueses —celebró.

Brindaron y bebieron.

Dereck se levantó y fue al tirador para solicitar un tentempié. Ambos sabían que la noche iba a ser larga, ya que Owen iba a tener que dar muchas explicaciones sobre por qué había estado desaparecido. Conociendo a Dereck, no iba a esperar a la mañana siguiente, él lo quería saber todo al momento.

Comieron un par de bocadillos y continuaron su conversación.

Owen dio las explicaciones que él necesitaba. Había encontrado una mina en donde menos lo esperaba. Pero no era una mina cualquiera, era la mina con la que su padre había soñado durante años, llena de diamantes. La

explotación le había costado más de lo que esperaba, o más bien los permisos.

Dereck no podía creer lo que estaba escuchando. No es que no hubiese confiado en su padre, pero llegó a creer que en parte era una fantasía. Ya había sido todo un descubrimiento la mina de oro, de la que todavía continuaban recibiendo beneficios, como para descubrir que su hermano se había convertido de la noche a la mañana en uno de los hombres más acaudalados... seguramente del mundo.

Era increíble tenerlo ante él, como el hombre dicharachero de siempre, dando más importancia al logro del descubrimiento que a lo que poseía el interior de aquella mina.

—¿Qué tienes pensado hacer ahora? —se interesó Dereck.

Owen unió los dedos de sus manos, flexionó los brazos y los llevó detrás de su cabeza, apoyándose en el butacón.

—De momento, disfrutar de unos días con mi hermano mayor —auguró—. Luego, regresar a casa para ver a mi mocosa —bromeó—. Necesito un poco de tranquilidad antes de embarcarme en mi próxima aventura, pues va a ser la más peligrosa.

Dereck se tensó; había escuchado las penalidades y peligros por los que había pasado en África, y para él ya era demasiado como para imaginar algo peor.

Owen se rio al ver su reacción.

—Ah, hermano, la burocracia es mil veces peor que cualquier altercado con tribus africanas.

El mayor de los Boston frunció el ceño.

—¿Burocracia?

Owen asintió con la cabeza, sin perder la sonrisa que lo caracterizaba.

—He decidido convertirme en banquero —y añadió—: Crear mi propio banco.

Dereck por un momento se quedó pensativo; al final se rio también.

—Tienes razón, va a ser la aventura más peligrosa de tu vida.

Convencidos estaban los dos de que batallar en aquella lid era peligroso, la competencia no se lo iba a poner fácil. La banca era un mundo desconocido para ellos, pero sabían que la gente que la gobernaba era capaz de todo.

—Cuenta conmigo como tu primer cliente —se ofreció Dereck, dándole así su apoyo.

—Ya contaba contigo —anunció—. Además, necesitaré tus contactos ingleses.

Dereck negó con la cabeza.

—En mal momento lo pides —aseguró—. El duque de Manfford conseguiría paralizar cualquier trámite.

—¿El suegro de nuestra mocosa? —ironizó—. Ya se encargará Miranda de recordarle que somos familia —se rio—. Dale tiempo a nuestra pequeña y verás cómo se gana el corazón de ese carcamal.

Dereck se carcajeó; Owen hablaba del padre de Frotell como si no fuera un duque. Desde luego, él había cambiado mucho, pues cuando llegó a Inglaterra pensaba y trataba a los aristócratas como Miranda y Owen. Sin embargo, después de cuatro años allí había aprendido que, si querías integrarte en la sociedad inglesa, debías tratarlos casi con veneración, o podías empezar a preparar los baúles, porque nadie le abriría las puertas.

Bebieron y se quedaron en silencio durante un par de minutos.

—Ahora te toca a ti —le sorprendió Owen—. ¿Qué vas a hacer con respecto a Beatrice? —se interesó, ya que, tras escuchar lo que había sucedido con su hermana, también le había confesado lo que sucedió con Beatrice y su familia.

Owen Boston podía ser muchas cosas, pero no era ni ciego ni tonto, y había visto la pena que había mostrado su hermano al narrarle que Beatrice lo había rechazado, como también sabía que, si su hermano continuaba en ese palacio, era por la esperanza de recuperar a esa mujer, pues, de lo contrario, habría regresado a Nueva York con Miranda.

—Esperar a que regrese a mí —vaticinó—. Nosotros también estamos predestinados —zanjó.

Capítulo 42

El personal de North Face estaba preocupado por la hermana del señor de la casa. La señorita Hook se había mostrado melancólica durante días, y aquella melancolía la había arrastrado a un estado preocupante; llevaba dos días encerrada en su dormitorio y se negaba a ser atendida por el galeno.

El ama de llaves había tomado una decisión, a pesar de poder traerle consecuencias: avisar a la duquesa de Wittman, ya que se trataba de la mujer que gozaba de mayor amistad con Beatrice.

No tardó la duquesa en presentarse en la casa.

El mayordomo la atendió como se merecía.

Junto a la duquesa habían viajado la niñera, para que su hija fuese atendida mientras ella se preocupaba por Beatrice, y cuatro soldados de su nueva guardia privada.

—¿Dónde se encuentra? —preguntó nada más cruzar el umbral de la puerta.

El ama de llaves la guio hasta la alcoba.

Darline le pidió que la dejase a solas.

La mujer hizo una genuflexión y se alejó.

Entró sin titubear, se acercó al ventanal y descorrió las cortinas.

Beatrice parpadeó al sentirse cegada por los rayos del sol.

—Oh, amiga —se asustó Darline, al comprobar que la preocupación por parte del ama de llaves no era exagerada—. ¿Qué te tiene en este estado de abatimiento? —preguntó, al tiempo que se acercaba a la cama.

—No me queda aliciente para continuar —confesó, con voz débil—. Fui tonta al creer que el pasado se quedaría enterrado.

Darline se sentó en el borde de la cama y apartó con mimo el cabello que tenía pegado en la frente.

Solo la duquesa de Wittman conocía su secreto, además de su madre. Ella había guardado silencio y, durante todos esos años, no volvieron a hablar de ello.

—El pasado no podemos cambiarlo —reconoció Darline—. No obstante, en tu poder está que se quede enterrado, si no permites que el recuerdo viva en ti.

Los ojos canela de Beatrice se empañaron.

—No puedo relegarlo cuando se empeñan en recordármelo —objetó, dejando al descubierto, sin necesidad de decir más, que la estaban chantajeando.

Darline apretó los labios; miedo le daba preguntar, ya que solo dos personas conocían aquello: Albert Douglas y la madre de Beatrice.

—¿Albert? —cuestionó.

—¿Acaso importa quién? —reflexionó Beatrice—. Siempre me perseguirá, como si no fuese suficiente castigo haberlo vivido.

Sin que Beatrice lo supiese, tenía ante ella a la única persona capaz de comprenderla, pues también había tenido que guardar un secreto durante años, uno que la acompañaría el resto de su vida, solo que ella tenía la fortuna de compartirlo con su esposo.

Se quedó pensativa. Para Beatrice no parecía tener importancia quién era la persona responsable de recordarle el pasado, pero para ella sí la tenía, porque, si se trataba de Albert, querría decir que de alguna manera se mantenía en contacto con ella, y era muy posible que fuese la única forma de dar con él.

Tomó una mano de Beatrice entre las suyas.

—Si es Albert, lo atraparemos —aseguró—. En cuanto lo cuelguen, tu secreto quedará enterrado para siempre.

La lágrima que rodó por la mejilla de Beatrice respondió por ella.

Darline se llevó las manos a la boca para no gritar: «¡Tu madre!»

Negó con la cabeza una y otra vez, incrédula, pues no podía creerlo.

Beatrice señaló con la cabeza la cómoda.

Darline giró el cuello y vio allí unas cartas, se levantó y, con manos temblorosas, las tomó.

Dio la espalda a Beatrice, no quería que viese su rostro de indignación. Lo que no esperaba era que aquella irritación se transformara en pena.

Inspiró con fuerza, necesitaba valor para leer la segunda, la cual consiguió que el corazón de Darline se agitara por la rabia y la tristeza.

Dejó las cartas de nuevo en la cómoda.

Tardó en darse la vuelta, necesitó su tiempo para calmarse e intentar buscar las palabras que pudiesen animar a su amiga.

Se giró lentamente.

Se acercó de nuevo a la cama.

—Beatrice —pronunció, con cariño—, puedo comprender tu dolor —se identificó con ella, porque conocía lo doloroso que era sentirse chantajeada, ya que ella lo había sido por su suegro y su cuñada—. No puedes abandonarte por culpa de algo que ocurrió hace ocho años —recordó—. No puedes permitirle a tu madre que tome la decisión de destrozarte tu futuro —expuso, con cautela, recordando lo que aquella mujer había escrito en aquella carta.

Beatrice se limpió las lágrimas.

Darline le acarició la cabeza.

—Existe una solución —adujo.

Beatrice parpadeó.

La duquesa se levantó, caminó y tomó de nuevo las cartas.

—La única forma de acabar con esto —Levantó los mensajes para que supiese a lo que se refería: al chantaje—, es exponerle lo sucedido a tu hermano.

Beatrice negó con la cabeza, muy nerviosa.

—Amiga, Leighton no te juzgará —anunció, convencida—. Él te entenderá y pondrá fin a tanta maldad —acusó a la madre—. Es un buen hombre, y como tal se comportará, al igual que lo hará el señor Boston, si confiesas ante él lo que sucedió.

Aquel nombre removió a Beatrice, que rompió a llorar.

Darline se acercó rauda para abrazarla.

—Lo rechacé —gimió—. Mi madre me obligó a rechazar al hombre que amo y al que jamás podré olvidar.

Darline lo sabía; gracias a aquellas notas, se había enterado. Además, la señora Hook le había dado un ultimátum para regresar a Londres antes de que empezara la próxima temporada, en la que tenía esperanzas de encontrarle esposo a Beatrice; no un hombre que pudiese interesarle a su hija, sino el que ella eligiera, porque se creía con ese poder de elección.

—Debes ser fuerte —aconsejó—. No puedes permitir que otra persona decida por ti —sentenció, porque así lo creía—. Gozas del beneplácito de tu hermano —le recordó, pues así de generoso había sido Leighton—. Él te concedió la elección de tu futuro esposo, usa el poder del que otras damas carecen.

No mentía, muy pocas mujeres podían decidir por sí mismas; que gozase de aquel poder debería ser una bendición, no podía permitir que su madre se lo arrebataste.

Claro que, Leighton no era conocedor del secreto que guardaba, uno que la estaba matando por dentro. La clase de silencio que quemaba en las entrañas, porque airearlo era más doloroso y vergonzoso.

Darline sabía lo que estaba elucubrando su amiga.

—Beatrice, la vergüenza no es tuya —apuntó—. Esa carga es compartida —dijo, aludiendo al que estuvo a punto de ser su esposo—. La justicia humana puede fallar, pero la divina sentenciará a los auténticos pecadores —dictaminó, apuntando que ella era la víctima y los culpables eran otros, Albert y su madre, quienes serían juzgados por sus malos actos ante Dios.

Lo que esas dos mujeres abrazadas no sabían era que otra mujer estaba a miles de millas, a punto de ajusticiar por sus pecados mortales a uno de ellos en la tierra; luego se encargaría el buen Dios de su alma, si es que tenía.

Esa mujer era la duquesa de Whellington y Kennt, que había esperado paciente, escondida durante horas, a que Albert Douglas regresara a la casa en la que se ocultaba de las autoridades.

Lo había visto entrar y decidió que había llegado el día de hacerle pagar por todo.

Salió de su escondite, una cochambrosa y maloliente habitación, con paredes mohosas y con invitados de cuatro patas que correteaban a sus anchas por aquel albergue, que se encontraba justo enfrente de la guarida de Albert.

No había sido fácil acceder sin llamar la atención, por ello se había registrado con una identidad falsa y con ropajes andrajosos. Una vez allí, le había dado tiempo a cambiarse de ropa, la cual había llevado en un fardo, ya que, llegado el momento, quería que Albert Douglas recordara su imagen: la de una mujer poderosa.

Y con su mejor vestido y una capa de seda salió de aquel lugar con paso firme, sin importarle llamar la atención.

Caminó con decisión, y con la misma golpeó con su puño la puerta de madera roída.

La puerta se abrió.

Lo esperado habría sido que la duquesa se sorprendiera por el cambio físico que mostraba el que un día fue conde: desaliñado, con barba y cabello tan mal cuidados como su vestimenta. Pero la sorpresa se la llevó Albert. Claro que, se repuso de inmediato, porque él, a pesar del cambio físico, seguía siendo la misma persona.

—Penelope —pronunció, con altanería.

—Siempre tan condescendiente —le recriminó, por tratarla sin el respeto merecido.

—¿Qué os ha traído hasta aquí? —preguntó, con insolencia, como si se burlara de ella.

Penelope dio un paso al frente para que viese que ella no se amilanaba ante él.

—La satisfacción de saber que voy a ser la última persona que verás antes de tu ahorcamiento —reveló—. Recuerda este momento, Albert; no olvides que fue una “mujer” quien te entregó.

El hombre miró por encima del hombro de Penelope y vio, a unos metros, una docena de hombres, seguramente agentes llevados por ella para acatar su detención.

Penelope notó cómo se le tensaban los hombros a Albert, consciente de que no tenía escapatoria.

Aprovechó aquel desconcierto en él para sorprenderlo; se inclinó y le habló al oído.

—Cuando te pongan la soga en el cuello, recuerda que ha sido una mujer la que lo ha conseguido —vaticinó—. No te engañes, Albert, no dejarás de respirar por un rapto, sino por las mujeres que convertiste en víctimas de tus depravaciones —expuso, con serenidad.

Se retiró y lo miró de frente para que la mirase a los ojos y viese en ellos la verdad: la venganza de todas sus víctimas.

—Te equivocaste —aseguró ella, con voz triunfal—. Si haces daño a una mujer, encontrarás al resto dispuestas a hacerte pagar por ello —anunció, para que él no se muriese sin saber que dañar a una mujer era como dañarlas a todas—. Creíste que saldrías impune porque a un hombre pocas veces se le cuestiona, pero nosotras no necesitamos airear vuestros pecados, solo necesitamos escuchar a la víctima y unirnos para ajusticiaros —aseguró—. Y hoy estoy aquí, en nombre de todas ellas, para anunciarte que te hemos juzgado y sentenciado —adujo—. Tu condena es la horca.

Levantó un brazo e hizo un gesto para que se acercasen a detenerlo, al tiempo que se pronunciaba por última vez ante Douglas:

—Recuérdalo, Albert, ante la sociedad vas a morir por el rapto de un niño, pese a que ningún hombre haya podido apresarte —le recordó el motivo por el que lo iban a detener—. Pero morirás porque una mujer te ha capturado para que pagues por el daño que le hiciste a otras.

Se apartó para que lo detuvieran, pero sin apartar la mirada, pues solo así Albert comprendería que sus palabras eran ciertas; iba a ser colgado porque una mujer estaba ante él representando a todas las mujeres de las se había aprovechado, mostrando un poder que pasaba desapercibido ante la mayoría de los hombres.

A la mañana siguiente, Duncan St. John leía la noticia de la detención de Albert Douglas en el periódico. No necesitó más para saber que su mujer había sido la artífice de aquello; nada más leer que la persona que había entregado al prófugo había insistido en mantener su anonimato, con una única petición: que se supiese que había sido una mujer la encargada de detenerlo.

Dobló el periódico y lo dejó sobre la mesa.

Se levantó de su asiento y se dirigió al dormitorio de su hijo, donde se encontraba su mujer.

Al entrar, con un gesto de cabeza pidió a la niñera que saliera.

Penelope lo había visto entrar, a pesar de que estaba dándole la espalda, con el niño en brazos, haciéndole carantoñas.

Duncan permaneció en silencio, recreándose en aquella escena cotidiana.

Adoró una vez más a su mujer.

—Es una lástima que nuestro hijo no vaya a conocer la historia para sentirse tan orgulloso de su madre como lo estoy yo —sorprendió a su mujer, que se dio la vuelta.

Él se acercó.

Ella tuvo la honestidad de no fingir que no lo había entendido.

—Espero ser merecedora de su orgullo, como madre —deseó, mirando a los ojos al hombre que amaba—. La historia no me pertenece, es compartida.

Allí quedaba la confesión que él merecía: lo había hecho por las otras mujeres. Para Penelope no era justo que apareciese su nombre si no podía nombrar a las otras, quienes merecían el reconocimiento de aquel logro y aquella justicia que en su día no se les impartió.

Duncan la rodeó por los hombros con un brazo.

—Sebastian, podemos regresar a casa —anunció Duncan, hablándole a su hijo—. Tu madre ya ha impartido justicia.

Penelope no pudo evitar besarlo por comprenderla, por conocerla, y por permitirle guardar su secreto.

Capítulo 43

Todos tenían secretos, por más que algunos se hubiesen afanado en esconder u olvidar. Eso pensaba lady Hermione mientras se dirigía hacia Manfford House. Una visita obligada que había decidido en el instante en que le llegó la información de que el duque de Manfford llevaba días en Londres, intentando enemistar al señor Boston con ciertos nobles tan poderosos que podrían dilapidar todos los negocios del americano. Por si eso no hubiese sido suficiente, que estuviese intentando difamar al señor Hook y que hubiese pedido audiencia ante el comité de privilegios, seguramente para desheredar a su hijo, le pareció motivo más que suficiente para visitarlo, pues alguien debía poner fin a tanta insensatez.

Tras ser anunciada, el duque se mostró cercano; solo lady Hermione gozaba de aquella sincera amabilidad por parte de él.

—Qué grata sorpresa —celebró el duque, al tiempo que le ofrecía su brazo para que lo acompañara.

Lady Hermione le sonrió y caminaron juntos hasta una de las salas, en donde todo estaba dispuesto para tomar el té.

La anciana optó por mostrarse amigable en un principio, solo así conseguiría llegar a su objetivo: zanjar aquella prepotencia que él mostraba ante los demás.

La conversación fluyó amistosamente hasta que el duque se interesó por los motivos de su presencia allí.

—Me siento honrado por vuestra visita, pero os conozco lo suficiente como para saber que algo os ha traído hasta aquí.

Lady Hermione sonrió agradecida; ese hombre en el fondo era de las pocas personas que la conocían de verdad.

—Quería felicitarte personalmente por las nupcias de tus hijos —felicitó, tuteándolo, porque así era como ella lo trataba en la intimidad.

El duque la observó. No parecía estar mofándose, la felicitación había sido sincera y, como tal, él iba a responder, porque, si por algo admiraba a la mujer que tenía delante, era por su franqueza.

—No existe mayor fracaso que un hijo desagradecido —criticó—. Yo he sido condenado con dos.

Lady Hermione tomó la taza de té y dio un sorbito, dándole tiempo al duque para desahogarse.

—Uno degrada nuestro apellido casándose con una americana —se quejó—. Y la otra catapulta nuestra buena reputación uniéndose a un... —No terminó la frase, ante todo debía respeto hacia la dama que tenía delante.

Hermione dejó la taza sobre la mesita, se limpió los labios con un ligero toque de servilleta, y la dejó sobre sus rodillas.

—Oh, lamento escuchar de tu boca quejas con respecto a la americana —apostilló—, cuando estuviste a punto de casarte con una.

Aquel comentario tensó al duque, quien se removió en su asiento.

No es que lady Hermione tuviese intención de ofenderle, en realidad ella conocía toda su vida, incluidos sus secretos, porque él se los había compartido.

—Era distinto y eso pertenece al pasado —se defendió el duque.

—Edward, no debes avergonzarte por ello —indicó, con afabilidad—. Yo estuve a punto de convertirme en la esposa de un ganadero —reveló, para que él supiese que no estaba allí para juzgarlo o criticarlo, sino con buena voluntad, y por eso le confesaba incluso sus secretos.

Él levantó las cejas.

—¿En qué hubieseis convertido a vuestra familia? —cuestionó, aunque más bien sonó a reproche.

—Seguiría siendo la misma, con la añadidura de que yo habría sido plenamente feliz —objetó—. Mi hermano no habría perdido su título, como tampoco lo perderás tú con la unión de tus hijos.

Él negó con la cabeza.

—Gracias a que sigo vivo se seguirá respetando nuestro legado.

Lady Hermione se rio, manifestando su comicidad ante él, a sabiendas de que eso molestaría al duque.

—Edward, querido, escucharte es como escuchar a tu padre —bromeó—. Por eso me gusta tu hijo —comunicó, sonriente—. En él te encuentro a ti antes de que te convirtieras en tu padre.

Aquel comentario no fue casual, lady Hermione lo había utilizado a conciencia, con la esperanza de que Edward recordara su infancia y su juventud.

Al observar que él se había quedado pensativo, se sintió satisfecha; debía aprovechar aquel momento.

—Lástima que a mi edad ya no podré disfrutar de tus nietos —se lamentó, acaparando toda la atención del duque

—. Sería tan maravilloso poder reconocer en ellos a aquel muchachito intrépido, amable, risueño, bondadoso e inteligente que fuiste tú...

Lo que nadie habría imaginado ocurrió en aquella sala; el duque se emocionó, pues lady Hermione era la única que veía en él todo lo que un día fue.

—Qué lástima, Edward, que tu padre te arrebatará tu mayor valor: tu personalidad —criticó a conciencia, porque así lo sentía—. A veces me pregunto cuán distinta habría sido tu vida si el duque no se hubiera comportado contigo como un auténtico salvaje.

—Quiso convertirme en un duque admirable —defendió a su padre.

—Tu hijo lo será y no ha sucumbido a tus reprobables humillaciones —lo sermoneó, pues se sentía obligada a hacerle entender que se comportaba con un despotismo lamentable.

—Las necesarias para que se comporte como se espera de él y nadie le pierda el respeto —se defendió—. De haber actuado como mi padre, no habría comprometido su título —razonó.

A su parecer, había sido estricto con su hijo porque así era como le habían enseñado a comportarse a él. De haber obrado como su padre, seguramente Benedick tendría una vida distinta, porque, a pesar de todo, él no había sido tan salvaje como el padre que a él le tocó.

Aquella elucubración le hizo recordar su pasado, no el suyo en concreto, sino el que había compartido con sus hijos, Benedick y Victoria, cuando eran pequeños y su padre todavía estaba vivo. Aquellos años fueron tan desagradables que incluso llegó a sentir un escalofrío. Él golpeó al pequeño Benny porque su padre le recordó que así era como se educaba a un niño, como a él lo habían criado para convertirse en un duque admirable.

Cerró los ojos al recordar aquel episodio; fue la primera vez que pegó a su hijo, dejándole cicatrices en la espalda. La primera y última vez, porque se sintió tan miserable con aquel acto que decidió que no volvería a actuar con tanto salvajismo. También fue la primera vez que se enfrentó a su padre, nunca antes lo había hecho; sin embargo, en esa ocasión lo hizo para defender a su propio hijo.

Aquella disputa entre ellos también fue la última, pues esa misma noche el duque murió, dejando en su conciencia la carga de haber sido el culpable de su fallecimiento, ya que las últimas palabras de él con respeto a la educación que había recibido y se negaba a inculcar a sus hijos fueron: «Prefiero morir que tener un hijo tan desagradecido».

No volvió a pegar a su hijo, pero optó por educarlo como a él lo habían instruido, pensando que así podría estar en paz con su padre, o quizás porque era la única forma que conocía.

Lady Hermione lo observaba atenta y decidió sacarlo de su ensimismamiento.

—La elección de una buena esposa podría haber cambiado tu destino —indicó, atrayendo su atención—. Si tu mujer hubiese sido caritativa, seguramente habrías vivido una vida placentera —estableció, con honestidad—. Habría conseguido que valoraras más a tu familia que al título.

Estaba tan convencida lady Hermione de aquella afirmación... Si Edward hubiese elegido a su esposa, de haberse casado por amor, habría sido capaz de negarse a convertirse en su padre. Pero aquella unión fue un acuerdo entre los padres de ambos.

La mujer de Edward carecía de sentimientos, jamás mostró empatía por nadie, ni siquiera por sus hijos.

La mención de la duquesa consiguió que el duque hablara sin pensar.

—El dinero corrompió el amor —expuso, dejando a lady Hermione sorprendida—. Cuando Gilma aceptó el dinero de mi padre antepuso su codicia a nuestro amor.

Aquello no lo esperaba la anciana, quien conocía el romance entre el joven Edward y una bella americana, y sufrió junto a él el desamor cuando Gilma abandonó Inglaterra para regresar a su querida América. Ella pensó que la muchacha había huido por sentirse menospreciada e insegura ante la familia de Edward.

—Ese mismo día entendí que mi padre no se equivocaba; el amor no es para los nobles, a nosotros no se nos ama, solo se nos acercan por interés.

Su voz afligida removió a lady Hermione.

—Que Gilma te defraudara no significa que un noble no pueda encontrar el amor —razonó la mujer—. Puedes sentirte agradecido, tus hijos han sido bendecidos al encontrar lo que tú un día anhelaste.

El duque se volvió a tensar. Iba a protestar, pero ella levantó la mano, impidiendo que la interrumpiera.

—Te conozco, Edward, sé que estás enfadado con ellos —argumentó, con serenidad—. Soy la única que te conoce de verdad; sé que dentro de ti sigue estando aquel joven compasivo que me robó el corazón —alabó, nostálgica—. No te permitieron vivir la vida que tú deseabas y merecías —recordó, apenada—. Pero está en tu poder actuar como el hombre que de verdad deseas ser o continuar siendo el que te obligaron a convertirte.

—Soy el duque de Manfford —apuntó, por si ella había olvidado que él tenía un estatus que mantener, y por el

que se comportaba de ese modo.

—Lo eres, mas déjame decirte, querido Edward, que el poder y la veneración de un noble no se lo otorga el título —reveló, captando su atención y su curiosidad—. El poder póstumo de un legado lo concede el recordatorio.

El duque frunció el ceño.

Ella sonrió; aquel gesto era muy propio del Edward que ella adoraba, el que sentía curiosidad por todo cuando era un niño.

—¿Cuántas veces piensas en tu padre? —preguntó la anciana para que él entendiera lo que trataba de decirle.

—En contadas ocasiones —se sinceró, pues apenas lo recordaba.

—Un duque más —estableció Hermione, restando importancia al hombre—. ¿Es eso lo que esperas cuando mueras? —indagó—. ¿Convertirte en un duque más?

—¿Qué tratáis de decirme?

Ella se inclinó, tomó la mano del duque y le dio varias palmaditas.

—Oh, Edward, todavía estás a tiempo de convertir tu legado en eterno —argumentó, sin apartar los ojos de él—, a través de la memoria de tus hijos y nietos.

El hombre levantó las cejas, incrédulo.

—Permite que te conozcan —sugirió—. Que encuentren en ti la persona que yo conocí y que fue capaz de robarme el corazón —argumentó, reconociendo que él había sido su debilidad—. No le entregues a tu hijo un título, entrégale un padre para que te recuerde siempre —aventuró—. Conviértete en el abuelo que se preocupa por sus nietos, porque, a través de sus recuerdos y pensamientos, tú te convertirás en un duque eterno. De lo contrario, serás un mero recuerdo en un retrato colgado como un duque más.

Lady Hermione conocía la verdadera historia de ese hombre; si la gente conociera la verdad, llegaría incluso a comprender el porqué de su proceder. No había tenido una infancia sencilla, ya que, por culpa de unas calumnias, volcadas con malicia para mancillar la reputación de la que fue duquesa, consiguieron que el padre de Edward viviese con rabia ante la incertidumbre de que su hijo no fuese legítimo. Volcó en el muchachito todo su rencor, perpetuando en él un sentimiento de culpabilidad constante por no ser digno del apellido y del legado que iban a entregarle. El joven Edward se sintió tan en deuda que aceptó cualquier decisión con respecto a su persona, sin rechistar, con tal de poder congraciarse con el hombre que él consideraba su padre.

—Es demasiado tarde —razonó el duque, pensando en todo cuanto les había hecho a sus hijos.

Aquella frase emocionó a lady Hermione. No se había equivocado, el muchachito que ella conoció seguía viviendo dentro del hombre que tenía delante.

—Sigues respirando —comentó la anciana, sonriente—. Nunca es demasiado tarde si uno tiene la oportunidad de dejar su legado.

Él la miró y sonrió.

—Vuestro legado será eterno —aventuró él—. Nadie podrá olvidaros, yo no os olvidaré —reconoció, afectuoso—. Puede que no recuerde a mi madre, pero no podré olvidar a mi institutriz, la única que supo aportarme cariño y alegría.

Sin esperarlo, lady Hermione recibió un beso cálido y sentido en la mejilla.

Ella acarició el rostro del duque como si fuese el niño que ella amó como a nadie.

—Fuiste el hijo que habría deseado tener.

No mentía, para ella Edward había sido como un hijo, y como tal lo había tratado, intentando compensar la falta de afecto que sus padres no le ofrecieron.

Capítulo 44

Miranda Boston llevaba dos días en Nueva York y era incapaz de encontrar la paz que debía aportarle la tranquilidad de un hogar, porque se sentía extraña en su propia casa.

Había salido a pasear, como si así fuese a encontrar lo que anhelaba: sentirse en casa.

Achacaba al hecho de haber estado seis meses en Inglaterra o, más bien, haber pernoctado en un palacio, que ella no se sintiera cómoda en su propio hogar, pues la dimensión de la casa era ínfimamente más pequeña. Donde antes gozaba de un jardín bien cuidado, ahora se le antojaba un simple invernadero en comparación con los jardines de Serenity Park o de Secret Garden.

Caminó mientras recordaba la sorpresa que se llevó la señora Eagle cuando le presentó a Dotty; el rostro de la mujer se demudó al pensar que la había sustituido.

Sonrió al recordarlo.

Tras explicarle que había decidido que su nuevo puesto sería el de ama de llaves, por poco se desmaya.

Soltó una risita sin darse cuenta, justo cuando se paraba delante de la casa.

Abrió la puerta y se sobresaltó cuando la voz de un hombre la sorprendió muy cerca, tanto que le pareció que estaba justo en su oído.

—Me encanta verla tan sonriente —celebró el señor Hill—. No sabía que hubiese regresado. De haberlo sabido, la habría visitado.

Miranda se giró y lo miró con reproche; ella sabía que él se había casado, era indecente que quisiera visitar a otra mujer.

Iba a responderle, pero él se adelantó.

—Podemos acordar una cita para que no se sienta tan sola.

—Puedo asegurarle que mi esposa goza de compañía —sonó la voz del marqués de Frotell justo detrás de ellos—. Como también, que no me gusta que sea visitada por ningún otro hombre.

Miranda se tambaleó por la impresión; le habían fallado las piernas.

No podía creer que Benedick estuviese allí, en su casa.

Benedick dio un paso adelante, situándose justo entre Miranda y el señor Hill.

Sus miradas se encontraron y por un segundo todo se desvaneció para los dos; allí no había nada ni nadie, solo ellos dos, hasta que la voz del señor Hill los trajo a la realidad.

—Mis disculpas, no sabía que... —No pudo terminar la frase porque dos mujeres interrumpieron.

—Miranda Boston —llamó la mujer más mayor—. Has regresado...

El tono de voz utilizado no gustó a Benedick; lo conocía muy bien, era el usado por aquellos que pretenden degradar a alguien. Miró a Miranda y no necesitó preguntar; esas mujeres habían ido allí con intención de cotillear qué había hecho ella en Inglaterra y por qué había vuelto sola a casa.

—Frotell —sentenció Benedick.

—¿Perdón? —cuestionó la señora.

—Debe referirse a mi esposa como Frotell —informó—. Lady Frotell.

—¡Lady! —gimió la mujer más joven, tan incrédula que incluso le salió un gallito.

Miranda empezó a mover los dedos, aquella situación empezaba a ser inquietante para ella. Las dos mujeres que tenía delante eran nada menos que la señora Thomas y su hija, con la que había compartido internado durante cinco años, tiempo durante el cual tanto la hija como la madre se afanaron en mofarse de ella constantemente cada vez que podían. Por suerte, la madre tan solo lo hacía una vez al mes, cuando iba de visita.

Tras el gemido de incredulidad emitido por la joven, Benedick miró a Miranda y reconoció aquellos movimientos de sus dedos.

—Marquesa —apuntó—, para ser más exactos.

La señora Thomas abrió los ojos como platos.

Ella era una mujer bien situada en la alta sociedad, estaba al tanto de los mejores partidos de la ciudad, además de tener en su poder un listado de los nobles casaderos ingleses.

—Es usted el heredero del ducado de Manfford —apostilló, tan incrédula que le costaba casi creer que fuese cierto.

—Oh, créame, señora, mi padre no tiene intención de morir —ironizó.

Aquel comentario provocó una risita por parte de Miranda, que fue incapaz de ocultar.

Benedick la miró y, sin poderlo evitar, acabó sonriendo, pues se trataba de una broma íntima entre ellos, algo que les pertenecía a los dos, sin hacer partícipes a los demás.

—No pongo en duda su palabra —se excusó la señora Thomas—. Mas un enlace tan importante debería haber sido anunciado en los periódicos.

Miranda apretó los labios, un tanto preocupada por la respuesta que pudiese dar Benedick. La señora Thomas tenía razón; por ello, él debía responder que no había sido anunciado porque se había anulado el matrimonio. Esa sería la respuesta esperada, y lo cierto es que escucharlo por boca de él le dolería. Y no solo porque quedaría como una mujer abandonada ante las otras dos, sino porque sería el recordatorio de que ella había actuado mal.

El marqués, como solía ser habitual en él, sin darse cuenta, no podía apartar la vista de Miranda. Se había prometido, durante los veinte días que había pasado en alta mar, que iba a darles una lección a Miranda y a su padre, y estaba dispuesto a cumplirla, solo que, en ese instante, no estaba dispuesto a dejarla en evidencia, porque, una vez más, la indefensión de ella era su debilidad; no podía verla mal, al menos a su lado.

—Señora... —dejó en el aire.

—Thomas —se presentó ella misma.

Miranda aguantó la respiración, mentalizándose a asumir su vergüenza ante aquellas mujeres y el señor Hill.

—Señora Thomas, tras largos días en un barco —expuso, con tranquilidad—, créame que, entre mis prioridades como hombre recién casado, no está enviar el anuncio de nuestro enlace; tengo una máxima prioridad —argumentó, con un tono malicioso que llamó la atención de Miranda tanto que no pudo evitar mirarlo a los ojos—: ocuparme de mi esposa.

Y movió las cejas, provocando que ella se sonrojara.

Miranda soltó el aire de golpe.

Él reprimió la risa; era tan maravilloso ver a Miranda tan avergonzada.

Qué extraño era todo, en Inglaterra Miranda parecía más desinhibida, era casi imposible que permaneciera callada. Sin embargo, ahora era él quien no parecía tener contención en su verborrea y, lo más interesante, se sentía liberado de poder hablar o expresarse incluso con ironía, sin importarle lo que pudiesen pensar de él.

Aquel comentario ante una muchacha soltera era escandaloso, por lo que la señora Thomas se pronunció:

—Mi hija Alice es una debutante.

Miranda observó a la aludida. Al observar cómo miraba a Benedick, por primera vez se sintió victoriosa. Con la de veces que la habían intentado menospreciar, riéndose de lo poco que le iba a servir recibir la educación exigida para convertirse en una buena esposa y anfitriona, ya que ella estaba destinada a casarse con algún hombre de baja alcurnia, de los que no se codeaban con la alta sociedad. Y ahora estaban ahí, mirando a su “esposo”, un marqués, mientras Alice acababa de debutar con la intención de conseguir ese esposo perteneciente a la alta sociedad.

Estuvo tentada de decirle que, por mucho que buscara en Nueva York, no encontraría a un lord, pero eso sería rebajarse a ellas, y no estaba dispuesta a caer tan bajo, por mucho que se lo merecieran las dos mujeres que tanto daño le habían hecho en el pasado.

Lo más triste era que ella no veía a Benedick como un marqués, ella lo veía como un buen hombre, incluso excepcional, que se merecía una esposa a su altura; posiblemente alguien como Alice, de apellido ilustre, capacitada para convertirse en la esposa de un marqués. Eso era lo más triste, porque la mujer adecuada para él no llegaría a valorarlo con tanta admiración como ella.

—Por poco tiempo —reconoció Benedick—. Pronto conseguirá un esposo, nadie podrá resistirse a tanta belleza.

Aquel halago satisfizo a la señora Thomas, quien se sintió orgullosa.

La joven le regaló una pícara sonrisa y una caída de pestañas que conseguiría derretir a cualquier hombre.

Miranda, sin darse cuenta, abrió la boca, formando un óvalo, molesta por aquel coqueteo de Alice.

No tenía derecho a sentirse ofendida porque la realidad era que su matrimonio había sido anulado. No obstante, Alice no lo sabía, y, por ende, para Miranda se comportaba con descaro.

Benedick, que había mirado a su mujer de soslayo, se sintió satisfecho; Miranda parecía molesta.

—No sé si su esposa le ha hablado de mi hija —intervino la señora Thomas—. Debe saber que Alice ha sido para su mujer como una hermana.

Miranda abrió los ojos como platos.

Alice la miró, fingiendo una sonrisa.

—Espero que usted me tome como tal —se pronunció la joven.

El señor Hill había permanecido todo el tiempo callado, observándolos a todos. Acababa de reconocer en la señora Hill y su hija algo que conocía muy bien: egoísmo.

Sonrió por dentro. Aquellas dos querían aprovecharse del marqués para conseguir influencias; un marqués estaba

muy bien relacionado y podría presentarles a posibles candidatos a esposo.

Reflexionó. La codicia forma parte de la condición humana, y cada uno la busca a su manera.

—Si me disculpan —se despidió el señor Hill—. Ha sido un placer volver a verla —se dirigió a Miranda.

—Señor Hill —fue lo único que atinó a decir ella, porque estaba demasiado nerviosa.

Frotell ni siquiera lo miró. Fue escuchar aquel nombre y ojear a Miranda, pues quería observarla bien. Ese hombre era el exprometido de ella, lo recordaba bien, ya que, desde que el hermano de Miranda pronunció aquel nombre, se le había incrustado como un clavo ardiendo, pues lo había envidiado como a nadie.

Mientras él la miraba, Miranda estaba comparando al señor Hill con Benedick, aprovechando que se despedía de la señora Thomas y Alice.

Era un hombre apuesto que gozaba de un porte esbelto, casi tan alto como sus hermanos. Sin embargo, Benedick, a pesar de no gozar de tanta estatura, poseía tanta seguridad en sí mismo que empequeñecía al señor Hill o a cualquier otro; al menos así lo sentía ella.

Con ese pensamiento sonrió, ensimismada.

Una sonrisa que molestó a Benedick al llegar a una conclusión errónea, al pensar o, más bien, preguntarse: «¿Sonríe por el señor Hill?»

La mirada de Miranda buscó a Benedick y su sonrisa se esfumó al instante, porque reconoció el enfado en sus ojos.

Hasta ese momento no había pensado en los motivos por los que él estaba allí. Ahora, al notarlo molesto con ella, empezó a preguntarse por qué habría ido a buscarla. Seguramente a vengarse.

Tembló.

Él tenía motivos para estar enfadado con ella, pero la sola idea de que quisiera hacerle algún mal la martirizaba, pues le resultaba imposible pensar en Benedick como un hombre vengativo. Eso la destrozaría; podría soportar de cualquier otro hombre su odio, pero de él no.

Por parte del marqués también hubo un cambio; se recordó el motivo por el que había viajado hasta Nueva York.

Giró la cabeza y miró a Alice.

—Si tan en grata estima os tiene mi esposa, auguro que acabará convirtiéndose en parte de mis amistades —vaticinó.

—Por supuesto —aseguró la madre de la joven.

—Dado el trato y la cercanía entre la marquesa y la familia Thomas, permítanme que las invite personalmente a la fiesta que está organizando mi esposa —añadió, con una serenidad arrolladora, como si aquella revelación no fuese a dejar a Miranda perpleja—. El enlace de los marqueses de Frotell no se merece menos.

Las mujeres miraron a Miranda.

—¿Para cuándo, querida? —se interesó la señora Thomas.

La respuesta a esa pregunta le habría gustado saber a ella, pues no supo qué decir.

Miró a Frotell con súplica.

Él respondió por ella.

—Dentro de cinco días.

—Oh, fabuloso —aplaudió Alice—. En plena temporada nadie querrá perderse uno de los eventos más importantes —pronunció, con la intención de presionar a Miranda—. Acudir a la fiesta organizada por una anfitriona perteneciente a “la nobleza” será el acontecimiento de la temporada.

Puede que Frotell no lo hubiese entendido, no así Miranda; en esa frase quedaba expuesto el reto: iban a juzgarla como esposa, y, si algo fallaba, sería el blanco de las críticas venideras. Ya podía escuchar en su cabeza las risas y las frases dolientes: «Se pensaba que podría estar a la altura de un marqués», «la elegancia y el saber estar es hereditario», «pobre marqués, ridiculizado por su esposa», «la hija de un granjero se pensaba que se podría convertir en una anfitriona»... ¿Acaso no habían pasado cinco años mentalizándola de que ella nunca estaría a la altura? Unas críticas que dejaron de importarle cuando se convenció de que no podrían juzgarla ni humillarla cuando saliese del internado, pues en sus planes no entraba invitar a nadie a su casa, ya que ella no tenía intención de convertirse en una dama de la alta sociedad con intención de socializar.

—Marqués, ha sido un placer —se despidió la señora Thomas, inclinando la cabeza ante él, al igual que su hija, mostrando de ese modo que eran damas acostumbradas al protocolo inglés.

Se giraron y se marcharon.

Benedick podría haberle ofrecido su brazo a Miranda, o hacerle una seña invitándola a entrar delante de él en la casa, pero, una vez más, su mano fue directa a la de ella, y, una vez más, la mano de Miranda se enlazó con la de él sin oponerse.

Caminaron con decisión, él parecía tener prisa por entrar y aclarar unas cuantas cosas.

Nada más cruzar el umbral, apareció la señora Eagle.

—Señorita Miran... —se corrigió de inmediato al ver la mirada reprobatoria del marqués, quien había sido tajante al llegar a la casa y no encontrar a su esposa, en cómo iba a ser el trato que recibirían tanto Miranda como él —. Lady Frotell...

Miranda levantó la mano con el dedo índice tenso, pidiendo así un momento.

Estaba enfadada... Muy enfadada.

Tiró de él y lo llevó hasta el comedor, un lugar holgado, bien amueblado con mobiliario elegante, y decorado con colores claros, lo suficientemente grande como para recibir a cincuenta comensales, pero que, para alguien como Frotell, sería poco más que la sala de visitas en Secret Garden.

Nada más entrar se soltaron las manos, al tiempo que ella cerraba la puerta con un portazo.

La señora Eagle y el mayordomo se sobresaltaron.

Benedick no lo hizo, tan solo se quedó mirándola.

Miranda puso las manos en sus caderas, adoptando una posición desafiante.

—¡Cómo has podido! —increpó, levantó una mano, y señaló la ventana —. Esas mujeres se han marchado pensando que vamos a organizar un festejo para celebrar nuestro enlace —dijo, sin tomar aire—. ¿Cómo has podido, Benedick? —pronunció esto último con derrota.

Aquel tono lastimero removió al marqués. O quizá fue escuchar su nombre de pila, ya que ella solo lo había llamado así el día que se casaron.

Mientras él recordaba aquel día, ella se pronunció de nuevo:

—Qué van a pensar cuando... —Se llevó las manos a la boca, acababa de comprender lo que él pretendía—. ¿Has... has... has venido para humillarme delante de todos? —indagó, con voz temblorosa.

Sintió tanto dolor al llegar a esa conclusión que se le empañaron los ojos; era demasiado doloroso que Benedick la odiase tanto como para querer hacerle algo así.

Él podía vengarse, por supuesto que podía, pero verla tan atemorizada le dolió.

—Estamos casados —zanjó—. Vamos a actuar como se espera de nosotros.

Miranda parpadeó.

—No... no lo estamos —le recordó en un hilo de voz.

Él la miró a los ojos. No sabía qué pensar, parecía apenada, pero no sabía si por haberlo traicionado o por no estar casados.

—Soy un hombre de palabra —manifestó, para que ella no lo olvidara—. Cuando aseguro algo, no se cuestiona.

Ella no había querido insultarlo, no había puesto en duda sus palabras, solo que...

—Acaso el duque no te entregó...

—Por descontado que lo hizo —la interrumpió, aclarando con celeridad, pues él había recibido la anulación—. Para que la nulidad sea legal, deben constar dos firmas —informó—. Mi rúbrica no está estampada... todavía.

Ella se quedó aturdida.

—¿Por qué? —preguntó ella, casi susurrante.

Benedick habría deseado responder tantas cosas a esa pregunta: «Porque no quiero besar a otra mujer como a ti», «porque no quiero que otra mujer me bese como tú lo haces», «porque nadie me hace sentir como tú», «porque desde que te conocí pienso antes en ti que en mí mismo», «porque solo deseo tenerte entre mis brazos», «porque eres la única que, a pesar de lastimarme, solo deseo perdonar», «porque desearía serlo todo para ti», «porque eres más de lo que podía soñar», «porque desde que te conocí el miedo desapareció en mí», «porque deseo que seas mi sirena»... No obstante, al pensar que ella había regresado porque deseaba estar cerca del señor Hill, respondió:

—Me casé con una mujer americana —indicó, como si ella no lo supiera—. Con una americana regresaré a Inglaterra.

Miranda frunció el ceño.

Él sonrió con cinismo, había llegado el momento de exponer lo que tanto Miranda como su padre se merecían: ella, por traicionarlo; su padre, por déspota.

—Me ayudarás a buscar una esposa.

Por poco se le salieron los ojos a Miranda.

—¿Quieres que yo te ayude a encontrar una esposa?

Él se encogió de hombros.

—A ser posible, que no esté predispuesta a traicionarme como tú lo hiciste —sugirió—. He cubierto mi cupo de escándalos —ironizó—. No creo que sea tan difícil encontrar a una mujer dispuesta a convertirse en marquesa.

El recordatorio de su traición lo recibió Miranda con dolor; él nunca la perdonaría, incluso lo comprendía. Si al menos pudiese darle la oportunidad de explicar el motivo, aunque no la perdonase, podría al menos no odiarla, ya que, a pesar de que daría la vida por recibir su perdón, más le importaba que no la recordara con odio, pues ella a él siempre lo recordaría con afecto.

—Si es lo que deseas —dijo, apenada.

—A estas alturas ya no deseo nada, Miranda —reveló, con pesar y honesto, porque él solo la deseaba a ella y sabía que era una quimera poder enamorarla, pues, de haber podido, ella no habría regresado a Nueva York en busca de otro hombre—. Debo regresar con una esposa, ostento un título que no se merece ser ridiculizado —añadió, derrotado—. Mis ancestros no deben pagar por mi estupidez.

Ella habría deseado abrazarlo y suplicar su perdón, él no se merecía pensar que era estúpido. No, no se lo merecía porque la culpa había sido de ella.

A miles de millas dos hermanos estaban despidiéndose. Owen Boston había tomado la determinación de regresar a Nueva York, necesitaba ver a su hermana pequeña y asegurarse de que Dereck no se equivocaba con respecto al marqués de Frotell. Sabía que Wyatt no permitiría que nadie le hiciese daño a Miranda, pero, aun así, estaría más tranquilo permaneciendo cerca de la muchacha que para él siempre sería su mocosa.

—Deberías regresar conmigo —deseó Owen—. Aquí no te retiene nada.

Dereck asintió con la cabeza. Tenía razón, dos días antes había recibido una carta por parte de la señora Hook, comunicándole que su hija Beatrice iba a desposarse con un conde.

De no haber estado Owen junto a él, seguramente habría cometido una gran insensatez, pues ganas no le faltaron de presentarse en casa del señor Hook y sacar a Beatrice de allí, aunque hubiese sido a rastras.

No podía creer que ella prefiriera casarse con otro hombre, ¿tanto se había equivocado con respecto a Beatrice?, ¿de verdad prefería casarse con un hombre repulsivo solo por pertenecer a la nobleza?

—No creo que tarde en regresar —aventuró—. Lo cierto es que aquí ya no me retiene nada.

Su voz sonó áspera, Owen lo observó; su hermano siempre había sido un luchador, no se había amilanado ante nada, todo cuanto deseaba lo conseguía a base de esfuerzo, pero la derrota le había llegado en forma de mujer.

Sopesó que, si no regresaba con él, era porque debía dejar todo bien atado en Inglaterra. A pesar de no haberle preguntado, estaba convencido de que iba a buscar un comprador para Serenity Park. Dudaba que quisiera seguir teniendo aquella propiedad, cuando la había comprado para una mujer que iba a casarse con otro.

Le dio un abrazo antes de cruzar la pasarela flotante que lo conducía directo al barco de su compañía, el cual estaba a punto de zarpar rumbo a América.

—No tardes —gritó desde la popa—. En casa te espero.

Dereck levantó el brazo para despedirse.

Se alejó sin mirar atrás, porque, de hacerlo, habría subido a aquel barco para alejarse de Inglaterra, un lugar que ya no podía ofrecerle nada que a él le pudiese interesar.

Subió al carruaje con cientos de pensamientos, tantos que se le agolpaban.

Cerró los ojos, intentando poner en orden sus ideas.

Al llegar al camino de Serenity Park, dio dos golpes en el techo con su bastón.

El cochero paró de inmediato.

Bajó del carruaje, deseaba hacer el último tramo dando un largo paseo.

Caminó, recreándose en aquellos bellos jardines. Claro que, con su bajo estado de ánimo, nada le parecía hermoso.

Definitivamente, sin Beatrice en su vida nada lo retenía en Londres.

Se sentía un fracasado.

Con ese pensamiento tomó la decisión de regresar a Nueva York, allí al menos tenía a su familia.

Esa misma tarde la pasaría encerrado en su despacho, con la intención de hacer un listado para priorizar todo aquello de lo que debía desprenderse antes de abandonar un país que no tenía intención de volver a visitar.

Se quedó parado al ver a lo lejos Serenity Park.

Aquel palacio, en el que había besado por primera vez a Beatrice...

—¿Por qué, Beatrice? —preguntó en voz alta, como si ella pudiese responderle.

Si él supiera lo que estaba haciendo la joven que amaba en ese instante, no se preguntaría nada, más bien saldría corriendo en busca de ella, pues Beatrice había regresado a Londres tras recibir la última carta de su madre, en la que le ordenaba que así lo hiciera, ya que era su última oportunidad de salir indemne de su secreto, prometiendo que, si lo hacía, el pasado quedaría relegado al olvido.

La joven, un tanto desesperada por creer que así acabaría su infierno personal, al menos con respecto a su madre, había regresado justo el día anterior; su madre la recibió con afecto, como si de verdad tuviese intención de cumplir su promesa.

Lo que no esperaba era que le anunciase que había llegado a un acuerdo con el conde de Sonford, a quien entregaría su mano.

Se había quedado tan perpleja que casi no pudo protestar; su madre se encargó de zanjar cualquier queja por su parte, al decir:

—Se lo debes a esta familia —le recordó el pasado—. Tu pecado quedará silenciado, es hora de resarcir tu deuda.

—¿Y la vuestra? —la acusó.

La señora Hook la miró con reproche.

—No te atrevas a acusarme por querer que tu vida y el buen nombre de nuestra familia no se viese mancillado por tus actos.

De nuevo la culpa y el dolor la embargó.

No necesitó más, fue consciente de que nada podría congoziarla con su propia conciencia, pues su madre se encargaría de que ella no pudiese olvidar, como tampoco le ofrecería la oportunidad de redimirse si no aceptaba aquel matrimonio.

Por ello estaba ahí, sentada en la sala de visitas, con la mirada perdida y sin ganas de vivir, callada, mientras su madre y el conde de Sonford mantenían una conversación a la que ella no era capaz de prestar atención.

Lo que sí le llamó la atención fue el sobresalto de su madre al anunciarle el mayordomo que los señores de la casa habían regresado.

Beatrice estaba tan desmotivada que ni siquiera se alegró por la llegada de su hermano y su esposa.

La madre, por el contrario, sufrió un nerviosismo que no supo cómo disimular.

Leighton y Victoria entraron tras ser informados de que su madre y la señorita Beatrice estaban siendo visitadas por el conde de Sonford.

A Leighton le pareció sospechoso que aquel hombre estuviese en su casa, y, sin necesidad de preguntar más, se imaginó a qué podía deberse aquella visita. Ahora solo debía averiguar si estaba en un error, aunque, en su interior, estaba convencido de que, por desgracia, no iba a tener tanta fortuna.

Victoria lo miró y, antes de entrar en la sala, le preguntó:

—¿Habrás venido a pedirte explicaciones por nuestro enlace? —se preocupó.

Leighton negó con la cabeza. Su esposa era muy ingenua, un conde jamás pediría explicaciones; dudaba incluso de que estuviese al tanto de que el duque le había respondido a su petición, pues Frotell había interceptado aquella respuesta antes de ser entregada. Si ese hombre estaba visitando a Beatrice, solo había una explicación: iba a pedir la mano de su hermana.

Ese era su temor, que su madre hubiese sido capaz de alentar al conde con un enlace entre Beatrice y él.

Al entrar, el conde se puso en pie y saludó a los recién llegados.

—Lady Victoria.

La aludida podía ser muy inocente en ciertas lides, pero no en las protocolarias; aquel saludo la sorprendió. Tras una quincena fuera de Londres, estaba segura de que su padre ya habría renegado de ella públicamente, motivo por el que le pareció extraño que el conde se refiriese a ella con el trato que se merecía por ser hija de un duque y no por el apellido de su esposo.

Con ese pensamiento tomó asiento junto a su marido en el mismo sofá.

Leighton miró a Beatrice y se preocupó; no gozaba de color en el rostro ni de una mirada viva, tan solo resaltaban en ella unos surcos negros bajo los ojos, que denotaban la falta de sueño durante días... ¿Acaso estaba enferma? De ser así, no pensaba perder el tiempo con el conde, pues lo prioritario para él era interesarse por la salud de Beatrice. Por ello, decidió relegar cualquier conversación banal.

—Conde, ¿a qué se debe vuestra presencia? —se interesó, sin dilación.

Victoria se mantuvo en su pose más estoica; conocía a Leighton y su tono de voz la alertó. Además, no era propio de él ser tan poco cortés.

El conde lo miró con reproche, pues le pareció que su presencia le molestaba.

La madre de Beatrice prefirió intervenir, utilizando un tono de voz amigable para que el conde no se sintiera ofendido.

—Leighton, lord Sonford nos ha honrado con su presencia —ensalzó al hombre como si su presencia fuese para ellos un regalo —, para pedir la mano de tu hermana.

Victoria se apretó las manos y miró a la aludida; luego miró a su esposo. Él no podía entregar la mano de

Beatrice a ese hombre. De hacerlo, se sentiría irremediabilmente decepcionada.

No, el hombre que ella amaba no podía arrastrar a su hermana a una vida desangelada.

Leighton se levantó.

La madre aguantó la respiración, pues se temió lo peor. Con lo que le había costado llegar tan lejos, y su hijo lo iba a estropear todo. De haber llegado un día más tarde, no podría anular aquella petición, porque se habría hecho pública.

—Lamento tener que rechazar su propuesta —se disculpó—, pero mi hermana ya está prometida a otra persona.

El conde miró con reproche a la madre del administrador.

—Hijo... —suplicó la madre.

Leighton ni siquiera la miró, tenía la mirada fija en el conde.

—Llegué a un acuerdo con otro caballero y será con él con quien mi hermana se despose —zanjó.

El conde se levantó.

—Buenas tardes —se despidió.

Le habría encantado montar en cólera, pero Leighton era el yerno del duque de Manfford, y no pensaba enemistarse con él.

Ahora entendía por qué el duque no le había respondido a su petición con respecto a lady Victoria, se había casado con el señor Hook... ¿Cómo no se había enterado? Prefirió no indagar; quizás, haber estado dos meses fuera de Londres fuese el motivo de su desconocimiento respecto a aquella unión.

Todos se quedaron en silencio hasta que estuvieron seguros de que el conde había abandonado la casa.

—Le has robado a tu hermana la única oportunidad de convertirse en condesa —le recriminó.

Victoria se sintió dichosa y orgullosa por haberse casado con el hombre más maravilloso del mundo.

Leighton miró a su hermana.

—Beatrice —llamó, preocupado.

La muchacha lo miró, con los ojos perdidos.

No pudo soportar aquella situación, así que salió corriendo de la sala.

Leighton la siguió.

Le dio alcance en el jardín. Sujetándola de un brazo, la hizo girar y la abrazó con fuerza al ver cómo sus ojos se empañaban.

—Beatrice... —susurró, para calmarla.

Se asustó al notar los temblores de ella.

A Beatrice le era imposible dejar de tiritar, estaba tan asustada, tan cansada, tan apenada... No podía más, no podía seguir viviendo así, lo sabía; por ello, pagaría un precio muy elevado para intentar conseguir un poco de paz, pues, solo confesando ante Leighton, su madre dejaría de chantajearla.

Miró a su hermano con vergüenza y dolor; lo iba decepcionar tanto...

—No puedo seguir viviendo así —reconoció ante él—. Estoy cansada, Leighton, sé que jamás podré ser feliz —adujo, convencida, pues así se sentía—. Por un momento pensé que, a pesar de no poder alcanzar la felicidad plena, podría rehacer mi vida junto a un buen hombre —afirmó, aludiendo al señor Boston—. Me equivoqué, ya que mi vergüenza es incluso mayor a mi amor por él.

Leighton la tomó por los hombros y la miró durante unos segundos.

Se reflejaba en sus ojos tanto dolor, tanta tristeza y tanta desolación que se temió lo peor. Un recuerdo del pasado lo estremeció: Albert Douglas.

La soltó, y sus manos acunaron el rostro de su hermana.

—Beatrice, cuéntamelo —imploró.

Mientras la muchacha se debatía entre sucumbir a la petición de su hermano o continuar manteniendo el episodio más desgarrador de su vida en secreto, Victoria miraba a los hermanos a través de la ventana.

Cuando vio cómo se le demudaba el rostro a su esposo, se preocupó. Más, cuando él empezó a pegar puñetazos al tronco de un árbol, descarnándose los nudillos mientras Beatrice se tapaba la cara con las manos.

Se llevó las manos al corazón al observar cómo, con las manos ensangrentadas, Leighton comenzaba a caminar con decisión en dirección a la casa.

Su corazón se agitó y se giró, consciente de que en pocos segundos entraría.

Lo que no esperaba era que al entrar fuese directo a su madre, con mirada asesina, la tomara por las axilas y la levantara de su asiento sin miramiento.

Se tapó la boca para no gritar.

Los gritos por parte de él sí llegaron, sin importarle que lo escuchase el personal de la casa.

—¡Esta muerta para mí! —tronó—. ¡Muerta!

La soltó y se dirigió al tirador, usó tanta fuerza que lo rompió. Aun así, el mayordomo se presentó de inmediato.

—Preparen el carruaje —ordenó—. Mi madre abandona esta casa y jamás se le permitirá regresar a ella.

El hombre tembló, no solo por la orden de negar la entrada a la señora Hook, sino por ver aquellos nudillos que goteaban sangre.

—Leighton —intentó justificarse la madre, sabedora de que aquella reacción por parte de su hijo solo se podía deber a que Beatrice hubiese confesado lo ocurrido.

—No se atreva a hablar —le advirtió—. Agradezca que voy a enviarla a su destierro, me encargaré de su manutención y no la dejaré en la calle.

Abrió los ojos como platos al conocer su destino.

Sin esperar más, se acercó, la tomó del brazo y la obligó a seguirlo; la arrastró hasta la puerta, la abrió y la llevó hasta el carruaje, obligándola a subir.

Le dio la dirección al cochero y giró sobre sus talones, sin permitir que su madre pudiese rechistar, ya que no le interesaba nada de lo que pudiese decir porque él no hablaba con fantasmas, y su madre para él estaba muerta.

Regresó al interior de la casa y no encontró a su mujer. Se acercó a la ventana y la vio en el jardín junto a su hermana, abrazándola y consolándola.

Se miró las manos y, al ver la sangre, se estremeció porque, de haberse enterado en su día, esa sangre que corría por sus manos no sería la suya, sino la de Albert.

Su ayuda de cámara entró.

—Señor, está todo dispuesto para curarle las heridas —indicó.

El hombre lo había preparado todo en cuanto el mayordomo le dio el aviso.

Nadie se hizo preguntas, el señor estaba herido y su obligación era ayudarlo a sanarse.

Leighton lo siguió.

Victoria esperó con paciencia a que Beatrice se recuperase; ambas permanecieron sentadas en un banco de piedra.

—No conozco los motivos de tu desamparo —habló, con dulzura—. Tampoco te pediré que los compartas conmigo —añadió, para que Beatrice se sintiera tranquila.

—Gracias —agradeció, porque no habría podido revelar la historia ante la esposa de su hermano.

Victoria le tomó las manos.

—Baste decir que te considero una hermana —afirmó, revelando ante su cuñada cuánto deseaba que ella la tomase por igual, no solo porque estaba casada con Leighton, sino porque estaba dispuesta a brindarle su amistad, y eso implicaba su lealtad—. Por ello, necesito de tu ánimo para ayudarme en mi nueva andadura.

Beatrice parpadeó.

—No os compren... —comenzó a decir, pero rectificó, pues, Victoria la había tuteado, y ella debía mostrarle el mismo afecto para que supiese que también estaba dispuesta a aceptarla como hermana—. No comprendo tus palabras.

La hija del duque sonrió con candidez, Beatrice la había aceptado como hermana.

—Voy a ser madre y me gustaría contar con tu compañía —confesó el secreto que llevaba guardando desde hacía cinco días—. Desearía compartir esta bendición contigo.

Beatrice se sintió agradecida y muy dichosa por que la esposa de su hermano la tuviese en consideración, exponiendo que, como nueva señora de la casa, no había planeado que ella viviese en otro lugar.

Había estado tan desmoralizada durante tantos meses que apenas había pensado en su nuevo estatus personal. Hasta la fecha, su madre había gozado del puesto que le correspondía como la madre del señor de la casa, incluso Leighton le había otorgado a ella misma ante la servidumbre poderes para gobernar en sus residencias. Tras contraer nupcias, tanto su madre como ella estaban relegadas de esas tareas, e incluso dependían de la permisividad de la esposa de Leighton para continuar residiendo junto a ellos.

Como su trato con su hermano siempre había sido cercano, había considerado que él se ocuparía de ellas dos hasta que al menos ella contrajese matrimonio. Claro que, él podía mantenerlas como se esperaba del cabeza de familia, y Leighton podía ocuparse de todas sus necesidades sin tener que convivir en la misma casa.

—¿Leighton está al tanto de...?

Victoria la interrumpió antes de que terminara de formular la pregunta.

—No, quería estar segura antes de darle la buena nueva —respondió, sonriente y soñadora.

Beatrice sonrió; notaba a Victoria entusiasmada, alegre, feliz... Entonces se vio obligada a sincerarse con ella, pues, tras lo ocurrido, no estaba segura de que su hermano estuviese dispuesto a permitirle vivir en la misma casa.

—Victoria, no sé cuáles son las intenciones de mi hermano con respecto a mi presencia en esta casa — argumentó, con voz apagada.

—Las mismas que tenía antes de que echase a nuestra madre de esta casa y de nuestras vidas —sorprendió Leighton a las dos mujeres, que se sobresaltaron.

Victoria ladeó la cabeza y lo miró a los ojos, sin soltar las manos de Beatrice.

Aunque su voz había sonado tranquila, e incluso afable y protectora, parecía enfadado y triste.

Beatrice notó que se le aceleraba el corazón, ¿su hermano no iba a repudiarla?

Leighton se acercó con paso lento hasta que se colocó justo delante de ellas.

—Mi esposa ha mostrado su interés por considerarte una hermana —reveló ante Beatrice que Victoria ya había tomado la decisión ante él con anterioridad—. Permanecerás en esta casa junto a nosotros.

Victoria apretó las manos de su nueva hermana para que se quedase tranquila y luego se las soltó.

—No obstante —añadió Leighton—, debo advertiros de que, a partir de este momento, en esta familia nos guiaremos por una nueva premisa: nada de secretos.

Beatrice miró a Victoria con complicidad, y eso gustó a Leighton, a pesar de no saber el motivo de aquellas sonrisitas, que parecían estar ocultándole algo.

Su hermana decidió que era el momento de dejar a la pareja a solas.

Se levantó y le dio un beso en la mejilla a su hermano, con gratitud eterna.

Él no pudo resistirse; la abrazó con fuerza y le susurró al oído:

—Hoy empieza tu futuro —la animó, con sentimiento—. Olvida el pasado. Tú solo fuiste una víctima que no debió pasar por algo tan inhumano.

Si hubiera sabido el bálsamo que significó aquella frase para Beatrice, habría podido comprender cómo se sintió de liberada. Llevaba tantos años sufriendo en silencio, culpándose por lo sucedido, que se sentía indigna de que alguien pudiese mirarla a la cara.

—Gracias —le respondió.

Victoria se puso en pie en cuanto Beatrice se alejó.

—Con respecto a la nueva premisa —pronunció, al tiempo que le regalaba una caída de pestañas capaz de enamorar a cualquiera, y por supuesto Leighton no iba a ser menos, pues se quedó prendado de aquella imagen—, me veo en la obligación de compartir el único secreto que guardo.

Él se tensó. Con la revelación de su hermana había tenido más que suficiente, no sería capaz de soportar otra... No obstante, la sonrisa pícaro que ella mostraba no podía esconder algo malo, en todo caso debía de tratarse de algo que a él le gustaría, ya que su mujercita en la intimidad se mostraba siempre tan desinhibida y fogosa que se sentía el hombre más afortunado del mundo.

—Creí que ya no existían secretos entre nosotros —la provocó él, con voz varonil, para que ella entendiera que hablaba de todo cuanto habían descubierto en la intimidad de su alcoba.

La risita provocativa por parte de ella encendió a Leighton, quien la rodeó al completo por la cintura.

Ella, muy mimosa, se contorneó con descaro.

—Motivo por el que mi secreto está ligado a nuestra intimidad —argumentó, antes de robarle otro beso al hombre que amaba—. Necesitaba estar segura antes de anunciarte que vas a ser padre.

Él se quedó sin habla.

Ella sonrió plena.

Durante unos segundos el silencio los envolvió, aunque sus ojos hablaban.

Entonces, él decidió actuar, y la besó con posesión; su esposa no necesitaba palabras, su entrega decía todo cuanto ella merecía oír.

Al separarse sus bocas, Victoria le acarició la mejilla.

—Soy tan feliz.

Él dobló las rodillas, tomó a su mujer, la levantó, y, portándola entre sus brazos, se dirigió a la casa, en donde pensaba mostrarle lo feliz que era él en la intimidad, en su alcoba, en su cama.

Ella adoró a Leighton por aquel arrebato, pues la conocía; solo él era capaz de averiguar que ella necesitaba que él le hiciese el amor para demostrarle su felicidad.

Por primera vez en mucho tiempo, la lágrima que rodó por la mejilla de Beatrice no se debió a la pena, sino a la felicidad por ver a su hermano, enamorado y feliz, junto a una mujer que correspondía a sus sentimientos con el mismo afecto.

Suspiró, agradecida por que Leighton hubiese encontrado la felicidad, una que se merecía más que nadie, ya que a él también le habían arrebatado en el pasado su vida.

Se limpió la mejilla con el pañuelo y se sentó en una butaca del salón pequeño; en ese instante comenzaba el principio de una nueva vida.

Capítulo 45

Al duque de Manfford lo informaron de que su hija Victoria había regresado de su viaje hacía dos días, una noticia que él esperaba desde hacía tiempo, motivo por el que no había abandonado Londres. Se había preparado para aquel encuentro, no había dejado de pensar en ello desde que recibió la carta de su hijo anunciándole el enlace de Victoria y el administrador.

Con una única intención, caminó con decisión, y se paró ante la puerta antes de salir de Manfford House para que su ayuda de cámara le pusiera el abrigo y le entregara los guantes y el sombrero.

En aquella posición, vio la bandeja de plata con la correspondencia que aguardaba a que se la entregaran.

Le llamó la atención una de las cartas, por lo que se movió, dejando al ayuda de cámara con el abrigo en las manos.

Tomó la carta y regresó a su despacho.

Cogió el abrecartas y la abrió.

El comité de privilegios lo citaba para atender su petición.

La sostuvo durante unos segundos entre sus manos.

Se quedó pensativo.

Había solicitado un encuentro para tratar en persona el asunto que le ocupaba: desheredar a su hijo.

Metió la carta en un cajón.

La visita a su hija iba a tener que esperar, tenía una nueva prioridad.

Una vez en el carruaje, sacó del bolsillo de su chaleco su reloj y miró la hora. Al cerrar la tapa vio aquel grabado y no pudo evitar recordar el día que recibió aquel regalo. Su institutriz se lo regaló el día que él cumplió diez años, y fue lo único que recibió porque su padre se había negado a que él disfrutara de una fiesta de aniversario.

—Hermione —pronunció en voz alta—, qué no hubiese dado por que fueses mi madre.

Estaba tan ensimismado en sus recuerdos de la infancia que el cochero abrió la puerta para interesarse por él, preocupado porque llevaban casi un cuarto de hora parados ante la puerta del parlamento.

—Excelencia —pronunció el hombre.

El duque lo miró, un tanto desorientado.

Se repuso de inmediato.

Bajó del carruaje con su pose más ducal, y con la misma entró en la sala en donde lo esperaban.

La membresía del comité escuchó con atención la petición del duque, quien mostró ante ellos su autoridad. Al parecer, el duque de Manfford había entrado allí con una única intención, y había dejado constancia de que no permitiría lo contrario, puesto que habían quedado veladas ciertas amenazas por parte de él, recalcando que estaría dispuesto a todo si no se concedía su petición.

Tras un corto periodo de tiempo, que mantuvo al duque a la espera, se le notificó el resultado de la votación.

Lo que nadie esperaba en aquella sala era ver al duque de Manfford sonreír.

—Señores, permítanme que sea yo quien tenga el privilegio de notificarlo antes de ser anunciado públicamente —pidió.

Si había conseguido algo tan importante, no iban a negarle aquel ruego.

Abandonó el lugar, sintiéndose satisfecho.

Sin más demora, se dirigió a Hook House, lugar en el que Victoria y Beatrice permanecían dicharacheras y entretenidas con sus bastidores, bordando las que iban a ser las sábanas del bebé.

Un comentario por parte de Beatrice, recordando anécdotas de su hermano cuando era pequeño, las hizo reír; una risa que quedó silenciada en el acto, al presentarse sin previo aviso el duque.

—Padre —pronunció, temblorosa.

Beatrice se puso en pie e hizo una genuflexión.

Victoria no pudo moverse, estaba paralizada por los nervios.

—Esperaba por tu parte un recibimiento más cordial —se pronunció el duque, sin apartar la mirada de su hija—. Al menos puedo comprobar que permaneces en esta casa por propia voluntad —sonó a reproche—. De haber recibido la invitación para la boda, no habría tenido que cuestionarme durante tanto tiempo mi preocupación por ti.

Si Beatrice se había quedado perpleja tras aquel comentario, más lo hizo Victoria. Habría esperado por su parte todo tipo de agresión dialéctica, incluso gritos y reproches, pero jamás esperó que su padre mostrase preocupación por ella.

Si el duque esperaba una respuesta por parte de Victoria, se quedó a la espera, ya que Leighton apareció, de forma providencial para su esposa, pues había acudido raudo tras serle anunciada la llegada del duque.

—Su Excelencia —mostró su respeto.

El duque se giró y lo miró a los ojos.

Leighton ni se amilanó ni parpadeó.

—Usted y yo tenemos una conversación pendiente que no puede dilatarse por más tiempo —dispuso, sin dar opción a réplica.

—Por descontado —accedió el marido de su hija, al tiempo que lo invitaba a acompañarlo con un gesto de brazo.

El duque pasó por delante de él.

Leighton, antes de abandonar la sala, miró a su mujer y le pidió tranquilidad con la mirada.

Ella asintió con la cabeza.

Se dirigieron al despacho en silencio.

Una vez dentro, Leighton le pidió al duque que tomara asiento, rodeó la mesa y se sentó frente a él.

Como era de esperar, el padre de Victoria se pronunció sin permitir que él pudiese dar una explicación, o pedir disculpas.

—Rechacé su propuesta de matrimonio, y, aun así, usted contravino mi orden de que se alejara de mi hija —le recriminó.

No podía negar la obviedad.

—Os pido disculpas por ello —reconoció, honesto—. Mas no me disculparé por haber convertido a Victoria en mi esposa, porque su felicidad es mi prioridad —reveló ante el duque su debilidad, que no era otra que Victoria—. Sus sentimientos me correspondían y entregarle su mano a otro hombre la habría condenado a una infelicidad perpetua.

—Su prioridad es mi hija y la mía como padre es que su estatus no se vea degradado —sentenció.

Leighton tuvo que morderse la lengua para no gritar; él podía entregarle a su mujer todo cuanto necesitara excepto el estatus que el duque solicitaba.

Nada de lo que pudiese decir agradaría al padre de Victoria, incluso había pensado que no le importaría, pero lo cierto es que justo en ese momento, delante del duque, sí le importaba, pues se sentía frustrado por no poder ofrecerle a su esposa el puesto que ella merecía ante la sociedad.

El duque lo observó con detenimiento, y llegó a reconocer la frustración en él.

—Usted se desposó con ella porque era su prioridad —le recordó lo que él había confesado—. Yo me he reunido con el comité de privilegios para que su estatus se mantenga.

—Con el comité —repitió Leighton, para que el duque se explicara con mayor claridad.

—Tengo el honor de notificarle que desde hace una hora se ha convertido en el barón Westhill —anunció—. Victoria mantendrá su estatus no solo por ser la hija de un duque, sino por ser la esposa de un barón.

Leighton se quedó tan perplejo que no fue capaz de pronunciarse.

Su título de barón estaba ligado a las tierras que le pertenecían en Escocia, pues North Face se asentaba en Westhill; aquello era más de lo que nunca hubiese podido soñar.

Era un título que se le concedía a él, no era heredado; era impensable que a él le fuesen a otorgar aquello.

El duque sonrió de medio lado; había dejado sin habla al esposo de su hija.

Qué orgullosa se habría sentido Hermione de haberlo visto ante el comité, reclamando para su yerno un título que se había ganado con su constancia y su buen hacer. No era un regalo, pues él conocía la trayectoria del administrador, todo cuanto había hecho por la duquesa y por la corona.

Cuando le informaron de que estaban estudiando la posibilidad de concederle el título de caballero porque la duquesa de Whellington lo había solicitado, él decidió que no admitiría un escalafón tan bajo para el señor Hook.

Había expuesto sus quejas con respecto a títulos que habían concedido no hacía mucho a un par de mentecatos, inmerecidos, puesto que les habían vendido aquellos títulos de baronet, dejando constancia de que él conocía de antemano el motivo por el que se los habían otorgado.

Como el comité no quería que se aireara aquello, optó por adjudicar a Leighton Hook el título de barón Westhill.

No es que él tuviese pensado desde un principio actuar de esa manera, fue el recuerdo de su pasado lo que le hizo tomar la decisión. Había recordado las palabras de Hermione: «Nunca es demasiado tarde si uno tiene la oportunidad de dejar su legado». Ese fue el golpe de gracia que le hizo ver con claridad lo que debía hacer para recuperar los mandos de su vida, la que debió vivir, no la que le obligaron.

Comprendió que no había actuado bien ni con Victoria ni con su hijo; ellos no se merecían nada de lo que les había obligado a vivir, ¿cómo había podido prohibirles ser felices? Quizás porque era lo que a él le prohibieron y

pensó que era así como se debía educar a los hijos.

Ahora ya no estaba dispuesto a continuar siendo ese hombre amargado. Era muy posible que fuese tarde para recuperar el afecto de sus hijos, pero estaba dispuesto a que tuviesen una vida que les aportara felicidad, porque él sabía lo desolador que era vivir sin ella.

—No sé qué decir —se sinceró, pues no tenía palabras.

—No espero que diga nada —ironizó el duque, dejando todavía más aturdido a Leighton, porque jamás habría pensado que el padre de Victoria pudiese mostrarse tan cercano y afable—. Debe ordenar que nos traigan un buen licor para brindar.

Eso sí podía hacerlo.

Fue al tirador y pidió que les sirvieran el mejor whisky escocés.

Si Leighton pensaba que el duque no podría sorprenderlo más, se equivocaba, porque, tras el brindis, se pronunció:

—Deberíamos compartir tan grata noticia con Victoria —comunicó, sin bromear—. Nunca se debe posponer un ápice de felicidad.

Se reunieron con Beatrice y Victoria en la sala en donde ellas guardaban silencio, nerviosas.

Victoria en esta ocasión sí se levantó, y miró a Leighton; no parecía enfadado, quizás un poco aturdido.

El duque, una vez más, fue el primero en hablar, una costumbre que no perdería, pues esa no la pensaba relegar.

—No celebraste tu enlace como se esperaba de la hija de un duque —le recordó, pero no sonó a reproche—.

Ahora debes mostrarte como anfitriona —aventuró—, para que te valoren como baronesa.

Victoria miró a Leighton; no entendía qué quería decir su padre.

Él sonrió, orgulloso.

El duque añadió:

—Tu primera fiesta como esposa del barón Westhill.

Beatrice se quedó sin aliento.

Victoria parpadeó.

—¿Barón? —indagó, tan aturdida como lo había estado Leighton.

Él asintió.

Ella reaccionó, acercándose y abrazándolo, sin importarle que estuviese su padre.

Leighton quiso ser justo, el duque merecía el reconocimiento de aquel logro.

—Ha sido tu padre el artífice —reveló—. Es a él a quien debes agradecerle nuestro nuevo estatus.

Victoria miró a su padre, con la intención de agradecerle con un simple «gracias», pero el duque de Manfford hizo algo inesperado: abrir los brazos, sonreír y decir:

—¿No hay un abrazo para mí?

Entre dubitativa y perpleja, se acercó con cautela, y, un tanto temblorosa y tímida, se dejó abrazar.

En cuanto el duque notó el roce, cerró los brazos con fuerza, acogiéndola con la calidez que esa muchacha jamás había recibido por su parte.

Victoria no estaba segura del motivo de sus lágrimas, no sabía si se debían a su nerviosismo, o al hecho de estar recibiendo por primera vez un abrazo de su padre.

El duque, al notar el temblor y las lágrimas de Victoria, cerró los ojos, con la intención de ocultar su emoción.

Era tan triste que una hija no hubiese recibido afecto por parte de un padre, que llegó a sentir vergüenza.

Ojalá no estuviese todo perdido con ellos, les debía tantas disculpas tanto a Victoria como a Benedick...

Pensar en su hijo le apenó. Esperaba que no sucumbiera al odio como hizo él, que mantuviese su rencor alejado, porque, de no hacerlo, regresaría a Inglaterra casado con una mujer distinta a la que se casó solo para vengarse de él, y esa venganza lo condenaría a una vida frustrada y amargada como la que vivió él.

Se soltaron y Victoria se limpió las lágrimas.

—La fiesta será la oportunidad perfecta para anunciar tanto nuestro nuevo estatus como al próximo heredero de Westhill —señaló Victoria.

El duque la miró, inquisitivo.

—Abuelo —suspiró, casi para sí mismo.

Victoria asintió.

Entonces el duque miró a Leighton.

—Esto se merece otro brindis.

Nadie negaría que una noticia así se merecía cualquier brindis, solo que Victoria no sabía si brindar por su maternidad o para agradecer al buen Dios que el duque se mostrara como un padre.

Las copas estaban preparadas, en esta ocasión las mujeres se iban a unir a aquel brindis con champán, pero la visita de tres damas más lo postergó.

Lady Hermione, lady Philomena y lady Violet se unieron a la celebración.

Hermione miró al duque y le sonrió.

—Queríamos ser las primeras en felicitar a los barones Westhill —dijo lady Violet, pues la noticia ya era pública.

—Querido —se pronunció lady Hermione, mirando al duque—, solo el hombre más loable podía doblegar a todo un comité ante tanta injusticia —lo felicitó, dejando constancia de que ellas sabían que él había sido capaz de protestar por lo que la mayoría de la nobleza estaba ofendida: por la venta de dos títulos inmerecidos, cuando Leighton Hook sí era merecedor del título otorgado.

Victoria se tambaleó y Leighton la sostuvo con rapidez por la cintura.

—¿Te encuentras bien?

Ella asintió y sonrió como nunca.

No es que el vahído sufrido hubiese sido causado por su estado de buena esperanza, más bien se había debido a la impresión de sentirse por primera vez en su vida orgullosa de su padre, algo que era impensable.

Lady Philomena observó a Beatrice, había algo en aquella muchacha que se escaba a su lógica.

Durante años no se había presentado ante ellas un enigma tan interesante.

Miró a lady Violet y le hizo una seña. La mujer asintió con disimulo, dando a entender que también se había dado cuenta; la señora Hook había sido desterrada de esa casa.

Antes de abandonar la casa, el duque todavía tenía algo que decir, por ello aprovechó que su hija estaba despidiéndose de las damas para conversar con Leighton.

—Mañana se le hará entrega de la dote de Victoria.

—No la he solicitado —apuntó el nuevo barón, para que supiese que él no se había casado con su hija por la dote.

—No obstante, la recibirá como le corresponde —aseguró el duque—. Su nuevo título no solo le aportará beneficios sociales, también costes elevados —le previno, ya que la obtención de un título no solo eran ventajas—. Tendrá que mostrarse ante todos acorde al estatus recibido.

Leighton se quedó pensativo.

El duque tenía razón, sin apenas haberle dado tiempo a asimilar su nuevo estatus ya iba a tener que desembolsar una elevada cantidad para organizar la fiesta en la que se presentaría ante la sociedad.

—Le espero en Manfford House mañana a mediodía —se despidió el duque, sin dar opción a réplica.

Se alejó y se acercó a su hija.

Victoria lo miró.

Él, sin previo aviso, le dio un beso en la mejilla y se marchó.

Ella se llevó las manos a la mejilla, incrédula por que su padre hubiese sido capaz de besarla.

Leighton la rodeó por detrás.

Ella, sin girarse, preguntó:

—¿Crees en los milagros?

Él vio cómo el duque se montaba en su carruaje.

—Sí, hoy hemos presenciado uno.

Eso pensaba ella, que era milagroso lo que habían vivido, y esperaba que no fuese un sueño, pues, de serlo, no querría despertar.

Capítulo 46

Celebrar una fiesta era una tarea ardua, convertirse en anfitriona más, pero recibir a la gente cuando todos querían juzgar a la esposa de un marqués, en Nueva York, era cuanto menos atemorizante.

Gracias a la ayuda de Dotty, que estaba acostumbrada a grandes celebraciones en las casas de alta alcurnia en Inglaterra, Miranda se dejó aconsejar. Y no solo ella, todo el personal de la casa acató todas las demandas de la doncella personal de la marquesa, a quien ellos hasta hacía cuatro días llamaban señorita Miranda.

Lo más importante lo consiguieron gracias a Wyatt Mendoza, quien le entregó a Miranda un listado de la gente más influyente que no podía faltar a su fiesta. Una lista que ella repasó durante horas, ya que no quería dejarse a nadie.

Se sentía temerosa, no quería que fallase nada, y no por ella, sino por Benedick, pues deseaba que él se sintiese orgulloso, o por lo menos que no saliese perjudicado si ella fracasaba.

¿Qué sabía ella de organizar fiestas, si en las únicas que había celebrado en su vida, lo único que había hecho era ayudar a su madre a poner la mesa en Navidad? Eso cuando su madre vivía; tras su muerte, no se celebró nada en su casa.

Tomó de nuevo el listado en donde había anotado todo cuanto necesitaban para repasarlo todo.

Soltó la hoja y se frotó la cara al tiempo que soltaba un gritito; estaba agobiada.

Frotell estaba acostumbrado a esa clase de eventos, pero no había pensado en que allí carecían de cocinas tan extensas, salones majestuosos, salas para damas, salas para caballeros, establos preparados para recibir tantos carruajes, salones de baile, incluso carecían de servidumbre para atender a tantos invitados... Aun así, sin saber cómo, había conseguido ocuparse de todo gracias a la buena voluntad del personal que regentaba la casa desde que vivía su padre. Personas leales.

Eso le hizo pensar en su padre, cuando le decía: «En la vida no importa cuánto tengas, tu mayor valor se medirá por la lealtad de los que te rodean».

Sonrió al recordarlo.

Wyatt había contratado personal para el evento; también la cocinera había aportado su granito de arena al encontrar la solución para agasajar a los invitados sin que faltase de nada: ella se encargaría de la mitad, lo referente a los tentempiés salados, y los dulces estarían al cargo de una pastelería que pertenecía a un familiar suyo, asegurando que eran de su plena confianza.

Se habían tenido que redecorar algunas estancias, para que los caballeros pudiesen gozar de su zona privada, al igual que las damas. Incluso la sala de música y la sala de invitados habían sido vaciadas para ocuparlas como aseos privados.

El jardín era el lugar más apropiado para el baile.

No es que fuesen a recibir a cientos de invitados, como solía ocurrir en Inglaterra, pero habían enviado setenta invitaciones y Miranda era consciente de que nadie faltaría a la cita.

Tomó de nuevo la lista y, cuando estaba dispuesta a repasarla, la puerta se abrió y entró la señora Eagle, que estaba actuando como una verdadera ama de llaves.

—Lady Frotell —pronunció, con cariño—, el encargo de la floristería acaba de llegar.

Miranda no se acostumbraba a que la llamasen por el título, o más bien, no quería acostumbrarse porque pronto otra mujer sería nombrada marquesa.

Soltó la lista y salió corriendo, quería ver el estado en el que habían llegado los ramos de flores.

Se topó con Benedick.

Él tuvo que sostenerla por la cintura para que no se cayera.

Ella lo miró con una sonrisa.

Él la soltó.

—¿A qué se debe tu premura? —se interesó él.

Ella señaló con la cabeza la puerta.

—Las flores para el festejo —indicó.

Los dos observaron cómo dos hombres se afanaban en dejar los jarrones en la entrada.

—¿Crees que las rosas blancas deberían estar más a la vista que las rojas? —preguntó, dubitativa.

Benedick llevaba dos días intentando que ella le prestase un mínimo de atención, apenas se había dignado a almorzar o cenar con él, parecía que intentaba ignorarlo a toda costa. No obstante, Miranda no lo evitaba; estaba tan

nerviosa y entregada a aquella celebración que apenas se había parado a comer, como mucho se acercaba a la cocina, picaba un poco de queso o fruta, y continuaba con los preparativos. Si él hubiera sabido la verdad, no se habría molestado por que ella, después de dos días sin haber cruzado una sola palabra con él, le hiciese una pregunta tan...

—¿Acaso crees que el cometido de un marqués es la elección de algo tan banal? —se expresó, molesto.

Miranda lo miró, avergonzada.

—No, supongo que no —reconoció, en un hilo de voz—. Lo lamento.

Se alejó de él, no quería que viese sus mejillas sonrojadas.

La señora Eagle, por el contrario, se acercó, se puso a su lado y se pronunció:

—Debe disculpar a mi señora —se disculpó por Miranda—. Está nerviosa —reveló, pues él debía saberlo—. No es fácil ser anfitriona cuando no ha tenido un referente a quien imitar —comunicó, para que Benedick entendiera que Miranda no se había criado entre algodones, tampoco había sido invitada con anterioridad a ningún evento social, e incluso no había tenido una madre a su lado para recibir consejos—. Apenas ha comido o dormido para que mañana todo esté perfecto.

Sin más, se alejó.

Benedick se quedó allí, pensativo. Él no había prestado atención nunca a esas cosas, daba por hecho que Victoria se encargaría sin el menor contratiempo, porque así la habrían educado.

Ahora lamentaba haberle hablado con tanto fastidio.

Buscó con la mirada a su esposa, pues todavía lo era. La vio dando órdenes sobre dónde colocar los ramos, y se fijó en que su rostro mostraba cansancio.

Inspiró, se sentía culpable. De haberlo sabido, no habría puesto a Miranda en aquella tesitura, o por lo menos le habría ofrecido más tiempo para los preparativos.

Decidió salir de la casa, porque necesitaba alejarse de allí, pues lo único que deseaba era acercarse a Miranda, tomarla entre sus brazos, llevarla a su dormitorio y consumar su matrimonio para que su casamiento fuese legal.

Negó con la cabeza. Ella no lo amaba, y él no quería convivir con una mujer cuyo corazón latiese por otro hombre.

Con ese pensamiento, caminó sin rumbo por las calles de Nueva York.

Se paró en medio de la calle, miró a ambos lados y se fijó en el cartel de una tienda. Sin pensarlo, cruzó y entró, pues, cuando pensaba en Miranda, la razón desaparecía, y solo actuaba por inercia.

Un hombre rezaba como si con ello fuese a redimirse de sus pecados.

Unas oraciones carentes de sentido, puesto que ese mismo hombre, que dejaría de respirar en minutos, caminaba hacia el cadalso con un único pensamiento: que uno de sus hijos bastardos vengaría su muerte. Sobre todo uno al que había conocido, pero a quien no había reconocido, como le había prometido a la madre del crío. No importaba, su madre se encargaría de que creciese alentado por el odio y la venganza. Estaba tan convencido de que así sería como de que iban a ahorcarlo, ya que ella siempre había tapado todos sus escándalos y perversidades. No había recibido castigo por sus actos, incluso una vez llegó a dudar de si su madre disfrutaba con sus depravaciones ya que ante él disimulaba, fingiendo estar molesta, cuando lo cierto era que parecía gozar encubriéndolo, y casi lo había tomado como una distracción en su ociosa vida.

Llegó a su destino y se sorprendió al comprobar que no había asistentes a su ahorcamiento. Iba a ser a puerta cerrada.

—Esperaba una multitud —se dirigió al carcelero que lo había escoltado hasta allí.

—Una dama poderosa ha conseguido que no se haga público —reveló el hombre, como si le debiese aquel favor a alguien.

Lo que no sabía el carcelero era que aquella revelación enojaría al condenado, porque, sin necesidad de conocer la identidad, sabía que esa mujer era la duquesa de Whellingtton, mofándose ante él, y restregándole que ella tenía poder, uno que él no le había podido arrebatarse, como tampoco el privilegio de decidir que muriera en soledad, negándole que alguien viese su ahorcamiento para que nadie lo recordase.

El verdugo le puso la horca y se la apretó al cuello mientras el carcelero se retiraba para que él no pudiese verlo.

Maldita fuese Penelope; se había asegurado con aquel gesto del carcelero de que él muriese recordando las últimas palabras de ella: «Cuando te pongan la soga en el cuello, recuerda que ha sido una mujer la que lo ha conseguido. No te engañes, no dejarás de respirar por un rapto, sino por las mujeres que convertiste en víctimas de tus depravaciones. Y hoy estoy aquí en nombre de todas ellas, para anunciarte que te hemos juzgado y sentenciado: Tu condena es la horca».

Y ese fue su último pensamiento, porque el verdugo abrió la trampilla y su cuerpo quedó suspendido, inerte.

Como era de esperar, Penelope también se había asegurado de que ningún periódico anunciase la noticia; un ser tan miserable no merecía ser recordado ni para bien ni para mal.

Lo más costoso fue averiguar el nombre de las doncellas que habían abandonado la casa del que un día fue conde de Oxford, pero, con la ayuda de lady Philomena, lady Hermione y lady Violet, lo consiguió, incluso sus paraderos; solo ellas recibieron de forma anónima la notificación del ahorcamiento de Albert porque, junto al duque de Wittman, eran las únicas que merecían aquel privilegio.

La ausencia del duque también se debió a Penelope, quien mandó con urgencia una nota personal a Darline, suplicándole que retuviese a su esposo, y pidiéndole disculpas por no poder darle las explicaciones que merecía a su solicitud, mas su proceder estaba ligado a la lealtad a otras mujeres.

Darline no necesitó pedir explicaciones, menos cuando ella conocía el pasado de Beatrice y todo cuanto había sufrido por culpa de ese ser demoníaco. No le costó retener a Derian a su lado, por más que su esposo deseaba ser testigo.

Una de esas mujeres fue Beatrice. No es que estuviese en el listado de doncellas, pero, tras lo ocurrido en Great Castle, Penelope no lo dudó, mandó aquella nota para que pudiese dormir tranquila; no volvería a ser chantajeada.

Al recibir la carta sin remitente pensó que sería de su madre, intentando de nuevo que mediase entre ella y su hermano para regresar a Londres.

Su primer pensamiento fue alejarse a su dormitorio para leerla, pero recordó la premisa que su hermano había implantado en la familia: nada de secretos.

Así que la abrió y la leyó.

Se quedó tan pálida que Victoria y Leighton se sorprendieron y preocuparon.

—Beatrice, ¿qué sucede? —indagó.

Ella no respondió. Se le resbaló la nota.

Leighton se acercó raudo, la recogió y la leyó.

Se miraron a los ojos mientras Victoria los observaba.

Entonces Leighton abrió los brazos para arroparla; si alguna vez su hermana había necesitado un abrazo, era en ese momento.

Allí se refugió, como si aquel cálido abrazo pudiese alejar un pasado cruel.

Capítulo 47

Todo estaba dispuesto para recibir a los invitados en la casa familiar de los Boston, aunque la anfitriona no estaba muy segura de poder mantenerse en pie, no solo por el cansancio acumulado, sino por los nervios; sus piernas no dejaban de temblar.

Se había sentado frente a su tocador, en donde Dotty se había afanado para que ella luciese hermosa.

Había elegido un vestido de color dorado con filigranas bordadas en plata.

Se miró al espejo. No iba a negar que Dotty poseía un don especial, su peinado estaba perfecto; un recogido con varios tirabuzones por la parte trasera le daban un aspecto sofisticado.

Dos golpecitos en la puerta pidiendo paso la sorprendieron; Dotty no llamaba nunca.

—Adelante —invitó a entrar.

Ante ella apareció Benedick, tan elegante, tan apuesto, tan señorial...

Hizo ademán de levantarse, pero él se lo impidió.

—No, espera —pidió mientras se acercaba a ella.

Miranda lo miró extrañada.

Él se situó justo detrás y la obligó a que lo mirase a través del espejo.

Sacó del bolsillo de su levita un estuche que guardaba una joya.

Lo abrió, sacó un collar con un brillante amarillo y lanzó el estuche sobre la cama.

Rodeó el cuello de Miranda y, antes de engancharlo, se miraron a los ojos.

—¿Es... es para mí? —preguntó, titubeante e ilusionada.

Sí, era para ella, porque en cuanto vio el cartel en la joyería no lo dudó, deseaba regalarle una joya. Podría excusarse convenciéndose de que la había adquirido en señal de disculpa, pero lo cierto era que la compró porque deseaba tener un detalle con ella.

—Es una costumbre escocesa que el esposo le regale una joya a su esposa antes de una fiesta —mintió, porque no podía ser franco con ella.

No le importaría convertirlo en costumbre si consiguiera ver de nuevo aquella expresión risueña e ilusionada.

—Ah... —atinó a decir.

Enganchó el cierre y dejó sus manos sobre los hombros de ella.

Miranda se tocó el brillante y lo miró a los ojos.

Deseaba decirle tantas cosas: «Ojalá fuese digna de este regalo», «nunca olvidaré este momento», «lamento no ser la esposa que merece un marqués», «me moriré de pena el día que te alejes con otra mujer». No obstante, comentó:

—Es precioso —reconoció—. Lo guardaré y te lo devolveré...

Él negó con la cabeza.

—Este es tuyo, Miranda —zanjó. No quería escuchar que ella se lo devolvería para que se lo entregara a otra mujer, porque no quería que otra lo portara en su cuello como lo lucía ella. Él no deseaba comprarle o regalarle nada a ninguna otra, solo a ella.

Miranda no pudo evitar que los ojos le brillaran.

Él no pudo evitar enamorarse más.

La puerta se abrió y entró Dotty.

Benedick se apartó.

—Lo lamento —se disculpó—. El primer carruaje se acerca.

Miranda se puso en pie, y se tocó de nuevo el diamante, como si aquella joya fuese a aportarle la fuerza que necesitaba para afrontar la velada.

Benedick notó su temor y no lo dudó, le tomó la mano y le besó los nudillos.

—Eres una gran anfitriona —aseguró—. Nadie te cuestionará en mi presencia.

Una vez más, él consiguió que ella se sintiera protegida.

Le regaló una sonrisa sincera, que obtuvo como respuesta que él no le soltara la mano; más bien, enlazó sus dedos con los de ella y, con las manos unidas, se dirigieron a recibir a sus invitados.

Dotty los miró con cariño; si Miranda llegase a ver lo que ella veía, dejaría de pensar que él merecía una mujer de alta cuna.

Suspiró, envidiando a esa pareja; ojalá a ella la mirase alguien como lo hacía el marqués.

Pensó en Wyatt y negó con la cabeza; él mostraba interés, pero no había dado muestras de querer convertirla en su esposa. Y ella no estaba dispuesta a convertirse en la amante de nadie.

Benedick no soltó la mano de Miranda hasta que llegaron al lugar acordado.

Miranda lo miró de nuevo a los ojos, risueña, pues él había mostrado su desacuerdo en recibirlos como si sus invitados formasen parte de la nobleza.

Ella lo comprendía, incluso le parecía ridículo, pero, como bien había argumentado Doty, ese recibimiento ensalzaría el ego de los asistentes, consiguiendo que se sintiesen importantes al entrar, y, por ende, predispuestos a ser benévolos, ya que un invitado contento es poco crítico.

El primer invitado fue anunciado con todos los honores.

—Los honorables señor y señora Thomas, junto a la adorable señorita Alice.

Doty no se había equivocado, aquella entrada consiguió enorgullecer a los invitados.

—Ah, tu hermana —ironizó Benedick, susurrante.

Miranda frunció el ceño.

—Ni siquiera ha sido mi amiga —protestó ella, dejando expuesto que le habían mentido.

Benedick soltó una risita.

—Lo sabía —reconoció y la miró—. Te conozco, Miranda, más de lo que imaginas.

Volvió a mirar al frente.

Miranda se quedó mirándolo a él y acabó sonriendo, pues, de nuevo, entre ellos reinaba aquella empatía de la que habían gozado desde que se conocieron.

Miró al frente y decidió que iba a disfrutar de aquella velada, porque Benedick estaba a su lado, y eso era suficiente para ella.

Recibieron a todos y, no lo iban a negar, disfrutaron con ello, ya que, entre invitado e invitado, compartieron risas cómplices y ocultas.

Todo parecía estar saliendo a pedir de boca hasta que llegó la hora de abrir el baile.

Miranda había estado tan ocupada en los preparativos que se había olvidado por completo de que ellos debían abrir el baile.

Intentó esconderse, pero Benedick la agarró con fuerza de la mano, llevándola junto a él hasta el jardín.

—Me debes un baile —le recordó.

Una vez los dos se hallaron en el centro, ella tembló.

Benedick notó aquel escalofrío.

—¿Qué ocurre? —se interesó, un tanto molesto, porque pensaba que ella no quería bailar con él.

Miranda levantó la cabeza y, con los ojos suplicantes, siseó para que nadie la escuchase:

—No sé bailar.

Él parpadeó.

Miró a un lado, al otro, y luego a ella.

Por todos los dioses griegos, ¡cómo iba a cancelar aquel baile delante de tanta gente!

—No sabes bailar —repitió, un tanto ofuscado—. ¿No crees que debiste mencionármelo antes de llegar a esta situación? —cuestionó, entre bromista y apurado.

Ella se mordió los labios, avergonzada y apenada.

Él inspiró con fuerza; no podía verla así, su prioridad era que ella no perdiera la sonrisa de la que había gozado durante toda la velada.

Bien, llegados a ese punto, solo tenía una opción: comenzar a danzar y besarla, pues, solo un pequeño escándalo los sacaría de aquel entuerto, y prefería quedar mal él, antes de que ella pasara por aquel ridículo ante sus invitados.

Hizo una seña a la orquesta con la cabeza. Estaba dispuesto a escandalizar a los presentes cuando un relámpago, seguido de un estruendoso trueno, los sorprendió.

Los gritos de algunas mujeres les advirtieron de que se iba a tener que posponer el baile, ya que las primeras gotas, providenciales para Miranda, obligaron a la orquesta a retirarse.

Igual que hicieron los invitados, los cuales empezaron a abandonar el jardín, y algunos incluso la fiesta.

Benedick y Miranda se quedaron allí, mirándose, mientras las gotas de lluvia empezaban a mojarlos.

—Eres una mujer afortunada —bromeó él.

Ella asintió con la cabeza y los dos rieron.

El segundo trueno hizo reaccionar a Miranda, quien enlazó la mano con la de él y corrió a cobijarse, entre risas.

Miraron a su alrededor y vieron que no todos se habían marchado, por lo que se adentraron en el comedor principal para comportarse como los anfitriones que se esperaba que fuesen.

Solo que Benedick, antes de que ella llegase a atravesar la puerta, la retuvo con facilidad, ya que no la había soltado.

—Todavía me debes un baile.

Ella asintió con la cabeza, sonriente y feliz.

En Inglaterra otra mujer feliz ya estaba comportándose como una anfitriona: la baronesa Westhill.

Había enviado todas las invitaciones para el evento que tendría lugar en cinco días.

Casi le parecía un sueño que su padre, ese hombre que se había convertido en un desconocido para ella, aunque uno que le gustaba, se mostrase cercano y protector para con ella.

Incluso le había recomendado que la fiesta la organizara en Manor House, la casa señorial asentada a las afueras de Londres, porque tanto Manfford House como Hook House, a pesar de ser viviendas de gente con postín, no estaban adaptadas para recibir a tantos invitados, y un evento como el que estaba preparando Victoria no podía esperar menos de trescientas personas.

Por ese motivo lo tenía todo dispuesto para trasladarse a Manor House junto a su esposo.

—Leighton, debo visitar a mi padre antes de partir —comentó—. Debo tratar un tema delicado con él.

—Te acompañaré —se mostró, solícito.

—No, debo hacerlo sola —pidió.

Él asintió.

—Daré aviso para que te preparen el carruaje —aceptó—. Te esperaré aquí.

Mientras recorría un par de calles que separaban su casa de Manor House, pensaba en su hermano Benedick, deseando que estuviese bien y que hubiese podido perdonar a Miranda.

Soltó una risita al imaginar el rostro de incredulidad que pondría Benedick cuando ella le contara lo que había hecho su padre.

Bajó del carruaje y entró en la casa.

El duque salió a recibirla, otra incredulidad para Victoria, ya que nunca antes había tenido ese detalle con ella. Claro que, más increíble fue para Victoria notar la desazón del duque al preguntarle:

—Creí que ya estarías en Manor House, ¿te encuentras bien?

No había fingido, mostraba preocupación.

—No se preocupe —lo tranquilizó—. Mi esposo debía atender unos asuntos antes de partir.

El hombre asintió con la cabeza.

—Debo hablar con usted —anunció Victoria, aprovechando la buena voluntad que su padre mostraba.

El hombre notó preocupación en la voz de su hija, y accedió de inmediato a atenderla, ofreciéndole su brazo para que lo acompañara hasta el salón pequeño.

Hizo una seña al lacayo para que cerrase la puerta y se alejara.

Una vez a solas, Victoria se sentó en la misma butaca que había utilizado lady Hermione el día que fue a visitarlo.

Él ocupó la que estaba enfrente para mirarla a los ojos.

—¿Qué te preocupa? —se interesó.

Victoria se apretó las manos.

—Padre, no quiero ofenderle —comunicó, con honestidad—. Mas, el motivo de mi visita es para anunciarle mi intención de invitar al señor Boston a mi fiesta —reveló sus intenciones—. Estamos emparentados con él, sería una descortesía por mi parte no contar con su presencia.

El duque apretó los labios.

—Tu hermano no te reveló el motivo por el que se marchó a América, ¿verdad? —Necesitaba saber si Victoria estaba al tanto de la anulación del matrimonio de Benedick.

Ella negó con la cabeza. Lo único que sabía era que él se marchó pensando que ella lo había traicionado; eso les contó a Leighton y ella, pero no el motivo de su traición.

El hombre se cuestionó si debía confesarle a su hija lo sucedido. Su respuesta habría sido sencilla, de seguir comportándose como el duque que le obligaron a ser; sin embargo, ahora anteponía su faceta de padre a su título, y por ello no quería entristecer a su hija, pues, de revelarlo, ella se preocuparía por Benedick y se sentiría apenada.

—Debes enviarle la invitación al señor Boston —accedió—. Su hermana es la esposa de tu hermano.

Victoria sintió alivio.

El duque rezó interiormente para que su hijo continuase siendo un hombre casado, y no con cualquier mujer, sino con Miranda Boston.

—¿Un té? —invitó el duque.

—No, mi esposo me espera para partir hacia Manor House.

Capítulo 48

La invitación llegó a Serenity Park, pero el señor Boston no acudió al evento; le era imposible acudir a cualquier fiesta en la que se pudiese topar con Beatrice y su prometido.

Desde que recibió aquella carta enviada por la señora Hook, anunciando el próximo enlace de su hija con un conde, no había acudido a ningún acto social, y de eso ya hacía un mes.

Treinta días durante los que se había mantenido tan ocupado en sus negocios para no pensar en ella que le habían parecido dos años, por lo agotado que se encontraba.

Pronto sería pública su idea de regresar a Nueva York. De momento, tan solo estaban al tanto las personas con las que había mantenido una relación cercana. Así, todo aquel que estuviese interesado en sus posesiones lo buscaría con ofertas, que él estudiaría con minuciosidad. Quería alejarse de Inglaterra, pero era un hombre de negocios, y no iba a vender sus propiedades sin sacar beneficio.

Desentenderse de Serenity Park le iba a doler, no podía mentirse al respecto; era el recuerdo de lo que había sido capaz de hacer por una mujer, y no por una mujer cualquiera, sino por la única que le había robado el corazón, e incluso el alma.

Estaba seguro de ello porque se sentía vacío, y nada lo motivaba.

Esa falta de motivación la habían notado dos personas que lo apreciaban: los duques de Hamilton.

Los había visitado para anunciarles en persona sus intenciones de abandonar Inglaterra, aprovechando su viaje para reunirse con la duquesa de Wittman, quien le había enviado una carta pidiéndole que fuese a visitarla, pues tenía que tratar con él un tema de la mayor urgencia antes de que él se marchara.

Al principio le sorprendió la premura con la que ella solicitaba su presencia, pero llegó a la conclusión de que la duquesa estaba interesada en Serenity Park y no quería que otro se le adelantara.

No se cuestionó más, decidió viajar a Escocia y aprovechar aquel viaje para despedirse de Niall y Abby, dos personas a las que no podría olvidar.

Sabía que sería una despedida porque Abby había alumbrado a su segundo hijo y no viajaría a Londres al menos en meses.

El marqués de Stanford estaba pletórico, porque en menos de un mes había aumentado la familia, su hija Sophie había alumbrado gemelos y su hija Abby a su segundo hijo.

Faltaban menos de diez millas para que Dereck Boston llegara a Sheena Road, cuando empezó a sentirse melancólico.

No sabía si había sido por despedirse de sus amigos, o por la envidia de comprobar que la gente podía alcanzar la felicidad plena, cuando él no volvería a sentirse completamente feliz.

Se había ilusionado tanto con formar una familia junto a Beatrice que incluso había fantaseado con poder ver la cara de su primer hijo.

Apenas podía comprender cómo había sucedido aquel cambio en él. No había sido la clase de hombre que se preocupara por tener descendencia; no había valorado la posibilidad de casarse, porque él llevaba años disfrutando de la vida sin ataduras, sin preocupaciones... Una esposa ataba, y él huía de cualquier tipo de ataduras.

Parecía tenerlo todo controlado hasta que apareció ella, con su mirada misteriosa. Quizás fue eso lo que más le atrajo de Beatrice; tenía candidez, pero sus ojos mostraban a veces fuego. Aparentaba conocer el mundo y, sin embargo, parecía vivir a medias. Deseaba entregarse a la pasión, pues él lo había intuido en cada beso, pero surgía en el último segundo una neblina de temor en ella que le impedía mostrarse plenamente afectiva. Igual mostraba ojos soñadores, como de pronto parecía perderse en sus pensamientos, unos que él no podía descifrar, porque siempre que eso sucedía, ella se alejaba sin permitirle que él descubriera aquello que ocultaba. Quizás fuese aquello lo que más lo enamoró, ya que había despertado curiosidad en él, a la par que protección; solo deseaba protegerla, alejar cualquier temor que la pudiese atormentar.

Negó con la cabeza. Poco importaba ya lo que él deseara de ella, que, para ser sincero consigo mismo, lo era todo. Su amor, sus risas, sus lágrimas, sus besos, sus abrazos, sus conversaciones, sus alegrías, sus penas... La quería a ella. Deseaba una vida con las ataduras del matrimonio, con descendencia, pues solo con Beatrice él podría convertirse en un hombre pleno.

Se frotó la cara, intentando alejar aquellos pensamientos.

La puerta del carruaje se abrió; había llegado a Sheena Road.

El pequeño conde de Erian fue corriendo a recibirlo.

—¡Señor Boston! —saludó, efusivo—. ¿No ha venido su hermana con usted?

Dereck sonrió, ese pequeño seguía enamorado de Miranda.

—Lo lamento, mi hermana está en Nueva York —informó, afable.

—Ah, sí, con el tío Benny —se recordó el muchacho, y mostró su desilusión.

—Simon, nuestro invitado estará cansado —intervino la duquesa, para que su hijo no molestara al americano.

—En absoluto —reconoció Dereck, ya que de Great Castle a Sheena Road apenas daba tiempo a cansarse.

—Bienvenido —saludó Derian.

Entraron en la casa y la duquesa se disculpó con los hombres, quienes se dirigieron a la sala para caballeros.

Darline esperó a que estuviesen lo suficientemente alejados para dar aviso a su mayordomo.

—Cambien los caballos de nuestro invitado —solicitó—. No es necesario que descarguen su equipaje, no se quedará a pasar la noche —vaticinó, pues estaba convencida de cuál sería la reacción del americano en cuanto hablase con él.

Esperó un cuarto de hora para que el hombre se sintiese descansado, o más bien, intentando encontrar el valor para tratar el delicado tema por el que le había hecho acudir a Sheena Road.

Ella se consideraba una mujer leal, su lealtad para con Beatrice la había demostrado durante ocho años, pero, tras descubrir el chantaje por parte de Albert y la señora Hook, se sentía obligada a ayudar a su amiga.

Había guardado ese secreto y estaba dispuesta a llevárselo a la tumba, pues nadie mejor que ella sabía lo que era mantener uno de por vida. Y así lo habría hecho de no ser porque llegó a su conocimiento que el señor Boston estaba preparándose para abandonar Inglaterra sin intención de regresar.

Lo meditó durante dos días, en los que apenas pudo conciliar el sueño. No obstante, si ese hombre se marchaba, Beatrice perdería la única oportunidad de ser feliz, pues solo él podía conseguir que ella tuviese ganas de vivir.

Esperaba no equivocarse con el señor Boston, ya que no se perdonaría traicionar a Beatrice.

No, no podía equivocarse. Tras escuchar durante días a Beatrice todo cuanto ese hombre significaba para ella y lo segura que estaba de los sentimientos de él, no podía estar equivocada; por ese motivo debía poner fin a tanto sufrimiento.

Se dirigió a la sala para caballeros y entró.

Derian y Dereck, que estaban cómodamente sentados, disfrutando de una copa de brandy, se levantaron.

—Derian, permíteme tratar en privado con el señor Boston —solicitó.

El duque de Wittman miró a su esposa, la conocía mejor que nadie, no necesitaban hablar para entenderse.

Su voz y su pose tensa significaban que necesitaba con premura tratar en privado un tema delicado que solo su invitado merecía conocer.

Asintió.

—No me atrevería a contradecir a mi esposa —bromeó.

Ella se lo agradeció con una mirada tierna.

Al pasar por su lado le guiñó un ojo para que supiese que él estaría cerca si lo necesitaba.

Salió y cerró la puerta para que su esposa gozase de la privacidad que demandaba.

—Por favor —invitó Darline a Dereck a que tomase de nuevo asiento.

—No se preocupe, prefiero estirar las piernas —respondió él, al ver que ella parecía nerviosa y no iba a sentarse.

—Antes de tratar el asunto por el que solicité su presencia debo conocer su verdadero interés con respecto a Beatrice —indagó, porque necesitaba estar segura.

Dereck podría haber esperado cualquier cosa excepto esa.

Frunció el ceño, sin comprender a qué se debía aquel interés.

Darline comprendió su reticencia.

—Créame, señor Boston —estableció, con serenidad, para que él notase que era importante lo que tenía que decir, pues no estaba preguntando por simple curiosidad o con ánimo de cotillear—, Beatrice para mí es como una hermana, su bienestar es tan importante para mí como el de mi propio hijo.

A Dereck le gustó aquella franqueza.

—Creedme, duquesa —respondió, de igual manera—, hubiese dado la vida por ella.

Darline, que había retenido la respiración, la soltó, aliviada.

—Entonces me veo en la obligación de confiar en usted —apuntó, esperanzada—. Beatrice os ama —reveló, sin dilación—. Mas, se ha visto obligada a renunciar a su felicidad por un pasado que podría perjudicarle incluso a usted.

El corazón de él se agitó. Beatrice lo amaba, él no se había equivocado; lo amaba.

—¿Quiere decir que me rechazó para protegerme? —cuestionó, aturdido y a la vez esperanzado.

Dudaba que hubiese nada que a él pudiese perjudicarlo, excepto perderla a ella, pues era lo único que necesitaba para ser feliz.

—Solo una mujer enamorada es capaz de rechazar su propia felicidad por impedir que el hombre al que ama se vea arrastrado al destierro social, por un pasado del que ella fue víctima.

Aquello no sonaba bien, pero a la vez decía mucho; la duquesa tenía las respuestas que él tanto se había hecho. Ante él estaba la oportunidad de conocer los secretos que Beatrice ocultaba.

—Por favor —rogó—. Contádmelo.

Darline inspiró. Necesitaba valor, lo que iba a revelar iba a cambiar la vida del hombre que tenía delante.

Comenzó desde el principio, porque solo así el señor Boston comprendería el calvario que había sufrido Beatrice. Y tanto que lo comprendió; a medida que iba relatando la duquesa, él fue enfureciéndose más.

Llegó un punto en el que le fallaron las piernas y acabó sentándose de golpe.

Darline en un par de ocasiones tuvo que limpiarse las lágrimas que brotaban sin contención de sus ojos.

Tras escuchar toda la historia, el americano se quedó paralizado.

Darline esperó con paciencia.

Tras diez minutos en los que él pareció ido, o, más bien, perdido en sus pensamientos, se levantó.

—Lo lamento —se disculpó Darline por haberle causado tanto dolor.

—Al contrario —contradijo. Tomó la mano de la duquesa y le besó los nudillos—. Os estaré eternamente agradecido.

Sin más, giró sobre sus talones y salió con un único pensamiento: Beatrice.

Darline se llevó las manos al corazón, como si con ese gesto pudiese apaciguarlo.

Derian entró.

Fue directo a abrazarla.

—Se ha marchado —informó a su mujer.

Ella asintió y le rodó una lágrima, una que nada tenía que ver con las que había derramado minutos antes, pues esa era de emoción al comprender que ese hombre que regresaba a Inglaterra amaba a Beatrice incluso más de lo que ella imaginaba.

—Sí, va en busca de su felicidad.

Derian no preguntó, solo besó la frente de su mujer y la estrechó entre sus brazos.

La providencia impidió que Dereck Boston llegara a Londres como tenía previsto, ya que, gracias a que se cruzó en una posada con un lacayo perteneciente a Hook House, se enteró de que la señora Hook ya no vivía allí; el barón Westhill la había desterrado. Gracias a unas cuantas monedas consiguió la dirección del paradero de la madre de Beatrice, pues era la persona que él buscaba.

Motivo por el que se encontraba aporreando la puerta de la mujer que había destrozado sus ilusiones.

No pensaba marcharse de allí sin respuestas.

La puerta se abrió y él no lo dudó: como un animal salvaje, la empujó y pegó un portazo.

—¡Dónde está! —bramó, asustando a la mujer—. ¡Dónde está el hijo de Beatrice!

La señora Hook tembló.

—Mi hija no tiene un hijo —respondió. Él dio un paso adelante, intimidándola, y confirmando que sería capaz de todo. Por eso, ella añadió—: No tiene un hijo, fue una niña lo que alumbró.

—Dónde... está —siseó.

—No lo sé —reconoció, temblorosa y asustada—. Se la entregué al vicario del condado de Wicklow —confesó—. En Irlanda.

Dereck la miró con desprecio.

—¿Conoce al menos su nombre?

La mujer asintió la cabeza.

—Serenity —confesó.

De todos los nombres que él podría esperar, justo aquel fue como una revelación; Beatrice y él sí estaban predestinados.

Que la hija de la mujer que amaba llevase el nombre de su madre no era una casualidad; estaba seguro de que desde el cielo la mujer que le dio la vida habría protegido a esa niña para que él pudiera encontrarla.

—Solo intenté que mi hija tuviese una vida digna —se defendió—. Ofrecerle la oportunidad de convertirse en una auténtica dama.

Otro hombre habría llegado a cuestionarse aquella afirmación, posiblemente un inglés lo cuestionaría, pero él no;

Dereck Boston, hijo de un granjero hecho a sí mismo, no.

—Su hija siempre ha sido una dama —aseguró—. Entre su loable conde —escupió las palabras, aludiendo a Albert, a quien la madre de Beatrice había adorado por poseer un título—, y usted, solo la han convertido en una “dama” desdichada.

Se giró y, antes de salir, ladeó la cabeza para mirarla.

—¿De qué le ha servido a usted creerse una? Si su alma está más sucia que la de una ramera.

La insultó, pues se merecía aquel insulto, por destrozarse la vida de una muchacha a la que ella misma había dado la vida, sin miramiento, sin remordimiento y sin piedad.

Y una vez más, dio un portazo.

No descansaría hasta encontrar a esa niña; por Dios que la iba a encontrar.

Se montó en el carruaje y avisó al cochero de su nuevo destino: Irlanda.

Se frotó la cara e intentó tranquilizarse.

Le resultó imposible. Solo de pensar en las veces que esa mujer había visitado Serenity Park, sin sentir un ápice de aflicción, le parecía incomprensible, pues a una mujer con alma se le habrían revuelto las entrañas cada vez que escuchara ese nombre.

Miró a través de la ventanilla y sus ojos fueron directos al cielo gris que anunciaba tormenta.

—Guíeme, madre —solicitó, como si sus palabras fuesen a ser escuchadas—. Guíeme hasta esa niña.

Capítulo 49

El marqués de Frotell llevaba un mes en Nueva York. Había intentado por todos los medios alejar sus pensamientos de Miranda, pero le estaba costando; más, cuando la tenía tan cerca.

Habían sido invitados a todas las fiestas sociales de la temporada, y las había odiado todas, pues Miranda se convertía en la casamentera que él le había solicitado que fuera.

Por su propio bien, debía terminar con aquello de una vez por todas, porque se estaba volviendo loco. Además, por muchas mujeres que Miranda le presentase, él no pensaba tomar a ninguna por esposa. Una cosa era que él lo dijera en un momento de enfado, y otra que fuese a regresar a Inglaterra con otra mujer americana, como bien había dicho; su cupo de escándalos ya estaba cubierto.

Cierto es que durante el trayecto en barco había sido su pensamiento, pero también pensó en el título que ostentaba y no estaba dispuesto a ridiculizarlo, no por su padre, sino por aquellos marqueses que durante siglo y medio lo habían mantenido intacto.

Poco más podía hacer. Había pensado que evitar a Miranda le ayudaría a alejar la tentación de besarla, que era lo único que deseaba desde que había llegado a Nueva York; por eso llevaba cinco días intentando evitarla. No obstante, durante el día la acompañaba a todos los actos sociales porque, le gustase o no reconocerlo, se encelaba con la idea de que ella coincidiera con el señor Hill, con quien por fortuna todavía no había vuelto a toparse.

Incluso esa misma noche él se había sentido frustrado y decaído al pensar que podría toparse con el señor Hill en casa de los Thomas. Al regresar de la fiesta su ánimo había cambiado; ni siquiera pudo alegrarse por el trato que había recibido Miranda, pues la trataron como si fuese una reina en vez de marquesa, ya que, tras ser nombrada en los periódicos como la anfitriona más loable de la temporada, ya no era para ellas la muchachita con quien mofarse, sino la invitada cuya presencia elevaba el evento organizado. No iba a mentirse, Miranda ennoblecía cualquier lugar con su presencia, por lo menos para él, y eso todavía lo desmoralizaba más si cabía, pues ella era la marquesa perfecta para él. Otro motivo por el que necesitaba alejarse de ella, tomar distancia. Eso le hizo salir de nuevo de la casa y caminar.

Y así se encontraba, solo, deambulando por las calles sin rumbo, buscando algo... buscando... ¿Qué buscaba? Poco importaba, lo único esencial era encontrarlo, porque se sentía perdido. Quizá aquellas calles abarrotadas de desconocidos le ayudarían a encontrar eso que con tanta desesperación buscaba.

No era la primera noche que la pasaba así, pero, por alguna extraña razón, esa madrugada su corazón estaba agitado. Algo en él le decía que, si se fijaba bien, encontraría sin más demora la solución a todo.

Inspiró hondo.

Sus ojos pasaban de un lado a otro, fijándose en todo cuanto lo rodeaba, como cada día desde que había pisado América. Quizá necesitaba encontrar cierta familiaridad entre aquellas personas desconocidas, un poco de su lejana Inglaterra... Pero ni el hedor de las calles que transitaba ni el gran bullicio conseguían aquel fin.

Hacía un mes que se sentía perdido.

Aceptaba cualquier invitación, incluso en el peor club para caballeros, con tal de escapar de la casa y alejarse de Miranda, pues era primordial para él encontrar lo que andaba buscando. Pero, ¿qué era lo que buscaba? Seguramente la fuerza para aceptar que debía regresar a Inglaterra como un fracasado, porque, si lo único por lo que había luchado en su vida, enfrentándose a su padre y a todos los que quisieran negarle su amistad por casarse con Miranda, no había servido de nada, tenía que admitir que había fracasado estrepitosamente.

Suspiró, frustrado.

¿Qué le estaba pasando? ¿Qué buscaba con tanta desesperación? Por más que lo pensaba, no daba con la respuesta. Había sido el centro de cientos de miradas, las mismas que él observaba con atención, intentando encontrar una que lo atrajese. Había inspirado cientos de perfumes, de todas aquellas damas que se habían interesado en él. Se había mostrado solícito con las mujeres que buscaban su compañía en los eventos sociales, con tal de escuchar una voz que fuese capaz de despertar en él un instinto primario.

Dejó de caminar y contuvo el aliento, pues acababa de darse cuenta de que siempre había tenido delante lo que andaba buscando: Miranda.

La buscaba con desesperación, no existía para él nadie más. Buscaba cada mañana la mirada nítida y oscura de Miranda. No importaba olfatear cientos o miles de perfumes, pues para él solo existía el fresco aroma de la mujer con la que estaba casado. Incluso las conversaciones con otras damas eran banales, ya que él durante esas charlas solo escuchaba en su interior el eco de la melodiosa voz de su mujercita, su cálida y sensual voz.

Y allí, paralizado en medio de la calle, rodeado de desconocidos que pasaban por su lado, se dio cuenta de que

estaba enamorado sin remedio de su esposa.

¿Cómo le había costado tanto llegar a esa conclusión? Y eso que él había embarcado rumbo a América con un único pensamiento: Miranda.

Se había intentado convencer de que era su instinto vengativo el que lo guiaba hasta Nueva York, pero la realidad era otra: no soportaba la idea de no volver a ver a la que él consideraba su esposa. Por supuesto que era para él su mujer, como tal la tomó con plena libertad ante el obispo y como tal estaba dispuesto a mantener su juramento, por más que ella hubiese decidido anular su matrimonio. Él no había firmado y podía obligar a Miranda a comportarse como su esposa, ya que la ley lo amparaba. Sin embargo, él no pensaba obligar a Miranda a amarlo, deseaba que ella lo hiciese por voluntad propia.

Cerró los ojos y negó con la cabeza.

Él había roto aquella anulación en mil pedazos y los había lanzado al océano, a sabiendas de que, si no regresaba con Miranda, no volvería a tomar a nadie por esposa. Su legado, si es que su padre no lo había desheredado durante su ausencia, pasaría al hijo de su hermana, en caso de que ella alumbrase un varón. Hasta ese punto estaba enamorado de Miranda; estaba dispuesto a renunciar a todo por ella incluso si no la recuperaba.

Se llevó la mano al puente de la nariz y se lo apretó.

—¡Qué desastre! —exhaló, totalmente resignado.

Como cada mañana, Miranda se había levantado ansiosa por ver a Benedick. Se estaba convirtiendo en todo un ritual para ella el levantarse y arreglarse con sumo cuidado para estar perfecta, pues anhelaba con toda su alma que él se fijara en ella para poder conquistarlo. Claro que no era fácil, ya que ella no sabía nada sobre conquistas. En las lides del coqueteo era un completo desastre.

Se le escapó una risita tímida al recordar que una noche intentó actuar como una mujer sofisticada y coqueta, imitando a algunas damas a las que había observado con atención durante los bailes. Tenían una gracia tan natural a la hora de hacer una caída de ojos, o sonreír con un toque misterioso... Y ella intentó aquello con todo su empeño, pero sus pestañas por lo visto no eran tan especiales, ya que Benedick al verla se preocupó, pues pensó que le había entrado algo en los ojos.

Él le había pedido que le encontrase una esposa, y ella había intentado complacerlo, pero, desde hacía más de dos semanas, estaba faltando a su palabra, puesto que ya no la buscaba, sino más bien boicoteaba cualquier acercamiento de él con la mujer que pudiese parecerle más interesante.

No era propio de ella, pero, egoístamente, gozaba con la compañía de Benedick y no quería compartirlo.

Sabía que no era la mujer adecuada para él, incluso que se merecía la vergüenza que sentiría en cuanto se supiese lo de su nulidad, pero también merecía compañía; no deseaba sentirse sola como cuando él no estaba.

Había decidido intentar mostrarse más cercana, con la esperanza de que él la viese como una candidata a esposa... ¡Qué ilógico, si ellos ya estaban casados!

Si hallase una mínima esperanza de poder enamorar a Benedick, se aferraría a ella con todas sus fuerzas. No obstante, era difícil que él la perdonara; lo había comprometido y por su culpa estaba casado con una mujer que no amaba.

Negó con la cabeza para restar importancia a aquel recuerdo. Tenía que ser optimista, albergaba en su interior el anhelo de descubrir un pequeño indicio en él que la ayudara a sentirse querida.

Con ese optimismo se miró en el espejo, y, aprobando su reflejo, bajó al comedor en busca de su marido, con una sonrisa en los labios.

Al llegar y no verlo miró el reloj que había al fondo de la sala.

La señora Eagle, que conocía a la joven a la perfección, se acercó con lentitud para susurrarle al oído:

—El señor no está.

Miranda ladeó la cabeza y levantó las cejas, pidiendo así más información.

La que fue su nana bajó la voz, no quería que el criado que estaba terminando de preparar el desayuno la escuchara.

—No ha regresado a la casa para dormir.

A Miranda se le esfumó la sonrisa.

La señora Eagle se apenó.

La americana caminó con decisión hasta su asiento, intentando no mostrar su malestar. Aunque fingió no estar afectada, nada más lejos de la realidad, pues por dentro se sentía rota.

Una hora y media más tarde, sentada en el centro de su dormitorio con su chelo entre las piernas, tocaba con melancolía.

No podía exigir a Benedick nada. Ella había actuado mal y debía acatar su castigo.

Con los ojos cerrados y sin dejar de tocar, una lágrima recorrió su mejilla.

Había sido tan fantasiosa al creer que podría conquistar a su marido. Pasaba los días buscando un pequeño indicio de que él pudiera sentir... O más bien algo que le confirmara que Benedick no la odiaba, pues con eso se ya se sentiría victoriosa. Pero la realidad era que Benny ya había encontrado a alguien con quien pasar su tiempo.

Apretó los labios y falló en una nota.

Solo deseaba tenerlo cerca, buscar su mirada, su sonrisa ladeada, esa que tan hechizada la tenía... No era pedir tanto, ¿verdad?

Recordó que al llegar a América creyó que la distancia le haría olvidar lo que había hecho en Inglaterra, pero no fue así, nada más lejos de la realidad. Y al entrar en la casa, un sentimiento extraño se apoderó de ella; no se sentía en su hogar.

Se le cayó el arco al suelo, al tiempo que abría los ojos con expresión de espanto y el corazón agitado. Su hogar no era una casa; el hogar, como ella lo conocía, solo lo sentía cuando estaba junto a Benedick.

Dejó caer su cabeza, la cual quedó apoyada en el chelo.

Estaba irremediabilmente enamorada de su esposo.

—¡Qué desastre! —se expresó, presa de pánico.

Se levantó y guardó el chelo.

Necesitaba salir a pasear para intentar calmar su interior.

Nada más salir a la calle, un hombre la rodeó por detrás y ella dio un gritito, presa del pánico.

—Mocosa, no te recordaba tan miedosa —bromeó su hermano Owen.

Al reconocer su voz, se giró con rapidez y lo abrazó con fuerza.

Un abrazo que duró poco, ya que Benedick la apartó de un tirón y le asestó un puñetazo con todas sus fuerzas al hombre que estaba abrazando a la mujer que él amaba y que lo estaba volviendo loco.

La reyerta se iba a convertir en el escándalo de la temporada, de eso estaba segura Miranda. Claro que, poco le importaba; lo único que quería era que dejaran de pegarse, porque aquellos dos insensatos se golpeaban como si les fuese la vida en ello.

—¡Benedick, para, es mi hermano Owen! —gritó.

El puño de él quedó en aire.

«Su hermano», se repitió interiormente.

Owen lo empujó.

Benedick, con la cara ensangrentada por la brecha que le había abierto en la ceja, se agachó, recogió su sombrero y entró en la casa, enfadado por que ella se hubiese acercado a su hermano, sujetándolo como si quisiera defenderlo, cuando él habría dado cualquier cosa por recibir una mínima caricia por su parte.

Miranda se quedó paralizada, mirándolo, preocupada por aquella sangre.

—Vaya, mocosa, Dereck no se equivocaba —ironizó—. Tu esposo se casó enamorado.

Ella lo miró.

—¿Qué te hace afirmarlo con tanta convicción? —indagó, esperanzada.

Él sonrió.

—Solo un hombre enamorado se enfrenta a otro a sabiendas de que tiene las de perder —expuso, estudiando el semblante curioso de Miranda—. Soy más alto, más fuerte y, aun así, él se ha entregado con todas sus fuerzas, sin importarle las consecuencias.

Miranda se quedó pensativa, ¿y si Owen tenía razón?

Su hermano vio la oportunidad de ayudarla. Dereck no se equivocaba, esos dos estaban enamorados y, por lo visto, no habían aclarado lo que pasó en Londres.

—Créeme, Miranda —aseguró—. Sé reconocer a un hombre enamorado. —Se frotó la barbilla para que ella entendiera que la había defendido como solo un esposo lo haría—. Un hombre obligado a casarse no recorre medio mundo con una nulidad en el bolsillo —expuso, con tranquilidad—. Un hombre enamorado cruza el océano con la intención de recuperar a una esposa que lo ha abandonado, porque piensa que ella lo obligó a casarse —informó, exponiendo que él conocía lo sucedido—. Él llegó al altar libremente y con la misma libertad se casó contigo porque era lo que deseaba.

Ella parpadeó.

¿Podía ser cierto?

Su corazón se agitó.

Owen le dio un beso en la mejilla.

—Solo tú puedes descubrir si estoy en lo cierto —aventuró, señalando con la cabeza la casa.

Ella asintió. Sí, ella debía averiguarlo, para bien o para mal, pues ya no podía seguir fingiendo que no amaba a Benedick y estaba dispuesta a todo por intentar recuperar a su esposo. Si tenía que robarle la anulación y quemarla, lo haría, aunque solo fuese para conseguir el tiempo suficiente para enamorarlo, si es que no lo estaba, como aseguraba Owen.

Entró en la casa y fue a buscar a Benedick sin dilación.

No llamó a la puerta de su dormitorio, tan solo entró.

El ayuda de cámara, que estaba curando sus heridas, la miró.

—Ya me ocupo yo —se mostró, solícita, ante Benedick, quien la miró de soslayo, sin decir una sola palabra.

El hombre abandonó la habitación.

Miranda tomó el paño que había dejado el ayuda de cámara junto a la jofaina, lo empañó con agua y lo escurrió para que no goteara.

Miró a Benedick y sintió un estremecimiento, no por el corte de la ceja, que apenas sangraba ya, ni por los moratones que empezaban a mostrarse en los pómulos, sino por ver su torso desnudo.

Estaba sentado, vestido con el pantalón, sin chaleco y con la camisa totalmente abierta.

No solo se fijó en el cuello; lo que más le llamó la atención fue que no luciera vello en su pecho. No es que ella hubiese visto a muchos hombres sin camisa, pero se había criado en una granja, y allí los hombres en verano no iban vestidos tan pulcros como la gente de bien, sino que solían usar camisolas de pico, abiertas, y muy pocos se cubrían el cuello, entre ellos su padre y hermanos. Y lo que sí había reconocido en todos ellos era el vello masculino en sus torsos.

Benedick no se pronunció, aunque le gustó la manera en que lo miraba. No obstante, era un peligro tenerla tan cerca, a un palmo de su rostro, con sus apetitosos labios casi a su merced. Debía hacer acopio de toda su voluntad para no atraparlos y suplicarle que le diera la oportunidad de demostrarle que podía ser un esposo amable y afectivo si ella se lo permitiera, porque realmente la necesitaba.

A Miranda le gustó verlo con el cabello despeinado; él, que siempre lucía repeinado... Sin poderlo evitar, sonrió, cándida.

Sin pensar, llevó la mano libre a su cabeza y le acarició, como si quisiera peinarlo.

Benedick tragó con dificultad.

Ella lo miró a los ojos y se percató de lo que estaba haciendo, bajó la mano rauda y acercó la otra con el paño a la ceja.

Estaba nerviosa y debía controlar su nerviosismo, pues lo primordial era no perder la oportunidad que se le presentaba.

—Lamento lo que sucedió en Inglaterra —habló, con voz serena, sorprendiendo a Benedick—. No fue mi intención traicionarte —confesó. Era el momento de sincerarse para que él la entendiera—. No me reuní con tu padre con la intención de humillarte; quise devolverte la libertad que te robé.

Él fue incapaz de decir nada, necesitaba aquella confesión.

Miranda dejó el paño en la jofaina, se secó las manos y volvió a mirarlo a los ojos.

—Merecías poder cortejar a la mujer que quisieras convertir en tu marquesa —reconoció, con honestidad—. Te negué esa oportunidad y, por comportarme con impulsividad, te viste arrastrado a tener que tomarme por esposa —pronunció, con pesar—. Y por mi culpa te enemistaste incluso con tu padre.

Apretó los labios en señal de disculpa.

Él estuvo a punto de sujetarle la cabeza y besarla hasta dejarla sin aliento, porque aquella confesión decía más de lo que él hubiese podido soñar.

Miranda ya no podía seguir escondiendo sus sentimientos, iba a abrir su corazón ante él.

—Sé que no soy una dama inglesa, educada para convertirse en marquesa —reconoció su carencia—. Al igual que cometeré fallos protocolarios —aventuró—. Mas, si pudieses darme la oportunidad de mostrarte que puedo ser una buena esposa —rogó—, comprobarás que nadie te admirará más que yo.

Benedick pensó que debía pedirle que repitiera lo que acababa de decir, por si no la había escuchado bien; estaba convencido de que debía de tratarse de un sueño, él debía de estar durmiendo, pues nunca había sido un hombre afortunado y era casi impensable que estuviese a punto de alcanzar la felicidad.

Ella continuó, impidiendo que él hablara.

—Solo una oportunidad —suplicó.

No era un sueño, lo estaba viviendo de verdad.

—¿Por qué? —indagó, emotivo, porque necesitaba escucharlo para tener el pleno convencimiento de que él no se

equivocaba, de que ella lo quería.

Miranda podría haber respondido tantas cosas... No, no podría, pensaba responderlas porque solo así Benedick comprendería que se había enamorado de él.

—No soportaría que otros labios me besaran —reveló, sin pudor—. Nadie podrá hacerme sentir tan protegida —confesó, sin apartar sus ojos de los de él—. Me encelo de cada mujer que te mira. —Se sonrojó—. Me lastima la idea de que puedas olvidarme, porque yo seré incapaz de hacerlo —aseguró, y se le quebró la voz—. No quiero perderme en ningún laberinto si no es contigo —aludió a los jardines de Secret Garden—, ni compartir secretos y aventuras con ningún otro hombre —apuntó, con los ojos brillantes—. Lo lamento, Benedick —se disculpó, por si su amor no era correspondido, que él no se sintiera molesto con su confesión—, pero he descubierto que un hogar para mí no es una casa; mi hogar eres tú.

Él se levantó lentamente, la rodeó por la cintura y pegó su frente a la de ella.

Los dos temblaron.

Con las frentes pegadas y rozando sus labios, él preguntó de nuevo, pues ya no podía esperar un segundo más para escuchar lo que necesitaba y tomar a Miranda como lo que era: su esposa. Solo una respuesta y él la haría suya con total convicción.

—¿Por qué? —susurró, llevado por la emoción y el deseo.

Ella movió su cabeza ligeramente para rozar su nariz y sus labios.

Se separó lo justo para que viese la verdad en sus ojos.

Él ni parpadeó.

Entonces ella le regaló la sonrisa más tierna, sincera, enamorada y emotiva.

—Quiero ser tu sirena.

Los labios de él capturaron los de ella, pues había obtenido la respuesta que necesitaba: Miranda lo amaba.

La levantó sin esfuerzo y se perdieron en aquella caricia, que dejó a ambos sin aliento.

—Te convertiste en mi sirena el mismo día en que te vi —confesó él, porque ella también merecía estar segura de su amor.

La felicidad que mostró ella no la olvidaría nunca el marqués.

—¿En Treinton House? —preguntó, sonriente y dichosa.

Sin soltarla, manteniéndola en el aire, él negó con la cabeza y le robó un beso antes de responder:

—En los muelles de Bristol —reveló, y sonrió al ver cómo ella abría los ojos, sorprendida—. Supe que eras mi sirena allí, con tu vestido azul y tu melena ondeando al viento, el mismo día que llegaste a Inglaterra.

Ella se llevó las manos a la boca.

—¡Oh, Benny! —se expresó, emocionada, al tiempo que le rodaba una lágrima—. No te obligué a casarte —descubrió, alejando la culpa de su interior.

—No, Miranda, no me obligaste —reconoció, para que ella no dudara más—. Me casé contigo plenamente enamorado.

Lo besó como solo una mujer enamorada podía besar al hombre que amaba.

Tras docenas de besos y caricias, que ambos disfrutaron, consumaron su matrimonio con la delicadeza que ella merecía y que él estaba dispuesto a entregar a la mujer que amaba, la única que conseguía que Benedick Stewart, marqués de Frotell, se sintiera un hombre feliz.

Él era para Miranda su hogar y ella era para Benedick su felicidad.

Se quedaron en la cama, exhaustos, desnudos y adormilados.

De pronto, Miranda dio un brinco como un resorte, y se quedó arrodillada a su lado.

—¡Benedick, Benedick! —llamó, con el corazón agitado.

El marqués abrió un ojo, el único que no tenía hinchado.

—¿Sí? —se interesó, con voz somnolienta.

—Si me convertí en tu sirena, ¿podré escribir en el libro de las marquesas? —Estaba tan excitada y nerviosa que consiguió toda la atención de él.

—Ummm... —fingió estar pensándolo—. ¿Te casaste enamorada? —bromeó.

Ella asintió con vigorosidad.

Benedick no pudo evitar moverse con rapidez, abrazarla, tumbarla y quedarse encima de ella.

—Entonces, milady —pronunció, con la mejor entonación inglesa—, escribiréis nuestra historia de amor para que los próximos marqueses puedan leerla.

Y la besó, porque quería, porque podía y porque lo necesitaba.

Capítulo 50

En la planta baja de la casa dos hombres se reunían en la sala pequeña, con dos copas de bourbon. Tenían mucho que celebrar, además del regreso de uno de ellos.

—Por nuestra mocosa —brindó Owen—, que acaba de convertirse en esposa.

No necesitaban subir al piso superior para indagar, la ausencia de Benedick y Miranda era más que evidente.

Wyatt Mendoza sonrió de medio lado, al tiempo que levantaba su copa.

—Marquesa —le recordó.

—No podía ser todo perfecto —razonó el hermano de la aludida—. No obstante, admito que el marqués se ha ganado mi respeto —admiró, tocándose la barbilla dolorida.

Wyatt se carcajeó. Él había sido testigo de la reyerta entre Owen y el marqués, y también lo había disfrutado. No imaginaba a alguien perteneciente a la nobleza enfrentándose a nadie; por lo menos él no había sido nunca testigo de una pelea callejera entre hombres ilustres.

—Ríete, pero ese hombre me ha ahorrado tener que estar a la defensiva en días venideros —argumentó, revelando que su hermana pequeña se había convertido en toda una damita hermosa a la que, de continuar soltera, habría tenido que pegarse para que ningún rufián quisiera aprovecharse de ella—. En realidad —añadió—, “nos” ha evitado tener que acudir a ninguna fiesta —implicó a Wyatt, ya que para ellos Mendoza era un hermano, y, por ende, él también se veía implicado en todo lo que tuviese que ver con Miranda.

—Por el marqués —volvió a brindar Wyatt, para celebrar que Benedick hubiese evitado aquello, ya que tanto Owen como él detestaban aquellos eventos en los que no se sentían a gusto.

Llegó la hora del almuerzo y los marqueses de Frotell, tras un merecido descanso y un baño reparador, bajaron las escaleras, cogidos de la mano.

Al llegar al comedor principal, Owen y Wyatt, que se disponían a dar cuenta del almuerzo, los miraron.

Owen Boston lo primero que hizo fue mirar a su hermana. Tras observar aquella sonrisa tan característica de ella desde que era pequeña, se sintió dichoso, y en parte menos culpable por no haber estado junto a ella cuando más lo necesitaba.

De haber estado en otro lugar, se habrían levantado de sus asientos, pero en la residencia Boston, entre familia, las normas no se respetaban por costumbre.

Benedick no dio importancia a que no mostrasen ante su esposa el recato al que él, como hombre perteneciente a la nobleza, estaba acostumbrado.

—Os debo una disculpa —se disculpó, dirigiéndose al hermano de Miranda—. Os pido perdón por lo ocurrido.

Owen se apenó por el muchacho; su rostro estaba hinchado y su ojo tintado de un verde que pronto luciría durante días morado oscuro.

Miró de nuevo a su hermana, y, al ver cómo ella se mordía el labio para no reírse, perdonó de inmediato al marqués.

—Un malentendido que ya está olvidado —reconoció Owen, perdonándolo—. Si algún día decidís ganáros la vida como pugilista —bromeó, para que se sintiera integrado en la familia—, avisadme y me convertiré en vuestro mecenas.

Benedick agradeció que el hermano de Miranda aceptara sus disculpas y se mostrara cercano.

Ahora, mirándolo con tranquilidad, debía reconocer que se había dejado llevar por un impulso incontrolado, pues ese hombre era idéntico a Dereck. De haberse fijado, incluso podría haberlo confundido con él.

—Por favor, sentaos —invitó a que tomasen asiento.

Benedick le retiró la silla a Miranda.

Owen y Wyatt se miraron, cómplices, ya que ella parecía encantada con aquel gesto galante de su esposo.

Si alguien les hubiese dicho que iban a presenciar una escena similar, se habrían reído. No obstante, iban a tener que acostumbrarse, porque, les gustase o no, Miranda se había convertido en una aristócrata.

Durante el almuerzo, la pequeña de los Boston se interesó por su hermano, obligándole a narrar sus aventuras por África. Escuchó, atenta y emocionada por todo cuanto Owen narraba, pues todo le parecía fascinante.

Benedick también entendió en ese instante que iba a tener que acostumbrarse a prescindir de los protocolos durante su estancia en aquella casa, ya que era impensable que en Inglaterra se trataran ciertos temas en la mesa, menos delante de las damas.

Claro que, a él no le importaba, pues estaba disfrutando de aquella reunión. Es más, acababa de escuchar algo que

había despertado su curiosidad, o, más bien, había sentido una revelación y estaba dispuesto a hacer partícipes de ella a los presentes.

—Podemos llegar a un buen acuerdo —anunció, sorprendiendo a todos—. Tienes los fondos suficientes y yo los contactos para asentar en Inglaterra una sede del banco B&S.

Todos se tuteaban, porque Owen así se lo había solicitado a su cuñado.

El hermano de Miranda lo miró extrañado.

Había expuesto que estaba interesado en montar la banca Boston.

—¿B&S? —indagó, invitando a Benedick a explicarse.

El marqués sonrió, miró a su mujer, y le gustó comprobar que ella lo miraba con curiosidad y, ante todo, enamorada.

Definitivamente, su vida había cambiado, pues se consideraba un hombre afortunado.

Giró la cabeza y miró a su cuñado.

—Boston y Stewart —aclaró—. Somos familia —le recordó, por si se había olvidado—. Podemos asociarnos; en Inglaterra pondrían demasiadas trabas para que un banco americano pudiese recibir los permisos —informó, aunque Owen ya lo sabía—. No puedo prometer que mi título esté todavía vigente —dijo, revelando ante la familia de su esposa que la decisión de su matrimonio podía convertirlo en un desheredado—. Pero mi apellido tiene el suficiente peso como para continuar teniendo los contactos necesarios.

Wyatt y Owen sintieron una gran admiración por él, pues mostraba ante ellos que anteponeía a Miranda a todo.

Ella lo miró con orgullo.

Benedick esperó una respuesta.

Y recibió la única que Owen Boston creyó que debía dar: alargó su brazo, invitándolo a que estrechara su mano.

Él no lo dudó, aceptó la invitación.

—Enhorabuena, socio —felicitó.

—Igualmente —respondió Benedick.

Todavía no había soltado la mano de su cuñado cuando recibió un beso tierno y cálido en la mejilla por parte de su esposa.

Tras la comida, Owen y Benedick se reunieron en el despacho para tratar con tranquilidad aquel asunto.

Miranda y Wyatt se retiraron a una sala más pequeña en donde acomodarse a la espera: él, semitumbado en un diván; y ella sentada en un sofá.

Miranda lo miraba, debía tratar también un tema con él. Ahora que su matrimonio ya había sido consumado era inevitable que tuviese que regresar a Inglaterra.

—Wyatt —llamó su atención, y el hombre giró la cabeza—. No sé cuánto tiempo permaneceremos aquí —expuso, con voz afable—. Y Dotty sigue siendo mi doncella personal —indicó, para que él comprendiera lo que trataba de decirle.

Mendoza se incorporó, quedando sentado frente a ella.

Que él no hiciese comentario la sorprendió; dudaba de que no la hubiese entendido, pero, por si acaso, quiso ser más concisa.

—Sin una petición de compromiso o una alianza que la convierta en esposa, nada la retendrá en Nueva York —apuntó, asegurando que, si su doncella no recibía por parte de él una pedida de mano, se marcharía junto a ella.

Aquella revelación no gustó a Wyatt. No obstante, ¿era suficiente para casarse?

Si alguien conocía a Wyatt Mendoza mejor que nadie, esa era ella; incluso más que sus hermanos. Por ello, conocía aquella reticencia por su parte al matrimonio.

A él lo consideraba un hermano y a su doncella la apreciaba; debía intentar ayudarlos a ambos, aunque con ello tuviese que sacar a colación un tema delicado que podría molestar a Wyatt.

—Tu madre no te abandonó —indicó—. Se vio obligada a hacerlo.

Wyatt se levantó.

—No la nombres —decretó, mostrando que aquel recuerdo todavía le afectaba.

—Te dejó con nosotros —insistió ella—, ofreciéndote una protección que ella no podía ofrecerte.

Él levantó la mano con el dedo índice extendido.

—Ni una palabra más —amenazó, enfadado—. Céntrate en tu propio matrimonio y no intentes organizar la vida de los demás.

A Mirando no le dio tiempo a replicar, pues se marchó, dejándola con la palabra en la boca.

Suspiró, apenada. Su intención no era que se enfadase, solo quería ayudarle a entender que Dotty no lo abandonaría, pues él no era como su padre, y, además, que su madre no fue una mujer despegada ni mala persona,

tan solo una madre atemorizada, que no poseía recursos para mantener a su hijo y tuvo que abandonar a su marido por miedo a perder la vida.

Decidió mantenerse ocupada para distraerse y olvidar lo sucedido, porque de lo contrario acabaría entristeciéndose por el pasado.

Se dirigió a la biblioteca, pues quería enviar unas cuantas cartas, disculpándose por anular la asistencia a las invitaciones que ya habían sido confirmadas; Benedick no podía presentarse con el rostro magullado.

Al pensar en él, con aquel ojo cerrado por la hinchazón y su pómulo verduoso, no pudo más que reír, feliz, porque aquellas heridas eran de alguna manera las artífices de que su matrimonio se hubiese consumado.

Tras dos meses durante los cuales Owen Boston y Benedick Stewart se mantuvieron inmersos en la planificación de la banca B&S, embarcaron rumbo a Inglaterra.

Miranda lamentaba que Wyatt no hubiese sido capaz de ahuyentar los fantasmas del pasado; de haberlo hecho, su doncella Doty se habría convertido en la señora Mendoza y no estaría melancólica.

Las dos se encontraban en el camarote de Miranda, al que habían acudido después del almuerzo, tras sentirse mareada.

Había tardado casi una hora en poder calmar su estómago.

—No me había mareado con anterioridad —reconoció Miranda.

Doty la miró.

—Quizás sea su estado de buena esperanza el causante de su malestar —apostilló, estudiando la reacción de su señora.

Miranda parpadeó.

La doncella sonrió y se encogió de hombros.

—Su ausencia de sangrado corrobora mi incertidumbre —explicó, porque la marquesa era una mujer con un sangrado puntual.

De todas las cosas que podía haber pensado Miranda, entre otras, que se tratase de una indigestión por haberse excedido durante el almuerzo, la que exponía Doty era la única que no había barajado.

Se quedó pensativa.

Había estado tan ocupada disfrutando en la intimidad con Benedick que en lo último en lo que había pensado era en su sangrado mensual. Mas, pensándolo, el día que embarcaron era la fecha estimada y de eso hacía más de quince días...

Abrió la boca formando un óvalo.

Doty sonrió, muy dichosa por su señora.

—Enhorabuena —la felicitó.

Miranda la abrazó sin importarle que fuese inapropiado.

—Voy a ser madre —soñó.

La soltó y salió corriendo; necesitaba llegar a la cubierta, en donde se encontraba Benedick junto a Owen, en la popa, disfrutando de una partida de ajedrez.

—¡Benny, Benny! —gritó.

Los dos hombres se sobresaltaron.

El marqués se levantó como un resorte, asustado por que le hubiese sucedido algo.

La vio correr hacia él con los brazos extendidos, como si quisiera que él la recibiera de igual manera, por lo que no lo dudó: los abrió y la esperó.

Al llegar a su altura se lanzó, colgándose de su cuello.

Benedick la sujetó y se relajó al escucharla reír.

Owen permaneció en silencio, observando a la pareja.

—¡Oh, Benedick, estoy en cinta! —se expresó, con júbilo.

A él se le agrandaron los ojos.

Ella le acunó el rostro.

—Soy tan feliz —susurró, emotiva.

—No tanto como yo —apuntó él, con el corazón agitado e irremediabilmente enamorado de su mujer.

Y la besó, sin importarle que los marineros los viesan, que los vieron, ya que empezaron a vitorear y a silbar.

Separaron sus labios, miraron a su alrededor y se rieron.

Lo que nadie habría esperado de un marqués era que mantuviera a su mujer con un brazo, levantara el otro y gritara:

—¡Voy a ser padre!

Los aplausos, silbidos y felicitaciones llegaron de inmediato por parte de los marineros.

Miró a su mujer con ojos enamorados.

—Te amo, Miranda —reconoció—. Jamás imaginarás cuánto.

Y volvió a besarla.

—Ejem... ejem... —carraspeó Owen.

Benedick soltó a su esposa.

—Mocosa, yo también quiero un abrazo —pidió, abriendo sus brazos, en los que se refugió su hermana.

Nada más arroparla cerró los ojos, embriagándose de aquel momento tan especial.

Lo lamentaba por el marqués, pues sabía que todos esperaban un heredero, pero él deseaba una sobrina a la que poder malcriar, colmarla de caprichos, los que su hermana no pudo disfrutar. Ahora tenía el dinero y la ilusión de poder volcar en esa niña lo que durante años solo se pudo permitir soñar.

Qué no hubiesen dado Dereck y él por poder regalarle todo cuanto quisiera a su mocosa cuando era una niña. Sin embargo, lo único que pudieron entregarle fueron sonrisas y bromas para aportarle un poco de felicidad, pues era lo único que poseían por entonces.

Tuvo una revelación en ese mismo instante: su padre tenía razón cuando aseguraba que Dereck era un hombre destinado a ser un día el cabeza de familia; y él estaba destinado a disfrutar de la vida sin ataduras.

Sonrió al recordar a su padre, quien, como siempre, no se equivocaba con respecto a sus hijos, ya que él se alegraba por Miranda, pero no poseía una brizna de curiosidad por la paternidad.

La besó con cariño.

Se acercó a su cuñado y lo abrazó con el mismo afecto que le habría entregado a un hermano; le dio un par de palmadas y lo felicitó:

—Enhorabuena.

Esa noche lo celebraron junto al capitán del barco.

Una vez en la cama, Miranda se apoyó en el pecho de Benedick. A pesar de la felicidad, tenía cierto temor y quería compartirlo con su esposo.

—Benny —susurró—, si tu padre te deshereda por no anular nuestro matrimonio —se preocupó—, podremos regresar a Nueva York —aventuró—. Allí nadie te juzgará por haber perdido tu marquesado.

Él negó con la cabeza. Cuánto adoraba a su mujer, ella estaba preocupada por lo que pudiese afectarle a él perder el título. Incluso intuía la culpa que ella sentía al creerse la causante del distanciamiento con su padre, cuando lo cierto era que para él Miranda se había convertido en su única preocupación. Benedick Stewart, marqués de Frotell, podía vivir sin título, pero no podría vivir sin Miranda.

—No debe preocuparte la decisión de mi padre —la tranquilizó—. No lo conoces. Poco importa lo que haga o diga, él siempre actúa con displicencia.

Ella acarició su torso y pensó en las marcas que tenía en la espalda, unas que apenas se veían, pero que estaban grabadas en su piel.

Cerró los ojos, imaginando lo que debió de sufrir; más, cuando estaba convencida de que se las había provocado su padre, porque Wyatt tenía unas muy parecidas.

—No permitiré que te dañe —aseguró Miranda. Levantó la cabeza y lo miró a los ojos—. Si se atreve a lastimarte, tengo a tres hermanos dispuestos a darle su merecido —le advirtió de lo que serían capaces de hacer Dereck, Owen y Wyatt por él—. Ahora tienes una nueva familia que no castigarán al duque, sino al hombre.

Bien sabía Miranda que su familia no sentiría temor o respeto hacia el padre de Benedick por ser un aristócrata, solo verían al hombre que quería hacer daño al padre del hijo que esperaba ella.

Él la movió, obligándola a quedarse totalmente tumbada encima de él.

La rodeó con sus brazos y la miró a los ojos, emocionado.

—Gracias a ti, ya no necesito protección —reveló ante su esposa que no hacía mucho él habría temido cualquier reacción por parte del duque—. Créeme, Miranda, me has otorgado una fuerza que no pensé que poseyera —dijo, sorprendido por lo que ella había sido capaz de cambiarlo, pues ya no temía a nada ni a nadie—. Le has arrebatado a mi padre su fuerza ante mí —confesó, admirándola por ser tan especial—. Tú eres la única que posee el poder de lastimarme.

Ella se sintió pletórica.

Él besó su nariz.

—Sí, Miranda, eres una mujer poderosa.

—Entonces estás a mi merced —bromeó, regalándole a él su mejor sonrisa.

Benedick asintió con la cabeza, disfrutando de aquella intimidad y de aquellos secretos compartidos.

—Con plenitud —respondió—. Ante el mundo soy tu dueño, ante ti soy tu esclavo.

Ella soltó una risita.

—En tal caso, compláceme y te recompensaré —coqueteó, moviéndose con descaro sobre él.

—¿Cuál será mi recompensa? —indagó el marqués, excitado.

—Ummm... —Fingió pensar la respuesta—. Mi amor eterno.

No tardó en llegar la reacción de Benedick; se movió con rapidez, girando con ella para dejarla con la espalda pegada al colchón.

—Sus deseos son órdenes para mí.

La besó con pasión, la misma que entregó para conseguir aquel amor eterno que ella había asegurado.

Capítulo 51

La llegada a Serenity Park no fue como esperaban, pues no encontraron a Dereck allí. El mayordomo no pudo dar una respuesta concreta con respecto al paradero del señor de la casa, lo único que pudo responder ante la insistencia de Owen fue que la última vez que había sabido de él, y de eso hacía tres meses, se dirigía a Irlanda.

Tanto Owen como Miranda se sorprendieron; su hermano no había dado muestras de estar interesado en entablar negociaciones en tierras irlandesas.

Claro que, tratándose de Dereck, podían esperar cualquier cosa, ya que siempre se guiaba por su instinto. Por ello, no dieron importancia a su ausencia.

Benedick debía presentarse en Secret Garden. Hasta que su padre tomase una decisión, él seguía teniendo la obligación de mirar por las gentes de aquel lugar.

Invitaron a Owen a que los acompañase, pero rechazó la invitación, pues prefería quedarse en Serenity Park hasta que Dereck regresara.

El trayecto se dilató más de lo habitual debido a las contadas ocasiones en las que tuvieron que detenerse por las continuas nauseas de Miranda.

El personal de Secret Garden recibió a la marquesa con los honores que merecía y eso agradó a Benedick.

Un día en aquel lugar, y ya se había ganado el afecto de todos ellos. Poco les importaba que fuese americana, la alegría y tranquilidad que reinaba en la casa era suficiente. Temían que el marqués tomase por esposa a una joven del agrado del duque, y ese temor los había tenido en vilo durante mucho tiempo.

Dotty fue también una gran aliada, al compartir con todos ellos anécdotas vividas durante su estancia en Nueva York.

Tras haber atendido el almuerzo de los marqueses, todo el personal se encontraba reunido en las cocinas, preparándose el propio.

—Os dije que la señorita Boston había conseguido que el marqués se mostrase sonriente durante su estancia en Secret Garden —se pronunció una doncella, recordando la corta visita de la americana en el mes de diciembre.

Aquello consiguió que empezasen a hablar. Parecía que todos tenían su propia opinión e incertidumbre con respecto al duque de Manfford, quien la mayoría dudaba de que fuese a recibir con agrado a la esposa de su hijo.

—¡Señores! —se expresó, taxativo, el mayordomo—. No es de nuestra incumbencia —los sermonéó—. Nuestra obligación es atender a la marquesa, sea cual sea la opinión del duque —les advirtió—. Estamos bajo el amparo del marqués de Frotell y acataremos sus órdenes.

No había nada más que decir.

El ama de llaves lo miró y agachó la cabeza, pues él sabía que, desde el incidente del dormitorio, no poseía una grata opinión sobre la mujer que había tomado por esposa el marqués.

Un lacayo bajó a las cocinas, apresurado.

—Señor Morris —pronunció, jadeando por haber corrido—, el duque de Manfford se acerca.

El mayordomo se levantó de su asiento.

La señora Mutton también.

—Avisen al marqués —ordenó—. Se encuentra en su despacho.

El ama de llaves también se apresuró en dar las órdenes precisas; debían tener comida preparada y té caliente, por si el duque solicitaba alguna de las dos cosas, que todo estuviese dispuesto.

El señor Morris se estiró el chaleco y se preparó para recibir al duque como se esperaba de él; a un duque no lo recibía un lacayo.

Mientras lo esperaba al pie de la escalera de la entrada principal, miró el cielo. Estaba soleado y hacía calor, estaba siendo un verano caluroso; aun así, sintió un escalofrío, porque con el duque no se podía esperar nada excepto temor por parte de todos.

El duque de Manfford le entregó su sombrero y entró con paso firme.

Miranda, que no había sido informada de la llegada del duque, bajaba las escaleras con despreocupación, hasta que se topó con el padre de Benedick.

A falta de cuatro escalones para llegar hasta él, se quedó paralizada.

Recordó el día que se encontraron en aquel mismo lugar, y repitió su saludo, una genuflexión ante él.

El duque abrió la boca para pronunciarse, pero su hijo se lo impidió, sorprendiéndolo justo detrás.

—Duque —pronunció, sin alzar la voz, pero con tono amenazante—, no toleraré desprecio o palabra hiriente para

con la madre de mi hijo.

El duque de Manfford se giró lentamente.

—Un heredero —se manifestó, incrédulo—. Un heredero —repitió, ensanchando su sonrisa, una que dejó a Benedick tan perplejo que no fue capaz de reaccionar cuando el duque, por sorpresa, se abalanzó sobre él y lo estrechó entre sus brazos.

Miranda en un principio se quedó tan sorprendida como su esposo, aunque por poco tiempo, ya que reaccionó rauda, tapándose la boca con la mano para no reír al ver los agrandados ojos de Benedick, mirándola con el rostro aturdido.

Él no supo qué hacer y ella lo sabía, por eso se encogió de hombros y le hizo una indicación con las manos para que respondiera con el mismo gesto a su padre.

Él frunció el ceño, dando a entender que no podía; era impensable que su padre quisiera que él mostrara afecto.

Ella asintió con la cabeza al tiempo que entrecerraba los ojos, mostrando que estaba segura de que era lo que el duque esperaba y que se estaba molestando por que él no la creyera.

Entre aquella conversación sin palabras no hubo testigos, ya que los sirvientes no estaban cerca y el duque le daba la espalda a Miranda.

Al final el marqués cedió. Sin saber muy bien cómo responder a aquel abrazo, subió sus brazos y, con timidez, dio un par de palmaditas a su padre.

Miranda se mordió los labios. No quería reírse, pero era el abrazo más extraño que había presenciado nunca.

El duque sabía que debía mantener una conversación extensa con su hijo, pero que le estuviese devolviendo el abrazo decía que no estaba todo perdido con él.

Lo soltó y le apretó el hombro.

—Enhorabuena —lo felicitó.

Se giró y miró a Miranda.

—Querida hija —saludó—, venía con la intención de proponer algo importante —informó—. Mas, esta buena nueva trastoca mi propuesta —reflexionó—. No obstante, nada es más importante que vuestro bienestar hasta el alumbramiento.

En ese instante Miranda comprendió que Benedick no hubiese sabido reaccionar ante el abrazo del duque, ya que ella tampoco estaba segura de cómo responderle; se había quedado tan perpleja que incluso había perdido el habla.

Buscó con la mirada a su esposo.

Él le hizo un gesto cómico, confirmando que se lo merecía por haberse mofado de él, y eso que también mostraba su incredulidad ante aquel comportamiento cordial de su padre.

—¡Señor Morris! —gritó el duque.

Aquello ya era más familiar para Benedick, a eso sí estaba acostumbrado.

El mayordomo se acercó rauda, pues sabía que al duque de Manfford no le gustaba que le hiciesen esperar.

—Descorche champán —ordenó—. Y brinden también en las cocinas —invitó a los sirvientes—, por la salud de la marquesa y la del próximo heredero.

A Benedick le faltó poco para que se le paralizase el corazón y se le saliesen los ojos.

El duque flexionó su brazo, ofreciéndoselo a Miranda.

A ella le costó reaccionar. No obstante, con paso dubitativo, bajó los escalones y tomó el brazo del duque.

Sin más, el hombre comenzó a caminar, llevándola junto a él hasta la sala malva.

Benedick, que continuaba paralizado, vio cómo se alejaban y movió la cabeza. Aquel no era su padre, de eso estaba seguro. Por ello, los siguió; no iba a dejar a su mujer a solas con un desconocido.

Un lacayo llegó con el champán y tres copas.

Dejó la bandeja en la mesita y se preparó para descorchar la botella.

—Avisa al señor Morris y a la señora Mutton —pidió—. Deben celebrarlo con nosotros.

El lacayo hizo una reverencia y fue a dar aviso.

Miranda y Benedick no podían dejar de mirarse.

La llegada del mayordomo y el ama de llaves le dio la oportunidad a Benedick de susurrarle a Miranda al oído:

—Este hombre no es mi padre.

A ella le fue imposible contener la risita, ya que él no bromeaba, sino al contrario, estaba convencido de su afirmación.

—Entonces disfrutemos de su compañía —bromeó ella—, porque cuando aparezca el auténtico duque se acabará la diversión.

Benedick la miró. Iba a amonestarla por tomarse aquello a broma, pues él estaba realmente preocupado... De

pronto, al ver los ojos burlescos de ella reconoció la guasa, recordándole que, desde que se conocieron, ella siempre se había mofado de la falta de diversión del duque.

Acabó sonriendo y cediendo a la súplica de Miranda de disfrutar del momento y esperar que el hombre que él conocía tardase en aparecer ante ellos, pues prefería al impostor.

Tras la celebración, el mayordomo y el ama de llaves se retiraron, dejando a los marqueses junto al duque.

—Mañana partiré hacia Escocia —avisó de sus planes—. Tu hermana lleva una semana allí, ahora que su esposo ya no está obligado a permanecer en Inglaterra...

Benedick se temió lo peor. Que Leighton no estuviese obligado a permanecer cerca de la duquesa de Whellington significaba que ya no estaba al cargo de administrar las propiedades de la duquesa, y, teniendo en cuenta que esa mujer siempre había demostrado su lealtad a su cuñado, solo podía tratarse de que su padre hubiese intervenido.

—No se habrá atrevido —se pronunció, molesto.

—¡Por supuesto que lo hice! —se expresó, ofendido por que su hijo pensara que él iba a consentir otra cosa.

A Benedick se le endureció el gesto. Iba a reprocharle a su padre su comportamiento, pero él se adelantó.

—No iba a consentir que gente de poca alcurnia y baja moral recibiese un título de baronet —se molestó por lo que la corona había consentido—, y que el esposo de mi hija no recibiera un título acorde a su estatus, por su implicación y lealtad a la corona.

Benedick frunció el ceño, pues no comprendía nada.

—Fui muy tajante al respecto —insistió, y desveló ante su hijo lo que había hecho—: Como mínimo se le debía otorgar una baronía o podían dar por sentado que no volvería a apoyar a la corona —y añadió—: Además de que pensaba desvelar públicamente los motivos por los que se otorgaron los otros títulos.

Miranda miró a Benedick, quien parecía muy sorprendido.

—¿Y qué sucedió? —se interesó, muy curioso.

—Lo que tenía que suceder —respondió, y sentenció, triunfal—: Mi hija Victoria se ha convertido en la baronesa Westhill.

Había sonado con orgullo.

Benedick se apretó el puente de la nariz con fuerza para estar seguro de que estaba despierto.

Miranda sonrió. Con aquella afirmación, el duque consiguió su simpatía, pues había sonado sincero. Además, la respuesta corroboraba que él había hecho todo lo posible por que su hija se mantuviera en un estatus social admirable.

El duque, al ver la sonrisa de la muchacha, se sintió dichoso, momento que aprovechó para disculparse con ella a su estilo, por descontado.

—Espero que durante vuestra gestación sigáis practicando con el chelo —deseó—. Mi intención es celebrar una velada musical mensual.

Miranda levantó las cejas.

Benedick miró atento al duque, intentando encontrar alguna marca en su piel que corroborara que era un impostor.

—¿Una velada musical? —preguntó ella, por si no había entendido bien.

El duque asintió y giró la cabeza para mirar a su hijo.

—Quiero demostrar a todos que las mujeres Stewart poseen talento —respondió, ensalzando tanto a Victoria como a Miranda—. Las hijas del barón Treinton tienen mucho que aprender de tu hermana y tu esposa.

Por primera vez en veintiséis años, Benedick se carcajeó delante de su padre. No lo pudo evitar, se había pronunciado gesticulando, mostrando que era una tortura acudir a las veladas musicales en Treinton House, y no iba a mentirse a sí mismo: lo era.

Miranda también emitió una risita tímida, recordando aquella velada en la que sus oídos y uñas corrieron peligro.

El duque se sentía tan cómodo en aquel momento que continuó hablando, con soltura y comicidad.

—Debería existir una ley que prohibiera tanto desatino —ironizó—. Es posible que cree un comité para clausurar cualquier evento musical cuyas damas no posean el talento requerido.

Las risas por parte de Benedick y Miranda fueron in crescendo, ya que el duque parecía totalmente convencido de sus palabras, y estaban seguros de que tenía intención de crear el comité referido.

Una arcada imprevista hizo que Miranda se levantara como un resorte y saliera rauda de la sala.

Benedick y el duque se quedaron en silencio.

—Frotell —lo llamó el duque, con voz afable y ojos suplicantes.

Benedick, que lo miró atento, se sintió extraño, no por la sensación de tener delante a un hombre que no parecía

su padre, sino más bien por reconocer al padre que siempre deseó tener.

—Debemos hablar —solicitó—. Pero antes, permíteme que te felicite por no haber sucumbido a mi despotismo —lo felicitó, con honestidad, una que Benedick supo reconocer—. Ojalá yo hubiese sido tan fuerte como tú —pronunció, apenado—. De haberlo hecho, Victoria y tú no habríais sido tan desdichados —confesó, criticándose a sí mismo ante su hijo por haber sido un mal padre—. No me lo podré perdonar. No obstante, a pesar de todo, debes saber que siempre habéis sido mi gran orgullo.

Miranda había permanecido oculta tras la puerta. No era su intención escuchar a escondidas, pero, en el mismo instante en que escuchó al duque llamar Frotell a Benedick, con un tono de voz tan extraño en él, decidió no molestar, pues, padre e hijo, como bien había dicho el duque, debían hablar.

Con ese pensamiento entró en la sala.

—Duque —lo nombró, con afecto, por el grado de parentesco que los unía. Mientras él no le dijese lo contrario, ya no se dirigiría a él como Su Excelencia—, debe disculparme, debo retirarme a descansar.

El hombre asintió con la cabeza.

Benedick se acercó a ella y la miró a los ojos. Ambos se entendieron, ella estaba ofreciéndole la oportunidad de poder mantener una conversación privada con su padre.

La besó en la frente.

El duque sonrió al recordar lo sucedido el día que ella metió el pavo real en la alcoba.

—Frotell, advierte a tu esposa de que no deje la ventana abierta —bromeó—. La envergadura de nuestras lechuzas en Inglaterra es de tres pies, se pueden colar con facilidad; incluso su plumaje en ocasiones es parecido al de un pavo real.

Miranda y Benedick se miraron, ella sonrojada, él divertido; el duque no era tonto, los había descubierto, y, por más que lo intentaron, les fue imposible no reírse.

Una vez a solas, padre e hijo mantuvieron una larga conversación. En realidad, fue el duque de Manfford quien habló. Le debía una explicación a su hijo, comenzando por revelar su niñez, pues solo así Benedick podría entender por qué se sentía en deuda con sus hijos, y al duque la verdad lo libraría de su carga emocional para con ellos. Si, tras su confesión, Frotell no lo perdonaba, lo comprendería. No obstante, la verdad se la debía tanto a Victoria como a él.

Miranda dio aviso de que nadie interrumpiera en la sala, y obedecieron; incluso esperaron a que la marquesa decidiera si dar aviso al duque y al marqués de que la cena estaba preparada.

Para ella la cena podía esperar, era más importante la conversación que estuviesen manteniendo.

Como así fue, ya que Benedick llegó a comprender tantas cosas que para él nunca habían tenido lógica que incluso llegó a sentirse agradecido ante la revelación de su padre.

Para ser sincero consigo mismo, debía reconocer que, sin conocer la historia, de haber tenido que elegir entre su padre y su madre, nunca lo habría dudado, se habría quedado con el duque, porque, a pesar de su soberbia, su despotismo y su desagrado por todo, sabía que jamás permitiría que nadie hiciese daño a sus hijos; una cosa era que él se tomase la libertad de humillarlo, pero acabaría con quien intentase hacerle a Victoria o a él algún daño. No así su madre, quien jamás mostró misericordia con nadie; esa mujer carecía de alma y de corazón.

No había más que decir, el duque había contado su historia, Benedick había preguntado todo cuanto necesitaba saber, y había obtenido respuesta a todo. Podía reprocharle muchas cosas, pero solo le reprochó una: que quisiera casar a Victoria con el conde. La explicación por parte del duque incluso la llegó a comprender; no la compartía, pero la entendió. Como también entendió que estaba intentando recuperar el tiempo perdido con sus hijos, o más bien, con él mismo, ya que, aunque ante la sociedad él seguiría siendo el duque de Manfford, ante Victoria y Benedick quería convertirse en el padre que debió ser.

—Como hijo os puedo perdonar —aseguró Benedick—. Como padre no os perdonaré si llegáis a lastimar a mi hijo.

El duque asintió, y se sintió orgulloso de Benedick, pues le ofrecía su perdón y su muestra de buena fe para con él, pero, si se le ocurría volver a actuar ante su nieto como lo había hecho con él, dejaría de tener trato de inmediato, sin posibilidad de perdón.

Se levantaron.

Benedick fue al tirador.

El duque pensó en lady Hermione y en cuánto le iba a tener que agradecer, pues, de no haber sido por ella, él no habría recuperado su vida y el afecto de sus hijos.

Su destino habría sido solitario y, lo más doloroso, olvidado por todos; un mero retrato en una pared.

Capítulo 52

El tiempo pasaba tan rápido... Sin darse cuenta, ya llevaban un mes en Inglaterra. Casi era impensable que Miranda se sintiese tan dichosa, cuando, al llegar a aquel país, lo único que había deseado era regresar de nuevo a Nueva York.

—¿En qué estás pensando? —se interesó Benedick.

Estaban sentados en el césped, él con la espalda pegada a un árbol, las piernas abiertas y estiradas, tocando sus pies descalzos el agua del estanque de la sirena, mientras rodeaba a su mujer con los brazos. Ella se hallaba entre sus piernas, con su espalda apoyada en el pecho de él, las piernas estiradas, sin medias, metidas dentro del agua, frente a la estatua de la sirena.

Sin moverse, respondió:

—En el señor Hill.

El cuerpo de Benedick se tensó tanto que ella lo notó.

Giró la cabeza para mirarlo.

—En lo agradecida que le estaré siempre —reveló—. De no haber sido por él, mi hermano no me habría obligado a viajar a Inglaterra —expuso, para que él no pensara otra cosa—. No nos habríamos conocido, y yo no me habría sentido tan dichosa y feliz.

Él se relajó y le besó la frente.

—Creo que empezaré nuestra historia en el libro de las marquesas contando el motivo por el que llegué a Inglaterra.

Él sonrió; ella llevaba días leyendo el libro secreto de las marquesas.

—Nuestra historia pasará a los anales de la historia familiar —añadió Miranda, con entusiasmo y soñadora—. Aunque a tu padre no le gustará.

Él soltó una carcajada. Estaba seguro de ello, pues Miranda no pensaba mentir con respecto a su historia, por más que el duque le había pedido que lo dulcificara.

—La historia es la historia —corroboró Benedick, tanto si le gustaba a su padre como si no.

—Nuestros hijos se sorprenderán —aventuró ella—. Pensarán que es una invención.

Él apretó los labios, consciente de que era muy posible, ya que el duque que ellos conocerían no era el que Miranda había conocido.

—Lo comprenderán cuando descubran el motivo de su cambio —aseguró él—. Al igual que nosotros hemos comprendido al tercer marqués.

Miranda sonrió, fascinada con aquella historia, que era la última que había leído; todavía le faltaban por delante nueve más. No podía entender que una historia que había empezado tan hiriente, hubiese acabado con un final tan hermoso.

Se había quedado tan ensimismada que Benedick no pudo reprimirse, así que repartió un reguero de besos por todo su rostro.

La reacción de Miranda fue rápida, aquellas caricias le habían despertado un instinto primario que deseaba compartir con él.

—Ummm... —coqueteó—, ¿alguna vez te has bañado desnudo en este estanque?

La pregunta, hecha con voz susurrante e insinuante, excitó a Benedick.

—¿Acaso mi sirena desea comprobar la frialdad de estas aguas?

Ella se mordió el labio inferior e hizo una caída de pestañas perfecta.

—Entonces, milady, os desnudaré —prometió, y la besó con ardor.

Una promesa que quedó suspendida al ser interrumpidos por el jardinero, el encargado de mantener aquel lugar tan hermoso como lucía desde hacía más de un siglo.

La mirada asesina del marqués hizo temblar al hombre, quien se avergonzó por haber sido testigo de aquella intimidad entre su señor y su esposa. Más, cuando el marqués había dado orden de que nadie accediera a aquel lugar cuando él y su esposa estuviesen allí.

—Lo... lo... lo lamento, milord —tartamudeó, por los nervios—. No le habría interrumpido de no ser por la premura con la que se ha presentado el hermano de la marquesa.

Miranda, que había ocultado su rostro sonrojado entre el hombro y el pecho de Benedick, se giró.

—¿Mi hermano? —preguntó, rauda.

—Sí, milady —informó—. El señor Boston solicita su presencia con urgencia.

Benedick le hizo una seña para que se marchara.

Ella miró a su marido, preocupada; no era propio de sus hermanos presentarse y solicitar la presencia de alguien con tanta premura.

—¿Será Owen o Dereck?

Benedick notó su preocupación.

—Tanto uno como otro ha llegado hasta aquí —la tranquilizó—. Su impaciencia puede deberse también a buenas nuevas.

Ella no estaba segura. Aun así, se quedó más tranquila, ya que era cierto; si había llegado hasta allí, significaba que estaba bien.

Se pusieron los zapatos y caminaron cogidos de la mano.

Nada más salir del laberinto se encontraron de nuevo con el jardinero.

—Encarga una campana lo suficientemente grande como para que la escuchemos bien desde el estanque, sin que el sonido de la cascada dificulte que la podamos oír —solicitó el marqués—. Mañana nos ocuparemos de buscarle la ubicación.

El hombre asintió.

Benedick no pensaba volver a tener una interrupción como la de ese día; de haber llegado un minuto más tarde, los habrían descubierto, desnudos y haciendo el amor, una escena que él no estaba dispuesto a compartir con nadie, de ahí que encargara la campana, para que, si alguien se presentaba y solicitaba su presencia, lo avisasen a través de ella.

Caminaron con decisión hacia la casa y se pararon al ver llegar un carruaje, del que bajaron Owen y Wyatt.

Miranda fue corriendo hacia ellos.

Se lanzó a los brazos de su hermano y también a los de Wyatt.

No le sorprendió ver a Mendoza, estaba segura de que él regresaría a Inglaterra a por Dotty, quien estaba tan melancólica que, de continuar así, enfermaría.

—¿Por qué tanta premura? —indagó Miranda.

—Eso nos preguntamos nosotros —respondió Owen—. Llegó una carta de Dereck a Serenity Park pidiéndome que me reuniera con vosotros aquí —informó, sin comprender cómo se había enterado de que él estaba en Londres—. Su urgencia me preocupó, pensé que te había pasado algo.

Benedick los saludó.

—Entremos —invitó—. Él nos dará la respuesta.

Los cuatro entraron y el mayordomo les comunicó que el señor Boston se encontraba en la sala malva.

Cuál fue la sorpresa de todos al no encontrar a Dereck, sino a una niña de poco más de ocho años, con mugre y ropas polvorientas y desgatadas.

Seguramente se tratase de la hija de algún campesino de la zona, que se había colado en la casa.

Benedick iba a tener que hablar con el mayordomo, ya que no podía colarse gente en su casa sin el menor problema; menos, cuando todavía tenía el amargo recuerdo del rapto del hijo de su amigo Derian.

Miranda se apiadó de la niña, que parecía asustada ante todos ellos.

—Vaya, ¿quién es esta niña tan bonita? —se pronunció, con voz dulce, para que no se asustara.

La sonrisa tímida de la niña llegó al corazón a Miranda.

—Serenity Boston —se presentó.

—Mi hija —zanjó Dereck, justo detrás de ellos.

La reacción de todos fue unísona; se giraron al mismo tiempo.

Él los miró uno a uno.

Miranda se había quedado sin habla.

Owen estudió el rostro de su hermano, no parecía estar bromeando.

Wyatt levantó las cejas.

Benedick fue el primero en volver a su posición, miró a la niña y le sonrió.

—Bienvenida a Secret Garden —la saludó, con una sonrisa amplia.

La niña parecía cohibida.

Miranda se llevó las manos al corazón, pues necesitaba calmarlo; no sabía si se había agitado por el descubrimiento o por el enfado de tener una sobrina y no haber sabido de ella hasta ese momento.

Dereck caminó con tranquilidad, pasó por delante de su hermano Owen, y se paró justo al lado de su hija.

La pequeña le tomó la mano; estaba temerosa.

Miranda decidió que debía tomar el mando de la situación, así que se acercó al tirador para dar aviso.

Llegó el ama de llaves.

—Preparen un baño para mi sobrina —solicitó, integrándola en la familia sin mayor explicación, pues, si su hermano decía que era su hija, no había más que saber—, y avise a Dotty para que se haga cargo.

La mujer se alejó.

No tardó en llegar la doncella, que entró en busca de la niña. No obstante, sus ojos se agrandaron al ver a Wyatt allí.

—Dotty —llamó su atención Miranda—, te presento a mi sobrina Serenity —la presentó.

Se agachó para estar a la altura de la niña.

—Esta es Dotty —informó—, mi doncella personal. Ella te ayudará a bañarte y a dejarte muy hermosa.

La pequeña miró a Dereck; él le hizo un gesto con la cabeza para que se fuera tranquila.

Entonces se soltó de la mano de su padre y tomó la de Dotty, quien se la había ofrecido para que estuviese tranquila.

En cuanto la niña desapareció, todos empezaron a hacer preguntas. Miranda levantó la mano, impidiendo que se pronunciasen.

—Aquí no —advirtió—. La sala para caballeros es más apropiada.

Benedick sonrió; su mujer estaba segura de que iban a necesitar más de un trago, y allí podían servirse ellos mismos cualquier licor, sin ser interrumpidos por los sirvientes.

Sin dilación, se refugiaron en la sala que les aportaría la intimidad que necesitaban.

Benedick iba a marcharse, era una conversación entre hermanos.

—Debes quedarte —aseguró Dereck—. En nuestra familia no existen secretos, y tú formas parte de ella.

Miranda miró a su hermano con admiración.

Benedick se acercó al sofá en donde se había sentado su mujer, y tomó asiento junto a ella, tomándola de la mano.

—Posiblemente, se rumoreará públicamente sobre Serenity y se dirá que es una hija de la que no supe de su existencia hasta hace poco —estableció ante su familia—. La realidad solo la sabréis vosotros, una que no se difundirá en caso de que la madre de Serenity así lo decida —sentenció.

Esa decisión no le correspondía a él, dejaría a Beatrice la decisión de mostrar a Serenity como su propia hija o como la hija de él.

—¿Su madre? —preguntó Owen.

Él asintió con la cabeza.

—Beatrice.

Miranda se quedó sin aliento.

Benedick cerró los ojos; ahora que su cuñado había conseguido convertirse en aristócrata, su título iba a quedar denostado con aquel escándalo.

No esperaba otra reacción por parte de sus hermanos, se habían quedado perplejos. Por ello, aprovechó el mutismo de todos para revelarles la historia que durante ocho años la mujer que amaba había guardado en secreto, sabedor de ante mano de que las personas que tenía delante guardarían silencio eterno con respecto a la identidad de Serenity, si Beatrice decidiese continuar manteniéndola en secreto.

Tras la revelación completa, los hombres permanecieron en silencio. Miranda, sin embargo, lloraba con mucho pesar.

—¿Cómo diste con ella? —preguntó Wyatt.

—Madre me guio —aseguró—. No fue fácil, cada vez que obtenía una pista, al llegar ya no se encontraba allí —aseguró, frustrado—. Ha pasado por varios orfanatos, hasta que en el último decidieron que tenía edad suficiente para trabajar en las minas.

Miranda se dejó arropar por el brazo de Benedick, escuchar aquello era muy doloroso.

—Una semana —expuso, con rabia por no haber llegado antes a ella.

Owen se mordió los labios.

—Estará falta de cariño —reflexionó Wyatt.

Dereck asintió con la cabeza.

—El que no le volverá a faltar, porque voy a compensar todo el que no ha tenido —aseguró—. Serenity es mi hija —sentenció, pues así lo sentía.

Owen sonrió; su hermano se había convertido en el cabeza de familia que su padre tanto había asegurado que sería.

Y entonces su sonrisa se ensanchó; él se había convertido en tío, ya podía malcriar a la niña.

Se levantó.

—Disculpadme —se excusó—. Tengo que atender sin demora algo que se ha convertido en mi prioridad.

—¿Qué? —se interesó Miranda.

—Malcriar a mi sobrina —reveló—. Debo encargarme de buscarle, para empezar, unas cuantas muñecas. Miranda soltó una risita; se veía a Owen tan decidido...

—No le compres vestuario —pidió—. Yo le compré dos, y quiero que Beatrice disfrute de ese privilegio.

La admiración que sintieron todos los presentes por Dereck fue unánime; ese hombre amaba a Beatrice y se había convertido en padre.

Iban a salir de la sala, cuando Wyatt le pidió a Miranda que se quedara, pues necesitaba hablar con ella.

—Lamento tener que informarte de que debes buscarte a otra doncella personal —dijo del tirón.

—¿Por qué? —preguntó ella, sonriente.

—Voy a convertir a Doty en la señora Mendoza.

Miranda lo abrazó.

—Por fin —aplaudió.

Le había sido imposible olvidar a Doty, tan solo una semana había tardado en darse cuenta de que poco importaba acostarse con otras mujeres, cuando en su mente siempre estaba ella.

No era porque su infancia lo atemorizara, hacía años que había dejado de sufrir por el abandono de su madre. Además, los Boston se habían convertido en su familia, y eso era más de lo que cualquier otro muchacho hubiese podido desear. Su temor era fracasar y arrastrar con él a una esposa, porque cuando pasaba hambre y penurias, el miedo de perder todo lo conseguido siempre estaba presente.

Una noche, tumbado en la cama, pensando en su pasado recordó a Serenity y a Dexter, un matrimonio unido, feliz y pobre. Si esas dos personas habían conseguido mantener una familia con tres hijos y cobijarlo a él, tratándolo como a un hijo propio, ¿por qué él no iba a poder hacer lo mismo?

Además, debía apartar aquel temor; él no era un hombre jugador, pocos riesgos podría correr para perder la fortuna que poseía, una que, en parte, había heredado del señor Boston, quien, incluso en sus últimos pensamientos, lo había considerado un hijo más a quien dejar sus bienes. La otra la había amasado él con su trabajo y sus inversiones, unas que siempre le habían dado beneficios gracias a Dereck, quien, como siempre, le había ofrecido la oportunidad de invertir en todo lo que para él iba a tener éxito, y desde luego que se lo había dado.

Entonces, si él estaba considerado como uno de los mejores partidos de Nueva York, lo único que tenía que hacer era dejar de tener miedo, pues solo así conseguiría ser un hombre feliz, y esa felicidad quería compartirla con Doty.

Tras aquel pensamiento, y dispuesto a conseguir su felicidad, se embarcó a la mañana siguiente con destino a Inglaterra en busca de su futura esposa.

Miranda estaba al tanto de la inquietud de su hermano Dereck por viajar a Escocia. No obstante, a pesar de su anhelo, ella lo convenció de que le diese un tiempo prudencial a la pequeña, pues debía acostumbrarse a su nueva vida, integrarse en la familia, que supiese que ya no estaría sola nunca más, y, sobre todo, que Serenity pudiese compartir afecto, ya que solo así la pequeña llegaría a valorar el verdadero amor de una madre.

En un principio, Dereck se mostró reticente, pero, al ver cómo la niña todavía parecía temerosa de que aquello no fuese más que un sueño y de que la abandonasen de un momento a otro, cedió, porque ahora él era padre y su hija en ese momento era lo más importante.

Capítulo 53

Las damas más poderosas de Inglaterra disfrutaban de una taza de té, en Philo's Garden, cuando el mayordomo de lady Philomena entró para dar aviso de la llegada del conde de Mortton, quien solicitaba ser recibido por su hermana lady Hermione.

Las tres se sorprendieron. Hermione no había tenido trato con su hermano desde que falleció su padre; ella no los había perdonado por la muerte del hombre que amaba, y él no la había perdonado a ella por haber puesto en peligro la reputación de su apellido.

Ese mismo día ella abandonó la que había sido su residencia familiar, se trasladó, o más bien, la desterraron a una propiedad que le pertenecía, una que su hermano no podía negarse a entregarle porque ella ya era mayor de edad.

La última vez que se vieron, el conde le prometió que, si no se casaba con el hombre que él eligiese para ella, no recibiría su fideicomiso, una promesa que no cumplió, ya que lady Hermione había estado recibiendo anualmente la cantidad estipulada.

Ninguna se pronunció, no había necesidad; ni Philomena ni Violet preguntaron a Hermione si quería quedarse a solas con él, entre ellas ya no hacían falta palabras.

El conde entró y Hermione lo miró. Ya no era el joven de antaño, ahora estaba canoso y arrugado; incluso diría que bastante deteriorado, en comparación con ella, pues le costaba caminar con soltura.

—Hermana —saludó.

—Mortton —respondió.

Miró a las amigas y entendió que aquellas dos no tenían intención de concederle la intimidad que reclamaba, así que, sin más preámbulos, se pronunció.

—Sé que mi visita no es de tu agrado, y no dilataré mi presencia por mucho tiempo —aseguró—. Vengo a pedirte que firmes este documento y me marcharé de inmediato.

Extendió un papel amarillento.

Hermione no pensaba levantarse; se quedó sentada, con su pose más erguida, mostrando que, a pesar de su edad, ella seguía siendo la honorable lady Hermione Bastle.

De no ser porque aquel documento era vital para él, habría recriminado a su hermana su actitud. No obstante, cedió, dando un par de pasos con el brazo extendido para que ella lo alcanzase.

Lady Violet le ofreció sus quevedos a su amiga.

—Gracias, querida —agradeció, con voz afable.

Con una tranquilidad pasmosa, que sabía que alteraría a su hermano, ya que nunca se había caracterizado por ser un hombre paciente, se los colocó sobre el puente de su nariz.

El conde la miró con desafío.

—No espero tu lectura —señaló, porque no pensaba esperar a que ella leyese aquel documento—, solo tu firma.

Lady Philomena sonrió interiormente. Qué sorpresa se iba a llevar el conde respecto a su hermana, si pensaba que, después de todo ese tiempo sin verse, ella iba a ceder a sus mandatos.

La respuesta de lady Hermione fue quitarse los quevedos y entregárselos a lady Violet.

—¿Qué te hace pensar que, después de tantos años, vaya a acceder a cualquier exigencia tuya? —le reprochó—. La última vez que nos vimos...

Él la interrumpió, pues creía saber el motivo por el que su hermana no tendría a bien acceder a su petición.

—Comprendo que arrebatarle tu fideicomiso sea el motivo de tu reticencia —afirmó, exponiendo lo que él pensaba que era el problema. Lo que no sabía él era que lady Hermione acababa de descubrir que el dinero que ella había estado recibiendo durante todos esos años, uno que le pertenecía por haber permanecido soltera, no se lo había entregado él—. Mas te advertí de cuáles serían las consecuencias.

Lady Philomena y lady Violet se miraron; tenían ante ellas otro enigma que resolver: ¿quién había sido el benefactor de su amiga durante tantos años?

No había leído el documento, no lo necesitaba; le bastó con leer Yorkshire para saber que su hermano pretendía arrebatarle su única propiedad: Summer Dream.

—No entregaré Summer Dream —aseguró—. Forma parte de mi dote.

Sus amigas reprimieron la risa.

—¡Una dote perdida! —se expresó el conde, a voz en grito—. Esa propiedad puede convertirse en la salvación de nuestro título.

Ahí llegó lo que Hermione esperaba; tenía deudas.

—No sabía que me pertenecía —ironizó—. Creí entender que fuiste tú quien lo heredó.

En el fondo estaba disfrutando. Después de tantos años, por fin se presentaba ante ella la oportunidad de vengar al hombre que había amado.

—Si el título cae en desgracia, a ti también te afectará —la intentó atemorizar—. Dejarás de ser la honorable lady Hermione.

Ella habría dejado de serlo con agrado el día que se fugó con Oliver; poco le importaba el buen nombre de la familia, menos a su edad.

Aquel hombre maravilloso, que perdió la vida por culpa del que tenía delante, podría haber disfrutado de aquella propiedad, junto a ella, sin hacer daño a nadie, con unos sueños sencillos: convertirse en padres. Eso era lo que más le dolía a lady Hermione, no haber tenido un hijo.

—Summer Dream no está en venta —zanjó—. Esa propiedad pertenecerá al hombre con el que me despose —apuntó, para que su hermano se molestara—. Nuestro padre y tú fuisteis los causantes de la muerte del hombre con el que yo decidí casarme —le recordó el pasado, para que no olvidara que él no podía tener la conciencia limpia—. Esa casa le habría pertenecido a él por desposarme, y te aseguro que se derrumbará antes de permitir que otra persona tome su posesión, porque, incluso muerto, para mí Oliver Strong es su único dueño.

—Puedo encerrarte —amenazó—. Sigues estando soltera.

Aquello fue un recordatorio de que ella no se había casado y, por tanto, seguía bajo el amparo del poder de su hermano.

Aquella amenaza no sentó bien a ninguna de las tres ancianas, y así se lo hicieron saber.

—Lo soy —corroboró Hermione—. No obstante, puedo asegurarte que, cuando pierdas el título —vaticinó, confirmando que no iba a ceder a su amenaza—, mientras tu reputación se vea arrastrada por el fango, yo seguiré siendo la honorable lady Hermione Bastle —dijo, con orgullo—. No he necesitado el amparo del conde; mi reputación y mi admiración me las he ganado por mí misma, sin necesidad de heredar un título.

—Conde —intervino lady Philomena—, si es que todavía se le puede llamar así —se mofó ante él porque, sin la propiedad de Hermione, no saldaría sus deudas—. Perdió la potestad para con su hermana el mismo día en que se desentendió de sus necesidades —le recriminó su mal proceder—. Las cuales asumió el marqués de Bristol —informó, por si no estaba al tanto—, a quien tendrá que rendir cuentas, si decide cuestionar la legitimidad legal de decisión de lady Hermione para encerrarla.

El conde sabía que vivía bajo el amparo del marqués y, además, estaba al tanto de la protección que el conde de Stanton y Oxford manifestaba públicamente para con lady Violet y su hermana.

Lady Violet se puso en pie.

—Agradezca la benevolencia de lady Hermione para con usted —le aconsejó—. La usurpación de un fideicomiso a una persona mayor de edad no solo es un delito, sino que está penado con la horca.

Cierto, pensó Hermione, ese dinero pertenecía una parte a su dote y la otra a su manutención, pues así había sido estipulado por su padre y era obligatoriedad del heredero del título cumplir con el mandato. Él podría haberle negado la entrega de la dote por no haberse casado; incluso si hubiese sido menor de edad cuando falleció su padre, él podría haber malgastado ese dinero. Pero no en su caso, porque, cuando falleció su padre, ella ya había alcanzado la mayoría de edad.

—Salga de esta casa —ordenó lady Philomena—, no recibimos a personas de tan baja casta.

La ofensa quedó en lo más alto, pero el conde tuvo que obedecer; se había equivocado con su hermana, pues pensaba que se habría convertido en una solterona, desdichada y amargada anciana. Sin embargo, se había encontrado a una mujer que había formado su propia familia con otras dos solteronas, y, para asombro de él, las tres se mostraban empoderadas.

No había terminado de salir, cuando lady Hermione fue al tirador.

Pidió que preparasen el carruaje; averiguar quién se había ocupado de ella era en ese instante su prioridad.

Lady Violet y lady Philomena la acompañaron. Conocían los secretos del abogado que se encargaba del fideicomiso de su amiga; no es que les gustase airear los trapos sucios de la gente, pero no estaba de más cuando necesitaban conseguir lo que querían.

Sin embargo, no tuvieron necesidad de llegar tan lejos, ya que el hombre se mostró solícito y les entregó la información sin objeción.

Pocas veces esas mujeres se sorprendían, pues creían haber visto de todo en sus largas vidas. No obstante, la sorpresa llegó tras escuchar el nombre de la persona que había velado por Hermione durante toda su vida: el duque de Manfford.

—Debemos viajar a Escocia —aventuró lady Hermione.

Y viajaron, partieron a la mañana siguiente.

Tras cinco días de viaje, llegaron a su destino, Green Land, la propiedad de sus sobrinos Penelope y Duncan. Desde ahí viajaría lady Hermione a Manfford, pues necesitaba una explicación y mostrar su gratitud.

Tras media hora en carruaje desde Green Land hasta Manfford, fue recibida con júbilo por el duque.

—¡Qué grata sorpresa! —se expresó, con afabilidad.

—Querido, vengo a felicitarte —lo alagó, mostrándose cariñosa ante él—. Ha llegado a mis oídos que tienes previsto celebrar una velada musical mensual en Londres.

El duque se rio; esa mujer siempre se enteraba antes que nadie de los planes de cualquiera.

La invitó a entrar en la casa, ofreciéndole su brazo.

Durante media hora mantuvieron una conversación agradable, a Hermione le enorgullecía ver al hombre que ella siempre había añorado que fuera. Escuchaba con alegría cómo el duque se interesaba por sus hijos y lo complacido que se le veía, con la esperanza de convertirse pronto en abuelo.

Llegó el momento oportuno para averiguar lo que le había llevado hasta allí a Hermione.

—¿Por qué durante tantos años no me dijiste que tú eras mi benefactor? —preguntó, sin más.

El duque no necesitó fingir que no sabía a qué se refería.

—Vuestro hermano no actuó con la honorabilidad que se esperaba de un conde —respondió, revelando que él estaba al tanto del mal proceder de su hermano—. Siempre fuisteis honorable y mi deber era ayudarla a que continuara siéndolo.

Ella se emocionó.

Él la miró y sonrió.

—Además, me preocupaba que no tuvieseis los fondos necesarios para subsistir, si se descubría vuestro secretito.

Era la primera vez que Hermione se quedaba sin habla. Aquel secretito al que había hecho mención no era uno cualquiera, estaba segura de que él se estaba refiriendo a su panfleto de *Los Ecos de Sociedad*.

—No poseo secreto alguno —se defendió ella.

Él hizo una mueca cómica.

—Mi querida Hermione —pronunció, con cariño—. Fui testigo de una de vuestras entregas quincenales en ese afamado panfleto.

Ella intentó mantenerse serena. No era posible, siempre habían sido muy precavidas, cientos de personas habían intentado descubrir sus identidades.

Él la miró con afecto, como un hijo mira a su madre.

—El día que os visité no estaba tan borracho como para no leer la nota que había escrita de vuestro puño y letra sobre la mesa —recordó—. Tres días después, apareció el mismo texto publicado en *Los Ecos de Sociedad* de Londres.

Ella se apretó las manos.

Llevaba toda una vida dedicada en cuerpo y alma a ese panfleto. No solo ella, también Philomena y Violet; era su legado, uno que habían mantenido en secreto. Sin embargo, Edward la había descubierto y nunca se había pronunciado.

No había más que hacer, no podía mentirle.

—Si lo averiguaste, ¿por qué nunca me descubriste públicamente?

Él tomó las manos de ella.

—Un hijo no traicionaría a una madre —declaró, con honestidad—, y como tal os tomé. Por ese mismo motivo no os faltó el dinero para vuestra manutención.

A ella le rodó una lágrima.

—Os agradecería que, en gratitud a mi silencio, me respondierais a una pregunta. ¿Por qué os arriesgasteis a publicar un panfleto de cotilleos?

Ella sonrió, nostálgica. Habían pasado tantos años desde su primera publicación... Los nervios y el temor a ser descubiertas las había mantenido vivas a las tres.

Lo miró a los ojos, él merecía la respuesta.

—Por ti —aseguró.

El duque se quedó perplejo.

Ella le acarició el rostro.

—Tu sufrimiento me llevó a ello —confesó, honesta, porque fue por el hombre que tenía delante, por el niño que ella había amado, por quien Philomena, Violet y ella decidieron dar una lección a las personas que, con sus lenguas

viperinas, a través de chismes infundados destrozaban vidas, tal y como se la destrozaron al pequeño que ella instruía, quien había sido testigo de lo dañinos que podían ser los cotilleos—. Si las malas lenguas no hubiesen levantado rumores acerca de la fidelidad de tu madre, tu padre no habría volcado en ti su rabia y frustración.

A él le costó tragar saliva.

—Pensé que, si los cotilleos servían para destrozarnos, los mismos podrían ayudar a otros —explicó, como así había sido—. Nadie es perfecto, Edward, pero algunos intentamos que se castigue a quienes no reciben su castigo, y también intentamos vanagloriar a los que merecen ser apremiados.

Si Hermione pensaba que estaba en deuda con el duque, él pensaba que su deuda para con ella era mayor.

Se miraron a los ojos y entendieron que él siempre la había protegido por considerarla una madre, y ella se había movido llevada por la frustración de no haber podido ayudar al niño que había considerado un hijo.

—Nunca revelaré vuestro secreto —prometió.

—Lo sé, un hijo jamás traicionaría a una madre.

No necesitaron decirse nada más, el abrazo que se dieron lo decía todo.

Ella regresó a Green Land con la satisfacción de haber averiguado, puede que tarde, que no había necesitado alumbrar para sentirse madre y haber recibido el cariño y la admiración de un hijo.

Y como una madre por un hijo haría cualquier cosa, se guardó aquel secreto para que sus amigas continuasen viendo al duque como lo que era, no con el temor de que él pudiese descubrirlas. Ellas merecían acabar sus días con la plenitud de haber sabido mantener su gran logro en secreto.

Capítulo 54

Dereck y su hija habían permanecido en Secret Garden durante cinco días para que la niña se fuese acostumbrando a tener una familia. Una que durante ese tiempo se había volcado en ella, aportándole una seguridad que la pequeña desconocía.

La habían recibido con los brazos abiertos. Ellos ya habían tomado a Wyatt como un hermano, se habían criado sin la carga de las apariencias, por eso para todos había resultado tan desgarrador el testimonio de Dereck.

Haber vivido en la pobreza les había dado una lección de vida muy distinta a la de la gente de bien.

Para ellos, conocer a madres con hijos bastardos no era tan impensable, habían conocido más de las que pudiesen recordar.

Además, para Dereck era su hija, no haría distinciones entre ella y los futuros hijos que Beatrice pudiese alumbrar.

Lo único que necesitaba era la aceptación de ella. Ahora ya nada podría interponerse entre ellos, estaba seguro de ello porque, al igual que había compartido con su familia aquel secreto, se había carteadado con Leighton, quien acudió a su llamada sin demora. Gracias a él averiguó que su hermano Owen se alojaba en Serenity Park, y que su hermana y el marqués residían en Secret Garden.

Tras una conversación necesaria para ambos hombres, se despidieron con la satisfacción de haber obrado un milagro; iban a devolverle una hija a una madre.

Con esa intención viajaba Dereck Boston con su hija hacia Escocia, en donde Leighton le había asegurado que encontraría a Beatrice.

Faltaba muy poco para llegar.

—Este viaje es muy importante para mí —le comentó a Serenity, quien se entretenía con una de las muñecas que su tío Owen le había regalado—. Voy a pedirle a una mujer maravillosa que acepte ser mi esposa.

La niña lo miró.

—¿Querrá ser mi mamá? —indagó, soñadora.

—Por supuesto, está deseosa por conocerte —reconoció.

Ella se quedó pensativa.

La sonrisa de la niña se ensanchó, enamorando a su padre, que la observaba.

—Se llama Beatrice.

Dereck entrecerró los ojos.

—¿Cómo lo sabes?

Ella se encogió de hombros y se inclinó como si quisiera confesar un secreto.

Él bajó la cabeza, concediéndole aquella petición.

—Lo dijeron las hadas mágicas —reveló entre susurros.

—Las hadas —repitió él, incrédulo.

Serenity asintió con la cabeza.

—La tía Miranda me dijo que un gran secreto de Secret Garden es que por las noches las hadas mágicas susurran en los jardines —confesó algo que a ella le había parecido milagroso—. Y ella las escuchó.

Dereck adoró a su hermana por haber inventado una historia que le había brindado ilusión a Serenity.

—Ah, ¿sí?, ¿y qué dijeron? —se interesó, susurrante para que la pequeña entendiera que él le guardaría el secreto.

—Que una mujer llamada Beatrice me iba a querer mucho, muchísimo —habló, emocionada y anhelante por conocer a esa mujer—. Tanto, que querría ser mi mamá.

Ver la sonrisa de una niña era motivo de alegría, ver la ensoñación todavía lo era más, y su pequeña, la que él consideraba su hija, acababa de robarle el corazón por completo.

Desde que supo de su existencia hasta que la encontró, él ya quería a esa pequeña. Cada paso que daba y no la encontraba era una frustración, la cual pudo soportar porque empezó a quererla incluso sin conocerla, y ese amor lo motivó a no desfallecer en el intento.

Ahora, allí, sentados en el carruaje, escuchándola, mirándola y reconociendo en ella ese afecto que demandaba más que ninguna otra cosa, lo había enamorado por completo.

Eso le hizo recordar a su madre cuando decía: «Todo aquello que se pueda comprar jamás te dará la felicidad».

Y era cierto, él poseía más de lo que nunca habría imaginado, pero nada le aportaba la felicidad que esa niña

había conseguido aportarle desde el mismo instante en que la encontró.

—Entonces, las hadas...

—Mágicas —apostilló la pequeña.

—Las hadas mágicas —corroboró— le dijeron a la tía Miranda que Beatrice te iba a querer mucho.

—Muchísimo —le recordó—. Me va a querer más que nadie.

—¡Más que yo! —se hizo el ofendido.

La risa triunfante de su hija le llenó el alma; se la veía tan dichosa, creyéndose tan importante... que hubiese recorrido el mundo entero, si hubiese sido necesario, hasta encontrarla, pues ella era su mayor logro.

—Papá —lo llamó, cariñosa—, yo os voy a querer mucho, muchísimo a los dos.

—Menos mal —actuó ante ella de manera exagerada, llevándose las manos al corazón—, se me habría roto el corazón.

Ella le dio un beso en la mejilla.

—Yo nunca te lo romperé —afirmó, porque aquel hombre la había buscado a ella, era su padre, y se la había llevado de aquel lugar horrible en el que vivía.

Había visto a algunos padres llevarse a otros niños, nunca la habían elegido a ella. Pero Dereck sí, él solo la quería a ella porque decía que era su hija y no quería perderlo; había soñado muchas noches que algún día aparecería, pues estaba segura de que se había perdido y él no la encontraba. Además, sabía que su mamá estaba muerta porque se lo habían dicho en el orfanato.

Llegaron a North Face.

Leighton, que había estado pendiente todo el día de la llegada de Boston y su sobrina, salió raudo a recibirlos.

Se agachó para abrazar a aquella niña. Se sentía culpable por no haber podido protegerla; de haber sabido de su existencia, nadie la habría separado de su hermana.

La pequeña no conocía a aquel hombre, pero le gustaba recibir abrazos, pues hasta hacía muy poco no había recibido ninguno.

—Te presento a tu tío Leighton —presentó Dereck.

—¿Otro tío? —aplaudió, encantada.

Leighton se levantó.

—Gracias —agradeció, con el corazón en la mano.

Le hizo una seña para que entrase, no podían demorar por más tiempo el encuentro entre Beatrice y su hija.

Victoria también esperaba al señor Boston y a la pequeña; había sido informada por su marido porque, como había dicho, no volvería a haber secretos en su familia. Motivo por el que mantenía a Beatrice ocupada en la sala familiar.

Al ver entrar al señor Boston, se levantó.

A Beatrice, al levantar la cabeza y verlo, se le cayó el bastidor.

La baronesa Westhill salió de la sala en silencio; ella misma cerró la puerta para que nadie pudiese molestarlos.

Beatrice recogió el bastidor y lo dejó en la mesita baja que tenía a su derecha y se levantó.

Dereck se acercó a ella, pero no la tocó.

—Te pedí una vez que te casaras conmigo —le recordó—. Nuevamente estoy aquí para solicitar lo mismo.

A Beatrice se le aceleró el corazón.

Llevaba tanto tiempo deseando aquel encuentro... No obstante, a pesar de desear más que nada en su vida convertirse en la esposa de Dereck, él debía conocer su historia, pues, solo conociéndola, él podría rechazarla o solicitar de nuevo su mano. No era ella quien debía tomar esa decisión, sino él.

—Mi rechazo no estuvo ligado a mi falta de sentimientos por ti —expuso, confesando que lo amaba—. Incluso en este momento no aceptaré tu propuesta hasta que conozcas mi pasado —añadió—. Y comprenderé que, tras conocer mi historia, tu petición quede anulada —vaticinó—. Si, tras escucharla, pides mi mano, me convertiré en tu esposa.

Él accedió a escucharla de su boca, ella parecía necesitar sincerarse ante él, y la amó más por ello.

—Una vez estuve a punto de convertirme en condesa —rememoró su pasado—. Era lo que todos esperaban de mí y lo que yo en aquel momento creí que deseaba.

Lo entendía, a ella la habían criado con ese fin.

—Una noche descubrí a Albert con una doncella. —Suspiró, enfundándose de valor para continuar—. Estaba tan cegada por la decepción que no presté la atención suficiente como para reconocer en aquella muchacha las lágrimas de dolor y vergüenza —se culpó por no haber visto la realidad—. Las confundí, pensando que lloraba por el temor a que yo la echara de la casa.

Dereck dio gracias interiormente a Dios por conocer ya la historia, porque no sabía cómo habría reaccionado ante ella.

—Él la echó sin miramiento de allí, como si esa joven no fuese más que un mero objeto, sin darle valor ni sentirse culpable por acabar de violarla.

Tuvo que tomar aire, aquel recuerdo la había perseguido durante muchos años.

—Me acusó de ser la culpable de que él tuviese que buscar en otras mujeres lo que yo estaba obligada a entregarle solo porque iba a convertirme en su esposa.

A pesar de que ya lo sabía todo, a Dereck se le aceleró el pulso; la rabia crecía en su interior.

—Cualquier dama sabe que debe contentar a su esposo —dijo, con asco al pensar en Albert—. Así nos crían a las damas inglesas.

«Y a las americanas», pensó Dereck.

—No estaba casada, faltaban cinco días para nuestra boda y así se lo hice saber. —Recordó aquel momento y tembló—. Él me acorraló en el mismo lugar en el que había yacido minutos antes el cuerpo de la doncella. —Tragó con dificultad—. Me sometió casi sin esfuerzo, ya que yo estaba paralizada por el miedo —aguantó las lágrimas—. Le supliqué que me soltara y lo hizo, pues sabía que conmigo no necesitaba utilizar la fuerza; mis padres, la sociedad, y salvaguardar las estimadas apariencias, le habían otorgado ese poder sobre mí.

Eso era lo que más le dolía a Dereck, pues él no se había criado en una sociedad que se regía por las apariencias.

—Allí descubrí que no tenía escapatoria; tanto si me forzaba como si no, él iba a poseerme. —Se abrazó a sí misma—. Opté por entregarme, engañándome a mí misma de que era lo que debía hacer; al fin y al cabo, él se convertiría en mi esposo en cinco días.

A él le costó hacer acopio de todas sus fuerzas para no abrazarla.

—En ese mismo instante reconocí la perversión en sus ojos. —Se asqueó al recordarlo—. El triunfo de haberme sometido era lo único que le excitaba, no mostró gesto alguno de nobleza ante la que iba a convertirse en su mujer. —Lloró—. Me robó la virtud igual que se la había robado a otras, con la única diferencia de que yo fui la única que cedió por temor a que él mancillara mi nombre y arrastrara a mi familia a una condena social.

Se limpió las lágrimas con las manos.

—Ninguna mujer debería sufrir aquel dolor —sentenció, aludiendo tanto al dolor físico como al emocional, ya que él se había comportado como un salvaje tanto con ella como con las demás—. Casi agradecí que un día después mi padre se arruinara y él me repudiara públicamente —confesó—. Mas poco importaba, me había arruinado para cualquier otro hombre.

Dereck negó con la cabeza.

—Intenté esconder mi vergüenza ante todos —reconoció—, incluso ante mi madre. Pero ella me descubrió, porque el hombre salvaje con el que estuve a punto de casarme me había preñado.

Llegó la confesión que ella más temía, tras la que seguramente Dereck la repudiaría y saldría de su vida sin mirar atrás.

—A pesar de conocer al hombre diabólico que se escondía en el interior de Albert, mi ingenuidad me llevó hasta él con la esperanza de que se haría cargo del bebé.

Se mordió los labios.

—Se rio como si la vida que crecía en mi interior no significara nada para él —se enfureció—. Disfrutó del descubrimiento tanto como cuando me poseyó; era un sádico.

A pesar de escucharla con atención, Dereck solo deseaba que ella terminara; quería acabar con aquella agonía que la perseguía desde hacía ocho años.

—Tuve que regresar a mi casa con la sensación de haber sido mancillada por segunda vez. —Sintió que se le desgarraba el corazón—. Estaba tan ida que me descuidé al desvestirme, dejando la puerta abierta, así que mi madre descubrió el secreto que yo guardaba. —Le rodó otra lágrima—. Pensé que recibiría su apoyo, pero lo que obtuve fue la condena de culpabilizarme por la desgracia a la que llevaría a la familia si mi embarazo transcendía.

«Gracias, madre, por ser como eráis», agradeció interiormente Dereck a la mujer que le dio la vida.

—Gastó todo cuanto le quedaba para conseguir que viajásemos a Irlanda. —Sintió que se quedaba sin aire, pero necesitaba continuar—. Llegó a un acuerdo con un vicario, sin contar con mi opinión, y sin darme la oportunidad de intentar ocuparme de mi bebé. —Lloró—. Habría continuado trabajando a escondidas, habría hecho cualquier cosa por la criatura que crecía en mi interior. —Agonizó al recordar lo que había llegado a amar a esa criatura—. Si Albert me había robado la honra, mi madre me robó el alma —aseguró, porque así se sintió—, en el mismo instante en que alumbré.

Bajó la cabeza, avergonzada y asqueada.

—Me arrebataron a aquella criatura sin miramiento, sin permitirme siquiera verla o abrazarla —gimió—. Me arrancaron el alma y las entrañas, como si yo no tuviese derecho a conocer al menos el género de mi bebé.

Él estaba a punto de revelárselo.

—He intentado vivir desde entonces fingiendo ante todos ser una mujer con una vida plena —se lamentó—. Pero nunca podré vivir con plenitud, porque, en el mismo instante en que me arrebataron a aquel bebé, se llevaron parte de mí. —Lloriqueó.

Levantó la cabeza, necesitaba mirarlo a los ojos y que viese la verdad en ellos.

—Al conocerte conseguiste que me ilusionara, que me esperanzara con poder vivir de otra manera... Creí que mi amor por ti sería suficiente para olvidar el pasado —confesó ante él la triste realidad—. Mas, rechacé tu propuesta, no solo por el temor a las amenazas de mi madre y Albert respecto a chantajearme a ti también —se sinceró—. Mi reticencia a convertirme en tu esposa es porque soy una mujer que se siente vacía —declaró, con la mayor honestidad que él habría podido escuchar jamás—. Amé a mi bebé, y ese amor no podré recuperarlo nunca. Mi lealtad para con él es superior a mi propia felicidad. Se lo debo, prometí que jamás amaría a nadie como lo amaría a él, aunque no estuviese conmigo —expuso, revelando el verdadero motivo de su rechazo—. No te mereces una mujer que no pueda amarte con plenitud, ni darte unos hijos que, por más que los quiera, siempre serán el recordatorio de que un día alumbré uno que fui incapaz de retener a mi lado. —Tragó con dificultad—. Aquel día me robaron una parte de mí que nadie me devolverá.

Había llegado el momento para Dereck. Tras la confesión de Beatrice respecto a no aceptarlo como esposo, la amó más si cabía.

—Te equivocas —le refutó—. Yo puedo devolvértela —aseguró—. Alumbraste una niña.

De la impresión, Beatrice se tambaleó. Él la sujetó sin dificultad, sosteniéndola por la cintura.

—Beatrice, me costó encontrarla —lamentó—. Pero puedo asegurarte que tu hija ahora también es la mía.

Ella se llevó las manos a la boca, desconcertada, temblorosa y aturdida.

Él besó su frente. Quería calmarla, necesitaba tocarla y deseaba amarla libremente.

—Está deseosa por conocer a su madre —le advirtió—. Depende de ti que tanto ella como los demás conozcan tu verdadera identidad —le ofreció la oportunidad de no tener que esconderse ante nadie—, o, por el contrario, que crean que su madre fue una mujer a la que comprometí y que murió en el parto.

Ella se ahogaba entre lágrimas.

—Guardar el secreto o no esconderse más —insistió él.

—No puedo confesar la verdad —decidió, con pesar.

Él aceptó la opción elegida, aunque se sintió un tanto decepcionado, pues pensaba que, después de tanto sufrimiento, ella querría mostrarse con orgullo como la madre de su hija.

—No cargaré sobre sus hombros la condena eterna de ser dilapidada por quien fue su padre —argumentó, para que él la entendiera.

La decepción que había sentido en un principio se transformó en admiración. Ella quería ocultar su identidad, no por los rumores, ni por el escándalo, ni por las apariencias; había tomado esa decisión para proteger a la pequeña, porque solo ocultando que ella era su verdadera madre, nadie descubriría la identidad del padre. De hacerlo, ese lastre la perseguiría siempre, y la gente con maldad aprovecharía para recordarle que su padre murió en la horca.

Se miraron a los ojos y él reconoció en ellos la liberación de la mujer que amaba. Ya no lo amaría a medias, Beatrice acababa de recuperar la parte de su alma que le faltaba.

Beatrice también reconoció el amor que él sentía por ella.

—Dereck —nombró, emotiva—. Ahora sí puedo convertirme en tu esposa.

Y como era de esperar, sus labios se unieron, y sus bocas hablaron a través de aquel beso; ya nada impediría que fuesen una familia.

—Nuestra hija se llama Serenity.

Ella agrandó los ojos.

Dereck acunó el rostro de Beatrice, y besó cada parte de su cara, que estaba mojada, borrando toda huella de las lágrimas derramadas.

—Amor, tú y yo siempre hemos estado predestinados —sentenció.

Ella lo abrazó con fuerza.

—¿Crees que me querrá? —indagó, temerosa de que su hija no la quisiera.

Él se carcajeó.

—Está deseando conocer a Beatrice —dijo, sonriente y muy feliz—. La mujer que se convertirá en su mamá y que la querrá más que nadie —imitó a la pequeña—. Se lo han dicho las hadas.

—¿Las hadas?

—Mágicas —apuntilló él, bromista—. Créeme, para nuestra hija las hadas mágicas que le susurran en los jardines de Secret Garden a su tía Miranda son especiales y sinceras. —Se rio—. Y le han dicho que tú la vas a querer mucho, muchísimo... y ella no las va a poner en duda.

El brillo especial en los ojos de Beatrice fue el toque de gracia para que él la tomara de la mano y no postergara más el momento más especial en la vida de la mujer que amaba.

La acompañó hasta la sala contigua, en donde se encontraban Victoria, Leighton y Serenity, esperando que ellos llegaran.

La niña miró a Dereck.

—¿Quiere ser mi mamá? —pregunto, en un hilo de voz, pues estaba tan nerviosa como su madre.

Beatrice se arrodilló y abrió sus brazos.

—Eres mi hija —comunicó, porque ella necesitaba decirlo en voz alta—. Y voy a quererte más que nadie.

La niña corrió a sus brazos y ella la acogió con lágrimas de felicidad.

Cerró los ojos, inspirando para no olvidar jamás el olor de su hija, pues era la primera vez que la tocaba y eso una madre no lo olvidaría.

—Estaba segura de que me querías —susurró Serenity al oído de la mujer que le había dado la vida—. Lo dijeron las hadas mágicas.

Y Beatrice la estrechó con más fuerza, porque quería a su hija, la había amado desde que la gestó, y ahora podía hacerlo con libertad, porque el hombre al que amaba le había devuelto la vida.

Una semana tardaron en regresar a Londres, donde se oficiaría el enlace en la capilla privada de Serenity Park.

Viajaron en comitiva para acudir al enlace los barones Westhill, los duques de Hamilton, los duques de Wittman, los marqueses de Stanford, los marqueses de Frotell, los condes de Stanton y Oxford, los duques de Whellington y Kennet, los marqueses de Bristol, el duque de Manfford, lady Philomena, lady Hermione y lady Violet.

Nadie de la alta sociedad rechazaría la invitación, tras conocerse públicamente los invitados que acudirían a la boda.

Un listado que, generosamente, Leighton le hizo llegar a su madre a través de un lacayo, con los periódicos que anunciaban el enlace de la temporada y el panfleto de *Los Ecos de Sociedad* de Londres, cuya protagonista era su hermana Beatrice, para que viese con sus propios ojos que su hija no había necesitado convertirse en aristócrata para que la reconocieran como una gran dama.

Toda la gente importante acudiría excepto ella, que continuaría viviendo apartada de la sociedad a la que tanto había anhelado pertenecer.

La sorpresa llegó para Serenity cuando, al llegar a su nuevo hogar, Beatrice le dijo:

—Este es el palacio en el que vamos a vivir.

—¿Un palacio?

Dereck le tocó la nariz con cariño para que lo mirara.

—En los palacios viven las princesas, ¿verdad? —preguntó él.

Su hija asintió con la cabeza.

—Sí, los reyes, príncipes y princesas.

—Entonces tú tienes que vivir en este, porque eres nuestra princesa.

La emoción de la niña aleteó el corazón de sus padres.

—Sí —corroboró, feliz, muy feliz.

Bajaron del carruaje y el mayordomo se dirigió a la hija del señor del palacio.

—Bienvenida a Serenity Park.

La cría abrió la boca, formando un óvalo.

Cogió con una mano la de su padre, con la otra la de su madre, y habló:

—Lleva mi nombre porque soy vuestra princesa.

Dereck y Beatrice se miraron y rieron.

Y las risas continuaron durante días, no solo las de ellos, sino las de sus invitados.

El festejo de la boda estaba siendo un éxito.

—Ya hemos resuelto el enigma —comentó lady Philomena.

Sus dos amigas asintieron. En cuanto llegó a sus oídos que Dereck Boston era el padre de una niña de ocho años, de la que no había tenido conocimiento de su existencia hasta la fecha, apostaron por que pronto se celebraría el desposorio con Beatrice, un secreto que guardarían como tantos otros.

Exceptuando a sus invitados especiales, que permanecerían en Serenity Park un par de días más, el resto ya se había marchado.

Dereck Boston miraba a su alrededor, y, mirase donde mirase, solo se veía a gente sonreír. Parecía tan difícil poder alcanzar la felicidad, y, sin embargo, él la había alcanzado.

Se acercó a él su hermano Owen.

—Fíjate. —Señaló con la cabeza el jardín, en donde se encontraba su hermana Miranda con su marido. Se la veía tan enamorada—. Si padre nos viera, no se lo creería.

Dereck lo miró, levantando las cejas.

—¿Sus hijos en Inglaterra? —ironizó—. Quién nos lo iba a decir, y míranos, los Boston en Londres.

Se rieron.

La pequeña de los Boston también reía por la ocurrencia de su esposo.

—Milady, me debe un baile —le había recordado.

Ella se rio, pues todavía no había buscado un profesor de baile.

Él la miró y sonrió, una sonrisa que alertó a Miranda.

Claro que, no le dio tiempo a protestar, porque Benedick la sujetó por la cintura, la levantó un palmo del suelo, obligándola a que ella lo rodeara por el cuello con las dos manos, y, en esa posición, bailó con su mujer por primera vez, a la luz de la luna, en medio de los jardines, y con su familia de testigo, ya que él no pensaba posponer por más tiempo el baile que su sirena le debía desde que se conocieron.

Ep í logo

Avance de la novela Un gran debut, sexta y última entrega de la saga Damas poderosas, 25 años después.

Nueva York 1843

En la casa familiar de la familia Boston estaban reunidos en el salón familiar los duques de Manfford, Benedick y su esposa Miranda, junto a su hija Felicity y su esposo Frederick Thomas.

Miranda observaba a su hija, se mostraba feliz y dichosa mientras le hacía carantoñas al hijo que había alumbrado no hacía más de quince días, al que le habían otorgado el nombre de Dereck Benedick.

Desvió la mirada para centrarse en el hombre que le había robado el corazón a su hija. Se mostraba orgulloso, contento y, lo más importante para Miranda, enamorado.

Sus ojos brillaban cada vez que miraba a Felicity, y ese gesto era más que suficiente para que ella dejase su reticencia con respecto a la familia del muchacho.

El día que Felicity les informó a Benedick y a ella de que Frederick Thomas estaba dispuesto a visitarlos para pedir su mano, Miranda se mostró reticente. No tenía nada en contra del joven, pero parecía una broma pesada que tuviese que verse emparentada con la familia Thomas, pues, aunque su relación había cambiado mucho desde que se convirtió en la esposa de Benedick, ella no olvidaba su pasado en aquel internado. Por ello, la idea de que Frederick, nieto de la señora Thomas y sobrino de Alice, fuese a convertirse en el esposo de su hija le pareció infame.

Gracias a Benedick, quien la persuadió para que le diese una oportunidad, pudo comprobar por ella misma que el joven no se mostraba interesado en su hija para intentar emparentarse con una familia de aristócratas, ni para relacionarse con las personas más influyentes de la sociedad mediante ese enlace; su verdadero interés era contraer nupcias con Felicity por amor.

No podía mentirse a sí misma, el joven se había ganado su afecto; no se parecía en nada a su abuela y tía, quienes por supuesto habían celebrado aquella noticia organizando fiestas casi a diario para que todo el mundo estuviese al tanto del futuro enlace.

Gracias a una reunión íntima y privada con los padres de Frederick comprobaron que el joven había heredado la sensatez del padre y la amabilidad de la madre, dejando así tranquila a Miranda, que descartó por fin que aquel joven fuese a aprovecharse de su hija Felicity.

Estaba tan ensimismada en sus pensamientos que no escuchó entrar en la sala a su hijo Jarvis Dexter, más conocido por la sociedad como marqués de Frotell.

Fue la sonrisa de su hija, al tiempo que levantaba la cabeza para mirar al recién llegado, la que la sacó de su letargo.

El joven marqués llevaba una carta en la mano, la misma que levantó para que todos la viesen.

—Yo que tenía intención de regresar a Inglaterra para disfrutar de la próxima temporada —dijo, con su típica sonrisa habitual, marcando así su mayor encanto: unos hoyuelos en las mejillas—, y resulta que la diversión está de camino a esta casa.

Benedick frunció las cejas.

—¿La diversión? —se interesó, invitando así a que su hijo fuese más conciso.

El joven asintió con la cabeza, y se dispuso a dar una mayor aclaración, pero, al ver que el bebé tenía los ojos abiertos, se centró en él, acercándose a su hermana.

Se arrodilló delante de ella y miró al nuevo miembro de la familia.

—Por fin estás despierto, dormilón —bromeó, rozando con sumo cuidado la mejilla del bebé con su dedo índice—. Escucha mi voz, porque voy a ser tu tío favorito.

Tras sus palabras, levantó la cabeza y besó en la frente a su hermana.

Benedick sonrió, encantado de ser testigo de las muestras de afecto entre sus hijos, sin tener que esconderse, y sin sentirse incómodos por mostrarse con sencillez y naturalidad.

—No tiene otro —ironizó Felicity, provocando una risita mal disimulada por parte de su esposo.

Jarvis se encogió de hombros.

—Motivo más que de sobra para que yo lo sea sin tener que rivalizar.

Todos rieron.

—Pareces muy contento —se interesó Felicity.

Él asintió con la cabeza al tiempo que se ponía en pie.

—Tengo motivos —confesó su alegría—. Mi querida Yvaine está a punto de visitarnos —informó—. Al parecer

pasará aquí la próxima temporada.

—¿Yvaine? —indagó, rauda, Miranda.

Él volvió a asentir con vigorosidad.

Levantó la carta que había recibido.

—Así me informa en esta nota de su inminente visita.

Benedick y Miranda se miraron, en parte contentos porque estaban al tanto de la bonita y sana amistad que su hijo y la pequeña de los duques de Hamilton compartían, pero un tanto preocupados, ya que no era propio de Niall permitir que su hija se ausentase de su lado.

—Debo entender que en esta ocasión sus padres estarán al tanto de su aventura —recordó Benedick, intentando mantener un semblante serio, algo que le costaba, porque cada vez que pensaba en el día que la pequeña Yvaine, con seis años de edad se escondió en un baúl para viajar junto a Jarvis a América, le provocaba risa.

Miranda lo miró y no pudo evitar reírse; ella también recordaba aquella anécdota, que por fortuna terminó bien, aunque en su día poca gracia hizo a los duques de Hamilton, quienes se asustaron al no encontrar a su hija en el carruaje, y la sorpresa y disgusto que se llevaron ellos al encontrarla escondida en el camarote de Jarvis.

Nunca olvidarían ninguno de los dos aquel momento, al igual que las palabras de los pequeños, al responder al unísono en el momento que Benedick les preguntó el motivo por el que Yvaine se encontraba allí: «Vamos a convertirnos en piratas y a vivir muchas aventuras».

—Por descontado —aseguró Jarvis—. De hecho, los duques la acompañarán.

El mayordomo entró en la sala, portando la bandeja del correo.

Benedick tomó la carta y, al ver el sello ducal de Hamilton, se lo mostró a su esposa.

—Es extraño —dudó Miranda—. Faltan escasos dos meses para el debut de Yvaine.

Jarvis volvió a mirar la nota que él tenía en la mano.

—No veo el momento de su llegada —suspiró, dichoso—. El abuelo tenía razón —aludió al padre de Benedick—: Yvaine protagonizará un gran debut.

Y con la sonrisa en su rostro y la felicidad de saber que pronto estaría junto a él su gran amiga, abandonó la sala, repitiendo con ensoñación en voz alta mientras se alejaba:

—No veo el momento de que esté aquí.

Aquella frase le hizo recordar a Benedick a su padre; debía agradecer al buen Dios que los últimos veinte años de vida de su padre nada hubiesen tenido que ver con los que él vivió en su infancia. Se había convertido en un hombre cercano para su familia y había conseguido el afecto y admiración por parte de sus cuatro nietos, quienes lo recordarían con cariño, consiguiendo así lo que él deseaba: ser recordado, pasando a la posteridad a través del recuerdo afectuoso a través de sus nietos, impidiendo así que tan solo fuese un simple retrato, como si fuese un duque más.